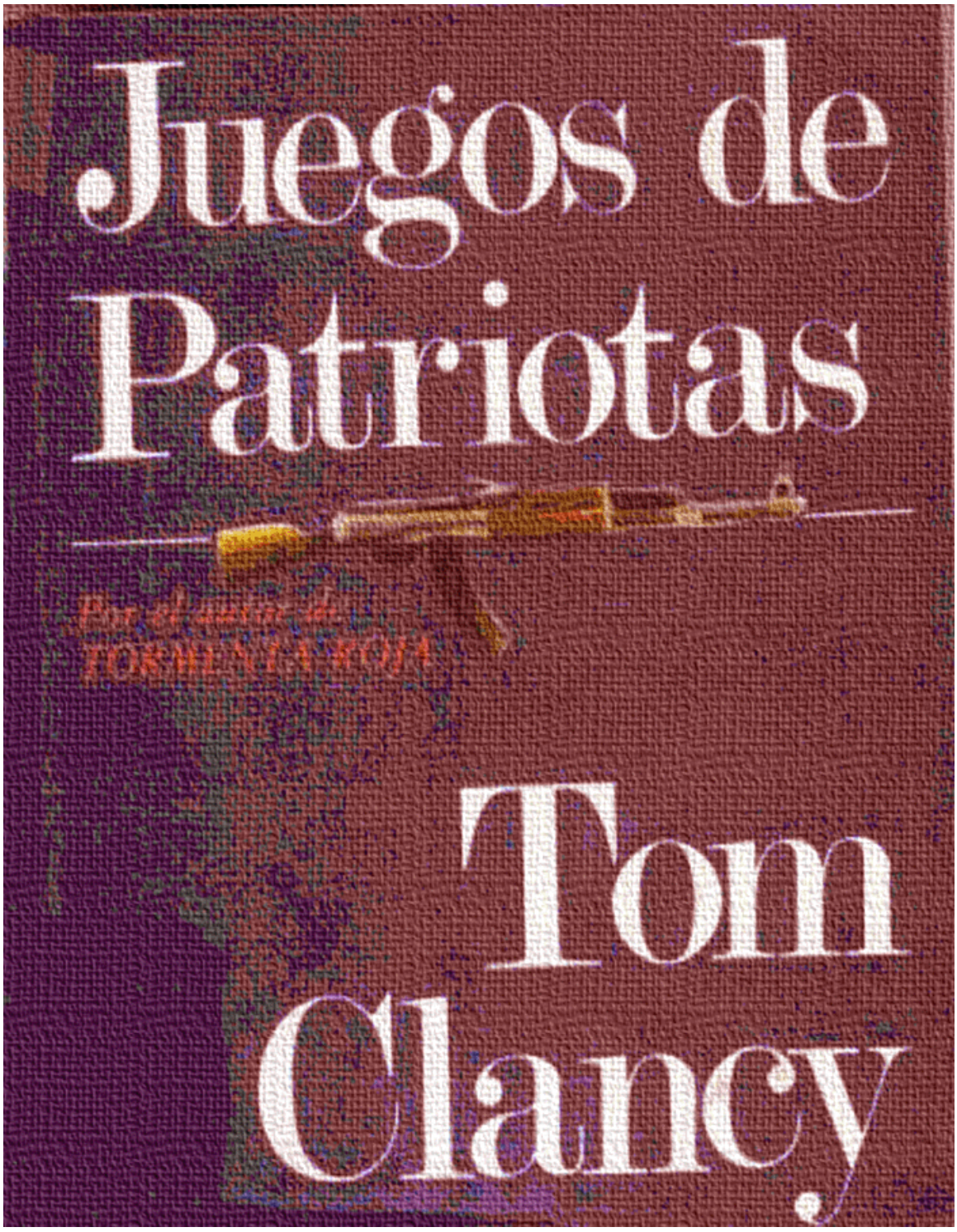
JUEGOS DE PATRIOTAS
TOM CLANCY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1 Un día de sol en Londres

Ryan estuvo a punto de morir dos veces en el término de media hora. Algunas cuadras antes de llegar a destino, hizo detener al taxi en que viajaba. Era un día claro y hermoso y el sol ya estaba bajo en el horizonte azul. Ryan había permanecido horas sentado en sillas de madera de respaldo recto y tenía ganas de caminar un poco para desentumecerse. Había relativamente poco tráfico en las calles y no demasiada gente caminando por las aceras. Eso le resultó sorprendente, pero se preparó para lo que sucedería durante la hora pico de la tarde. Decididamente esas calles no habían sido trazadas para la cantidad de automóviles que ahora circulaban y Ryan estaba seguro de que el caos de la tarde sería algo digno de ver. La primera impresión de Jack con respecto a Londres fue que debía de ser una ciudad excelente para recorrerla a pie, y avanzaba con su habitual paso ágil, herencia de su permanencia en la Infantería de Marina, y marcaba inconscientemente el paso golpeando contra una pierna el borde de una tablilla con sujetapapeles que llevaba en la mano.

Al llegar a la esquina y ver que no había tráfico, se apresuró a cruzar. Automáticamente miró primero a la izquierda, después a la derecha y por fin de nuevo a la izquierda, tal como lo había hecho siempre desde la infancia, y entonces bajó a la calle...

Y casi fue atropellado por un ómnibus colorado de dos pisos que pasó casi rozándolo a apenas sesenta centímetros de distancia.

—Discúlpeme, señor —al volverse Ryan se topó con un policía, y recordó que en Inglaterra esos agentes del orden reciben el nombre de "guardias". El oficial vestía uniforme completo, incluyendo el casco al más puro estilo Mack Sennet. —Le ruego que tenga cuidado y que cruce por las esquinas. También le aconsejo que repare en las señales pintadas en el piso que le indican si debe mirar a derecha o izquierda. Nosotros tratamos de no perder demasiados turistas a causa del tráfico.

—¿Y cómo sabe que soy turista? —En ese momento lo sabría por el acento de Ryan.

El policía sonrió con aire paciente.

En primer lugar porque miró hacia el lado equivocado, señor, y además porque se viste corno un norteamericano. Le vuelvo a rogar que tenga cuidado. Buenos días.

—Y el agente se alejó haciéndole un saludo amistoso con la cabeza, mientras Ryan se quedaba pensando por qué lo catalogaba como norteamericano su traje nuevo de tres piezas.

Caminó hasta la esquina, con la sensación de haber sido reprendido. Un cartel junto con una flecha para los disléxicos indicaba que debía mirar HACIA LA DERECHA. Esperó que cambiaran las luces del semáforo y cruzó cuidadosamente por las líneas pintadas de blanco. Se recordó que tendría que prestar especial atención al tráfico, sobre todo a partir del viernes, día en que pensaba alquilar un auto. Inglaterra era uno de los últimos lugares del mundo donde se manejaba por la izquierda, al contrario de los demás países. Estaba seguro de que le costaría acostumbrarse.

Pero todo lo demás lo hacen bastante bien, pensó, apresurándose a sacar conclusiones después de sólo un día de estada en Gran Bretaña. Ryan era un buen observador, y con unas cuantas miradas se pueden sacar muchas conclusiones. Caminaba por un barrio comercial y de profesionales, los que paseaban por allí estaban mejor vestidos que sus colegas norteamericanos, aparte de los jovencitos punk con sus pelos parados y teñidos de anaranjados y de rojos. Allí la arquitectura era un mezcolanza que iba desde Octavio Augusto a Mies Van der Rolde, pero la mayoría de los edificios exhibía ese aspecto antiguo y cómodo que en Washington o en Baltimore habrían sido reemplazados por una hilera interminable y sin alma de nuevos cajones de vidrio. Ambos aspectos de la ciudad se amoldaban perfectamente con la buena educación y las buenas maneras de los habitantes. Para Ryan esas eran vacaciones combinadas con trabajo, pero la primera impresión le hacía pensar que, a pesar de todo, le resultarían sumamente agradables.

Sin embargo había algunas notas discordantes. Notó que demasiada gente llevaba paraguas. El había tenido la precaución de escuchar el pronóstico meteorológico del día antes de iniciar

su viaje de inspección. Se pronosticaba una jornada agradable; en realidad hablaban de un día caluroso, a pesar de que la temperatura era de apenas dieciséis grados. Sin duda un día cálido para esa época del año, ¿pero "caluroso"? Jack se preguntó si allí hablarían del "veranito de San Juan". Probablemente no. Y entonces, ¿por qué esa profusión de paraguas? ¿Los londinenses no confiarían en los pronósticos meteorológicos? ¿Habrá sido por eso que el policía supo que yo era norteamericano?

Otra cosa que debió haber anticipado era la cantidad de Rolls Royce que circulaban. En toda su vida, Ryan apenas había tenido oportunidad de ver algunos de esos autos, y allí, a pesar de que las calles no estuvieran precisamente atascadas de autos de esa marca, se veían bastantes. El habitualmente se manejaba con un "escarabajo" VW de cinco años de antigüedad. Ryan se detuvo ante un quiosco de diarios y revistas para comprar un ejemplar de *The Economist* y tuvo que manipular durante varios segundos con el cambio que le acababa de entregar el taxista para pagar al paciente diariero, quien indudablemente ya lo tenía catalogado como norteamericano. Al bajar de la acera empezó a hojear la revista en lugar de prestar atención a su camino, y en determinado momento se dio cuenta de que se dirigía hacia el lado contrario al que deseaba ir. Se detuvo en seco y volvió a pensar en el mapa de la ciudad que estudió antes de salir del hotel. A Jack le resultaba casi imposible recordar los nombres de las calles, pero en cambio tenía una memoria casi fotográfica para los mapas. Caminó hasta la esquina, dobló a la izquierda, recorrió dos cuadras, dobló a la derecha y —tal corno esperaba— se topó con St. James Park. Consultó su reloj: llegaba quince minutos antes de lo previsto. Se encontraba más allá del monumento al duque de York y cruzó la calle frente a un edificio de mármol blanco amplio y clásico.

Otra de las cosas agradables de Londres era la profusión de espacios verdes. El parque le pareció bastante extenso y el césped esmeradamente cuidado. Todo el otoño debió de haber sido particularmente cálido. Los árboles todavía conservaban gran parte de su follaje. Sin embargo no se veía demasiada gente por los alrededores. Bueno, pensó, encogiéndose de hombros, hoy es miércoles. Mitad de la semana; los chicos debían de estar todos en el colegio y era un día hábil. Mejor aún, pensó. Deliberadamente había planeado el viaje para después de la temporada turística. No le gustaban las multitudes. Eso también lo aprendió en la Infantería de Marina.

—¡Papi! —Ryan volvió la cabeza y notó que su hijita salía de atrás de un árbol y corría hacia él, descuidando, como siempre, su propia seguridad. Sally llegó al lugar donde se encontraba su padre y chocó contra él con la fuerza acostumbrada. Tras ella, como siempre, corría Cathy Ryan, que nunca era capaz de mantenerse a la par de ese pequeño tornado que tenían por hija. La mujer de Jack sin duda tenía el típico aspecto de la turista. De un hombro le colgaba su cámara Cannon de treinta y cinco milímetros.

— ¿Cómo te fue, Jack?

Ryan besó a su mujer. Tal vez los ingleses tampoco hagan esto en público, pensó.

— Fantástico, chiquita. Me trataron como si fuese el dueño del mundo. Tomé una cantidad de notas. —Golpeó suavemente la tablilla con el sujetapapeles.

—¿Y tú no hiciste ninguna compra?

Cathy lanzó una carcajada.

Aquí las tiendas hacen envíos a domicilio. —Le sonrió de una manera muy particular, que hizo que Jack dedujera que había gastado buena parte de la suma destinada a hacer compras,

—Y conseguimos algo realmente lindo para Sally.

—¿Ah, sí? —Jack se inclino para mirar a su hija a los ojos. Me pregunto qué será.

— Es una sorpresa, papá. —La chiquita se contoneaba y lanzaba las risitas típicas de una criatura de cuatro años. Señaló el parque.

—¡Papá, allí tienen un lago con cisnes y pecalinos!

—Pelícanos —corrigió Jack.

—!Grandotes y blancos! —Sally adoraba los pelícanos.

—Ajá! —observó Ryan. Miró a su mujer—. ¿Sacaste buenas fotografías? Cathy propinó unos cariñosos golpecitos a su cámara.
—!Por supuesto! Londres ya está canonizada, ¿o hubieras preferido que pasáramos todo el día haciendo compras?
—La fotografía era el único hobby de Cathy Ryan, y sus tomas eran excelentes.
— Ja! —Ryan miró a lo largo de la calle. Allí el pavimento, en lugar de negro era rojizo y el camino estaba bordeado por árboles que parecían hayas. Debía de ser el Mall. No lo recordaba con claridad, pero se negaba a preguntárselo a su esposa, que había estado muchas veces en Londres. El palacio, que era más amplio y austero de lo que él esperaba, se erigía como a doscientos metros de distancia, semioculto por un monumento de mármol. Allí el tráfico era un poco más tupido, pero se movía con fluidez.
—¿Qué vamos a hacer con respecto a la cena?
—Tomar un taxi hasta el hotel —Cathy consultó su reloj—. O, si lo prefieres, podemos ir caminando.
— Se supone que el hotel tiene un buen comedor. Sin embargo todavía es un poco temprano. En estos lugares civilizados hay que esperar hasta las ocho o las nueve de la noche.
—Vio pasar otro Rolls en dirección al palacio. Le gustaba la idea de comer en un restaurante, pero no con Sally. Las chiquitas de cuatro años y los restaurantes de cuatro estrellas no eran una buena combinación. A su izquierda oyó el chirrido de los neumáticos de un vehículo que clavaba los frenos. Se preguntó si en el hotel no habría una guardería...

¡BOOM!

Ryan saltó al oír la explosión que se produjo a menos de veinticinco metros de distancia de donde él se encontraba. Una granada le indicó un `sexto sentido. Percibió el susurro de los fragmentos que volaban por el aire e instantes después oyó el estruendo de armas automáticas que abrían fuego. Se volvió y comprobó que el Rolls había volcado en plena calle. La parte delantera parecía más baja de lo que debía ser, y la calle estaba bloqueada por un sedan negro. A la derecha del paragolpes delantero había un hombre parado, disparando un rifle AK47 hacia el frente del auto, mientras otro corría alrededor del vehículo para llegar a la parte trasera izquierda.
—¡Abajo! —exclamó Ryan, aferrando el hombro de su hija a quien obligó a acostarse detrás de un árbol, y enseguida empujó a su mujer para que se acostara junto a la chiquita. Una docena de autos detenidos detrás del Rolls, ninguno a menos de quince metros de distancia escudaban a su familia de la línea de fuego. El tráfico de la mano contraria estaba bloqueado por el sedan. El hombre de la Kalashnikov disparaba contra el Rolls ininterrumpidamente.
!Hijo de puta!
—Ryan levantó la cabeza, sin poder creer lo que veía.
—Son esos malditos del IRA y están matando a alguien justo...
—Ryan se corrió levemente hacia la izquierda. Desde ese ángulo captó el rostro de la gente, que, a un lado y al otro de la calle se volvía y miraba fijo, y en cada una de esas caras percibió el círculo oscuro de una boca abierta por la sorpresa. Esto está sucediendo realmente delante de mis propios ojos, así no más, como si se tratara de una película sobre los gangsters de Chicago, pensó. Dos cretinos están cometiendo un asesinato. Aquí mismo. En este momento. Así no más.
—iHijo de puta!
Ryan se movió un poco más a la izquierda, al abrigo de un auto estacionado. Protegido por el guardabarros delantero, alcanzaba a ver a uno de los hombres parado junto a la parte trasera izquierda del Rolls, simplemente parado allí, con la mano que empuñaba la pistola extendida, como si esperara ver salir a alguien por la puerta del vehículo. La carrocería del Rolls impedía que Ryan viera al tipo de la AK, que se encontraba agazapado para controlar el arma. El pistolero más cercano estaba de espaldas a Ryan, a sólo quince metros de distancia. No se

movía: centraba toda su atención en la puerta trasera. Todavía le daba la espalda. Ryan nunca recordaría haber tomado una decisión consciente.
Rodeó con rapidez el auto detenido, con la cabeza gacha, corriendo casi agazapado y cada vez más velozmente, con la mirada fija en su meta: la base de la columna del atacante, tal como le habían enseñado en el equipo de fútbol de la escuela secundaria. Sólo tardó unos segundos en cubrir la distancia, mientras deseaba ardientemente que su enemigo permaneciera inmóvil tan sólo un instante más. Cuando estuvo a un metro y medio de él, bajó los hombros y saltó con ambas piernas a la vez. De haberlo visto, su entrenador se hubiese sentido orgulloso.
El inesperado tackle lateral dió exactamente en el blanco. La espalda del pistolero se arqueó y Ryan oyó el crujido de huesos que se rompían en el momento en que su víctima se desplomaba hacia adelante. Un satisfactorio "clonk"! le indicó que la cabeza del hombre había chocado con el paragolpes antes de ir a dar al piso. Ryan se puso instantáneamente de pie —impulsado por un golpe de adrenalina— y se agazapó junto al cuerpo. La pistola del individuo se le había caído de las manos y estaba tirada a su lado. Ryan se apoderó de ella. Era una automática de un tipo desconocido para él. Por el aspecto parecía una Makarov de 9 mm. o alguna otra arma de guerra de las fabricadas para uso militar en los países del bloque comunista. Estaba martillada y no tenía puesto el seguro. La tomó cuidadosamente en la mano derecha porque la izquierda no parecía responderle demasiado bien, cosa que Ryan decidió ignorar. Bajó la mirada para observar al hombre a quien le acababa de hacer el tackle y le disparó un tiro en la cadera. Después levantó la pistola hasta la altura de sus ojos y se corrió al rincón trasero derecho del Rolls. Se agazapó aún más y espió, protegido por la carrocería del coche.
La AK del otro pistolero estaba tirada en la calle y el atacante disparaba sobre el auto con otra pistola, sosteniendo algo en su mano izquierda. Ryan respiró hondo, salió de su refugio detrás del Rolls y apuntó la automática hacia el pecho del hombre. Pero en ese momento el pistolero volvió la cabeza y perdió el equilibrio al tratar de girar el arma que empuñaba. Ambos dispararon el mismo tiempo. Ryan sintió un fuerte golpe en el hombro izquierdo y notó que su disparo había hecho blanco en el pecho de su contrincante. La bala de 9 mm. golpeó al pistolero y lo hizo caer hacia atrás, como si hubiese recibido un fuerte puñetazo. Ryan volvió a disparar. Esa segunda bala golpeó al pistolero debajo del mentón y le hizo estallar la parte posterior de la cabeza que voló convertida en una nube húmeda y rosada. Igual que si se tratara de un títere movido por hilos, el pistolero se desplomó sobre el piso sin un solo estertor. Ryan siguió apuntándole al pecho hasta darse cuenta de que estaba muerto.
—¡Oh, Dios! —La oleada de adrenalina lo abandonó con tanta rapidez como lo había inundado. El tiempo fue adquiriendo su ritmo normal y de repente se dio cuenta de que estaba mareado y sin aliento. Tenía la boca abierta, y jadeaba, como bebiendo el aire. Y esa fuerza misteriosa y desconocida que hasta ese momento mantenía erguido su cuerpo, desapareció dejándolo débil y al borde del colapso. El sedan negro retrocedió algunos metros, aceleró y pasó a su lado a toda velocidad, para doblar en la primera esquina. A Ryan no se le ocurrió memorizar el número de la chapa. Estaba aturdido por la veloz secuencia de los acontecimientos que su mente todavía no conseguía captar.
El individuo a quien había baleado dos veces estaba claramente muerto, con los ojos abiertos, como sorprendido por ese golpe del destino, y con la cabeza rodeada por un amplio charco de sangre. Ryan quedó petrificado al ver que en su mano izquierda enguantada sostenía una granada. Se inclinó para asegurarse de que el seguro todavía estaba en su lugar, y enderezarse le resultó un proceso lento y doloroso. Después miró el Rolls.
La primera granada había destruido la trompa del auto. Las ruedas de adelante estaban torcidas y las cubiertas completamente desinfladas. El conductor había muerto. En el asiento delantero había otro cuerpo caído. El grueso parabrisas estaba hecho trizas. El rostro del conductor había desaparecido, era una masa roja y esponjosa. Había una mancha roja en el vidrio que separaba el asiento del conductor del compartimiento de pasajeros. Jack rodeó el automóvil y miró dentro de la parte trasera. Vio un hombre tirado en el piso y debajo, un trozo

de vestido de mujer. Golpeó suavemente el vidrio de la ventanilla con el mango de la pistola. El hombre se movió durante un instante, después quedó como petrificado. Por lo menos estaba vivo.
Ryan miró su pistola. El cargador estaba vacío. En ese momento, respiraba en estertores. Las piernas se negaban a sostenerlo y las manos empezaban a temblarle convulsivamente, lo cual le provocaba agudas oleadas de intenso dolor en el hombro herido. Miró alrededor y vio algo que le hizo olvidar que...
Un soldado corría hacia él, seguido a corta distancia por un oficial de policía. Uno de los guardias del palacio, pensó Jack. El hombre había perdido su morrión de piel de oso pero conservaba en las manos un rifle automático con la bayoneta calada. Ryan se preguntó con rapidez si el rifle estaría cargado, y decidió que podía resultarle caro tratar de averiguarlo. Se dijo que ese era un guardia, un soldado profesional perteneciente a un regimiento de ataque, y que se había visto obligado a demostrar que realmente tenía pelotas antes de ser enviado al curso de perfeccionamiento que lo convertiría en un juguete de asombro para los turistas que lo miraban con la boca abierta. Tal vez fuese tan capaz como un marine. Cómo habrá llegado tan rápido hasta aquí?
Lenta y cuidadosamente, Ryan estiró el brazo con que sostenía la pistola. Apretó el botón que liberaba el cargador que cayó vacío al piso. Después hizo girar el arma para que el soldado comprobara que estaba vacía, la depositó en el piso y retrocedió para alejarse de ella. Trató de levantar las manos, pero la izquierda se negaba a moverse. El guardia seguía corriendo ágilmente, con la cabeza bien levantada mirando a derecha e izquierda pero sin que sus ojos se apartaran completamente de Ryan. Se detuvo a tres metros de distancia, con el rifle en posición de disparar y la bayoneta directamente dirigida al cuello de Jack. Por la respiración se lo notaba agitado, pero su rostro era una máscara inexpresiva. El policía no lo había alcanzado y, con la cara enrojecida, hablaba en un pequeño transmisor de radio portátil.
Tranquilo, soldado —dijo Ryan lo más firmemente posible. Sus palabras no causaron impresión. Hemos dejado fuera de cuenta a dos de los malvados. Pero yo soy uno de los buenos de la historia.
La expresión del guardia no se modificó. No cabía duda de que era un profesional. A Ryan le parecía escuchar sus pensamientos: lo fácil que le resultaría clavarle la bayoneta. Y Jack no estaba en condiciones de evitar ese ataque.
— PapiiPapíipapii! —Ryan volvió la cabeza y vio que su hijita corría hacia él, pasando delante de los coches detenidos. La criatura de cuatro años se detuvo a pocos pasos de distancia, con los ojos abiertos de espanto. Se adelantó corriendo para abrazar con ambas manos la pierna de su padre y le gritó al guardia: No vayas a lastimar a mi papito!
El soldado miraba estupefacto a padre e hija, mientras Cathy se les acercaba cuidadosamente, con las manos bien a la vista.
—Soldado —anunció con su tono de voz más profesional soy médica y voy a restañar esa herida. Así que baje esa arma, ¡ya!
El oficial de policía aferró el hombro del guardia y le dijo algo que Jack no alcanzó a oír. El ángulo del rifle se modificó una fracción cuando el soldado se relajó un poco. Ryan notó que otros policías entraban corriendo en escena junto con un coche blanco que hacía sonar insistentemente su sirena. La situación, fuera cual fuese, empezaba a estar bajo control.
—¡Pedazo de loco!
—Cathy examinó desapasionadamente la herida de su marido, Había una mancha oscura en el hombro de la chaqueta nueva de Jack que tenía la lana gris de un rojo intenso. En ese momento, todo su cuerpo era presa de temblores. Apenas lograba mantenerse en pie y el peso de Sally que seguía colgada de su pierna lo obligaba a balancearse. Cathy lo tomó del brazo derecho y lo obligó a sentarse en el suelo, recostándolo contra uno de los lados del auto. Separó la chaqueta de la herida y le tanteó el hombro suavemente. Pero a él no le pareció que su mujer lo estuviera tratando con suavidad. Cathy buscó un pañuelo en el bolsillo trasero del pantalón de su marido y lo oprimió contra la herida,

—Esto me preocupa —comentó, sin dirigirse a nadie en particular,

— ¡Papito, estás todo lleno de sangre!

—Sally se mantenía a cierta distancia de Jack y sus manos se estremecían en el aire como las alas de un pichón. Jack se moría de ganas de tenderle los brazos, de decirle que todo estaba bien, pero los noventa centímetros de distancia que los separaban podrían haber sido miles de kilómetros, y su hombro le informaba que las cosas decididamente no andaban bien para él.

En ese momento el auto se encontraba rodeado por no menos de diez policías, muchos de ellos jadeantes por lo que habían corrido. Tres esgrimían armas y vigilaban a la multitud que se iba reuniendo alrededor. Por el oeste aparecieron otros dos soldados da chaqueta colorada. Se acercó un sargento de policía. Antes de que pudiera decir palabra, Cathy lo miró para ladrarle una orden.

—Llame una ambulancia. Ya mismo!

—Ya está en camino, señora —contestó el policía con sorprenentes buenos modales—. ¿Por qué no permite que nosotros nos encarguemos de eso?

— Soy médica —contestó ella, con tono cortante—. ¿Tiene un cuchillo?

El sargento se volvió para sacar la bayoneta del rifle del primer guardia y se inclinó para ayudar. Cathy sostuvo el saco y el chaleco para que él pudiera cortarlos y después, entre ambos, cortaron la camisa para dejar el hombro al descubierto. Ella retiró el pañuelo. Ya estaba empapado en sangre. Jack inició una protesta.

—Cállate la boca, jack. —Miró al sargento y señaló a Sally con la cabeza—. Aléjela de acá.

El sargento llamó con un gesto a uno de los guardias, quien alzó a Sally, y se alejó algunos metros con ella en brazos, acunándola suavemente contra su pecho. Jack vio que su hijita lloraba lastimeramente, pero de alguna manera, todo le parecía muy lejano. Sintió que la piel se le ponía fría y húmeda... ¿efectos del shock?

— Maldición! —exclamó Cathy. El sargento le alcanzó una gruesa venda, Ella la apretó contra la herida y en el acto la venda se tiñó de rojo mientras Cathy trataba de colocarla en su lugar. Ryan lanzó un quejido. Tenía la sensación de que alguien le hubiese pegado un hachazo en el hombro.

—¿Qué demonios tratabas de hacer, Jack? —preguntó Cathy a través de los dientes cerrados y mientras luchaba por vendarlo correctamente.

Ryan le contestó refunfuñando y su repentino enojo le ayudó a bloquear el dolor.

—No trataba nada.... ¡lo logré, carajo! —El esfuerzo que le exigió hablar prácticamente le quitó la mitad de las fuerzas que le quedaban.

—Ajá —gruñó Cathy —. Bueno, estás sangrando como un cerdo, Jack.

Desde otro lado se acercaron más hombres. Daba la sensación de que cientos de sirenas convergían en la escena junto con una multitud de hombres, algunos uniformados, otros no, ansiosos por unirse al acontecimiento. Un policía de uniforme con charreteras más ornamentadas que las demás empezó a impartir órdenes a gritos. La escena era impresionante. Un sector del cerebro de Ryan la catalogó. Allí estaba él, sentado contra el Rolls, con la camisa teñida de rojo, como si le hubieran arrojado un baldazo de sangre. Cathy, con las manos cubiertas por la sangre de su marido, todavía intentaba atarle correctamente el vendaje. Su hija jadeaba y lloraba en brazos de un joven soldado que parecía cantarle en un idioma que Jack no alcanzaba a descifrar. Sally no le quitaba los ojos de encima, con una angustia espantosa. Una parte como separada de su mente encontraba muy divertida la escena, hasta que otra oleada de dolor lo obligaba a volver a la realidad.

El policía que evidentemente se había hecho cargo de la situación se les acercó después de revisar el perímetro.

—Sargento, hágalo a un lado —ordenó.

Cathy lo miró y contestó furibunda:

—Abra la otra puerta del auto ¡maldito sea! oye que aquí tengo a un hombre que se está desangrando?

La otra puerta está trabada, señora. Permítame ayudarla. En el momento en que el oficial se inclinaba, Ryan oyó una sirena distinta. Entre los tres lo corrieron más amenos treinta centímetros y el oficial abrió la portezuela del auto. Pero no lo habían alejado lo suficiente. Cuando la puerta se abrió, uno de los bordes golpeó el hombro de Ryan. Lo último que oyó antes de desmayarse fue su propio grito de dolor.

Ryan fue enfocando lentamente la mirada, y su conciencia era como una niebla algo variable que le mostraba objetos fuera de lugar y fuera del tiempo. Durante un momento estuvo dentro de alguna clase de vehículo. El movimiento lateral le provocaba dolores horribles en el pecho y percibía a la distancia un espantoso sonido atonal, aunque ese sonido tampoco era demasiado lejano. Le pareció ver dos rostros que conocía vagamente. Cathy también se encontraba allí, ¿verdad?; no, era gente vestida de verde. Todo era suave y vago con excepción del ardiente dolor que tenía en el hombro y en el pecho, pero cada vez que pestañeaba todo desaparecía, Volvía a estar en un lugar distinto.
El cielo raso era blanco y al principio casi indefinido. De alguna manera Ryan se dió cuenta de que estaba bajo la influencia de drogas. Era una sensación que reconocía, aunque no recordaba por qué. Le tomó varios minutos de perezosa concentración darse cuenta de que el cielo raso estaba hecho de blancas placas acústicas sostenidas por marcos de metal blanco. Algunas de las placas estaban coloreadas y le servían como referencia. Otras eran de plástico transparente y de ellas emanaba una suave luz fluorescente, Tenía algo atado debajo de la nariz y después de algunos instantes sintió que inhalaba un gas fresco: ¿oxígeno? Sus otros sentidos empezaron a emitirle datos, de a uno por vez. Se expandían de la cabeza hacia abajo y, a regañadientes, transmitían informes al cerebro. Tenía cosas que no alcanzaba a ver adheridas al pecho. Sentía que le tironeaban el vello con el que a Cathy le gustaba juguetear cuando estaba un poquito borracha, sentía el hombro izquierdo... en realidad no lo sentía para nada. Todo su cuerpo estaba tan pesado que no lograba moverlo ni un centímetro,
Un hospital, decidió después de varios minutos. ¿Por qué estoy en un hospital...? Le tomó un período indeterminado de concentración recordar por qué estaba allí. Cuando comprendió que había matado a un hombre fue una bendición que estuviera amparado por la bruma protectora de las drogas.
A mí también me balearon, ¿no? Ryan volvió lentamente la cabeza hacia la derecha, junto a la cama vio un soporte con una botella de suero cuya manguera de goma se introducía, debajo de la sábana donde permanecía sujeto su brazo. Trató de sentir el catéter que debía de tener pinchado en el brazo derecho, pero no pudo. Tenía la boca seca como si fuera de algodón. Bueno, por lo menos no me hirieron el brazo derecho... Enseguida trató de volver la cabeza hacia la izquierda. Algo suave, pero muy firme se lo impidió. Ryan no estaba en condiciones de que le importara demasiado. Hasta la curiosidad que le inspiraba su estado físico era tenue. Por alguna razón, lo que lo rodeaba parecía mucho más importante que su propio cuerpo. Al levantar la mirada vio un instrumento parecido a un televisor, junto con otros elementos electrónicos que no consiguió reconocer desde ese ángulo. ¿Una pantalla de electrocardiogramas? Algo por el estilo, decidió. Todo coincidía. Estaba en una sala de terapia intensiva para pacientes operados, conectado, como un astronauta, mientras el personal decidía si lograría o no sobrevivir. Las drogas lo ayudaron a considerar el asunto con una objetividad asombrosa.
!Ah! Así que estamos despiertos dijo una voz. Ryan bajó el mentón y alcanzó a ver a una enfermera de alrededor de cincuenta años. Su rostro se parecía al de Bette Davis, arrugado por años de fruncir el entrecejo. Jack trató de hablarle, pero tenía la boca como pegada con engrudo. El sonido que emitió más bien parecía un graznido. La enfermera desapareció mientras él trataba de decidir exactamente lo que significaría ese sonido
Algunos minutos después apareció un hombre También tenía alrededor de cincuenta años, era alto y delgado, y vestía guardapolvo quirúrgico. De su cuello colgaba un estetoscopio y en las

manos tenía algo que Ryan no alcanzaba a ver. Parecía bastante cansado, pero en su rostro se pintaba una sonrisa satisfecha.
—¡Así que estamos despiertos! —exclamó. ¿Cómo se siente?
—Esa vez Ryan consiguió emitir un importante graznido. ¿El médico?... le hizo una seña a la enfermera. Ella se acercó para ofrecerle a Ryan un sorbo de agua que éste bebió con una pajita.
—Gracias. Hizo un buche con el agua. No era bastante para tragarla. La piel de su boca pareció absorberla en el acto.
—¿Dónde estoy?
—En la unidad de terapia intensiva del Hospital St. Thomas. Se está recuperando de una operación que le hemos practicado en la parte superior del brazo izquierdo y en el hombro del mismo lado. Soy su cirujano. Mi equipo y yo hemos estado trabajando con usted durante más o menos seis horas, y por lo visto diría que es muy probable que viva —agregó el médico juiciosamente. Parecía considerar a Ryan una obra exitosa.
Con cierta lentitud e indolencia, Ryan pensó para sus adentros que el sentido del humor inglés, por admirable que fuese en otros casos, le resultaba un poco seco para una situación como la suya. Estaba ensayando una respuesta cuando Cathy entró en escena. La enfermera estilo Bette Davies se apresuró a ahuyentarla.
—Lo lamento, señora Ryan, pero sólo los médicos...
—Soy médica —declaró Cathy, exhibiendo su tarjeta de identidad. El cirujano la tomó.
—"Instituto de Ojos Wilmer, Hospital John Hopkins" —leyó. El cirujano le tendió la mano y le dedicó una amistosa sonrisa de esas reservadas para los colegas.
—¿Cómo está, doctora? Soy Charles Scott.
—Así es —confirmó Ryan en medio de su mareo—. Ella es médica y cirujana. Yo soy doctor en historia.
—Nadie pareció prestarle atención.
—¿Sir Charles Scott? ¿El profesor Scott?
— El mismo. —Una sonrisa benigna. A todo el mundo le gusta que lo reconozcan. pensó Ryan mientras observaba desde un segundo plano.
— Uno de mis instructores lo conoce: el profesor Knowles.
—¡Ah! ¿Cómo está Dennis?
— Muy bien, doctor. En este momento es profesor asociado a ortopedia.
—Cathy cambió hábilmente de tema, con tono profesional—. ¿Tiene las radiografías?
—Aquí están —Scott esgrimió un sobre de papel manila del que extrajo las placas. Las sostuvo frente al panel iluminado.
—Tomamos ésta antes de la operación.
—¡Maldición! —exclamó Cathy, frunciendo la nariz. Se puso los anteojos que usaba para trabajar, esos que a Jack le resultaban odiosos. Notó que meneaba la cabeza.
—¡No creí que la situación fuese tan mala!
El profesor Scott asintió.
— Es cierto. Creemos que la clavícula se le rompió antes de que recibiera el disparo; después la bala entró por acá —errando por pocos milímetros el plexo braquial por lo que no prevemos que haya serios problemas nerviosos— y causó todo este daño. —Trazó con el lápiz una línea a través de la radiografía. Desde la cama, Ryan no alcanzaba a ver nada—. Después afectó la parte superior del húmero antes de detenerse aquí, justo dentro de la piel. Las balas de 9 mm. son muy poderosas. Como verá, el daño que causó es extenso. Nos dió mucho trabajo encontrar todos los fragmentos óseos y colocarlos de nuevo en su lugar, pero conseguimos hacerlo.
—Scott colocó una segunda radiografía junto a la primera. Cathy permaneció en silencio durante algunos segundos, haciendo gestos de aprobación con la cabeza.
— ¡Qué buen trabajo, doctor!
La sonrisa de Sir Charles se hizo un poco más amplia.

— Creo que aceptaré el cumplido por venir de una cirujana del John Hopkins. Me temo que estos dos alfileres serán permanentes, lo mismo que este clavo, pero creo que el resto cicatrizará bien. Como verá todos los fragmentos de mayor tamaño han vuelto a estar en su lugar y tenemos motivos para esperar una recuperación total.
— ¿Hasta qué punto quedará impedido? —Una pregunta hecha con tono indiferente. En lo que se refería a su trabajo, Cathy podía mostrarse desesperantemente poco emotiva.
—Todavía no lo sabemos con seguridad —contestó Scott con lentitud—. Probablemente quede un poquito impedido, pero no demasiado. No podemos garantizar una completa restauración de las funciones... el daño fue demasiado extenso.
—¿Le importaría explicármelo a mi? Ryan trató de hablar con tono de enojo, pero no lo logró.
—Me refiero, señor Ryan, a que es probable que le quede algún impedimento permanente en el uso de su brazo —aunque todavía no podemos precisar hasta qué punto— y que de ahora en adelante tendrá un barómetro propio. Por lo tanto, cada vez que esté por llover usted lo sabrá antes que nadie.
¿Cuánto tiempo tendrá que estar enyesado? —quiso saber Cathy.
—Por lo menos un mes. —El cirujano lo dijo como disculpándose. ya sé que le resultará incómodo, pero ese hombro debe quedar totalmente inmovilizado por lo menos durante treinta días. Después tendremos que volver a evaluar los daños y posiblemente podremos pasar a un yeso más normal durante... oh, supongo que por lo menos por otro mes. Me imagino que su marido tiene buena cicatrización y no es alérgico. Parece un hombre saludable y en buen estado físico.
—Aparte de tener algunos tornillos flojos en la cabeza el estado físico de Jack es excelente —contestó Cathy asintiendo, pero con un dejo nervioso en su voz cansada—. Practica aerobismo todas las mañanas. Lo único que le provoca alergia es la ambrosía y su cicatrización es excelente.
—Sí —confirmó Ryan—. Las marcas de los mordiscos de mi mujer por lo general desaparecen en menos de una semana. —Creyó haber hecho una broma graciosísima, pero nadie se la festejó.
—¡Perfecto! —aprobó Sir Charles—. Así que, doctora, como podrá ver, su marido está en buenas manos. Y ahora los dejaré solos durante cinco minutos. Después me gustaría que él descansara un poco, cosa que creo que a usted también le hace buena falta.
—Y el cirujano se alejó, seguido por Bette Davies.
Cathy se acercó a Jack y de fría profesional se convirtió en esposa preocupada. Ryan agradeció, quizá por millonésima vez, la suerte de haberse casado con ella. Caroline Ryan tenía un rostro pequeño y redondo, pelo corto y rubio y los ojos azules más bonitos del mundo. Y detrás de esos ojos había una persona por lo menos tan inteligente como él, alguien a quien amaba con todo su ser. Nunca comprendería como logró conquistarla. Ryan era dolorosamente consciente de que, aun en sus mejores días, sus facciones poco distinguidas, su espesa barba y su mentón cuadrado le daban el aspecto de un oscuro morocho de las montañas. Trató de estirar el brazo para tomarle la mano, pero estaba atado a la cama. Fue Cathy quien le tomó la mano a él.
—Te quiero, chiquita aseguró él con suavidad.
—¡Oh, Jack! —Cathy trató de abrazarlo pero se lo impidió el yeso que él ni siquiera alcanzaba a ver—. ¿Por qué diablos hiciste eso, Jack? El ya había decidido lo que iba a contestar a esa pregunta.
— Bueno, ya pasó y sigo vivo, ¿no es cierto? ¿Cómo está Sally?
—Creo que por fin se quedó dormida. Está abajo con un policía.
—Cathy parecía cansadísima—. ¿Cómo crees que va a estar la chica, Jack? ¡Por Dios, si estuvo a punto de ver que te mataban! Las dos quedamos muertas de miedo.
—Jack notó que tenía los ojos irritados y que estaba muy despeinada. Bueno, ella nunca fue demasiado capaz de hacer gran cosa con su pelo. Los gorros de cirugía siempre le estropeaban el peinado.

— Sí, ya sé. Pero por lo visto, por un tiempo no voy a poder seguir con esas actividades. —Eso provocó una sonrisa de Cathy. Era agradable verla sonreír.
— Bueno. Se supone que debes conservar tus energías. Tal vez esto te enseñe una lección... sin contar con que no podremos aprovechar todas esas camas desconocidas de los hoteles. —Le apretó la mano. Su sonrisa se hizo traviesa—. Pero es probable que dentro de algunas semanas encontremos alguna manera. ¿Tengo muy mal aspecto?
—Espantoso. —Jack rió en silencio—. Deduzco que ese médico es un tipo famoso...
Notó que su mujer se relajaba un poco.
— Es lo menos que se puede decir de él. Sir Charles Scott es uno de los mejores cirujanos ortopedistas del mundo. Fue el maestro del profesor Knowles... ¡y contigo hizo un trabajo soberbio! Puedes considerarte dichoso de haber conservado tu brazo ¿sabes? ¡Dios mío!
—Tranquila, chiquita. No estoy en peligro de muerte, ¿no?
—Ya sé, ya sé.
Pero me va a doler, ¿no es cierto?
Otra sonrisa.
—Un poquito. Bueno, tengo que ir a acostar a Sally. Volveré mañana. Se inclinó para besarlo. A pesar de tener el cuerpo lleno de drogas, tubos de oxígeno, la boca seca y todo lo demás, la sensación fue maravillosa. Dios, pensó Jack, !Dios cuánto amo a esta chica! Cathy le apretó la mano otra vez y se fue.
Regresó Bette Davis, la enfermera. El cambio no le resultó satisfactorio.
—Yo también soy el "doctor Ryan", ¿sabe? —anunció Jack, muerto de cansancio.
Muy bien, doctor. Es hora de que descanse un poco. Yo me quedaré aquí cuidándolo toda la noche. Y ahora duerma, doctor Ryan.
Después de ese feliz comentario, Jack cerró los ojos. Estaba convencido de que el día siguiente sería una tortura. Una tortura duradera.

2 Policías y nobleza

Ryan despertó a las seis y treinta y cinco de la mañana. Lo supo porque oyó el anuncio hecho por un locutor de radio cuya voz se disolvió en la melodía de un Western norteamericano, una de esas canciones que Ryan evitaba en su casa escuchando los noticieros del día. El cantante advertía a las madres que no permitieran que sus hijos se convirtieran en cowboys y el primer pensamiento confuso de Ryan fue: Seguramente aquí no deben de tener ese problema, ¿verdad? Durante un rato su mente vagó por esa línea de pensamientos y se preguntó si los británicos tendrían bares con el piso cubierto de aserrín, toros mecánicos para cabalgar, y oficinistas que andaban vestidos con botas puntiagudas y rastras de monedas a modo de cinturones... ¿ por qué no? se preguntó. La escena en que intervine ayer parecía surgida de una película de Dodge City.
A Jack le habría gustado volver a dormirse. Lo intentó cerrando los ojos y ordenándole a su cuerpo que se relajara, pero no lo consiguió. El avión había decolado de bailes a primera hora de la mañana. Y durante el viaje no pudo dormir —era algo que siempre le resultaba imposible— pero volar siempre lo extenuaba y se acostó en cuanto llegaron al hotel. Y después, ¿cuánto tiempo habría permanecido inconsciente en el hospital? Demasiado, se dijo. Ryan había dormido en exceso. No le quedaba más remedio que afrontar el día.
Alguien a su derecha había encendido la radio en un tono muy bajo, apenas lo suficientemente fuerte como para poder oírla. Ryan logró volver la cabeza y pudo verse el hombro...
El hombro, pensó, por eso estoy acá. ¿Pero dónde es acá? Estaba en un cuarto distinto. El cielo raso era liso y recién pintado. Estaba oscuro y la única luz la proporcionaba la lámpara

de la mesita junto a su cama, que tal vez fuese suficiente para leer. Le pareció que había un cuadro en la pared, por lo menos distinguía un rectángulo más oscuro, un rectángulo que no era blanco. Ryan sopesó todos esos datos, dejando de lado conscientemente el examen de su brazo izquierdo hasta que no le quedaran excusas. Volvió lentamente la cabeza hacia la izquierda. Ante todo vio el brazo. Sobresalía en ángulo recto, envuelto en yeso y fibra de vidrio hasta la mano. Sus dedos estaban casi tan grises como el yeso. En la parte trasera de la muñeca tenía un aro de metal sujeto a una cadena que se extendía hasta un marco metálico arqueado sobre la cama como una grúa.

Lo primero ante todo. Ryan trató de mover los dedos. Demoraron varios segundos antes de responder a las órdenes que les enviaba su sistema nervioso central. Ryan lanzó un largo suspiro y cerró los ojos para darle gracias a Dios. Más o menos a la altura del codo, una varilla metálica, torcida hacia abajo, se unía con el resto del yeso, que, tal como él pudo apreciar finalmente, se iniciaba en el cuello y descendía en diagonal hasta su cintura. Así su brazo sobresalía por cuenta propia y Ryan parecía una especie de medio puente. El yeso no le apretaba el pecho, pero le tocaba la piel prácticamente en todas partes y él ya sentía picazones en lugares en que le resultaba imposible rascarse. El cirujano había dicho algo acerca de inmovilizar el hombro, y, pensó Ryan con pesimismo, no bromeaba. El hombro le dolía de una manera un poco distante, con la promesa de un dolor aun mayor. Tenía mal gusto en la boca y sentía el resto del cuerpo tieso y dolorido. Volvió la cabeza hacia el otro lado.

¿Hay alguien allí? preguntó con suavidad.

—¡Ah! ¡Hola! —Por sobre el borde de la canoa se asomó un rostro: el de un tipo delgado más joven que Ryan, de veintitantos años. Estaba informalmente vestido, con la corbata suelta y por debajo del saco se le notaba la pistolera.

—¿Cómo se siente, señor?

Ryan ensayó una sonrisa, preguntándose hasta qué punto tendría éxito.

—Supongo que probablemente lo que siento esté de acuerdo con el aspecto que debo de tener. ¿Dónde estoy y quién es usted...? Pero, ante todo, ¿habrá un vaso de agua por acá?

El policía tomó una jarra y vertió agua helada en un vaso de plástico. Ryan estiró el brazo derecho para tomarlo y recién entonces se dio cuenta de que no lo tenía atado a la cama como cuando despertó la vez anterior. Ahora sentía el lugar donde había tenido clavada la aguja del suero. Bebió ávidamente el agua con una pajita. No era más que agua, pero ninguna cerveza le habría parecido más deliciosa, ni siquiera después de un día de arduo trabajo.

—Gracias, compañero.

—Me llamo Anthony Wilson. Se supone que debo encargarme de cuidarlo. Usted está en la suite VIP del Hospital St. Thomas. ¿Recuerda por qué está acá, señor?

—Sí, creo que sí —contestó Ryan, asintiendo—. ¿Puede desenchufarme de esta cosa? Tengo que irme. —Otra reminiscencia del suero.

—Llamaré a la enfermera. —Wilson oprimió el timbre prendido a la almohada de Ryan.

En menos de quince segundos apareció una enfermera que prendió las luces de la habitación que enceguecieron a Jack. Recién después se dio cuenta de que no era la enfermera de la vez anterior. No era Bette Davis; esta era joven y bonita, con esa mirada ansiosa y protectora tan típica de las enfermeras. Ryan ya la había visto antes y le resultaba particularmente odiosa.

¡Ah! ¡Así que estamos despiertos! —observó la muchacha con expresión alegre—. ¿Cómo nos sentimos?

—¡Bárbaro! —gruñó Ryan—. ¿Puede desengancharme? Tengo que ir al baño.

—Se supone que todavía no nos podemos mover, doctor Ryan. Iré a traerle algo. —Y antes de que él pudiera oponerse desapareció por la puerta. Wilson la observó salir con una mirada de admiración. Policías y enfermeras, pensó Ryan. Su padre se había casado con una enfermera a quien conoció cuando llevó un herido de bala a la sala de guardia de un hospital.

La enfermera —que llevaba en la solapa una tarjeta de identificación con su nombre: KITTIWAKE— regresó en menos de un minuto con un papagayo que sostenía como si se tratara de un regalo valiosísimo, cosa que dadas las circunstancias Ryan tuvo que admitir que

era. Alzó las cobijas de la cama y de repente Jack se dio cuenta de que en ese hospital el camisón era una especie de túnica que se ataba alrededor del cuello de los pacientes, y lo peor era que la muchacha se aprestaba a hacer los arreglos necesarios para que él usara el papagayo. Ryan bajó con rapidez la mano derecha para quitárselo. Y por segunda vez en esa mañana agradeció a Dios el haber sido capaz de estirar lo suficiente su mano libre.

Podría, este... ¿disculparme un minuto? —La muchacha se retiró del cuarto, sonriendo desilusionada. Jack esperó que la puerta se cerrara completamente antes de continuar. Por deferencia hacia Wilson sofocó su suspiro de alivio. Kittiwake volvió a entrar en el cuarto después de contar hasta sesenta.

Gracias. Ryan le alcanzó el receptáculo y ella volvió a salir. Pero apenas había cerrado la puerta volvió a aparecer. Esta vez le metió un termómetro en la boca y le tomó el pulso. El termómetro era de los nuevos, electrónico, de modo que completó ambas tareas en quince segundos. Ryan preguntó si tenía fiebre, pero sólo obtuvo una sonrisa por respuesta. Y la muchacha siguió sonriendo mientras hacía las anotaciones correspondientes en la historia clínica. Terminada su tarea arregló un poco las cobijas sin dejar de sonreír. La pequeña señorita eficiente, se dijo Ryan para sus adentros. Esta chica realmente me va a poner los nervios de punta.

—¿Necesita algo más, doctor Ryan? —preguntó Kittiwake. Sus ojos oscuros contradecían el tono rubio ceniza de su pelo. Era encantadora. Tenía un aspecto fresco y radiante. Ryan era incapaz de permanecer enojado con las mujeres bonitas, y las odiaba por ello. Especialmente a las enfermeras jóvenes, con aspecto fresco y radiante.

—¿Puede ser un café? —preguntó, lleno de esperanzas.

—El desayuno no se sirve hasta dentro de una hora. ¿Pero le gustaría que le alcanzara una taza de té?

—Perfecto. —Estaba lejos de ser perfecto, pero serviría para mantenerla alejada durante un rato. Y la enfermera Kittiwake salió airosa, con una sonrisa ingenua.

—!Hospitales! —gruñó Ryan en cuanto ella se fue.

— Bueno, no sé —observó Wilson, con la imagen de la enfermera Kittiwake fresca en su memoria.

— Claro, a usted nadie le tiene que cambiar los pañales —gruñó Ryan recostándose contra la almohada. Sabía que era inútil luchar. Sonrió a su pesar. Inútil luchar. Ya anteriormente había pasado por eso dos veces, y en ambas oportunidades con enfermeras jóvenes y bonitas. Si uno se ponía gruñón y quejoso, lo único que conseguía era que ellas se mostraran cada vez más amables... porque contaban con el factor tiempo a su favor, tiempo y paciencia suficientes para vencer la resistencia de cualquiera. Ryan se rindió con un suspiro. Ni siquiera valía la pena gastar energías.

—Así que usted es policía, ¿no? ¿De alguna sección especial?

—No, señor. Pertenezco a la C13, una organización antiterrorista.

—¿Puede contarme lo que sucedió ayer? Creo que me perdí unas cuántas cosas.

—¿Qué es lo que recuerda, doctor? —preguntó Wilson acercando su silla a la cama. Ryan notó que siempre permanecía de medio perfil hacia la puerta y que mantenía libre la mano derecha.

—Vi... bueno, oí una explosión, creo que fue una granada de mano... y al volverme vi que dos tipos disparaban como locos contra un Rolls Royce. Supongo que serían del IRA. Conseguí sacar a dos de en medio y un tercero huyó en un auto. Entonces llegó la caballería, me desmayé y desperté aquí.

— No eran del IRA, sino del ULA: Ejército de Liberación del Ulster. Un retoño maoísta de los Provos. Tipos desagradables. El que usted mató era John Michael McCrory, un maleante de Londonderry: uno de los tipos que huyó de prisión a fines de julio. Desde entonces, esta es la primera vez que vuelve a aparecer. Y la última. —Wilson esbozó una gélida sonrisa. —Al otro todavía no lo hemos identificado. Por lo menos hasta hace tres horas cuando empecé mi guardia aquí.

—¿ULA? —preguntó Ryan, encogiéndose de hombros. Recordaba haber oído esas siglas, pero no sabía mucho sobre el asunto. —El tipo a quien... maté. Tenía una AK, pero cuando aparecí del otro lado del auto estaba usando una pistola. ¿Por qué?
—El imbécil trabó la AK. Tenía dos cargas enteras unidas con la otra, como uno ve constantemente en el cine, pero que es justamente lo que nos enseñan en las prácticas de tiro que no hay que hacer. La segunda carga estaba doblada en la punta y se le trabó. Lo cual fue un golpe de suerte para usted. ¿Usted sabía que iba a enfrentarse con un tipo con una Kalashnikov?
—Wilson observaba cuidadosamente el rostro de Ryan.
Jack asintió.
—Parece una imbecilidad, ¿verdad?
—Yo diría que actuó como un verdadero imbécil. —Wilson hizo ese comentario justo en el momento en que Kittiwake entraba con el té. La enfermera dirigió al policía una mirada de enfática desaprobación mientras colocaba la bandeja sobre la mesa del paciente y la acercaba a la cama. Kittiwake arregló todo a la perfección y sirvió una taza de té con gestos delicados. Wilson se tuvo que servir personalmente la suya.
—Y de todos modos, ¿quién iba en el auto? —preguntó Ryan. Notó que su pregunta provocaba una fuerte reacción,
—¿Así que no lo sabía? —preguntó Kittiwake, estupefacta.
—No tuve demasiado tiempo para averiguarlo.
—Ryan volcó en su taza dos paquetitos de azúcar negra. Pero cuando Wilson contestó su pregunta, abruptamente dejó de revolver su té.
—El príncipe y la princesa de Gales, y el hijito de ambos.
Ryan volvió la cabeza con rapidez.
—¿Qué?
—¿Realmente no lo sabía? —preguntó la enfermera.
— ¿Están hablando en serio? dijo Ryan en voz baja. No creo que sean capaces de hacer bromas acerca de eso, ¿verdad?
—Por supuesto que hablo en serio —continuó diciendo Wilson con tono tranquilo. Sólo su cuidadosa elección de las palabras demostraba hasta qué punto lo perturbaba el asunto. —Si no fuera por usted, los tres habrían muerto y eso lo convierte en un héroe, doctor Ryan. —Wilson sorbió cuidadosamente su té y sacó un cigarrillo.
Ryan depositó la taza en el platillo.
— ¿Quiere decir que ustedes los dejan andar dando vueltas por la ciudad sin custodia policial o de agentes del servicio secreto —o como sea que los llamen?
— Supuestamente era un viaje que no estaba programado. De todos modos los arreglos de la seguridad de la familia real no dependen de mi departamento. Sin embargo supongo que la gente encargada de eso debe de estar repensando bastantes cosas —comentó Wilson.
¿Y no los hirieron?
—No, pero mataron al chofer del auto. Y también al agente de seguridad que los acompañaba; un integrante del DPG —Grupo de Protección Diplomática—. Se llamaba Charlie Winston. Yo conocía a Charlie. Tenía esposa, ¿Sally? Y cuatro hijos.
Ryan observó que el Rolls debió de haber estado protegido por vidrios blindados.
Wilson lanzó un bufido.
—Tenía vidrios blindados. En realidad eran de plástico, un material muy sofisticado de policarbonato. Por desgracia nadie leyó lo que decían las instrucciones. Ese material sólo tiene garantía por un año. Parece que el sol le quita resistencia. Y entonces fue como si el parabrisas fuera de un vidrio cualquiera. Nuestro amigo McCrory le disparó treinta tiros y lo hizo añicos, matando al chofer en primer lugar. Pero gracias a Dios, la división interior, la que separa al conductor de los pasajeros, no había estado expuesta al sol, así que permaneció intacta. Lo último que hizo Charlie antes de morir fue oprimir el botón para levantarlo. Es

posible que eso también los haya salvado, aunque no haya beneficiado al pobre Charlie. Tuvo el tiempo suficiente para sacar su automática, pero no creemos que haya llegado a dispararla.
Ryan pensó retrospectivamente. En la parte trasera del Rolls había sangre... pero no era sólo sangre. La cabeza del chofer había volado en pedazos y su cerebro quedó diseminado por el compartimiento de pasajeros. Al pensar en ello, Jack no pudo evitar una mueca. Posiblemente el guardaespaldas se hubiera inclinado hacia adelante para oprimir el botón antes de defenderse... Bueno, pensó Jack, para eso les pagan. ¡Qué manera espantosa de ganarse la vida!
—Fue una suerte que usted interviniera justo en ese momento. Los dos terroristas tenían granadas de mano, ¿sabe?
—Sí, alcancé a ver una. —Ryan terminó de beber lo que le quedaba del té—. ¿En qué diablos habré estado pensando? Pero no pensabas absolutamente en nada, Jack. En eso estabas pensando.
Kittiwake notó que Ryan palidecía.
—¿Se siente bien? —preguntó.
—Supongo que sí —contestó Jack en un gruñido—. A pesar de lo tonto que fui, tengo que sentirme bastante bien... porque debería estar muerto.
—Bueno, le aseguro enfáticamente que aquí no morirá. —La enfermera le dio unas palmaditas en la mano—. Por favor, llámeme si necesita algo.
—Y salió, después de dedicarle otra sonrisa radiante.
Ryan seguía meneando la cabeza.
—¿Y el tercero consiguió huir?
Wilson asintió.
—Encontramos el auto cerca de una estación de subterráneo, a pocas cuadras de distancia. Era robado, por supuesto. A partir de allí el tipo no tuvo ningún problema en huir. Desapareció en el subterráneo. Tal vez haya ido a Heathrow para tomar un avión hacia el continente —a Bruselas, por ejemplo— y allí haya trasbordado a otro avión que lo llevara a Ulster o a la República de Irlanda. Esa es una de las rutas posibles, pero hay otras y es imposible cubrirlas todas. Lo más probable es que anoche haya estado bebiendo cerveza en su bar predilecto y viendo las noticias por televisión, ¿Alcanzó a verlo?
—No, vi apenas una silueta. Ni siquiera se me ocurrió memorizar el número de la chapa del auto... ¡qué tontería! Pero en ese momento se me acercó corriendo el guardia de chaqueta colorada. —Ryan volvió a hacer una mueca—. ¡Dios! Pensé que me iba a atravesar con esa bayoneta. En una fracción de segundo vi todo con claridad: acababa de hacer una buena obra y me iba a liquidar uno de los buenos de la historia. Wilson lanzó una carcajada.
¡No sabe la suerte que tuvo! En este momento los guardias son del Regimiento de Galeses.
_¿Y?
—Es justamente el regimiento de su Alteza Real. El príncipe es el comandante en jefe. Y allí estaba usted empuñando una pistola... ¿cómo quiere que reaccionara? —Wilson apagó su cigarrillo—. Otro golpe de suerte fue que su esposa y su hija se le acercaran corriendo, y entonces el soldado decidió esperar un poco, hasta que se aclararan las cosas. Entonces se le acercó el oficial de nuestra división y le dijo que no procediera. Y enseguida entraron en escena como cien de mis compañeros.
"Espero que usted logre apreciar la situación, doctor. Allí estábamos con tres hombres muertos, dos heridos, el príncipe y la princesa que parecían haber sido baleados —de paso, su esposa los examinó allí mismo y declaró que estaban ilesos justo antes de que llegara la ambulancia un bebito, y cien testigos, cada uno con su propia versión de lo ocurrido Un maldito norteamericano, ¡y para peor de ascendencia irlandesa!, cuya esposa declara que es el héroe de la historia
—Wilson volvió a lanzar una carcajada—. ¡Un caos total!
"La primera prioridad, por supuesto, fue poner a salvo a los miembros de la familia real. De eso se encargaron la policía y los guardias. De todos modos, su esposa se negó rotundamente

a alejarse de su lado hasta que usted estuviera en manos profesionales y en un hospital. Me dicen que es una mujer de mucho carácter.
—Cathy es cirujana —explicó Ryan—. Y cuando juega a la médica está acostumbrada a salirse con la suya. Los cirujanos son así.
—Cuando estuvo completamente satisfecha, la llevamos en auto a la Central de Policía. Mientras tanto, nos entretuvimos identificándolo. Llamaron al agregado Legal de la Embajada Norteamericana y él chequeó su prontuario con el FBI, además de haber verificado su paso por la Infantería de Marina.
—Ryan robó un cigarrillo del atado de Wilson. El policía se lo prendió con un encendedor descartable. Jack hizo una arcada al tragar el humo, pero lo necesitaba. Estaba convencido de que después Cathy le armaría un escándalo por haber fumado, pero tiempo al tiempo. —Le advierto que nunca creímos realmente que usted fuese uno de ellos. Tendría que ser loco para hacerse acompañar por su esposa y su hija cuando iba a cometer un atentado como ése. Pero hay que ser cuidadoso.
Ryan asintió, un poco mareado por el humo. ¿Cómo habrán sabido que milité en la Infantería de Marina...? Ah, por mi carné de la Asociación de Infantería de Marina...
—Pero en todo caso, tenemos las cosas bien aclaradas. Su gobierno nos enviará todo lo que nos haga falta... posiblemente a esta hora ya hayan llegado los papeles —concluyó Wilson, mirando su reloj.

—¿Y mi familia está bien?
Wilson esbozó una sonrisa bastante extraña.
—Los están cuidando muy bien, doctor Ryan. Le doy mi palabra.
—Me llamo Jack.
—Perfecto. Mis amigos me llaman Tony.
—Por fin cumplieron el rito de darse un apretón de manos—. Y, como ya le dije, se ha convertido en un maldito héroe. ¿Quiere enterarse de lo que dicen los diarios?
—Le alcanzó un ejemplar del Daily Mirror y otro del Times.
—¡Dios Santo!
La primera plana del Mirror estaba enteramente dedicada a una fotografía a todo color de él, sentado, inconsciente, contra el Rolls. Su pecho era una masa de un rojo subido.
ATENTADO CONTRA SUS ALTEZAS REALES:
UN INFANTE DE MARINA AL RESCATE

Un audaz intento de asesinar a sus Altezas Reales el Príncipe y la Princesa de Gales a corta distancia del Palacio de Buckingham fue frustrado hoy gracias al coraje de un turista norteamericano.
John Patrick Ryan, historiador y ex teniente de la Infantería de Marina de los Estados Unidos, intervino desarmado en una batalla que tenía lugar en el Mall, mientras cientos de londinenses observaban petrificados por la incredulidad. Ryan, de treinta y un años, oriundo de Annapolis, Maryland, logró dejar fuera de combate a uno de los pistoleros y, valiéndose de las armas del terrorista, mató al otro. En la lucha Ryan resultó gravemente herido. Fue transportado en ambulancia al Hospital St. Thomas, donde Sir Charles Scott se encargó de efectuarle una exitosa operación de urgencia.
El tercero de los terroristas logró huir, escapando por el Mall hacia el este y doblando después hacia el norte por Marlborough Road.
Los oficiales superiores de la policía expresaron la opinión unánime de que, de no ser por la valiente intervención de Ryan, sus Altezas Reales hubiesen encontrado una muerte segura.

Ryan dobló la página y se topó con otra fotografía suya en colores, tomada en circunstancias más felices. Era su foto de graduación en Quantico, y no pudo menos que sonreír para sus adentros al verse tan resplandeciente, en su uniforme azul, con dos brillantes barras de oro y

la espada de Mamaluke. Era una de las pocas fotografías decentes que le habían tomado en la vida.
—¿Y de dónde sacaron esto?
—Oh, sus colegas de la Infantería de Marina se mostraron ansiosos por ayudar. En realidad, uno de los barcos de la Marina de su país, un portahelicópteros o algo así, en este momento está anclado en Portsmouth. Y me comentaron que sus ex colegas están recibiendo toda la cerveza gratis que son capaces de beber.
Eso provocó la risa de Ryan. Después tomó el Times, cuyos titulares eran menos sensacionalistas.

El Príncipe y la Princesa de Gales escaparon esta tarde a una muerte segura. Tres y posiblemente cuatro terroristas armados con granadas de mano y rifles de asalto Kalashnikov esperaban el paso del Rolls Royce de Sus Altezas, sólo para que sus cuidadosamente trazados planes fueran desbaratados por la valiente intervención de J. P. Ryan, ex teniente del regimiento de Infantería de Marina de los Estados Unidos y actual historiador...

Ryan pasó a la página editorial. Un artículo, firmado por el editor del diario, clamaba por venganza, mientras se deshacía en alabanzas de Ryan, Norteamérica y la Infantería de Marina Norteamericana, y agradecía a la Divina Providencia con floreos dignos de una encíclica papal.
—¿Leyendo lo que dicen acerca de usted? —Ryan levantó la mirada. A los pies de la cama estaba Sir Charles Scott, con su historia clínica en la mano.
—Es la primera vez que los diarios me mencionan explicó Ryan, haciéndolos a un lado.
—Se lo ha ganado, y por lo visto, dormir le ha hecho mucho bien. ¿Cómo se siente?
—No tan mal, considerando las circunstancias. ¿Cómo estoy? —preguntó Ryan.
— El pulso y la temperatura son normales... es decir, casi normales. Además, no tiene mal color. Con un poco de suerte hasta es posible que evitemos la infección postoperatoria, aunque no quiero darle ninguna seguridad —explicó el doctor—. ¿Tiene mucho dolor?
—Me duele un poco, pero es soportable —contestó Ryan cautelosamente.
— Recién han transcurrido dos horas desde su última medicación. Espero que no sea uno de esos tontos cabezas duras que se niegan a tomar drogas contra el dolor.
—Sí, lo soy —contestó Ryan. Y enseguida explicó con mucha lentitud: —Doctor, ya he pasado dos veces por circunstancias como ésta. La primera vez me dieron demasiados calmantes y después... bueno, usted sabe lo que sucede y no quiero volver a pasar por eso nunca más.
La carrera de Ryan en la Infantería de Marina terminó en tres meses, cuando el helicóptero que lo transportaba se estrelló en la costa de Creta durante un ejercicio de la NATO. Las lesiones que recibió en la columna vertebral obligaron a internarlo en el Centro Médico Naval de Bethesda, en las afueras de Washington, donde los facultativos se mostraron excesivamente generosos con las drogas contra el dolor, y después Ryan tardó dos semanas en sobreponerse a ellas. No quería repetir la experiencia.
Sir Charles asintió con aire pensativo.
— Supongo que no. Bueno, se trata de su brazo. —Cuando hacía algunas anotaciones en la cartilla, apareció la enfermera.
—Suba un poco la cama —indicó.
Ryan no había notado que su brazo enyesado colgaba de una especie de perchero circular. A medida que la cabecera de la cama se fue elevando su brazo fue cayendo en un ángulo más cómodo. Por sobre los anteojos, el médico observó los dedos del paciente.
¿Quiere moverlos, por favor? —Ryan obedeció—. Muy bien, eso está realmente bien. No creí que hubiese ningún nervio dañado. Doctor Ryan, le voy a recetar un medicamento muy suave, lo necesario para que el dolor no sea insoportable. Pero le ruego que tome los remedios que le prescribo.

— Scott miró a Ryan directamente. —Ningún paciente mío ha resultado adicto a los narcóticos, y no pienso empezar con usted. No sea cabeza dura: el dolor y la incomodidad retardarán su recuperación... es decir, a menos que tenga ganas de quedarse varios meses en el hospital.

— Acuso recibo del mensaje, Sir Charles.

— Muy bien. —El cirujano sonrió— Si llegara a sentir que necesita algo más fuerte, le aviso que estaré aquí todo el día. Simplemente llame a la enfermera Kittiwake.

—En el rostro de la muchacha se pintó una sonrisa radiante,

—¿Y puedo comer algo?

Cree que será capaz de mantener algo en el estómago?

En caso contrario supongo que Kittiwake estará encantada de ayudarme a vomitar.

Doctor, durante las últimas treinta y seis horas, lo único que mi estómago ha recibido ha sido un desayuno continental y un almuerzo liviano.

— Muy bien. Intentaremos darle algo muy suave. —Hizo otra anotación en la cartilla y dirigió una mirada a Kittiwake: Vigílelo. Ella asintió. Su encantadora esposa me advirtió que usted es muy obstinado. Ya nos encargaremos de eso. Pero de todos modos, lo encuentro bastante bien. Cosa que puede agradecer a su estado físico... y también a mi habilidad quirúrgica, por supuesto. —Scott lanzó una risita. —Después del desayuno, un enfermero lo ayudará a refrescarse para recibir a sus... este... visitantes más oficiales. Ah, no espere ver pronto a su familia. Anoche estaban completamente extenuadas. Le di a su mujer algo para ayudarla a dormir; espero que lo haya tomado. Su hijita estaba destrozada.

—Scott miró a Ryan con mucha seriedad

— Lo que le dije hace un rato es absolutamente cierto. La incomodidad retrasará su recuperación. Haga lo que yo le indique y podrá levantarse de esa cama en una semana... y tal vez podamos darlo de alta dentro de quince días. Pero para eso debe cumplir exactamente mis indicaciones.

—Comprendido, señor. Y gracias, Cathy me dijo que usted hizo un trabajo excelente con mi brazo.

Scott trató de restarle importancia encogiéndose de hombros. Pero se le notó una pequeña sonrisa.

—Uno tiene que cuidar bien a sus huéspedes. Volveré esta tarde a última hora para evaluar sus progresos.

—Y se fue, murmurándole instrucciones a la enfermera.

A las ocho y media llegó la policía en pleno. Para esa hora Ryan ya se había desayunado e higienizado. El desayuno le resultó una terrible desilusión y Wilson tuvo un ataque de risa ante los comentarios que hizo el paciente sobre el aspecto de lo que le servían; pero Kittiwake se mostró tan compungida por la situación, que Ryan se sintió obligado a comer todo sin chistar, hasta la compota de ciruelas que odiaba desde la infancia. Recién después de terminar, Jack se dio cuenta de que la actitud de su enfermera probablemente había sido un engaño, una trampa para conseguir que comiera todas esas porquerías. Las enfermeras están llenas de trucos, se recordó Ryan para sus adentros. A las ocho llegó el enfermero para ayudarlo a lavarse. Ryan mismo se afeitó, mientras el enfermero sostenía un espejo y lanzaba risitas cada vez que se cortaba. Cuatro cortes; habitualmente Ryan utilizaba una afeitadora eléctrica y hacía años que no se enfrentaba con una navaja. A las ocho y media, Jack volvió a sentirse humano. Kittiwake le alcanzó una segunda taza de café. No sería demasiado rico, pero era café al fin.

Se presentaron tres oficiales de policía. Ryan supuso que serían de alta jerarquía por la manera en que Wilson se puso de pie y se apresuró a acercar sillas para que se instalaran, antes de excusarse y salir del cuarto.

James Owen parecía el más importante y se interesó por la salud de Ryan, en un tono tan amable que posiblemente fuese sincero. A Jack le recordó a su padre, un hombre áspero, de cuerpo pesado, y que, a juzgar por sus manos grandes y nudosas, había ganado sus ascensos hasta el rango de comandante después de muchos años de recorrer las calles y de hacer cumplir la ley de la manera más dura.
El jefe superintendente William Taylor tendría alrededor de cuarenta años, y era menor y más pulcro que su colega de la División Antiterrorista. Ambos detectives estaban bien vestidos y tenían los ojos irritados por una larga noche de vigilia y de trabajo ininterrumpido.
David Ashley era el más joven y el mejor vestido de los tres. Tenía más o menos el mismo peso y estatura de Ryan y tal vez fuese cinco años mayor que él. Se presentó como representante del Ministerio del Interior y parecía mucho más cortés que los otros dos.
—¿Cree que está en condiciones de conversar con nosotros? preguntó Taylor.
Ryan se encogió de hombros.
—No tiene sentido esperar.
Owens sacó de su portafolio un grabador de cassettes y lo colocó sobre la mesa de noche. Le conectó dos micrófonos: uno frente a Ryan y el otro mirando hacia donde ellos se encontraban. Oprimió las techas de grabación y anunció la fecha, hora y lugar de la entrevista.
—Doctor Ryan —preguntó Owens con mucha formalidad—, ¿usted tiene conocimiento de que estamos grabando esta entrevista?
—Sí, señor.
—¿Y tiene alguna objeción?
—No, señor. ¿Puedo hacer una pregunta?
— Sin duda —contestó Owens.
—¿Se me acusa de algo? Porque en ese caso me gustaría ponerme en contacto con mi embajada y conseguir un aboga... Ryan se sentía más que inquieto por ser el centro de atención de policías de tan alto rango, pero fue interrumpido por las risitas del señor Ashley. Notó que los otros oficiales le cedían a él la posibilidad de contestar a su pregunta.
—Doctor Ryan posiblemente usted haya entendido las cosas exactamente al revés de lo que son. Quiero que quede constancia, señor, de que no tenemos ninguna intención de acusarlo de nada. Y si lo hiciéramos, me animo a decir que esta misma tarde tendríamos que salir a buscar otro empleo.
Ryan asintió, tratando de no demostrar su alivio. No se había sentido seguro de no ser acusado, lo único que sabía era que la ley no siempre era sensata. Owens empezó a leer las preguntas que traía anotadas en un block de papel amarillo.
— ¿Puede darnos su nombre y dirección, por favor?
—John Patrick Ryan. Vivimos en Annapolis, Maryland. Nuestra casa se encuentra en Peregrine Cliff, más o menos quince kilómetros de Annapolis, sobre la bahía de Chesapeake.
—¿Y de qué se ocupa? —Owens tildó algo en su lista.
— Supongo que se podría decir que tengo dos trabajos. Soy profesor de Historia de la Academia Naval de los Estados Unidos en Annapolis. De vez en cuando dicto conferencias en la Escuela Naval de Guerra de Newport y a veces realizo algunos trabajos de consulta.
¿Y eso es todo? —preguntó Ashley con una sonrisa amistosa... ¿Será amistosa? se preguntó Ryan. También se preguntó cuánto habrían podido averiguar sobre su pasado en... ¿cuánto tiempo? quince horas más o menos... ¿y exactamente qué estaría insinuando Ashley? Usted no es policía, pensó Ryan. ¿Pero qué es? sin embargo tenía que mantener su historia: que era consultor de la Corporación Mitre.
—¿Y cuál fue el propósito de su visita a este país? —siguió preguntando Owens.
—Pensaba combinar un viaje de vacaciones y de investigación. Estoy reuniendo datos para un nuevo libro y Cathy necesitaba un poco de descanso. Sally todavía no está en edad escolar, así que decidimos viajar ahora, evitando la temporada turística.

—Ryan sacó un cigarrillo del atado que Wilson había dejado olvidado. Ashley se lo prendió con un encendedor de oro. —En mi chaqueta —que ignoro donde puede estar encontraran cartas de presentación para el Almirantazgo y para la Escuela Real Naval de Dartmouth.
—Tenemos esas cartas —contestó Owens—. Pero me temo que han quedado ilegibles, y que su traje también es irrecuperable. Lo que no arruinó la sangre lo terminaron de estropear su esposa y un sargento con un cuchillo. Así que ¿cuándo llegó a Inglaterra?
—Hoy todavía es jueves, ¿verdad? Bueno, llegamos el martes por la noche en un vuelo desde el aeropuerto Internacional de Dulles, en las afueras de Washington. Aterrizamos alrededor de las siete y media, llegamos al hotel más o menos a las nueve y media, nos instalamos, comimos algo y nos dormimos enseguida. Los vuelos siempre me afectan. De modo que me quedé frito enseguida.
—Eso no era exactamente cierto, pero Ryan no creía que fuese necesario que ellos supiesen todo.
Owens asintió. Ya estaban enterados de los motivos por los que Ryan odiaba volar.
—¿Y ayer?
—Supongo que me desperté alrededor de las siete, tomé el desayuno y pedí que me subieran un diario; después me quedé holgazaneando hasta alrededor de las ocho y media. Combiné que me encontraría con Cathy y con Sally más o menos a las cuatro, tomé un taxi hasta el edificio del Almirantazgo que resultó estar muy cerca, pude haber ido caminando. Como ya les dije, tenía una carta de presentación para el almirante Sir Alexander Woodson, quien tiene a su cargo los archivos navales del país... y que de paso está jubilado. El me condujo a un mohoso segundo subsuelo. Tenía preparado todo el material que yo necesitaba.
"Vine a este país a estudiar algunas recopilaciones de mensajes entre Londres y el almirante Sir James Somerville. Somerville fue comandante de mar de la India durante los primeros meses de 1942 y ese es uno de los temas sobre los que estoy escribiendo. Así que me pasé las tres horas siguientes releyendo desteñidas copias carbónicas de despachos navales y tomando notas.
—¿En esto? —Ashley levantó la tablilla con las anotaciones de Ryan. Jack se la quitó de las manos.
—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Estaba convencido de que la había perdido. Abrió la computadora, la colocó sobre la mesa y tecleó algunas instrucciones—. ¡Ja! ¡Todavía funciona!
—¿Y qué es eso exactamente? —preguntó Ashley. Los tres se levantaron para mirarla.
—Este es mi juguete —contestó Ryan sonriendo. Al abrir la tablilla quedó al descubierto un teclado parecido al de una máquina de escribir y un display amarillo de Diodo Líquido Cristal. Exteriormente parecía una tablilla con sujetapapeles, de alrededor de tres centímetros de grosor y forrada en cuero—. Es una computadora portátil modelo Cambridge DatamasterC. Las fabrica un amigo mío. Está equipada con un microprocesador MC68000 y dos megabytes de buble memory.
—¿Por qué no me lo traduce? —pidió Taylor.
Perdón. Es una computadora portátil. El microprocesador es el elemento que realmente realiza el trabajo. Dos megabytes significa que la memoria almacena hasta dos millones de datos —suficientes para un libro— y que tiene memoria de burbujas; uno no pierde la información cuando la desconecta. Un compañero mío de escuela fundó la compañía que fabrica estas preciosuras. Me pidió que lo ayudara con parte del capital que necesitaba para instalar la empresa. En casa utilizo una Apple, ésta sólo la uso durante los viajes.
—Sabíamos que se trataba de alguna clase de computadora, pero nuestra gente no consiguió hacerla funcionar —confesó Ashley,
—Está dotada de un artefacto de seguridad. La primera vez que uno la utiliza le graba un código propio y activa el cierre. Después, a menos que uno tipie el código, no trabaja... y punto.
—¿Ah sí? observó Ashley—. ¿Y hasta qué punto es inexpugnable?

—Eso tendríamos que preguntárselo a mi amigo Fred. Tal vez sea posible leer los datos directamente de las burbujas. No sé cómo funcionan las computadoras. Simplemente las uso —explicó Ryan—. Pero de todos modos, aquí están archivadas mis notas.
—Volviendo a sus actividades de ayer —dijo Owens, dirigiendo una fría mirada a Ashley—. Hemos llegado hasta el mediodía.
—Muy bien. Me tomé un descanso para almorzar. Un tipo de la planta baja me indicó donde encontrar un... un pub creo, a dos cuadras de distancia. Comí un sandwich y bebí una cerveza mientras jugueteaba con esto. Eso me tomó alrededor de media hora. Después pasé otra hora en el edificio del Almirantazgo. Supongo que me fui alrededor de las dos menos cuarto. Le agradecí al Almirante Woodson: un gran tipo. Tomé un taxi hasta... no recuerdo la dirección, está en una de mis cartas de presentación. Al norte de... Regent's Park, creo. Iba a ver al almirante Sir Roger De Vere quien sirvió a las órdenes de Somerville. Pero no estaba. El ama de llaves me informó que había recibido un llamado que lo obligó a salir repentinamente de la ciudad debido a la muerte de un familiar. Así que le dejé dicho que había estado y tomé otro taxi. Después decidí bajarme un poco antes y recorrer a pie el resto del camino.
—¿Por qué? —preguntó Taylor.
—Principalmente porque estaba tieso de tanto estar sentado: en el edificio del Almirantazgo, en el avión, en los taxis. Necesitaba estirar las piernas. Por lo general practico aerobismo todos los días y cuando hago vida sedentaria me pongo muy inquieto.
—¿Adónde se bajó? —preguntó Owens.
—No sé el nombre de la calle. Si me muestran un mapa es posible que se la pueda señalar. Owens asintió para que Jack continuara hablando.
—De todos modos, casi fui atropellado por un ómnibus de dos pisos y un policía de uniforme me aconsejó que tuviera cuidado al cruzar las calles.
Al oír eso Owens pareció sorprenderse y anotó algo. Posiblemente no estuvieran enterados de ese incidente—. Compré una revista en un quiosco y me encontré con Cathy cuando serían... !ah!... más o menos las tres y cuarenta. Así que ellas también habían llegado antes de lo previsto.
—¿Y qué había hecho su esposa durante el día? —preguntó Ashley Ryan estaba convencido de que ya tenían esa información.
—Sobre todo se dedicó a hacer compras. Cathy ha estado aquí varias veces, y le encanta hacer compras en Londres. Vino hace alrededor de tres años para una convención de cirujanos y yo no la pude acompañar.
—¿Y usted se quedó con la pequeña? —preguntó Ashley con una leve sonrisa. Ryan tuvo la sensación de que Owens estaba furioso con Ashley,
—Mi hija se quedó con los abuelos. Eso fue antes de la muerte de mi suegra. Yo estaba rindiendo pruebas para doctorarme en Georgetown. Cursé la carrera en dos años y medio y entre la Universidad y los seminarios del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales, ese último año sudé tinta. Y se suponía que este viaje iba a ser una especie de vacación. —Ryan sonrió—. Realmente las primeras vacaciones que nos tomábamos desde nuestra luna de miel.
—¿Y qué estaba haciendo en el momento del atentado? —Owens volvía la conversación al tema que le interesaba. Los tres inquisidores parecieron inclinarse hacia adelante.
—Miraba para el lado contrario. Estábamos hablando sobre lo que haríamos a la hora de la comida cuando oí la explosión de la granada.
—¿Y usted supo que se trataba de una granada? — preguntó Taylor, Ryan asintió.
—Sí. El sonido de la explosión es inconfundible. Odio esas malditas cosas, pero es uno de los juguetitos que la Infantería de Marina me enseñó a usar en Quantico. Lo mismo que las ametralladoras. En Quantico nos hacían practicar con armas producidas por el bloque del Este. He disparado las AK47. El sonido de esas ametralladoras es distinto al que hacen las nuestras y en pleno combate ese es un dato útil. Me pregunto, ¿por qué será que esos terroristas no tenían ametralladoras AK?

Por lo que hemos podido determinar contestó Owens, el hombre a quien usted hirió, atacó el auto con una granada antitanque de las que se disparan con rifle. Por lo tanto su rifle era uno de los nuevos AK74, el de menor calibre preparado para lanzar granadas. Evidentemente no tuvo tiempo para quitarle el artefacto lanzagranadas y decidió seguir adelante con su pistola. Y, como usted sabe, además tenía una granada de mano.

—Jack ignoraba lo de la granada lanzada por el rifle, pero de repente recordó la granada de mano que le había visto al terrorista.

—¿Del tipo de las antitanques? preguntó.

—Usted las conoce, ¿verdad? —contestó Ashley.

—Milité en la Infantería de Marina, ¿recuerda? Las llaman RKG y algo más, ¿no es cierto? Se supone que pueden abrir un boquete en un vehículo blindado liviano, o destrozar un camión. ¿De dónde diablos habrán sacado esas armas los terroristas... y por qué no las usaron? Te faltan algunos datos, Jack.

—¿Y después, qué? —preguntó Owens.

—En primer lugar puse a salvo a mi mujer y a mi hija. El tráfico se detuvo casi enseguida. Yo levanté la cabeza para ver lo que sucedía.

—¿Por qué? —preguntó Taylor.

—No sé —contestó Ryan con lentitud—. Tal vez debido a mi entrenamiento. Quería ver qué mierda sucedía... llámelo una curiosidad estúpida. Vi que uno de los tipos disparaba contra el Rolls mientras el otro lo rodeaba por detrás como dispuesto a apoderarse de cualquiera que intentara salir del auto. Comprendí que si me corría hacia la izquierda podría acercarme. Los autos detenidos impedirían que me vieran. De repente me encontré más o menos a quince metros de distancia. El tipo de la AK estaba detrás del Rolls y el otro me daba la espalda. Comprendí que tenía posibilidades de intervenir y me lancé.

—¿Por qué? —esa vez la pregunta la hizo Owens en voz muy baja.

—Buena pregunta. No lo sé, en serio que no lo sé.

—Ryan se quedó en silencio durante medio minuto—. Me enfurecí. Hasta ese momento toda la gente que había conocido aquí era muy agradable, y de repente me topo con esos dos cretinos dispuestos a cometer un asesinato delante de mis narices.

—¿Y adivinó de quienes se trataba? —preguntó Taylor.

—No se necesitaba mucha imaginación, ¿verdad? Eso también me enfureció. Creo que intervine por eso... por furia. Tal vez sea la furia lo que motiva a la gente en el combate —reflexionó Ryan—. Tendré que pensarlo. De todos modos, como ya les dije, vi que se me presentaba la posibilidad e intervine.

"Fue fácil... y tuve mucha suerte.

—Owens levantó las cejas al comprobar hasta qué punto le quitaba Jack importancia a lo que había hecho.

—El tipo de la pistola era un imbécil. Tendría que haberse cuidado las espaldas. Pero lo único que miraba era el lugar donde estaban sus víctimas: un verdadero imbécil. Yo le hice un tackle. —Ryan sonrió—. Mi entrenador hubiese estado orgulloso porque realmente le di con todo. Pero pienso que tendría que haber tenido puestas mis hombreras protectoras, porque el doctor dice que al golpearlo me rompí un hueso. El tipo se desplomó. Me apoderé de su pistola y le disparé. Supongo que querrán saber por qué lo hice, ¿verdad?

—Sí —contestó Owens.

—No quería que se volviera a levantar.

—Estaba inconsciente, tardó dos horas en despertar y cuando volvió en sí tenía una grave conmoción cerebral.

¡De haber sabido que tenía esa granada le hubiera disparado un tiro en el culo!

—¿Y cómo cree que yo iba a saber eso? —preguntó Ryan con toda sensatez—. Me preparaba para atacar a un tipo armado con una ametralladora liviana y no necesitaba tener a otro cretino a mis espaldas. Así que lo neutralicé. Bien podría haberle pegado un balazo en la nuca... en Quantico cuando dicen neutralizar se refieren a matar. En mi familia el policía fue mi padre.

Casi todo lo que sé con respecto a los procedimientos policiales lo aprendí mirando televisión y me consta que prácticamente nada de lo que pintan es cierto. Lo único que supe en ese momento fue que no podía permitir que él me atacara por la espalda. No puedo decir que me enorgullezca especialmente lo que hice, pero en el momento me pareció una buena idea.
"Rodeé el guardabarros trasero derecho y miré alrededor. Vi que el tipo estaba utilizando una pistola. El agente Wilson me explicó que también tuve suerte en ese sentido. A mí no me tentaba la idea de tener que enfrentar una AK con una pistolita de morondanga. El me vió llegar. Los dos disparamos al mismo tiempo... y supongo que yo tuve mejor puntería.
Ryan se detuvo. No tenía intención de poner las cosas de esa manera. ¿Habrá sido así? Si no lo sabes tú, quién lo va a saber? Había aprendido que, en momentos de crisis, el tiempo se comprimía y se dilataba simultáneamente. También lo engaña a uno, ¿verdad? Qué otra cosa pude haber hecho? Meneó la cabeza.
"No sé —repitió—. Tal vez debí haber intentado otra cosa. Quizás debí decir "¡Deje caer el arma!" o "¡Arriba las manos!" como hacen por televisión... pero simplemente no había tiempo. Todo era ya mismo... él o yo... ¿Saben a qué me refiero? Uno no... uno no razona todo esto cuando no tiene más que medio segundo para tomar una decisión. Supongo que uno actúa instintivamente y de acuerdo al entrenamiento que ha recibido. Y el único entrenamiento que yo recibí fue en la Infantería de Marina. Ellos no nos enseñan a arrestar a la gente... por amor de Dios, ¡yo no quería matar a nadie! Pero en ese momento no tenía posibilidades de elegir. —Ryan hizo una pausa.
"¿Y él por qué no se habrá dado por vencido, por qué no habrá huido, hecho algo? Se dio cuenta de que lo tenía acorralado. Tiene que haber sabido que lo iba a matar. —Ryan se dejó caer contra la almohada. Al tener que narrar lo sucedido, los recuerdos le resultaban demasiado vívidos. Por causa tuya ha muerto un hombre, Jack. Está completamente muerto. El también tenía sus instintos, ¿no es cierto? Pero los tuyos actuaron mejor... así que ¿por qué no te alegras?
—Doctor Ryan —dijo Owens con mucha tranquilidad—, nosotros tres hemos entrevistado personalmente a seis personas, todas las cuales pudieron contemplar claramente el incidente. Y por lo que ellas nos han dicho, usted nos ha relatado las circunstancias con notable claridad. Dadas las circunstancias, yo... nosotros... no creemos que usted tuviera elección posible. Estamos seguros de que hizo precisamente lo indicado. Y, por si eso es lo que le preocupa, su segundo disparo no tuvo importancia. El primero le atravesó directamente el corazón.
Jack asintió.
—Sí, me di cuenta de eso. El segundo disparo fue algo completamente automático como si mi mano hubiese actuado sin que mi cerebro se lo ordenara. Bajé el arma y ¡paf! Ni lo pensé... es extraño como actúa el cerebro. Como si una parte fuese la activa y la otra se encargara de observar y de aconsejar. La parte "observadora" de mi cerebro vio que el primer disparo le atravesaba el corazón, pero la parte "activa" siguió en marcha hasta que lo vio desplomarse. Y no sé si no le habría seguido disparando, pero ya no me quedaban balas.
—Sin duda la Infantería de Marina le enseñó a tirar muy bien —observó Taylor.
Ryan meneo la cabeza.
—Me enseñó papá cuando yo era apenas un chico. En la Infantería de Marina ya no les dan demasiada importancia a las pistolas... Simplemente son una parte del uniforme. Si los malvados se acercan hasta ese punto, llegó la hora de la retirada. Yo utilizaba un rifle. Pero de todos modos el pistolero sólo estaba a cuatro metros y medio de distancia. —Owens hizo algunas anotaciones más—. Pocos segundos después, arrancó el coche. No conseguí ver bien al conductor. Puede haber sido un hombre o una mujer. Lo único que puedo asegurar es que era blanco. Lo último que vi fue que el auto salía disparando por la calle y doblaba.
—Era un taxi londinense, ¿lo notó? preguntó Taylor.
Ryan parpadeó.
— ¡Ah, tiene razón! En realidad no pensé en eso. ¡Qué tonto! ¡Diablos! Hay millones de taxis dando vueltas por ahí. No me sorprende que hayan usado uno de esos.

—Para ser exactos, tenemos ocho mil seiscientos setenta y nueve taxis —precisó Owens—. De los cuales cinco mil novecientos veintinueve están pintados de negro.
En la mente de Ryan se encendió una lucecita.
— Dígame, ¿fue un intento de asesinato o de secuestro?
—No estamos seguros. Tal vez le interese saber que el Sinn Fein, la rama política de PIRA emitió un comunicado asegurando que no tuvo ninguna relación con el incidente.
—¿Y ustedes lo creen? —preguntó Ryan. Todavía bajo el efecto de los calmantes, no notó la habilidad con que Taylor contestó a su pregunta.
—Sí, nos inclinamos a creerles. Ni los Provos son tan locos, ¿sabe? Un atentado como éste encierra un precio político demasiado alto. Eso lo aprendieron después de haber dado muerte a Lord Mountbatten, y ni siquiera fue el PIRA el que cometió ese atentado, sino el INLA, el Ejército Nacional de Liberación Irlandesa. Además, les costó una gran suma de dinero de la que aportan sus simpatizantes norteamericanos —aseguró Taylor.
—Noté por los diarios que la gente está bastante angustiada por esto.
—Por cierto que lo está, doctor Ryan. Es bastante sorprendente que los terroristas siempre encuentren una manera de impactarnos a pesar de los horrores que hayan sucedido antes —comentó Owens. Lo dijo en un tono completamente profesional, pero Ryan tuvo la sensación de que el jefe de la División Antiterrorista estaba completamente dispuesto a arrancarle la cabeza con sus propias manos al terrorista sobreviviente. Las apretó una contra la otra con fuerza suficiente como para hacer exactamente eso.
—¿Y después que pasó?
—Me aseguré de que el tipo a quien le había disparado —el segundo—estuviera muerto, Después revisé el coche. El chofer... bueno ustedes saben lo que les pasó, a él y al oficial de seguridad. ¿Pertenecía a su personal, señor Owens?
—Charlie era amigo mío. Hacía tres años que integraba la guardia de la Familia Real... —Owens se expresaba casi como si el hombre siguiera vivo y Ryan se preguntó si alguna vez habrían trabajado en equipo. Sabía que los policías que trabajaban juntos tenían tendencia a hacerse íntimos amigos.
—Buena, ustedes conocen el resto de la historia. Espero que alguien le dé una palmada en la cabeza a ese guardia de la chaqueta colorada. Gracias a Dios que se tomó un minuto para pensar, por lo menos hasta que apareció el policía y lo calmó. Habría sido bastante incómodo para todos que me hubiera atravesado con la bayoneta.
Owens manifestó con un gruñido que estaba de acuerdo.
—Sin duda.
—¿Y el rifle que empuñaba estaba cargado? preguntó Ryan.
—En ese caso —replicó Ashiey, ¿por qué no disparó?
—Una calle atestada de gente no es el lugar más indicado para usar un rifle de alta potencia, ni siquiera cuando uno está seguro de dar en el blanco —contestó Ryan. Estaba cargado, ¿verdad?
—No podemos comentar asuntos que se refieren a la seguridad contestó Owens.
Yo sabía que estaba cargado, se dijo Ryan.
—Y, de todos modos, ¿de dónde salió? El Palacio quedaba bastante lejos.
Estaba en Clarence House, el edificio que linda con el Palacio de St. James. Los terroristas eligieron una hora equivocada —o tal vez un lugar equivocado— para el atentado. Hay un puesto de guardia en la esquina sudoeste del edificio. La guardia cambia cada dos horas Cuando se realizó el ataque, estaban justamente cambiando la guardia. Eso significa que en ese momento, allí no había un solo soldado sino cuatro. Los policías de guardia en el palacio oyeron la explosión y los disparos de armas automáticas. El sargento que los comandaba corrió al portón para ver lo que sucedía y les gritó a los guardias que lo siguieran.
—Fue él quien dio la alarma, ¿verdad? Y por eso los demás llegaron con tanta rapidez.
No, la alarma la dio Charlie Winston —explicó Owens—. El Rolls está equipado con una alarma electrónica, aunque no necesita contárselo a nadie. Eso alertó al cuartel general. El

sargento Price actuó enteramente por su propia iniciativa. Desgraciadamente para él, el guardia era un atleta —ese muchacho corre carreras pedestres— y saltó las barreras. Price también trató de hacerlo, pero se cayó y se fracturó la nariz. Le costó mucho alcanzar al guardia, porque además tenía que dar la alarma por intermedio de su radio portátil.

— Bueno, pero me alegro de que al final lo haya alcanzado. Ese soldado me aterrorizó. Espero que el sargento también reciba una palmada en la cabeza.

— Recibirá la Medalla Oficial de la Reina para Novatos, y el agradecimiento de Su Majestad —aclaró Ashley—. Hay algo que no entendemos, doctor Ryan. Usted fue dado de baja en la Infantería de Marina por incapacidad física, incapacidad que ayer no evidenció.

— Ustedes ya saben que después de abandonar la carrera militar me dediqué a ser corredor de Bolsa. Conseguí obtener cierto renombre y conocí al padre de Cathy y, por su intermedio, a la que es hoy mi mujer. Rechacé la propuesta que me hizo de trasladarme a Nueva York, pero Cathy y yo nos enamoramos a primera vista. Al poco tiempo estábamos comprometidos. En esa época yo usaba un corsé, porque cada tanto tenía problemas de columna, Bueno, me volvió a suceder justo después de que nos comprometimos Cathy me internó en el John Hopkins para que sus profesores me hicieran un chequeo. Uno de los médicos era Stanley Rabinowisz, el profesor de neurocirugía, quien me hizo tests durante tres días y me aseguró que podía dejarme como nuevo.

"Resulta que los médicos de Bethesda habían cometido un error con mi mielograma. No los estoy criticando, eran médicos jóvenes e inteligentes, pero Stanley es lo mejor que hay en plaza. Y cuando da su palabra, no se equivoca. Me operó ese mismo día, y dos meses después estaba casi como nuevo —siguió diciendo Ryan—. De todos modos, esa es la historia del problema de columna de Ryan. Simplemente me enamoré de una chica bonita que estaba por recibirse de cirujana.

— Su esposa es decididamente una mujer versátil y competente —convino Owens.

— Pero usted la encontró agresiva —observó Ryan.

— No, doctor Ryan. La gente sometida al estrés nunca está en su mejor momento. Su esposa también examinó a Sus Altezas Reales en la escena del atentado y eso nos fue de gran utilidad. Se negó a alejarse de su lado hasta que usted estuviera en manos de médicos competentes y no la culpo. Pero es cierto que creo que encontró un poco largos nuestros procedimientos de identificación y, como es natural, estaba ansiosa por usted. Nosotros deberíamos haber acelerado un poco los trámites...

—No es necesario que se disculpe, señor. Mi padre era policía. Conozco los procedimientos. Comprendo que no les haya resultado fácil identificarnos.

— Tardamos un poco más de tres horas, un problema de horarios, ¿sabe en la chaqueta usted tenía su pasaporte y su registro de conductor que, para nuestra gran alegría, tiene su fotografía. Recurrimos por primera vez al legado Legal de su embajada un poco antes de las cinco, de manera que en Norteamérica era mediodía. La hora del almuerzo, como ve. El llamó a la oficina del EBI en Baltimore, desde donde a su vez llamaron a la filial de Annapolis. El asunto de la identificación es bastante sencillo: ante todo ellos tenían que ponerse en contacto con algunas personas de la Academia Naval que sabían quién es usted, cuándo llegó a Inglaterra y otros datos necesarios. Otro agente recurrió a la agencia de registro de su automóvil. Muchas de esas personas no estaban en sus oficinas porque habían ido a almorzar, así que creo que en eso demoramos aproximadamente una hora. Simultáneamente, el agregado legal hizo averiguaciones en la Infantería de Marina de su país. En el término de tres horas teníamos una historia bastante completa de su persona, incluyendo huellas dactilares. Y nosotros ya teníamos en nuestro poder sus huellas dactilares del pasaporte y la que dejó en el libro de registros del hotel, que, por supuesto, coincidían con las de su foja de servicios militar.

—Así que tres horas ¿no? —La hora de la comida acá y la del almuerzo en casa, y consiguieron hacerlo todo en tres horas. ¡Maldición!

—Mientras estábamos haciendo todos esos trámites, tuvimos que entrevistar varias veces a su esposa para asegurarnos de que nos hubiera contado todo lo que vio...
—Y ella lo narró exactamente igual todas las veces, ¿verdad? —preguntó Ryan.
—Así es —contestó Owens. Sonrió.
—Y eso es notable, ¿sabe?
Ryan sonrió.
—Tratándose de Cathy, no. En algunos aspectos, sobre todo en lo que se refiere a medicina, es una verdadera máquina. Me sorprende que no les haya entregado un rollo de película.
—Ella misma hizo ese comentario —contestó Owens—. Las fotografías que publican los diarios las tomó un turista japonés —es típico, ¿verdad?
— El hombre se encontraba a media cuadra de distancia y las sacó con teleobjetivo. De paso es posible que le interese saber que la Infantería de Marina tiene alto concepto de usted.
—Owens consultó sus notas.— Fue el primero de su clase en Quantico y sus informes de capacidad son excelentes.
—¿Así que ya se han convencido de que no soy un pistolero?
—Estuvimos convencidos de eso desde el principio. —aseguró Taylor—. Sin embargo uno tiene que ser muy minucioso cuando se trata de casos graves de felonía y éste obviamente presentaba muchas complicaciones.
Hay algo que me molesta —dijo Jack. Había más de un aspecto de la cuestión que le molestaba, pero en ese momento su mente trabajaba con demasiada lentitud para poderlos clasificar a todos.
—¿Y qué es? —preguntó Owens.
—¿Qué diablos estaban haciendo en la calle esas personas de la Familia Real con sólo un custodio...? Espere un minuto. —Ryan inclinó la cabeza hacia un lado. Continuó hablando con bastante lentitud, mientras trataba de ordenar sus pensamientos. —La emboscada estaba planeada... no fue un encuentro accidental. Pero los maleantes los cazaron en el aire... Tenían que atacar un auto determinado en un lugar determinado. Alguien estableció un horario estricto para este atentado. Hay más gente involucrada en esto, ¿no es cierto? —Ryan percibió el silencio que se creó como respuesta a su pregunta. La consideró contestada. —Alguien con un radiotransmisor... esos tipos tenían que saber que los príncipes se acercaban, la ruta que tomarían : exactamente en qué momento entrarían en la zona preestablecida. Aunque, no creo que les haya resultado tan fácil, porque había que tomar en cuenta tráfico...
—¿Así que usted no es más que un historiador, doctor Ryan? —pregunto Ashley.
— En la Infantería de Marina nos enseñan a tender emboscadas. Si uno quiere planear una emboscada contra un blanco específico... en primer lugar debe contar con información de inteligencia; en segundo lugar hay que elegir el sitio preciso; y en tercer lugar hay que ubicar personas encargadas de avisar que la víctima se acerca. Y esos son simplemente los requisitos básicos. ¿Por qué allí, por qué en St. James Park, en el Mall? —El terrorista es una criatura política. Las víctimas y el lugar se eligen por su efecto político, se dijo Ryan—. Ustedes no contestaron a la pregunta que les hice hace un rato: ¿fue un intento de asesinato o de secuestro?
— No estamos completamente seguros —contestó Owens.
Ryan examinó a sus visitantes. Acababa de poner el dedo en la llaga. Destrozaron el auto con esa granada antitanque y también tenían granadas do mano. Si simplemente los hubiesen querido matar... las granadas vencerían cualquier blindaje del auto, ¿entonces para qué usar las pistolas? No, si este hubiese sido directamente un intento de asesinato, no habrían tardado tanto, ¿verdad? Me acaba de mentir, señor Owens. Este fue decididamente un intento de secuestro y usted lo sabe.
—¿Y entonces por qué había un sólo agente de seguridad en el auto? Ustedes tiene que proteger mejor que eso a su gente.

—¿Qué fue lo que dijo Tony? ¿Un viaje no programado? El primer requisito para que una emboscad sea exitosa es contar con excelente información de inteligencia... ¡Tú no puedes insistir con eso, pedazo de idiota! El comandante resolvió el problema de Jack.
—Bueno, creo que hemos cubierto todos los aspectos de la cuestión. Es posible que mañana volvamos a verlo —dijo Owens.
—¿Cómo están los terroristas... quiero decir: el tipo a quien herí?
— No está dispuesto a cooperar. Se niega a pronunciar una palabra... ni siquiera nos ha dicho su nombre, cosa previsible cuando nos enfrentamos con ese tipo de individuos. Recién hace unas horas que conseguimos identificarlo. No tiene ninguna clase de antecedentes criminales, su nombre se mencionó como posible implicado en dos casos de menor importancia, pero nada más que eso. Se está recuperando muy bien y más o menos dentro de tres semanas comparecerá ante los tribunales de Su Majestad para ser juzgado por doce hombres honorables que lo condenarán a pasar el resto de su vida en la cárcel —aseguró Taylor con frialdad.
—¿Tres semanas? ¿Tan pronto? —preguntó Ryan.
—El caso es claro —contestó Owens—. Tenemos tres fotografías tomadas por nuestro amigo japonés, en las que se ve a ese individuo parapetado detrás del auto y esgrimiendo la pistola. Además contamos con nueve excelentes testigos presenciales. Nadie va a andar dando vueltas con este muchacho.
—Supongo que podré presenciar el juicio —dijo Ryan.
—Por supuesto. Usted será nuestro principal testigo, doctor. Una formalidad, pero necesaria. Y en este caso no habrá alegatos de demencia como hubo con ese tipo que intentó asesinar a su Presidente. Este muchacho es un universitario graduado con honores y procede de una buena familia.
Ryan meneó la cabeza.
—Qué cosa terrible, ¿verdad? Pero eso sucede en el caso de una cantidad de terroristas ¿no es cierto?
—¿Usted tiene experiencia con terroristas? —preguntó Ashley.
—No, pero he leído bastante sobre el tema —contestó Ryan enseguida. Ese fue un error, Jack. Cúbrelo.
— El oficial Wilson me dijo que los del ULA son maoístas.
—Correcto —confirmó Taylor.
—Eso me parece una verdadera locura. Diablos, ya ni siquiera los chinos son maoístas, por lo menos no lo eran la última vez que me interesé por el asunto. ¡Ah!... ¿y qué pasa con mi familia?
Ashley lanzó una carcajada.
—Ya era hora de que lo preguntara, doctor. No era lógico que las dejáramos en el hotel, ¿verdad? Así que hicimos los arreglos necesarios pata instalarlas en un lugar absolutamente seguro.
—No se preocupe —agregó Owens—. Se encuentran completamente a salvo. Le doy mi palabra.
—¿Pero exactamente dónde están? —quiso saber Ryan.
—Me temo que ese sea un secreto de seguridad —contestó Ashley. Los tres inquisidores compartieron una mirada divertida. Owens consultó su reloj y miró a los demás.
—Bueno —dijo, desconectando el grabador—. No queremos molestarlo más al día siguiente de su operación. Posiblemente regresemos para chequear algunos detalles adicionales. Y por el momento, señor, le agradezco en nombre de todo Scotland Yard que haya realizado el trabajo que nos correspondía a nosotros.
—¿Cuánto tiempo tendré aquí al señor Wilson?
—Indefinidamente. Es posible que los del ULA estén algo enojados, con usted —aclaró Owens. Y para nosotros sería sumamente incómodo que decidieran atentar contra su vida y lo

encontraran sin protección. Le advierto que eso no nos parece probable, pero debemos ser cuidadosos.
—Puedo vivir con eso —aceptó Ryan. Aquí soy un blanco perfecto, ¿no? podría matarme un chico de tercer grado con un palito de helados.
—Los periodistas quieren verlo —comunicó Taylor.
—Me emociona. —justo lo que necesito, pensó Ryan —. ¿No pueden demorarlos un poco?
—Eso es sencillo —aprobó Owens—. Por el momento su condición física no les permitirá verlo. Pero conviene que se vaya acostumbrando a la idea. En este momento usted es una figura pública.
—¡Qué mierda! —refunfuñó Ryan—. Me gusta ser uno del montón, ¡En ese caso debiste haberte quedado detrás del árbol, estúpido! ¿En qué te has metido?
—No se puede negar indefinidamente a verlos, ¿sabe? —informó Taylor con suavidad.
Jack respiró hondo.
—Por supuesto que tiene razón. Pero hoy no. Mañana será otro día, —Mientras tanto que se aquiete un poco el alboroto, pensó tontamente Ryan.
—Uno no puede permanecer siempre en las sombras, doctor Ryan —dijo Ashley poniéndose de pie. Los otros lo imitaron.
Los policías y Ashley —a quien Ryan ya sindicaba como una especie de fantasma de la inteligencia o contrainteligencia— se marcharon. Volvió a entrar Wilson, seguido por Kittiwake.
—¿Lo dejaron extenuado? —preguntó la enfermera.
—Creo que sobreviviré —concedió Ryan. Para asegurarse de ello, Kittiwake le metió un termómetro en la boca.

Cuarenta minutos después de la partida de los policías, Ryan estaba feliz en su computadora, revisando anotaciones y haciendo algunas notas nuevas. La queja más frecuente (y legítima) de Cathy Ryan con respecto a su marido era que cuando estaba leyendo —o peor: escribiendo— el mundo podía derrumbarse alrededor sin que él se diera cuenta. Eso no era completamente cierto. De reojo Jack vio que Wilson se ponía de pie de un salto en actitud de firme, pero no levantó la vista hasta haber terminado el párrafo que estaba escribiendo. Cuando lo hizo descubrió que sus nuevos visitantes eran Su Majestad la soberana del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte y su marido, el duque de Edimburgo. Su primer pensamiento coherente fue lanzar una maldición interna al pensar que nadie se lo había advertido. El segundo, que debía de tener un aspecto muy cómico con la boca completamente abierta.
—Buenos días, doctor Ryan —dijo amablemente la Reina—. ¿Cómo se siente?
—Este... bastante bien, gracias... este... Su Majestad. ¿No quiere... este... sentarse, por favor?
—Ryan trató de erguirse más en la cama pero se lo impidió una puntada de dolor en el hombro, que le ayudó a concentrar sus pensamientos y le recordó que ya era casi hora de tomar sus medicamentos.
—No queremos imponerle nuestra presencia —contestó ella. Pero Ryan presintió que tampoco deseaba irse enseguida. Se tomó un segundo para articular su respuesta. .
—Su Majestad, la visita de un jefe de Estado difícilmente pueda calificarse de imposición. Me siento sumamente agradecido por su compañía.
Wilson se apresuró a acercar dos sillas, se excusó y salió en cuanto ellos se sentaron.
La Reina lucía un traje de color durazno cuya elegante simplicidad debía de haber costado una suma abultada aun para el presupuesto real. El duque vestía un traje azul marino y, al mirarlo, Ryan comprendió por fin por qué su mujer insistía en que él se comprara ropa en Londres.
—Doctor Ryan —dijo la Reina con gran formalidad—, en nuestro nombre y el de nuestro pueblo deseamos expresarle nuestra profunda gratitud por lo que hizo ayer. Estamos en deuda con usted.

Ryan asintió con sobriedad. Se preguntó si su aspecto sería demasiado espantoso.
— Por mi parte, señora, me alegro de haber podido ser útil... pero la verdad es que realmente no hice tanto. Cualquiera hubiese actuado así pero dio la casualidad de que yo estuviese más cerca.
—La policía no opina lo mismo —intervino el duque—. Y después de haber estado personalmente en la escena del atentado, me inclino a coincidir con ellos. Me temo que, le guste o no, usted se ha convertido en un héroe.
—Jack recordó que en un tiempo ese hombre había sido oficial naval... y posiblemente un buen oficial. Tenía todo el aspecto.
;Por qué lo hizo, doctor Ryan? —preguntó la Reina. Estudió atentamente el rostro de Jack.
Ryan tuvo necesidad de aclarar la pregunta.
— ¿Discúlpeme, señora, pero me está preguntando por qué me arriesgué o por qué correría ese riesgo un norteamericano de origen irlandés?
—Jack todavía seguía tratando de ordenar sus pensamientos y de examinar sus recuerdos. ¿Por qué lo hiciste? ¿Lo sabrás alguna vez?
Notó que había adivinado la verdad y continuó hablando con rapidez.
—Majestad, no puedo referirme al problema que ustedes tienen con Irlanda. Soy ciudadano norteamericano y mi país tiene suficientes problemas propios sin necesidad de ahondar en los ajenos. En el lugar de donde yo vengo, a nosotros —es decir a los norteamericanos de origen irlandés— nos ha ido bastante bien. Hemos incursionado en los negocios, en todas las profesiones y en la política; y sin embargo para ustedes el prototipo del norteamericano de origen irlandés sigue siendo básicamente policía o bombero. Un tercio de las fuerzas de caballería que conquistaron el Oeste eran de origen irlandés y todavía muchos de los nuestros visten uniformes... especialmente en la Infantería de Marina. La mitad de los integrantes del FBI vivían en mi antiguo barrio. Tenían apellidos como Tully, Sullivan, O'Connor y Murphy. Mi padre fue oficial de policía durante la mitad de su vida y es probable que la mayoría de los sacerdotes y monjas que me educaron fuesen irlandeses.
"¿Comprende lo que le quiero decir, Majestad? En Norteamérica nosotros integramos las fuerzas del orden, el adhesivo que mantiene unida a la sociedad... así que, ¿qué sucede?
"Hoy en día los irlandeses más famosos del mundo son los locos que colocan bombas en autos estacionados, y los asesinos que matan gente para llamar la atención sobre algún aspecto político. Eso no me gusta, y sé que a mi padre tampoco le gustaría. El se pasó la vida trabajando para sacar de la calle a los animales como esos y meterlos en jaulas, que es donde les corresponde estar. Nosotros hemos trabajado mucho para llegar adonde hemos llegado, demasiado para que nos guste que nos relacionen con los terroristas. —Jack sonrió.— Supongo que comprendo lo que sienten los italianos con respecto a la Maffia. De todos modos, no puedo decir que ayer se me hayan cruzado todos esos pensamientos por la cabeza, pero más o menos me imaginé lo que estaba sucediendo. Y no podía quedarme allí sentado como un imbécil, permitiendo que se cometiera un asesinato antes mis propios ojos sin hacer algo. Así que se me presentó la oportunidad e intervine.
La Reina asintió con aire pensativo. Durante algunos instantes miró a Ryan con una sonrisa cálida y amistosa y se volvió a mirar a su marido. Ambos se comunicaron sin palabras. Han estado casados bastante tiempo para poder hacer eso, pensó Ryan. Cuando ella se volvió hacia él, se dio cuenta de que acababa de tomar una decisión.
—Bueno, pero, ¿cómo lo gratificaremos?
—¿Gratificarme, señora? —Ryan meneó la cabeza—. Muchísimas gracias, pero no es necesario. Me alegro de haber sido útil. Y eso me basta.
—No, doctor Ryan, no basta. Una de las cosas más agradables de ser reina es poder reconocer las conductas meritorias y gratificarlas como es debido. La Corona no puede ser desagradecida.
—Le brillaban los ojos, como si la divirtiera un chiste personal. Ryan se sintió cautivado por la humanidad de esa mujer. Había leído que algunas personas la encontraban poco inteligente.

Pero en ese momento sabía que estaban equivocadas. Detrás de esos ojos se notaba la existencia de un cerebro y una inteligencia activa. —Por eso se ha decidido investirlo como Noble Comandante de la Orden Victoriana.
—¿Qué... este... perdón, señora? —Ryan parpadeó repetidas veces y trató de aprehender lo que acababa de oír.
—La orden Victoriana es de reciente creación y está destinada a gratificar a los que hayan rendido servicios personales a la Corona. Decididamente usted cuenta con las calificaciones necesarias. Este es el primer caso, en muchos años, en que un heredero del trono ha sido salvado de una muerte casi segura. Dado que usted es historiador, tal vez le interese saber que nuestros propios estudiosos no se han puesto de acuerdo con respecto al precedente más reciente... pero en todo caso, de ahora en adelante, usted será conocido como Sir John Ryan.
Jack volvió a pensar que debía de tener un aspecto bastante cómico con la boca completamente abierta.
—Su Majestad, las leyes de los Estados Unidos...
—Ya lo sabemos —lo interrumpió ella con tranquilidad—. Nuestro Primer Ministro conversará hoy mismo acerca de ese asunto con el Presidente de su país. Creemos que en vista de la naturaleza especial de este caso y en interés de las relaciones anglo-norteamericanas, el asunto se solucionará amigablemente.
—Existen amplios precedentes —continuó diciendo el duque—. Después de la Segunda Guerra Mundial se les acordó un reconocimiento similar a una serie de oficiales norteamericanos. Por ejemplo, el almirante Nimitz se convirtió en Noble, Comandante de Bath, lo mismo que los generales Eisenhower, Bradley, Patton, y varios otros.
"A los fines de las leyes norteamericanas, probablemente será considerado un título honorífico, pero para nuestros propósitos será absolutamente auténtico.
— Bueno... —Ryan no sabía qué decir—. Majestad, en tanto esto no esté en conflicto con las leyes de mi país, me sentiré profundamente honrado en aceptar.
—La Reina tuvo una sonrisa radiante.
—Entonces todo está arreglado. ¿Y usted cómo se siente... pero cómo se siente realmente?
—Me he sentido peor, señora. No tengo quejas... pero me habría gustado moverme un poco más rápido.
El duque sonrió.
— El hecho de estar herido le da una apariencia mucho más heroica... no hay nada como un poquito de drama.
Especialmente si se trata del hombro de otro, Milord, pensó Ryan. En ese momento se le ocurrió una idea.
—Discúlpenme, pero este título significa que mi mujer deberá ser llamada...
—¿Lady Ryan? Por supuesto. —La sonrisa de arbolito de Navidad volvió a relampaguear en el rostro de la Reina.
Jack no pudo evitar una amplia sonrisa.
—¿Sabe? Cuando renuncié a Merril Lynch el padre de Cathy estaba más enfurecido que... se enojó mucho conmigo. Me dijo que nunca llegaría a nada escribiendo libros de historia. Tal vez esto lo haga cambiar de idea.
—Estaba convencido de que a Cathy no le molestaría el título: Lady Ryan.
—¿Así que después de todo el título no es tan molesto?
—No, señor, y por favor le pido que me perdone si di esa impresión. Me temo que me tomaron un poquito de sorpresa. —Ryan meneó la cabeza. Todo este maldito asunto me ha desequilibrado.
—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?
— Por supuesto.
— La policía se negó a decirme donde han alojado a mi familia. —Las palabras de Jack provocaron una carcajada de hilaridad. Fue la Reina quien contestó.

—La policía cree que existe la posibilidad de que los terroristas traten de vengarse en usted o en su familia. Por lo tanto se decidió que debían ser trasladados a un lugar más seguro. Considerando las circunstancias decidimos que lo más sencillo sería instalarlos en el palacio: era lo menos que podíamos hacer. Cuando salimos, su mujer y su hija dormían profundamente y dimos instrucciones estrictas de que nadie las molestara.
—¿En el palacio?
—Le aseguro que tenemos lugar más que suficiente para recibir huéspedes —aseguró la Reina.
—¡Oh, Dios! —murmuró Ryan.
—¿Tiene alguna objeción? —preguntó el duque.
—Mi hijita es...
—¿Olivia? —preguntó la Reina, bastante sorprendida—. Es una criatura encantadora. Anoche, cuando la vimos, dormía como un ángel.
—Sally —el nombre de Olivia había sido una oferta de paz hacia la familia de Cathy, porque así se llamaba su abuela—, es un angelito cuando duerme, pero cuando despierta más bien se parece a un terremoto y se especializa en romper cosas. Sobre todo si son valiosas.
—¡Qué terrible que un padre diga eso! —comentó Su Majestad, simulando estar horrorizada—. ¡Y de esa chiquita tan preciosa! La policía nos aseguró que anoche rompió corazones en Scotland Yard. Me temo que usted exagera, Sir John.
—Sí, señora. —No podía discutir con una reina.

3 Flores y familias

Wilson se había equivocado en sus aseveraciones. La huida fue más larga de lo que la gente del Yard suponía. A novecientos kilómetros de distancia aterrizaba un vuelo de Sabena en las afueras de Cork. El pasajero del asiento 23D del Boeing 737 era completamente anodino; su pelo color arena no era ni muy largo ni muy corto y estaba vestido como un ejecutivo de nivel medio: traje pulcro pero arrugado, típico de un hombre que ha pasado un largo día trabajando y que no ha dormido bastante antes de tomar el avión de regreso a su hogar. Si alguien se lo hubiera pedido podría haber hecho un convincente discurso sobre la venta mayorista de pescado, dicho con el acento del sudoeste de Irlanda. Podía cambiar de acento con la misma facilidad con que el resto de los hombres se cambiaba de traje, una habilidad que le resultaba muy útil ya que los equipos de televisión habían hecho famosa en el mundo entero la manera de hablar de su Belfast natal. Durante el vuelo leyó el London Times y el tema de conversación en su fila de asientos, lo mismo que en el resto del avión, fue la noticia de la primera plana del diario.
—¡Qué cosa espantosa! —convino con su vecino del asiento 23E, un comerciante belga que vendía herramientas y no podía adivinar en cuántos sentidos era espantoso lo sucedido.
Todos los meses de forjar planes, los datos de inteligencia reunidos con tanta dificultad, los ensayos llevados a cabo bajo las mismas narices de los británicos, las tres rutas de huida, los hombres encargados de mantener contacto radial... y todo para nada, por culpa de ese maldito entrometido. Examinó la fotografía de la primera plana del diario.
¿Quién serás, yanqui? se preguntó. John Patrick Ryan. Historiador, ¡un maldito académico! Ex Infante de Marina... típico que metiera la nariz en lo que no le importaba. John Patrick Ryan. Debes de ser un maldito católico, ¿verdad? Bueno, Johnny murió por tu culpa... ¡Qué pena lo de Johnny! Era un buen hombre; confiable, amaba sus armas y era fiel a la Causa.
El avión finalmente se detuvo en la pista. La azafata abrió la puerta y los pasajeros se pusieron de pie para bajar su equipaje de las redes. El sacó una valija y se unió a la lenta procesión rumbo a la puerta de salida. Trató de tomar el asunto con filosofía. En sus años de "jugador" había visto fracasar operativos por los motivos más ridículos. Pero ese era muy

importante. ¡Y después de tanto planearlo! Meneó la cabeza mientras se metía el diario debajo del brazo. Tendremos que volver a intentarlo, eso es todo. Podemos darnos el lujo de ser pacientes. Se dijo que un fracaso no tenía importancia en el plan total de las cosas. Esa vez los contrincantes habían tenido suerte. A nosotros sólo nos hace falta tener suerte una vez.
¿Y qué pasaría con Sean? Fue un error incluirlo en el equipo. Él ayudó a planear el operativo desde el principio. Sean sabe mucho sobre la Organización. Al bajar del avión dejó de lado esa preocupación. Sean nunca hablaría. Sean no, sobre todo después de haber enterrado cinco años antes a su chica, muerta por una bala perdida disparada por uno del bando contrario.
Nadie fue a recibirlo, por supuesto. Los otros tipos que participaron del operativo ya estaban de vuelta, después de haber dejado el equipo en tachos de basura, previa limpieza de las huellas digitales. El único que corría el riesgo de haber sido visto era él, pero estaba seguro de que ese tipo Ryan no lo pudo ver bien. Volvió a recordar el incidente para estar seguro. No. En el rostro de Ryan notó una expresión de sorpresa, una expresión de dolor. El norteamericano no podía haber visto demasiado, y además, de haber sido así los diarios ya habrían publicado un identikit de su rostro, completo, con peluca y falsos anteojos.
Salió del edificio de la terminal rumbo a la playa de estacionamiento, con el bolso de viaje colgado del hombro y buscando en el bolsillo el juego de llaves de su auto que puso en marcha el detector de metales en Bruselas... ¡qué divertido fue! Sonrió por primera vez en veinticuatro horas. Era un día claro y lleno de sol, uno de esos días gloriosos del otoño de Irlanda. Se sentó al volante de su BMW de un año de antigüedad; después de todo, un tipo que se hacía pasar por empresario tenía que contar con un disfraz completo, hasta sus últimos detalles. Se encaminó hacia el refugio. Ya estaba planeando otros dos operativos. Ambos requerirían mucho tiempo, pero tiempo era algo con lo que contaba en cantidades ilimitadas.

Era fácil decir cuándo había llegado la hora de tomar otro calmante. De manera inconsciente, Ryan flexionaba su mano izquierda, que sobresalía del extremo del yeso. No le aliviaba el dolor, pero cuando movía levemente los músculos y los tendones era como silo cambiara de lugar. Y por más que tratara de ignorarlo, el dolor le impedía concentrarse. Jack recordó todas las series de televisión en las que el detective o el héroe de la historia recibía un balazo en el hombro pero se recuperaba completamente antes del último aviso comercial. El hombro humano —o por lo menos el suyo— era una sólida
colección de huesos que las balas —una sola bala— quebraban con demasiada facilidad. A medida que se acercaba la hora de tomar el calmante, tenía la impresión de que el borde de cada uno de sus huesos rotos raspaba contra el vecino cada vez que él respiraba. Hasta el suave movimiento de los dedos de su mano derecha sobre el teclado de la computadora parecía recorrerle el cuerpo como un relámpago en dirección al foco del dolor, tanto que tenía que detenerse y mirar el reloj de pared; por primera vez estaba deseando que apareciera Kittiwake con su dosis de alivio químico.
Hasta que recordó sus temores. El dolor de columna convirtió su primera semana de estada en Bethesda en un infierno. Sabía que la herida del hombro era leve en comparación con aquélla, pero el cuerpo no tiene memoria para los dolores y el del hombro era aquí y ahora. Se obligó a recordar que los calmantes habían convertido su problema de columna en algo casi tolerable... si no fuera porque los médicos se mostraron demasiado generosos con las dosis. Más que el dolor, Ryan le temía al momento en que le quitaran las dosis de morfina. La vez anterior le había durado una semana esa necesidad que parecía arrastrar todo su cuerpo a un lugar vasto y desierto, un lugar donde en el fondo de su ser se sentía completamente solo y necesitado... Ryan sacudió la cabeza. El dolor se le clavó en el brazo y el hombro izquierdos y él se obligó a darle la bienvenida. No pienso vivir eso de nuevo. ¡Nunca más!
Se abrió la puerta. No podía ser Kittiwake, todavía faltaban catorce minutos para la hora de su remedio. La vez anterior, cuando se abrió la puerta, Ryan creyó notar la presencia de alguien de uniforme fuera de su cuarto, pero no estaba seguro. Ahora lo estaba. Un oficial uniformado

de alrededor de treinta años entró con un ramo de flores, seguido de otro con un ramo igualmente grande. Una cinta roja y dorada decoraba el primero, enviado por la Infantería de Marina, y el otro lo mandaba la Embajada Norteamericana.

—Hay bastantes más, señor —informó uno de los oficiales.

—Este cuarto no es muy grande. Le pido que me entregue las tarjetas y distribuya las flores entre otros pacientes. Estoy seguro de que a ellos les gustarán. Y además, ¿quién quiere vivir en una jungla? En el término de diez minutos Ryan tenía en sus manos una pila de cartas, notas y telegramas.

Su siguiente visitante fue el Príncipe de Gales. Wilson volvió a ponerse de pie en posición de firme, y Ryan se preguntó si el muchacho no tendría las rodillas doloridas por tanto baqueteo. El calmante ya le estaba haciendo efecto. El dolor de su hombro iba disminuyendo, pero al mismo tiempo sentía una leve sensación de tener la cabeza hueca, como si hubiera bebido un par de copas de más. Tal vez eso fue, en parte, la causa de lo que sucedió después.

—¡Hola! —saludó Jack, sonriente—. ¿Cómo se siente, señor?

—Bastante bien, gracias.

—Fue una respuesta sin ningún entusiasmo. El príncipe parecía muy cansado, tenía el rostro tenso y grandes ojeras. Debajo del traje de corte conservador se le notaban los hombros agachados.

—¿Por qué no se sienta, señor? —lo invitó Ryan. Por su aspecto uno diría que pasó una noche más dura que la mía.

—Sí, gracias, doctor Ryan. —Hizo otro intento por sonreír, pero fracasó. ¿Y usted cómo se siente?

—Razonablemente bien, Alteza. ¿Y cómo está su esposa, perdón... cómo está la princesa?

Las palabras del príncipe no surgían con facilidad y por lo visto le costaba mirar a Ryan.

—Es una pena que no haya podido acompañarme. Sigue un poco angustiada... creo que está en estado de shock. Para ella fue una... pésima experiencia.

Trozos de cerebro salpicados sobre el rostro. Supongo que no es exagerado decir que fue una mala experiencia.

—Soy testigo de eso. Me informaron que, gracias a Dios, ninguno de los dos resultó físicamente herido. ¿Supongo que su hijo tampoco?

—Sí, y todo gracias a usted, doctor.

Jack volvió a intentar otro encogimiento de un solo hombro. Esa vez el gesto no le dolió tanto.

—Me alegro de haber sido útil, señor. Lo único que lamento es haber permitido que me balearan. —El intento de quitarle importancia a su actitud murió en sus labios. Acababa de decir algo equivocado y de una manera equivocada. Durante algunos instantes el príncipe miró a Jack con expresión de gran curiosidad, pero enseguida sus ojos volvieron a tomarse inexpresivos.

—De no haber sido por usted, hubiésemos muerto todos, ¿sabe?... y en nombre de mi familia y en el mío... bueno, gracias. No basta con decirlo solamente...

—Su Alteza pronunció esas palabras y después volvió a detenerse y luchó por encontrar otras frases indicadas. —Pero es lo único que puedo hacer. Y para el caso, ayer tampoco pude hacer mucho concluyó quedándose silenciosamente de pie a los pies de la cama.

¡Ah! pensó Ryan. El príncipe se volvió para salir del cuarto. ¿ahora qué hago?

Señor por qué no se sienta y conversamos un poco sobre lo sucedido, ¿quiere?

—El príncipe volvió sobre sus pasos. Por un momento pareció que estaba por decir algo, pero su rostro volvió a cambiar de expresión y desvió la mirada.

—Alteza, en realidad yo creo que... —No notó ningúna reacción. No puedo permitir que se vaya así. Bueno, si la buena educación no da resultado.. La voz de Jack adquirió un tono agudo.

—¡Deténgase! —El príncipe se volvió con una mirada de enorme sorpresa—. ¡Siéntese, maldito sea! —Ryan señaló una silla—. Por lo menos he captado su atención. Me pregunto si podrán retirarme el título honorífico...

En ese momento el príncipe enrojeció un poco. El color confirió a su rostro la vida que le faltaba. Vaciló un instante, pero se sentó a regañadientes y con aspecto resignado.

—Bueno —dijo Ryan—, creo que sé lo que lo está angustiando, señor. Se siente mal porque ayer no actuó a lo John Wayne, encargándose personalmente y sin ayuda de dejar fuera de combate a esos pistoleros, ¿verdad?

—El príncipe no asintió ni expresó sus sentimientos, pero la expresión dolorida de sus ojos contestó sobradamente la pregunta de Ryan. —¡Qué tontería! —exclamó Jack con un bufido. En un rincón de la habitación, Tony Wilson se puso pálido como un fantasma. Ryan no lo culpó.

—Debería tener más sentido común... señor —agregó Ryan apresuradamente—. Usted ha tenido una instrucción militar, ¿verdad? Es piloto, saltó en paracaídas y hasta comandó su propio barco.

—Por toda respuesta recibió una expresión de asentimiento. Ya era hora de ir al grano. —¡Entonces usted no tiene excusa, sabe de memoria que por una cuestión de sentido común no puede pensar así! Porque supongo que no es tan tonto, ¿verdad?

—¿Exactamente qué quiere decir? —Un atisbo de enojo, pensó Ryan. Me alegro.

—Use la cabeza. Ha sido entrenado para analizar esta clase de situaciones, ¿no es cierto? Le propongo que hagamos un ejercicio de crítica. Analicemos la situación táctica de ayer. Usted se encontraba atrapado en un automóvil detenido, con dos o tres pistoleros que los amenazaban desde el exterior con armas automáticas. El auto es blindado, pero usted se encuentra atrapado dentro. ¿Qué puede hacer? Desde mi punto de vista tenía tres opciones:

"Una: quedarse petrificado, sentado allí y mojarse los pantalones. ¡Diablos! Eso es lo que hace la mayor parte de la gente normal cuando se la toma por sorpresa. Es, probablemente la reacción más lógica. Pero no fue la suya.

"Dos: puede tratar de salir del auto y hacer algo, ¿verdad?

—Sí, es lo que debí hacer.

—¡Error! —exclamó Ryan, sacudiendo la cabeza enfáticamente—. Perdón señor, pero no hubiese sido una buena idea. El tipo a quien yo le hice el tackle estaba esperando que usted reaccionara exactamente así. Y ese individuo estaba en condiciones de meterle una bala de nueve milímetros en la cabeza antes de que usted tuviera tiempo de apoyar los dos pies sobre el pavimento. Por lo visto usted se encuentra en excelente estado físico. Es probable que se mueva con mucha rapidez, ¡pero nadie le gana a una bala, señor! Esa elección podría haberlo llevado a la muerte y a su familia también.

"Tres: su última posibilidad era aguantar y rezar para que los refuerzos llegaran a tiempo. Usted sabe que está cerca de su casa. Le consta que hay policías y tropas por los alrededores. Así que el tiempo juega a su favor siempre que logre sobrevivir durante un par de minutos. Mientras tanto trata de proteger a su familia de la mejor manera posible. Los hace tirarse en el piso del auto y se coloca encima de ellos, de manera que la única manera en que los terroristas pueden dañarlos es sacándolo antes de en medio a usted. Y eso, amigo mío, es lo que hizo.

—Ryan se quedó un instante en silencio para que el príncipe sopesara lo que acababa de decir.

"¡Maldito sea! hizo exactamente lo que convenía, lo indicado, —Ryan se inclinó hacia adelante hasta que el hombro lo obligó a echarse atrás jadeando. Por lo visto el calmante no era demasiado fuerte. —¡Dios, cómo duele esto! Mire señor: usted estaba desprotegido y con muy pocas y pésimas alternativas. Pero utilizó la cabeza y eligió la mejor. Desde mi punto de vista, no podía haber hecho nada mejor. Así que no hay nada, repito, nada, que justifique su malestar. Y si no me cree, pregúnteselo a Wilson. El es policía.

—El príncipe volvió la cabeza.

El oficial de la División Antiterrorista se aclaró la garganta.

—Excúseme, Alteza, pero el doctor Ryan tiene toda la razón. Ayer nosotros conversamos sobre este problema y llegamos exactamente a la misma conclusión.
Ryan miró al policía.
—¿Durante cuánto tiempo anduvieron discutiendo el problema, Wilson —preguntó.
—Durante diez minutos, tal vez —contestó Wilson.
— Esos son seiscientos segundos, Alteza. ¿En cambio usted cuántos tuvo para pensar y actuar? ¿Cinco? ¿Tal vez tres? No es demasiado tiempo para tomar una decisión de vida o muerte, ¿verdad? Señor: yo diría que actuó perfectamente bien. Llevó a la práctica todo el entrenamiento recibido. Y si estuviera evaluando el comportamiento de otra persona en lugar del suyo, opinaría como yo y como Tony.
— Pero los diarios...
— ¡Que los diarios se vayan a la mierda! —retrucó Ryan, preguntándose si no habría llegado demasiado lejos—. ¿Qué saben los periodistas? Ellos no hacen nada. Usted puede pilotear un avión, ha saltado en paracaídas —le prevengo que, a mí, volar me aterroriza y ¡ni hablemos de la posibilidad de saltar en paracaídas!, y ha comandado un barco. Y además, practica equitación y permanentemente hace todo lo posible por romperse el cuello... y ahora además es padre, tiene un hijo propio, ¿no es cierto? ¿Le parece que eso no basta para demostrarle al mundo que tiene pelotas? Usted no es un chiquilín imbécil, señor. Es un profesional entrenado. Empiece a actuar como lo que realmente es.
Jack notó que el príncipe repasaba mentalmente lo que le acababa de decir. En ese momento Su Alteza estaba más erguido. La sonrisa que empezó a esbozar era austera, pero traslucía cierta convicción,
—No estoy acostumbrado a que se me hable con tanta energía.
—Entonces hágame decapitar —contestó Ryan sonriendo—. Tuve la impresión de que necesitaba que le aclararan algunas cosas, pero para eso antes tenía que despertar su atención. No le voy a pedir disculpas, señor. En cambio le propongo que se mire en ese espejo que hay allí. Le apuesto a que el hombre que verá reflejado tiene mucho mejor aspecto que el que se afeitó esta mañana.
—¿Y usted realmente cree lo que acaba de decir?
—¡Por supuesto! Lo único que tiene que hacer es contemplar la situación desde afuera, señor. El problema que a usted se le presentó ayer fue más grave que cualquiera de los ejercicios que yo tuve que enfrentar en Quantico, pero usted lo resolvió. Escuche, le voy a contar una historia.
"Mi primer día en Quantico. Primer día del curso para oficiales. Nos hacen formar y conozco al instructor de maniobras, el sargento Willie King: un negro inmenso, a quien apodábamos el Hijo de Kong. Bueno, nos mira y dice: "Chicas, tengo buenas y malas noticias. La buena noticia es que si llegan a demostrar que son capaces de llegar al fin de este curso, no será necesario que demuestren nada más durante el resto de sus vidas." Ahí hizo una pausa de un par de segundos. "¡La mala noticia es que me lo tienen que demostrar a mí!"
—Usted fue el primero de su clase —acotó el príncipe. Por lo visto, él también había sido informado,
—En ésa fui el tercero. Obtuve el primer puesto más adelante, en el Curso Básico para Oficiales. Sí, me fue bien. Ese curso fue una verdadera pesadilla. Lo único fácil era dormir: cuando terminaba el día era facilísimo quedarse dormido. Pero, ¿sabe? el hijo de Kong tenía razón.
"Si uno consigue terminar la carrera en Quantico, sabe que ha hecho algo. Después de eso me quedó una sola cosa más para demostrar, y la Infantería de Marina no tuvo nada que ver. —Ryan hizo una pequeña pausa. —Se llama Sally. Pero de todos modos, usted y su familia están vivos, señor. Está bien, yo habré ayudado... pero usted también hizo mucho. Y si alguno de esos reporteros afirma lo contrario, bueno, ustedes todavía tienen la torre de Londres, ¿no? Recuerdo todo lo que publicaron los diarios el año pasado acerca de su esposa. ¡Diablos! Si algún tipo hubiese hablado así sobre Cathy, yo le habría cambiado la voz.

—¿Cambiado la voz? —preguntó Su Alteza.
—Sí, castrándolo. —Ryan rió. —Supongo que ese es el problema de ser importante: uno no puede devolver el golpe. Es una pena. Los periodistas deberían tener modales un poco mejores, y la gente como usted tiene derecho a cierta privacidad, la misma de que gozamos el resto de los mortales.
—¿Y qué me dice de sus modales, Sir John? —preguntó el príncipe, sonriendo ampliamente.
—Mea máxima culpa, mi Lord Príncipe, pero usted me puso en esa situación.
—Sin embargo, si no fuera por usted, podríamos no estar en este mundo.
—Yo no podría quedarme ahí sentado viendo asesinar a seres humanos. Si usted hubiera estado en mis zapatos apuesto a que habría hecho lo mismo.
—¿Realmente lo cree? —preguntó Su Alteza, sorprendido.
—Señor, ¿está bromeando? Cualquiera que sea lo suficientemente tonto como para saltar en paracaídas de un avión, es lo suficientemente tonto como para intentar cualquier cosa.

El príncipe se puso de pie y se acercó al espejo que colgaba de la pared. Sin duda le gusto lo que veía.
— Bueno —murmuró, dirigiéndose al espejo. Se volvió para expresar la última duda que le quedaba con respecto a sí mismo.
—¿Y si usted hubiese estado en mi lugar?
— Probablemente me habría mojado los pantalones —contestó Ryan—. Pero usted me lleva una ventaja, señor. Ha pensado en este problema durante varios años, ¿no es cierto? Diablos, si prácticamente creció con él y ha recibido un entrenamiento básico: ¿la Marina Real, también, quizá?
—Sí, he sido entrenado.
Ryan asintió.
—Muy bien, de manera que usted tenía sus opciones definidas de antemano, ¿verdad? Estoy de acuerdo en que lo tomaron por sorpresa, pero se le notó el entrenamiento. Hizo lo que debía hacer. Se lo digo honestamente. Y ahora vuelva a sentarse y tal vez Tony nos pueda servir un poco de café.
Wilson así lo hizo, a pesar de que se mostraba claramente incómodo de estar tan cerca del heredero del trono. El Príncipe de Gales bebió su café mientras Ryan prendía uno de los cigarrillos de Wilson. Su Alteza lo miró con desaprobación.
— Eso no le hará ningún bien, ¿sabe? —señaló.
Ryan simplemente lanzó una carcajada.
—Alteza, desde que llegué a este país estuve a punto de ser atropellado por uno de esos ómnibus de dos pisos, un maldito maoísta estuvo a un tris de volarme la cabeza y después uno de sus guardias casi me decapita. —Ryan movió el cigarrillo en el aire. —¡Esto es lo más seguro que he hecho desde que llegué! ¡Qué vacaciones tan movidas!
— Tiene razón —admitió el príncipe—. Y además, doctor Ryan, usted tiene un gran sentido del humor.
— Supongo que el Valium —o lo que sea que me están dando— ayuda. Y de paso, me llamo Jack. —Tendió la mano. El príncipe se la estrechó.
— Ayer tuve el gusto de conocer a su mujer y a su hija... en ese momento usted estaba inconsciente. Entiendo que su esposa es una médica excelente. ¡Y su hijita es una maravilla!
—Gracias. ¿Qué tal se siente como padre?
— La primera vez que uno tiene en sus brazos a un hijo recién nacido...
—Sí —interrumpió Jack—. Ya sé lo que es, señor. —Se detuvo abruptamente.
Bingo, pensó Ryan. Un bebé de cuatro meses. Si ellos hubieran secuestrado al príncipe y a la princesa, bueno, ningún gobierno puede ceder ante el terrorismo. Los policías y los políticos deben de tener ya un plan preestablecido para estos casos, ¿no? Aunque tuvieran que desmantelar la ciudad, ladrillo por ladrillo, pero no podrían negociar bajo ninguna

circunstancia y eso hubiese sido una pena en el caso de los adultos, pero tratándose de un bebito... ¡mierda! ¡esa sí que es una carta ganadora! ¿Qué clase de gente permitiría que...?
—¡Cretinos! —exclamó Ryan en un susurro. Wilson palideció, pero el príncipe sospechó que Jack estaba pensando en voz alta.
—¿Perdón?
—No estaban tratando de matarlo a usted. Diablos, apuesto a que usted ni siquiera era el objetivo principal que perseguían... —Ryan asintió lentamente. Repasó los datos que conocía del ULA. No eran muchos, de todos modos en esa época no le interesaban. En síntesis, algunos detalles de informes de inteligencia bastante oscuros, mezclados con puras conjeturas.
—Apuesto a que no tenían ninguna intención de matarlo a usted. Y al cubrir con su cuerpo a su esposa y a su hijo, les estropeó los planes... o quizá simplemente... sí, eso modificó un poco el tiempo que tenían calculado para el atentado.
—¿Qué quiere decir? —preguntó el príncipe.
—Estos malditos remedios me obligan a pensar con lentitud comentó Jack, como hablando para sí mismo—. ¿La policía le explicó lo que intentaban hacer los terroristas?
Su Alteza se irguió en la silla.
—No puedo...
—No es necesario —lo interrumpió Ryan—. ¿Le dijeron que usted decididamente —pero decididamente— salvó a toda su familia?
—No, pero...
—¿Tony?
—Me dijeron que usted era un tipo muy inteligente, Jack —dijo Wilson—. Me temo que no puedo hacer ningún otro comentario. Su Alteza Real: es posible que la afirmación del doctor Ryan sea correcta
—¿Qué afirmación? —preguntó el príncipe, intrigado.
Jack se lo explicó brevemente.
—¿Y cómo llegó a esa conclusión, Jack?
En la mente de Ryan todavía giraban distintos aspectos de la hipótesis.
—Soy historiador, señor, Mi tarea consiste en sacar conclusiones. Y antes de eso fui corredor de Bolsa... y esencialmente hacía lo mismo. Cuando uno lo piensa, no es tan difícil. Uno busca inconsistencias aparentes y después trata de imaginar por qué no son realmente inconsistentes. —Llegó a una conclusión. —Son todas especulaciones mías, pero estoy dispuesto a apostar a que los colegas de Tony han llegado a las mismas conclusiones. —Wilson no agregó una sola palabra. Se aclaró la garganta, cosa que fue suficiente respuesta.
El príncipe clavó la mirada en el interior de su taza de café. Su expresión era la de un hombre que se había recobrado del temor y de la vergüenza. Ahora contemplaba con furia fría lo que podía haber sucedido.
—Bueno, tuvieron su oportunidad, ¿no?
—Sí, señor. Y supongo que si lo vuelven a intentar, les costará mucho más. ¿No es así, Tony?
—Realmente dudo de que lo vuelvan a intentar —replicó Wilson—. A partir de este incidente, nosotros tenemos que desarrollar un servicio de inteligencia realmente excelente. Los del ULA acaban de traspasar una línea invisible. Si el atentado hubiese tenido éxito, se habrían asegurado una posición política más firme, pero fracasaron, ¿verdad? Esto los perjudicará, perjudicará el "apoyo popular" que reciben. Algunas personas que los conocen, ahora tomarán en cuenta la posibilidad de hablar... no con nosotros, por cierto, pero con el tiempo, parte de lo que digan llegará a nuestros oídos. Antes ya eran parias, ahora lo serán aún más.
¿Aprenderán de esta experiencia. se preguntó Ryan. Y en ese caso, ¿qué habrán aprendido? Esa es una pregunta importante. Jack sabía que sólo existían dos respuestas y que ambas eran diametralmente opuestas. Hizo una anotación mental. Cuando volviera a su casa, seguiría estudiando el asunto. Ya no se trataba de un ejercicio puramente académico. Lo demostraba la herida de bala que tenía en el hombro.

El príncipe se puso de pie.
—Me va a tener que perdonar, Jack, pero me temo que me espera un día lleno de compromisos.
—De manera que volverá a salir, ¿eh?
—Si me oculto, ellos habrán ganado. Ahora comprendo los hechos mejor que cuando llegué. Y, por lo tanto, de nuevo estoy en deuda con usted.
—Tarde o temprano usted mismo habría llegado a esas conclusiones. Pero es mejor que haya sido temprano, ¿no cree?
—Tendremos que vernos más a menudo.
—Eso me gustaría muchísimo, señor. Pero me temo que tendré que estar acá encerrado durante bastante tiempo.
— Y nosotros saldremos del país muy pronto: pasado mañana. Una visita oficial a Nueva Zelanda y a las Islas Solomon. Tal vez cuando regresemos usted ya se haya ido.
—¿Y su esposa está en condiciones de hacer ese viaje, Alteza?
—Creo que sí. El médico aseguró que un cambio de escenario es justo lo que le conviene. Ayer tuvo una pésima experiencia, pero... —sonrió—, creo que fue más duro para mí que para ella.
De eso no me cabe duda, pensó Ryan. Es joven, saldrá del pozo y por lo menos le queda algo positivo para recordar. El hecho de que él haya interpuesto su cuerpo entre su familia y las balas necesariamente tiene que afirmar cualquier relación.
—Bueno, a ella no le pueden caber dudas de que usted la ama, señor.
—Y así es, ¿sabe? —afirmó el príncipe con seriedad.
— Es el motivo acostumbrado por el que uno se casa, señor —replicó Ryan—, aun tratándose de nosotros, los seres comunes y silvestres.
— Usted es un tipo muy irreverente, Jack.
—Lo siento. —Tanto Jack como el príncipe sonrieron.
—.No, estoy convencido de que no lo siente nada.
—Su Alteza le tendió la mano—. Gracias, Sir John, y por muchas cosas.
Ryan lo observó salir erguido y con paso gallardo.
—¿Sabe cuál es la diferencia entre él y yo, Tony? Yo puedo decir que fui Infante de Marina, y eso basta. Pero ese pobre tipo tiene que demostrar lo que vale frente a todo el mundo y cada maldito día de su vida. Supongo que es lo que siempre sucede cuando uno está permanentemente expuesto a la mirada del público. —Jack meneó la cabeza. —Yo no ocuparía su lugar por nada del mundo.
—Él nació en esa posición —aclaró Wilson.
Ryan lo pensó.
—Esa es una de las diferencias entre su país y el mío. Ustedes creen que la gente nace para ser algo determinado. Nosotros sabemos que hay que madurar para lograr lo que sea. Y no es la misma cosa, Tony.
—Bueno, ahora usted también forma parte del asunto, Jack.

—Creo que debería ir. —David Ashley miró el télex que tenía en la mano. Lo inquietaba que estuviera dirigido a su nombre. Por lo tanto el PIRA sabía quién era, y sabían que era el oficial ejecutivo del Servicio Secreto a cargo del caso. ¿Cómo mierda estaban enterados de eso?
—Estoy de acuerdo —contestó James Owens—. Si están tan ansiosos por conversar con nosotros, tal vez estén dispuestos a proporcionarnos algún dato útil. Por supuesto que existe un riesgo elemental. Podría llevar a alguien con usted.
Ashley lo pensó. Siempre existía la posibilidad de que lo secuestraran, pero... Lo extraño del PIRA era que tenían un código de conducta. Dentro de sus propios parámetros eran honorables. Asesinaban a sus víctimas sin remordimiento, pero se negaban a comerciar con

drogas. Sus bombas podían matar chicos, pero nunca habían secuestrado a ninguno. Ashley meneó la cabeza.
—No, la gente del Servicio ya ha tenido algunos encuentros con ellos, y nunca ha habido ningún problema. Iré solo.
—Se dirigió a la puerta.

¡Papá! —Sally entró corriendo en el cuarto, pero se detuvo en seco junto a la cama, tratando de encontrar una manera de trepar lo suficientemente alto como para besar a su padre. Aferró la barandilla y apoyó un pie en el marco de la cama. Después saltó hacia arriba. Su cuerpo diminuto se inclinó sobre el borde del colchón mientras buscaba otro punto de apoyo, y Ryan la alzó.
—¡Hola, papá! —Sally lo besó en la mejilla.
—¿Y cómo estás hoy?
—Bien. ¿Qué es eso, papá?
—Eso se llama yeso —contestó Cathy Ryan—. Creí que querías ir al baño.
—Está bien —Sally se bajó de la cama de un salto.
—Creo que es allí —le indicó Jack—. Pero no estoy seguro.
—Yo también lo creo —declaró Cathy después de observar las ataduras que mantenían a Jack sujeto a la cama—. Bueno, vamos Sally.
Ryan notó que detrás de su familia había entrado un hombre en el cuarto. Tendría cerca de treinta años, era muy atlético y, por supuesto, estaba bien vestido. Jack notó que además era bastante buen mozo.
—Buenas tardes, doctor Ryan —saludó—. Soy William Greville. Jack decidió hacer una adivinanza.
—¿De qué regimiento?
—Del veintidós, señor.
—¿Servicio Aéreo Especial? Greville asintió, con una sonrisa orgullosa pero contenida.
"Recurren a ustedes cada vez que necesitan a los más capaces —murmuró Jack—. ¿Sólo usted?
—Y un conductor. El Sargento Michaelson, un policía del Grupo de Protección Diplomática.
—¿Y por qué usted, en lugar de otro policía?
— Tengo entendido que su esposa desea conocer un poco los alrededores. A mi padre se lo considera una autoridad con referencia a algunos castillos y Su Majestad consideró que su esposa podría desear una... este... escolta familiarizada con esos lugares. Le confieso que papá me ha arrastrado por casi todas las casas antiguas de Inglaterra.
" Escolta " es la palabra indicada, pensó Jack recordando lo que realmente era el "Servicio Aéreo Especial". La única relación que mantenían con aviones consistía en saltar de ellos... o en volarlos.
"Mi coronel también me pidió que lo invitara a visitar el regimiento —continuó diciendo Greville.
Ryan señaló su brazo enyesado.
— Gracias, pero creo que eso tendrá que esperar un poco.
— Lo entendemos. No importa, señor. Cuando se le presente la oportunidad, estaremos encantados de recibirlo a cenar. Verá, queríamos hacerle llegar la invitación antes que el resto de los regimientos. —Greville sonrió. —Después de todo, lo que usted hizo se relaciona más con el tipo de operaciones que llevamos a cabo nosotros. Bueno, tenía que transmitirle la invitación. Pero usted quiere ver a su familia, no a mí.
—Cuídelas mucho... ¿teniente?
—Capitán —corrigió Greville—. Así lo haremos, señor.
—Ryan observó salir al joven oficial mientras Cathy y Sally emergían del baño.
— ¿Qué te parece? —preguntó Cathy.

Librodot

— Su papá es un conde, papito —anunció Sally—. Y es muy simpático.
—¿Qué?
—Que es hijo del vizconde no sé cuánto —explicó su mujer acercándosele—. Pareces muchísimo mejor,
—Tú también, chiquita. —Ryan alzó la cabeza para besar a su mujer.
Jack, has estado fumando! —Desde antes de casarse, Cathy insistía en que debía dejar el cigarrillo.
Qué olfato maldito tiene, pensó Jack.
—Sé buena, he tenido un día muy duro.
—¡Llorón! —exclamó ella, disgustada.
Ryan levantó los ojos hacia el cielo raso. Para todo el mundo soy un héroe, pero fumo un par de cigarrillos y Cathy, me considera un llorón. Llegó a la conclusión de que el mundo no era precisamente un lugar donde imperaba la justicia.
—Déjame respirar un poco, chiquita.
—¿De dónde los sacaste?
—Hay un policía que oficia de baby sitter aquí adentro... hace unos minutos tuvo que salir.
Cathy miró alrededor, en busca del culpable atado de cigarrillos para poder tirarlo. Pero Jack lo tenía escondido debajo de la almohada. Cathy Ryan se sentó. Sally se trepó a sus rodillas.
—¿Cómo te sientes?
—Me duele, pero no es insoportable. ¿Cómo te fue anoche?
—Ya sabes donde estamos viviendo, ¿no?
—Me lo dijeron.
—Es como haberse convertido en la Cenicienta. —Caroline Muller Ryan, médica, sonrió.
John Patrick Ryan, doctor en historia, movió los dedos de la mano izquierda.
—Supongo que yo soy el que se convirtió en el zapallo. Y que tú harás los viajes que planeamos. Me alegro.
—¿Estás seguro de que no te importa?
—El motivo principal de este viaje fue que tú te alejaras de los hospitales, Cathy, ¿recuerdas? No tiene sentido volver a casa sin usar todos los rollos de fotografías que trajimos, ¿verdad?
—Hubiera sido mucho más divertido viajar juntos.
Jack asintió. El también había estado deseando conocer los castillos que pensaban visitar. Lo mismo que tantos norteamericanos, a Jack le disgustaba el sistema clasista inglés, cosa que no impedía que lo fascinara la pompa imperante. O algo por el estilo, pensó. El hecho de haber pasado a formar parte de la nobleza tal vez modificara esa perspectiva cuando pudiera meditar el asunto a fondo.
—Considera el lado positivo de las cosas, chiquita. Tendrás un guía capaz de explicarte todo lo que siempre quisiste saber acerca de todos los castillos que se te ocurran. También tendrás tiempo más que suficiente para recorrerlos con tranquilidad.
Sí —contestó ella, la policía me advirtió que tendremos que quedarnos aquí un poco más de lo planeado. Debo hablar con el profesor Lewindowski acerca de eso.
—Se encogió de hombros. —Pero ellos comprenderán.
—¿Y te gusta tu nuevo alojamiento? ¿Es mejor que el hotel?
—Tendrías que ver... no, tendrías que experimentarlo. —Rió. —Creo que aquí la hospitalidad es el deporte nacional. Debe de ser una materia que se estudia en los colegios. ¿A que no adivinas con quién vamos a comer esta noche?
— No necesito adivinar.
—Son tan agradables, Jack.
— Ya lo noté. Por lo visto realmente estás recibiendo un tratamiento VIP.
—¿Qué es el "Servicio Aéreo Especial"? ¿Greville es una especie de piloto?
—Algo así —contestó Ryan evasivamente. Cathy podía llegar a sentirse incómoda, sentada junto a un hombre que debía portar armas y que estaba entrenado para usarlas con tan poca compasión como la del lobo cuando utiliza sus dientes.

—No me has preguntado si me siento mejor.
—Antes de entrar estuve leyendo tu historia clínica —explicó Cathy.
— ¿Y?
—Te estás reponiendo bien, Jack. Veo que puedes mover los dedos. Eso me tenía preocupada.
—¿Por qué?
—Por el plexo braquial, que es el conjunto de nervios que uno tiene en el hombro. La bala les pasó rozando, más o menos a cuatro centímetros de distancia. Por eso puedes mover los dedos. Por la forma en que sangrabas, pensé que el proyectil te había cortado la arteria braquial que corre al lado de los nervios. Y eso te habría sacado de circulación el brazo definitivamente. Pero tuviste suerte. —Sonrió. Tienes una serie de huesos rotos. Duelen, pero cicatrizan.
Los médicos a veces son maravillosamente objetivos, se dijo Ryan, hasta los que están casados con uno. En cualquier momento dirá que el dolor me hace bien.
"Lo bueno del dolor —continuó diciendo Cathy—, es que indica que los nervios trabajan.
Jack cerró los ojos y meneó la cabeza. Los abrió al sentir que Cathy le tomaba la mano.
"¡Estoy tan orgullosa de ti, Jack!
—¿Te gusta estar casada con un héroe?
—Para mí siempre has sido un héroe.
— ¿En serio?
—Hasta entonces jamás le había dicho eso. ¿Qué tenía de heroico ser historiador? Cathy ignoraba su otra actividad, pero esa tampoco tenía nada de heroica.
—Desde que le dijiste a papá que... bueno, ya sabes. Además, te amo, ¿recuerdas?
— Tengo la impresión de que el otro día me diste pruebas de eso. Cathy hizo una mueca.
—Será mejor que por un tiempo dejes de pensar en el asunto.
—Ya sé. —En ese momento le tocó el turno a Ryan de hacer una mueca—. El paciente debe conservar sus energías... o algo por el estilo. ¿Y qué pasa con esa teoría de que la felicidad acelera la recuperación?
—Eso es lo que gano por dejarte leer mis revistas de medicina. Paciencia, Jack.
En ese momento entró la enfermera Kittiwake quien, al ver que Jack estaba con su familia, volvió a salir apresuradamente.
Trataré de ser paciente —aseguró Jack dirigiendo una mirada libidinosa a la puerta que se cerraba.
—¡Qué tonto eres! —exclamó Cathy—. ¡Te conozco demasiado bien para tragarme eso!
A Jack le constaba que su mujer realmente lo conocía. Ni siquiera conseguía intranquilizarla con esa amenaza. Bueno, eso es lo que uno saca por estar tan enamorado de la propia mujer.
Cathy le acarició la cara.
"¿Con qué te afeitaste esta mañana? ¿Con un clavo enmohecido?
—Sí... necesito mi afeitadora. Y quizá también mis anotaciones.
—Te las traeré o te las haré llegar por intermedio de alguien.
—Levantó la mirada al ver entrar a Wilson.
—Tony, éstas son Cathy, mi mujer y Sally, mi hija. Cathy, este es Tony Wilson. El policía que actúa de babysitter.
— ¿No lo vi anoche? —Cathy jamás olvidaba una cara... y, por lo que Jack sabía, prácticamente nunca olvidaba nada.
— Posiblemente, pero no tuvimos oportunidad de conversar... fueron unas horas bastante atareadas para todos. ¿Se encuentra bien, Lady Ryan?
— ¿Perdón? —preguntó Cathy—. ¿Lady Ryan?
— ¿No te lo dijeron? —preguntó Jack con una risita.
—¿Si me dijeron qué?
Jack se lo explicó.
—¿Y qué tal es estar casada con un noble?

— ¿Eso significa que tendrás que tener un caballo, papá? —preguntó Sally, esperanzada—. ¿Me dejarás montarlo?
—¿Es legal, Jack?
—Me dijeron que el primer ministro y el Presidente conversarían hoy sobre el asunto.
— ¡Dios mío! —exclamó Lady Ryan en voz baja. Pero a los pocos instantes empezó a sonreír.
—¡No te alejes de mi lado, muchacha! rió Jack.
—¿Y el caballo, papá? —insistió Sally.
—Todavía no sé. Ya veremos. Bostezó. El único uso práctico que Ryan les reconocía a los caballos era correr en las pistas... y tal vez que fueran útiles para evitar impuestos. Bueno, la espada ya la tengo, se dijo para sus adentras.
—Creo que papá necesita dormir un rato —observó Cathy—. Y yo tengo que comprar algo para ponerme esta noche.
—¡Dios Santo! —gimió Ryan—. ¡Un vestuario totalmente nuevo! Cathy sonrió.
— ¿Y quién tiene la culpa, Sir John?

Se encontraron en el Restaurante de Flanagan de la calle O'Connell en Dublin. Ashley bebía un whisky cuando se le reunió el segundo hombre. Un tercero y después un cuarto se instalaron a observarlos en un reservado del otro lado del salón. Ashley había ido solo. Esa no era la primera entrevista que mantenían y casi siempre la ciudad de Dublin era considerada terreno neutral. Los dos individuos que estaban del otro lado del salón montaban guardia por si aparecían agentes del Garda, la fuerza de policía de la República.
— Bienvenido a Dublin, señor Ashley —dijo el representante del Ala Provisional del Ejército Republicano de Irlanda.
—Gracias, señor Murphy —contestó el oficial de contrainteligencia La fotografía suya que tenemos en el archivo no le hace justicia.
—En esa época era joven y tonto. Y sumamente vanidoso. Tampoco me afeitaba muy a menudo —explicó Murphy. Tomó el menú—. Aquí la carne es excelente y las verduras son siempre frescas. En verano el lugar está repleto de malditos turistas, de esos a quienes les encantan las papas fritas y que siempre logran que los precios aumenten. Gracias a Dios ya han vuelto todos a Norteamérica, dejando una buena cantidad de divisas en este país tan pobre.
— ¿Qué informaciones tiene para nosotros?
—¿Informaciones?
—Usted solicitó esta reunión, señor Murphy —señaló Ashley.
— El propósito de esta reunión es asegurarle que no tuvimos absolutamente nada que ver en ese maldito fiasco de ayer.
— Yo podría haber leído eso en los diarios... cosa que en realidad hice.
—Sentimos que hacía falta un comunicado más personal, señor Ashley.
— ¿Y por qué vamos a creerles? —preguntó Ashley, bebiendo un trago de whisky. Ambos hombres hablaban en voz baja y tranquila, aunque ninguno tenía la menor duda de lo que el otro pensaba de él.
—Porque no estamos tan locos como todo eso —contestó Murphy. Se acercó el mozo y ordenaron la comida. Ashley se encargó de elegir el vino, un bordeaux prometedor. Anotaría el costo en sus gastos de representación. Estaban a sólo cuarenta minutos de vuelo del aeropuerto Gatwick de Londres. El pedido de reunión había sido hecho antes del amanecer, por medio de una llamada telefónica a la Embajada Británica en Dublin.
—¿Ese es un hecho? —preguntó Ashley cuando el mozo se alejó. Clavó la mirada en los helados ojos azules de su compañero de mesa.

—La Familia Real ha sido estrictamente eliminada de nuestros posibles atentados. A pesar de que todos ellos constituyen un maravilloso blanco político —Murphy sonrió—, hace tiempo que sabemos que atacarlos sería contraproducente.
—¿Ah sí? —Ashley pronunció esas palabras como sólo un inglés puede hacerlo. Murphy enrojeció de furia ante el disimulado y elegante insulto.
—Señor Ashley, nosotros somos enemigos. Yo preferiría matarlo en lugar de compartir una comida con usted. Pero hasta los enemigos pueden negociar, ¿no es cierto?
—Siga.
—Nosotros no tuvimos nada que ver. Le doy mi palabra.
—¿Su palabra de marxista-leninista? —preguntó Ashley con una sonrisa.
—Usted sabe provocar a la gente, señor Ashley Murphy aventuró una sonrisa—. Pero hoy no. Estoy aquí en una misión de paz y de comprensión.
Ashley estuvo a punto de lanzar una carcajada, pero se contuvo.
—Señor Murphy, si nuestros muchachos arreglaran cuentas con usted, yo no vertería una sola lágrima, pero no puedo menos que confesar que es un adversario valioso. Y un cretino encantador.
¡Ah! ¡El sentido de juego limpio de los ingleses! reflexionó Murphy. Gracias a eso finalmente les ganaremos, señor Ashley.
No, no nos ganarán. Ashley conocía de memoria ese tipo de miradas.
—¿Qué puedo hacer para qué me crea? —preguntó Murphy, razonablemente.
—Nombres y direcciones —contestó Ashley en voz baja.
—No. No podemos hacer eso, y a usted le consta.
—Si quiere establecer alguna clase de quid pro quo, esa es la forma de lograrlo.
Murphy suspiró.
—Sin duda usted sabe cómo estamos organizados. ¿Cree que yo puedo oprimir las teclas de una maldita computadora y copiar nuestra nómina? Ni siquiera nosotros mismos sabemos con seguridad quiénes son. Algunos hombres simplemente se separan. Muchos vienen al sur y desaparecen, nos tienen más miedo a nosotros que a ustedes... y con razón —agregó Murphy—. Ese que quedó vivo y en poder de ustedes: Sean Miller... hasta ahora nosotros ni siquiera lo habíamos oído nombrar.
—¿Y Kevin O'Donnell?
—Sí. Posiblemente él sea el líder. Como usted bien sabe, desapareció de la faz de la tierra hace cuatro años, depués de... este... usted conoce la historia tan bien como yo.
Kevin Joseph O'Donnell, recordó Ashley. En la actualidad debía de tener treinta y cuatro años, Uno ochenta de estatura, ochenta kilos de peso, soltero; esos datos eran viejos y, por lo tanto, sospechosos. Kevin había sido el jefe de seguridad más despiadado que los provos tuvieron jamás, y fue expulsado después de que comprobaron que había usado su poder de jefe de la contrainteligencia para purgar a la organización de elementos políticos que no merecían su aprobación.
¿Cuál fue la cifra? Diez o quince sólidos integrantes del movimiento a quienes mató o invalidó hasta que fue desenmascarado. Lo sorprendente, pensó Ashley, es que haya conseguido salir con vida de ese asunto. Pero Murphy se equivocaba en una cosa, Ashley ignoraba cómo sabía la Brigada que O'Donnell había quedado fuera de la ley.
— No comprendo por qué sienten la necesidad de protegerlos, a él y a su grupo. — Conocía los motivos, ¿pero por qué no indagar, ya que se le presentaba la oportunidad?
—¿Y si nosotros "cantáramos" que pasaría con la organización? —preguntó Murphy.
— Ese no es problema mío, señor Murphy, aunque comprendo su punto de vista. Pero a pesar de todo, si usted quiere que le creamos...
— Señor Ashley, usted conoce la base de nuestro problema, ¿no es cierto? Si su país alguna vez hubiera tratado con Irlanda de mutua buena fe, sin duda no estaríamos donde estamos ahora, ¿no?

El oficial de inteligencia reflexionó sobre lo que se le acababa de decir. Había examinado tantas veces la bases históricas del problema que en ese momento no le tomó más que un par de segundos. Algunos deliberados actos políticos, unidos a accidentes históricos... Quién hubiera dicho que el principio de la crisis que desencadenó la Primera Guerra Mundial impediría la solución del asunto del Home Rule, que el Partido Conservador de esa época utilizaría el tema como un martillo con el que eventualmente destrozaría al Partido Liberal? ¿Y a quién iban a culpar ahora? Estaban todos muertos y olvidados, salvo por unos cuantos académicos que sabían que sus estudios no interesaban. Ya era demasiado tarde para eso. ¿Existirá un camino para salir de este maldito pantano? se preguntó. Ashley meneó la cabeza. Eso no era asunto suyo. Que de ello se ocuparan los políticos. El mismo tipo de gente, se recordó, que había creado el problema, paso a paso.
—Pero le diré una cosa, señor Ashley... —En ese momento se les acercó el mozo con la comida. En ese lugar el servicio era sorprendentemente rápido. El mozo descorchó el vino con un floreo, permitiendo que Ashley oliera el corcho y paladeara una pequeña porción de vino. El inglés se sorprendió ante la calidad de la bodega del restaurante.
—Me iba a decir algo... —recordó Ashley cuando el mozo se alejó.
—Reciben muy buena información. Tan buena que usted se resistiría a creerlo. Y esa información les llega desde su lado del Mar de Irlanda, señor Ashley. No sabemos quién se la proporciona, ni cómo. Verá: el muchacho que lo descubrió murió hace cuatro años. —Murphy probó los brócolis—. ¡Bueno! Ya le dije que aquí las verduras siempre son frescas.
— ¿Cuatro años?
Murphy levantó la mirada.
—¿Quiere decir que usted no conoce la historia? Eso me sorprende, señor Ashley. Sí. Se llamaba Mickey Baird. Trabajaba muy cerca de Kevin. Un día, mientras tomábamos una cerveza en Derry, Mickey me comentó que Kevin tenía una nueva fuente de inteligencia fabulosamente buena. Al día siguiente estaba muerto. Y al otro, Kevin consiguió evadimos por una hora apenas. Desde entonces no lo hemos vuelto a ver. Si llegáramos a encontrar a Kevin, señor Ashley, nos encargaremos de realizar el trabajo por usted y dejaremos el cuerpo para que lo recojan sus asesinos del SAS. ¿Le parece justo? No podemos facilitarle información al enemigo, pero él también está en nuestra lista y si usted consigue dar con el muchacho y no quiere encargarse de él personalmente,, nosotros nos haremos cargo del asunto en su nombre... siempre que, por supuesto, no interfiera con los qué hagan el trabajo. ¿Estamos de acuerdo en eso?
—Pasaré su propuesta a quien corresponda —contestó Ashley—, pero si pudiera aprobarla personalmente, le aseguro que lo haría. Creo que a ese respecto podemos confiar en usted, señor Murphy.
—Gracias, señor Ashley. Esto no fue tan desagradable, ¿verdad? —La comida había sido excelente.

4 Jugadores

Cuando los equipos de televisión encendieron los reflectores Ryan parpadeó para tratar de borrar los puntitos azules que le bailoteaban delante de los ojos. No se explicaba por qué los fotógrafos de los diarios no podían esperar que se encendieran las poderosas luces de la televisión y ni siquiera se molestó en averiguarlo. Todo el mundo tuvo la amabilidad de preguntarle cómo se sentía, pero sólo un paro cardíaco habría logrado sacarlos de la habitación.
Pudo haber sido peor, por supuesto. El doctor Scott había advertido enérgicamente a los periodistas que su paciente necesitaba descansar, y la enfermera Kittiwake estaba presente para observar, ceñuda, a los intrusos. Así que el acceso de la prensa sólo se limitó a la gente

que cabía en la habitación. Y esto incluía a los equipos de televisión. Fue lo mejor que Jack pudo lograr. Los camarógrafos y técnicos de sonido ocupaban mucho espacio que, en caso contrario, hubiese sido aprovechado por más reporteros inquisidores.

Los diarios de la mañana (de los que Jack leyó el Times y el Daily Telegraph) aseguraban que Ryan era un ex (o actual) empleado de la CIA, cosa que técnicamente no era cierta, y que, en todo caso, Jack no esperaba que se hiciera pública. Empezó a pensar en lo que la gente de Langley decía acerca de las filtraciones de información, y de lo satisfechos que se mostraron cuando él inventó la Trampa para Canarios. Qué pena que no la hayan podido usar en mi caso, se dijo con amargura. Realmente me hacía falta esta complicación en la vida, ¿verdad? Y todo por haber hablado. Y rechacé la oferta que me hicieron. 0 más o menos.

—Aquí está todo listo —anunció el iluminador. Un momento después demostró que era cierto al encender los fuertes reflectores que llenaron de lágrimas los ojos entrecerrados de Jack.

—Son muy fuertes, ¿verdad? —dijo un reportero comprensivo, mientras los fotógrafos continuaban haciendo tomas con sus Nikons.

—¡Ya lo creo! —contestó Jack. Le habían prendido un micrófono de dos cabezas a la bata de cama.

—Diga algo por favor —pidió el sonidista.

—¿Está disfrutando de su primera visita a Londres, doctor Ryan?

—Bueno no se quejen si los turistas norteamericanos no vienen por temor al problema del terrorismo —contestó Ryan con una sonrisa.

—¡Tiene razón! —el periodista lanzó una carcajada—. ¿Todo listo?

El camarógrafo y el sonidista declararon que estaban preparados.

Ryan bebió su té y se aseguró de que el cenicero estuviera fuera de cámara. Uno de los periodistas compartió una broma con un colega. Se encontraba presente un corresponsal de televisión de la NBC, junto con el corresponsal en Londres del Washington Post, pero todos los demás eran británicos. Habían llegado a un acuerdo y compartirían la conferencia de prensa con el resto de los medios. En ese cuarto no había lugar para llevar a cabo una conferencia de prensa como la gente. La cámara empezó a grabar. Comenzaron haciéndole las preguntas habituales. La cámara se detuvo en el brazo enyesado de Ryan que colgaba del perchero. El estaba convencido de que esa toma aparecería en cámara con su voz en off, narrando el momento en que fue herido. Como ya le habían señalado, nada mejor que un poquito de dramatismo. Movió los dedos de la mano para que los tomara la cámara.

—Doctor Ryan, tanto la prensa norteamericana como la británica publican la noticia de que usted trabaja para la CIA.

—Sí, lo leí esta mañana. Y me sorprendió —Ryan sonrió. —Alguien debe de haber cometido un error. No soy lo suficientemente buen mozo como para ser espía.

—¿Así que niega la veracidad de ese informe? —preguntó el Daily Mirror.

—Correcto. No es cierto. Enseño historia en la Academia Naval de Annapolis. Eso debería resultarles fácil de constatar. Justamente tomé exámenes la semana pasada. Pueden preguntarles a mis alumnos. —Jack volvió a mover la mano izquierda en beneficio de la cámara.

—El informe fue suministrado por una fuente importante y difícil de cuestionar —dijo el periodista del Post.

—Si lee un poco de historia comprobará que la gente que ocupa cargos importantes también comete errores. Creo que eso es lo que ha sucedido en este caso. Enseño. Escribo libros. Pronuncio conferencias... está bien, en una oportunidad diserté en la CIA, pero no fue más que la repetición de una conferencia que había pronunciado en la Escuela de la Marina de Guerra y en otro simposio. Ni siquiera se consideró material clasificado. Tal vez de allí surja ese informe. Les aconsejo que lo verifiquen. Tengo mi oficina en Leahy Hall, en la Academia Naval. Creo que alguien ha metido la pata.

—Sin duda, alguien ha metido la pata.

—Si quieren les puedo conseguir una copia de la conferencia. No fue gran cosa.

Librodot

—¿Y en la actualidad, le gusta haberse convertido en una figura pública? —preguntó uno de los periodistas de la televisión británica.
Gracias por haber cambiado de tema.
—Creo que podría sobrevivir sin serlo. Además, tampoco soy actor de cine... repito, no soy bastante buen mozo para eso.
— Usted es demasiado modesto, doctor Ryan —opinó una reportera.
—Le pido que tenga cuidado en la forma en que dice eso. Es probable que mi mujer vea este programa. —Hubo risas generales.
—Supongo que ella debe considerarme bastante buen mozo. Con eso me basta. Y con el debido respeto, señoras y señores, me alegraré mucho de poder volver al anonimato.
—¿Le parece que eso es probable?
— Depende de la suerte que tenga, señora. Y de que ustedes me lo permitan.
— ¿Qué cree que debemos hacer con Sean Miller, el terrorista? —preguntó el Times.
—Eso deben decidirlo el juez y el jurado. Para eso no me necesitan a mí.
— ¿Es partidario de la pena de muerte?
—En mi país la tenemos. En cuanto al de ustedes, es una pregunta que deben hacerles a sus representantes electos. Ustedes y nosotros vivimos en democracia, ¿no es cierto? Se supone que la gente a quien uno elige lleva a cabo lo que los votantes le piden que haga. —Aunque no siempre sea así, esa es la teoría...
— ¿Pero usted apoya esa idea? —insistió el Times.
—En los casos apropiados, y sujeto a estricta supervisión judicial, sí. Y ahora supongo que me preguntarán qué opino en este caso, ¿no es cierto? Es un tema para debatir. De todos modos, no soy experto en jurisprudencia criminal. Mi padre fue policía, pero yo soy un simple historiador.
— Y como norteamericano de ascendencia irlandesa, ¿qué opina sobre el problema que se nos ha planteado?
— En Norteamérica tenemos suficientes problemas propios como para pedir prestados los de ustedes.
—¿Así que entonces usted cree que debemos resolver esos problemas?
— ¿Y usted qué piensa? ¿Los problemas no existen para ser resueltos?
—Pero sin duda tiene alguna sugerencia. Casi todos los norteamericanos las tienen.
— Creo que mi misión consiste en enseñar historia. Que sean otros los que la hagan. Es lo mismo que ser periodista —sintetizó Ryan sonriendo—. Yo critico a la gente mucho después de que ha tomado sus decisiones. Eso no significa que sepa qué es lo que hay que hacer hoy.
— Pero el martes supo lo que tenía que hacer —señaló el Times. Ryan se encogió de hombros.
— Sí, creo que lo supe —declaró Ryan desde la pantalla de televisión.
— ¡Cretino inteligente! —murmuró Kevin Joseph O'Donnell, como si le hablara a su vaso de cerveza negra Guinness. Su base de operaciones se encontraba mucho más lejos de la frontera de lo que la gente sospechaba. Irlanda es un país pequeño y las distancias son relativas... especialmente para aquellos que cuentan con todos los medios necesarios. Sus ex colegas del PIRA tenían diversos aguantaderos a lo largo de la frontera, convenientes para pasar de una zona de Irlanda a la otra, en ambas direcciones. Pero no era el caso de O'Donnell. Por numerosos motivos prácticos. Cerca de la frontera los británicos tenían a sus informantes y a su gente de inteligencia que andaban siempre dando vueltas —y estaban los del SAS, que nunca se mostraban contrarios a un secuestro o a un silencioso asesinato de las personas que cometían el error de ser demasiado conocidas. Otra amenaza era el PIRA mismo que también vigilaba estrechamente la frontera. El rostro de O'Donnell, cambiado como estaba por una cirugía menor y por el pelo teñido, todavía podía ser reconocido por algún ex colega. Pero allí, no. Y de todos modos, llegar hasta la frontera en auto no era demasiado difícil en un país de apenas cuatrocientos cincuenta kilómetros de extensión.

Dejó de mirar el televisor y, por los ventanales observó la oscuridad del mar. Alcanzó a ver las luces de un ferry que iba llegando desde Le Havre. El paisaje era siempre espléndido. Hasta con visibilidad limitada debido a una tormenta en el mar, uno podía saborear la fuerza de la naturaleza en esas olas grises que batían contra los riscos rocosos. En ese momento, el aire claro y frío le proporcionaba un panorama del horizonte definido por las estrellas y él contemplaba otro barco mercante que navegaba hacia el este, rumbo a un puerto desconocido.
A O'Donnell le satisfacía saber que su imponente mansión perteneció en una época a un lord inglés. Y le satisfacía aún más haberla podido comprar por intermedio de testaferros; porque siempre se hacían pocas preguntas cuando en un negocio se encontraban involucrados una suma importante de dinero y un abogado conocido. Así era de vulnerable la sociedad...Todas las sociedades cuando uno contaba con los recursos necesarios... y con un sastre competente. Porque sus adversarios eran así de superficiales. ¡Tan faltos de perspicacia política! Uno debe saber quiénes son sus enemigos, se repetía O'Donnell no menos de diez veces por día. Sin embargo no era el caso de una "democracia" liberal. Sus enemigos eran gente de quien debía encargarse, a quien debía civilizar, convencer.
Tontos, autodestructivos, tontos ignorantes que se ganaban su propia destrucción.
Algún día todos ellos desaparecerían, como desaparecían esos barcos que se deslizaban por debajo del horizonte. O'Donnell estaba convencido de que la historia era una ciencia, un proceso inevitable.
Se volvió de nuevo para mirar fijo el fuego que ardía en la chimenea de piedra. En una época había cabezas de animales colgando sobre esa chimenea: tal vez las piezas de caza favoritas del lord. Y un par de pinturas al óleo. Pinturas de caballos. O'Donnell estaba convencido de eso; tenían que ser pinturas de caballos. Pensó que sin duda el individuo que había hecho edificar esa mansión heredó todo lo que poseía. Ninguna ideología podía incursionar como intrusa en su cabeza vacía e inútil. Sin duda se instalaba en un sillón muy parecido al suyo para beber su whisky de malta y mirar fijo el fuego —con el perro favorito a sus pies— mientras comentaba la caza de ese día con un vecino y planeaba la partida que realizarían al día siguiente. ¿Volveremos a cazar pájaros, aves o zorros, Bertie? Hace semanas que no cazamos un zorro como la gente, es hora de que volvamos a intentarlo, ¿no crees? 0 algo por el estilo. Estaba seguro. O'Donnell se preguntó si la temporada tendría algo que ver con la caza o si el noble haría exactamente lo que le diera la gana. ¿Qué sentido tenía matar algo que no podía dañarlo a uno ni a la causa en la que uno creía, matar algo que carecía de ideología? Además, eso era lo que hacían los ingleses, y a veces todavía los irlandeses ricos. El no cazaba a los irlandeses poderosos, que ni siquiera merecían su desprecio y mucho menos que se tomara la molestia de entrar en acción. Por lo menos no los cazaba todavía. Uno no odia a los árboles, se dijo. Uno los ignora hasta que se ve obligado a cortarlos.
Volvió a mirar el televisor. Ese tipo Ryan todavía seguía en pantalla, conversando amigablemente con los idiotas de la prensa. ¡Maldito héroe! ¿Por qué metiste la nariz donde no debías? Posiblemente haya sido un movimiento reflejo, un impulso, pensó O'Donnell. ¡Maldito entrometido! Ni siquiera sabes de qué se trata, ¿verdad? Ninguno de ustedes lo sabe.
Norteamericanos. A los imbéciles del Provo todavía les gusta conversar con tipos como ustedes, para contarles sus mentiras y simular que ellos representan a Irlanda. Y ustedes, yanquis, ¿qué saben acerca de nada? ¡Oh, pero no podemos darnos el lujo de ofender a los norteamericanos! decían los Provos todavía. Malditos norteamericanos con todo su dinero y su arrogancia, con todas sus ideas acerca del bien y del mal, su visión infantil del destino de Irlanda. Como los chicos vestidos para recibir la Primera Comunión. Tan puros. Tan cándidos. Tan inútiles con su flujo de dinero: por más que los ingleses se quejaran de NORAID, O'Donnell sabía que durante los últimos tres años el PIRA no había recaudado ni un millón de dólares en los Estados Unidos. Lo único que los norteamericanos sabían sobre Irlanda era lo que habían visto en unas cuantas películas, algunas canciones recordadas a medias que se entonaban el día de St. Paddy, y la ocasional botella de whisky. ¿Qué sabían sobre la vida en el Ulster, sobre la opresión imperialista, sobre la manera en que la totalidad

de Irlanda seguía siendo esclava del decadente imperio británico, que era, a su vez, esclavo del norteamericano? ¿Qué sabían acerca de nada? ¡Pero no podemos ofender a los norteamericanos! El líder del ULA terminó su cerveza y depositó el vaso sobre la mesa.
La Causa no requería demasiado. En realidad, no. Una ideología clara y objetiva. Unos cuantos hombres capaces. Amigos; los amigos indicados con acceso a las fuentes necesarias. Y eso era todo. ¿Por qué confundirlo todo involucrando a los malditos norteamericanos? ¡Y un ala política pública! El Sinn Fein, que elegía gente para el Parlamento. ¡Qué imbecilidad! Ellos estaban esperando, deseando ser copados por los imperialistas británicos. Declaraban prohibidas las metas políticas valiosas. Y la gente se preguntaba por qué los provos no llegaban a ninguna parte. Su ideología estaba en bancarrota y había demasiada gente en sus brigadas. Cuando los británicos apresaban a algunos, varios de ellos infaliblemente se aterrorizaban y les proporcionaban informes sobre sus camaradas. La clase de compromiso que necesariamente había que asumir para ese tipo de trabajo, exigía que fuesen pocos y que conformaran una elite. Y eso era algo que O'Donnell tenía, sin duda alguna. Y uno tiene que trazar un plan coherente, pensó con una sonrisa. O'Donnell tenía su plan. Y se recordó que eso era algo que ese tipo Ryan no había modificado.
—El cretino está muy satisfecho consigo mismo, ¿no?
Al volverse, O'Donnell comprobó que le ofrecían otra botella de Guirmess. La aceptó y volvió a llenar su vaso.
—Sean debió haberse cuidado las espaldas. En ese caso ese maldito héroe sería un cadáver.
—Y la misión hubiese sido un éxito. ¡Carajo!
—Todavía estamos a tiempo de hacer algo con respecto a eso, señor.
O'Donnell meneó la cabeza.
—No vamos a malgastar nuestras energías en un ser tan insignificante. Hace diez años que los provos están haciendo eso, y mira adónde los ha llevado.
—¿Y si forma parte de la CIA? Si hemos sido infiltrados y él estaba allí...
—¡No seas imbécil! —retrucó O'Donnell—. Si les hubiesen pasado el dato, todos los policías de Londres habrían estado allí esperándonos, vestidos de civil.
—Y se abstuvo de decir: Y yo lo habría sabido de antemano. Sólo uno de los integrantes de la organización conocía su fuente de informaciones, y se encontraba en Londres. —Ha sido una cuestión de suerte: buena suerte para ellos, mala para nosotros. Pero simplemente suerte. En tu caso tuvimos suerte, ¿no es cierto, Michael?
—Como todos los irlandeses, todavía creía en la suerte. Ninguna ideología modificaría eso jamás.
El hombre más joven pensó en los dieciocho meses que había pasado en la cárcel de Long Kesh, y permaneció en silencio. O'Donnell se encogió de hombros ante el televisor cuando el noticiero pasó a otro tema. Suerte. Eso fue todo. Un yanqui de nariz demasiado larga que tuvo un exceso de suerte. Cualquier acontecimiento fortuito, como una goma pinchada, una radio defectuosa, o una tormenta repentina también podrían haber hecho fracasar el operativo. Y la ventaja que le llevaba al otro bando era que ellos debían tener suerte todo el tiempo. En cambio O'Donnell sólo debía contar una vez con la suerte. Consideró lo que acababa de ver por televisión y decidió que Ryan no valía la pena.
No debemos ofender a los norteamericanos, pensó de nuevo, esta vez con sorpresa. ¿Por qué? ¿No son también nuestros enemigos? Patrick, muchacho, en este momento estás pensando como esos idiotas del PIRA. La paciencia es la virtud más importante de un verdadero revolucionario. Hay que esperar el momento
indicado.... y después dar el golpe con decisión.
Decidió que esperaría hasta recibir su nuevo informe de inteligencia.

La librería de ejemplares raros se encontraba en la Arcada Burlington una calle antiquísima de tiendas a poca distancia de la parte más elegante de Piccadilly. Estaba ubicada entre una de las

sastrerías más conocidas y una joyería. En ella reinaba ese olor que atrae a los bibliófilos como el aroma del néctar atrae a las abejas, el olor a musgo y a polvo que adquieren el papel reseco y el cuero de las encuadernaciones. A pesar de tener los hombros del traje siempre llenos de polvo, la juventud del dueño de la tienda contrastaba con ese ambiente. Todas las mañanas el librero iniciaba su día pasando un plumero por las estanterías pero los libros jamás dejaban de despedir polvo en cantidades considerables, cosa que a él había llegado a gustarle. Lo mismo que le encantaba el ambiente de la librería. Realizaba un volumen pequeño pero lucrativo de negocios, y dependía menos de las compras de los turistas que de las de un reducido número de clientes habituales, personas de gran poder adquisitivo de la sociedad londinense. El señor Dennis Cooley viajaba mucho, y frecuentemente se ausentaba prácticamente sin aviso previo, para participar del remate de la biblioteca de algún caballero fallecido, en cuyo caso dejaba la librería al cuidado de una joven que habría sido bastante bonita de haberse esmerado un poco más en su aspecto. Ese día Beatrix no se encontraba allí.
El señor Cooley tenía un antiguo escritorio de teca que hacía juego con el resto de los muebles de la tienda, y hasta se instalaba en una silla giratoria sin almohadón como para demostrarles a los clientes que en ese ambiente lo moderno no existía. Hasta las cuentas se llevaban a mano. Allí, nada de calculadoras electrónicas. En un libro de contabilidad que se retrotraía a 1930 constaba una lista de millares de ventas, y los libros estaban catalogados en simples fichas colocadas en cajas de madera. Allí todo se escribía con una lapicera fuente de pluma de oro. Un cartel que recordaba la prohibición de fumar constituía el único detalle moderno. El olor del tabaco podía arruinar el aroma único de esa tienda. La papelería exhibía la frase "proveedores de..." y los escudos de cuatro integrantes de la familia real. La Arcada quedaba a diez minutos de caminata a Buckingham Palace. La puerta de vidrio estaba equipada con una campanilla de plata de cien años de antigüedad. Sonó.
—Buenos días, señor Cooley.
— Buenos días tenga usted —contestó Dennis a uno de sus clientes habituales, mientras se ponía de pie. Su acento era tan neutro, que sus clientes lo identificaban como oriundo de tres regiones diferentes. Tengo la primera edición de Defoe. Esa que usted me encargó por teléfono a principios de semana. Recién llegó ayer.
—¿Pertenece a la colección de Cork de la que usted me habló?
— No, señor. Tengo entendido que originalmente perteneció a la colección de Sir John Claggett, cerca de Swaffham Prior. La conseguí en Hawseatd, Cambridge.
¿Una primera edición?
—Decididamente sí, señor. —El librero no mostraba reacciones notables. El intercambio de frases en código era a la vez constante y cambiante. Cooley realizaba frecuentes viajes a Irlanda, tanto del norte como del sur, para adquirir libros en las mansiones de coleccionistas fallecidos o a comerciantes de la campiña. Cuando el cliente mencionaba cualquier condado de la República de Irlanda, estaba indicando el destino de su información. Cuando cuestionaba la edición del libro, también indicaba que era importante. Cooley retiró el libro de la estantería y lo colocó sobre el escritorio. El cliente lo abrió con cuidado y pasó los dedos por la página donde figuraba el título de la obra.
—En esta época de tapas blandas y de libros mal encuadernados...
—Es cierto —asintió Cooley. El amor que ambos experimentaban por los libros era auténtico.
—El cuero está notablemente bien conservado.
—El visitante gruñó en señal de aprobación.
—Lo quiero. ¿Cuánto?
El comerciante no respondió. En cambio, sacó una ficha del fichero y se la entregó a su cliente. Este sólo le dirigió una mirada superficial.
¡Hecho! —El cliente tomó asiento en la única silla del negocio y abrió su portafolio. —Tengo otro trabajo para usted. Este es un ejemplar muy antiguo de El Vicario de Wakefield. Lo encontré el mes pasado en una pequeña librería de Cornwall.

—Entregó el libro. Cooley sólo necesitó una mirada para verificar en qué condiciones se encontraba.
—¡Qué escándalo!
—¿Su restaurador podrá arreglarlo?
—No sé. —El cuero estaba cuarteado, algunas páginas se encontraban roídas, y la encuadernación estaba deshecha.
—Me temo que lo encontraron en un altillo que tenía goteras en el techo —dijo el cliente con tono intrascendente.
—¿Ah. , sí?
—¿Es tan importante la información? Cooley levantó la vista.
—Un trágico desperdicio.
—¿De qué otra manera se puede explicar? —El hombre se encogió de hombros
—Veré lo que puedo hacer. Mi restaurador no hace milagros, ¿sabe? ¿Es tan importante?
Comprendo. . Pero que haga todo lo posible.
—Sí, es importantísima. —Por supuesto, señor.
—Cooley abrió un cajón del escritorio y sacó la caja del dinero
Ese cliente siempre pagaba en efectivo. Por supuesto. Sacó la billetera del bolsillo y contó los billetes de cincuenta libras. Cooley verificó la cifra y después colocó el libro en una caja de cartón que ató con un hilo. En su librería, nada de bolsitas de plástico. Comprador y vendedor se estrecharon las manos. La operación había llegado a su término. El cliente se encaminó hacia el sur, rumbo a Picadilly, después dobló a la derecha en dirección a Green Park y de allí enfiló al Palacio.
Cooley sacó el sobre que estaba escondido en el libro y lo metió en un cajón. Anotó la transacción y después llamó a su agente de viajes para que le reservara un pasaje en el vuelo a Cork, donde se encontraría con un colega, también como él comerciante en ediciones raras, y con quien almorzaría en el Old Bridge antes de tomar el vuelo de regreso. Al día siguiente Beatrix tendría que encargarse de la atención de la tienda. Ni siquiera le pasó por la cabeza la idea de abrir el sobre. Ese no era asunto suyo. Cuanto menos supiera, menos vulnerable sería si lo llegaban a apresar. Cooley había sido entrenado por profesionales y la primera regla que le metieron en la cabeza fue que debía saber hacerlo. El se encargaba de las operaciones de inteligencia y necesitaba saber hacerlo. Pero no siempre tenía que enterarse de las informaciones específicas que llegaban a sus manos.

¡Hola, doctor Ryan! —Era una voz norteamericana, con acento de South Bay Boston que Jack recordaba de sus épocas de universidad. Le gustó oírla. Se trataba de un hombre de alrededor de cuarenta años, de cuerpo atlético, pelo negro y una calvicie incipiente. Debajo del brazo llevaba una caja de flores. Fuera quien fuese, el policía de guardia le había abierto la puerta.
—¡Hola! ¿Y usted quién es?
—Dan Murray. Soy el agregado legal de la embajada. FBI —explicó—. Perdón por no haber venido antes, pero este asunto me ha tenido bastante ocupado.
—Murray le mostró su documento de identidad al policía sentado junto a la cama de Ryan; ese era el día franco de Tony Wilson. El policía se excusó y salió. Murray ocupó su lugar.
—Tiene buena cara.
—Podría haber dejado las flores en la recepción —Ryan hizo un gesto indicando la habitación. A pesar de sus esfuerzos por repartir las flores, apenas se veían las paredes debido a la cantidad de rosas.
—Sí, lo supuse. ¿Qué tal es la comida?
—Y bueno... la comida de hospital siempre es comida de hospital. —También me imaginé eso.
—Murray quitó la cinta roja y abrió la caja—. ¿No lo tienta un buen bife con papas fritas? Además puede elegir entre un licuado de vainilla o de chocolate.

Jack sonrió y aferró la caja con ansias.
Hace tres años que estoy aquí —explicó Murray—. Cada tanto tengo que meterme en uno de esos restaurantes de comidas rápidas para recordar de dónde vengo. Uno se cansa de comer cordero. Aunque la cerveza es bastante buena. Yo le habría traído unas cuántas latas pero... bueno, usted sabe.
Aun sin la cerveza, acaba de ganarse un amigo para toda la vida, señor Murray.
Dan.
—Jack Ryan se sintió tentado de devorar la comida por miedo de que entrara una enfermera y tuviera un ataque institucional. No, decidió, Voy a disfrutar de esto. Eligió el licuado de vainilla. Los tipos de la policía local me dijeron que usted batió todos los records de rapidez para identificarme.
No fue gran cosa —Murray metió una pajita dentro del licuado de chocolate—. A propósito; le traigo saludos del embajador. Quería venir, pero esta noche tiene una fiesta muy importante. Y mis compañeros también le mandan saludos.
—¿Quiénes son sus compañeros?
—Esa gente para la que usted nunca trabajó.
Y el agente del f FBI alzó las cejas.
!Ah! —Jack tragó unas cuántas papas fritas—. ¿De dónde mierda sacaron esa historia?
—De Washington. Un reportero almorzaba con el asistente de alguien... realmente no interesa quién, ¿no? Todos hablan demasiado. Evidentemente recordó que su nombre figuraba en la parte de atrás del informe final y no supo mantener la boca cerrada. Langley le manda pedir disculpas por mi intermedio. Vi el programa de televisión. Esquivó bastante bien las preguntas.
—Dije... más o menos la verdad. Recibí todos los cheques a través de la Corporación Mitre, Mitre es la firma consultora contratada para llevarles los libros.
Pero entiendo que usted trabajaba directamente en Langley.
Sí, en un pequeño cubículo del tercer piso con un escritorio, una terminal de computación y un block de papel. ¿Alguna vez ha estado allí? Murray sonrió.
Un par de veces. Yo también estoy en el asunto del terrorismo. El Bureau tenía un decorado muchísimo más agradable. Es una gran cosa que tengan departamento de Relaciones Públicas, ¿sabe?
Murray empezó a hablar con un acento londinense caricaturesco y afectado. —Vi una copia del informe. Buen trabajo. ¿Lo hizo todo usted?
Casi todo. Pero no me costó demasiado. Simplemente pude ver las cosas desde un ángulo distinto.
—Se lo pasaron a los Brit... quiero decir que llegó aquí hace dos meses, dirigido al Servicio Secreto de Inteligencia. Entiendo que les gustó.
Así que la policía lo sabe.
No estoy seguro. Bueno, puede asumir que ahora ya estarán enterados. Owens recibe todos los informes que se refieren a este tema.
Ashley también.
—Ese tipo parece un poco pedante, pero es muy inteligente. Es un "Cinco".
—¿Qué? —Eso era algo que Ryan ignoraba.
—Quiere decir que pertenece al MI5, el Servicio de Seguridad. Nosotros lo llamamos simplemente "cinco". Así parece que tuviésemos más intimidad con ellos
—Murray lanzó una risita.
—Me imaginé que sería algo por el estilo. En cambio los otros dos deben de haber empezado la carrera como agentes comunes. Se les nota.
—A la gente le pareció bastante curioso: el tipo que escribió Agentes y Agencias de repente se encuentra envuelto en un operativo terrorista. Por eso vino Ashley.
—Murray meneó la cabeza. —A usted le parecería increíble la cantidad de coincidencias que se presentan en mi trabajo. Como en el caso de usted y yo.

—Yo sé que usted procede de Nueva Inglaterra. Ah, no me lo diga... ¿Universidad de Boston?
—Oiga, siempre quise ser agente del FBI. Era la Universidad de Boston o la Santa Cruz, ¿de acuerdo? —Murray sonrió. Esa broma de entrecasa del FBI se remontaba a dos generaciones anteriores, y no carecía de un fondo de verdad. Ryan se reclinó contra las almohadas y bebió el licuado por intermedio de la pajita. Estaba delicioso.
—¿Y qué sabemos de esos tipos del ULA? —preguntó Jack. En Langley nunca vi mucho sobre el asunto.
—No sabemos demasiado. El jefe es un tipo llamado Kevin O'Donnell. Antes militaba en el PIRA. Empezó arrojando piedras en la calle y supuestamente fue ascendiendo hasta que llegó a ser jefe del servicio de contrainteligencia. Los provos son muy hábiles para eso. Tienen que serlo. Los británicos constantemente tratan de infiltrarse en la organización. Se comenta que a O'Donnell se le fue la mano al hacer una limpieza en las filas y logró huir a duras penas antes de que le dieran Excedrin. Simplemente desapareció y desde entonces no se lo ha vuelto a ver. Existen algunos informes muy someros, como que quizás haya pasado algún tiempo en Libia, que tal vez haya regresado a Ulster con un nuevo rostro, que quizá tenga mucho dinero —¿a qué no adivina de dónde lo sacó?—, y que lo anda desparramando por allí. Lo único que sabemos con toda seguridad es que es un maligno hijo de puta.
"En cuanto a la organización —Murray depositó su licuado sobre una mesita—. Tiene que ser pequeña, probablemente de menos de treinta tipos. Creemos que intervino en la huida de Long Kesh del verano pasado. En esa oportunidad huyeron once provos muy duros. Los once se encaminaron hacia el sur, probablemente rumbo al aguantadero de O'Donnell. Cosa que lo fastidió bastante. Se suponía que volverían al redil del PIRA, pero alguien los convenció de que intentaran algo distinto. Eran tipos particularmente peligrosos; entre todos habían cometido quince asesinatos. El que usted mató fue el único que volvió a aparecer desde entonces.
¿Tan hábiles son? —preguntó Ryan.
—Bueno, los del PIRA son los mejores terroristas del mundo, aparte de los libaneses, que prácticamente pertenecen a grupos familiares. Es una forma endiablada de describirlos, ¿verdad? Pero son los mejores. Bien organizados, bien entrenados, y tienen fe. Realmente les interesa lo que hacen. El nivel de compromiso que esos individuos tienen con la Causa es algo que hay que ver para creer.
—¿Usted se ha ocupado del asunto?
—Un poco. He podido presenciar interrogatorios, es decir desde el otro lado de un espejo bidireccional. Uno de esos tipos se negó a hablar durante una semana... ¡ni siquiera dijo quién era! Simplemente se quedaba ahí sentado como una esfinge. Bueno, yo he perseguido ladrones de Bancos, secuestradores, alborotadores, espías, lo que usted quiera. Pero estos individuos son verdaderos profesionales... y solamente hablo del PIRA, que tal vez apenas llegue a tener quinientos integrantes; ni siquiera es tan numerosa como la familia de la mafia de Nueva York. Y el RUC —el Cuerpo de Policía de Irlanda del Norte— tiene suerte cuando consigue condenar a un puñado por año. Allí tienen una ley de omertá que impresionaría a los sicilianos de antes. Pero por lo menos los policías tienen la manija en el sentido de que saben quiénes son esos cretinos. En cambio en el caso del ULA sólo tenemos un par de nombres, algunas fotografías y pare de contar. Es casi como el caso de esos cretinos de los jihad islámicos. Uno sólo los reconoce por sus actos.
—¿Y a qué se dedican? —preguntó Ryan.
—Por lo visto se especializan en operativos de alto riesgo y de gran trascendencia. Nos tomó más de un año confirmar que realmente existen; creímos que era un grupo de acción especial del PIRA. Constituyen una anomalía dentro de la comunidad del terrorismo. No hacen comunicados de prensa, no se adjudican el crédito de sus actos. Les interesan los asuntos de mucha importancia y es increíble el modo en que cubren sus rastros. Hay que contar con medios para poder hacer eso. Alguien los debe de estar subvencionando a lo grande. Los hemos identificado en nueve trabajos, que estamos seguros que realizaron, y tal vez dos más.

Sólo han fracasado en dos operativos, lo cual es todo un récord. No pudieron matar a un juez de Londonderry por una imbecilidad de la policía. En febrero pasado intentaron atacar unas barracas policiales. Alguien los vio en plenos preparativos y llamó por teléfono a la comisaría... pero esos cretinos deben de haber estado escuchando la radio policial. Huyeron antes de que llegara la caballería. Al llegar, la policía encontró un mortero de ochenta y dos milímetros y una caja de municiones: de alto poder explosivo y fósforo blanco, para ser exacto. Y en el último atentado se interpuso usted.

"Esos desgraciados se están poniendo muy atrevidos —siguió diciendo Murray—. Pero ahora tenemos uno en nuestro poder.

—¿Tenemos? —preguntó Ryan con curiosidad—. Nosotros no tenemos nada que ver en el asunto.

—Estamos hablando de terroristas, Jack. Todo el mundo los quiere apresar. Todos los días intercambiamos información con el Yard. De todos modos no hacen más que hablar con ese tipo que tienen encarcelado en este momento. Lo tienen en el anzuelo. El ULA es un grupo de parias. Y él se va a convertir en el mayor de los parias y lo sabe. Sus colegas INLA no le van a rendir pleitesía. Lo enviarán a una cárcel de máxima seguridad, probablemente a la de la isla de Wight, poblada de individuos realmente peligrosos. No todos son presos políticos y probablemente los ladrones y asesinos... bueno, es increíble lo patriotas que son esos tipos. En la cárcel los espías, por ejemplo, son tan perseguidos como los violadores de niños. Y este tipo atacó a la familia real, una de las únicas instituciones que aquí todo el mundo quiere. El fulano provocó problemas realmente serios. ¿Usted cree que los guardias se van a romper el alma por cuidarlo? Tendrá que aprender un deporte completamente nuevo para él. Se llama supervivencia. Después de que lo haya probado, la gente le volverá a hablar. Tarde o temprano ese muchacho tendrá que decidir hasta qué punto aguanta su compromiso con la causa. Es posible que ceda un poquito. No sería el primero. De todos modos, eso es lo que esperamos. Los maleantes tienen la iniciativa, pero nosotros tenemos organización y procedimientos. Y si ellos se equivocan y nos dan la oportunidad, sabemos utilizarlos.

Ryan asintió.

—Sí, en definitiva, es un asunto de inteligencia.

—Así es. Si no poseemos la información necesaria, vamos muertos. Lo único que podemos hacer es seguir andando a la espera de una oportunidad. Pero en cuanto tengamos un hecho concreto, haremos que todo el maldito mundo caiga sobre ellos. Es lo mismo que derribar una pared. Lo más duro es aflojar el primero de los ladrillos.

—¿Y ellos de dónde sacan la información?

—Ya me contaron que usted se interesó por ese punto —dijo Murray —Yo no creo que haya sido un encuentro accidental. Alguien tuvo que sonriendo.

darles el dato. Atacaron a un blanco en movimiento que realizaba un trayecto que no figuraba en su agenda.

—¿Y cómo diablos se enteró de eso? —preguntó Murray.

—Eso no tiene importancia, ¿verdad? La gente habla. ¿Quiénes estaban enterados de que los príncipes irían al Palacio?

—Es lo que están investigando. Lo interesante es el motivo que los llevaba al palacio, Por supuesto que puede ser una simple coincidencia. Lo mismo que la Reina, el príncipe recibe informes sobre asuntos de seguridad y de política nacional. Sucedió algo con la situación irlandesa, negociaciones entre Londres y Dublin. Su Alteza iba al palacio para que le informaran. Es lo único que le puedo decir.

Oiga, si usted me investigó, sabe que puede hablar con toda libertad dijo Ryan.

Murray sonrió.

—Excelente intento, muchacho. De no haberlo investigado, no le habría. dicho tanto como le dije. Sin embargo todavía no estamos seguros del asunto. Puede haber sido una simple coincidencia, pero usted tiene razón con respecto a la parte importante del asunto Era un trayecto que no figuraba en la agenda y alguien debió de pasar el dato para que tendieran la

emboscada. Es la única manera en que pudo haber sucedido. Quiero que considere que esto es información clasificada, doctor Ryan. Que no salga de este cuarto.
—Murray hablaba en tono afable, pero con mucha seriedad.
Jack asintió.
No hay problema. Además intentaban secuestrarlos, ¿no es verdad? El agente del FBI sonrió y meneó la cabeza.
—Me he encargado de alrededor de media docena de secuestros y he cerrado todos los casos con una condena. Sólo perdimos a un rehén: un chico a quién mataron el primer día. Los secuestradores fueron ejecutados. Y yo presencié la ejecución —declaró Murray con frialdad—. El secuestro es un delito de alto riesgo desde el principio al fin. Tienen que contar con un lugar específico para recibir el dinero... porque allí es donde por lo general se los apresa. A usted le resultaría increíble comprobar hasta qué punto podemos seguirle el rastro a la gente. En este caso —estamos hablando de rehenes importantísimos no habría transferencia de dinero, sino que el objetivo obvio hubiese sido la libertad pública de algunos presos "políticos". Las evidencias lo indican, pero estos individuos nunca han hecho algo así. Les habría complicado muchísimo el procedimiento de la huida, aunque estos tipos del ULA siempre han tenido muy bien planeadas sus vías de escape. Yo diría que usted tiene razón, pero la cosa no es tan clara como cree. Owens y Taylor no están completamente seguros, y nuestro amigo sigue sin hablar.
—Dice que nunca han publicado un comunicado. ¿Entonces podemos suponer que este sería el estreno del ULA en el mundo de las grandes acciones terroristas? Tratándose de su primer anuncio público, bien podían realizarlo con algo realmente espectacular —dijo Ryan, con aire pensativo.
—Es bastante probable —asintió Murray—. Decididamente los habría colocado sobre el tapete. Como le dije, tenemos muy pocos datos de inteligencia sobre esos tipos, y casi todos son versiones de segunda mano que nos llegan a través del PIRA; que es lo que nos llevó a creer que ellos formaban parte de esa organización. No sabemos con exactitud qué se proponen. Cada uno de los operativos que realizan tiene... ¿cómo se lo puedo decir? Parecen seguir un molde, un dibujo, pero nadie ha conseguido desentrañarlo. Es como si no tuviera ninguna relación con los resultados políticos del atentado, pero eso no tiene sentido... aunque no necesariamente tiene que tenerlo —gruñó el agente—. No es fácil tratar de psicoanalizar la mentalidad de los terroristas.
—Cree que es probable que me ataquen a mí o a mi...
Murray hizo un movimiento negativo con la cabeza.
—Me parece muy poco probable, y además usted está protegido por un gran despliegue de seguridad. ¿Sabe quien acompaña a todas partes a su esposa y su hijita?
—Un individuo del SAS... lo pregunté.
—El muchacho integra el equipo olímpico de tiro y me consta que ha tenido experiencia en acción, aunque nunca haya figurado en los diarios. El otro escolta de la policía también es universitario, y un patrullero los sigue a todas partes. La seguridad que le han adjudicado a usted también es bastante impresionante. Tienen particular interés en su seguridad, así que tranquilícese. Y una vez que llegue a los Estados Unidos, todo esto habrá quedado atrás. Ninguno de estos grupos ha operado jamás en Norteamérica. Les resultamos demasiado importantes. Para ellos NORAID significa más psicológica que financieramente. Cuando viajan a Boston, es como si regresaran al seno materno, y todas las cervezas que la gente les ofrece les proporciona la seguridad de que ellos son realmente los buenos de la historia. No, si empezaran a armar un infierno en nuestro lado del charco, creo que les resultaría muy gravoso convertirse en personas non gratas en Boston. Es realmente el único punto débil que tienen el PIRA y todo el resto, y por desgracia nosotros no lo podernos explotar demasiado bien. Hemos podido cortarles gran parte del suministro de armas, pero qué diablos, ahora las consiguen por intermedio del otro bando. O las fabrican ellos mismos. Como en el caso de los explosivos. Para fabricar una bomba respetable lo único que uno necesita es una bolsa de

fertilizante a base de amoníaco. Y uno no puede arrestar a un granjero por transportar fertilizantes en su camión, ¿verdad? No será tan sexy como una buena bomba de plástico, pero es mucho más fácil de obtener. En cuanto a las armas cortas y pesadas... cualquiera puede comprar AK47 y RPG, el mercado está inundado de ellas. No, dependen de nosotros por una cuestión de apoyo moral y hay bastante gente que se lo proporciona, aun dentro del Congreso. ¿Recuerda la lucha por el tratado de extradición? Es sorprendente. ¡Esos cretinos matan gente!

"Y se puede decir lo mismo de ambos bandos. —Murray hizo una pequeña pausa—. Los locos protestantes son igualmente perversos. Los provisionales matan a alguien del otro bando. Entonces la Fuerza de voluntarios del Ulster envía un auto a un barrio católico para que liquide al primero que se le cruce. En la actualidad, gran parte de los crímenes son puramente casuales. Tal vez una tercera parte de los muertos sea gente que caminaba por una calle equivocada. El proceso se alimenta de sí mismo y ya prácticamente no queda tierra de nadie. Con excepción de la policía., ya sé que el RUC antes ocupaba su lugar entre los malvados, pero ya han dejado de desempeñar ese papel. La ley tiene que regir para todo el mundo, pero eso, a veces, es demasiado fácil de olvidar, como en el caso de Mississippi durante la década de los años 60, y eso es esencialmente lo que sucedió en Irlanda del Norte. Sir Jack Hermon está tratando de convertir al RUC en una fuerza de policía profesional. Todavía queda mucha gente de las malas épocas, pero la tropa está empezando a entrar en vereda. Tienen que hacerlo. Los dos bandos matan policías. Al último le bombardearon la casa. —Murray meneó la cabeza. —!Es sorprendente! Yo estuve allí hace más o menos dos semanas. La moral es muy alta, sobre todo entre los nuevos reclutas. No sé cómo lo consiguen... bueno, sí, lo sé. Ellos también tienen su misión. La policía y los jueces tienen que restablecer la justicia y la gente debe comprobar que lo están haciendo. Ellos son la única esperanza que tiene ese país... ellos y unos pocos dirigentes religiosos. Tal vez algún día vuelva a imperar el sentido común, pero no creo que sea pronto. Va a llevar mucho tiempo. A veces me pregunto hasta qué punto habremos estado nosotros al borde de ese sectarismo. Es como una guerra de la mafia en la que todo el mundo puede intervenir.

—¿Y, juez? —El almirante James Greer apagó el televisor por medio del control remoto al ver que la red Cable News cambiaba de tema. El director de la Central de Inteligencia volcó la ceniza de su cigarro en el cenicero de cristal de roca.

— Ya sabemos que es un hombre inteligente, James, y por lo visto sabe manejarse con los periodistas, pero es impetuoso —definió el juez Arthur Moore.

— ¡Vamos Arthur! Es joven. Aquí yo necesito alguien con ideas frescas. ¿Me vas a decir que no te gustó su manera de narrar lo ocurrido? ¡La primera vez que le toca batear y sale con un tiro tan bueno!

El juez Moore sonrió detrás de su cigarro. Lloviznaba fuera de la oficina del director de la Agencia Central de Inteligencia en el séptimo piso. Las colinas del Valle del Potomac le impedían ver el río.

— ¿Lo investigaron?

—A fondo todavía no, pero te juego una botella de whisky a que saldrá airoso de la prueba.

— ¡No pienso apostar, James! —Moore ya había visto la foja de servicio de Jack en la Infantería de Marina. Además, Ryan no había ido a ofrecerse a la Agencia. Lo buscaron ellos y él rechazó la primera oferta. —Lo crees capaz de manejar el asunto, ¿eh?

—Realmente deberías conocer a ese muchacho, juez. En julio del año pasado, en cuanto estuvo quince minutos aquí, ya me di cuenta de lo que valía.

— ¿Te encargaste tú de esa filtración?

— ¿Yo? ¿Qué filtración? —El almirante Greer lanzó una risita. —Pero es agradable comprobar cómo se maneja, ¿no es cierto? Ni siquiera parpadeó cuando tuvo que afrontar el asunto. El muchacho guardó el secreto con mucha seriedad y —Greer tomó un télex que había

recibido de Londres— está haciendo preguntas muy inteligentes. Emil asegura que Murray estaba bastante impresionado. Me parece un crimen desperdiciarlo dando clases de historia.
— ¿Aun en tu alma mater?
Greer sonrió.
—Sí, eso duele un poquito. Quiero conseguirlo, Arthur. Quiero enseñarle. Quiero guiarlo. Es el tipo de persona que necesitamos.
—Pero él no lo cree.
—Ya se convencerá. —Greer se mostraba completamente seguro. —Está bien, James. ¿Y cómo harás el acercamiento?
—No hay ningún apuro. Primero quiero que se chequeen a fondo sus antecedentes y... ¿quién sabe? 'Tal vez sea quien recurra a nosotros.
—No creo — lo desilusionó el juez.
—Vendrá a pedirnos información sobre esa gente del ULA aseguró Greer.
El juez analizó esa posibilidad. Moore sabía que una de las virtudes de James Greer era su habilidad para estudiar las cosas y la gente como si fueran de cristal
—Eso parece lógico.
—!Por supuesto! Pasará un tiempo —el agregado legal dice que tendrá que quedarse allá para el juicio y todo eso— pero dos semanas después de su regreso estará en esta oficina, pidiendo que se le conceda la oportunidad de investigar la organización del ULA. Y si es así, pienso hacerle el ofrecimiento... siempre que estés de acuerdo. También quiero conversar con Emil Jacobs, del FBI, para comparar las informaciones de nuestros archivos sobre esos tipos del ULA.
—Muy bien.
Y abordaron otros temas.

5 Satisfacciones y conspiraciones

El día en que Ryan fue dado de alta fue el más feliz de su vida, por lo menos desde el nacimiento de Sally, cuatro años antes, Eran más de las seis de la tarde cuando por fin terminó de vestirse —cosa que el yeso convertía en un ejercicio sumamente dificultoso— y se desplomó en una silla de ruedas. Jack protestó contra esto, pero evidentemente era una regla inviolable, tanto en los hospitales británicos como en los norteamericanos: no se permitía que los pacientes salieran caminando, no fuera a ser que alguien creyera que esta
ban curados. Un policía de uniforme lo empujó del cuarto al vestíbulo; Ryan no miró hacia atrás.
En el vestíbulo se topó con una formación compuesta por prácticamente todos los empleados del piso, además de una serie de pacientes a quienes había conocido durante la última semana y media en sus paseos por los corredores para volver a aprender a caminar con el pesado yeso. Jack se puso colorado como un tomate ante el cerrado aplauso que lo recibió, y más aún cuando empezaron a tenderle la mano para estrechar la suya. No soy un astronauta, pensó. Se supone que los ingleses son dignos y no deberían portarse así.
La enfermera Kittiwake pronunció un pequeño discurso, ponderándolo como un paciente modelo. Qué placer y qué honores. Ryan volvió a ruborizarse cuando al terminar le entregó un ramo de flores para que, según dijo, se las llevara a su encantadora esposa. Después la enfermera lo besó en nombre de todos. Jack le retribuyó el beso. Se dijo que era lo menos que podía hacer y que en realidad era una muchacha muy bonita. Kittiwake lo abrazó con yeso y todo, y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. Tony Wilson se encontraba su lado y, subrepticiamente, le guiñó un ojo a Jack. Jack
estrechó aproximadamente diez manos más antes de que el policía consiguiera meterlo en el ascensor.

Librodot

La proxima vez que me encuentren herido en la calle, por favor, les pido que me dejen morir allí —suplicó Jack.
El policía largó la carcajada.
— ¡Qué desagradecido!
— Es cierto.
La puerta del ascensor se abrió en el vestíbulo de planta baja y Ryan se alegró de ver que había sido desalojado y que sólo se encontraban allí el duque de Edimburgo y un puñado de agentes de seguridad.
—Buenas tardes, milord —saludó Ryan, tratando de ponerse de pie; pero lo obligaron a volver a sentarse.
—¡Hola Jack! ¿Cómo se siente? —Se dieron un apretón de manos y por un instante Ryan temió que el duque mismo empujara su silla de ruedas hasta la calle. Eso le habría resultado intolerable, pero el oficial de policía volvió a ocupar su lugar y el duque se contentó con caminar a su lado. Jack señaló hacia adelante.
—Señor, mejoraré por lo menos en un cincuenta por ciento cuando salgamos por esa puerta.
— ¿Tiene hambre?
—¿Después de la comida del hospital? Creo que sería capaz de comerme uno de sus caballos de polo.
El duque sonrió.
— Creo que trataremos de ofrecerle algo un poquito mejor que eso.
Jack contó siete agentes de seguridad en el vestíbulo. En la calle había un Rolls Royce... y por lo menos otros cuatro automóviles junto con una serie de personas que no parecían vulgares transeúntes. Estaba demasiado oscuro para alcanzar a ver si había alguien apostado sobre los techos, pero Jack no tuvo dudas de que allí también debían de estar. Bueno, pensó, en lo que a seguridad se refiere, han aprendido una lección. Sin embargo es una pena, porque significa una victoria para los terrorista, Si ellos consiguen modificar a la sociedad, aunque sea un poquito, ya han ganado algo. ¡Cretinos! El policía empujó la silla hasta colocarla justo al lado del Rolls.
—¿Y ahora me puedo levantar? El yeso era tan pesado, que le costaba mantener el equilibrio. Ryan se puso de pie con demasiada rapidez y casi se estrelló contra el auto, pero con un gesto de enojo consiguió recuperar el equilibrio, antes de que nadie tuviese tiempo de sostenerlo. Se quedó quieto un instante, con el brazo izquierdo extendido como la tenaza de un cangrejo y pensó en la mejor manera de entrar en el auto. En definitiva descubrió que lo mejor era meter el brazo primero y después girar el cuerpo en el sentido de las agujas del reloj hasta conseguir introducirse. El duque tuvo que entrar por la otra puerta y en realidad cabían a duras penas. Era la primera vez que Ryan viajaba en un Rolls y descubrió que no eran tan espaciosos como creía.
—¿Cómodo?
—Bueno... con esta maldita cosa tengo que tener cuidado para no romper una ventanilla de un puñetazo. —Ryan se recostó contra el asiento y sonrió con los ojos cerrados.
—Veo que realmente le alegra haber salido del hospital.
—Milord, eso es algo a lo que puede apostar uno de sus castillos. Con esta es la tercera vez que he estado en el taller de reparaciones, y le aseguro que basta y sobra.
El duque le hizo señas al conductor de que arrancara. El convoy empezó a moverse con lentitud: dos autos que precedían al Rolls y dos que lo flanqueaban.
—¿Señor, puedo preguntar qué pasa esta noche?
Nada del otro mundo. Una pequeña recepción en su honor, a la que hemos invitado a unos pocos amigos íntimos.
Jack se preguntó qué significaría eso de "unos pocos amigos íntimos".
¿Serían veinte? ¿Cincuenta? ¿Cien? Iba a comer en... !Arriba corazón!
.Señor, realmente creo que ustedes han sido demasiado bondadosos con nosotros.

Librodot

—No diga tonterías. Tengo una deuda con usted... y no es exactamente lo que uno podría llamar una deuda pequeña, Jack. Pero aparte de eso, nos ha resultado realmente valiosísimo conocer gente nueva. El domingo a la noche terminé de leer su libro. Me pareció excelente. Tiene que mandarme un ejemplar del que está escribiendo. Y la Reina se lleva maravillosamente bien con su mujer. Le aseguro que tiene mucha suerte de tener una esposa como ella... y una hija como ese diablito de Sally. Es una perla, Jack, una chiquita realmente maravillosa.

Ryan asintió. Muchas veces se preguntaba qué habría hecho para tener tanta suerte.

—Cathy me contó que prácticamente ha visitado todos los castillos del reino y está agradecidísima por la gente que ustedes designaron para acompañarla. A mí también me tranquilizó mucho saberlas tan bien custodiadas.

El duque desechó el agradecimiento con un ademán. Ni siquiera valía la pena hablar del asunto.

—¿Y cómo anduvieron sus investigaciones para el nuevo libro?

—Bastante bien, señor. —Una de las cosas positivas de su estada en el hospital fue que tuvo tiempo más que suficiente para repasar a fondo todos los detalles. En la actualidad su computadora almacenaba otras doscientas páginas de notas y Ryan estaba en condiciones de juzgar los acontecimientos desde una nueva perspectiva. —Creo que mi pequeña escapada me ha enseñado una cosa. No es lo mismo estar sentado ante el teclado de una computadora que tener enfrente el caño de una pistola. Desde esa perspectiva las decisiones son un poco distintas.

El duque le dió una palmada en la rodilla.

No creo que nadie pueda decir que en esa situación usted toma decisiones equivocadas.

Tal vez. Pero sucede que yo tomé mi decisión a base de un puro instinto. Si hubiera sabido lo que estaba, haciendo... ¿y si por instinto hubiera decidido tomar un camino equivocado? Miró por la ventanilla.

—Y aquí me tiene: se supone que soy un experto en Historia Naval, con un énfasis especial en la manera en que uno toma decisiones cuando se encuentra sometido estrés y sin embargo no estoy satisfecho con mi propia manera de proceder. ¡Maldito sea! —Y jack concluyó diciendo: —Señor: cuando uno mata a alguien, no lo olvida. Es simplemente imposible.

—No tiene que seguir pensando en eso, Jack.

—Sí, señor. —Ryan dejó de mirar por la ventanilla. El duque lo observaba casi con los mismos ojos con que lo contemplaba su padre, años atrás. —Tener conciencia es el precio de la moralidad, y la moralidad es el precio de la civilización. Papá solía decir que muchos criminales no tienen conciencia, que prácticamente no tienen sentimientos. Y creo que eso es lo que nos diferencia de ellos.

Exactamente. Su introspección es fundamentalmente sana, pero le aconsejo que no abuse de ella. Deje lo sucedido en el pasado, Jack. Tengo la impresión de que los norteamericanos prefieren mirar hacia el futuro en lugar de vivir pensando en el pasado. Si no lo puede hacer profesionalmente, por lo menos trate de hacerlo en lo personal.

—Comprendido, señor. Y gracias. —Si sólo consiguiera no soñar. Casi todas las noches revivía en sueños el tiroteo del Mall. ¡Y ya habían transcurrido tres semanas! Esa era otra de las cosas que a uno no le decían por televisión. La mente humana tiene una manera de autocastigarse por haber dado muerte a un semejante. Recuerda y vuelve a vivir una y otra vez el incidente. Ryan abrigaba la esperanza de que algún día esa tortura cesaría.

El auto dobló hacia la izquierda, rumbo al puente de Westminster. Jack no sabía exactamente dónde estaba ubicado el hospital, sólo que se encontraba cerca de una estación de ferrocarril y lo suficientemente próximo a Wesminster como para que él oyera el Big Ben dando las horas. Observó los edificios góticos de piedra.

—Sabe, aparte de las investigaciones que quería hacer, tenía muchas ganas de conocer parte del país, señor. Y me temo que ya no me queda mucho tiempo.

¿Jack, realmente cree que le vamos a permitir regresar a Norteamérica sin haber experimentado la hospitalidad británica? —El duque estaba divertidísimo. —Por supuesto que estamos muy orgullosos de nuestros hospitales, pero eso no es lo que vienen a ver los turistas.

Jack tuvo que detenerse un instante a pensar dónde estaban, pero recordó los mapas que había estudiado antes del viaje. Ese lugar se llamaba Birdcage Walk, y se encontraban más o menos a unos trescientos metros del lugar donde recibió el balazo... allí estaba el lago que tanto le gustó a Sally. Por sobre la cabeza del oficial de seguridad instalado en el asiento delantero, alcanzaba a ver el Palacio de Buckingham . Una cosa era saber que hacia allí se dirigían, pero otra encontrarse frente a frente con ese imponente edificio, y empezó a sentir el impacto emocional.

Ingresaron por la puerta nordeste. Hasta ese momento Jack sólo había visto el palacio a la distancia. El perímetro de seguridad no parecía demasiado impresionante, el diseño cuadrado del edificio prácticamente ocultaba su majestuosidad al exterior. Con toda facilidad debía de caber dentro de una compañía de tropas armadas, ¿y cómo saber que no la había? Ryan sabía que lo probable era que fuesen policías de civil respaldados por instrumental electrónico. Pero también debía de haber sorpresas ocultas. Después de los sustos del pasado y del último incidente, supuso que ese lugar sería tan seguro como la Casa Blanca, o más seguro aún, dado el mayor espacio existente tanto dentro como fuera del edificio.

Estaba demasiado oscuro para distinguir detalles, pero el Rolls pasó bajo una arcada para entrar en el patio de armas, después se detuvo bajo un dosel donde un centinela adoptó la posición de firme y presentó armas mientras un lacayo de librea se apresuraba a abrir la puerta del auto.

Para bajar Jack tuvo que hacer el movimiento inverso al utilizado para entrar. Giró en el sentido contrario al de las agujas del reloj, primero el cuerpo caminando hacia atrás y por último sacó el brazo. El lacayo le sostuvo el brazo para ayudarlo. Jack no quería que nadie lo ayudara, pero le pareció que ese no era momento para negarse.

— Tendrá que practicar un poco —observó el duque.

— Creo que tiene razón, señor. —Jack lo siguió hasta la puerta donde los esperaba otro lacayo.

—Dígame, Jack, la primera vez que fuimos a visitarlo tuve la impresión de que la presencia de la Reina lo intimidaba mucho más que la mía. ¿Por qué?

— Bueno, señor, usted fue oficial naval, ¿no es cierto?

—Por supuesto. —El duque se volvió para mirarlo con curiosidad. Jack sonrió.

— Señor, yo trabajo en Annapolis. La Academia está plagada de oficiales navales y no se olvide que yo mismo pertenecía a la Infantería de Marina. Si me dejara intimidar por todos los oficiales que se cruzan en mi camino, mis superiores me quitarían la espada.

—Que impertinente es usted exclamó el príncipe y ambos prorrumpieron en carcajadas.

Ryan esperaba sentirse impresionado en el palacio. Pero aun así, tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrarse sobrecogido. Desde esa mansión, en un tiempo se gobernaba medio mundo y además de todo lo que la familia real había adquirido a lo largo de los siglos, había regalos recibidos de todas partes del globo. Mirara hacia donde mirase, los amplios corredores estaban decorados por tal número de obras maestras de la pintura y de la escultura que resultaban incontables. Casi todas las paredes se encontraban tapizadas en brocato de seda de tono marfil con hilos de oro. Las alfombras, por supuesto, eran de color rojo imperial, y cubrían los pisos de mármol o de parquet. Jack, ex experto en dinero, trató de calcular el valor de todo eso. Pero a los diez segundos se sintió superado. Los cuadros solos eran tan valiosos, que cualquier intento de venderlos distorsionaría el mercado de las artes en el mundo entero. Los marcos de oro solos... Ryan sacudió la cabeza desean

do poder tener tiempo para examinar cada cuadro. Uno podría vivir acá cinco años y no tener tiempo para apreciarlo todo, estuvo a punto de quedarse atrás, Pero consiguió controlar su estupefacción y mantenerse a la par del duque. El desconcierto de Ryan crecía. Para el duque,

ese era su hogar, tal vez un hogar tan grande que a veces podía convertirse en una carga, pero hogar y rutina a pesar de todo. Las obras maestras de Rubens que colgaban de las paredes eran parte del decorado, y le resultaban tan familiares como las fotografías de su esposa e hijos que cualquier hombre tenía en la oficina. En cambio a Ryan, el impacto de estar donde estaba, un impacto aumentado y
corregido por la riqueza y el poder, le daba ganas de disolverse y desaparecer en la nada. Una cosa era correr riesgos en la calle después de todo la Infantería de Marina lo había entrenado para ello— pero... ¿esto?
No te enloquezcas, Jack, se dijo para sus adentros. Son una familia real, pero no son tu familia real. Pero eso no le dió resultado. Eran una familia real. Era suficiente para herir gran parte de su amor propio.
—Aquí estamos —anunció el duque—. Esta es 1a sala de música.
Era más o menos del tamaño del livingcomedor de la casa de Ryan, lo único que había visto hasta entonces que pudiera compararse con cualquier parte de su casa de trescientos mil dólares edificada sobre Peregrine Cliff. Pero allí el cielo raso era alto y dorado a la hoja. Ryan calculó que habría alrededor de treinta personas presentes, y en cuanto entraron se apagaron las conversaciones. Todas las miradas se clavaron en Ryan: Jack estaba convencido de que ya debían de haber estado con el duque y notó que no podían apartar los ojos de su grotesco yeso. Sintió una necesidad espantosa de desaparecer del mapa. Y necesitaba una copa.
—Si me disculpa un momento, Jack, enseguida vuelvo,
Muchísimas. gracias, pensó Jack, mientras asentía con amabilidad. ¿Ahora yo qué hago?
—Buenas tardes, Sir John —saludó un hombre que lucia el uniforme de vicealmirante de la Marina Real. Ryan trató de no demostrar el alivio que sentía. Por supuesto, se lo habían pasado a otro custodio. Se dio cuenta de que muchísima gente entraba allí a cada rato por primera vez. Y algunos debían de necesitar un poco de apoyo hasta que se acostumbraban a la idea de estar en un palacio, y sin duda existía un procedimiento para hacerles más llevadera la situación. Mientras se estrechaban las manos, Jack observó con más atención el rostro del vicealmirante. Algo en él le resultaba familiar.
—Soy Basil Charleston.
!Aja!
—Buenas tardes, señor. Lo había visto durante su primera semana en Langley su escolta de la CIA le informó que ése era "BC" o simplemente "C", el jefe del Servicio Secreto de Inteligencia Británico, conocido en una época como el MI.6. ¿ Y usted qué hace aquí?
— ¡Debe de estar muerto de sed! —Se les acercó otro hombre con una copa de champagne—. ¡Hola! Yo soy Bill Holmes.
— ¿Ustedes trabajan juntos, señores? —preguntó Ryan, bebiendo el líquido burbujeante.
— El juez Moore me dijo que usted era un tipo inteligente —señaló Charleston.
— ¿Perdón? ¿Qué juez?
—¡Muy bien, doctor Ryan! aprobó Holmes sonriendo, mientras terminaba de beber su copa—. Entiendo que anteriormente usted jugaba al fútbol, es decir, al fútbol norteamericano. ¿Integraba el equipo Varsity juvenil, no es cierto?
— Sí, pero sólo durante mis años de colegio secundario. No jugaba lo suficientemente bien como para integrar un equipo universitario —contestó Ryan tratando de disimular su inquietud " Varsity Juvenil" era justamente el nombre del proyecto para el que había sido llamado a colaborar con la CIA.
—¿Y por casualidad no sabe nada acerca de ese individuo que escribió Agentes y Agencias? —preguntó Charleston sonriendo. Ryan se puso rígido.
—Almirante, no puedo hablar de eso sin...
—Tengo la copia número dieciséis en mi escritorio. El bueno del juez me indicó que le dijera que se encontraba en libertad de hablar sobre la "humeante procesadora de palabras".
Ryan expulsó con fuerza el aire que retenía en los pulmones. Esa frase originariamente debía ser de James Greer. Cuando Jack hizo la propuesta de la Trampa para Canarios, el Director

Adjunto de Inteligencia, almirante James Greer, hizo una broma sobre el asunto y utilizó esas palabras. De modo que se encontraba en libertad de hablar. Por lo menos era lo probable. Pero su entrenamiento de seguridad en la CIA no cubría una situación como la que en ese momento le tocaba vivir.

—Discúlpeme, señor. Nadie me advirtió jamás que estaba en libertad de hablar sobre ese asunto.

Durante un instante Charleston modificó su actitud jovial por una de la mayor seriedad.

— No se disculpe, muchacho. Se supone que uno debe tomar con total seriedad los temas clasificados. Ese trabajo que usted presentó fue una excelente tarea detectivesca. Uno de nuestros problemas, como sin duda alguien debe de haberle comentado, es que en la actualidad recibimos tanta información que el verdadero problema estriba en sacar conclusiones sensatas de todo. No es fácil vadear el barro del pantano y encontrar la pepita de oro. Por ser su primer trabajo, considero que su informe fue de primera clase. Lo que desconocía era ese asunto que el juez denominó la Trampa para Canarios. Y él me dijo que usted me la podría explicar mejor.

—Charleston hizo un gesto para que le sirvieran otra copa. Se les acercó un lacayo con una bandeja.

—Por supuesto que usted sabe quién soy.

—Sí, almirante, lo vi en la Agencia en julio pasado. Usted salía del ascensor para ejecutivos en el séptimo piso en el momento en que yo salía de una oficina y alguien me dijo quién era.

— Muy bien. Así que ahora sabe que todo esto queda en familia. ¿Qué diablos es esa Trampa para Canarios?

Bueno usted conoce el problema que tiene la CIA con las filtraciones de informaciones. Cuando estaba terminando el primer borrador del informe, se me ocurrió una idea para que cada informe fuese único.

—Pero hace años que ellos vienen haciendo eso —anotó Holmes—. Lo único que hay que hacer es cambiar una coma aquí y allá. Es lo más fácil del mundo. Y si los diarios son lo suficientemente tontos como para publicar una fotografía del documento, identificamos la fuente de la filtración.

— Sí, señor, y los periodistas que publican la filtración también están al tanto de eso. Han aprendido que no deben publicar fotografías de los documentos que reciben de sus fuentes de información, ¿no es cierto? —contestó Ryan—. Yo le encontré una pequeña variante al asunto. Agentes y Agencias tiene cuatro secciones. Y cada sección tiene un sumario. Y cada sumario está redactado de una manera bastante dramática.

—Sí, lo noté intervino Charleston—. No parecía un documento de la CIA. Más bien se parecía a los nuestros. Como sabrá, para redactar nuestros informes nosotros utilizamos gente y no computadoras. Pero, siga.

—Cada frase del sumario o acápite tiene seis versiones distintas, y la mezcla de esos párrafos es única en cada copia numerada del documento. Existen más de mil posibles versiones distintas, pero sólo noventa y seis ejemplares numerados del documento en sí. El motivo por el que los párrafos del sumario son tan... bueno, digamos sensacionalistas, es para permitir que un reportero los cite al pie de la letra en medios periodísticos. Si llegara a citar partes de dos o tres de esos párrafos, sabemos de inmediato cuál fue la copia que vio y, por lo tanto, dónde se produjo la filtración. Ahora estamos trabajando con una versión aún más refinada de esa trampa. Una versión que se puede lograr por computadora. Se utiliza un programa especial para sinónimos, con lo que se logra que cada ejemplar del documento sea totalmente único.

—¿Y le informaron si daba resultado? —preguntó Holmes.

—No, señor. Yo no tengo nada que ver con la seguridad de la Agencia. ¡Gracias a Dios!

—Vaya si dio resultado! —exclamó Sir Basil y enseguida hizo una pequeña pausa—. !La idea es de lo más simple y no puede ser más brillante! Además está el aspecto de los sustantivos

del trabajo. ¿Le dijeron que su informe coincidió prácticamente en todos sus detalles con una investigación que realizamos el año pasado?
No, señor, no me lo dijeron. Por lo que yo sé, todos los documentos en los que trabajé provenían de nuestra propia gente.
—¿Así que a usted solo se le ocurrió todo el asunto? !Maravilloso!
—¿Cometí alguna equivocación? pregunto Ryan al almirante.
Debió haberle prestado un poquito más de atención a ese sudafricano. Claro que eso nos corresponde más a nosotros y tal vez a usted le faltó información Pero en este momento lo estamos vigilando muy de cerca.
Ryan terminó su copa de champagne y pensó en el asunto. Hubo mucha información sobre el señor Martens... ¿Qué habré pasado por alto? Pero era algo que en ese momento no podía preguntar. !Qué pena! Pero podría averiguar.....
—Esa gente de Sudáfrica no es...
Me temo que la cooperación que nos prestan no es lo buena que fue en una época y para ellos Erik Martens es sumamente valioso. En realidad tiene formas de procurarles lo que el gobierno militar necesita y, de alguna manera, eso limita la presión que el gobierno militar está dispuesto a ejercer sobre él —señaló Holmes— . También hay que tener en cuenta la conexión israelí. De vez en cuando ellos se desbandan pero nosotros —SIS y CIA tenemos demasiados intereses en común para hacer olas. —Ryan asintió. La organización de defensa israelí tenía órdenes de generar las mayores ganancias posibles y de vez en cuando eso chocaba con los intereses de los aliados de Israel. Recuerdo las conexiones de Martens, pero debo de haber pasado por alto algo importante... qué?
—Por favor, no tome esto como una crítica aclaró Charleston. Su informe fue excelente, por tratarse de un primer intento. La CIA debe recuperarlo. Fue uno de los pocos informes de la Agencia con el que no corrí el riesgo de quedarme dormido. Aunque más no sea, usted debería estar allí para enseñarles a escribir a los analistas. ¿Supongo que le habrán preguntado si quería seguir trabajando con ellos?
—Me lo preguntaron, señor, pero yo consideré que no me convenía.
—Vuelva a pensarlo —sugirió Sir Basil con tono afable. Esa idea Junior Varsity fue excelente, lo mismo que el programa TeamB de la década del 70. Nosotros también incorporamos académicos externos, para adquirir una nueva perspectiva del torrente de datos que nos llegan, El juez Moore, su nuevo director, es un verdadero hálito de aire fresco. Un tipo fabuloso. Conoce muy bien su trabajo, pero ha estado alejado el tiempo suficiente para adquirir nuevas ideas. Usted es uno de ellos, doctor Ryan. Usted pertenece a este oficio, muchacho.
—No estoy tan seguro de eso, señor. Mi profesión es la de historiador
—La mía también aclaró Bill Holmes—. Pero el título que uno tenga no interesa. En lo que a inteligencia se refiere lo que uno busca es el hombre de mente adecuada. Por lo visto usted la tiene. Y, bueno.., nosotros no podemos reclutarlo, ¿verdad? Pero nos resultaría una desilusión que Arthur y James no lo volvieran a intentar. Piénselo.
Ya lo he pensado, se dijo Ryan, pero se abstuvo de aclararlo en voz alta. Asintió pensativo. Pero a mí me gusta enseñar historia.
—¡El héroe del momento! —exclamó otro hombre, reuniéndoseles.
—Buenas tardes, Geoffrey —saludó Charleston. Doctor Ryan, éste es Geoffrey Watkins del Servicio Exterior.
—¿Como David Ashley, que es del "Ministerio del Interior"? —remarcó Ryan, estrechando la mano del recién llegado.
—En realidad yo paso gran parte de mi tiempo aquí mismo —aclaró Watkins.
— Geoff es el lazo de unión entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y la familia real. Maneja informaciones, establece el protocolo y en general se convierte en una molestia explicó Holmes con una sonrisa—. ¿Cuánto hace que estás en esto, Geoff?
Watkins frunció el entrecejo mientras lo pensaba.

—Creo que algo más de cuatro años. Y sin embargo me parece que fue ayer. Aunque no se trata de un trabajo excitante. Lo que hago sobre todo, es llevar y traer la caja de despachos y tratar de esconderme en los rincones.
Ryan sonrió. Eso era algo con lo que le resultaba fácil identificarse.
— !Tonterías! —objetó Charleston—. La tuya es una de las inteligencias más notables del Ministerio. En caso contrario no te hubieran mantenido en ese cargo.
Watkins hizo un gesto de incomodidad.
—Es cierto que estoy siempre bastante ocupado.
—No me sorprende —observó Holmes—. Hace meses que no te veo por el club de tenis.
—Doctor Ryan, el personal del Palacio me ha pedido que le exprese, en nombre de todos, nuestro reconocimiento por lo que ha hecho. —Siguió hablando durante algunos instantes más. Watkins era un poco más bajo que Ryan y andaba cerca de los cuarenta. En su pelo negro prolijamente cortado, empezaban a aparecer canas a la altura de las sienes, y tenía la piel muy pálida de la gente que pocas veces se expone a los rayos del sol. Parecía un diplomático. Su sonrisa era tan perfecta que sin duda debió de practicarla mucho delante de un espejo. Era una de esas sonrisas que puede significar cualquier cosa. O, más probablemente, nada. Sin embargo, detrás de esos ojos celestes, se notaba una expresión de interés. Como le había sucedido con mucha gente durante las últimas semanas, ese hombre estaba tratando de decidir cómo seria realmente el doctor John Patrick Ryan. Y el sujeto en cuestión se estaba cansando del asunto, aunque no pudiera hacer mucho al respecto.
—Geoff es uno de nuestros expertos en la situación de Irlanda aclaró Holmes
Nadie es "experto" —declaró Watkins meneando la cabeza yo estuve allí al principio, en 1969. En esa época militaba en el Ejército y era subalterno de... bueno, eso ya no tiene importancia. ¿Cómo cree que deberíamos manejar el problema, doctor Ryan?
—Hace tres semanas que todo el mundo me hace esa pregunta, señor Watkins. ¿Cómo demonios quiere que lo sepa?
—¿Sigue buscando ideas, Geoff? —preguntó Holmes.
—Es que tiene que existir una solución —declaró Watkins sin apartar la mirada del rostro de Ryan.
—Pero yo no la conozco —aseguró Jack. Y aunque alguien la conociera, ¿usted cómo se enteraría? Por otra parte no se olvide de que yo enseño historia, pero no la hago.
—¿Así que no es más que un profesor de historia y a pesar de todo estos dos tipos se precipitan sobre usted?
—Queríamos averiguar si realmente trabaja para la CIA, como dicen los diarios —contestó Charleston.
Jack se hizo cargo del dato que acababan de transmitirle. Watkins no estaba al tanto de todos los secretos y no debía conocer su anterior asociación con la Agencia... aunque nadie le podía impedir sacar sus propias conclusiones, como se recordó Ryan. Sin embargo, los reglamentos eran los reglamentos. Fue por eso que rechacé la proposición de Greer recordó Jack. Todos esos reglamentos idiotas. Uno no puede hablar con nadie, ni siquiera con la propia esposa, acerca de esto o lo otro. Seguridad. Seguridad. Seguridad... ¡Qué estupidez! Por supuesto que algunas cosas tienen que ser secretas, ¿pero si nadie tiene acceso a ellas, cómo se supone que se van a usar... y de qué sirve un secreto que uno no puede usar?
—¿Sabe? Me va a resultar agradable volver a Annapolis. ¡Por lo menos allí mis alumnos creen que soy profesor!
— Por supuesto —asintió Watkins—. Y el jefe del SIS le está pidiendo que le dé su opinión sobre Trafalgar. Exactamente ¿a qué se dedica usted, Ryan? Después de abandonar la carrera militar y entrar en el servicio de Relaciones Exteriores, en 1972, Watkins había practicado muchas veces el juego preferido de los embajadores: ¿Quién es el fantasma? Estaba recibiendo de Ryan señales confusas y mezcladas, y eso convertía el juego en algo mucho más interesante. A Watkins le encantaban los juegos. Toda clase de juegos.
—¿Y actualmente, qué lo mantiene ocupado, Geoff? —preguntó Holmes.

¿Aparte de mis doce horas diarias de trabajo? De vez en cuando consigo leer un libro. Acabo de empezar a releer Moll Flanders.
—¿En serio? —preguntó Holmes. Yo hace unos días acabo de empezar Robinson Crusoe. Una de las formas más seguras de olvidarse del mundo es volver a los clásicos.
— ¿A usted le interesa la lectura de los clásicos, doctor Ryan? preguntó Watkins.
—Antes sí. No olviden que fui educado por los jesuitas. Ellos no permiten que uno se saltee a los antiguos. ¿Moll Flanders será un clásico? se preguntó Jack. No está escrito en latín ni en griego, y no es de Shakespeare...
—"Los antiguos" ¡Qué actitud mental terrible! rió Watkins.
—¿Alguna vez intentó leer a Virgilio en su idioma original? preguntó Ryan.
—*Arma virumque cano, trojae qui primus ab oris*...?
Geoff y yo fuimos compañeros en Winchester informó Holmes—, *Comliq intente que teneban*t... ambos condiscípulos prorrumpieron en una serie de risitas.
—Bueno, yo sacaba excelentes notas en latín, pero ya no me acuerdo de nada —dijo Ryan, a la defensiva.
— Otro filisteo colonial —observó Watkins.
Ryan decidió que el señor Watkins no le gustaba. El funcionario del servicio exterior lo provocaba deliberadamente, para estudiar sus reacciones y hacía rato que Ryan se había cansado de esa clase de juegos. Jack estaba contento con lo que era y no necesitaba que un grupo de analistas aficionados—como él los llamaba— le definieran su personalidad.
—Perdón. Pero donde yo vivo tenemos prioridades levemente distintas.
— Por supuesto —replicó Watkins, sin modificar un ápice su sonrisa. Eso sorprendió a Jack aunque no supo exactamente por qué.
— Usted vive cerca de la Academia Naval, ¿no es cierto? ¿Recientemente no se produjo allí un incidente? —preguntó Sir Basil—. Lo leí en un informe, no recuerdo cuál. Aunque nunca supe los detalles.
— En realidad no se trató de terrorismo... fue simplemente un acto criminal. Un par de marineros presenció en Annapolis lo que les pareció un negocio de drogas y llamó a la policía. Los tipos a quienes arrestaron formaban parte de una banda de motociclistas. Una semana después, algunos de los integrantes de la banda decidieron salir a hacer lío. Alrededor de las tres de la mañana se metieron a hurtadillas en Bancroft Hall. Deben de haber supuesto que se trataba simplemente de un dormitorio colegial como tantos otros. Los chicos que hacían guardia alcanzaron a verlos y dieron la alarma. Los intrusos se perdieron —Bancroft tiene como tres kilómetros de corredores—, y por fin los acorralaron. Se trata de un caso federal, porque sucedió en una propiedad del gobierno y al FBI no le gusta nada que uno trate de manipular a los testigos. Así que desaparecerán de circulación por un tiempo. Lo bueno es que la Infantería de Marina se ha hecho cargo de la custodia del edificio, así que ahora será mucho más fácil entrar y salir.
—¿Más fácil? —preguntó Watkins—. Pero...
Jack sonrió.
—Con la Infantería de Marina dentro del perímetro pueden dejar muchos más portones abiertos... una guardia de marinos vale mucho más que un portón cerrado.
—Por cierto. Yo... —Algo atrajo la mirada de Charleston. Ryan miraba para el lado opuesto y no pudo ver de qué se trataba, pero las reacciones fueron lo suficientemente claras. Charleston y Holmes empezaron a apartarse, pero el primero en alejarse fue Watkins. Jack se volvió a tiempo para ver aparecer a la Reina.
A su lado se encontraba el duque y Cathy los seguía a prudente distancia y un poco a un costado. La Reina se acercó inmediatamente a Jack.
—Tiene mucho mejor aspecto aseguró.
Jack trató de hacer una reverencia —pensó que era lo que correspondía— cuidando de no poner en peligro la vida de la Reina con su yeso. La experiencia le había enseñado que lo más seguro era permanecer parado y quieto. El peso del yeso tendía a producir una progresiva

inclinación de su cuerpo hacia la izquierda. Pero girar sobre sí mismo lo ayudaba a permanecer erguido.
—Gracias, Majestad. Me siento mucho mejor. Buenas tardes, señor.
Una cosa había que decir con respecto a estrechar la mano del duque: no cabía duda de que uno estaba saludando a un verdadero hombre.
—Hola de nuevo, Jack. No se ponga tenso. Esta es una reunión completamente informal. No se forma fila para recibir el saludo de la Reina, no existe el protocolo. Tranquilícese.
—Bueno, el champagne ayuda.
—Excelente —observó la Reina—. Creo que por el momento permitiremos que usted y Catherine vuelvan a trabar relación. —Y se alejó acompañada por el duque.
— Tranquilo con el alcohol, Jack —Cathy estaba decididamente resplandeciente con un vestido de cocktail tan bonito que Ryan ni siquiera se preguntó cuánto habría costado. Estaba muy bien peinada y se había maquillado, dos cosas que su profesión por lo general le impedía hacer. Pero, por sobre todas las cosas, era Cathy Ryan. Jack le dió un beso rápido, a pesar de toda la gente que los rodeaba.
— Pero Jack... delante de tanta gente...
—¡Que se vayan al demonio! —contestó él en voz baja—. ¿Cómo está mi chica favorita?
Los ojos de Cáthy relampaguearon por la noticia que le estaba por dar, pero le habló en un tono de voz enteramente profesional.
Embarazada
—¿Estás segura? ¿Cuándo?
— Estoy segura querido porque: A) soy médica y B) tengo un atraso de dos semanas. Con respecto a cuándo, Jack, recuerda el día de nuestra llegada: en cuanto acostamos a Sally....La culpa la tienen esas camas desconocidas de los hoteles, Jack.
—Le tomó la mano. —Nos pasa lo mismo cada vez.
Jack no pudo decirle nada. Le pasó el brazo sano por sobre los hombros y se los oprimió lo más discretamente que pudo. Si tenía un atraso de dos se manas..bueno, él sabía que Cathy era tan puntual como su reloj suizo. Voy a ser padre... !de nuevo!
—Esta vez trataremos de que sea varón —comentó ella.
—Te consta que eso no me importa, chiquita.
—Ya veo que se lo has dicho. —La Reina se les había acercado silenciosa como un gato Jack notó que el duque conversaba con el almirante Charleston, ¿Acerca de qué? se preguntó. —Felicitaciones, Sir Jack.

—Gracias, Majestad, ¡tengo tanto que agradecerle! Nunca podremos pagarle todas sus bondades.
La Reina volvió a esbozar esa sonrisa de árbol de navidad.
—Somos nosotros los que tratamos de retribuirles. Por lo que me dice Caroline, ahora usted tendrá por lo menos un recuerdo positivo de su visita a nuestro país.
_Por cierto, señora, pero no será tan sólo un recuerdo. —Jack estaba aprendiendo a desempeñarse en el juego.
—Caroline, ¿tu marido es siempre tan galante?
Si quiere que le diga la verdad, señora, no. Debemos de haberlo tomado desprevenido o en un momento de debilidad informó Cathy—. 0 tal vez aquí haya recibido una influencia civilizadora.
—Es bueno saberlo, sobre todo después de las cosas horribles que dijo sobre la pequeña Olivia. ¿Sabe que se niega a acostarse sin besarme para desearme las buenas noches? !Es un angelito tan precioso y encantador! ¡Y él se atrevió a decir que era una amenaza!
Jack suspiró. No le resultaba nada difícil imaginar el cuadro. Después de vivir tres semanas en ese ambiente, sin duda Sally hacía las reverencias más vistosas de la historia de la Civilización Occidental. En ese momento posiblemente el personal del Palacio se peleara por el derecho de cuidarla. Sally era verdaderamente una hija de su padre. Tenía una innata

Librodot

habilidad para manejar a la gente que la rodeaba. La había puesto en práctica durante años con él.
Tal vez haya exagerado, señora.
¡Escandalosamente! —La Reina lo observaba con mirada divertida—. No ha roto nada. Absolutamente nada. Y quiero que sepa que se está convirtiendo en la mejor amazona que hemos visto en años.
¿Perdón?
Recibe clases de equitación aclaró Cathy,
¿Es decir que le enseñan a andar a caballo?
—¿Y qué otra cosa va a montar? preguntó la Reina.
¿Sally, a caballo? ._..Ryan miró a su mujer. La idea no le gustaba demasiado.
Y aprende maravillosamente bien. —La. Reina salió en defensa de Cathy—. No corre ningún peligro, Sir John. Es bueno que los chicos aprendan a montar. Les inculca disciplina, coordinación y responsabilidad.
Para no mencionar una manera fabulosa de romper su precioso cuello, pensó Ryan. De nuevo recordó que con una Reina no se discute, sobre todo cuando uno se encuentra bajo su techo.
Hasta usted podría empezar a tratar de montar continuó diciendo la Reina—. Su esposa lo hace
—Ahora en casa tenemos tierras mas que suficientes, Jack. —aclaró Catty Te encantaría
Estoy seguro de que no me caería —dijo Ryan sin mayor convicción.
—En ese caso volvería a montar, hasta convertirse en un buen jinete —explicó esa mujer con más de cincuenta años de práctica ecuestre.
Con las bicicletas me pasa lo mismo, sólo que las bicicletas no son tan altas y Sally es demasiado chiquita para una bicicleta, pensó Ryan. El hasta se ponía nervioso al verla andar en triciclo por el parque. ¡Por amor de Dios, es tan chiquitita que el caballo ni siquiera debe de saber si está o no sobre la montura! Cathy le leyó los pensamientos.
—Los chicos tienen que crecer. No puedes protegerla de todo —señaló.
Sí, querida, ya sé. !Cómo no voy a poder protegerla! Esa es mi misión.
Pocos minutos después todos se encaminaron hacia el comedor. De repente Ryan se encontró en la Sala de Estar. Azul, un vestíbulo con pilares que quitaba el aliento y después de pasar puertas dobles de espejos, entraron en el Salón Comedor.
El contraste fue increíble. De un cuarto de tonos azul pastel entraron en uno con paredes tapizadas de tela rojo vivo. El cielo raso era de tonos marfil y oro y sobre la chimenea blanca como la nieve se destacaba un inmenso retrato... ¿de quién? se preguntó Ryan. Tenía que ser un rey, por supuesto; posiblemente del siglo XVIII o XIX, a juzgar por las blancas... calzas o lo que fuera que las llamaran en esa época, completas, con ligas y todo. Sobre la puerta por la que habían entrado se veían las iniciales de la Reina Victoria VR, y Ryan se preguntó cuánta historia habría pasado por esa puerta, o se habría forjado en esa misma habitación.
—Usted se sentará a mi derecha, Jack —indicó la Reina.
Ryan dirigió una rápida mirada a la mesa. Era lo suficientemente ancha para que no lo preocupara la posibilidad de golpear a Su Majestad con el yeso de su brazo izquierdo, cosa que habría sido un papelón.
Lo peor de esa cena fue que Ryan nunca consiguió recordar lo que comieron... y su orgullo le impidió preguntárselo a Cathy. Comer con una sola mano era algo que había practicado muchísimo, pero nunca frente a tanto público y estaba convencido de que todo el mundo lo miraba. Después de todo era un yanqui y hubiera resultado una curiosidad aun sin el aditamento del yeso. Se recordó constantemente que debía tener cuidado, que no se le tenía que ir la ruano con el vino, que tenía que cuidar su lenguaje. De vez en cuando miraba a Cathy, sentada al lado del duque en el otro extremo de la mesa, quien decididamente se estaba divirtiendo en grande. Y se sintió levemente enojado al comprobar que estaba más tranquila que él Si alguna vez ha habido un cerdo en el comedero ese soy yo, pensó mientras masticaba algo que olvidó de inmediato Se preguntó si estaría allí en ese momento si hubiese sido

simplemente un policía raso o un infante de Marina que por casualidad pasaba por el lugar indicado y en el momento indicado. Posiblemente no, pensó Y porqué Pero no pudo encontrar la respuesta a esa pregunta. Lo que sí sabía era que algo en la institución de la nobleza iba en contra de sus principios de norteamericano Al mismo tiempo el hecho de ser noble —aunque el título fuese honorífico era algo que le gustaba. Era una contradicción que le preocupaba de una manera que no alcanzaba a comprender. Todas estas atenciones que se nos brindan son demasiado seductoras, se dijo. Será bueno alejarse de esto. ¿O no? Bebió un sorbo de vino. Yo sé que este no es el lugar que me corresponde, ¿pero me gustaría que lo fuera? Esa es una buena pregunta. El vino no le proporcionó una respuesta. Tendría que buscarla en alguna otra parte.

Miró el otro extremo de la mesa donde estaba su esposa, que por lo visto se sentía comodísima en ese ambiente. Cathy había sido educada en una atmósfera similar, en una familia llena de dinero, en una enorme mansión de Westchester County, y asistía a una cantidad de fiestas donde la gente no hacía más que recordar su propia importancia. Era la clase de vida que él rechazó y a la que ella renunció. Y eran felices con lo que tenían, cada uno con su carrera; pero esa manera de comportarse tan tranquila y segura de Cathy no significaría que extrañaba... Ryan frunció el entrecejo.

—¿Se siente bien, Jack? —preguntó la Reina.

—Sí, señora, le pido por favor que me perdone. Pero creo que me tomará un tiempo adaptarme a todo esto.

—Jack —contestó ella en voz baja—, el motivo por el que todos le tenemos simpatía —y se la tenemos, ¿sabe?— es por ser usted quien es y cómo es. Trate de no olvidarlo.

Jack sintió que eso era probablemente lo más bondadoso que le habían dicho en la vida. Tal vez la nobleza, más que una institución, fuese una manera de ser, un estado de ánimo. Mi suegro bien podría aprender esa lección, pensó. Su suegro debería aprender una cantidad de cosas.

Tres horas después Jack siguió a su mujer al dormitorio. Además tenían una sala de estar. La cama estaba preparada para que se acostaran. Ryan se aflojó el nudo de la corbata, se desabrochó el botón del cuello y dejó escapar un largo suspiro.

—Veo que no bromeabas cuando dijiste que estábamos viviendo la historia de la Cenicienta.

—Ya sé —contestó Cathy.

Sólo había una suave luz encendida y su esposa la apagó. Entonces la única iluminación del cuarto provino de los distintos faroles de la calle cuya luz se filtraba a través de los pesados cortinados. El vestido blanco de Cathy se destacaba en la oscuridad, pero de su rostro Ryan sólo distinguió la curva de sus labios y el fulgor de sus ojos en el momento en que se volvió. La imaginación de Jack proporcionó los detalles que faltaban. Le pasó el brazo sano alrededor del cuerpo y al atraerla hacia sí maldijo el monstruoso yeso que le cubría todo el costado izquierdo. Ella apoyó la cabeza sobre el hombro sano de su marido y él bajó la mejilla hacia la suavidad de su fino pelo rubio. Durante un par de minutos ninguno de los dos habló. Les bastaba con estar solos, juntos en la oscuridad y el silencio.

—Te amo, chiquita.

¿Cómo te sientes, Jack? —La pregunta era más que una simple curiosidad.

—No del todo mal. Bastante descansado. El hombro ya no me duele tanto. Y con aspirina el dolor desaparece. Exageraba, pero Jack soportaba bien el dolor.

—!Ah, ya veo cómo lo hicieron! —Cathy estaba explorando el lado izquierdo de su chaqueta. Los sastres habían cosido broches del lado de adentro no tanto para disimular el yeso como para dar la impresión de que estaba correctamente vestido. Cathy abrió los broches con rapidez y le quitó la chaqueta. Después lo liberó de la camisa.

—Puedo hacerlo solo, ¿sabes?

—Cállate, Jack. No quiero tener que esperar toda la noche hasta que te desvistas. —Enseguida Jack oyó el ruido de un largo cierre relámpago que se abría.
—¿Te puedo ayudar?
Oyó una risa en la oscuridad.
—Es posible que quiera volver a usar este vestido. Y ten cuidado dónde apoyas ese brazo,
—Todavía no he herido a nadie.
—Me alegro. Trataremos de mantenernos a la altura de nuestros antecedentes. —Un susurro de sedas. Ella le tomó la mano—. Y ahora tendremos que sentarte.
Después de sentarse en el borde de la cama, el resto le resultó fácil. La sintió fresca y suave a su lado, y percibió un dejo de perfume flotando en el aire. El le pasó la mano por el hombro y la fue bajando hasta la piel suave de su vientre.
Está sucediendo en este mismo momento, mientras nosotros estamos aquí sentados.
—Vas a tener un hijo mío —dijo Jack con suavidad.
Realmente existe un Dios, y realmente existen los milagros.
Ella le acarició la cara con una mano.
—Es cierto. A partir de mañana no debo volver a beber... pero quería disfrutar esta noche.
—¿Sabes? Realmente te amo.
—Ya lo sé —contestó ella—. Acuéstate de espaldas.

6 Juicio y problemas

Los testimonios preliminares duraron alrededor de dos horas durante las que Ryan esperó sentado en un banco de mármol junto a la puerta exterior del juzgado segundo del Old Bailey. Trató de trabajar en su computadora, pero le resultaba imposible concentrarse y se descubrió observando detalladamente ese edificio de ciento sesenta años de antigüedad.
Las medidas de seguridad eran increíblemente severas. En la calle, numerosos policías uniformados montaban guardia a la vista de todo el mundo, pistolas en mano. Otros, tanto uniformados como de civil, permanecían apostados en el edificio de enfrente de la calle Newgate, como halcones al acecho de la aparición de algún conejo, con la diferencia de que los conejos no están armados de ametralladoras ni de bazucas RPG7, pensó Ryan. Todas das las personas que entraban en el edificio tenían que someterse a un detector de metales tan sensible que emitía un ping ante el papel metálico de un atado de cigarrillos; y, además a casi todos se los revisaba de pies a cabeza. No hicieron una excepción con Ryan, quien se sorprendió tanto ante el grado de intimidad del registro, que le dijo al policía que tenía la impresión de que eso era ir un poco lejos en una primera cita. El vestíbulo principal se encontraba cerrado para todos los que no tuvieran alguna conexión con el caso y los juicios de menor importancia habían sido distribuidos entre las otras diecinueve salas de juzgados, para poder acomodar convenientemente al de La Corona versus Miller.
Hasta ese momento, Ryan nunca había estado en un tribunal. Le resultó divertido pensar que hasta entonces su vida había sido tan aburrida que nunca tuvo siquiera una citación por haber cometido una infracción de tránsito. El piso de mármol —el edificio estaba casi totalmente construido en mármol— proporcionaba al vestíbulo el aspecto de una catedral y las paredes se encontraban decoradas con aforismos, tales como la frase de Cicerón: LA MÁS IMPORTANTE DE LAS LEYES ES EL BIENESTAR DEL PUEBLO, frase que a Ryan le pareció—curiosamente o por lo menos potencialmente oportuna para un lugar que decididamente era un templo dedicado al concepto de la ley. Se preguntó si los integrantes del ULA sentirían lo mismo, y si esa frase también justificaría sus actividades, desde el punto de vista que ellos tenían del bienestar del pueblo. ¿Y quién no lo cree? se preguntó Jack. ¿Qué tirano no ha tratado de justificar sus crímenes? Había otra media docena de testigos con

quienes ni siquiera intentó entablar conversación. Sus instrucciones eran concretas: hasta la apariencia de una conversación entre ellos podía proporcionar a los abogados de la defensa el argumento de que los testigos habían intentado convencerse unos a otros. El equipo de la fiscalía estaba empeñado en realizar todos los esfuerzos posibles para convertir el caso en un procedimiento correctísimo, digno de figurar en los libros de texto.

El caso estaba siendo manejado sobre bases contradictorias. La emboscada había tenido lugar apenas cuatro semanas antes y el juicio ya estaba bastante adelantado; un procedimiento de rapidez poco habitual aun para el ritmo de los tribunales ingleses. Las medidas de seguridad eran sumamente rígidas. El derecho de admisión del público —que ingresaba por otra parte del edificio era estrechamente controlado. Pero al mismo tiempo el juicio se manejaba desde un punto de vista estrictamente criminal. Ni siquiera se mencionaba el nombre del "Ejercito de Liberación del Ulster". El fiscal no utilizó ni una sola vez la palabra "terrorista". Públicamente, la policía ignoraba los aspectos políticos del caso. Dos hombres habían perdido la vida y ese era un juicio por asesinato en primer grado... y punto. Hasta la prensa colaboraba, sobre la base de la teoría de que no existía manera más desdeñosa de tratar al acusado que tildarlo de simple criminal, en lugar de santificarlo con el título de prisionero político. Jack se preguntaba qué otros motivos relativos a la política o la inteligencia tendrían relación con ese tratamiento, pero nadie se refería a esos temas. El abogado defensor decididamente no ganaría nada identificando a su cliente como integrante de un grupo terrorista. Tanto para los medio de comunicación como dentro de la sala del juzgado, ese era un caso de asesinato.

La verdad era otra, por supuesto, y nadie lo ignoraba. Pero los conocimientos legales que tenía Ryan eran suficientes para que recordara que a los abogados pocas veces les interesa la cruda verdad. Mucho más importantes eran las reglas. Por lo tanto no habría especulaciones oficiales acerca de los objetivos de los criminales, ni se involucraría en el caso a la familia real, aparte de declarar que no reconocían al conspirador y que, por lo tanto, no estaban en condiciones de ofrecer ninguna evidencia valedera.

No tenía importancia. Desde el punto de vista de la prensa resultaba clarísimo que las pruebas eran más que suficientes, casi como si se hubiesen filmado los sucesos. Tampoco se exigiría la presencia de Cathy como testigo. Aparte de los médicos forenses que habían declarado la tarde anterior. la Corona contaba con ocho testigos presenciales. Ryan era el segundo. Se suponía que el juicio duraría cuatro días como máximo: Tal como Owens le había adelantado en el hospital, no pensaban andar con vueltas con ese muchacho.

¿Doctor Ryan? ¿Me hace el favor de acompañarme, señor? Allí también continuaban dándole un tratamiento VIP. Un alguacil de camisa de mangas cortas y corbata se le acercó y lo condujo al juzgado por una puerta lateral. En cuanto el empleado abrió la puerta un oficial de policía se hizo cargo de la computadora de Ryan.

—Llegó la hora del show susurró Ryan para sí mismo.

El juzgado segundo del Old Bailey era una extravagancia de revestimientos de madera del siglo XIX. Las paredes del enorme ámbito estaban recubiertas de tal cantidad de paneles sólidos de roble, que en Norteamérica la construcción de un salón similar habría desencadenado la protesta del Sierra Club por la cantidad de árboles utilizados. Pero el espacio real era sorprendentemente pequeño, apenas tendría las medidas del comedor de su casa, una similitud que le resultó tanto más sorprendente puesto que también allí había una mesa en el centro. El sitial del juez era una especie de fortaleza de madera, adyacente al banco de los testigos. El honorable juez Wheeler estaba instalado en una de las cinco sillas de respaldo recto. Estaba resplandeciente, cubierto por un manto y una faja rojos, y con una peluca de crin de caballo que se denominaba peruke, que le caía hasta los angostos hombros proporcionándole el aspecto de un ser surgido de otro siglo. A la izquierda de Ryan se encontraba el palco del jurado. Ocho mujeres y cuatro hombres, de rostros expectantes, se alineaban en dos filas de sillas. Por sobre ellos se alzaba la galería del público, que sobresalía como el coro de una iglesia, pero en un ángulo tal que Ryan apenas conseguía divisar a los

que allí se encontraban. Los abogados estaban a la derecha de Ryan, vestidos con trajes negros, corbatines del siglo XVIII y sus propias pelucas, más pequeñas que la del juez. Todo eso creaba una atmósfera vagamente religiosa que hizo sentir algo incómodo a Ryan mientras le tomaban juramento.

El fiscal, William Richards, QC, era un hombre de aproximadamente la misma edad de Ryan y de similar estatura y contextura física. Inició su interrogatorio con las preguntas habituales: edad, lugar de residencia, profesión, fecha de llegada al país, motivos de su estada en el Reino Unido. Como era de prever, Richards poseía un don para el dramatismo y cuando el interrogatorio llegó al momento del tiroteo, sin necesidad de mirar al público, Ryan percibió que todos los presentes vibraban de excitación.

Doctor Ryan, ¿podría describir con sus propias palabras lo que sucedió?

Jack así lo hizo y habló durante diez minutos sin interrupción, siempre de frente al jurado. Trató de no mirarles las caras. Era un lugar extraño para experimentar un ataque de trac. y, sin embargo, era lo que le sucedía. Mientras iba narrando los acontecimientos, trató de mantener la mirada fija en los paneles de roble que corrían por sobre las cabezas de los integrantes del jurado. Era casi como volver a vivir esos momentos y Ryan se dio cuenta de que el corazón le latía cada vez con mayor rapidez.

—Doctor Ryan, ¿puede identificar en esta corte al primer hombre a quien usted atacó?

—Sí, señor —contestó Ryan señalando al reo—. Fue el acusado.

Por primera vez Ryan realmente le dirigió una mirada a fondo. Se llamaba Sean Minen un nombre que a Jack no le resultaba particularmente irlandés. Tenía veintiséis años, era de baja estatura, delgado y estaba prolijamente vestido de chaqueta y corbata. En el momento en que Ryan lo señaló, Miller le sonreía a alguien ubicado en la galería del público, algún pariente quizá. Después bajó la vista y Ryan pudo examinarlo. Hacía semanas que se preguntaba qué clase de persona sería capaz de planear y llevar a cabo un crimen así. ¿De qué elemento carecería su personalidad, o qué tremendo factor habitaría en él, que la mayor parte de los seres humanos afortunadamente no poseían? El rostro delgado y cubierto de acné era enteramente normal, Miller bien podría haber sido un ejecutivo de Merril Lynch o de cualquier otra empresa del mundo de las finanzas. El padre de Jack se había pasado la vida en contacto con criminales, pero a él la existencia de esos seres lo intrigaba profundamente. ¿Por qué serás diferente? ¿Qué te hace ser lo que eres? tuvo ganas de preguntarle Ryan, a sabiendas de que aun en el caso de que su pregunta tuviera respuesta, él no la obtendría. Entonces observó los ojos de Miller. Buscaba... algo, una chispa de vida, de humanidad; algo que le indicara que ese era realmente otro ser humano. Tal vez no transcurrieron más que dos segundos, pero Ryan tuvo la sensación de haber pasado largos minutos en contemplación de esos ojos grises en los que vio...

Nada. Absolutamente nada. Y Jack empezó a comprender.

—En las actuaciones debe figurar —entonó el juez, dirigiéndose al reportero del juzgado—, que el testigo reconoció al acusado, Sean Miller.

—Gracias, Milord —concluyó Richards.

Ryan aprovechó la oportunidad para sonarse la nariz. Durante el fin de semana anterior se había resfriado.

—¿Se encuentra cómodo, doctor Ryan? —preguntó el juez. Jack se dio cuenta de que hasta ese momento había estado apoyándose contra el pasamanos de madera.

—Le pido disculpas Su Seño... Milord. Este yeso es un poquito cansador. —Cada vez que Sally pasaba junto a su padre había adquirido la costumbre de cantar: "Soy una teterita..."

—Alguacil, alcáncele un banco al testigo —ordenó el juez.

El grupo de abogados defensores estaba sentado a corta distancia de los fiscales en la misma hilera de bancos de roble con almohadones de cuero verde. Enseguida se acercó el alguacil con un sencillo banquito de madera sobre el que Ryan se instaló. Lo que realmente necesitaba era un cabestrillo para el brazo izquierdo, pero poco a poco se iba acostumbrando al peso del yeso. Lo

enloquecía una picazón constante, contra la que no había nada que hacer.
El abogado defensor se levantó con un aire de elegante deliberación. Se llamaba Charles Atkinson, pero era más conocido como Charlie el Rojo, por su clara predilección por las causas y los crímenes radicales. Se suponía que era un baldón para el Partido Laborista al que hasta poco antes había representado en el Parlamento. Charlie el Rojo era un individuo con un sobrepeso de alrededor de quince kilos y lucía la peluca torcida sobre un rostro extrañamente delgado en comparación con el marco robusto de su cuerpo. Defender a terroristas debe de proporcionarle excelentes ganancias, pensó Ryan. Ahí hay un asunto que debe de estar analizando Owens, se dijo para sus adentros. ¿De dónde proviene su dinero, señor Atkinson?
—Con el permiso de Milord —dijo con formalidad el abogado, dirigiéndose al juez. Se encaminó lentamente hacia Ryan con un puñado de anotaciones en la mano.
—Doctor Ryan... ¿o debería más bien llamarlo Sir John?
Jack hizo un gesto con la mano.
—Como le guste, señor —contestó con indiferencia. Le habían hecho advertencias con respecto a Atkinson. Es un cretino muy inteligente, le aseguraron. Durante su época de corredor de Bolsa Ryan había conocido unos cuántos de esos cretinos inteligentes.
— ¿Entiendo que usted fue teniente en la Infantería de Marina de los Estados Unidos?
— Sí, señor, así es.
Atkinson consultó sus notas y después miró al jurado.
—La Infantería de Marina es una gentuza sedienta de sangre —murmuró
Perdón, señor, ¿sedienta de sangre? —preguntó Ryan—. No, señor. La mayoría de los infantes de Marina que yo conozco son bebedores de cerveza.
Atkinson se volvió hacia Ryan mientras en la galería estallaba una carcajada, Dirigió a Jack una tenue y peligrosa sonrisa. Ryan sabía que debía cuidarse de sus juegos de palabras y de su habilidad táctica en el juicio. ¡Al diablo con todo! se dijo Ryan. Le devolvió la sonrisa ¡A la carga, hijo de puta.
—Discúlpeme, Sir John. Lo dije en un sentido figurativo. Quise decir que los infantes de Marina de los Estados Unidos tienen fama de agresivos. Sin duda eso debe de ser cierto, ¿no?
—Los infantes de Marina pertenecen a una tropa de infantería liviana que se especializa en ataques anfibios. Hemos sido muy bien entrenados, pero en el fondo somos como cualquier otro soldado. Simplemente nos hemos especializado en un campo particularmente duro —contestó Ryan con la esperanza de haberlo hecho trastabillar un poco. Se consideraba arrogantes a los infantes de Marina, pero eso era pura propaganda cinematográfica. En Quantico le habían enseñado que si uno es realmente capaz no tiene ninguna necesidad de ser arrogante.
—¿Tropas de asalto?
—Sí, señor.
—Trate de no ser demasiado modesto, Sir John. ¿Qué clase de hombre se elige para conducir tropas como esas? ¿Agresivo? ¿Decidido? ¿Intrépido? Ciertamente debe poseer esas cualidades en un grado mayor que un soldado común.
—En realidad, señor, en mi edición de La Guía para Oficiales de Infantería de Marina, la cualidad que el cuerpo más valora en un oficial es la integridad. —Ryan volvió a sonreír. En ese sentido, Atkinson no había hecho bien sus deberes. —Yo fui comandante de un pelotón, por supuesto, pero, como me explicó mi capitán cuando subí a bordo, mi principal tarea consistía en llevar a cabo las órdenes que él me impartía y en apoyarme en mi sargento para que él me proporcionara su experiencia práctica. Se suponía que mi trabajo consistía tanto en un aprendizaje práctico como en un comando, en fin me refiero a algo que a nivel empresario se llama pagar derecho de piso. Uno no empieza sacudiendo el mundo el primer día en que se inicia en un trabajo.
Atkinson frunció un poco el entrecejo. El asunto no andaba como él esperaba.

—Este... entonces, Sir John, un teniente de la Infantería de Marina en realidad viene a ser igual al líder de un grupo de boy scouts. Me imagino que no será eso lo que nos quiere decir —preguntó con sarcasmo.
—No, señor. Discúlpeme, no quise dar esa impresión. Pero tampoco somos un puñado de bárbaros super agresivos. Mi trabajo consistía en llevar a cabo las órdenes que se me impartían, en ser tan agresivo como las circunstancias lo exigieran y, como en el caso de cualquier otro oficial, en ejercitar cierta dosis de sentido común. Pero sólo estuve allí durante tres meses y cuando fui herido todavía continuaba mi aprendizaje de oficial. Los infantes de Marina obedecen órdenes. Los oficiales las imparten, por supuesto, pero el subteniente es el menos importante de los oficiales. Uno tiene que aceptar mucho más de lo que da. Supongo que usted nunca ha estado en el Ejército.
—¿Y entonces qué clase de entrenamiento le impartieron? —preguntó Atkinson, enojado o simulando estarlo.
Richards miró a Ryan como advirtiéndole que tuviera cuidado. Le había aconsejado en varias oportunidades que no intentara cruzar espadas con Charlie el Rojo.
—En realidad nos enseñaron las virtudes esenciales de liderazgo en el campo de batalla. Cómo conducir a los hombres —contestó Ryan—. Cómo reaccionar ante determinada situación táctica. Cómo utilizar los armamentos que posee el pelotón, y, en menor grado, las armas de la compañía de carabineros. Cómo pedir el apoyo de la artillería y la aviación...
—¿Cómo reaccionar?
—Sí, señor, eso formaba parte del entrenamiento. —Ryan contestaba con la mayor lentitud posible cuidando de mantener un tono de voz tranquilo, amistoso e informativo—Nunca he estado en una situación de combate ni en nada que se le parezca, aparte de este asunto, por supuesto, pero nuestros instructores fueron muy claros cuando nos dijeron que uno no tiene tiempo de pensar demasiado cuando las balas silban alrededor. Uno tiene que saber qué hacer, y hacerlo rápido... porque en caso contrario mueren sus subordinados.
—Excelente, Sir John. Lo entrenaron para reaccionar con rapidez y decisión frente a un estímulo táctico, ¿no es así?
—Sí, señor. —A Ryan le pareció ver venir la emboscada.
—Así que en el infortunado incidente que estamos tratando ante esta corte, ¿usted atestiguó que cuando se produjo la explosión inicial estaba mirando para otro lado?
—Así es, señor. No miraba hacia el lugar donde se produjo la explosión. —¿Y cuánto tardó en volverse para ver lo que sucedía?
—Bueno, señor, como ya dije, lo primero que hice fue poner a salvo a mi esposa y a mi hija. Después levanté la vista. ¿Cuánto tiempo me puede haber tomado eso? —Ryan ladeó la cabeza. —Por lo menos un segundo, señor, y tal vez hasta tres. Lo lamento, pero como ya expliqué resulta difícil recordar ese tipo de cosas... es decir, uno no tiene enchufado un cronómetro en la cabeza.
—¿Así que cuando finalmente levantó la mirada, no había visto lo sucedido hasta el momento?
—Correcto, señor. —Vamos, Charlie, hazme la pregunta siguiente.
—¿Por tanto no vio a mi cliente arrojando la granada de mano ni disparando su pistola?
¡Qué maravilla! pensó Ryan, sorprendido de que Charlie utilizara esa clase de treta. Bueno, algo tiene que intentar, ¿verdad?
—No, señor. La primera vez que lo vi corría alrededor del auto desde el lugar en que se encontraba el otro hombre, el que resultó muerto... el del rifle. Al instante siguiente se encontraba en el extremo derecho de la parte trasera del Rolls, dándome la espalda, empuñando la pistola en la mano derecha y apuntando hacia adelante y hacia abajo, como si...
—Esas son presunciones suyas —interrumpió Atkinson—. ¿Como sí que? ¿Pudo haber sido por varios motivos? ¿Pero qué motivos? ¿Cómo pudo saber usted lo que él estaba haciendo allí? No lo vio bajar del auto que después huyó. Por lo que usted sabía bien podía ser otro transeúnte que, igual que usted, corría a rescatar a los atacados, ¿no es así?

Se suponía que Jack debía mostrarse sorprendido ante ese alegato.
—¿Presunción, señor? No, yo lo llamaría deducción. Para que estuviera corriendo al rescate tal como usted sugiere, tendría que haber llegado del otro lado de la calle. Dudo de que nadie pudiera haber reaccionado con la velocidad necesaria para hacer todo eso, sin contar que había allí un tipo con una ametralladora, cosa que haría que cualquiera lo pensara dos veces antes de actuar. Además, yo lo vi correr directamente desde el lugar donde estaba apostado el hombre con la AK47. Si corría al rescate, ¿por qué desde allí? ¿Y si empuñaba un arma, por qué no le disparó? En ese momento no consideré esa posibilidad, señor, y aun ahora me parece altamente improbable.
Una vez más, esa es una conclusión. Sir John señaló Atkinson, con el tono de voz en que un adulto se dirige a una criatura retardada.
— Señor, usted me hizo una pregunta y yo traté de responderle, con los motivos que respaldan mi respuesta.
—¿Y usted pretende que creamos que todo eso le pasó por la cabeza en el término de breves segundos? —Atkinson se volvió a mirar al jurado.
—Sí, señor, así fue —aseguró Ryan con convicción—. Eso es todo lo que puedo decir... porque así fue.
—Supongo que no le habrán informado que mi cliente nunca ha sido arrestado ni acusado de ningún crimen.
— Supongo que eso convierte este acto en su primer delito.
— Eso tendrá que decidirlo el jurado —replicó el abogado de mal modo—. Usted no lo vio disparar un solo tiro, ¿verdad?
—No, señor, pero su automática tenía un cargador con capacidad para ocho balas y sólo le quedaban tres. Cuando yo disparé el tercer tiro quedó vacía.
—¿Y qué hay con eso? Por lo que usted sabe, esa pistola pudo haber sido disparado por otro. Pero a él no lo vio disparar, ¿verdad?
—No, señor.
Así que pudo haberla arrojado a la calle alguno de los que viajaban en el auto. Cabe la posibilidad de que mí cliente la haya recogido y, repito, estuviera haciendo lo mismo que usted... todo esto puede ser cierto, pero usted no tiene manera de saberlo, ¿verdad?
—Yo no puedo atestiguar acerca de lo que no vi, señor. Sin embargo, vi la calle, el tráfico y el resto de los peatones. Si su cliente hizo lo que usted sugiere, ¿de dónde salió?
Precisamente... usted lo ignora, ¿verdad? —contestó Atkinson con acritud.
—La primera vez que vi a su cliente, señor, venía del lugar donde estaba detenido el auto —Jack señaló la maqueta colocada sobre la mesa de las evidencias—. Para que hubiera podido salir de la vereda, recoger la pistola, y aparecer donde estaba cuando lo vi, tendría que ser un corredor olímpico, porque de otra manera es imposible.
Bueno, nunca lo sabremos, ¿no es cierto? Eso ha quedado establecido en su declaración. Usted reaccionó con precipitación, ¿no cree? Reaccionó tal como le enseñaron a hacerlo en la Infantería de Marina, sin detenerse a analizar la situación. Entró corriendo en escena, impetuosamente, atacó a mi cliente, lo dejó inconsciente y después intentó matarlo.
—No, señor, no intenté matar a su cliente. Ya he...
—¿Entonces por qué disparó contra un hombre que estaba inconsciente y que no se podía defender?
—Milord —interrumpió el abogado Richards poniéndose de pie—. Ya hemos contestado a esa pregunta.
—El testigo puede volver a contestar, después de haber tenido tiempo para una mayor reflexión entonó el juez Wheeler. Nadie iba a poder alegar que ese juicio era injusto.
—Señor, yo no sabía que estaba inconsciente y tampoco sabía cuánto tiempo demoraría en levantarse. Así que le disparé para dejarlo fuera de combate. No quería que se levantara por un rato.
—Estoy seguro de que eso es lo mismo que dijeron en My Lai.

—Esos no fueron los infantes de Marina, señor Atkinson —retrucó Ryan.
El abogado le sonrió.
—Supongo que los de su arma han sido mejor entrenados para guardar silencio. Tal vez usted mismo haya recibido un buen entrenamiento en ese sentido...
—No, señor. No me entrenaron para eso. —Está tratando de enfurecerte, Jack. Sacó el pañuelo y volvió a sonarse la nariz. Dos respiraciones hondas lo ayudaron a contenerse. —Discúlpeme, me temo que el clima inglés me ha provocado un resfrío. Con respecto a lo que acaba de decir: si la Infantería de Marina entrenara a sus hombres en esa clase de cosas, hace años que los diarios lo hubiesen publicado en primera plana. No, dejando de lado por el momento el aspecto moral del asunto, el Cuerpo tiene un criterio mucho más inteligente en lo que se refiere a relaciones públicas, señor Atkinson.
—¿Ah, sí? —El abogado se encogió de hombros—. ¿Y qué me dice de la
CIA?
—¿Perdón?
—¿Qué puede decir con respecto a los informes de la prensa que afirman que usted trabajaba para la CIA?
— Señor, las únicas veces que he sido pagado por el gobierno de las Estados Unidos, —Jack elegía muy cuidadosamente sus palabras— el dinero provino del Ministerio de Marina, primero, para abonar mi sueldo como infante, y después, es decir en la actualidad, como Instructor de la Academia Naval de mi país. Nunca he sido empleado de ninguna otra agencia del gobierno... y punto.
— ¿Así que no es agente de la CIA? Le recuerdo que está bajo juramento. —No señor; ni soy ni he sido jamás agente de ninguna especie... aparte de haber sido corredor de Bolsa. No trabajo para la CIA.
—¿Y esos informes de los diarios?
Me temo que tendrá que hacerles esa pregunta a los periodistas. No sé de dónde ha surgido esa versión. Enseño historia. Mi oficina está situada en Leahy Hall, en terrenos de la Academia Naval. Eso queda bastante lejos de Langley.
—¿Langley? Entonces usted sabe dónde está el cuartel general de la CIA.
—Sí, señor. Ya he declarado que pronuncié allí una conferencia. Fue la misma conferencia que había ofrecido el mes anterior en la Escuela Naval de Guerra de Newport, Rhode Island. Mi trabajo se refería a la naturaleza táctica de la toma de decisiones. Nunca he trabajado para la Agencia Central de Inteligencia, pero una vez pronuncié allí una conferencia. Tal vez haya sido eso lo que dio pie a las publicaciones de los diarios.
—Creo que está mintiendo, Sir John —observó Atkinson. No del todo, Charlie.
—No puedo impedir que usted piensa lo que quiera, señor. Sólo puedo contestar sus preguntas con veracidad.
—¿Y nunca escribió un informe oficial para el gobierno que se titulaba Agentes y agencias?
Ryan no se permitió reaccionar. ¿Dónde obtuviste ese dato, Charlie? Contestó la pregunta con enorme cuidado.
—Señor, el año pasado... es decir el verano pasado, al término del año lectivo, se me ofreció el cargo de asesor contratado de una compañía privada que realiza trabajos para el gobierno. Me refiero a la Corporación Mitre; fui temporalmente empleado de ellos como parte de uno de los contratos de asesoramiento que la compañía le brindaba al gobierno. El trabajo en cuestión era clasificado de máximo secreto, pero obviamente no tuvo nada que ver con este caso.
—¿Obviamente? ¿Por qué no deja que eso lo decida el jurado?
— Señor Atkinson —dijo el juez Wheeler con tono cansado— ¿está sugiriendo que ese trabajo en el que estuvo involucrado el testigo tiene una conexión directa con el caso que se dirime ante esta corte?
—Creo que cabe la posibilidad de que queramos establecer ese punto, Milord. Tengo la convicción de que el testigo está engañando a la corte.

— Muy bien el juez se volvió—. Doctor Ryan, ese trabajo para el que fue contratado tuvo alguna conexión, por pequeña que fuese, con el caso de asesinato cometido en la ciudad de Londres o con cualquiera de las personas involucradas en este caso?
—No, señor.
—¿Está completamente seguro?
—Sí, señor.
—¿Es usted en la actualidad o ha sido en algún momento empleado de alguna agencia de inteligencia o de seguridad del gobierno norteamericano? —No, señor, con excepción de la Infantería de Marina.
—Le recuerdo que ha jurado decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. ¿Trató de engañar a la corte en algún sentido, doctor Rvan?
—No, señor. Absolutamente no.
—Gracias, doctor Ryan. Creo que ese asunto ya ha quedado aclarado.
—El juez Wheeler se volvió hacía su derecha. —Su próxima pregunta, señor Atkinson.

Ryan pensó que ante eso el abogado debía de estar furioso, aunque no permitía que su enojo se trasluciera. También se preguntó si alguien habría puesto en antecedentes al juez,
—¿Usted dice que baleó a mi cliente simplemente para tener la esperanza de que no se levantaría?
Richards se puso de pie.
—Milord, el testigo ya ha...
—Si su Señoría me permite hacer la siguiente pregunta, el asunto quedará más claro.
— Proceda.
— Doctor Ryan: usted dijo que baleó a mi cliente con la esperanza de que no se levantaría. ¿La Infantería de Marina de los Estados Unidos enseña a disparar para herir o para matar?
—Para matar, señor.
—¿Y por lo tanto, usted nos está diciendo que actuó en contra del entrenamiento recibido?
— Sí, señor. Era bastante evidente que no me encontraba en un campo de batalla. Estaba en la calle de una ciudad. Nunca me pasó por la cabeza la idea de matar a su cliente. —Ojalá se me hubiese ocurrido, porque en ese caso probablemente en este momento no me encontraría aquí, pensó Ryan, al tiempo que se preguntaba si ese pensamiento sería veraz.
—Así que actuó de acuerdo a su entrenamiento cuando saltó a la calle en The Mall, pero minutos más tarde dejó de lado ese mismo entrenamiento.
¿Le parece lógico que creamos eso?
Atkinson por fin había logrado confundir a Ryan. En ese momento Jack no sabía adónde irían a parar esas preguntas.
— No lo había pensado de esa manera, señor, pero sí, tiene razón —admitió—. Es precisamente lo que sucedió,
— Y enseguida usted se deslizó hasta uno de los rincones del automóvil, vio al segundo hombre a quien ya había visto antes y, en lugar de herirlo, lo mató a tiros sin previo aviso. En este caso resulta clarísimo que volvió a actuar de acuerdo a su entrenamiento de Infante de Marina y que tiró a matar. ¿No le parece que esto es inconsistente?
Jack meneó la cabeza.
—De ninguna manera, señor. En cada caso utilicé la fuerza necesaria para... bueno, la fuerza que tuve que usar, tal como yo veía las cosas.
— Creo que se equivoca, Sir John. Creo que del principio al fin usted reaccionó como un típico oficial arrebatado de la Infantería de Marina de los Estados Unidos. Se zambulló en una situación que no comprendía con claridad, atacó a un hombre inocente, y después intentó matarlo mientras él yacía indefenso e inconsciente sobre la calle. Enseguida bajó a balazos a

otro hombre, sin siquiera considerar la posibilidad de desarmarlo. Usted no los conocía, y ni siquiera ahora sabe lo que en realidad estaba sucediendo, ¿no es verdad?
— No, señor, no creo que ese fuera el caso. ¿Qué se supone que debía haber hecho con el segundo hombre?
Atkinson vio que se le presentaba una oportunidad y la utilizó.
—Acaba de decirle a la corte que usted sólo deseaba dejar fuera de combate a mi cliente... cuando en realidad intentó matarlo. ¿Cómo pretende que le creamos cuando su acto siguiente no tuvo nada que ver con una solución pacífica?

—Señor, cuando vi por primera vez a McCrory, el segundo pistolero, él
empuñaba un rifle de asalto AK47. Enfrentar una ametralladora liviana con una pistola....
—Pero esa vez usted notó que ya no empuñaba la Kalashnikov, ¿no es cierto?
—Sí, señor, eso es cierto. Si la hubiera conservado... no sé, tal vez yo no hubiese rodeado el auto, tal vez le habría disparado parapetándome, es decir, protegido por la carrocería del automóvil.
— ¡Ah! ¡Comprendo! —exclamó Atkinson—. En cambio ahí estaba su oportunidad de matar al hombre al más puro estilo cowboy. —Levantó las manos—. ¡Dodge City en pleno Mall!
— Ojalá me explicara lo que cree que debería haber hecho —dijo Jack con cierta exasperación.
—Tratándose de alguien capaz de atravesar el corazón de un hombre al primer disparo, ¿por qué no arrancarle el arma de la mano de un tiro, Sir John?
—¡Ah! Ya veo. —Atkinson acababa de cometer un error. Ryan meneó la cabeza y sonrió. —Me encantaría que se pasara en limpio.
—¿Qué? —preguntó el abogado, tomado por sorpresa.
—Señor Atkinson, hace unos instantes usted afirmó que yo traté de matar a su cliente. Me encontraba a un metro de distancia, y sin embargo no lo maté. De manera que como tirador debo de ser un fracaso. Pero usted me supone capaz de acertarle a la mano de un hombre a cinco o seis metros de distancia. Las cosas no se dan así, señor. Soy un buen tirador o un mal tirador, pero no puedo ser ambas cosas. Además, eso de arrancarle de un tiro el arma de la mano a un hombre, es una tontería de la televisión. En televisión, un tipo con buena puntería puede hacer eso, pero la televisión no es la vida real. Con una pistola, uno apunta al centro del blanco. Eso es lo que hice. Dejé de parapetarme detrás del auto para tener un buen campo visual y apunté cuidadosamente. Si McCrory no hubiera vuelto su arma en contra de mí, no puedo asegurarlo, pero posiblemente no habría disparado. Pero se volvió y disparó, como lo podrá comprobar por el estado de mi hombro... y yo devolví el disparo. Es cierto que podría haber actuado de otra manera. Desgraciadamente no lo hice. Tuve... no tuve demasiado tiempo para la acción. Actué lo mejor que pude. Lamento que ese hombre haya muerto, pero la elección también fue suya. El vio que le apuntaba... pero se volvió y disparó. Y él disparó primero, señor.
—Pero usted no pronunció una sola palabra, ¿verdad?
—No, creo que no —admitió Jack.
—¿No le gustaría haber actuado de otra manera?
—Señor Atkinson, si es lo alivia, durante las últimas cuatro semanas he pensado y repensado lo sucedido innumerables veces. De haber tenido más tiempo para pensar, tal vez habría actuado de manera distinta. Pero nunca lo sabré, porque no conté con ese tiempo. —Jack hizo una pausa. —Tal vez lo mejor para todos los que estamos involucrados hubiera sido que esto no sucediera. Pero yo no soy culpable de que sucediera, señor. Fue él.
—Y Jack se permitió volver a mirar a Miller.
Miller estaba sentado en una silla de madera de respaldo recto, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza levemente ladeada hacia la izquierda. Empezó a esbozar una sonrisa. Pero no llegó demasiado lejos. Era una sonrisa que estaba solamente dedicada a Ryan... y tal

vez no sólo a mí, comprendió Jack. Mientras lo observaba desde nueve metros de distancia, los ojos de Sean Miller ni siquiera pestañearon... cosa que sin duda se debía a la práctica. Ryan le devolvió la mirada, cuidando de mantener un rostro inexpresivo, y mientras el reportero de la corte terminaba de transcribir el testimonio de Ryan y los visitantes de la galería intercambiaban observaciones susurrantes, Jack y Miller permanecieron completamente solos, cada uno poniendo a prueba la fuerza de voluntad del otro. ¿Qué hay detrás de esos ojos? se volvió a preguntar Jack. Ni la menor debilidad, sin duda. Este es un juego, el juego de Miller que él ya ha practicado antes, pensó Ryan con certidumbre. Había fuerza en esa mirada, la fuerza que uno podía encontrar en un animal depredador. Pero no había nada que sofrenara esa fuerza. No existía la suavidad de la moral ni de la conciencia; sólo la fuerza y la voluntad. Rodeado por cuatro policías, Sean Miller estaba tan sujeto como un lobo enjaulado, y miraba a Ryan como podría haberlo mirado un lobo desde detrás de los barrotes, sin dar muestras de reconocer en él a un ser humano. Era un animal de presa que miraba una cosa y se preguntaba cómo podía alcanzarla. El traje y la corbata eran un disfraz, lo mismo que la sonrisa que les dirigió a sus amigos de la galería. Y en ese momento no pensaba en ellos. Tampoco pensaba en lo que decidiría la corte. No pensaba en la prisión. Jack lo sabía. Sólo pensaba en algo llamado Ryan, algo que veía pero que estaba fuera de su alcance. Y allí en el estrado de los testigos, Jack flexionó la mano derecha que tenía sobre las rodillas, como para apoderarse de la pistola que permanecía a pocos metros de distancia, sobre la mesa de las evidencias.

Pero, después de todo, no era un animal enjaulado. Miller poseía inteligencia y educación. Era capaz de pensar y de planear, como los seres humanos, pero no había impulso humano que lo contuviera cuando decidía ponerse en movimiento. Las investigaciones académicas sobre terroristas que Jack había llevado a cabo para la CIA los tomaban como abstracciones, como robots que se movían y hacían cosas, y que debían ser neutralizados de una u otra manera. Pero él nunca pensó que se toparía cara a cara con uno. Y más importante: nunca supuso que uno de ellos lo miraría de esa manera. ¿Ignoraba que Jack sólo había cumplido con sus deberes cívicos?

Eso no te importa nada. Soy algo que se interpuso en tu camino. Que te hirió, que mató a tu amigo e hizo fracasar tu misión. Quieres quedar a mano conmigo, ¿verdad? Un animal herido siempre buscará a su verdugo, se dijo Jack. Y este animal herido tiene un cerebro. Éste tiene memoria. Sin que nadie lo notara, se secó en el pantalón la mano transpirada. Este está pensando.

Ryan estaba asustado de una manera desconocida para él. Demoró varios minutos en recordar que Miller se encontraba rodeado por cuatro policías, que el jurado lo declararía culpable, que sería sentenciado a prisión perpetua, y que la vida de la cárcel modificaría a la persona o a la cosa que vivía detrás de esos pálidos ojos grises.

Y yo fui infante de Marina, se recordó Jack. No te tengo miedo. Puedo encargarme de ti, miserable. Ya te dejé fuera de combate una vez, ¿no? Le devolvió la sonrisa a Sean Miller, apenas una curva en la comisura de la boca. No es un lobo... es una comadreja. Desagradable, pero indigna de causar preocupaciones, se dijo. Jack dejó de mirarlo, como se deja de mirar a un animal del zoológico. Se preguntó si Miller habría percibido su silenciosa bravata. —No haré más preguntas —concluyó Atkinson.

—El testigo puede retirarse —declaró el juez Wheeler.

Jack se puso de pie y se volvió para encontrar el camino de salida. Al hacerlo, sus ojos volvieron a pasar sobre Miller por última vez, el tiempo suficiente para notar que la mirada y la sonrisa del reo no habían cambiado.

Jack salió al enorme vestíbulo mientras otro testigo entraba en la sala del juzgado. Encontró a Dan Murray esperándolo.

—No estuvo mal —observó el agente de la FBI—, pero hay que tener cuidado al cruzar espadas con un abogado. Casi logró embarullarte.

— ¿Crees que será perjudicial?

Librodot

Murray hizo un movimiento negativo con la cabeza.
—¡No! El juicio no es más que una formalidad, el caso está prácticamente cerrado.
— ¿Qué pena le darán?
—Cadena perpetua. Por lo general aquí "perpetua" no significa más tiempo que en otros lugares: seis u ocho años. Pero en el caso de este muchacho cadena perpetua significa "cárcel de por vida". ¡Ah, ahí está Jimmy!
El comandante Owens recorrió el corredor y se les reunió.
—¿Cómo se portó nuestro crédito?
—No habrá ganado un Oscar, pero al jurado le gustó.
—¿Cómo lo sabes?
—Hasta ahora nunca has pasado por esto, ¿verdad? Mientras declarabas quedaron completamente quietos, y apenas respiraban cuando narraste lo sucedido. Creyeron cada una de tus palabras, sobre todo cuando confesaste lo que habías pensado y lo que te preocupaba el asunto. Te consideraron un tipo honesto.
—Lo soy —corroboró Ryan—. ¿Y qué?
—No todo el mundo lo es —señaló Owens—. Y los jurados tienen la habilidad de descubrirlo. Por lo menos la mayoría de las veces. Murray asintió.
—Nosotros dos tenemos algunas buenas —es decir, no tan buenas— historias acerca de lo que puede hacer un jurado, pero en el fondo el sistema da bastante buen resultado. Comandante Owens, ¿por qué no convidamos a este caballero con una cerveza?
—Excelente idea, agente Murray
—Owens tomó el brazo de Ryan y lo condujo hacia la escalera.
—Ese tipo es un cretinito aterrorizante, ¿verdad? —preguntó Ryan. Buscaba una opinión profesional.
—Así que lo notaste, ¿eh? —observó Murray—. Bienvenido al mundo maravilloso del terrorismo internacional. Sí, es un hijito de puta duro, de eso no cabe la menor duda. Al principio casi todos lo son.
—Dentro de un año habrá cambiado un poco. Es cierto que es un tipo duro, pero a veces los más duros son los más quebradizos —aclaró Owens—. En algunos casos se hacen pedazos. El tiempo juega a favor de nosotros, Jack. Y aunque no fuera así en este caso, por lo menos es uno menos para preocuparnos.

—Un testigo muy confiable —expresó el comentarista del noticiero de televisión—. El doctor Ryan repelió un decidido ataque del abogado defensor, Charles Atkinson, e identificó con absoluta certeza al acusado Sean Miller en el segundo día del juicio del crimen del Mall. La pantalla mostró la imagen de Ryan que bajaba la colina donde estaba ubicada la corte, ayudado por dos hombres. El norteamericano gesticulaba al hablar y rió al pasar junto a la cámara de TV.
—Nuestro viejo amigo Owens. ¿Y quién es el otro? —preguntó O'Donnell.
—Daniel E. Murray, el representante del FBI en Grosvenor Square —contestó su oficial de inteligencia.
—¡Ah! Nunca le había visto la cara. Así que ese es él. Juraría que salieron en busca de una cerveza. El héroe y sus lacayos. Lástima no haber podido tener un hombre con una RPG apostado ahí mismo... —En una oportunidad habían vigilado a James Owens, tratando de encontrar la manera de asesinarlo, pero siempre iba seguido de un auto escolta y jamás seguía dos veces la misma ruta. Su casa esta permanentemente vigilada. Podrían haberlo matado, pero la huida habría sido demasiado riesgosa y a O'Donnell no le gustaba que sus hombres realizaran misiones suicidas.
—Ryan regresa a su país mañana o pasado.
—¿Ah, sí? —el oficial de inteligencia no estaba enterado. ¿De dónde sacará Kevin todos esos informes especiales...?

—Qué lástima, ¿no? ¿No habría sido grandioso devolverlo a su país dentro de un féretro, Michael?
—Creí que habías dicho que no era un blanco que valiera la pena —objetó Mike McKenney.
—Ah, pero es un tipo orgulloso, ¿no? Se atreve a desafiar a nuestro amigo Charlie y sale a los saltos del Bailey en busca de un balón de cerveza. ¡Maldito norteamericano, tan seguro de sí mismo! —No sería maravilloso... Kevin O'Donnell sacudió la cabeza. —Tenemos que planear otras cosas. Sir John puede esperar, y nosotros también.

7 Vuelo directo a casa

El vestíbulo de la Terminal número 4 del aeropuerto de Heatrow era bastante tranquilizante, o lo habría sido si volar no pusiera tan nervioso a Jack. Más allá de los ventanales que se extendían del piso hasta el techo, alcanzaba a ver el Concorde que a los pocos minutos abordaría para regresar a su país.
—Ojalá el Bureau me permitiera viajar ida y vuelta en ese pájaro —observó Murray.
—¡Qué lindo es! —exclamó Sally Ryan.
No es más que otro maldito avión, se dijo Jack. Uno no comprende cómo se mantienen en el aire. Jack no recordaba si era el principio de Bernoulli o el efecto de Venturi, pero sabía que lo que permitía que los aviones volaran era algo que se infería, aunque no se viera. Recordó que algo había interrumpido ese principio o ese efecto sobre Creta y que la cosa estuvo a punto de costarle la vida y que diecinueve meses después ese mismo factor causó la muerte de sus padres a mil quinientos metros de la pista de aterrizaje del Aeropuerto Internacional O'Hare de Chicago. Intelectualmente sabía que su helicóptero de la Marina había caído debido a fallas mecánicas y que el mantenimiento de los aviones comerciales era más simple que el de los CH46. También sabía que el mal tiempo había sido el factor principal en el caso de la muerte de sus padres pero para él había algo ultrajante en el hecho de volar, algo que iba en contra de la naturaleza.
Está bien, Jack. ¿Por qué no volver a vivir en cavernas y cazar osos con un palo filoso? ¿Qué tiene de natural enseñar historia, mirar televisión o manejar un auto. ¡Pedazo de idiota!
Pero es que odio volar, se recordó.
—Los Concorde nunca han tenido un accidente señaló Murray—. Y los hombres de Jimmy Owens revisaron ese pájaro a fondo. Esa mañana los expertos en explosivos del C13 habían pasado más de una hora asegurándose de que nadie hubiese colocado una bomba a bordo, y en ese momento el avión estaba rodeado por un grupo de policías que vestían el uniforme de la British Airways. Pero a Jack no le preocupaba la posibilidad de una bomba. Los perros podían encontrar bombas.
—Ya lo sé —contestó con una débil sonrisa. No es más que una cobardía innata de mi parte.
—Sería una cobardía que no abordaras ese avión —señaló Murray. Le sorprendía que Ryan estuviera tan nervioso, aunque consideraba que lo disimulaba bastante bien. A Murray le encantaba volar.
No, al contrario, abordar ese avión es una falta de inteligencia, se dijo Jack interiormente. ¡Si serás cobarde! le informó otra parte de su cerebro. ¿Qué clase de infante de Marina eres?
—¿Cuando despegamos, papá? —preguntó Sally.
—A la una —informó Cathy a su hija—. Y no molestes a tu padre.
Despegamos, pensó Jack con una sonrisa. ¡Maldito sea! ¡No hay nada que temer y lo sabes! Sacudió la cabeza y bebió unos sorbos de la copa que le había sido obsequiada por el servicio del bar. Contó cuatro agentes de seguridad en el vestíbulo, todos tratando de pasar inadvertidos. Owens no estaba dispuesto a correr riesgos durante el último día de la estada de Ryan en Inglaterra. El resto quedaba en manos de la British Airways. Ni siquiera le habían

Librodot

cobrado la diferencia entre su pasaje de clase turista y el de primera. Ryan se preguntó si ese sería un augurio de buena o de mala suerte.
Una voz femenina anunció el vuelo. Jack terminó su copa y se puso de pie.
—Gracias por todo, Dan.
— ¿Nos podemos ir ahora, papá? —preguntó Sally con alegría. Cathy tomó la mano de su hija.
—¡Espera un momento! —Murray se inclinó hacia Sally—. ¿No me das un beso?
— ¡Sí! —contestó Sally con entusiasmo—. Adiós, señor Murray.
—Cuide mucho a nuestro héroe —recomendó el agente del FBI a Cathy.
—Le prometo que estará bien —aseguró ella.
Murray estrujo la mano de Jack.
¿Volverás a tus clases de historia?
—Es mi trabajo —contestó Ryan.
—Veremos —observó crípticamente Murray—. ¿Cómo diablos te las arreglas para caminar con esa cosa puesta?
—Camino mal. —Ryan lanzó una risita. Creo que el médico debe de haber puesto algunas pesas de hierro dentro del yeso, o tal vez por error se olvidó parte del instrumental. Bueno, aquí estamos. —Acababan de llegar a la entrada de la pista.
—Bienvenido a bordo, Sir John lo saludó el comisario. Lo hemos ubicado en el 1D. ¿Ya ha volado en el Concorde?
—No —fue lo único que pudo murmurar Jack. Cathy, quien se le había adelantado, se volvió y sonrió. El túnel que conducía al avión parecía le entrada a una tumba.
;Bueno, lo espera una emoción incomparable! —pronosticó una azafata
!Un millón de gracias! Ryan estuvo a punto de ahogarse ante la perspectiva pero recordó que no podría estrangular a la muchacha con una sola mano. Entonces rió, No le quedaba más remedio.
Al llegar al avión tuvo que agacharse para no golpearse la cabeza. Adentro era pequeño; la cabina no tendría más de tres metros de ancho. Miró rápidamente hacia adelante y notó que la tripulación estaba hacinada en un espacio increíblemente reducido: sentarse en el asiento del copiloto debía de ser lo mismo que ponerse una bota. Otra azafata se dedicaba a colgar los abrigos. Tuvo que esperar hasta que lo viera, y después comenzó a avanzar de costado con el brazo enyesado adelante, abriéndose camino por el pasillo de la cabina.
— Aquí es —indicó el comisario de a bordo.
Jack se instaló en el asiento de la ventanilla de la primera fila. Cathy y Sally ya estaban sentadas del otro lado del pasillo. El yeso de Jack ocupaba casi todo el asiento 1C. Resultaba imposible que alguien más se instalara allí. Trató de ajustarse el cinturón de seguridad y descubrió que no le resultaba fácil hacerlo con una sola mano. Pero la azafata ya lo había previsto y lo ayudó.
— ¿Está cómodo?
—Sí—mintió Jack. Estoy perfectamente aterrorizado.
—Excelente. Ahí tiene su folleto de informaciones del Concorde —señaló una carpeta de vinílico gris.
—¿Quiere que le alcance alguna revista?
—No, gracias. En el bolsillo tengo un libro.
—Perfecto. Volveré a verlo en cuanto decolemos, pero si necesita algo, por favor toque el timbre.
Jack se ajustó el cinturón de seguridad mientras miraba la puerta del avión. Seguía abierta. Todavía estaba a tiempo de escapar. Pero sabía que no lo haría. Se reclinó contra el respaldo del asiento. También estaba tapizado de gris, y era un poco angosto, pero cómodo. El hecho de estar ubicado en primera fila le proporcionaba todo el lugar necesario para las piernas. La pared interna del avión —o lo que se llamara— era blanca y él tenía una ventanilla para mirar hacia afuera. No era demasiado grande: tendría el tamaño de dos libros de bolsillo, pero era

mejor que nada. Miró alrededor. La cabina estaba ocupada en sus tres cuartas partes. Esos eran viajeros experimentados... y opulentos. Jack supuso que en su mayoría serían industriales y notó que muchos leían el Financial Times. Y ninguno tenía miedo de volar. Se les notaba en los rostros impasibles._

—Señoras y señores, soy el capitán Nigel Higgins y les doy la bienvenida a bordo del vuelo 198 de British Airways, en el servicio Concorde con destino a Washington D.C. y a Miami, Florida. Despegaremos dentro de aproximadamente cinco minutos. Les ruego que no fumen y que permanezcan en sus asientos y con los cinturones de seguridad puestos. Muchas gracias.

Durante el pequeño discurso Ryan notó con amargura que habían cerrado la puerta. Una inteligente distracción mientras eliminaban la única vía de escape con que contaban los pasajeros. Se reclinó contra el respaldo y cerró los ojos, resignándose a su destino. Una de las cosas agradables de estar sentado en la primera fila era que, aparte de Cathy, nadie podía verlo. Sally estaba instalada en el asiento de la ventanilla opuesta, y su mujer lo entendía o, por lo menos, simulaba comprenderlo. Enseguida, la tripulación de cabina empezó a demostrarles cómo debían ponerse a inflar los salvavidas ubicados debajo de los asientos. Jack observó sin interés. Los antecedentes perfectamente seguros del Concorde significaban que nadie podía tener la menor idea sobre la mejor manera de amerizar en caso de accidente, y su ubicación en primera fila y tan lejos del ala le aseguraba que si llegaban a golpear el agua él se encontraría en la parte del fuselaje que se separaría del resto del avión y se hundiría irremediablemente, como un bloque de cemento. Aunque en definitiva eso ya no tendría importancia. El impacto mismo sin duda resultaría fatal.

Pedazo de imbécil, si este pájaro fuese peligroso a esta altura ya habrían perdido alguno.

Enseguida percibió el lloriqueo de las turbinas y sus glándulas estomacales segregaron todos sus ácidos. Volvió a certar los, ojos. No puedes escapar. Se obligó a controlar su respiración y a relajarse.

Un tractor que no alcanzaba a ver empezó a empujar el avión hacia atrás. Ryan miró por la ventanilla y observó que el paisaje se movía lentamente hacia adelante. Ojalá hubiéramos podido volver en barco, pensó, olvidando que años antes él había sido uno de los infantes que se mareó a bordo del Guam. El Concorde se detuvo durante algunos segundos y después empezó a moverse por sus propios medios.

Al llegar al fondo de la pista el avión dobló y se detuvo, oscilando levemente sobre su nariz. ¡Ahí vamos!

—Posiciones de partida —ordenó el intercomunicador. En la parte trasera de la cabina, la tripulación ocupó sus asientos y se sujetó los cinturones. En el 1D, Ryan se aferró al asiento como un hombre a punto de ser ejecutado. En ese momento tenía los ojos bien abiertos y miraba por la ventanilla.

El ruido de las turbinas aumentó considerablemente y el Concorde empezó a carretear. Segundos después el rugido de los motores pareció aumentar aún más y Ryan se sintió presionado contra el respaldo vinílico de su asiento. ¡Maldición! exclamó para sus adentros. La aceleración era impresionante, más del doble de lo que había experimentado antes. No tenía modo de medirla, pero era como si una mano invisible lo apretara hacia atrás mientras otra le tironeaba el yeso y trataba de volcarlo hacia un costado. La azafata tenía razón. Era emocionante. El pasto pasaba volando junto a su ventanilla; y entonces la nariz del avión se levantó en un ángulo casi agudo. Un golpe final anunció que las últimas ruedas acababan de despegar del piso. Al instante se encontraban a aproximadamente a trescientos metros de altura y subían como impulsados por un cohete, en un ángulo casi imposible. Miró a su mujer. ¡Uf! dijeron en silencio los labios de Cathy. Sally tenía la nariz pegada contra la ventanilla.

El ángulo de la trepada se hizo más suave. El personal de cabina ya había puesto manos a la obra y avanzaba con un carrito de bebidas. Jack pidió una copa de champagne. Su estado de ánimo no era precisamente celebratorio, pero los vinos espumantes siempre le hacían efecto con más rapidez. Miró por la ventanilla. Seguían subiendo. El vuelo era bastante suave, de ninguna manera peor que viajar en auto por un camino mal asfaltado.

Pero Jack sentía cada golpecito del avión, consciente de que estaban a varios cientos de metros de tierra firme.
Sacó el libro de su bolsillo y empezó a leer. Ese era uno de sus escapismos más seguros. Apoyó el codo izquierdo sobre el apoyabrazos del asiento y se concentró en la lectura. Había elegido bien su libro para el vuelo, uno de los de Alistair Home sobre el conflicto franco-alemán. Pero pronto encontró otro motivo para odiar el yeso. Resultaba difícil sostener el libro y dar vuelta las páginas con una sola mano. Para hacerlo tenía que apoyar el libro sobre sus rodillas.
Un breve impulso indicó que el Concorde había activado primero uno y enseguida el otro par de quemadores auxiliares. Sintió una nueva aceleración y la nave empezó a trepar una vez más, mientras rompía la velocidad del sonido atestiguando la veracidad de su nombre: Speedbird. Jack miró por la ventanilla. En ese momento volaban sobre el mar. Chequeó su reloj; en menos de tres horas aterrizarían en Dulles. Puedes soportar cualquier cosa, si son sólo tres horas, ¿no?
¡Como si tuvieras alguna posibilidad de elección! Una luz atrajo su mirada. ¿Cómo no la vi antes? Sobre la mampara, a poca distancia de su cabeza, había un marcador digital que indicaba la velocidad de la aeronave, En ese momento marcaba 1512 y el último número variaba con rapidez.
¡Mierda! Estoy viajando a más de mil quinientas millas por hora. ¿Qué diría Robby de esto? Me pregunto cómo estará Robby... Se dio cuenta de que el marcador lo tenía hipnotizado. Pronto llegaron a 1750. La velocidad de los números fue disminuyendo hasta detenerse en 2026. ¡Dos mil veintiséis millas por hora! Hizo un cálculo mental: Seiscientos metros por segundo, casi tan rápido como una bala, alrededor de treinta kilómetros por minuto. ¡Mierda! Volvió a mirar por la ventanilla. ¿Pero por qué seguirán haciendo ruido las turbinas? Si viajamos a una velocidad supersónica, ¿por qué no dejamos atrás el sonido? Se lo preguntaré a Robby. El debe de saber. Las nubes blancas y espumosas que denotaban buen tiempo se movían a kilómetros por debajo de ellos pero a una velocidad bastante perceptible. El sol resplandecía sobre las olas que se destacaban celestes y brillantes. Una de las cosas que enfurecía a Jack acerca de sí mismo era la dicotomía entre su terror a volar y la fascinación que le provocaba el mundo visto desde allá arriba. Volvió a su libro y se sumergió en una época en que la locomotora a vapor era el non plus ultra de la tecnología humana. Esto puede ser aterrorizante, pero por lo menos uno llega con rapidez de un lugar a otro.
Pocos minutos después les sirvieron la comida. Ryan descubrió que el champagne le había dado hambre. Pocas veces tenía hambre cuando volaba. El menú exhibía esa enojosa costumbre de los ingleses de anunciar la comida en francés, como si el idioma se reflejara en el sabor de los plato. Pero pronto descubrió que el sabor no requería ningún aditivo. Después del salmón le sirvieron un bife sorprendentemente rico —cosa nada fácil para los ingleses— una ensalada decente, frutillas con crema de postre, y un pequeño plato de queso. Un excelente oporto reemplazó el champagne y RTyan se dió cuenta de que ya habían transcurrido cuarenta minutos de vuelo. Faltaban menos de dos horas para llegar.
Señoras y señores, les habla el capitán. En este momento volamos a quince mil novecientos metros de altura y a una velocidad de dos mil treinta y
dos kilómetros por hora. A medida que vayamos quemando combustible el avión trepará hasta una altura pico de aproximadamente diecisiete mil doscientos metros. La temperatura exterior es de sesenta grados bajo cero Celsius, y la temperatura de la estructura del avión de alrededor de cien grados Celsius, causada por la fricción del aire. Uno de lo efectos secundarios de esto es que el avión se expande y en mitad del vuelo llega a medir veintisiete centímetros más de largo...
¡Fatiga del metal! pensó Ryan con pesimismo. ¿Necesitabas decirme eso?
tocó la ventanilla. Estaba tibia y Jack comprendió que uno podría hervir agua sobre la capa exterior de aluminio del avión. Se preguntó qué efecto ejercería eso sobre la estructura.

Regresemos al síglo XIX, se ordenó. Del otro lado del pasillo, su hija dormía y Cathy estaba inmersa en una revista.
Cuando Jack volvió a mirar el reloj faltaba menos de una hora para llegar. Norteamérica: estamos llegando. Esa era una buena noticia. Como siempre, la tensión y el asiento del avión conspiraban para endurecerle la espalda y el yeso no lo ayudaba en absoluto. Sentía la necesidad de ponerse de pie y caminar algunos pasos, pero eso era algo que trataba de no hacer en los aviones. La azafata volvió a llenarle la copa de oporto y Jack notó por la ventanilla que el ángulo del sol no había variado desde Londres. Se mantenía a la par, el avión volaba velozmente hacia el oeste al mismo ritmo de la rotación de la tierra. El piloto les informó que llegarían a Dulles alrededor de mediodía. Jack volvió a consultar su reloj: faltaban cuarenta minutos. Estiró las piernas y volvió a enfrascarse en el libro.
Después la tripulación de cabina empezó a repartir los papeles de aduana y de inmigración. Mientras guardaba el libro, Jack observó que su mujer ponía manos a la obra y empezaba a confeccionar una lista de la ropa que había comprado. Sally seguía dormida, enroscada sobre si misma con una expresión de paz casi angelical. Un minuto después empezaron el descenso. Muy bien Capitán Higgins, lleve de vuelta a este pájaro a tierra en una sola pieza. Encontró una etiqueta plateada para equipajes que evidentemente se suponía que debía guardar. En realidad decidió conservar todo el paquete, completo, con un certificado que lo identificaba como pasajero del Concorde... o veterano, pensó con ironía. He sobrevivido al Concorde de la British Airways.
¡Pedazo de imbécil! Si hubieras vuelto en el 747 todavía seguirías volando sobre el mar.
Volaban a tan poca altura que alcanzaban a ver los caminos. La mayoría de los accidentes de aviación sucedían en el momento del aterrizaje, pero Ryan no lo veía así. Ya casi habían llegado a su hogar. Sus temores prácticamente no tenían razón de ser. Le encantó mirar por la ventanilla y ver el Potomac. Por fin el Concorde nuevamente adoptó un ángulo con la nariz elevada y Jack consideró que entraba en la pista a una velocidad espantosa. Un segundo después divisó el alambrado perimetral del aeropuerto. Enseguida sintió los golpes del tren de aterrizaje. Habían llegado. Estaban a salvo. Se dijo que cualquier cosa que pudiera suceder de allí en adelante sería un accidente de vehículos y no de aviación. Ryan se sentía seguro en los coches, sobre todo porque casi siempre era él quien manejaba. Sin embargo se recordó que ese día sería Cathy quien tendría que sentarse al volante.
La señal de mantener puestos los cinturones se apagó un instante después de que el avión se detuviera, y la puerta del frente se abrió. Ryan se puso de pie y se desperezó. Le pareció una maravilla estar parado. Cathy tenía a su hija en la falda y le cepillaba el pelo mientras Sally se refregaba los ojos en su afán de despertar.
—¿Estás bien, Jack?
—¿Ya llegamos? —preguntó Sally.
Su padre le contestó que sí. Se encaminó hacia la puerta. La misma azafata que lo recibió a bordo le preguntó si había disfrutado del vuelo y Jack contestó, con toda honestidad, que sí. Ahora que ha terminado.
—La próxima vez que crucemos, lo volveremos a hacer en un Concorde —anunció Ryan en voz baja.
—¿Por qué? ¿Te gustó? —preguntó Cathy, sorprendida.
—Me conviene creerlo. Pero lo importante es que uno sólo tiene que estar allá arriba la mitad del tiempo Jack rió, burlándose de sí mismo. Como siempre que volaba, estar de vuelta en tierra firme le producía una emoción muy especial. Había sobrevivido a lo que era, indiscutiblemente, un acto antinatural, y el júbilo de estar vivo y de regreso en su país le proporcionaba una especie de resplandor interior. El paso de los pasajeros que bajan de un avión siempre es más elástico que el que tienen al subir.
— ¿Cuánto gastaste en ropa? —preguntó Jack antes de llegar a la aduana. Su mujer le alcanzó un formulario—. ¿Tanto?
—Bueno, ¿por qué no? —preguntó Cathy sonriendo—. Puedo pagarlo con mi dinero, ¿no?

— Por supuesto, chiquita.
—Y eso también incluye tres trajes para tí, Jack —informó Cathy.
—¿Qué? ¿Cómo te las arreglaste para...?
—Cuando el sastre se ingenió para hacerte el esmoquin, le encargué otros tres trajes. Tus brazos son del mismo largo, Jack. Te quedarán bien, es decir, en cuanto te podamos librar de ese maldito yeso.
Cathy consiguió un carrito —que Sally insistió en empujar— mientras Jack recuperaba las valijas. El último obstáculo era la aduana donde pagaron más de trescientos dólares de impuesto por las compras de Cathy. Menos de treinta minutos después de abandonar el avión, Jack salió de la aduana, ayudando a Sally con el carrito del equipaje.
Estar en casa, se dijo Jack. De regreso a las cosas terrenales de todos los días que tanto pesan... Era agradable volver a sentir que la lluvia era una molestia importante y los días significaban, despertar, trabajar, comer y volver a acostarse. Ver programas por televisión y partidos de fútbol. Las tiras cómicas de los diarios. Ayudar a su mujer a lavar los platos. Enroscarse en un sillón con un libro y un vaso de vino después de acostar a Sally. Jack se prometió que nunca volvería a considerar aburrida esta existencia. Acababa de pasar un mes vertiginoso y agradecía haberlo podido dejar atrás y a cuatro mil quinientos kilómetros de distancia.

—Buenas noches, señor Cooley —dijo Kevin O'Donnell levantando la vista del menú.
—Hola, señor Jameson, me alegro de verlo —respondió el librero con bien fingida sopresa.
—¿No quiere acompañarme?
—Sí, muchas gracias.
—¿Qué lo trae por la ciudad?
—Negocios. Me voy a quedar a pasar la noche en casa de unos amigos, en Cobh. —Eso era absolutamente cierto; pero también le indicó a O'Donnell, —localmente conocido como Michael Jameson— que le traía un mensaje de gran actualidad.
—¿Quiere consultar el menú? —preguntó O'Donnell, alcanzándoselo. Cooley lo inspeccionó brevemente, lo cerró y se lo devolvió. Nadie pudo haber notado que dentro le pasaba un papel. "Jameson" dejó caer el sobrecito sobre sus rodillas. Durante la hora siguiente se enfrascaron en una conversación trivial. En el reservado vecino había cuatro Gardai y de todos modos el señor Cooley no se ocupa de asuntos operativos. Era contacto y punto. Y, aunque nunca se había dicho a nadie, O'Donnell lo consideraba un débil. Cooley no poseía las cualidades necesarias para participar en verdaderos operativos; era más apto para desempeñar un papel dentro de la inteligencia. Aunque nunca había solicitado otra ubicación y sin duda superó bien la etapa de entrenamiento. Sus convicciones ideológicas eran firmes pero O'Donnell siempre presintió en él una debilidad de carácter que corría pareja con su superior nivel de inteligencia. No tenía importancia. Cooley era un individuo que no tenía antecedentes en ninguna policía del mundo. Jamás había arrojado una piedra, y mucho menos un copetín, a un sarraceno. Prefirió observar y permitir que su odio madurara sin un alivio emocional. Silencioso, amante de los libros y discreto, Denis era perfecto para la tarea que le tocaba desempeñar. Si Cooley era incapaz de derramar sangre, O'Donnell sabía que era igualmente improbable que derramara lágrimas. Hombrecito blando, eres capaz de organizar un soberbio operativo de inteligencia y en tanto no te veas obligado a empuñar tú mismo las armas, puedes... has ayudado a causar la muerte de... diez o doce personas, ¿verdad? ¿Sería ese individuo capaz de alguna emoción? Posiblemente no, juzgó el líder. Perfecto. Cuento con mi propio pequeño Himmler, se dijo O'Donnell... o tal vez Dzerzhinsky sería un modelo más apto. Sí, el "Férreo Félix" Dzerzhinsky: ese hombrecito maligno y eficaz. Lo único que en Cooley le recordaba al nazi Himmler era la cara redonda e hinchada... pero un hombre no podía elegir su aspecto exterior, ¿verdad? Cooley tenía un futuro dentro de la organización. Cuando llegara el momento necesitarían un verdadero Dzerzhinsky.

Terminaron la conversación frente a una taza de café. Cooley se hizo cargo de la cuenta. Insistió: el negocio era excelente. O'Donnell se metió el sobre en el bolsillo y salió del restaurante. Resistió la tentación de leer el informe. Kevin era un hombre a quien le costaba ser paciente y en consecuencia se obligaba a serlo. Sabía que la impaciencia había arruinado más operativos que el ejército inglés. Otra lección adquirida durante sus días con los provos. Condujo su BMW a través de las antiguas calles a la velocidad legal, y dejó atrás la ciudad, internándose por los angostos caminos de la campiña, rumbo a su casa. No tomó una ruta directa y mantuvo una mirada vigilante en el espejo retrovisor. O'Donnell sabía que su seguridad era excelente. También sabía que la continua vigilancia era el motivo de que lo siguiera siendo, Su lujoso automóvil se encontraba registrado a nombre de la oficina central de su empresa, en Dundalk. Se trataba de una compañía real con nueve jabegueros que pescaban en las heladas aguas del norte que rodeaban las islas británicas. La empresa contaba con un excelente gerente general, un hombre que jamás había estado involucrado en el terrorismo y cuya capacidad empresaria permitía que O'Donnell viviera como un caballero rural en su mansión del sur. La tradición de la ausencia del dueño de las empresas era ancestral en Irlanda... y, como la mansión de O'Donnell, un legado recibido de los ingleses.

Tardó poco menos que una hora en llegar al camino privado marcado por un par de pilares de piedra y apenas otros cinco minutos para alcanzar la casa sobre el mar. Como cualquier otro hombre, O'Donnell estacionó su coche al aire libre; el garaje vecino a la mansión había sido convertido en oficinas. Se dirigió de inmediato a su escritorio. Allí lo esperaba McKenney, leyendo una edición reciente de los poemas de Yeats. Otro muchacho aficionado a los libros, aunque no compartía la aversión de Cooley por la sangre. Su modo de ser, silencioso y disciplinado, ocultaba una explosiva capacidad reacción. Michael era un hombre muy parecido a O'Donnell. E, igual que O'Donnell diez o doce años antes, su juventud necesitaba atemperarse; por eso lo nombró jefe de inteligencia, para que aprendiera el valor de la reflexión, de reunir toda la información posible antes de lanzarse a la acción. Los provos, en realidad, nunca hacían eso. Utilizaban la inteligencia táctica, pero no la estratégica... lo cual desde el punto de vista de O'Donnell era una excelente explicación para la mediocridad de su estrategia total. Ese era otro de los motivos por los que se alejó de los provisionales... pero ya volvería al redil, O, para decirlo con mayor propiedad, el redil volvería a él. Entonces tendría su ejército. Kevin ya había trazado sus planes, aunque ni siquiera sus colaboradores más cercanos los conocían... por lo menos en su totalidad.

O'Donnell se instaló en el sillón de cuero detrás del escritorio y sacó el sobre del bolsillo de su saco. Con discreción, McKenney se encaminó al bar, ubicado en un rincón del cuarto, y le sirvió un vaso de whisky. Con hielo, un gusto que Kevin había adquirido años antes en lugares de clima más cálido. Colocó el vaso sobre el escritorio y O'Donnell lo tomó y bebió un sorbo sin pronunciar una sola palabra.

Era un documento de seis páginas escrito a máquina a un solo espacio que O'Donnell fue leyendo tan lenta y reflexivamente como anteriormente leía McKenney los versos de Yeats. El joven se maravilló ante la paciencia de su jefe. A pesar de su fama de luchador capaz de todas las osadías, muchas veces el jefe del ULA parecía una criatura tallada en piedra por la manera en que absorbía y procesaba los datos recibidos. Como si se tratara de una computadora, pero una computadora maligna. Demoró veinte minutos en leer las seis páginas.

—Bueno, nuestro amigo Ryan se encuentra de regreso en Norteamérica, donde debe estar. Viajaron en el Concorde. Supongo que el lunes ya reanudará su tarea de enseñarles historia a esos excelentes muchachos y chicas de la Academia Naval —O'Donnell sonrió ante el sentido del humor que encerraban sus propias palabras—. Su Alteza y su hermosa esposa regresarán al país con dos días de retraso Parece que el avión en que viajaban tuvo problemas eléctricos y hubo que enviar nuevo instrumental desde Inglaterra... o por lo menos eso dirán los medios periodísticos. En realidad, les gustó tanto Nueva Zelanda que quisieron gozar de la privacidad de un par de días más. Las medidas de seguridad que se adoptarán para recibirlos serán impresionantes.

"Después de leer este informe, creo que por lo menos durante los próximos meses, la seguridad de la pareja será impenetrable.
McKenney lanzó un bufido.
—No existen medidas de seguridad impenetrables. Nosotros mismos lo hemos demostrado.
—Michael, no tenemos ningún interés en matarlos. Eso lo puede hacer cualquier tonto. —Hablaba con tono paciente. —Nuestro objetivo exige que nos apoderemos de ellos con vida.
—Pero...
¿Nunca aprenderán?
—No hay pero que valga, Michael. Si yo quisiera matarlos ya estarían muertos y ese cretino de Ryan también. Matar es fácil, pero con eso no lograríamos lo que deseamos.
— Sí, señor —dijo McKenney con sumisión—. ¿Y Sean?
—Seguirán procesándolo en la cárcel de Brixton durante aproximadamente dos semanas más... nuestros amigos del C13 por el momento no quieren tenerlo lejos de su alcance.
— Entonces significa que Sean...
—Muy poco probable —lo interrumpió O'Donnell—. Sin embargo creo que la Organización es más fuerte con él que sin él, ¿no te parece?
— ¿Pero cómo nos enteraremos?
— En los altos niveles hay gran interés por nuestro camarada —explicó O'Donnell.
MeKenney asintió con aire pensativo. Ocultaba su enojo ante el hecho de que el comandante no compartiera la fuente de sus informaciones con su propio jefe de inteligencia. McKenney sabía hasta qué punto era valiosa la información que recibían, pero su procedencia era el más profundo de los secretos del ULA. El joven se encogió de hombros para dejar de pensar en el asunto. El poseía sus propias fuentes de información y con cada día que pasaba crecía su habilidad para utilizar los datos recibidos. Lo frustraba el hecho de tener que esperar siempre tanto tiempo para actuar, pero tuvo que admitir, al principio a regañadientes y cada vez con mayor convicción, que una preparación a fondo les había permitido llevar a cabo a la perfección varios operativos difíciles. Otro operativo que no anduvo tan bien lo había hecho aterrizar en la prisión de Long Kesh. La lección que aprendió en esa oportunidad fue que la revolución debía estar en manos más competentes. Y así llegó a odiar la poco eficaz jefatura del PIRA aún más de lo que odiaba al Ejército británico. Muchas veces los revolucionarios debían temer más a los amigos que a los enemigos.
— ¿Alguna novedad con respecto a nuestros colegas? —preguntó O'Donnell.
— En realidad, sí contestó McKenney con vivacidad. Por nuestros colegas se referían al Ala Provicional del Ejército Republicano Irlandés.— Una de las células de la brigada de Belfast piensa atacar una cantina pasado mañana. Algunos tipos de la UVF la han estado usando últimamente... lo cual no demuestra demasiada inteligencia, ¿verdad?
—Creo que podemos dejar pasar eso —juzgó O'Donnell. Sería una bomba por supuesto, y mataría a una serie de personas entre los que tal vez hubiera integrantes del UVF a quien él consideraba la fuerza reaccionaria de la burguesía gobernante: que no eran más que matones, porque carecían por completo de ideología. Si murieran algunos tanto mejor, pero realmente la intentona en sí bastaría porque después otros pistoleros del UVF incursionarían por la calle. Y los detectives de la División de Investigaciones Criminales del RUC investigarían, como siempre, y nadie admitiría haber visto mucho, como siempre, y los barrios católicos retendrían su condición de inestabilidad revolucionaria. ¡El odio era tan útil y ventajoso! El odio, aún más que el temor, era lo que sostenía la causa.— ¿Algo más?
—Dwyer, esa que fabrica bombas, ha vuelto a desaparecer —continuó informando MeKenney.
—La última vez que eso sucedió... sí, Inglaterra, ¿verdad? ¿Otra campaña?
— Nueatro hombre lo ignora. Está trabajando en eso, pero le he advertido que tenga cuidado.
—Muy bien —O'Donnell pensaría en eso. Dwyer era una de los fabricantes de bombas más capaces del PIRA, un genio de las espoletas, alguien a quien la división del C13 de Scotland

Yard buscaba afanosamente. La captura de Dwyer significaría un golpe muy serio para los líderes del PIRA...
—No cabe duda de que es muy importante que nuestro hombre sea muy cuidadoso, pero sería útil saber dónde se encuentra Dwyer.
McKenney recibió claramente el mensaje. Lo de Dwyer era una pena, pero esa colega había elegido el bando equivocado.
— ¿Y el brigadier de Belfast?
— No —el jefe hizo un movimiento negativo con la cabeza.
—Pero se nos volverá a escapar. Necesitamos un mes para...
—No, Michael. Recuerda lo importante que es elegir el momento oportuno. El operativo debe ser un todo integrado, no una mera sucesión de acontecimientos. —El comandante de la brigada del PIRA en Belfast: brigada, fuerza de menos de doscientos hombres pensó O'Donnell con ironía, era uno de los individuos más buscados de Ulster. Buscado por más de un bando, aunque por el momento el comandante viviera obligado a permitir que los británicos se apoderaran de él. ¡Qué pena! Me encantaría hacerte pagar personalmente el hecho de haberme echado, Johnny Doyle, de haber puesto precio a mi cabeza. Pero en esto, yo también debo ser paciente. Después de todo, lo que yo quiero es mucho más que tu cabeza.
—Te recuerdo que tampoco debes olvidar que los nuestros deben proteger su pellejo. Y el motivo por el que tiene tanta importancia elegir el momento oportuno es que lo que hemos planeado sólo dará resultado una vez. Por eso debemos ser pacientes. Hay que esperar que se presente exactamente el momento oportuno.
¿Qué momento oportuno? ¿Qué plan? hubiera querido saber McKenney. Apenas unas semanas antes O'Donnell anunció que "el momento" estaba próximo sólo para cancelar todo cuando recibió el segundo llamado telefónico de Londres. Sean Miller y uno o dos de los otros sabían, pero McKenney hasta ignoraba quiénes eran esos seres privilegiados. Si había algo en lo que creía por sobre todas las cosas el comandante, era en la seguridad. Y el oficial de inteligencia reconocía su importancia pero su juventud se irritaba ante lo frustrante que le resultaba saber que estaba sucediendo algo importante pero no de que se trataba,
—Cuesta, ¿verdad, Mike?
—Sí señor, cuesta admitió McKenney con una sonrisa.
—Simplemente te pido que no olvides adónde nos ha llevado la impaciencia —recomendó su jefe.

8 Información

—Creo que eso lo cubre todo, Jimmy. Agradécele al Bureau por haber buscado a nuestro hombre.
—Realmente no creo que sea la clase de turista que nos convenga, Dan —contestó Owens. Un ciudadano de Florida que se había embolsado tres millones de dólares de un Banco de Orlando acababa de cometer el error de desembarcar en Inglaterra en su viaje hacia otro país europeo, uno con leyes económicas levemente diferentes.— Sin embargo, creo que la próxima vez antes de arrestarlo le permitiremos hacer algunas compras en Bond Street. Puedes considerarlo un impuesto... un impuesto por arrestarlo.
—Ja! —El representante del FBI cerró la última carpeta. Eran las seis, hora local. Dan Murray se reclinó contra el respaldo de su silla. A sus espaldas, el edificio de ladrillos de la acera opuesta iba desapareciendo en la penumbra. Allí los hombres patrullaban discretamente los techos, lo mismo que en todos los edificios de Grosvenor Square. La embajada norteamericana había recibido tantas amenazas de terroristas durante los últimos seis años que no era que estuviera custodiada, estaba fortificada. Frente el edificio montaban guardia policías

Librodot

uniformados y la calle North Audley se encontraba cerrada al tráfico. La acera estaba decorada con "canteros de flores" de cemento que un tanque sólo podría cruzar con dificultad y el resto del edificio estaba rodeado por una explanada para evitar que se le arrojaran bombas de mano. Adentro, detrás de un vidrio antibalas, un cabo de la Infantería de Marina montaba guardia junto a una caja fuerte adosada a la pared que contenía un revólver Magnum .357 Smith and Wesson, Una cosa espantosa, pensó Murray. El mundo maravilloso del terrorismo internacional. Murray odiaba tener que trabajar en un edificio que parecía formar parte de la Línea Maginot, odiaba tener que preguntarse si habría algún iraní, palestino o libio u otro terrorista medio loco, armado con un lanzacohetes RPG-7 en el edificio de la acera opuesta de su oficina. No se trataba de que temiera por su vida. La había expuesto más de una vez. Odiaba la injusticia, el insulto a su profesión, el hecho de que hubiera gente capaz de matar a sus semejantes como una forma de expresión política. Pero no son locos, ¿verdad? Los especialistas en comportamiento humano afirman que no lo son. Son románticos... creyentes, gente dispuesta a comprometerse en aras de un ideal y a cometer cualquier clase de crimen con tal de hacerlo realidad. ¿Románticos?

—¿Jimmy, recuerdas los buenos tiempos en que nos dedicábamos a la caza de ladrones de Bancos?

—A mí nunca me tocó uno de esos. Me ocupaba principalmente de landronzuelos hasta que me enviaron a encargarme de asesinos. Pero el terrorismo realmente nos crea la nostalgia de los tiempos de los matones comunes. Hasta recuerdo que eran bastante civilizados.

—Owens volvió a llenar su copa de oporto. Un problema creciente para la Policía Metropolitana era que el uso de armas de fuego ya no era tan poco común como antes, y esa nueva herramienta de los malhechores se había hecho popular gracias a los noticieros nocturnos que se referían al terrorismo dentro del Reino Unido. Y aunque las calles y los parques de Londres eran mucho más seguros que los norteamericanos, ya no lo eran tanto como en épocas no demasiado lejanas. En Londres también cambiaban los tiempos y eso era algo que a Owens no le gustaba nada.

Sonó el teléfono. La secretaria de Murray se acababa de retirar, así que contestó el agente mismo.

—Murray. ¡Hola, Bob! Sí, acá está. Es Bob Highland que quiere hablar contigo, Jimmy. —Le alcanzó el tubo.

—Habla el comandante Owens. —El oficial bebió un trago de oporto y después depositó el vaso abruptamente e hizo señas de que Murray le alcanzara papel y una lapicera. —¿Exactamente dónde? ¿Y ustedes ya han...? Muy bien. Excelente. Voy enseguida.

—¿Qué sucede? —preguntó Murray enseguida.

—Acabamos de recibir información acerca de una persona de apellido
Dwyer. Fábrica de bombas en un departamento de la calle Tooley.

—¿Eso no queda justo del otro lado del río, frente a la Torre?

—Exactamente. Allá voy. —Owens se levantó y manoteó su abrigo.

—¿Te molestaría que te acompañe?

—Dan, debes recordar que...

—Que debo mantenerme fuera del camino Murray ya estaba de pie. Con un movimiento subconsciente se palpó la cadera izquierda con una mano, allí donde habría tenido el arma de no encontrarse en un país extranjero. Owens jamás había portado un arma. Murray se preguntaba cómo era posible ser policía y no andar armado. Abandonaron juntos la oficina de Murray y trotaron por el corredor, rumbo a los ascensores. Dos minutos después se encontraban en el garage del sótano de la embajada. Los dos oficiales del patrullero de Owens ya estaban instalados en el vehículo y el conductor del auto del comandante los siguió a la calle.

En cuanto el auto salió del garage, Owens se prendió de la radio. Murray viajaba en el asiento trasero.

—¿Tu gente ya va hacia allá? —preguntó Murray.

—Sí, dentro de pocos minutos Bob llegará con un equipo. ¡Dwyer, por Dios! La descripción calza perfectamente. —Por más que tratara de disimularlo, Owens estaba tan excitado como un chico en la mañana de Navidad.
—¿Quién te pasó el dato?
—Anónimo. Una voz de hombre, dijo que al mirar por la ventana había visto alambres y algo envuelto en pequeños paquetes.
—¡Qué maravilla! Tom el Curioso le pasa el dato a la policía, tal vez por miedo de que su mujer descubra en qué ha andado. Bueno... uno recibe lo que le dan. —Murray sonrió. El había podido solucionar algunos casos a base de datos menos concretos que ése.
El tráfico de la tarde estaba embotellado y a pesar de hacer sonar la sirena, el auto de la policía no conseguía avanzar. Tardaron veinte frustrantes minutos en hacer el trayecto hasta la calle Tooley, con Owens escuchando la radio mientras golpeaba rítmica e impacientemente el apoyabrazos de la puerta del auto. Por fin el auto cruzó como exhalación el Tower Bridge y dobló a la derecha. El policía lo estacionó sobre la acera, junto a otros dos patrulleros.
Era un edificio de tres pisos de sucios ladrillos en un barrio obrero. Al lado había una pequeña taberna con el menú del día garabateado sobre un pizarrón. Varios clientes permanecían parados en la puerta observando a la policía, mientras otros miraban desde la acera opuesta. Owens corrió a la puerta. Lo esperaba un policía vestido de civil.
—Todo está bajo control, señor. Tenemos a la sospechosa en custodia. En el piso de arriba, departamento del fondo.
El comandante subió la escalera al trote, con Murray pisándole los talones. Otro detective lo recibió en el rellano del último piso. Owens recorrió los últimos tres metros con una sonrisa cruel y satisfecha en el rostro.
— Ya ha terminado todo, señor —dijo Highland—. Aquí esta la sospechosa.
Maureen Dwyer estaba completamente desnuda y despatarrada en el piso. Alrededor se veía un laguito de agua y rastros de pisadas húmedas que avanzaban desde el baño adyacente.
—Se estaba bañando —explicó Highland—. Y había dejado su pistola sobre la mesa de la cocina. No nos dio ningún trabajo.
— ¿Han mandado buscar una mujer detective?
—Sí, señor. Me sorprende que todavía no haya llegado.
—El tráfico está pesadísimo —acotó Owens.
—¿Alguna evidencia de que tuviera un compañero?
—No, señor. Ninguna —contestó Highland—. Sólo esto.
El cajón inferior del único mueble del ruinoso departamento estaba en el piso. Contenía lo que parecía explosivo plástico, algunos detonadores y lo que probablemente fueran relojes electrónicos. Un detective ya se afanaba en confeccionar un inventario, mientras otro fotografiaba con una Nikon los distintos ángulos del cuarto. Todo lo que había en el cuarto sería catalogado, colocado en una bolsa plástica limpia y archivada para ser utilizado en el Old Bailey en otro juicio contra un terrorista. Por todas partes se veían sonrisas de satisfacción... salvo en el rostro de Maureen Dwyer, que estaba tirada en el piso. Dos detectives permanecían parados junto a la muchacha con sus revólveres desenfundados mientras observaban la desnuda figura femenina sin el menor asomo de simpatía.
Murray se quedó parado en la puerta para no molestar y desde allí, con mirada atenta, observó la manera en que los detectives de Owens manejaban la situación. La sospechosa había sido neutralizada, la zona asegurada y en ese momento recogían las evidencias; todo marchaba de acuerdo a las normas. Notó que mantenían inmovilizada a la sospechosa. Una mujer policía se encargaría de realizar una búsqueda dentro de las cavidades de su cuerpo para asegurarse de que no ocultaba algo que pudiera resultar peligroso. Ese procedimiento resultaría algo duro para el pudor de la señorita Dwyer, pero Murray no creía que el juez opondría reparos. Maureen Dwyer era una terrorista conocida por su oficio de fabricar y colocar bombas, con por lo menos tres años de actividad. Nueve meses antes había sido vista al abandonar el lugar donde una de las peores bombas que explotaron en Belfast mató a cuatro personas y dejó

Librodot

inválidas a otras tres. No, la señorita Dwyer no gozaría de demasiadas simpatías. Después de algunos minutos, uno de los detectives sacó una sábana de la cama y la cubrió de las rodillas hasta los hombros. Durante todo ese tiempo, la sospechosa no se movió. Respiraba agitadamente, pero no emitía el menor sonido.

—Esto es interesante —dijo uno de los hombres. Sacó una valija que había debajo de la cama. Después de revisarla para asegurarse de que no fuese alguna trampa cazabobos, la abrió y sacó un equipo completo de maquillaje teatral y cuatro pelucas.

—¡Dios mío! ¡Qué bien me vendría una de ésas! —exclamó la mujer detective, abriéndose paso para acercarse a Owens—. Vine lo más rápido posible, comandante.

—¡Adelante! —Owens sonrió. Se sentía demasiado feliz para que algo de menor importancia le hiciera perder el buen humor.

—Abre las piernas, queridita. Ya conoces el procedimiento. —La detective se puso un guante de goma para realizar la búsqueda. Murray desvió la vista. Eso era algo que le resultaba nauseabundo. Segundos después la detective se sacó el guante con un sonoro golpeteo. Uno de los hombres entregó ropa a Dwyer para que se vistiera. Murray observó que la sospechosa se vestía con tanta tranquilidad como si estuviese sola... no, se corrigió, de haberlo estado habría demostrado más emoción. En cuanto estuvo vestida, un oficial de policía le colocó las esposas. El mismo hombre informó a Dwyer de sus derechos de una manera no demasiado distinta de la que se utilizaba en los Estados Unidos. Ella ni siquiera dio muestras de haber oído. Maureen Dwyer miró a los policías con rostro inexpresivo sin demostrar enojo siquiera, y fue sacada del departamento sin haber pronunciado una sola palabra.

Esa sí que es una tipa fría, pensó Murray. Aun con el pelo mojado y sin maquillaje, le pareció bastante bonita. Lindo cutis. No le vendría mal rebajar cuatro o cinco kilos, pero de haber estado bien vestida eso no habría hecho demasiado diferencia. Uno podía pasar junto a ella por la calle o sentarse a su lado en un bar, e invitarla con una copa sin llegar a sospechar jamás que llevaba en la cartera un kilo de explosivos de gran poder. Gracias a Dios en los Estados Unidos no tenemos gente así... Se preguntó hasta qué punto sería efectivo el Bureau ante una amenaza semejante. A pesar de todos los recursos con que contaban, los expertos científicos y forenses que respaldaban a los agentes especiales, el terrorismo no era un crimen fácil de encarar. Para cualquier fuerza de policía el juego consistía en esperar que los maleantes cometieran un error. Era necesario aguardar un golpe de buena suerte. El problema residía en que los terroristas mejoraban cada vez más sus tácticas, aprendían constantemente a base de los errores cometidos. Sucedía lo mismo que en cualquier clase de competencia. Ambos bandos aumentaban constantemente su sofisticación. Pero los criminales siempre contaban con la iniciativa. Y la policía siempre practicaba el juego de la defensa.

— Bueno, Dan, ¿alguna crítica? ¿Estamos a la altura del FBI? —preguntó Owens con un levísimo dejo de vanidad.

— ¡No digas tonterías, Jimmy! —contestó .Murray sonriendo. En ese momento la actividad había disminuido. Los detectives estaban enfrascados en la tarea de catalogar las evidencias físicas, confiados en que ya tenían un sólido caso criminal. —Yo diría que se han metido este caso en el bolsillo. Es una suerte que no tengan que regirse por nuestras normas de registros e incautación ilegal. ¡Para no mencionar a algunos de nuestros jueces.

—¡Listo! —anunció el fotógrafo.

—¡Excelente! —contestó el sargento Bob Highland que estaba encargado de todo lo que se refería a la escena del crimen.

¿Cómo llegaste aquí con tanta rapidez, Bob? —quiso saber Owens.

—¿Tomaste el subterráneo o qué?

—¿Por qué no se me habrá ocurrido esa posibilidad? — contestó Highland, lanzando una carcajada. Tal vez hayamos tenido el tráfico a favor. Llegamos en once minutos. Pero ustedes no tardaron mucho más. Echamos la puerta abajo y tuvimos a Dwyer en custodia en menos de cinco segundos. Resulta sorprendente lo fácil que puede llegar a ser... siempre que uno tenga la maldita información que necesita!

— ¿Puedo entrar ahora?
—¡Por supuesto! —Owens le indicó con un gesto que pasara.
Murray se encaminó directamente al cajón del mueble donde estaban los explosivos. El hombre del FBI era experto en artefactos explosivos. Él y Owens se arrodillaron sobre los que habían encontrado allí.
—Parecen de fabricación checa —murmuró Murray.
—Lo son —contestó un detective—. De la fábrica de Skoda. se los distingue por el envoltorio. Sin embargo éstos son norteamericanos. Pirotecnias de California, detonador electrónico modelo 31. —Tomó uno, envuelto en una bolsa de plástico y se lo pasó a Murray.
—¡Maldición! Están apareciendo por todos lados; hace un año y medio robaron un embarque de estos juguetitos. Estaban destinados a un campo petrolero de Venezuela y los robaron en las afueras de Caracas —explicó Murray. Estudió más de cerca el negro aparatito.— A los petroleros les encantan. Son seguros, confiables y bastantes infalibles. Dan tan buen resultado como los que usa el Ejército.
—¿Adónde más han aparecido? —preguntó Owens.
—Estamos seguros con respecto a tres o cuatro casos. El problema es que son tan chiquitos que no siempre es posible identificar lo que queda de ellos. Un Banco de Puerto Rico, una comisaría de Perú... esos fueron atentados políticos. Otro —y tal vez dos— se relacionaban con el contrabando de drogas. Hasta ahora han aparecido todos del otro lado del Atlántico. Por lo que yo sé, esta es la primera vez que aparece uno en Europa. Estos detonadores tienen número de fabricación. Habrá que compararlos con los números de los que fueron robados. Esta misma noche puedo mandar un télex y en el término de una hora tendrán la respuesta.
—Gracias, Dan.
Murray contó cinco bloques de un kilo de explosivos cada uno. El plástico checo tenía fama de ser de buena calidad. Era tan potente como el que fabricaba Du Pont para uso militar norteamericano. Bien ubicado, uno de esos bloques podía demoler un edificio. Con tos detonadores pirotécnicos, la señorita Dwyer podía haber colocado cinco bombas distintas, programarlas para detonación diferida — hasta un mes— y encontrarse a millares de kilómetros de distancia en el momento en que estallaran.
—Esta noche han salvado muchas vidas, señores. Los felicito. —Murray levantó la mirada. El departamento tenía una sola ventana que daba a la parte trasera del edificio. La ventana estaba equipada con cortinas de enrollar completamente bajas y con unas cortinas baratas y sucias. Murray se preguntó cuánto costaría el alquiler de ese departamento. No mucho seguramente. La calefacción estaba encendida y el calor del cuarto era agobiante. —¿Les importaría que dejara entrar un poco de aire?
—Excelente idea, Dan —contestó Owens.
— Permítame. Yo lo haré, señor. —Un detective con guantes levantó la la persiana y después la ventana. La brisa refrescó el ambiente en un instante.
— ¡Ahora se respira! —El representante del FBI respiró hondo casi sin percibir el olor a gas oil que desparramaban los taxis de Londres... Había algo que no andaba bien.
Murray lo percibió de repente. Algo no encajaba, ¿Qué? Miró por la ventana. A la izquierda había un... probablemente un depósito, una pared de cuatro pisos de alto sin ventanas. A la derecha alcanzaba a distinguir el perfil de la torre de Londres que se erigía sobre el río Támesis. Eso era todo. Volvió la cabeza y ahí estaba Owens, también mirando fijo por la ventana. El comandante del Cl3 miró a Murray con una pregunta en los ojos.
— Sí —dijo Owens.
— Qué fue lo que dijo ese hombre por teléfono? —musitó Murray.
Owens asintió
— Exactamente. ¿Sargento Highland?
—¿Sí, comandante?
— Esa persona que habló por teléfono. ¿Qué dijo, exactamente? ¿Y exactamente qué voz tenía? —Owens seguía mirando por la ventana.

Librodot

Creo que la voz tenía... acento de Mid1ands. Era una voz de hombre. Dijo que al mirar por la ventana vio explosivos y algunos alambres. Tenemos la conversación grabada, por supuesto.
Murray sacó un brazo por la ventana abierta y pasó un dedo por la superficie exterior del vidrio. Estaba sucio. —Por cierto que el que llamó no se ocupaba de lavar ventanas. —Se inclinó hacia afuera. No había escalera de incendios.
—Tal vez alguien que estuviera en el techo del almacén... no —se rectificó Owens enseguida—. Desde ese ángulo no vería nada a menos que ella tuviera el material esparcido por el piso. Es bastante extraño.
— ¿Ladrones? Tal vez alguien entró, vio todo el material y decidió llamar a la policía como un buen ciudadano. Pero no parece demasiado probable —concluyó Murray.
Owens se encogió de hombros.
—No hay manera de saberlo, ¿verdad? Un novio a quien ella plantó... creo que por el momento debemos contentarnos con dar gracias por lo que hemos logrado, Dan. Hay cinco bombas que nunca herirán a nadie. Salgamos del paso y enviemos ese télex a Washington. ¡Sargento Hígh1and, señores este ha sido un buen trabajo! Realmente debo felicitarlos por un espléndido trabajo policial. ¡Sigan adelante!
Owens y Murray salieron del edificio en silencio. Afuera se toparon con un gentío contenido por alrededor de diez policías uniformados. Ya se había presentado un equipo de TV con sus reflectores. Las luces eran suficientes para ver lo que sucedía en la vereda de enfrente. En esa cuadra había tres cantinas pequeñas. Apoyado contra la puerta de una de ellas había un hombre de aspecto débil con un vaso en la mano. Miraba hacia el lado opuesto de la calle sin demostrar la menor emoción, ni siquiera curiosidad. Registraba en su memoria los rostros que veía. Se llamaba Dennis Cooley.
Murray y Owens se dirigieron en auto al cuartel general de New Scotland Yard, desde donde el agente del FBI envió un télex a Washington. No comentaron esa única anomalía que inesperadamente se había presentado en el caso y Murray se despidió, dejando a Owens enfrascado en su trabajo. El C13 acababa de impedir otro atentado con bombas, y lo había hecho de la mejor manera: sin el menor derramamiento de sangre. Significaba que Owens y su gente tendrían que pasarse la noche redactando papeles y prepa
rando informes para los burócratas del Ministerio de Interior, y comunicados de prensa para Fleet Street, pero eso era algo que aceptaban con alegría.

El primer día de trabajo de Ryan fue más fácil de lo que esperaba. Su prolongada ausencia había obligado al departamento de historia a nombrar un suplente y en todo caso ya estaban por empezar las vacaciones de Navidad y no veían la hora de volver a sus casas para las fiestas.
Ryan encontró una colección de cartas y de documentos apilados sobre su escritorio y dedicó el día a contestarlas. Llegó a su oficina a las siete y treinta de la mañana y a las cinco menos cuarto de la tarde había terminado con casi todo el papeleo y tuvo la sensación de haber realizado un buen día de trabajo. Estaba terminando de redactar una serie de preguntas para el examen semestral cuando percibió el olor a humo de cigarro barato y oyó una voz familiar.
— ¿Disfrutaste de tus vacaciones, muchacho? —El comandante Robert Jefferson Jackson estaba apoyado contra el marco de la puerta.
— Hubo algunos momentos interesantes, Robby. ¿Ya contemplas el sol desde arriba de las nubes o todavía no?
¡Todavía no, maldito sea! —Jackson colocó su gorra blanca sobre el archivo de Ryan y se desmoronó poco ceremoniosamente sobre un sillón frente al escritorio de su amigo.
Jack cerró la carpeta que contenía el borrador del examen y la metió en un cajón del escritorio. Uno de los toques personales que tenía en su oficina era una pequeña heladera. La abrió y sacó una botella de Seven Up de dos litros junto a una botella vacía de ginger ale;

después sacó una botella de whisky del cajón del escritorio. Robby fue en busca de dos tazas que había en una mesa y se las alcanzó. Jack mezcló dos tazas de un brebaje de un color aproximado al del ginger ale. Tener bebidas alcohólicas en la oficina iba en contra de la política de la Academia... pero beber "ginger ale" era un subterfugio ante el que todo el mundo hacía la vista gorda. Jack le entregó una de las tazas a Robert y volvió a guardar todo en su lugar, salvo la botella vacía de ginger ale.

—¡Bienvenido a casa, compañero! —exclamó Robert, alzando su taza.

—Estay feliz de estar de vuelta —contestó Ryan.

—Me alegra de que hayas logrado salir con vida, Jack. Nos tuviste bastante preocupados. ¿Cómo anda el brazo?

—Mejor de lo que estaba. ¡Si vieras el yeso que me pusieron al principio! El viernes pasado me lo sacaron en el Hopkins. Sin embargo hoy aprendí una cosa: ¡manejar por Annapolis con un solo brazo es más difícil que el diablo!

—No lo dudo —contestó Robby con una risita—. ¡Maldita sea! ¡Eres un loco, muchacho!

Ryan asintió. Conoció a Jackson unos meses antes en un té de la facultad. Robby lucía las alas doradas de aviador naval. Fue asignado al Centro Naval de Pilotos de Prueba de Patuxent River, Maryland, como instructor de la escuela de pilotos de pruebas, hasta que una mañana clara y de buen tiempo una falla mecánica inesperadamente lo obligó a saltar del avión que piloteaba.

Al caer se fracturó una pierna en varias partes. La herida fue lo suficientemente seria como para impedirle volar durante seis meses, razón por la cual la Marina lo asignó temporalmente a Annapolis como instructor del departamento de ingeniería. Era un cargo que para Jackson significaba apenas un poco más que ser remero en una galera de esclavos.

Robby era más bajo que Ryan y de tez mucho más oscura. Era el cuarto hijo de un predicador bautista del sur de Alabama.

Se convirtieron en grandes amigos e iniciaron la tradición de beber una o dos copas por la tarde en la intimidad de la oficina de Jack.

—¿Alguna novedad en el campus? —preguntó Ryan.

— Seguimos enseñando a los muchachos y a las chicas —contestó Jackson.

—¿Y ha empezado a gustarte?

— No precisamente. Sin embargo mi pierna está volviendo a funcionar. He estado pasando los fines de semana en Pax River para demostrar que todavía sé volar. ¿Sabes? Lo tuyo causó una conmoción tremenda acá.

— ¿Cuando me balearon?

—Sí. Yo estaba con el superintendente cuando recibió el llamado. Él conectó la comunicación al parlante y escuché a ese tipo del FBI preguntando si teníamos en Londres a un profesor chiflado y decidido a jugar a los vigilantes y ladrones. Yo aseguré que te conocía, pero querían que me respaldara alguien del Departamento de Historia. Además querían saber quién era tu agente de viajes. De todos modos, todo el mundo había salido a almorzar y tuve que seguirle la pista al profesor Billings hasta el Club 0 y el superintendente también anduvo dando unas vueltas por los alrededores. Casi arruinaste el último partido de golf entre el jefe y el gobernador.

—Te aseguro que también casi arruiné mi día.

—¿Sucedió como dijeron los diarios?

—Posiblemente. Los diarios ingleses publicaron la verdad.

Jackson asintió y golpeó el cigarro contra un cenicero para quitarle la ceniza.

—Tuviste la suerte de no volver a casa encerrado en un sobre de madera, muchacho.

—No empieces también tú con eso, Robby. Te aseguro que le pegaré una trompada.... al primero que me vuelva a llamar héroe.

—¿Héroe? ¡Diablos, no! De haber sido tan idiotas, mis antepasados habrían importado a los tuyos. —El piloto sacudió la cabeza enfáticamente—.

¿Nadie te dijo nunca que los juegos de manos pueden ser peligrosos?

—Si hubieras estado allí, apuesto a que habrías hecho lo mismo.
—¡Ni lo sueñes! ¡Dios mío! ¿Existirá alguien más tonto que un infante de Marina? ¡Esos juegos de manos! ¡Dios! ¡Uno termina con la ropa manchada de sangre y los zapatos deslustrados! ¡Ni lo sueñes, muchacho! Cuando yo tenga que matar, lo haré con balas de cañón y con misiles... ya sabes, a la manera civilizada. —Jackson sonrió.— Y segura —agregó.
—Claro, no es lo mismo que volar en un avión que decide expelerte sin previo aviso —retrucó Ryan.
—Es cierto que me magullé un poco la pierna, pero cuando tengo a mi Tomcat bien sujeto a la espalda ando canturreando a más de seiscientos nudos. Cualquiera que quiera meterme una bala en el cuerpo puede hacerlo, pero, viejo, le costará bastante.
Ryan meneó la cabeza. Ese individuo que lo estaba sermoneando se dedicaba al oficio más peligroso del mundo: era piloto de prueba.
— ¿Cómo están Cathy y Sally? —preguntó Robby, hablando con más seriedad—. El domingo pensábamos ir a verlos, pero tuvimos que viajar imprevistamente a Filadelfia.
— Para ellas fue bastante duro, pero lo sobrellevaron bien.
—Jack, tienes una familia por la que debes preocuparte —señaló Jackson—. Deja esos asuntos de terrorismo para los profesionales. La parte menos comprensible de la personalidad de Robby era su cautela.
—Ya pasó todo Rob. He dejado todo atrás y no habrá una próxima vez.
—Eso espero. Porque si no, ¿con quién bebería? ¿Y te gustó Inglaterra?
—No pude ver mucho, pero considerando las circunstancias, Cathy lo pasó bien. Creo que vio todos los castillos del país... y además cuentan las nuevas amistades que hicimos.
—Eso debe de haber sido muy interesante —comentó Robby lanzando una serie de risitas. Apagó el cigarro. Eran cigarritos baratos, torcidos y malolientes y Jackson los fumaba sólo para mantener su imagen de reciedumbre.
— Es lógico que te hayan tomado simpatía.
—También le tomaron simpatía a Sally. Le empezaron a enseñar a montar —comentó Ryan con amargura.
—¿Ah, sí? ¿Y qué tal son?
—Te caerían bien —le aseguró Ryan.
Jackson sonrió.
—Sí, supongo que sí. El príncipe solía pilotear aviones Phantom, así que debe de ser un tipo derecho, y se supone que el padre también sabe moverse dentro de una cabina de piloto. Me comentaron que volviste en el Concorde. ¿Te gustó el vuelo?
—Quería preguntarte algo acerca de eso. ¿Por qué es tan ruidoso? Quiero decir: si uno ha sobrepasado el mach2, ¿todo el ruido no debería quedar atrás?
Jackson meneó la cabeza con tristeza.
—¿De qué material se fabrican los aviones?
—Supongo que de aluminio.
—¿Y tal vez supones que el sonido es más veloz en el metal que en el aire? —preguntó Jackson.
—¡Ah! ¡El sonido viaja a través del cuerpo del avión!
—Por supuesto. El ruido de los motores, el ruido de las bombas de combustible y muchos más.
— Está bien —Ryan archivó mentalmente ese conocimiento. —No te gustó, ¿verdad? —A Robby le divertía la actitud de su amigo con respecto a los vuelos.
— ¿Por qué será que todo el mundo me hace la misma pregunta? —exclamó Jack, levantando los ojos al cielo.
—Porque es cómico, Jack. Eres la última persona en el mundo que uno imaginaría que puede tener miedo de volar.

—Pero me sucede, Rob, ¿de acuerdo? Sin embargo subo al avión, me ajusto el cinturón de seguridad y vuelo.
— Ya sé. Lo siento. —Jackson decidió abandonar su tono de burla—. "¿Es cierto lo de Cathy? —preguntó.
—Sí. El médico lo confirmó el mismo día que me sacaron el yeso.
—¡Qué maravilla! Yo diría que eso pide otra copa... una copa liviana.
—Robby extendió su taza y Jack le sirvió—. Ya no queda mucho en la botella. —Esta vez me toca a mí comprar otra, ¿no?
— Ha pasado tanto tiempo que no me acuerdo —admitió Robby—. Pero te tomo la palabra.
— ¿Así que has vuelto a volar?
—El lunes que viene me volverán a dejar pilotear un Tomcat —contestó Jackson—. Y después de las fiestas vuelvo al trabajo por el que me pagan.
—¿Has recibido tus órdenes?
Sí. Tienes ante ti a un XO de los VF41 —Robby alzó su copa.
El oficial ejecutivo de los aviones de caza 41, tradujo interiormente Ryan.
—¡Felicitaciones, Rob!
—Sí, no está mal, considerando que he tenido que mantenerme al margen de todo durante siete meses.
—¿Te destinan directamente a un portaaviones?
—No, permaneceremos en tierra firme durante un tiempo, cerca del mar, en Virginia. El escuadrón navega en el Nimitz. Cuando el buque regrese, los pilotos quedarán en tierra firme para reanudar el entrenamiento. Después posiblemente volvamos a zarpar en el Kennedy. Están modificando los destinos de los pilotos. Pero, Jack, volver a volar será una maravilla. He estado demasiado tiempo en tierra.
—Los extrañaremos, a ti y a Sissy.
Bueno, pero no nos vamos hasta el verano —quieren que termine el año lectivo— y después de todo, Virginia no queda tan lejos. Vengan a visitarnos. No es necesario que vayas en avión, Jack. Puedes hacer el viaje en auto —señaló Jackson.
—Bueno, tú probablemente vendrás a vemos cuando nazca nuestro hijo.
— ¡Por supuesto! —Jackson terminó su copa.
—¿Tú y Sissy piensan ir a alguna parte en Navidad?
—Creo que no. En realidad yo no podría. Tendré que volar en Pax durante todas las vacaciones.
—Muy bien entonces los esperamos en casa: alrededor de las tres.
— Y la familia de Cathy no...
—No —afirmó Ryan mientras guardaba todo en su lugar. Robby meneó la cabeza.
— Algunas personas simplemente no pueden llevarse bien —observó el piloto.
— Bueno, tú sabes cómo es la cosa. Yo ya no rindo culto al Dólar Todopoderoso.
—Y sin embargo no hiciste mal trabajo al pasar la canastita de recolección.
Jack sonrió.
—Sí, tienes razón,
—¡Tengo que salir corriendo! —exclamó Jackson—. Esta noche Sissy ofrece un recital.
—Hasta mañana, Rob.
—Cuídate, Jack. —Robby cerró la puerta a sus espaldas. Jack se quedó un rato reclinado contra el respaldo de su sillón. Sonrió y después se puso de pie y metió algunos papeles en su portafolio.
—Sí —murmuró en voz alta—. Nada más que para demostrarle que todavía sé hacerlo.
Tomó su sobretodo y salió del edificio. Tenía el auto estacionado en Decatur Road. Jack tenía un escarabajo VW de cinco años de antigüedad, que le resultaba muy práctico para las calles angostas de Annapolis. Se negaba a tener un Porsche como el que usaba su mujer para ir y venir de Annapolis a Baltimore. Le había repetido mil veces a Cathy que era una tontería que

dos personas tuvieran tres autos. El, el escarabajo, ella un 911 y además una camioneta para uso familiar. Tonto. La sugerencia de Cathy de que vendiera el escarabajo y se moviera en la camioneta era, por supuesto, inaceptable. El motor del autito arrancó enseguida. Hacía demasiado ruido. Tendría que revisar el silenciador. Jack dobló a la derecha, como siempre, rumbo a Maryland Avenue pasando por el portón tres, salida de ese indecoroso y sombrío murallón perimetral que rodeaba la Academia. Al verlo pasar un infante de Marina que estaba de guardia lo saludó. Ryan se sorprendió: hasta entonces nunca lo habían saludado.

Manejar no le resultaba fácil. Cada vez que cambiaba de marcha tenía que torcer la mano izquierda dentro del yeso para poder sujetar el volante mientras tomaba la palanca de cambios con la derecha. El tránsito de la hora pico tampoco era lo más indicado. Varios miles de empleados estatales salían de diversos edificios gubernamentales y el embotellamiento del tráfico obligaba a Ryan a detenerse y volver a arrancar a cada rato. Su escarabajo tenía caja de quinta y cuando llegó al semáforo de Central Avenue se preguntaba por qué no lo habría comprado con cambios automáticos. La respuesta estaba en el rendimiento de combustible. ¿Pero valdrá la pena recorrer tres kilómetros por cada diecinueve litros de nafta? Ryan se rió de sí mismo mientras se encaminaba hacia el este, rumbo a la bahía de Chesapeake y después doblaba a la derecha, hacia Falcons Nest Road.

Allí casi nunca había tráfico. Falcons Nest Road moría poco más allá de la casa de Ryan, y del otro lado del camino había varias granjas, inactivas al principio del invierno. El rastrojo de maíz se alineaba en los surcos de tierra marrón y endurecida. Ryan dobló hacia la izquierda para entrar en su propiedad. Tenía doce hectáreas sobre Peregrine Cliff. Su vecino más cercano, un ingeniero llamado Art Palmer, se encontraba a casi un kilómetro de distancia, atravesando colinas boscosas y un lúgubre arroyo. Los acantilados de la costa oeste de la bahía de Chesapeake tenían casi quince metros de altura cerca de la casa de Jack, y más lejos eran un poco más altos. Estaban formados de piedra arenisca, de la que se desmenuza al pisarla. Eran la fascinación de los paleontólogos. Cada tanto, algún equipo procedente de una universidad o de un museo local llegaba para hacer excavaciones en la base de los riscos donde encontraban dientes de tiburones fosilizados que en una época debieron pertenecer a criaturas del tamaño de un submarino pequeño. Además encontraron huesos de criaturas aún más insólitas que habían vivido allí cien millones de años antes.

Lo malo era que los acantilados estaban sujetos a la erosión. Ryan había edificado su casa a treinta metros del borde al que Sally tenía órdenes estrictas —dos veces subrayadas por palizas— de no acercarse. En un intento de defender el acantilado, el personal de la oficina de protección ambiental del gobierno había convencido a Ryan y a sus vecinos de plantar kudzum, una maleza oriunda dé América del Sud. Las plantas estabilizaron el acantilado, pero empezaron a atacar los árboles cercanos y periódicamente Jack tenía que combatirlas con matayuyos para que no los ahogaran. Pero en esa época del año el problema no existía.

Un cincuenta por ciento del terreno de Ryan estaba arbolado y el otro cincuenta por ciento era abierto. En una época se sembraba la parte más cercana al camino a pesar de no resultar fácil porque la tierra no era lo suficientemente llana como para que un tractor la arase con facilidad. A medida que Jack se aproximaba a su casa empezaba la arboleda: algunos robles viejos y retorcidos, y otras especies de hoja caduca que en ese momento extendían sus ramas esqueléticas y desnudas. Al aproximarse al garaje se dio cuenta de que Cathy ya estaba de vuelta, porque el Porsche y la camioneta estaban estacionados. Tuvo que dejar su escarabajo a la intemperie.

¡Papá! —Sally abrió la puerta de un tirón y salió corriendo, sin abrigo, al encuentro de su padre.

—No salgas, hace demasiado frío —la reprendió Jack.

—No, no hace frío —contestó Sally. Tomó el portafolio de su padre con las dos manos y subió bufando los tres escalones que conducían a la casa.

Ryan se sacó el sobretodo y lo colgó en el placard de la entrada. Tampoco le resultó fácil hacerlo con una sola mano, pero desde hacía unos días había empezado a hacer un poco de

trampa. Lo mismo que al manejar el auto, usaba su mano izquierda, poniendo especial cuidado en no hacer fuerza con el hombro. El dolor había desaparecido por completo, pero estaba convencido de que podría volver a producirlo con sólo hacer un movimiento en falso, o alguna tontería. Y, además, en ese caso Cathy lo mataría a gritos. Encontró a su mujer en la cocina. Miraba la despensa con el entrecejo fruncido.
—!Hola, querida!
—Hola, Jack, Llegas tarde.
—Tú también. —Ryan la besó. Al sentirle el aliento ella frunció la nariz.
—¿Cómo está Robby?
—Muy bien y te advierto que sólo tomé dos copas y muy livianas.
!Ajá! —Volvió a clavar los ojos en la alacena—. ¿Qué tienes ganas de comer?
—Prefiero que sea una sorpresa —sugirió Jack.
—¡Qué manera de ayudarme! Debería dejar la comida en tus manos.
—Hoy no me toca, ¿recuerdas?
—Yo sabía que tendría que haber pasado por el supermercado —señaló Cathy.
—¿Qué tal anduvo tu trabajo?
—Tuve una sola operación. Asistí a Bernie en un transplante de córnea y después me dediqué a ver enfermos con los estudiantes. Un día aburridísimo. Mañana será mejor. De paso, Bernie te manda saludos. ¿Te tientan unas salchichas con arvejas?
Jack lanzó una carcajada. Desde que llegaron de Europa sus comidas consistían básicamente en improvisaciones típicamente norteamericanas y ya era un poco tarde para preparar un plato complicado.
—Me parece bien. Voy a cambiarme y a anotar algunas cosas en la computadora.
—Cuidado con ese brazo, Jack.
Me lo recuerda cinco veces por día. Jack suspiró. No había que casarse con una médica. El hogar de los Ryan era un casa con diseño de barco. El living comedor tenía un cielo raso tipo catedral que se elevaba a cinco metros del piso alfombrado, sostenido por una enorme viga de madera. Una pared de ventanales de triple vidrio daba a la bahía, con una gran terraza más allá de las puertas corredizas de vidrio. Frente al ventanal había un imponente hogar a leña cuya chimenea atravesaba el techo. El dormitorio principal se encontraba por sobre el nivel del living room, y tenía una ventana que permitía que uno mirara hacia éste. Ryan subió al trote la escalera. Eligió ropa informal y se impuso el enojoso ritual de cambiarse utilizando una sola mano. Seguía experimentando, tratando de encontrar la manera más eficaz de hacerlo.
Cuando terminó, volvió a bajar y siguió la curva de la escalera hasta llegar al siguiente nivel: su biblioteca. Era amplia, Jack leía mucho y además compraba libros que no tenía tiempo de leer, pero que reservaba para algún momento de ocio. Tenía un gran escritorio contra los ventanales que daban a la bahía.

—El día de Navidad —dijo O'Donnell en voz baja—. !Perfecto!
—¿Ese día trasladan a Sean? —preguntó McKenney.
—Saldrá de Londres a las cuatro de la mañana en un camión celular. Esa es una noticia fabulosa. Yo temía que utilizaran un helicóptero. No sabemos qué ruta usarán... —Siguió leyendo—. Pero piensan cruzarlo en el ferry de Lymington a las ocho y media de la mañana del día de Navidad. Un horario excelente, cuando uno lo piensa. Demasiado temprano para que el tráfico sea pesado. Todo el mundo estará abriendo sus regalos y vistiéndose para ir a la iglesia. Hasta cabe la posibilidad de que el camión celular viaje solo en el ferry. ¿Quién va a pensar que transferirán un prisionero el día de Navidad?
—¿Entonces vamos a liberar a Sean?

—Michael, nuestros hombres nos sirven de muy poco cuando están adentro, ¿verdad? Tú y yo volaremos a Inglaterra mañana por la mañana. Creo que viajaremos hasta Lymington para ver ese ferry.

9 Un día para celebrar

—¡Dios! ¡Qué maravilla será volver a tener dos brazos! —observó Ryan.
—Te faltan dos semanas, tal vez tres —le recordó Cathy—. ¡ Y mantén la mano quieta dentro de ese maldito cabestrillo!
—Sí, querida.
Eran alrededor de las dos de la madrugada y las cosas andaban mal... y bien a la vez. Parte de la tradición de la familia Ryan —una tradición que apenas tenía tres años de antigüedad, pero tradición al fin— consistía en que una vez que Sally estaba acostada y dormida, sus padres bajaban silenciosamente al sótano —un cuarto cuya puerta tenía candado— y subían los juguetes para colocarlos frente al árbol. Los dos años anteriores, esa ceremonia había sido acompañada por un par de botellas de champagne. Pero armar los juguetes era una tarea completamente distinta cuando quien debía realizarla estaba parcialmente impedido. Sin embargo era el método que utilizaban los Ryan para relajar tensiones y entrar en el espíritu de la Navidad.
Hasta ese momento las cosas anduvieron bien. Jack llevó a su hija a la misa de los niños que se celebraba a las siete en St. Mary's y consiguió acostarla poco después de las nueve. Sally asomó la cabeza para mirar la chimenea sólo dos veces, hasta que una severa orden de su padre la hizo desaparecer definitivamente, abrazando un osito. A medianoche decidieron que estaba suficientemente dormida y que podían hacer un poquito de ruido. Y allí empezó la migración de los juguetes, como la llamaba Cathy. Padre y madre se sacaron los zapatos para disminuir al máximo el ruido de sus pasos sobre la escalera de madera que llevaba al sótano, y bajaron. Por supuesto que Jack se olvidó la llave del candado y tuvo que volver a subir a buscarla al dormitorio principal. Cinco minutos después la puerta estaba abierta y ambos hicieron cuatro viajes cada uno, colocando cerca del árbol una pila de paquetes multicolores y la caja de herramientas de Jack.
—¿Sabes cuáles son las tres palabras más obscenas del idioma inglés, Cathy? —preguntó Ryan casi dos horas después.
—Juguetes para armar —contestó Cathy con una risita—. Querido, el año pasado yo dije eso mismo.
—Un Phillips chiquito —pidió Jack extendiendo la mano. Cathy le entregó el destornillador con un golpecito, como si fuese una instrumentadora. Ambos estaban sentados sobre la alfombra, cerca del árbol de dos metros cuarenta de altura. Alrededor había una multitud de juguetes, algunos en cajas, otros ya armados por el exasperado padre de una niñita.
—Deberías dejarme hacer eso.
—Este es un trabajo para hombres —contestó el marido. Depositó el destornillador sobre el piso y bebió un sorbo de champagne.
—!Cerdo chauvinista! ¡Si te dejara hacer todo esto solo, no terminarías ni para Pascua!
Y lo peor es que tiene razón, se dijo Jack. Pero hacer el trabajo un poco borracho no era tan duro. Hacerlo con una sola mano era difícil, pero no imposible. En cambio hacerlo con una sola mano y medio borracho era... ¡Los malditos tornillos no querían entrar en el plástico y armar un motor V8 no podía ser tan difícil!
—¿Para qué necesita una casa esta muñeca? —preguntó Jack, con tono plañidero—. Quiero decir, la maldita muñeca ya está en una casa, ¿no es verdad?

—Debe de resultar duro ser un cerdo chauvinista. Ustedes simplemente no entienden nada —señaló Cathy con aire comprensivo—. Supongo que los hombres nunca se sobreponen a los bates de béisbol... y a todos esos juguetes simples que vienen en una sola pieza.
Jack volvió lentamente la cabeza.
—Bueno, lo menos que podrías hacer es tomar otra copa de champagne. —Una por semana es mi límite, Jack. Y acabo de beber una bien grande —le recordó ella.
—Y me obligaste a tomar todo el resto.
—La botella la compraste tú, Jack —Cathy la levantó—. También es grande.
Jack volvió a concentrarse en la casa de la muñeca Barbie. Le pareció recordar la época en que inventaron esa muñeca, una muñeca simple, bastante curvilínea, pero que en definitiva no era más que una maldita muñeca, un juguete. En esa época nunca se le ocurrió la posibilidad de llegar a tener una hija. !Las cosas que hacemos por nuestros hijos! se dijo. Después se rió silenciosamente de sí mismo. Por supuesto que las hacemos, y las disfrutamos. Mañana todo esto será un lindo recuerdo como lo que me sucedió la mañana de Navidad del año pasado, cuando casi me clavé este mismo destornillador en la palma de la mano. Si no contara con la ayuda de su mujer, pensó Ryan, Papá Noel ya estaría planeando su viaje del año siguiente antes de que él terminara de armar esos juguetes. Jack respiró hondo y se tragó el orgullo.
—¡Socorro!
Cathy miró su reloj.
—Tardaste cuarenta minutos más de lo que esperaba.
Debo de estar poniéndome muy lento.
— ¡Pobrecito! ¡Haber tenido que beber todo ese champagne solo! —Lo besó en la frente.
—Destornillador.
El se lo alcanzó. Cathy consultó con rapidez los planos.
—¡Es claro, tonto! Estás usando un tornillo corto cuando debieras usar uno largo.
— Me olvido constantemente de que estoy casado con una mecánica de primera.
— Ese es el verdadero espíritu de Navidad, Jack. —Ella sonrió mientras colocaba el tornillo en su lugar.
—Una mecánica de primera, muy bonita, inteligente y altamente querible. —Le pasó un dedo por la nuca.
— Así está un poquito mejor.
Se volvió y le dedicó una de esas sonrisas que la mujer reserva exclusivamente para el marido a quien ama.
— Si me alcanzas otro tornillo, te perdonaré, Jack.
— ¿No crees que deberías terminar primero la casa de muñecas?
—¡Dame el tornillo, maldito sea! —El se lo alcanzó—. Tienes ideas fijas, pero de todos modos te perdono.
— Gracias.
—¡Ah! ¿Y Papá Noel también llegó con regalos para mí?
—No estoy seguro. Lo confirmaré dentro de algunos minutos.
—En realidad, considerando tu estado no lo hiciste mal —dijo ella, dando los toques finales al techo de plástico colorado. —Ya está.
—Sí —confirmó Jack—. Gracias por tu ayuda, chiquita.
—Alguna vez te dije lo que... no, no te lo dije. Era una de las damas de honor... nunca supe de qué clase de honor se trataba. De todos modos esta condesa... parecía salida de Lo que el Viento se llevó —dijo Cathy tentada de risa. Ese era el epíteto favorito que les ponía a las mujeres inútiles—. Me preguntó si yo hacía punto de aguja.
No es la clase de pregunta que uno debe hacerle a mi mujer.
—Y tú le contestaste...
—Sólo en los globos oculares. —Esbozó una sonrisa dulce y desagradable.
—¡Oooh! Espero que no haya sido durante el almuerzo.
—No. —Cathy le sonrió y él le apretó la punta de la nariz.

—Caroline Ryan, médica, cirujana, mujer liberada, instructora de cirugía oftálmica, famosa intérprete clásica de piano, esposa y madre, no acepta tonterías de nadie.
—Con excepción de su marido.
—¿Cuándo fue la última vez que te gané en una discusión? —preguntó Jack.
—Jack, no estamos compitiendo. Estamos enamorados. —Se inclinó hacia él.
—Eso es algo que no te voy a discutir —contestó él en voz baja antes de besar los labios que ella le ofrecía. —¿Cuánta gente seguirá enamorada después de haber estado casada tanto tiempo?
—¡Sólo los que tienen mucha suerte, grandísimo tonto! "¡Después de haber estado casados tanto tiempo!".
Jack volvió a besarla y se puso de pie. Caminó con cuidado entre ese mar de juguetes y volvió con una cajita envuelta en papel verde con motivos navideños. Se sentó al lado de su mujer, apoyó un hombro contra el de ella y dejó caer la cajita en su falda.
—¡Feliz Navidad, Cathy!
Ella abrió el paquete ansiosa como una criatura pero con prolijidad, utilizando las uñas para desenvolver el papel. Dentro encontró una caja de cartón blanco, y dentro de esa, otra tapizada de fieltro. La abrió con lentitud.
Era un collar de oro, de casi un centímetro de ancho. Considerando el trabajo y el peso de la alhaja era fácil calcular su valor. Cathy Ryan respiró hondo. Su marido contuvo el aliento. Su mayor virtud no consistía precisamente en ser árbitro de la moda femenina. En ese caso había pedido el consejo de Sissy Jackson y de un vendedor sumamente paciente de la joyería.
—¿Te gusta?
—Será mejor que no salga a nadar con esto puesto.
—Pero no es necesario que te lo saques cuando te bañes —informó Jack. Déjame ponértelo. —Lo sacó de la cajita y se lo puso. Consiguió abrocharlo al primer intento y con una sola mano.
—Seguro que estuviste practicando. —Recorrió el collar con una mano mientras lo miraba profundamente a los ojos. —Practicaste para poder ponérmelo tú mismo, ¿no es cierto?
—Sí, practiqué durante una semana en la oficina —confesó Jack—. Además, envolverlo fue un infierno.
—¡Es maravilloso! ¡Oh, Jack! —Ella le pasó ambos brazos alrededor del cuello y él le besó la nuca.
—Gracias, chiquita. Gracias por ser mi mujer. Gracias por ser la madre de mis hijos. Gracias por permitirme amarte.
Cathy pestañeó, luchando contra las lágrimas. Tenía un brillo en los ojos que lo hizo sentir el más feliz de los hombres. Permite que cuente las maneras...
—Es simplemente algo que vi y me llamó la atención —explicó él con indiferencia, mintiendo. Era algo que había visto después de pasarse nueve horas buscando y de recorrer siete joyerías distintas. —Y me di cuenta de que me decía: he sido hecha para ella.
—Jack, yo no te compré nada parecido a...
—Cállate. Cada mañana cuando me despierto y te veo allí, a mi lado, recibo el mejor regalo del mundo.
—Eres un sentimental y un romanticón, pero no me importa.
—¿Y te gusta el collar? —preguntó él, cautelosamente.
—¡Tonto!... ¡Me fascina! —Se volvieron a besar. Jack había perdido a sus padres, años antes. Su hermana vivía en Seattle y la mayor parte de sus parientes estaban en Chicago. Todo lo que amaba estaba en esa casa: su mujer, su hija... y la tercera parte de otro hijo. Esa Navidad había conseguido hacer sonreír a su mujer y por lo tanto ese año entraba en sus recuerdos como un éxito.

Más o menos a la misma hora en que Ryan empezaba a armar la casa de muñecas, cuatro camiones azules idénticos abandonaban la prisión de Brixton a intervalos de cinco minutos. Para cada uno de ellos, los primeros treinta minutos significaban viajar a lo largo de calles laterales de los suburbios de Londres. En cada uno, un par de policías permanecía sentado mirando por la ventanilla trasera, para asegurarse de que ningún auto los siguiera a su paso por las calles de la ciudad.

Habían elegido un buen día. Era una típica mañana de invierno inglés. Los camiones atravesaban zonas de chaparrones y bancos de niebla. Del canal soplaba una tormenta moderada, y lo mejor era que estaba oscuro. La latitud de la isla garantizaba que el sol no saldría por algunas horas y los camiones de tono azul oscuro resultaban invisibles.

Las medidas de seguridad eran tan estrictas que el sargento Bob Highland del C13 ni siquiera sabía que él se encontraba en el tercer camión que salió de la cárcel. Lo que sí sabía es que estaba sentado a escasa distancia de Sean Miller, y que su destino era el pequeño puerto de Lymington. Tenían la posibilidad de elegir entre tres puertos para viajar a la isla de Wight, y entre tres distintos medios de transporte: el ferry común, el aerodeslizador y el aliscafo. También podían haber decidido realizar el trayecto en un helicóptero de la Marina Real partiendo de Gosport, pero Highland sólo tuvo que dirigir una rápida mirada al cielo sin estrellas para anular esa posibilidad. No es una buena idea, pensó. Además las medidas de seguridad eran estrictísimas. Sólo unas treinta personas sabían que Miller sería trasladado esa mañana. Miller mismo no lo supo hasta tres horas antes y todavía ignoraba a qué carcel lo llevaban. Recién lo sabría al llegar a la isla.

A lo largo de los años el sistema carcelario inglés se había ido haciendo cada vez más caduco e ineficaz. Huir de las viejas estructuras erigidas en lugares deshabitados y desolados, como Dartmoor en Cornwall, resultaba muy fácil por cuyo motivo se edificaron dos nuevas cárceles de máxima seguridad en la isla de Wight: Albany y Parkhurst, que tenían innumerables ventajas. Para empezar, por definición una isla era más fácil de custodiar, y la de Wight tenía sólo cuatro puntos de acceso. Y lo más importante era que la isla estuviera habitada por gente que formaba un verdadero clan y que la presencia de cualquier desconocido era inmediatamente notada y comentada. Las nuevas prisiones eran un poco más cómodas que las construidas durante el siglo anterior. Las mejores condiciones de vida para los prisioneros venían aparejadas con medidas de seguridad que hacían muy difícil la huida. Huir no era totalmente imposible, pero esas nuevas cárceles contaban con cámaras de televisión que cubrían cada centímetro de las paredes, alarmas electrónicas ubicadas en los lugares más insospechados, y guardias que empuñaban armas automáticas.

Highland se desperezó y bostezó. Con un poco de suerte llegaría a su casa a primera hora de la tarde y lograría pasar parte del día de Navidad con su familia.

—No veo nada que pueda concernirnos —comentó el otro policía que seguía con la nariz pegada al vidrio de la ventanilla trasera—. En la calle sólo circula un puñado de autos y ninguno nos sigue.

—Yo no me quejaría —observó Highland. Se volvió para mirar a Miller.

El prisionero estaba sentado en el banco de la izquierda, esposado y con una cadena que ligaba las esposas que le sujetaban las muñecas con un par similar que le unía los tobillos. Con suerte y un poco de ayuda, en esas condiciones un hombre tal vez fuese capaz de moverse a la misma velocidad que un infante gateando, pero tendría pocas posibilidades de ganarle a un niñito de dos años. Miller permanecía simplemente allí sentado, con la cabeza apoyada contra el costado del camión celular y los ojos cerrados, mientras el vehículo se hamacaba por el camino. Parecía dormido, pero Highland no lo creía. Miller estaba, una vez más, reconcentrado dentro de sí mismo, perdido en alguna clase de contemplación.

¿En qué está pensando, señor Miller? tenía ganas de preguntar el policía. No porque ya no le hubiesen hecho esa pregunta. Todos los días desde el incidente del Mali, Highland y otros detectives se habían sentado frente al reo, escritorio por medio, tratando de iniciar alguna clase de conversación. Highland tuvo que admitir para sus adentros que Miller era un tipo

fuerte. Sólo pronunció una sola palabra innecesaria y eso fue nueve días antes. Un carcelero, con más indignación que profesionalismo, utilizó el pretexto de un problema de plomería en la celda de Miller para trasladarlo temporalmente a otra. En esa alojaban los que por siglas eran conocidos como ODC: Criminales Decentes Ordinarios, completamente opuesto al tipo de reos políticos con los que tenía que habérselas el C13. Uno esperaba que se le dictara sentencia por una serie de robos callejeros; el otro por haber dado muerte de un tiro al dueño de una tienda de Kensington. Ambos sabían quién era Miller, y lo odiaban tanto como para considerar que era una manera de atenuar los crímenes que ellos habían cometido y de los que; en todo caso, no se lamentaban. Cuando Highland se presentó para otra inútil sesión de interrogatorio, encontró a Miller acostado de cara al piso de la celda, sin pantalones, mientras el ladrón lo sometía a una sodomía tan brutal que el policía llegó a sentir compasión por el terrorista.

Ante una orden de Highland, los Criminales Ordinarios Decentes se alejaron y en cuanto abrieron la puerta de la celda, Highland mismo levantó a Miller y lo ayudó a llegar a la sala de primeros auxilio. Y allí Miller le habló como habla un ser humano a otro. Una sola palabra surgió de sus labios hinchados y lastimados: Gracias.

Policía rescata u terrorista pensó Highland. !Qué titular para los diarios! Por supuesto que el carcelero se declaró inocente. Había un problema de cañerías en la celda de Miller —de alguna manera la orden de reparación se extravió— y se alejó porque acababa de producirse un tumulto en otro sector de la prisión. Y desde allí no oyó nada. Ni un sonido. La cara de Miller había sido golpeada hasta quedar convertida en una pulpa sanguinolenta. Pero la compasión inspirada por Miller duró poco. Highland seguía furioso con el carcelero. Estaba ofendido en su profesionalismo. Lo que el tipo había hecho estaba redondamente mal y potencialmente equivalía a dar el primer paso por un sendero que podía conducir de nuevo a la tortura. La ley no estaba hecha tanto para proteger a la sociedad de los criminales, sino más bien, para proteger a la sociedad de sí misma. Esa era una verdad que no todos los policías comprendían a fondo, pero era la única lección que Highland había aprendido en cinco años de militar en la Rama del Antiterrorismo. Y era una lección difícil de aceptar cuando uno presenciaba la obra de los terroristas.

El rostro de Miller todavía conservaba algunas marcas, pero era joven y cicatrizaba con rapidez. Sólo durante breves instantes se transformó en una víctima, una víctima humana. Ahora de nuevo estaba convertido en un animal. A High1and le costaba considerarlo un semejante: pero para eso estaba su profesionalismo. Hasta para los tipos como tú. El policía volvió a mirar por la ventanilla trasera del celular.

Era un viaje aburrido porque no había radio ni conversación; sólo la vigilancia para tratar de ver algo que con casi seguridad no existía allá afuera. High1and deseó haber llenado su termo con café en lugar de té. El camión pasó por Woking, después por Aldershot y Farnham. Ya se encontraba en la campiña del sur de Inglaterra. Alrededor veían mansiones pertenecientes a dueños de studs y casas menos lujosas, habitadas por los empleados de los propietarios. Es una pena que esté tan oscuro, pensó Highland, porque si no sería un viaje agradable. Pero la niebla flotaba sobre los numerosos valles, la lluvia golpeaba contra el techo chato del celular y el conductor manejaba con especial cuidado por ese camino zigzagueante y lleno de curvas, típico de la campiña inglesa. Aquí y allá High1and alcanzaba a distinguir alguna luz solitaria sobre una puerta distante, pero no mucho más.

Una hora más tarde el camión tomó la autopista M27 para no entrar en Southampton y después dobló por un camino secundario, rumbo a Lymington.

Cada tantos kilómetros atravesaban algún pequeño pueblo. Aquí y allá se vislumbraba un principio de vida. Había autos estacionados frente a algunas panaderías donde sus dueños compraban pan recién horneado. En las iglesias ya habían dado comienzo los primeros servicios, pero el verdadero tráfico no empezaría hasta que saliera el sol, y para eso todavía faltaba tres horas. El estado del tiempo empeoraba. Ya se encontraban a escasos kilometros de la costa y las ráfagas de viento soplaban a cuarenta y cinco kiló

metros por hora. Disiparon la niebla, pero también arrojaban baldazos de agua fría contra el celular y lo hamacaban sobre sus ruedas.
—Un día espantoso para viajar en barco —comentó el otro policía.
—Pero el cruce sólo dura treinta minutos lo consoló Highland, quien, ante el solo pensamiento ya sentía el estómago revuelto. A pesar de haber nacido en un país de marinos, Bob Highland detestaba viajar en barco.
—¿En un día como el de hoy? Más bien diría que vamos a demorar una hora. —El policía empezó a canturrear: Sobre las olas, mientras Highland empezaba a lamentar el abundante desayuno que había ingerido antes de salir de su casa.
No debo preocuparme, se dijo. En cuanto entreguemos a Miller me iré a casa a pasar la Navidad y después tengo dos días de licencia. Bien ganados, por cierto. Treinta minutos después, llegarón a Lymington.
Highland había estado allí una vez, pero era más lo que recordaba que lo que alcanzaba a ver. El viento que soplaba sobre el agua corría a unos buenos sesenta kilómetros por hora, un verdadero ventarrón del sudoeste. Recordó haber visto en el mapa que casi todo el trayecto hasta la isla de Whight se realizaba en aguas protegidas calmas: un término relativo, pero de alguna manera una esperanza a la cual aferrarse. En el muelle los esperaba el ferry Cenlac. Sólo media hora antes, el capitán había sido informado de que debía esperar a un pasajero especial que se encontraba en camino. Eso explicaba la presencia de cuatro policías armados, de pie o sentados en distintos lugares del ferry. Un operativo de poca importancia, sin duda, y que no interfería con los otros pasajeros, muchos de los cuales llevaban paquetes cuyo contenido no resultaba difícil de adivinar.
El ferry que hacía el recorrido entre Lymington y Yarmout soltó amarras exactamente a las 08:30. Highland y su compañero permanecieron dentro del celular, mientras el conductor y otro agente armado que viajaba en el asiento delantero montaban guardia afuera. Una hora más, pensó High1and, después algunos minutos para entregar a Miller en la prisión y enseguida el viaje tranquilo de regreso a Londres. Tal vez hasta pueda estirarme y dormir un ratito. Habían decidido celebrar la comida de Navidad a las cuatro de la tarde... pero abruptamente tuvo que dejar de pensar en ese acontecimiento.
El Cenlac entró en el Solent, el canal que corría entre Inglaterra y la isla de Wight. Si esas aguas eran tranquilas, Highland no quería siquiera imaginar que sería el mar abierto. El Cenlac no era demasiado grande y carecía del calado necesario para navegar en el mar. El ventarrón del canal y las olas lo azotaban por estribor, el barquito ya soportaba rolidos de quince grados.
—¡Maldito sea! —exclamó el sargento, hablando para sí mismo. Miró a Miller. La expresión del terrorista no había cambiado en 1o más mínimo. Seguía sentado como una estatua, con la cabeza todavía apoyada contra un cos tado del camión, los ojos todavía cerrados, las manos sobre las rodillas. Highland decidió intentar hacer lo mismo. No ganaba nada con mirar por la ventanilla trasera. En ese momento ya no tenían preocuparse por el tráfico. Se recostó hacia atrás y apoyó los pies sobre el asiento de la izquierda.
Una vez leyó en alguna parte que el hecho de cerrar los ojos era una efectiva defensa contra el mareo. No tenía nada que temer por parte de Miller. Highland no portaba armas, por supuesto, y las llaves de las esposas estaban en el bolsillo de la chaqueta del conductor. Así que cerró los ojos para que su oído se acostumbrara al rolido del ferry sin la confusión que se producía cuando uno miraba fijo el inmóvil interior del camión. Le resultó un alivio. Pronto su estómago empezó a informarle su insatisfacción, pero no fue demasiado grave. High1and abrigaba la esperanza de que el mar más embravecido con que se encontraría después no modificaría esa situación.
Instantes después el sonido de disparos de automáticas lo hizo levantar la cabeza. Enseguida se oyeron aullidos de mujeres y gritos de hombres. De alguna parte surgió el sonido constante e ininterrumpido de una bocina de automóvil. Más disparos. Highland reconoció el ladrido corto de la automática de alguno de los detectives, a los que respondió en el acto el stacatto de

una ametralladora. En total no pudo haber durado más de un minuto. La bocina del Cenlac empezó a hacer oír sus notas cortas y fuertes pero después de algunos segundos se detuvo, mientras seguía sonando la bocina del automóvil. Los gritos se fueron acallando. Ya no eran agudos gritos de alarma, sino los gritos más profundos del terror consciente. Se oyeron más disparos de ametralladora. A High1and lo atemorizaba más el silencio que el ruido. Miró por la ventanilla, pero sólo alcanzó a ver un automóvil y más allá, el mar oscuro. La cosa no iba a parar allí, y preveía lo que sucedería. Se llevó inútilmente la mano al bolsillo de la chaqueta, buscando la pistola que no estaba allí.

¿Cómo supieron... cómo supieron esos cretinos que estaríamos acá?

Entonces escuchó más gritos, el sonido de órdenes que no serían desobedecidas por los que desearan sobrevivir a ese día de Navidad. Highland cerró las manos con fuerza, convirtiéndolas en puños. Una vez más se volvió a mirar a Miller. En ese momento, el terrorista lo miraba fijo. El sargento hubiese preferido una sonrisa cruel a la expresión vacía que percibió en ese rostro joven y sin piedad.

La puerta de metal se estremeció ante el impacto de una mano abierta.

—Abran esa maldita puerta o la haremos volar de un tiro!

—¿Qué hacemos? —preguntó el otro policía.

—Abrimos la puerta.

—¿Pero qué? ¿Prefieres esperar que amenacen con un arma a algún bebé? Han ganado. — Highland sacó el seguro. Ambas puertas fueron abiertas de un tirón.

Había tres hombres con los rostros cubiertos por máscaras de esquí. Empuñaban armas automáticas.

Muéstrenos sus armas ordenó el más alto. Sin demasiada sorpresa Highland notó que hablaba con acento irlandés.

Estamos ambos desarmados contestó el sargento. Levantó las manos.

Salgan. Uno por vez y acuéstense de boca contra la cubierta. —El terrorista ni siquiera se molestó en amenazarlos.

Highland bajó del camión y se arrodilló; en ese momento le pegaron un puntapié y lo obligaron a acostarse sobre cubierta. Sintió que el otro policía caía a su lado.

¡Hola Sean! —saludó otra voz—. No habrás pensado que nos habíamos olvidado de ti, ¿verdad?

A High1and le sorprendió que Sean Miller siguiera sin pronunciar palabra. Oyó el tintineo de cadenas que hizo el reo al salir del camión. Vio los zapatos de un hombre que se acercaba a las puertas, probablemente para ayudarlo a bajar.

El conductor debe de estar muerto, pensó Highland. El pistolero tenía las llaves que estaban en su poder. Oyó que le quitaban las esposas a Miller y después notó que un par de manos lo ayudaban a ponerse de pie. Miller se refregaba las muñecas y por fin demostraba algo de emoción. Miró la cubierta y sonrió, después observó a Highland.

No tenía mucho sentido mirar al terrorista. Highland alcanzó a ver por lo menos tres hombres muertos. Uno de los pistoleros vestidos de negro retiró una cabeza deshecha caída sobre el volante de un automóvil y dejó de sonar la bocina. A seis metros de distancia un hombre se aferraba el estómago sanguinolento, mientras una mujer —probablemente su esposa— intentaba aliviarlo. Otros estaban tendidos sobre cubierta formando pequeños grupos, todos con las manos sobre las cabezas y vigilados por terroristas. Highland notó que ninguno de los pistoleros hablaba a menos que fuese necesario. Eran individuos entrenados. Los únicos que hacían ruido eran los civiles. Los chicos lloraban y sus padres se comportaban mejor que los adultos sin hijos. Los padres tenían que ser valientes para proteger a sus hijos, mientras que los solteros sólo temían por sus propias vidas. Varios de ellos lloriqueaban.

— ¿Usted es Robert Highland? —preguntó en voz baja el terrorista alto—. ¿El sargento Highland del famoso C13?

—Sí —contestó el policía. Sabía que iba a morir. Le pareció terrible tener que morir el día de Navidad. Pero ya que debía morir no tenía nada que perder. No pensaba suplicar, ni rogar.

—¿Y ustedes quiénes son?
— Amigos de Sean, por supuesto. ¿En serio creyó que lo abandonaríamos en manos de gentes como ustedes? —A pesar de la dicción sencilla, la voz era la de un hombre educado.
—¿Tiene algo que decir?
Highland tenía ganas de decir muchas cosas, pero sabía que en realidad nada importaba. Ni siquiera ganaría tiempo maldiciéndolos... y pensó que en ese momento entendía mejor a Miller. Eso le produjo un impacto tan grande que el miedo lo abandonó. Ahora sabía por qué Miller no había hablado. Qué cosas tan tontas se le pasan a uno por la cabeza en un momento como éste, pensó. Era casi gracioso, pero más que gracioso resultaba asqueante.
—Terminen de una vez.
Sólo alcanzaba a ver los ojos del alto y no tuvo la satisfacción de comprobar sus reacciones. Ante eso, Highland se enfureció. Ahora que la muerte era una certeza, se descubrió furioso por lo irrelevante. El alto sacó una pistola automática de su cinturón y se la alcanzó a Miller.
—Este es tuyo, Sean.
Sean tomó la pistola en la mano izquierda y miró por última vez a Highland,
Por lo que ese cretino le importa, yo podría ser un conejo.
—Debí haberte dejado en esa celda —dijo Highland, con un tono de voz que en ese momento carecía de toda emoción.
Miller consideró la frase durante un instante, empuñando la pistola a la altura de la cadera y buscando una respuesta adecuada. Alzó la pistola.
—La gratitud, señor Highland... es una peste de los perros. —Disparó desde una distancia de cuatro metros y medio.
—Vamos —ordenó O'Donnell. En cubierta apareció otro hombre vestido de negro. Se acercó trotando al líder.
—Hemos destruido ambas máquinas.
O'Donnell consultó su reloj. El operativo se había desarrollado casi a la perfección. Era un plan espléndido... salvo por ese tiempo de mierda. La visibilidad era de menos de un kilómetro y medio y...
—Allí está, acercándose a babor —gritó un hombre.
—Paciencia, muchachos.
—¿Pero quiénes mierda son ustedes? —preguntó el policía tendido sobre cubierta.
Por toda respuesta O'Donnell efectuó una serie de disparos. Se alzó otro coro de alaridos que fue desapareciendo al confundirse con el chillido del viento. El líder sacó del bolsillo un silbato y lo hizo sonar. El grupo de asalto formó alrededor. Eran siete además de Sean. O'Donnell notó con satisfacción que se notaba el entrenamiento a que habían sido sometidos. Cada uno de los hombres se paró alrededor de él, mirando hacia afuera, con el arma preparada por si alguno de los aterrorizados civiles fuese tan tonto como para intentar algo. El capitán del ferry permanecía parado sobre la escalera, a dieciocho metros de distancia, sin duda angustiado por el próximo problema que tendría que enfrentar: Navegar en ese barco sin motores en plena tormenta. O'Donnell había considerado la posibilidad de matar a todos los pasajeros y tripulantes y hundir el ferry, pero rechazó la idea por contraproducente. Era mejor dejar sobrevivientes para que contaran la historia, porque en caso contrario tal vez los británicos no se enterarían de su victoria.
—¡Listo! —anunció el hombre apostado a popa.
Uno a uno, los pistoleros se dirigieron a babor. Las olas tenían dos metros y medio de altura y más allá del refugio de Sconce Point el mar estaría más embravecido. Era un riesgo que O'Donnell aceptaba con más facilidad que el capitán del Cenlac.
—¡Ya! —ordenó.
El primero de los terroristas saltó al Zodiac de diez metros. El hombre que lo piloteaba guardaba distancia del ferry y utilizaba el poder de sus dos motores fuera de borda para no alejarse demasiado. Todos los terroristas habían practicado ese ejercicio en el mar y, a pesar del violento oleaje actuaron con tranquilidad. A medida que cada uno de los hombres iba

Librodot

saltando a bordo, rodaba hacia la borda contraria para dejar lugar a su próximo compañero. Apenas tardaron un minuto en abordar la lancha. O'Donnell y Miller fueron los últimos en saltar y en cuanto estuvieron a bordo, la lancha arrancó a toda velocidad. El Zodiac viró hacia el sudoeste, rumbo al canal inglés. O'Donnell miró hacia atrás. Seis personas los observaban alejarse. Los saludó con la mano.

—Bienvenido, Sean —le gritó a su compañero.

—No les dije ni una maldita palabra —contestó Miller.

—Ya lo sé —O'Donnell le alcanzó una cantimplora de whisky. Miller se la llevó a la boca y bebió dos tragos. Había olvidado lo rico que era, y la lluvia fría que caía a raudales lo hacía aún más rico.

Impulsada por un par de motores de cien caballos de fuerza, el Zodiac cabalgaba sobre las olas casi como un aliscafo. El timonel permanecía parado en su puesto, en mitad de la lancha, con las rodillas dobladas para contrarrestar la fuerza del viento mientras piloteaba la lancha a través del oleaje y la lluvia rumbo al encuentro previsto. La flota de pescadores de O'Donnell le proporcionaba una amplia posibilidad de elección de marinos y no era la primera vez que los utilizaba en un operativo. Uno de los terroristas fue pasando salvavidas a los demás. En el caso improbable de que alguien llegara a verlos, tendrían todo el aspecto de un equipo del Servicio Especial de Lanchas de la Marina Real, empeñados en un ejercicio. Los operativos organizados por O'Donnell siempre tomaban en cuenta hasta el último detalle. Miller era el único de sus hombres que había sido capturado y, a partir de ese momento, los antecedentes del grupo volvían a ser perfectos. Los pistoleros estaban metiendo las armas en bolsas de plástico para evitar los riesgos de la corrosión. Algunos conversaban entre ellos, pero entre el ulular del viento y el rugido de los motores era imposible saber lo que decían.

Miller se había golpeado bastante al caer a la lancha. En ese momento se friccionaba la espalda.

—¡Malditos maricones! —gruñó. Era agradable poder hablar de nuevo.

—¿Qué dices? —preguntó O'Donnell por sobre el ruido. Miller se lo explicó. Estaba convencido de que todo había sido idea de Highland, algo para doblegarlo, para hacerlo quedar en deuda con él. Fue por eso que disparó los dos tiros al estómago. No tenía sentido permitir que muriera con rapidez.

Pero Miller no le dijo eso a su jefe. Esa clase de cosas no era profesional. Kevin podía no estar de acuerdo.

—¿Dónde está ese cretino de Ryan? —preguntó Sean.

—De vuelta en su casa, en los Estados Unidos. —O'Donnell miró su reloj y restó seis horas.— Supongo que en este momento duerme profundamente.

—Ese hombre nos retrasó un año, Kevin —señaló Miller—. ¡Un maldito año!

—Pensé que dirías eso. Después, Sean.

El hombre más joven asintió y bebió otro trago de whisky. —¿Hacia dónde vamos?

!A un lugar más cálido que éste!

El Cenlac navegaba a la deriva, a merced del viento. En cuanto el último terrorista abandonó el ferry, el capitán envió a sus hombres abajo, a ver si había bombas. No encontraron ninguna, pero el capitán sabía que eso simplemente podía significar que estaban bien escondidas, porque un barco era el lugar ideal para ocultar cualquier cosa. El ingeniero y un marinero intentaban reparar uno de los motores diesel mientras otros tres arrojaban un ancla que en ese momento colgaba de estribor, para tratar de equilibrar el ferry en el rolido de las olas. El viento iba acercando el barco hacia la costa. Eso suponía navegar en un mar más calmo, pero chocar contra la costa con ese oleaje significaba una muerte segura para todos los que se encontraban a bordo. El capitán analizó la posibilidad de lanzar al agua uno de los botes salvavidas, pero hasta eso encerraba una serie de peligros que rogaba poder evitar.

Se quedó solo en el puente de mando y miró sus radios .. destrozadas. Con ellas habría podido pedir auxilio, un remolcador, un barco mercante, cualquier cosa que pudiera remolcarlos hasta

un muelle. Pero las tres radiotransmisoras habían sido destrozadas por ráfagas de ametralladora y estaban más allá de toda posibilidad de arreglo.
¿Por qué nos habrán dejado ron vida esos cretinos, se preguntó en medio de una furia silenciosa e indefensa. En la puerta apareció el ingeniero.
—No lo puedo arreglar. Simplemente no contamos con las herramientas necesarias. Esos desgraciados sabían exactamente lo que tenían que destrozar.
—Sí, no hay duda de que sabían exactamente lo que debían hacer —convino el capitán.
—Ya ha pasado la hora en que deberíamos haber llegado a Yartmouth. A lo mejor...
—Lo atribuirán al mal tiempo. Antes de que ellos decidan moverse nos habremos estrellado contra las rocas. —El capitán se volvió para abrir un cajón. Sacó una pistola de señales luminosas. —A intervalos de dos minutos. Yo iré a ver a los pasajeros. Si dentro de... cuarenta minutos no ha sucedido nada, lanzaremos al agua los botes salvavidas.
Pero al meterlos en los botes mataremos a los heridos...
Y si no lo hacemos morirá todo el mundo! —El capitán bajó a cubierta.
Uno de los pasajeros era veterinario. Había cinco heridos y él trataba de atenderlos, asistido por uno de los marineros. La cubierta de los vehículos estaba mojada y ruidosa. El ferry se encontraba escorado veinte grados y una de las ventanas había sido destrozada por el mar. Uno de los marineros luchaba por cubrir el boquete con una lona. El capitán juzgó que posiblemente lo lograría, y se acercó a los heridos.
—¿Cómo están?
El veterinario levantó la mirada, con expresión de angustia. Uno de sus pacientes iba a morir y los otros cuatro...
—Pronto tendremos que trasladarlos a los botes salvavidas. —Eso los matará. Yo...
Radio murmuró uno de los heridos a través de los dientes apretados.
—Quédese quieto —ordenó el veterinario.
—Radio insistió el herido. El hombre aferraba con las manos los vendajes que le cubrían el abdomen y hacía enormes esfuerzos para no aullar de dolor.
—Esos desgraciados las destrozaron —explicó el capitán—. Lo siento...no tenemos ninguna radio.
—El camión celular... ¡en el maldito camión hay una radio!
—¿Qué?
—Policía —jadeó High1and—. Camión celular transporte de prisioneros... radio...
—¡Dios Santo! Miró el camión. Tal vez la radio no funcionara desde
dentro del ferry. El capitán volvió corriendo al puente de mando y dio una orden al ingeniero.

Fue una tarea fácil. El ingeniero usó sus herramientas para sacar la radio
del camión. Pudo conectarla a una de las antenas del ferry y a los cinco minutos el capitán la estaba usando.
—¿Quién habla? —preguntó el policía que estaba en la línea.
Este es el Cenlac, pedazo de imbécil. Nuestras radios marinas han sido destrozadas. Estamos sin motores y a la deriva a tres millas al sur de Lisle Court y necesitamos que nos socorran enseguida.
;Ah! ¡Muy bien! Espere en la línea. —Al sargento de Lymington el mar no le era desconocido. Levantó el tubo y recorrió con el dedo una lista de números de emergencia hasta que encontró el que buscaba. Dos minutos después estaba nuevamente en comunicación con el ferry.
—Un remolcador se dirige ya mismo hacia donde ustedes se encuentran. Por favor confirmen su posición a tres millas al sur de Lisle Court.
La posición es correcta pero navegamos a la deriva hacia el nordeste, nuestro radar todavía está operando. Podemos guiar al remolcador cuando se nos acerque .Por amor de Dios, pídale que se apure! Tenemos heridos.
El sargento se enderezó de golpe en su asiento.

Dígalo de nuevo... repita lo que acaba de decir.
Ahora que sabía que el auxilio estaba en camino, el capitán explicó lo sucedido en la menor cantidad de palabras posibles. En tierra firme, el sargento llamó a su superior, enseguida al superintendente local y a Londres. Quince minutos después, un equipo de rescate de la Marina Real calentaba un helicóptero en Gosport. Primero volaron al hospital naval de Portsmouth para recoger a un médico y un enfermero y después se internaron en la niebla. Tardaron veinte espantosos minutos en encontrar el ferry, durante los cuales el piloto luchó contra ventarrones, mientras que el copiloto mantenía la mirada fija en el radar para distinguir la silueta del ferry en la pantalla. Esa fue la parte fácil.
Tenía que mantener la aeronave a más de cuarenta nudos de velocidad solamente para mantenerse sobre el ferry, y el viento nunca permanecía igual durante más de algunos segundos sino que constantemente modificaba algunos grados de dirección y diez nudos de velocidad mientras él luchaba con los controles para mantenerse encima de la nave en peligro. A popa, el jefe de tripulación envolvió la camilla de rescate alrededor del médico, sosteniéndolo junto a la portezuela abierta, El piloto le ordenó por el intercomunicador que lo bajara. En la cubierta superior esperaban dos marineros para recibir al doctor. No habían realizado esa tarea antes, pero la dotación del helicóptero sí, así que lo dejó caer tres metros con rapidez y después más lentamente durante el último tramo. Uno de los marineros aferró al médico y soltó las cuerdas que lo sujetaban. El siguiente en bajar fue el enfermero, quien maldijo al destino y a la naturaleza durante todo el descenso. El también llegó sano y salvo y el helicóptero tomó altura con rapidez para alejarse de la peligrosa superficie.
—Teniente cirujano Dilk, doctor.
!Bienvenido! Me temo que habitualmente sólo curo caballos y perros —replicó enseguida el veterinario—. Tenemos un herido en el pecho y los otros tres en el estómago. Uno murió... hice todo lo que pude, pero... !malditos asesinos! —No había mucho más que decir.
El sonido de una bobina diesel anunció la llegada del remolcador. El teniente Dilk ni siquiera se molestó en mirar, mientras el capitán y la tripulación aferraban el cabo que les tiraron y lo ataron para ser remolcados, juntos, médicos, veterinario y enfermero administraban morfina y trabajaban para estabilizar a los heridos.
El helicóptero ya había desaparecido al sudoeste, con un propósito más siniestro en ese segundo operativo del día. Otro helicóptero con marinos armados levantaba vuelo en Gosport mientras el primero revisaba ocularmente y con radar la superficie del mar buscando una lancha negra, de goma, de diez metros, del tipo Zodiac. Acababan de récibir órdenes urgentes del Ministerio del Interior y por una vez eran órdenes que los hombres uniformados estaban entrenados y equipados para enfrentar: Localizar y destruir.
El radar es inútil —informó el copiloto por el intercomunicador.
El piloto asintió, demostrando que estaba de acuerdo. En un día de mar
calmo tendrían excelentes posibilidades de localizar el bote de goma, pero en pantalla la visibilidad era confusa debido al oleaje y a la espuma que hacían casi imposible detectar un objeto en la superficie del agua.
— No pueden haber llegado demasiado lejos y desde aquí arriba la visibilidad no es tan mala. Trataremos de individualizados visualmente.
—¿Por dónde empezamos?
—Partiremos de los Needles y de allí hacia adentro, hacia la bahía de Christchurch; después, si es necesario, nos dirigiremos hacia el oeste. Encontraremos a esos cretinos antes de que lleguen a tierra y haremos que los esperen en la playa. Ya oíste las órdenes.
—Por supuesto. El copiloto activó su display táctico de navegación para convencerse de que habían buscado en una zona equivocada. Sorprendidos —desconcertados los helicópteros regresaron a Gosport con las manos vacías. Al entrar en las oficinas, el piloto se encontró con dos oficiales superiores,
_¿Y?

Librodot

—Buscamos desde los Needles hasta Poole Bay.... sin perder detalle. —El piloto indicó el trayecto del vuelo en un mapa—. Con el mar en esas condiciones, ese tipo de lancha tal vez pueda llegar a dar hasta veinte nudos... como máximo y sólo contando con una tripulación de expertos. Es casi increíble que no los hayamos visto. —El piloto bebió unos tragos de té. Observó el mapa y meneó la cabeza con incredulidad—. !Es imposible que no los hayamos visto! ¡Y mucho menos siendo dos helicópteros!

— ¿Y si salieron al mar? ¿Y si navegaron hacia el sur?

— Pero hacia dónde? Aun en el caso de que tuvieran bastante combustible para cruzar el canal, cosa que dudo, es algo que sólo un loco intentaría. Allá afuera debe de haber olas de seis metros y el ventarrón es cada vez más fuerte. Sería un suicidio —concluyó el piloto.

— Bueno, sabemos que no son locos, al contrario, son individuos sumamente inteligentes. ¿No hay manera de que pudieran habérseles adelantado, llegando a tierra antes de que los alcanzaran?

— No hay ninguna posibilidad. Ninguna. —El piloto se expresó con énfasis total.

— ¿Entonces dónde demonios están?

—Lo siento, señor, pero no tengo la menor idea. Tal vez se hayan hundido.

—¿Y usted lo cree? —preguntó el jefe.

—No, señor.

El comandante James Owens se volvió. Miró por la ventana. El piloto tenía razón: la tormenta era cada vez más fuerte. Sonó el teléfono. —Para usted señor —anunció el soldado que acababa de atender.

—Habla Owens. ¿Sí? —En su rostro se reflejó una expresión de tristeza que enseguida se convirtió en ira y casi de inmediato volvió a dejar paso a la pena. —Gracias. Le ruego que nos mantenga informados. Era del hospital. Murió otro de los heridos, en este momento el sargento Highland está en cirugía, una de las balas se alojó en su columna vertebral. Creo que con ése los muertos suman nueve. Señores, ¿tienen alguna sugerencia? En este momento, yo hasta estaría dispuesto a contratar a una adivina para que me leyera el futuro.

—Tal vez desde los Needles hayan tomado hacia el sur, para después virar hacia el este y tocar tierra en la isla de Wight.

Owens hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Allí tenemos gente. Nada.

—Entonces puede haber preparado un encuentro con un barco, en el Canal hay un tráfico bastante poco habitual.

—¿Existe alguna manera de chequear esa posibilidad?

El piloto meneó la cabeza.

—No. Hay un radar de control de tráfico marítimo en el Estrecho de Dover, pero no aquí. Y no podemos abordar todos los barcos, ¿verdad?

—Muy bien. Señores, les agradezco sus esfuerzos, sobre todo el haber trasladado a un médico con tanta rapidez. Me informaron que gracias a eso han salvado varias vidas. —El comandante Owens salió del edificio. Los que permanecieron en la oficina se maravillaron ante su autocontrol. Una vez afuera, el detective observó el cielo cargado y maldijo mentalmente su mala suerte, pero su ira era tan grande que no demostró lo que sentía. Owens era un hombre acostumbrado a esconder sus pensamientos y sentimientos. A menudo les recalcaba a sus hombres que en el trabajo de un policía no cabían las emociones. Por supuesto que eso no era cierto y, como les sucedía a muchos colegas suyos, lo único que Owens lograba era disimular su furia. A eso se debía el paquete de pastillas antiácidas que siempre llevaba en el bolsillo de la chaqueta, y los largos períodos de silencio que mantenía en su casa y que su esposa tuvo que aprender a soportar y a comprender. Metió la mano en el bolsillo de su camisa para buscar un atado de cigarrillos que no tenía y enseguida lanzó un bufido: ¿cómo lograste desprenderte de ese hábito, Jimmy? Por un momento quedó parado, solo, en la playa de estacionamiento, como para que la lluvia helada calmara su enojo. Pero sólo le produjo un estremecimiento y él no se podía dar el lujo de pescarse un resfrío. Tendría

que responder por lo sucedido, responder ante el Comisionado de la Policía Metropolitana, responder ante el Ministerio del Interior. Y alguien —no yo, gracias a Dios— tendrá que responder ante la Corona.

Ese pensamiento lo angustió. Les había fallado. Les había fallado dos veces. Fue incapaz de detectar y de impedir el ataque original en The Mall y sólo gracias a la suerte increíble de la intervención del yanqui salvaron el día y ahora, cuando todo lo demás anduvo bien, ese nuevo fracaso. Hasta ese momento, jamás había sucedido una cosa así. Owens era responsable. Todo sucedió bajo su vigilancia. Él, personalmente, se encargó de diagramar el método del transporte. Lo eligió. Estableció los procedimientos de seguridad. Eligió el día. Eligió las rutas. Eligió a los hombres que en ese momento estaban todos muertos. Todos salvo Bob Highland.

¿Cómo se enteraron? se preguntó Owens interiormente. Sabían cuándo y sabían dónde. ¿Cómo lo supieron? Bueno, se dijo, ese es un punto a base del cual puedo iniciar la investigación, Owens conocía a la gente que tenía acceso a esa información. En alguna parte se había producido una filtración. Recordó el informe con que Ashley volvió a Dublín. "La fuente de información es tan buena que parece increíble" le dijo ese cretino del PIRA refiriéndose a los informantes de O'Donnell. El detective creyó que Murphy estaba equivocado. Pero en ese momento era evidente que decía la verdad.

— Volvemos a Londres —le indicó al chofer.

—Gran día, Jack —observó Robby, instalado en el sofá.

—Sí, bastante bueno —convino Ryan. Por supuesto que la casita de muñecas está torcida...

Frente a ellos, Sally jugaba con sus nuevos juguetes. A Jack le resultó gratificante notar que el que más le gustaba era la casa de muñecas. Su hija estaba empezando a desinflarse, después de haber despertado a sus padres a las siete de la mañana. Jack y Cathy también estaban empezando a desinflarse después de sólo cinco horas de sueño. Una hora antes Jack consideró que eso era un poco duro para una mujer embarazada así que él y Robby se encargaron de retirar los platos que en ese momento se lavaban en la lavaplatos. Las mujeres parloteaban instaladas en el otro sofá, mientras los maridos bebían una copa de coñac.

—¿Mañana no tienes programado vuelo?

Jackson meneó la cabeza.

— El pájaro capotó y tardarán otro día en arreglarlo. Además ¿dónde se ha visto una Navidad sin una buena copa de coñac? Mañana tendré que volver a instalarme en el simulador de vuelo, y el reglamento no me prohibe beber antes de esa actividad. Y como recién tengo que presentarme a las tres de la tarde, creo que para esa hora ya estaré sobrio. —Robby había bebido un vaso de vino con la comida y sólo una copa de coñac con el café.

—¡Dios! ¡Necesito estirar las piernas! —Jack se puso de pie y le hizo señas a su amigo de que lo siguiera.

—¿Se acostaron muy tarde anoche?

— Creo que aterrizamos en la cama un poco después de las dos. Robby se volvió para asegurarse de que Sally no pudiera oírlos. —No es fácil ser Papá Noel, ¿verdad? Si fuiste capaz de armar todos esos juguetes, tal vez debería encargarte el arreglo de mi avión.

—Espera hasta que pueda usar los dos brazos. —Jack sacó el brazo del cabestrillo y lo dobló mientras bajaban a la biblioteca.

—¿Y qué dice Cathy de eso?

—Lo que dicen siempre los médicos... ¡diablos!, si uno se cura demasiado pronto ellos pierden plata! —Movió la muñeca.— ¡Es increíble como se me acalambra la muñeca!

— ¿Pero te sientes mejor?

—Bastante bien. Creo que recuperaré el uso completo del brazo. Por lo menos todavía no me ha fallado. —Jack consultó su reloj. ¿Quieres que escuchemos el noticiario?

— Por supuesto.

Ryan encendió el pequeño televisor que tenía sobre el escritorio. La televisión por cable finalmente había llegado hasta su casa y acababa de abonarse a la CNN. Era agradable poder conectar las noticias nacionales y mundiales en el momento en que uno quisiera. Jack se dejó caer en su sillón giratorio mientras Robby se instalaba en uno del rincón. Faltaban algunos minutos para la hora del noticiero. Jack dejó el televisor encendido pero sin sonido.

— ¿Qué tal anda el libro?

— Bastante bien. Por fin he reunido toda la información que necesitaba. Me falta escribir cuatro capítulos y corregir un poco otros dos y estará terminado.

—¿Qué tuviste que cambiar?

—Resulta que me habían dado datos falsos. Tenías razón con respecto a ese problema de la ubicación de las cubiertas en los portaaviones japoneses.

— No me pareció que eso sonara bien —contestó Robby—. Eran bastante buenos, pero no hasta tal punto... quiero decir: después de todo los vencimos en Midway, ¿verdad?

—¿Y en la actualidad?

— ¿Te refieres a los rusos? Vamos, Jack, a cualquiera que quiera ensayar jugarretas conmigo y con mi Tomcat le conviene tener redactado su testamento. No me pagan para perder, hijo. —Robby esbozó la sonrisa del león adormilado.

—Es agradable comprobar la confianza que te tienes.

— Hay mejores pilotos que yo —admitió Robby—. En realidad son tres. Pero volvamos a hablar del asunto dentro un año, cuando esté de nuevo en la palestra.

— ¡Bueno! —exclamó Jack, lanzando una carcajada. Pero su risa murió al ver la imagen que aparecía en la pantalla de televisión—. ¡Es él! Me pregunto por qué... —subió el sonido.

"... muertos, incluyendo a cinco oficiales de la policía. Se realiza una búsqueda intensiva por tierra, mar y aire para tratar de ubicar el paradero de los terroristas que rescataron a su camarada convicto, mientras lo trasladaban a la prisión británica de la isla de Whight. Sean Miller fue sentenciado hace sólo tres semanas por el audaz ataque contra el príncipe y la princesa de Gales a poca distancia del palacio de Buckingham. En esa oportunidad dos oficiales de la policía y un terrorista fueron muertos antes de que el ataque fuese frustrado por el turista norteamericano Jack Ryan de Annapolis, Maryland."

Entonces la imagen cambió y apareció en pantalla una toma del mal tiempo imperante en el canal de la Mancha y un helicóptero de la Marina Real que evidentemente lo sobrevolaba, buscando algo. Volvió a cambiar para mostrar una grabación del momento en que Sean Miller era llevado al juzgado del Old Bailey. Justo antes de entrar en el camión celular, Sean Miller se volvió y enfrentó la cámara y en ese momento, tres semanas después, su mirada volvió a clavarse en la de John Patrick Ryan.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Jack.

10 Planes y amenazas

—No debes culparte, Jimmy —dijo Murray—. Y Bob sobrevivirá. Eso ya es algo.

—Por cierto —contestó irónicamente Owens—. Hasta existe un cincuenta por ciento de posibilidades de que vuelva a aprender a caminar. ¿Y los demás, Dan? Cinco hombres excelentes que han desaparecido, junto con cuatro civiles.

—Y tal vez también los terroristas —puntualizó Murray.

— !Ni tú ni yo creemos eso!

Fue un inesperado golpe de suerte. Un barco barreminas de la Marina Real que revisaba el Canal de la Mancha con sonar detectó en el fondo un objeto no identificado e inmediatamente bajó una cámara para clasificarlo. El videotape mostró los restos de un bote inflable de diez metros del tipo de los Zodíacos equipado con dos motores fuera de borda de doscientos

caballos de fuerza. Era evidente que se había hundido debido a una explosión cerca de los tanques de combustible, pero no había rastros de la tripulación, ni de sus armas. El capitán de la nave comprendió inmediatamente la importancia del descubrimiento e informó a sus superiores. En esos momentos un equipo de salvataje se preparaba para salir a reflotar el bote.
—Es una posibilidad. Uno de ellos pudo haber cometido una imprudencia, el bote voló y los pistoleros se hundieron...
¿Y los cuerpos?
—Comida para los peces. Murray sonrió con afectación. —Es una imagen agradable, ¿verdad?
—A ti te encantan las apuestas, Dan. ¿Qué porcentaje de tu sueldo arriesgarías en esa hipótesis? —Owens no estaba de humor para bromas. Murray comprendió que el jefe del C13 todavía seguía considerando lo sucedido como un fracaso personal.
— No demasiado —concedió el representante del FBI—. Así que tú crees que los recogió un barco.
— Es lo único sensato. Había nueve barcos mercantes lo suficientemente cerca. Tenemos la lista.
Murray también la tenía. Ya la había enviado a Washington donde la CIA y el FBI trabajarían en el asunto,
—¿Pero por qué no recobraron también el bote?
—Es obvio, ¿no? ¿Y si uno de nuestros helicópteros lo s veía haciéndolo? Además, dadas las condiciones del tiempo, tal vez haya ido demasiado difícil. 0 quizá ni siquiera quisieron tomarse el trabajo. Porque cuentan con amplia disponibilidad económica, ¿no es cierto?
—¿Y cuándo van a reflotar el bote?
—Pasado mañana, si el tiempo lo permite contestó Owens. Eso era algo positivo. Contarían con evidencia concreta. Todo lo que se fabrica en el mundo lleva marca de fábrica y número de serie. Así comenzaron muchas exitosas investigaciones: una factura de compra de determinada tienda muchas veces ha conducido a la condena de los criminales más peligrosos. A juzgar por las imágenes del videotape, los motores fuera de borda parecían los del Mercury Motors norteamericano. El Bureau ya había sido alertado para que iniciara las investigaciones en cuanto se tuviera los números de los motores. Murray sabía que los motores Mercury eran los más apreciados del mundo entero. Eso complicaría la investigación, pero seguía siendo algo; y algo era mejor que nada.
¿Algo nuevo con respecto a la fuente de la filtración? —preguntó Murray. Eso significa poner el dedo en la llaga.
—Es mejor que ese individuo rece para que no lo descubramos —dijo Owens en voz baja. Por el momento era difícil que lograran individualizado. Había en total treinta y una personas que conocían la hora y la ruta que se utilizaría para la transferencia del prisionero.,, y cinco de ellos habían muerto: ni siquiera el conductor del camión supo nada anticipadamente. Conque quedaban veintiséis que iban desde unos cuantos integrantes del C13, dos altos oficiales de la Policía Metropolitana, diez funcionarios del Ministerio del Interior, algunas personas del MI5, del Servicio de Seguridad, y varios otros. Cada uno de ellos habia sido investigado a fondo. Aunnque las investigaciones importan un carajo, se repitió Owens una vez más. Por, las filtraciones siempre las provoca algún cretino que en su momento ha sido investigado a fondo. Pero ese caso era distinto. Esto era traición —peor que traición— un concepto que Owens ni siquiera había considerado posible hasta la semana anterior. El autor de esa filtración necesariamente debía de ser también culpable del ataque contra la familia real. El hecho de revelar secretos de seguridad nacional a un poder extranjero era un acto suficientemente infame como para que él comandante lo denominara en términos poco profesionales. Pero poner deliberadamente en peligro a la familia real constituía un crimen tan inconcebible que Owens ni siquiera lo podía creer. Y no se trataba de alguien con las facultades mentales alteradas. Se trataba de una persona inteligente y con habilidad para el disimulo, alguien capaz de traicionar tanto la confianza personal como la de la nación. En una época, en

Inglaterra la gente de esa calaña moría de resultas de la tortura. No era un hecho del que Owens pudiera enorgullecerse, pero en ese momento comprendía por qué lo habían hecho, y qué fácil resultaba perdonar a los torturadores. ¡La familia real desempeñaba tantas funciones dentro del Reino Unido, y era tan amada por el pueblo! Y alguién, posiblemente alguien que tenían muy cerca, estaba dispuesto a traicionarla en beneficio de una pequeña banda de terroristas. Owens quería apoderarse de esa persona, Quería verla muerta, quería observarla morir. Para esa clase de crimen no podía haber ninguna otra clase de castigo.

Después de algunos segundos de adustos pensamientos, triunfó su profesionalismo. Con desearlo muerto no encontraremos a ese cretino. Encontrarlo significa trabajo policiaco: una investigación cuidadosa, prolija, completa. Owens sabía llevarla a cabo. Ni él ni sus hombres descansarían hasta haber triunfado. Pero ninguno de ellos dudaba de que en última instancia sus esfuerzos se verían coronados por el éxito.

— Eso significa que tienes dos posibilidades de investigación, Jimmy —dijo Murray como si hubiera leído los pensamientos de su colega, cosa nada difícil de hacer. Ambos habían manejado casos difíciles, y la policía no es muy diferente en las distintas partes del mundo.

— Por supuesto —contestó Owens, casi sonriente—. Creo que han ido demasiado lejos. Tendrían que haber hecho todos los esfuerzos del mundo para proteger a su informante. Ahora estamos en condiciones de comparar la lista de los que sabían que Su Alteza iría esa tarde al Palacio y la de los que estaban enterados de que el joven Miller sería llevado a Lymington.

— Y la de los operadores telefónicos que conectaron las llamadas —le recordó Murray, las secretarias y compañeros de trabajo que pudieron haber oído algo y las amiguitas o amiguitos que o amiguitos que pudieron haberse enterado de algo durante sus conversaciones horizontales.

—Te agradezco muchísimo tus palabras, Dan. En momentos como éste uno necesita que lo alienten. —El inglés se acercó al armario de Murray y encontró una botella de whisky, un regalo de Navidad que todavía no había abierto.

—Tienes razón: debían haber protegido a su informante. Yo sé que lo atraparás, Jimmy. Soy capaz de apostar cualquier cosa.

Owens sirvió las bebidas. Frunció el entrecejo ante una idea que se le acababa de ocurrir.

—¿Y eso qué nos indica con respecto a Sean Miller?

Murray se desperezó.

—¿Que es más importante de lo que tú pensabas, tal vez? Quizá tuvieron miedo de que consiguieras arrancarle información. Quizá sólo quisieron mantener sus perfectos antecedentes. ¿Se te ocurre otra posibilidad?

Owens lo escuchaba con atención. Aparte de la estrecha relación laboral que Scotland Yard msntenía con el FBI, Owens valoraba muchísimo la opinión de su colega. Aunque ambos eran experimentados policías, Murray siempre tenía un punto de vista levemente distinto con respecto a todos. Dos años antes, Owens aprendió lo valioso que eso podía ser, y a pesar de que él ni siquiera se daba cuenta, a veces Murray también utilizaba el cerebro de su colega en el mismo sentido.

—Y eso, ¿en qué convertiría a Miller? se preguntó Owens en voz alta.

—¿Quién sabe? ¿En jefe de operaciones? —contestó Murray con un movimiento de su vaso.

—Me parece demasiado joven:

— Jimmy: el tipo que dejó caer la bomba atómica sobre Hirosluma era coronel de la Fuerza Aérea y no tenía más que veintinueve años. Diablos, ¿cuántos años tiene ese O'Donnell?

—Eso es lo que piensa Bob Highland —Owens miró fijo su vaso durante un momento y volvió a fruncir el entrecejo.

Bob también es un tipo inteligente. ¡Dios! !Espero que pueda volver a su trabajo!

—Si no puede volver a lo que hacía antes, lo pondremos a trabajar en una oficina —contestó Owens—. Tiene un excelente cerebro para trabajos de investigación. Un cerebro demasiado

bueno para perderlo. Bueno, tengo que irme. Víspera de Año Nuevo, Dan. ¿Por qué quieres que brindemos?
Es obvio. Por una exitosa investigación. Atraparás a ese informante, Jimmy y él te suministrará todos los datos que necesitas. —Murray levantó su copa. —Por un caso resuelto.
— Sí. —Ambos vaciaron sus vasos.
—Jimmy, hazte un favor y tómate la noche libre. Aclara esa vieja cabeza y vuelve a empezar fresco por la mañana.
Owens sonrió.
—Lo intentaré. —Tomó su soobretodo y se encaminó hacia la puerta—. Una última cosa. Se me ocurrió al venir en el auto. Estos tipos, los del ULA, han quebrantado todas las reglas, ¿verdad?
Sí, es bastante cierto —contestó Murray mientras cerraba sus archivos
—Hay sólo una regla que no han transgredido. Murray se volvió a mirarlo.
— Nunca han cometido un atentado en Norteamérica.
—Ningún grupo lo ha hecho —contestó Murray, quitándole importancia.
—Hasta ahora ninguna ha tenido motivos.
¿Y?
—Dan: es posible que ahora los del ULA tengan un motivo y nunca han andado con vueltas cuando se trata de quebrantar las reglas. Es sólo una sensación, nada más que eso. —Owens se encogió de hombros.
—Bueno. Buenas noches y feliz Año Nuevo, agente especial Murray.
Se estrecharon las manos ceremoniosamente.
—Lo mismo te deseo, comandante Owens. Cariños a Emily.
Dan lo acompañó hasta la puerta, cerró con llave y regresó a su oficina para asegurarse de que sus archivos secretos estuvieran bien cerrados. Afuera era noche cerrada a las —consultó su reloj— seis menos cuarto.
—¿Por qué dijiste eso, Jimmy? —le preguntó Murray a la oscuridad. Volvió a instalarse en su sillón giratorio.
Ningún grupo terrorista irlandés había operado jamás en los Estados Unidos. Por supuesto que recaudaban dinero en los barrios irlandeses y en los bares de Boston y Nueva York, pronunciaban sus resabidos discursos sobre la visión que tenían de una Irlanda libre y unida... sin molestarse en aclarar que como marxistasleninistas, su visión de Irlanda era la de otra Cuba. Siempre fueron lo suficientemente astutos como para saber que los norteamericanos de origen irlandés tal vez no se sintieran cómodos con ese pequeño detalle. Y también estaba la compra de armas. Aunque eso era algo que pertenecía al pasado. En la actualidad el PIRA y el INLA adquirían la mayoría de sus armas en el mercado abierto mundial. También existían informes de que algunos se entrenaban en campamentos militares soviéticos; pero uno no podía discernir la nacionalidad de un individuo por una fotografía tomada vía satélite, así como tampoco se podía reconocer un rostro concreto por ese medio. Esos informes nunca fueron suficientemente confirmados como para ser dados a conocer a la prensa. Lo mismo sucedía con los campamentos de Libia, Siria y el Líbano. Algunas personas, gente de piel clara, se estaban entrenando allí... ¿pero quiénes? La inteligencia estaba un poco confusa con respecto a ese punto. Distinto era lo que se refería a los terroristas europeos, Los árabes que caían presos cantaban como canarios, pero los integrantes del PIRA y del INLA, de la facción del Ejército Rojo y de Action Directe de Francia y todos los demás grupos casi desconocidos entregaban su información con mucha más renuencia. Una cuestión cultural, o tal vez se debiera a que tenían la seguridad de que sus captores no usarían no podían usar— interrogatorios que todavía eran habituales en Medio Oriente. Habían sido educados bajo leyes democráticas y conocían con precisión las debilidades de las sociedades que aspiraban a destruir. Murray consideraba que esas leyes eran una fuente de fortaleza, pero reconocía los inconvenientes que les imponían a quienes pretendían hacerlas cumplir...

Pero el asunto de fondo era que ni el PIRA ni el INLA habían cometido todavía un crimen violento dentro de los Estados Unidos. Jamás. Ni una sola vez.
Pero Jimmy tiene razón. El ULA nunca ha vacilado en quebrantar una regla. La Familia real estaba fuera de la cuestión para todos, pero no para el ULA. El PIRA y el INLA nunca vacilaron en publicitar sus operativos: todo grupo terrorista publicita sus operativos. Pero el INLA no. Meneó la cabeza. No existía ninguna evidencia que sugiriera que estaban dispuestos a quebrantar esa regla. Era simplemente la única cosa que no habían hecho... todavía. Pero con eso uno no podía iniciar una investigación.
—¿Qué se propondrán? —preguntó en voz alta. Nadie lo sabía. Hasta el nombre del grupo constituía una anomalía. ¿Por qué se autodenominaban Ejército de Liberación del Ulster? El movimiento nacionalista siempre ponía énfasis en su procedencia irlandesa, era un movimiento nacionalista irlandés, pero el nombre mismo del ULA era una expresión regional. "Ulster" era invariablemente el prefijo de los grupos protestantes reaccionarios. No era necesario que los terroristas demostraran sentido común en todo lo que hacían, pero sí que tuvieran algo de sentido común. Todo lo que se refería al ULA era una anomalía. Llevaban a cabo lo que todos los demás se negaban a hacer, el nombre por el que se los conocía era rechazado por todos los demás.
Llevaban a cabo lo que todos los demás se negaban a hacer. Murray sabía que eso era lo que angustiaba a Jimmy. ¿Por qué operaban así? Tenía que haber un motivo. A. pesar de la locura de sus actos, desde su propio punto de vista, los terroristas eran racionales. Por retorcidos que le parecieran desde afuera sus razonamientos, tenían sin embargo cierta lógica interna. Tanto el PIRA como el INLA poseían esa lógica. Hasta habían expuesto su razón de ser y sus actos coincidían con lo que declaraban: conseguir que Irlanda del Norte fuese ingobernable. Si lo lograban, los británicos se hartarían y la abandonarían. Por lo tanto, el objetivo que perseguían consistía en mantener indefinidamente un conflicto de bajo nivel y esperar el momento en que el bando contrario abandonara el campo. Conceptualmente era sensato.
Pero el ULA jamás había declarado lo que pretendía hacer. ¿Por qué no? ¿Por qué tenía que ser secreto su objetivo? Diablos, ¿por qué la existencia de un grupo terrorista tiene que ser un secreto? Llevan a cabo operativos, ¿cómo va a ser un secreto? ¿Entonces por qué nunca han anunciado su existencia, salvo dentro mismo de la comunidad del PIRA y del INLA? Ese no puede ser un acto completamente irracional, se recordó. No es posible que estén actuando de una manera completamente irracional y sin embargo ser tan eficaces como lo han sido.
—¡Maldición! —La respuesta estaba allí. Murray la sentía flotando en el borde de su conciencia, pero no conseguía aprehenderla. El agente abandonó su oficina. Dos infantes de Marina ya se encontraban patrullando los corredores, constatando que las puertas estuviesen bien cerradas con llave. Dan los saludó con la mano, mientras mentalmente trataba de reunir las distintas piezas del rompecabezas para que formaran un cuadro único. Deseó que Owens no se hubiese ido tan pronto. Necesitaba conversarlo con él. Tal vez entre los dos hubieran conseguido encontrar el sentido de todo eso. No, se dijo, sin "tal vez". Lo lograrían. La respuesta estaba allí, esperando que la encontraran.
Apuesto a que Miller lo sabía, pensó Murray.

—¡Qué lugar espantoso! —exclamó Sean Miller. La puesta del sol era magnífica, casi como una puesta de sol sobre el mar. El cielo claro, sin la habitual polución urbana, y las dunas distantes proporcionaban un fondo ideal tras el que el sol se ocultaba. Lo extraño era la temperatura, por supuesto. A mediodía se había elevado hasta treinta y dos grados —¡y la gente del lugar lo consideraba un día templado!— pero en ese momento en que el sol se hundía en el horizonte, se levantó un viento frío y en cualquier momento empezaría a helar.
Miller estaba cansado. Había dedicado el día a refrescar su entrenamiento. Hacía casi dos meses que ni siquiera tocaba un arma. Sus reacciones eran lentas, su puntería espantosa, sus condiciones físicas pésimas. Hasta había engordada algunos kilos con la comida de la prisión,

cosa que le causó una profunda sorpresa. En una semana tendría que volver a rebajarlos. El desierto era especial para eso. Como casi todos los hombres nacidos en latitudes más altas, a Miller le resultaba difícil tolerar ese clima. La actividad física le daba sed, pero con tanto calor le costaba comer. Así que bebía mucha agua. Allí perdería peso y endurecería su cuerpo con más rapidez que en cualquier otra parte. Pero no por eso le gustaba el lugar.

Lo acompañaban cuatro de los hombres del grupo, pero el resto del equipo de rescate regresó inmediatamente a Irlanda por avión, vía Roma y Bruselas, inscribiendo nuevas entradas en sus pasaportes de "viajeros".

—No es Irlanda —convino O'Donnell. Frunció la nariz ante el olor a tierra y a su propio sudor. No era como su país natal. En ese lugar no se olía la niebla sobre la turba, ni el humo de los fuegos en los hogares, ni el olor a alcohol que destilaban los bares locales.

Ese era uno de los detalles enojosos del lugar: estaba prohibido el alcohol. Los habitantes habían sufrido un recrudecimiento de fe en Alá y decidieron que hasta los camaradas de la comunidad revolucionaria internacional debían obedecer la ley de Dios. ¡Qué maldita molestia!

Como campamento no era gran cosa. Seis edificios, de los cuales uno era un garaje. Una pista de aterrizaje para helicópteros, fuera de uso, y un camino casi completamente cubierto de arena por la última tormenta. Un pozo de agua. Un campo de tiro. Nada más. Antes ese campamento alojaba hasta cincuenta personas por vez. Pero ahora no. En la actualidad era el campamento propio del ULA, bien separado de los campamentos utilizados por otros grupos. En un pizarrón de la cabaña número 1 figuraba un horario, proporcionado por otros amigos de piel clara, que establecía la hora de paso de los satélites de reconocimiento norteamericanos; todos sabían cuándo debían mantenerse fuera de la vista y ocultar los vehículos dentro del garage.

En el horizonte aparecieron dos faros que se dirigían hacia el sur, rumbo al campamento. O'Donnell los vio pero no hizo ningún comentario. El horizonte estaba lejos. Metió las manos dentro de las mangas de la chaqueta para protegerse del frío mientras observaba las luces que se deslizaban hacia izquierda y derecha trazando dibujos cónicos sobre la dunas. Kevin notó que el conductor se tomaba su tiempo. Los haces de luz no saltaban de un lugar a otro. El clima hacía difícil que la gente se apurara. Todo se podía hacer al día

siguiente, si Dios lo quería. *Insh' Allah*, le dijo una vez un colega de la clase de latín, significaba lo mismo que "mañana", pero sin sensación de urgencia.

El vehículo era un Toyota Land Cruiser, el jeep de tracción en las cuatro ruedas que había reemplazado al Land Rover en casi todo el mundo. Antes de bajarse, el conductor lo estacionó directamente en el garage. O'Donnell miró su reloj. Faltaban treinta minutos para la próxima pasada del satélite. Había llegado justo a tiempo: Se levantó y se encaminó hacia la cabaña número 3. Miller lo siguió, saludando con la mano al hombre que acababa de llegar. Un soldado uniformado que formaba parte de la fuerza permanente del campamento cerró la puerta del garage, aparte de lo cual los ignoró.

—Me alegra comprobar que estás libre, Sean —dijo el visitante. Llevaba un pequeño bolso.

—Gracias, Shamus.

O'Donnell mantuvo la puerta abierta. No estaba en su carácter ser ceremonioso.

—Gracias, Kevin.

—Llegas justo a tiempo para la cena —anunció el jefe del ULA.

—Bueno, uno no siempre tiene suerte —contestó Shamus Padraig Connolly. Observó el interior de la cabaña—. ¿No hay ningún creyente de Alá por aquí?

—Aquí dentro no —le aseguró O'Donnell.

—Me alegro. —Connolly abrió el bolso y sacó dos botellas. Pensé que les gustaría tomar. una gota del puro.

—¿Cómo conseguiste pasarlo sin que esos cretinos se dieran cuenta? —preguntó Miller.

Me enteré de la nueva reglamentación. Les dije que en el bolso llevaba un arma, por supuesto. —Todos rieron mientras Miller buscaba tres vasos y un poco de hielo. En ese lugar siempre se ponía hielo a las bebidas. ¿Cuándo se supone que debes llegar al campamento?
—O'Donnell se refería a uno situado a sesenta kilómetros de distancia, utilizado por el PIRA.
—Tengo algunos problemas mecánicos así que tendré que pasar la noche
con nuestros amigos uniformados. La mala noticia es que me han confiscado
el whisky.
—¡Malditos infieles! —rió Miller. Los tres hombres brindaron.
¿Cómo lo pasaste adentro, Sean? —preguntó Connolly. Ya habían acabado la primera vuelta de whisky.
—Pudo haber sido peor. Una semana antes de que Kevin fuese a rescatarme tuve problemas con unos maricones... incitados por los hijos de puta de los policías, por supuesto. Ellos se divirtieron. ¡Malditos maricas! Aparte de eso.., bueno, resulta bastante divertido quedarse sentado y verlos hablando, hablando y hablando como un puñado de viejas.
—Supongo que no creíste que Sean iba a hablar, ¿verdad? —preguntó O'Donnell con aire de reprobación. La sonrisa ocultaba sus sentimientos: por supuesto que esa fue una posibilidad que preocupó a todos; pero lo que más los preocupó fue lo que podía llegar a suceder cuando los muchachos del PIRA y del INLA que había en la prisión de Parkhurst le pusieran las manos encima.
—¡Buen muchacho! —Connolly volvió a llenar los vasos.
— ¿Y qué noticias hay de Belfast? —preguntó el jefe.
—Jerry Doyle no está nada contento por haber perdido a Maureen. Los hombres están cada vez más inquietos. Ojo, corren chismes, aunque no demasiados. Por si no te lo han dicho, Sean, tu operativo de Londres fue celebrado a lo largo y lo ancho de los seis condados. —A Connolly no le importaba que la mayoría de los ciudadanos de Irlanda del Norte, tanto católicos como protestantes se hubieran mostrado asqueados por el operativo. Para él, su pequeña comunidad de revolucionarios era el mundo entero.
—Uno no se emborracha ni brinda por un fracaso —comentó Miller con amargura. ¡Ese cretino de Ryan!
— Pero fue un espléndido intento. No cabe duda de que tuviste mala suerte, pero nada más. Todos somos esclavos del destino.
O'Donnell frunció el entrecejo. Desde su punto de vista su huésped era demasiado poético a pesar del hecho, que a Connolly le encantaba señalar, de que el mismo Mao era autor de poesías.
—¿Tratarán de liberar a Maureen?
Connolly estalló en carcajadas.
—¿Después de lo que tú hiciste con Sean? Me parece altamente improbable. ¿Cómo lo lograste, Kevin?
—Siempre hay modos. —O'Donnell lo dejó allí. Su informante tenía órdenes estrictas de no hacer absolutamente nada durante dos meses. En lo que a él concernía, la librería de Dennis estaba cerrada. La decisión de utilizarlo para obtener información para el operativo de rescate no fue fácil. Años antes, sus profesores le habían grabado en la mente que ese era el problema de las buenas fuentes de inteligencia. Los informes realmente valiosos siempre entrañaban un riesgo para el mismo informante. Era una paradoja. El material más útil a menudo era demasiado valioso para ser utilizado, pero al mismo tiempo las informaciones que no podían ser utilizadas no poseían ningún valor.
—Bueno, has atraído la atención del mundo entero. El motivo por el que estoy aquí es que quiero aleccionar a nuestros muchachos a base de tu operativo.
—¿En serio? —exclamó Kevin con una carcajada—, ¿Y qué opina de nosotros el señor Doyle?
El visitante blandió un dedo cómicamente acusador.

—Tú eres una influencia contrarrevolucionaria cuyo objetive consiste en destrozar el movimiento. El operativo de The Mall tuvo una seria repercusión del otro lado del Atlántico. Bueno, discúlpame, pero ellos enviarán a algunos de sus muchachos a Boston dentro de uno o dos meses para dejar las cosas en claro; para asegurarles a los yanquis que no tuvieron nada que ver con eso —dijo Connolly.
—Dinero: ¡nosotros no necesitamos el maldito dinero de los norteameri
canos! —objetó Miller—. Y que se metan el "apoyo moral" en el ...
—No debes ofender a los norteamericanos —señaló Connolly.
O'Donnell alzó su vaso para proponer un brindis.
—A la mierda con los malditos norteamericanos.
Mientras bebía lo que le quedaba de su segundo whisky, los ojos de Miller de repente se abrieron.
—Kevin, durante un tiempo no haremos mucho dentro del Reino Unido...
Ni en los Seis Condados —acotó O'Donnell con aire pensativo—. Creo que este es un momento en que nos debemos quedar quietos. Por ahora nos dedicaremos al entrenamiento y esperaremos que se nos presente la próxima oportunidad.
—Shamus ¿hasta qué punto pueden ser eficaces en Boston los hombres de Doyle?
Connolly se encogió de hombros.
—Si uno les mete bastante licor en el organismo creerán todo lo que se les diga, y arrojarán sus dólares en el sombrero, como siempre.
Durante un instante Miller sonrió. Mientras los otros dos seguían conversando, él volvió a llenar su vaso. Mentalmente empezaba a trazar un plan.

Durante sus largos años de servicio en el Bureau, Murray había llevado a cabo una serie de tareas distintas que iban desde la persecución de ladrones de Bancos hasta ser instructor de procedimientos de investigación del FM materia que enseñaba en la Academia de Quantico, Virginia. Y una de esas cosas que siempre les recalcaba a sus alumnos era la importancia de la intuición. Hacer cumplir la ley seguía siendo tanto un arte como una ciencia. El Bureau contaba con inmensos recursos científicos para procesar evidencias, tenía procedimientos escritos para todo, pero en el fondo nada podía sustituir la mente de un agente experimentado, Murray sabía que, gracias a la experiencia, uno iba colocando las piezas en su lugar, hacía calzar las evidencias en el cuadro general, presentía la manera de pensar y de reaccionar del adversario y trataba de predecir su siguiente movimiento. Pero más allá de la experiencia estaba la intuición. Eran dos cualidades que actuaban conjuntamente dentro de la mente, hasta el punto de que costaba separarlas.
Ese es el aspecto difícil de la cuestión, se dijo Murray mientras volvía de la embajada a su casa. Porque la intuición puede llegar a desbocarse un poco cuando no existen evidencias para apuntalarla.
—Aprenderán a confiar en sus instintos —dijo Murray hablando solo en medio del tránsito, mientras recordaba frases de sus clases—. El instinto nunca puede sustituir la evidencia y los procedimientos, pero puede resultar una herramienta útil para adaptar una a los otros... ¡ah, Dan! ¡qué buen jesuita hubieras sido! —Lanzó una risita, sin darse cuenta de que los pasajeros del auto a su derecha lo miraban como si estuviera loco.
¿Si la cosa es tan cómica, por qué te molesta tanto?
El instinto de Murray hacía sonar una persistente campanilla en su interior. ¿Por qué habría dicho eso Jimmy? Obviamente la cosa también lo molestaba a él... ¿pero de qué mierda se trataba?
El problema era que no se trataba de una sola cosa. Acababa de comprenderlo. Eran varias cosas que se interrelacionaban, como una especie de problema de palabras cruzadas tridimensional. Ignoraba el número de espacios en blanco que había y tampoco contaba con ninguna pista con respecto a las palabras, pero lo que sí sabía vagamente era la forma en que

calzaban unas con otras. Ya era algo, Si pudiera contar con tiempo hasta podría ser suficiente, pero...

—¡Maldición.! —Aferró con fuerza el volante, mientras su buen humor volvía a dar paso a una renovada frustración. Al día siguiente podía conversar con Owens sobre el asunto, pero la campanilla le advertía que la cosa era muy urgente y que no debía perder tiempo.

¿Por qué estan endiabladamente urgente? No existe ninguna evidencia de nada que pueda angustiamos.

Murray se recordó que el primer caso que solucionó más o menos por su cuenta, diez meses después de ser nombrado agente especial, había empezado con una sensación parecida a esa. Analizándola retrospectivamente la evidencia parecía bastante obvia, después de haberle dado el giro necesario, pero ese giro no se le había ocurrido a ningún otro. Y entonces Murray empezó a sentir una especie de dolor de cabeza intelectual, parecido al que padecía en ese momento. Se enfureció contra sí mismo.

Hecho: El ULA quebrantaba todas las reglas. Hecho: Ninguna organización terrorista irlandesa había realizado jamás un operativo en los Estados Unidos. No había más hechos. Si organizaban un operativo en Norteamérica... bueno, indudablemente estaban furiosos con Ryan, pero no lo atacaron en Inglaterra, cosa que hubiese sido muchísimo más fácil que tratar de atentar contra él en los Estados Unidos. ¿Y si Miller realmente fuera el jefe de operaciones? No, se contestó Murray, los terroristas por lo general no toman las cosas en un sentido personal. Eso sería una falta de profesionalismo, y los cretinos son profesionales. Tendrían que tener un motivo mejor que ése.

El hecho de que ignores cuál es el motivo, no quiere decir que ese motivo no exista, Danny Murray se descubrió analizando la posibilidad de que, con el paso de los años, su intuición se hubiese transformado en paranoia. ¿ Y si hubiera más de un motivo?

"Ese sí que es un pensamiento" se dijo. Uno podría ser una excusa para el otro... ¿pero qué será lo que quieren hacer? Todos los manuales de procedimientos policiales del mundo recalcaban que el motivo era lo primero que había que buscar. Murray no tenía la menor pista con respecto a los motivos de los terroristas, "Puedo llegar a volverme loco haciendo eso,,

Al llegar a Kensington Road dobló a la izquierda, rumbo a la elegantezona de casas de departamentos donde tenía su residencia oficial. Estacionar le resultó el mismo problema de siempre. Ni siquiera cuando lo nombraron agente de contraespionaje en la oficina de la ciudad de Nueva York tuvo tantos problemas para hacerlo. Por fin encontró un lugar que con suerte medía sesenta centímetros más que su coche y demoró cerca de cinco minutos en ubicarlo.

Murray colgó su saco en el perchero junto a la puerta de entrada y se dirigió directamente al living room. Su esposa lo encontró marcando un número de teléfono, con una espantosa expresión de mal humor, Se preguntó qué sería lo que le pasaba.

La llamada internacional demoró varios segundos,

—Bill, habla Dan Murray... sí, estamos muy bien —lo oyó decir su esposa—. Quiero que me hagas un favor. ¿Conoces a Jack Ryan? Sí, ese mismo, Dile... diablos ¿cómo se puede decir algo así? Dile que tal vez convenga que se cuide las espaldas... ya lo sé Bill.. no te lo puedo decir, hay algo que me está molestando y no puedo... sí, algo así... sí... ya sé que hasta ahora no lo han hecho nunca, Bill, pero a pesar de todo la cosa me molesta... No, no hay nada específico que pueda señalar, pero Jimmy Owens mencionó el asunto y me contagió la preocupación. ¿Ah, ya recibiste el informe? Muy bien, entonces sabes a qué me refiero.

Murray se apoyó contra el respaldo y durante algunos instantes clavó la mirada en el cielo raso.

—Llámalo sensación... o instinto... llámalo como te dé la gana, pero me molesta. Quiero que alguien tome cartas en el asunto... ¡Buen muchacho! ¿Cómo anda la familia? ¿Ah, sí? ¡Bárbaro! Bueno, supongo que para ti será un feliz Año Nuevo. Muy bien. Cuídate. ¡Hasta pronto! —Colgó el tubo. "Bueno, ahora me siento un poquito mejor", se dijo.

—La fiesta empieza a las nueve —le recordó su mujer. Estaba acostumbrada a que él llevara trabajo a su casa. Y él estaba acostumbrado a que ella le recordara sus obligaciones sociales.

—Entonces será mejor que me vista. Murray se puso de pie y besó a su esposa. Realmente se sentía mejor. Había hecho algo... probablemente sólo lograría que la gente del Bureau se preguntara qué le estaría sucediendo, pero eso era algo que no le impedía vivir.
La hija mayor de Bil1 se ha comprometido. Se casará con un joven agente de la Oficina de Campo de DIC.
—¿Lo conocemos?
Es un chico nuevo.
Tenemos que apurarnos.
—Está bien, está bien. —Se dirigió al dormitorio principal y empezó a vestirse para asistir a la gran fiesta de la embajada.

11 Advertencias

—Como ven, señoras y señores, la decisión que en este caso tomó Nelson, a largo plazo puso fin a la influencia ineficaz de las anteriores tácticas de la Marina Real —Ryan cerró su libreta de apuntes. No hay nada como una victoria decisiva para enseñarle una lección a la gente. ¿Preguntas?
Para Jack era el primer día de clase. En el aula había cuarenta alumnos, (todos de tercer año, incluyendo a seis mujeres) que habían decidido seguir el curso de introducción a la Historia Naval que dictaba Ryan. No hubo preguntas. Jack se sorprendió. Sabía que era un buen profesor, pero no creyó serlo hasta ese punto. Después de algunos instantes, uno de los alumnos se puso de pie. Era George Winton, un jugador de fútbol de Pittsburgh.
— Doctor Ryan —dijo muy tieso—. Se me ha pedido que diga unas palabras en nombre de la clase.
— !Ah, ah! —Jack dio un paso atrás y observó con aire teatral a los estudiantes, como si esperara un ataque.
Winton se adelantó y exhibió una cajita que ocultaba a sus espaldas. En la parte superior tenía una nota escrita a máquina. El joven adoptó una actitud de firme.
—!Atención! Por servicios prestados que van más allá del deber de un turista y hasta de un infante de Marina inconsciente, esta clase concede al doctor John Ryan la Orden del Blanco Púrpura, con la esperanza de que la próxima vez esquivará el bulto, para que no se convierta en protagonista de la historia, en lugar de seguir enseñándola..
Winton abrió la caja de la que sacó una cinta color púrpura sobre la que se leía en letras doradas: BALÉENME. Debajo colgaba un blanco de cobre del mismo ancho de la cinta. El estudiante prendió ambas cosas del hombro de Ryan de manera tal que el blanco prácticamente quedó en el lugar en que él había recibido el balazo. Todos los estudiantes se pusieron de pie y aplaudieron cuando Ryan estrechó la mano del representante de la clase.
Jack acarició la "condecoración" y miró a sus alumnos.
—¿Mi mujer los incitó a hacer esto? —preguntó Ryan. Ellos empezaron a acercársele.
—!Así se hace, Doc! —exclamó un aspirante a oficial de submarinos. —¡Semper Fi! —coreó un futuro oficial de Marina.
Ryan alzó las manos. Recién se estaba acostumbrando a la idea de poder usar el brazo izquierdo. Ahora que realmente lo movía le dolía el hombro, pero el cirujano de Hopkins le aseguró que poco a poco iría perdiendo esa sensación de tiesura y que, en definitiva, la pérdida de movimiento sería de menos del cinco por ciento.
—Gracias, muchachos, ¡pero no olviden que todavía tienen que pasar el examen de la semana que viene!
Todos estallaron en carcajadas y chicos y chicas salieron rumbo a la clase siguiente. Ryan dio por terminado su día de trabajo. Juntó sus libros y sus notas, salió del aula y se encaminó, colina arriba, hacia su oficina en Leahy Hall.

En ese helado día de enero, el piso estaba cubierto de nieve. Jack caminaba con cuidado, esquivando los parches de hielo sobre la vereda de ladrillos. El campus de la Academia Naval era un lugar divino. El inmenso cuadrado limitado al sur por la capilla, al este por Bancroft Hall y por edificios de aulas en los otros dos lados, parecía una reluciente frazada blanca con senderos limpios que iban de un lugar a otro. Los chicos —Ryan pensaba en ellos como chicos— andaban de acá para allá como siempre, con una expresión demasiado grave y seria para el gusto de Jack. Reservaban sus sonrisas para lugares donde no pudieran verlos personas extrañas. Todos tenían los zapatos sorprendentemente lustrados y brillantes, y caminaban muy erguidos, con los libros metidos debajo del brazo izquierdo para que no los molestaran cuando debían hacer la venia. Porque allí la tenían que hacer a cada rato. En la cima de la colina, en el portón número 3, un cabo permanecía de guardia pero en actitud de descanso. Un día normal en la oficina, pensó Jack. Era un buen lugar para trabajar. El nivel de inteligencia de los alumnos era comparable al de cualquier otra universidad del país; siempre estaban dispuestos a hacer preguntas, y cuando uno se ganaba su confianza eran capaces de mostrar un sentido del humor poco común. Eso era algo que los visitantes de la Academia tal vez nunca sospecharan, al ver la seriedad con que esos jovencitos se conducían en público.

Jack entró en el ambiente calefaccionado de Leahy Hall y subió ágilmente los escalones que conducían a su oficina, riendo interiormente de la absurda condecoración que colgaba de su hombro. Encontró a Robby sentado frente a su escritorio.

¿Quediabloa eso? —preguntó el piloto. Jack se lo explicó mientras colocaba los libros sobre el escritorio. Robby empezó a reír.

Es agradable comprobar que los chicos pueden relajarse un poco, a pesar de estar en época de exámenes. ¿Y tu que novedades tienes? preguntó Jack.

—Bueno, he vuelto a ser el chofer de un Tomcat —anunció Robby—. Este fin de semana volé cuatro horas. ¡Hombre! ¡Te aseguro que ese bichito me conversaba! Despegamos, rompimos la barrera del sonido, cargamos combustible en pleno vuelo y después volví para hacer algunos ejercicios de aterrizajes simulados y... ¡ah, Jack! ¡te aseguro que fue una maravilla! —concluyó el piloto. Dentro de dos meses volveré a estar donde me corresponde.

—¿Tardarás tanto, Rob?

—Se supone que no es fácil volar ese pájaro, porque de lo contrario no necesitarán gente de mi calibre —explicó Jackson con seriedad.

—Tanta humildad te debe de resultar difícil.

Antes de que Robby pudiera contestar alguien golpeó la puerta entreabierta y un hombre asomó la cabeza.

—¿El doctor Ryan?

—Sí, soy yo. Adelante.

—Soy Bill Shaw, FBI. —El visitante se acercó al escritorio y exhibió su documento de identidad. Era más o menos de la estatura de Robby, delgado, de poco más de cuarenta años y con los ojos tan hundidos que le daban el aspecto de un mapache; eran de ese tipo de ojos que se van hundiendo a fuerza de trabajar dieciséis horas diarias. Parecía un hombre muy serio.

—Dan Murray me pidió que viniera a verlo.

Ryan se puso de pie para estrecharle la mano.

—Le presento al comandante Jackson.

— ¡Hola! —saludó Robby, estrechando también la mano de Shaw.

—Espero no haberlos interrumpido.

—Para nada... ya hemos terminado nuestras clases del día. Siéntese. ¿Qué puedo hacer por usted?

Shaw miró a Jackson pero no dijo nada.

—Bueno, si ustedes dos tienen que hablar, yo puedo pasar por el Club o..

— Tranquilo, Robby. Señor Shaw, está entre amigos. ¿Puedo ofrecerle algo?

—No, gracias. —El agente del FBI tomó la silla de respaldo recto que se encontraba cerca de la puerta—. Trabajo en la unidad de antiterrorismo del cuartel general del FBI. Dan me pidió que... bueno, usted sabe que el ULA rescató a Miller.
Ryan se puso completamente serio.
—Sí, me enteré por la televisión. ¿Saben dónde está?
Shaw negó con la cabeza.
—Desaparecieron.
—Fue un operativo notable —destacó Robby—. Huyeron en dirección al mar, ¿verdad? ¿Los habrá recogido algún barco, tal vez?
—Esa frase provocó una mirada aguda.— Supongo que habrá notado el uniforme que llevo, señor Shaw. Me gano la vida allá afuera, en el mar.
—No estamos seguros, pero es una posibilidad,
—¿Qué banderas tenían los barcos que estaban allí? —insistió Jackson. Para Robby ese no era un problema legal, sino un asunto naval.
—Lo están investigando.
Jackson y Ryan intercambiaron una mirada. Robby sacó uno de sus cigarros y lo encendió.
—La semana pasada recibí un llamado de Dan. Está un poquito... y quiero enfatizar esto: sólo un poquito preocupado ante la posibilidad de que el ULA pueda... bueno, en realidad no tienen demasiados motivos para tenerle simpatía, doctor Ryan.
—Dan me dijo que ninguno de esos grupos ha operado jamás en Norteamérica —aventuró Ryan con cautela.
—Eso es completamente correcto —aseguró Shaw, asiétiendo—. Nunca ha sucedido. Supongo que Dan le explicó los motivos. Lamento tener que decirr que el IRA sigue recaudando dinero en los Estados Unidos, no demasiado, pero dinero al fin. Todavía compran algunas armas. Hasta tenemos motivos para creer que es posible que hayan obtenido algunos misiles tierraaire...
Qué mierda! —exclamó Jackson volviendo violentamente la cabeza.
—Ha habido varios robos de misiles Redeye: el misil portátil que el Ejército está experimentando en la actualidad. Fueron sustraídos de un par de armarios de la Guardia Nacional. Esto no es nuevo. El RUC se ha apoderado de ametralladoras M60 que llegaron a Ulster por la misma vía. Esas armas le fueron robadas o compradas a algún sargento de abastecimientos que olvidó para quién trabajaba. Hemos condenado a varios el año pasado, y el Ejército está organizando un nuevo sistema. Pero sólo hemos podido recuperar un misil. Hace algunos meses el PIRA intentó echar abajo un helicóptero del Ejército Británico. No fue publicado en los diarios de este país porque, en su momento, los periodistas no se enteraron de la noticia y también porque los ingleses hicieron todo lo posible por acallar el asunto.
"De todas maneras —continuó diciendo Shaw—, si se decidieran a realizar operativos terroristas acá, es probable que se les redujera mucho el suministro de dinero y de armas. El PIRA lo sabe y, como es lógico, el ULA tampoco lo debe ignorar.
—Está bien —sintetizó Jack—. Nunca ha operado acá. Pero Murray le pidió que viniera a verme y a advertirme. ¿A santo de qué?
—No existe ningún motivo concreto. Si esto me lo hubiera pedido alguien que no fuese Dan, yo ni siquiera estaría aquí. Pero Dan es un agente con mucha experiencia y está un poquito preocupado y cree que usted debe tener conciencia de esto... que ni siquiera llega a ser una sospecha, doctor Ryan. Llámelo reaseguro... como cuando uno revisa la presión de las gomas del auto antes de un viaje largo.
—Entonces, ¿qué diablos me está diciendo? —insistió Ryan.
—El ULA ha desaparecido por completo del mapa... lo cual por supuesto no significa demasiado. Supongo que se trata de la manera en que desaparecieron. Llevaron a cabo un operativo bastante audaz y... —hizo chasquear los dedos— se esfumaron como por arte de magia.
— Inteligencia murmuró Ryan.

— ¿Qué dice? —preguntó Shaw.
Volvió a suceder. El atentado de Londres, en el que yo me interpuse, fue el resultado de una excelente información de inteligencia. Este también, ¿verdad? Habían decidido trasladar a Miller en el más absoluto secreto, pero los terroristas penetraron la seguridad británica, ¿no?
—Francamente, no conozco los detalles, pero es posible que tenga razón —concedió Shaw.
Jack tomó un lápiz con la mano izquierda y empezó a hacerlo girar.
— ¿Tienen alguna idea de lo que pueden intentar aquí?
—Son profesionales. Esa es una noticia para los británicos y para el RUC, por supuesto, pero es una buena noticia para usted.
¿En qué sentido? —preguntó Robby.
La "desavenencia" que han tenido con el doctor Ryan es un asunto más o menos personal. Atentar contra él sería muy poco profesional.
—En otras palabras —acotó el piloto—, cuando usted le asegura a Jack que no tiene por qué preocuparse, está apostando a la conducta "profesional" de los terroristas.
— Esa sería una manera de explicarlo, comandante. Otra consistiría en afirmar que tenemos una larga experiencia en nuestro trato con esa clase de gente.
—!Ajá! —Robby apagó su cigarro. En matemáticas, eso se llama razonamiento inductivo. Es una conclusión inferida, en lugar de haber sido deducida a base de evidencias concretas. En ingeniería se llama ALA.
¿ALA? —preguntó Shaw.
—Adivinanza de Largo Alcance. —Jackson se volvió para mirar de frente al hombre del FBI. Como en casi todos los casos de informes de inteligencia operativa, hasta que ya es demasiado tarde es imposible saber cuáles son los héroes y cuáles los villanos. Discúlpeme, señor Shaw, pero me temo que nosotros, los que tenemos que llevar a cabo los operativos, no siempre nos impresionamos demasiado con el material que nos envían los especialistas en inteligencia.
Yo sabía que era un error venir observó Shaw—. Mire, Dan me dijo por teléfono que no posee la menor prueba que le sugiera que pueda suceder algo fuera de lo normal. Yo he dedicado los últimos dos días a repasar todos los datos de este asunto, y no hay ninguna evidencia real. Dan simplemente responde a algo que le advierte su instinto. Cuando uno es policía, aprende a respetar el instinto.
Ante eso, Robby asintió. Los pilotos también confiaban en su instinto. Y en ese momento, los suyos le estaban diciendo algo.
—¿Entonces qué debo hacer? —preguntó Jack, recostándose contra el respaldo del sillón.
—La mejor defensa contra los terroristas —lo que las escuelas de seguridad les enseñan a los ejecutivos, por ejemplo— consiste en evitar las costumbres fijas. Siga un camino algo diferente todos los días para dirigirse a su trabajo. Modifique un pocos sus horarios de salida. Al manejar, observe frecuentemente el espejo retrovisor. Si llegara a ver el mismo vehículo durante tres o más días seguidos, anote el número de la chapa y llámeme. Yo lo haré pasar por la computadora... cosa que no es nada del otro mundo. Probablemente no tenga de qué preocuparse, pero conviene que esté alerta. Con un poco de suerte dentro de algunos días o semanas, podremos llamarlo por teléfono para decirle que se olvide de todo el asunto. Creo que lo único que estoy haciendo es alarmarlo innecesariamente, pero usted sabe que es mejor prevenir que curar, ¿verdad?
—¿Y si llegara a recibir malas noticias? —preguntó Jack.
—Lo llamaré por teléfono a los cinco minutos. Al Bureau no le gusta nada la idea de que los terroristas puedan operar aquí. Nos hemos esforzado mucho para impedirlo, y hasta ahora lo hemos logrado.
—¿Y hasta qué punto incide el factor suerte? —preguntó Robby.
—No tanto como usted cree —replicó Shaw—. Bueno, doctor Ryan, realmente siento mucho haberlo preocupado por algo que probablemente no sea nada. Aquí le dejo mi tarjeta. Si llega a necesitar algo, no vacile en llamarme.

—Gracias, señor Shaw. —Jack tomó la tarjeta y observó la partida del agente. Durante algunos segundos se quedó en silencio. Después abrió su índice telefónico y marcó 01144.14999000. La llamada de larga distancia tardó algunos instantes.
—Embajada norteamericana. La telefonista contestó al primer llamado
Quiero hablar con el Agregado Legal, por favor...
—Gracias. Un momento, por favor. Jack esperó. Casi enseguida volvió a oír la voz de la telefonista—. El interno no contesta. El señor Murray ya no regresará hasta mañana. No, perdón, estará fuera de la ciudad el resto de la semana. ¿Quiere dejarle algún mensaje?
Jack frunció el entrecejo.
—No, gracias. Volveré a llamarlo la semana que viene.
Robby observó a su amigo colgar el tubo. Jack tamborileó con los dedos sobre el teléfono y volvió a recordar la cara de Sean Miller. Está a cuatro mil quinientos kilómetros de distancia, Jack, se recordó.
—Tal vez —dijo en voz alta.
—¿Qué?
—Creo que nunca te hablé de ese tipo a quien... capturé.
—¿El que rescataron? ¿Ese que vimos por televisión?
—Rob, alguna vez has visto... ¿cómo puedo explicártelo? ¿Alguna vez te has topado con alguien que, automáticamente te produce miedo?
Creo que sé a qué te refieres —Dijo Robby para no tener que responder a la pregunta. Porque no sabía qué contestar. Siendo piloto, había experimentado miedo con bastante frecuencia, pero siempre pudo enfrentarlo gracias al entrenamiento y a la experiencia. No había un solo hombre en el mundo que le provocara temor
— Durante el juicio lo miré y simplemente supe que...
Es terrorista y mata gente. Eso también me molestaría a mí. Jackson se puso de pie y se acercó a mirar por la ventana ¡Dios! Y los llaman "profesionales". Yo soy un profesional, tengo un código de vida me entreno, practico, acato reglas y normas de conducta.
— Y ellos son verdaderamente capaces en lo que hacen —aseguró Jack en voz baja—Eso es lo que los convierte en seres peligrosos, y el grupo del ULA es imprevisible. Me lo aseguró Dan Murray. Jackson se alejó de la ventana.
Me gustaría que fuéramos a ver a alguien.
— ¿A quién?
—Simplemente te pido que me acompañes, muchacho. —Cuando quería en la voz de Jackson aparecían inflexiones perentorias, como si estuviera impartiendo una orden. Se puso la gorra blanca de oficial.
Bajaron la escalera y se encaminaron hacia el este, pasando frente a la capilla y la estructura imponente de Bancroft Hall, que parecía una cárcel. Con excepción de ese edificio, a Ryan le gastaba todo el campus de la Academia. Suponía que era necesario que los alumnos experimentaran la identidad de la vida militar, pero en él no le habría gustado vivir así durante sus épocas de universitario. A su paso, los alumnos saludaban a Robby quien les contestaba haciendo la venia con desenvoltura mientras continuaba caminando en completo silencio, seguido por Jack, que hacía esfuerzos por no quedarse atrás. A Ryan le parecía oír los pensamientos que rondaban la cabeza de su amigo. Tardaron cinco minutos en llegar al Nuevo Anexo LeJeune, que se encontraba frente al edificio Halsey.
El amplio edificio de vidrios y mármol contrastaba con la sólida silueta de piedra gris de Bancroft. La Academia Naval de los Estados Unidos era un complejo gubernamental y, por lo tanto, estaba exceptuado de los niveles normales del buen gusto arquitectónico. Entraron en la planta baja entre una multitud de guardiamarinas con trajes de aerobismo y Robby bajó por una escalera que llevaba al sótano. Jack jamás había estado allí. Fueron a parar a un corredor en penumbras cuyas paredes ciegas conducían a punto muerto. Jack creyó oír el disparo de una pistola de pequeño calibre, cosa que vio confirmada cuando Jackson abrió una pesada

puerta de acero que conducía a la nueva sala de tiro de la Academia. En la pista central vieron una figura solitaria, con el brazo derecho extendido, empuñando una automática .22.

El sargento primero Noah Breckenridge era el típico suboficial de la Infantería de Marina. A los sesenta y tres años, la única grasa que contenía su cuerpo de cien kilos de peso era la que acababa de consumir durante el almuerzo en un par de salchichas de Viena. Lucía una camisa caqui de mangas cortas. Ryan lo conocía de vista, aunque nunca habían sido presentados. Sin embargo la fama de Breckenridge era imposible de ignorar. En sus veintiocho años de infante de Marina había estado en todos los lugares a los que podía ir un infante; había llevado a cabo todo lo que un infante podía llegar a hacer. Sus condecoraciones llenaban cinco hileras parejas, entre las que se destacaba la Cruz de la Marina ganada en Vietnam. Debajo de las cintas de las condecoraciones lucía sus medallas de tiro, la menor de las cuales equivalía a un master, Breckenridge era famoso por su destreza con las armas. Todos los años asistía al campeonato Nacional de Camp Perry, Ohio, donde en dos de los últimos cinco años había ganado la Copa Presidencial por su maestría en el manejo de una Colt Automática .45. Sus zapatos estaban siempre tan lustrosos que costaba determinar que el cuero era realmente negro. Sus botones brillaban como si estuviera hechos de acero inoxidable y usaba el pelo tan corto que un observador casual jamás habría notado que tenía canas. Inició su carrera como fusilero común, sirvió en embajadas y en el mar. Fue profesor de tiro en la escuela de francotiradores, instructor de reclutas en la isla de Parris y oficial instructor en Quantico.

Cuando aumentaron el destacamento de Infantes de Marina de la Academia, Breckenridge era sargento primero en Camp LeJeune y se comentaba que completaría sus treinta años de servicios como sargento primero del Cuerpo, con una oficina contigua a la del comandante. Su presencia en Annapolis no era accidental. Al caminar por el campus, Breckenridge mismo era un desafío elocuente y silencioso para cualquier guardiamarina que todavía continuara indeciso con respecto a las metas de su carrera: Ni siquiera contemple la posibilidad de ser oficial de la Marina a menos que esté en condiciones de impartir órdenes a un hombre como éste. Era la clase de desafío que pocos oficiales jóvenes podían ignorar. Las fuerzas de la Marina que respaldaban a los guardias civiles, se encontraban técnicamente a las órdenes de un capitán. En realidad a menudo sucedía que el capitán tenía la sensatez suficiente de permitir que Breckenridge se hiciera cargo de dirigir las cosas. Las tradiciones de la fuerza no eran transferidas por los oficiales sino más bien por los suboficiales, quienes se encargaban de conservarlas.

Mientras Ryan y Jackson observaban, el sargento primero sacó otra pistola de una caja de cartón y la cargó. Disparó dos tiros y después observó el blanco con arada de un largavista. Frunció el entrecejo, sacó un pequeño destornillador del bolsillo de su camisa y ajustó la mira del arma. Otros dos disparos, volvió a mirar el blanco, un nuevo ajuste de la mira. La pistola había quedado perfectamente calibrada y volvió a ocupar su lugar dentro de la caja del fabricante.

—¿Qué tal, Gunny? —preguntó Robby.

—Buenas tardes, comandante —saludó amablemente Breckenridge. Su acento del sur de Mississippi parecía rebotar contra el desnudo piso de cemento.

— ¿Cómo está, señor?

—No puedo quejarme. He traído a alguien a quien quiero que conozca. Le presento a Jack Ryan.

Se estrecharon las manos.

—¡Hola! Usted es el que apareció en los diarios —Breckenridge examinó, estudió a Ryan como si se tratara de un par de zapatos nuevos.

—Así es.

—Me alegro de conocerlo, señor. Conozco al tipo que fue su instructor en Quantico.

Ryan largó una carcajada.

—¿Y cómo está el Hijo de Kong?

—Willie se ha jubilado. Ha puesto una tienda de artículos deportivos en Roanoke. Se acuerda perfectamente de usted. Asegura que era muy inteligente por tratarse de un universitario, y me imagino que usted recordará casi todo lo que él le enseñó. Breckenridge miró a Jack con una expresión de benigna satisfacción, como si la hazaña de Ryan en Londres fuese una prueba renovada de que todo lo que hacían y decían tos infantes de Marina, todo aquello a lo que él había dedicado su vida, realmente significara algo. De todos modos estaba convencido de eso, pero los incidentes como el protagonizado por Jack afianzaban aún más su fe en la imagen de la Fuerza. —Si lo que decían los diarios es cierto, usted actuó como correspondía, teniente.
—No es para tanto, sargento primero.
Gunny lo corrigió Breckenridge—. Todo el mundo me llama Gunny.
—Cuando todo terminó —siguió diciendo Ryan—, quedé tembloroso como un bebito.
El comentario divertió a Breckenridge.
—Diablos, señor, eso nos pasa a todos. Lo que importa es cumplir con el deber, lo que viene después no interesa un carajo. ¿Y en qué puedo serles útil, señores? ¿Quieren hacer unos tiros de práctica?
Jackson le explicó lo que les acababa de decir el agente del FBI. El rostro del sargento primero se oscureció, apretó los dientes y adelantó la mandíbula. Después de algunos instantes, meneó la cabeza.
—¿Y la situación le hace sudar tinta, no? No puedo decir que lo culpo, teniente. ¡Terroristas! —resopló—. Un terrorista es un punk con una ametralladora en las manos. Eso es todo: simplemente un punk bien armado. No hace falta demasiada valentía para dispararle a alguien por la espalda ni para demoler con una bomba la sala de espera de un aeropuerto. De manera, teniente, que supongo que está pensando en la posibilidad de andar armado para protegerse, ¿verdad? Y tal vez le conviniera tener armas en su casa.
—No sé... pero supongo que usted es el hombre apropiado para aconsejarme. —Ryan todavía no había pensado en el asunto, pero no cabía duda de que Robby sí.
—¿Cómo le fue en Quantico?
—Aprobé las pruebas con la automática de .45 y con la M16. Nada espectacular, pero lo aprobé.
—¿Y en la actualidad hace práctica de tiro, señor? —preguntó Breckenridge, ceñudo. El solo hecho de haber aprobado no era una señal demasiado promisoria para alguien que debía ser buen tirador.
—Habitualmente cazo mi cuota de patos y de gansos. Pero esta temporada no pude participar —admitió Jack.
—¿Y en tiro de altura?
—En septiembre tuve dos tardes buenas de tiro a la paloma. Uso una Remington 1100 automática, calibre 12.
Breckenrigde asintió.
—Está bien para empezar. Esa debe ser el arma para su casa. No hay nada mejor que una escopeta para disparar a corta distancia... es decir, aparte de un lanzallamas. —El sargento primero sonrió.— ¿Tiene algún fusil para cazar venados? ¿No? Bueno, tendrá que comprar uno. Son más o menos de calibre 30, y con las cargas número cuatro uno no desperdicia radio de tiro. Sigue pudiendo disparar a setenta u ochenta metros de distancia, y eso es todo lo que uno necesita. Lo importante es que cualquier cosa que reciba uno de esos disparos cae... y punto.
—Hizo una pausa.— En realidad es posible que yo pueda conseguirle algunas cargas de flechette.
—¿Y eso qué es? —preguntó Ryan.
—Son cargas experimentales que están probando en Quantico para uso de la policía militar, y tal vez para las embajadas. En lugar de perdigones de plomo dispara aproximadamente sesenta dardos, de alrededor de tres calibres de diámetro, que son como pequeñas flechas. Hay

que ver para creer lo que hacen esas miniaturas. Desagradable. Así que eso con respecto a lo que debe tener en su casa. Bueno, pero aparte supongo que querrá portar un arma.
Ryan lo pensó. Significaría tener que pedir un permiso. Nada le impedía solicitarlo a la policía estatal... o tal vez ante cierta agencia federal. Mentalmente ya estaba considerando esa posibilidad.
—Quizá —contestó por fin.
—Muy bien. Le propongo que hagamos un pequeño experimento, —Breckenridge entró en su oficina. Un minuto después regresó con una caja de cartón.
—Teniente, esta es una pistola de alta tecnología, una .22 con marco de .45.
—Ryan la tomó, retiró el cargador e hizo retroceder el caño para asegurarse de que estuviera descargada. Breckenridge lo observaba y asintió con aire de aprobación. Jack recordó lo que su padre le había enseñado hacía veinte años y apretó la pistola en la mano, estirando el brazo para acostumbrarse al peso del arma. Todas las pistolas son un poquito diferentes entre sí. Esa era para tiro al blanco, bien equilibrada y con una mira casi perfecta.
—Me gusta —decidió Ryan—. Pero es un poco más liviana que una Colt.
—Con esto quedará más pesada —aseguró Breckenridge, entregándole un cargador lleno—. Aquí tiene cinco disparos. Inserte el cargador en el arma, pero no haga pasar una bala a la recámara hasta que yo se lo indique, señor.
—El sargento primero estaba acostumbrado a dar órdenes a oficiales y sabia cómo hacerlo con amabilidad. Tome posición en la pista cuatro. Relájese. En el parque es un lindo día, ¿verdad?
—Sí. Fue así como empezó todo este lío —observó Ryan con amargura. Gunny se acercó al panel de control de luces y apagó casi todas las del salón.
—Muy bien, teniente. Le pido que apunte hacia abajo, hacia el piso, por favor. Coloque en su sitio la primera bala y relájese.
Jack tiró la corredera con la mano izquierda y dejó que volviera hacia adelante. No se volvió. Hizo un esfuerzo por relajarse y seguir el juego. Oyó que se cerraba la tapa de un encendedor. Tal vez Robby estuviera prendiendo uno de sus cigarros.
—Vi una fotografía de su hijita en los diarios, teniente. Es preciosa.
Gracias Gunny. Yo también he visto una fotografía de la suya en el campus. Es bonita, pero no tan chiquita como la mía. Me dijeron que está comprometida con un guardiamarina.
—Sí, señor. Esa es mi chiquita. —Contestó Breckenridge, en un tono más paternal que el que correspondía a un infante de Marina. —Es la menor de los tres. Se casará...
Ryan estuvo a punto de dar un salto cuando una andanada de cohetes estalló junto a sus pies. Empezó a volverse pero Breckenridge le gritó: Allí! !Allí tiene su blanco!
Una luz se encendió e iluminó una silueta a quince metros de distancia. Una pequeña porción de la mente de Ryan sabía que ésa era una prueba, pero al resto de su ser eso no le importaba. Levantó la .22, que pareció apuntar por su cuenta al blanco de papel. Disparó las cinco balas en menos de tres segundos. Todavía retumbaba el eco de los disparos cuando, con manos temblorosas, depositó la automática sobre la mesa.
—¡Dios mío, sargento primero! —dijo Ryan casi a los gritos.
Se encendieron las luces. En la sala flotaba el olor a pólvora y trozos de papel de los cohetes tapizaban el piso. Jack notó que Robby estaba parado bien lejos, junto a la puerta de la oficina de Gunny, mientras Breckenridge se encontraba exactamente detrás de él, preparado para aferrarle la mano derecha si llegaba a hacer alguna tontería.
—Otra de las cosas que hago es ser instructor nocturno de la policía de Annapolis. Supongo que sabrá que el verdadero problema consiste en simular el estrés que crean las condiciones de combate. —En ese momento Breckenridge apretó un botón y un motor eléctrico oculto iluminó la pista de tiro número cuatro.
—¡Maldición! —exclamó Ryan al mirar el blanco.

—No está tan mal —decidió Breckenridge—. Metió cuatro disparos en el papel. Dos dentro del dibujo y dos fuera, pero todos a la altura del pecho. Su oponente ha caído, teniente, y está bastante mal herido.
—Dos disparos en cinco... deben de haber sido los dos últimos. Porque con esos me tomé un poco más de tiempo.
—Lo noté —asintió Breckenridge—. El primer disparo fue alto y a la izquierda y no entró en el papel. Los dos siguientes entraron aquí y allá. Pero los dos últimos dieron en el blanco. No está nada mal, teniente.
—Disparé mucho mejor en Londres. —Ryan seguía sin estar convencido. Los dos orificios fuera de la negra silueta del blanco parecían burlarse de él, y además uno de los disparos ni siquiera había dado en el papel...
—En Londres, de acuerdo con lo que informó la televisión, usted contó con uno o dos segundos para decidir lo que iba a hacer —explicó Gunny.
—Sí, fue más o menos así —admitió Ryan.
—Como ve, teniente, esa es la parte realmente importante. Ese par de segundos establece toda la diferencia porque permite que uno piense lo que va a hacer. El motivo por el que mueren tantos policías es simplemente ése: no tienen tiempo de pensarlo y en cambio los maleantes ya lo han pensado. Ese segundo permite que uno tome conciencia de lo que está sucediendo, que seleccione el blanco y que decida. Bueno, lo que acabo de hacer con usted es obligarlo a dar los tres pasos al mismo tiempo. Sus primeros disparos no dieron en el blanco. El segundo y el tercero ya fueron mejores y los últimos dos fueron lo suficientemente buenos como para voltear a su enemigo. No está tan mal, hijo. Disparó casi tan bien como un policía entrenado... pero tiene que hacerlo aun mejor.
—¿Qué quiere decir?
—El trabajo del policía consiste en mantener la paz. Su trabajo consiste en seguir vivo, cosa que es un poco más fácil. Esa es la parte positiva del asunto. La negativa es que los terroristas no le darán esos dos segundos que usted necesita para pensar, a menos que los obligue a hacerlo o que tenga mucha suerte.
—Breckenridge les hizo señas de que lo siguieran a su oficina. El sargento primero se dejó caer en su barato sillón giratorio. Lo mismo que Jackson, era fumador de cigarros. Encendió uno un poco mejor que los que fumaba Robby, pero igual apestó la habitación.
—Haremos dos cosas. Primero: quiero verlo aquí todos los días para disparar una caja de balas calibre 22; y hablo de todos los días durante un mes, teniente. Tiene que aprender a tirar mejor. Tirar es lo mismo que jugar al golf. Si uno quiere sobresalir, tiene que practicarlo todos los días. Hay que trabajar en el asunto y es necesario que alguien le enseñe a hacerlo. —Gunny sonrió. —Eso no es problema, soy un buen profesor. Segundo: tiene que tratar de ganar tiempo si esos malhechores van a buscarlo.
—El FBI le aconsejó que viajara como lo hacen los tipos de las embajadas —recordó Jackson.
—Sí, es un buen consejo para empezar. Lo mismo que en Vietnam: no hay que establecer reglas fijas de conducta. ¿Pero y si trataran de atacarlo en su casa?
—Vive en un lugar bastante aislado, Gunny —explicó Robby.
—¿Tiene alarma en su casa? —preguntó Breckenridge.
—No, pero puedo solucionar eso enseguida —dijo Ryan,
—Sería una buena idea. No conozco la distribución del edificio, pero si de alguna manera puede conseguir esos dos segundos y tiene la escopeta, teniente, le aseguro que podrá hacerlos desear no haberse acercado nunca a su hogar... por lo menos los podrá mantener a raya hasta que llegue la policía. Como ya le dije, el juego consiste en seguir vivo. Veamos, ¿qué me puede decir de su familia?
—Mi mujer es médica y está embarazada. Mi hijita... bueno, usted la vio por televisión.
—¿Su esposa sabe tirar?
—Creo que en su vida ha tocado un arma.

— Yo dicto una clase sobre armas de fuego exclusivamente para mujeres; forma parte del trabajo que realizo con la policía local.
Jack se preguntó cómo reaccionaría Cathy ante todo eso. Pero por el momento decidió no pensar en el asunto.
— ¿Qué clase de escopeta cree que debo comprar?
—Si pasa por aquí mañana, le haré probar algunas, lo principal es que sea un arma con la que usted se siente cómodo. No es cuestión de salir a comprar una Magnum .44, ¿verdad? Personalmente prefiero las automáticas. No patean tanto, así que con ellas es más fácil sentirse cómodo. Tiene que comprar un arma que le divierta disparar, no algo que viva golpeándole la mano y la muñeca. En mi caso me gusta el Colt 45 pero hace más de veinte años que disparo esos bebés. —Breckenridge aferró la mano derecha de Ryan y se la flexionó con rudeza. Creo que empezaremos por una Browning de 9 milímetros. Me parece que tiene manos lo suficientemente grandes como para sostenerla bien; las Browning vienen con cargadores de trece tiros así que es necesario tener mano grande para controlarlas bien. También tienen un excelente seguro, con una criatura en la casa, teniente, es necesario pensar en el seguro, ¿no?
— No hay problema —contestó Ryan—. La puedo guardar fuera de su alcance. Tenemos un placard grande donde puedo guardar las armas a dos metros de altura. ¿Y aquí puedo practicar con una pistola de gran calibre?
El sargento primero rió.
— El fondo de la pista de tiro anteriormente era parte del casco de un crucero de gran tamaño. Aquí casi siempre usamos armas de calibre 22, pero mis guardias practican todo el tiempo con .45. Tengo la impresión de que usted sabe tirar muy bien con escopeta. Una vez que también adquiera esa habilidad con las pistolas, podrá tirar con cualquier arma que se le ocurra empuñar. Confíe en mí, señor, porque yo me gano la vida haciendo esto.
—¿Cuándo quiere que venga?
— ¿Le parece bien todas las tardes alas cuatro?
Ryan asintió.
— En cuanto a su esposa... mire: tráigala por aquí algún sábado. Yo me sentaré a conversar con ella acerca de armas. Muchas mujeres simplemente temen el ruido de los disparos... y de todas las tonterías que se ven por televisión. Aunque sea la acostumbraremos a ver disparar. Usted dice que es médica, por lo tanto debe de ser bastante inteligente. Diablos, a lo mejor hasta llega a gustarle. Le sorprendería ver cuántas de mis alumnas realmente se aficionan a las armas.
Ryan meneó la cabeza. Cathy jamás tocó su escopeta, y cuando él la limpiaba sacaba a Sally del cuarto. Jack nunca había pensado mucho en el asunto, y en realidad no le molestaba que Sally estuviese fuera del camino. Los niñitos y las armas no era una combinación saludable. El por lo general guardaba la Remington desarmada y los cartuchos bajo llave, en el sótano. ¿Cómo reaccionaría Cathy al saber que iban a tener un arma cargada en la casa?
¿Y si empiezas a andar de un lado para otro con un arma encima? ¿Qué va a decir Cathy? ¿Y si los terroristas también tuvieran interés en atacarlas a ellas...?
—Ya sé lo que está pensando, teniente —afirmó Breckenridge—. Mire: el comandante del FBI no cree que todo esto vaya a suceder, ¿verdad?
—Así es.
—Entonces lo que usted va a hacer es adquirir una especie de seguro, ¿no?
—Sí, es lo mismo que él me dijo —contestó Ryan.
Bueno, señor, acá recibimos informes de inteligencia. Sí, así es. Desde que esos vagabundos en bicicleta entraron por la fuerza, recibimos informes de la policía, del FBI y de otros lugares... hasta de la Guardia Costera. Algunos de los integrantes de esas fuerzas vienen acá para entrenarse, porque ahora están trabajando en ese asunto de las drogas. De manera que yo también mantendré el oído abierto —aseguró Breckenridge.

Librodot

Jack quedó silencioso por un momento. Tienes que saber lo que sucede, si estás dispuesto a hacer algo al respecto. Se volvió a mirar a Jackson, mientras tomaba una decisión que había estado evitando desde su regreso a Inglaterra. En su escritorio todavía conservaba el número de teléfono.

— ¿Y si le dijeran que esos vagabundos en bicicleta van a volver? —preguntó Ryan con una sonrisa.

— Desearán no haberlo hecho —aseguró el sargento primero con toda seriedad—. Este terreno pertenece a la Marina de los Estados Unidos y está custodiado por el cuerpo de Infantería de Marina,

—Bueno, gracias, Gunny. No quiero seguir haciéndole perder tiempo. Breckenridge los acompañó hasta la puerta.

—Lo veré mañana a las cuatro, teniente, ¿Y usted, comandante Jackson?

— Yo prefiero quedarme con los misiles y los cañones, Gunny. Son más seguros. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Robby acompañó a Jack de regreso a su oficina. Tenían que cumplir con el ritual de la copa diaria. En camino a su casa, Jackson tenía que hacer algunas compras. Cuáando su amigo se fué Jack se quedó mirando fijo el teléfono durante varios minutos. De alguna manera había conseguido evitar esa llamada durante varias semanas a pesar de sus deseos de recabar información sobre el ULA. Pero ya no se trataba de una simple curiosidad. Ryan abrió su índice telefónico y buscó la página de la letra "G". Pude llamar directamente a la zona de D.C. aunque su dedo vaciló antes de marcar cada número.

—Habla la señora Cummings —dijo la mujer que atendió al primer llamado. Jack respiró hondo,

—Hola Nancy. Soy el doctor Ryan. ¿Está su jefe?

—Lo averiguaré. ¿Puede esperar un segundo?

—Sí,

Ryan notó que no tenían uno de esos nuevos aparatos que propalaban música mientras uno esperaba. Sólo pudo oír un sonido electrónico. ¿Estaré haciendo lo debido? se preguntó. Tuvo que admitir que no estaba seguro.

—¿Jack? preguntó una voz que le resultaba familiar.

— Hola, almirante.

—¿Cómo está tu familia?

Muy bien, gracias, señor.

—¿Superaron bien los acontecimientos?

— Sí, señor.

—Me comentaron que tu mujer está esperando otro bebé. Felicitaciones.

¿ Y cómo se enteró de eso, almirante? Pero Ryan se abstuvo de preguntarlo. No era necesario. Se suponía que él debía saberlo todo y había por lo menos un millón de maneras en que pudo haberlo averiguado.

—Gracias, señor.

—¿Y qué puedo hacer por ti?

—Almirante, yo... —Jack vaciló—. Quiero echarle una mirada al prontuario de esa gente del ULA.

— Sí, supuse que te gustaría. Tengo aquí sobre el escritorio un informe de la división antiterrorista del FBI que se refiere a ellos y últimamente hemos estado trabajando coordinadamente con el SIS. Y a mí me gustaría verte de nuevo por aquí, Jack. Hasta te diría que de una manera más permanente. ¿Desde la última vez que hablamos, has vuelto a pensar en nuestro ofrecimiento?

—Sí, señor, lo pensé pero... bueno, hasta fin de año estoy comprometido con la Universidad —contemporizó Jack. No tenía ganas de enfrentar esa pregunta. Si no tuviera más remedio que responderla, contestaría que no y eso le cortaría toda posibilidad de entrar en Langley.

— Comprendo. Tómate tu tiempo. ¿Cuándo quieres pasar por acá?
¿Por qué me estarán facilitando tanto las cosas?
—¿Puedo ir mañana por la mañana? Mi primera clase recién empieza a las dos de la tarde.
—No hay problema. Llega a la entrada principal a las ocho de la mañana. Te estarán esperando. Nos veremos.
—Adiós, señor. —Jack cortó.
Bueno, fue fácil. Demasiado fácil, pensó Jack. ¿Qué estará tramando? Pero desechó el pensamiento. Quería revisar el material que tenía la CIA.
Podían contar con Informaciones que el FBI no tuviera , por lo menos le proporcionaría la posibilidad de conocer más datos y eso era lo que él quería,
Sin embargo estuvo preocupado durante el trayecto hasta su casa. Después de recordar que había tomado el mismo camino que recorría siempre, observó repetidas veces su espejo retrovisor. Lo endiablado del asunto era que realmente veía autos que le resultaban familiares. Ese era el problema de viajar todos los días más o menos a la misma hora. Había por lo menos veinte autos que le resultaban conocidos. Una secretaria que manejaba su Camaro Z28. ¿Por qué tenía que ser una secretaria? Porque andaba demasiado bien vestida, no podía ser otra cosa. Después estaba ese joven abogado joven del BMW... el auto lo pintaba como abogado, pensó Ryan, preguntándose por qué habría etiquetado a sus colegas de viajes diarios. ¿ y si empiezo a ver uno nuevo? se preguntó. ¿Podre saber con seguridad cuál de ellos es terrorista? Sabía que era como buscar una aguja en un pajar. A pesar de lo peligrosa que era la expresión de su rostro, Miller, de saco y corbata tendría un aspecto común y corriente, se confundiría con cualquier otro empleado estatal que luchaba por llegar a Annapolis.
—Paranoia, esto es pura paranoia... —murmuró. ¡Pronto revisaría el asiento trasero del auto antes de meterse en él, para asegurarse de que allí no hubiera nadie agazapado con una pistola o un garrote! Se preguntó si todo el asunto no sería un imbécil perdedero de tiempo. ¿Y si a Dan Murray se le iba la mano con las precauciones? Posiblemente él estaba convencido de que el Bureau les enseñaba a sus hombres que debían ser precavidos en asuntos como ése. ¿Conviene que la aterrorice a Cathy con todo esto? ¿Y si sólo es una falsa alarma?
¿ Y si no lo fuera?
Justamente por eso pienso ir a Langley mañana, se contestó Ryan.

A las ocho y media mandaron a Sally a la cama con su piyama de franela estilo conejito. Jack pensaba que estaba demasiado crecida para dormir así, pero su mujer insistía en ponérselo porque Sally tenía la costumbre de destaparse durante la noche.
—¿Cómo anduvo el trabajo hoy? —preguntó Cathy.
—Los alumnos me condecoraron —contestó Jack y le explicó lo sucedido. Por fin sacó del portafolio la Orden del Blanco Púrpura. Cathy lo encontró divertido. Pero se le borró la sonrisa cuando Jack le narró la visita del agente Shaw. Jack le contó detalladamente todo lo que le dijo el hombre del FBI.
—¿Así que en realidad no cree que se nos presenten problemas? —preguntó Cathy, esperanzada.
—A pesar de todo no podemos ignorar la información.
Durante un momento Cathy miró para otro lado. No sabía qué pensar de lo que acababa de oír. Por supuesto, pensó su marido. Yo tampoco.
—¿Y qué vas a hacer? —preguntó ella por fin.
—En primer lugar voy a llamar a una compañía de alarmas para que nos instalen una en casa. En segundo lugar, ya he armado mi escopeta y la tengo cargada...
No, Jack, en esta casa, no. No quiero armas cargadas con Sally en la casa —contestó Cathy enseguida.
—La guardé en el estante superior de mi placard. Está cargada pero tiene puesto el seguro. Sally no puede alcanzarla, ni siquiera subiéndose a un banquito. De modo que quedará

cargada, Cathy. Además voy a empezar a practicar un poco con esa escopeta. Y tal vez compre una pistola. Y... —vaciló—, quiero que tú también empieces a aprender a tirar.
— ¡No! Soy médica, Jack. No uso armas.
Mira que no muerden —insistió Jack con paciencia—. Lo único que quiero es presentarte a un tipo que da clases de tiro para mujeres. Sólo te pido que lo conozcas.
—No. —La decisión de Cathy era inquebrantable. Jack respiró hondo. Tardaría una hora en persuadirla, ese era el tiempo que generalmente transcurría hasta que su sentido común se sobreponía a sus prejuicios. El problema era que en ese momento él no tenía ganas de pasarse una hora hablando del tema.
—¿Así que mañana a la mañana vas a llamar a la compañía de alarmas? —preguntó ella.
—Tengo que ir a un lado.
—¿Dónde? Hasta después del almuerzo no tienes ninguna clase. Ryan volvió a respirar hondo.
Pienso ir a Langley.
—¿Y qué es Langley?
—La CIA —contestó Jack con sencillez.
—¡Qué!
—Y recuerdas que el año pasado recibí una suma de dinero como consultor de la Corporación Mitre?
—Sí.
Realicé todo ese trabajo en el cuartel general de la CIA.
—Pero... dijiste en Inglaterra que nunca...
—Los cheques me los entregaba la Corporación Mitre. Y trabajaba para ellos. Pero trabajaba en el cuartel general de la CIA .
—¿Mentiste? —preguntó Cathy, consternada—. ¿Mentiste estando baje juramento?
—No, declaré que nunca fui empleado de la CIA, Y no lo fui.
Pero nunca me lo dijiste.
—No era necesario que lo supieras —contestó Jack. Yo sabía que esta no era una buena idea...
—!Maldito sea! ¡Soy tu mujer! ¿Qué hacías en la CIA?
—Formaba parte de un equipo de académicos. Cada tanto tiempo incluyen a un grupo de gente de afuera para que analicen algunos de los datos que poseen. Es una especie de chequeo sobre la gente que trabaja allí regularmente. No soy espía ni nada por el estilo. Realicé todo mi trabajo sentado frente a un escritorio en una oficinita del tercer piso. Redacté un informe y eso fue todo. —No tenía sentido explicarle lo demás.
—¿Un informe sobre qué?
—¡Oh, temas históricos!
—Jack! —Se había puesto realmente furiosa.
—Mira, chiquita, me comprometí por escrito a no hablar jamás de mi trabajo con nadie que no estuviera expresamente autorizado... empeñé mi palabra, Cathy. —Eso la tranquilizó un poco. Sabía que su marido era extremadamente puntilloso cuando daba su palabra. Era justamente una de las cosas que le encantaban de él. Le daba rabia que utilizara ese argumento como defensa, pero era una muralla que no podía derribar. Intentó atacar desde otro ángulo.
—¿Y para qué vas mañana?
—Quiero ver ciertos informes que tienen. Supongo que no te resultará difícil imaginar a qué se refieren esos informes.
—Deben ser sobre la gente del ULA.
Bueno, digamos simplemente que en este momento no me preocupan los chinos.
En cambio ellos realmente te preocupan mucho, ¿no? Por fin se le estaba empezando a contagiar la preocupación de su marido.
—Sí, supongo que sí.
—¿Pero, por qué? Dijiste que el FBI asegura que...

—No sé. ¡Diablos! !Claro que lo sé! Es por ese cretino de Miller, el del juicio. Quiere matarme. —Ryan clavó la mirada en el piso. Era la primera vez que lo decía en voz alta.
—¿Y cómo lo sabes?
—Porque le vi la cara, Cathy. Se la vi... y tengo miedo... no sólo por mí.
—Pero Sally y yo...
—¿Realmente crees que a él le importa eso? contestó Ryan furioso—. Esos cretinos matan gente a quien ni siquiera conocen. Casi lo hacen como una forma de diversión. Quieren cambiar el mundo y convertirlo en algo que les guste, y les importa un bledo la gente que se les interpone en el camino. Simplemente no les interesa.
—¿Y para qué recurrir a la CIA? ¿Pueden protegerte... protegernos a nosotros... es decir?
—Quiero tener una sensación más exacta de lo que se proponen esos tipos.
—¿Pero el FBI lo sabe, no?
—Quiero ver los informes con mis propios ojos. Cuando estuve allí hice un buen trabajo —explicó Jack—. Hasta me pidieron que... bueno... que aceptara un puesto permanente. Pero lo rechacé.
—Nunca me dijiste nada —se quejó Cathy.
—Ahora lo sabes. —Jack dedicó algunos minutos a explicarle lo que le había aconsejado Shaw. Cathy tendría que tener cuidado al ir y volver en auto de su trabajo. Por fin ella volvió a sonreír. Manejaba un Porsche 911 de seis cilindros, que era una bomba. Su marido no comprendía cómo nunca la habían multado por exceso de velocidad. Posiblemente la ayudara su belleza, y quizá también esgrimiera su tarjeta de identidad del hospital, mientras contaba la historia de que acudía a un llamado de urgencia para operar a un enfermo. Sin embargo salía con la suya; se movía en un auto que alcanzaba una velocidad de más de ciento ochenta kilómetros por hora y que era ágil como una liebre. Cathy manejaba Porsches desde que cumplió dieciséis años y Jack tenía que admitir interiormente que su mujer conseguía que el autito sport verde recorriera los caminos a la velocidad del rayo, obligándolo a él a sostenerse con fuerza. Y en ese momento Ryan pensó que tal vez esa fuese una defensa mejor que portar un arma.
—¿Así que recordarás y cumplirás los consejos de Shaw?
—¿Te parece realmente necesario?
—Lamento que por mi culpa nos hayamos metido en esto. Nunca... nunca supuse que sucedería una cosa así. Tal vez no tendría que haberme metido...
Cathy le pasó la mano por el cuello.
—Ahora ya no tiene remedio. Quizás estén equivocados. Tal como dijiste, es probable que estén sufriendo un ataque de paranoia.
—Sí.

12 Regreso al hogar

Ryan salió de su casa bastante antes de la siete. Primero se dirigió hacia la ruta 50 y de allí al distrito de Columbia. La ruta estaba atascada, como siempre, a esa hora en que los primeros viajeros se encaminaban hacia las agencias federales que habían transformado al Distrito de Columbia de un pintoresco lugar residencial en una seudociudad de habitantes efímeros. Salió hacia la I495, el camino de circunvalación que rodea la ciudad y dobló hacia el norte donde se encontró con una aglomeración de vehículos aun peor, cuyos puntos más congestionados eran anunciados por radio desde un helicóptero. Era agradable saber por qué el tráfico avanzaba a veinte kilómetros por hora en una ruta diseñada para recorrerla a cien.
Se preguntó si Cathy estaría haciendo lo que le había pedido. El problema era que no había demasiados caminos para llegar a Baltimore. El jardín de infantes al que asistía Sally estaba en la autopista Ritchie y eso le impedía utilizar el único otro camino directo. Por otra parte la

autopista Ritchie era de tráfico rápido y muy intenso, así que no resultaría fácil interceptarla. En cambio, en la ciudad de Baltimore misma, contaba con una amplia gama de posibilidades de elección de caminos para llegar al hospital Hopkins, y ella le había prometido alternarlos. Ryan miró los coches que lo precedían y lanzó un silencioso juramento. A pesar de lo que le había dicho a Cathy, su familia no le preocupaba demasiado. Fue él quien se interpuso en el camino de los terroristas, y si las motivaciones que los impulsaban eran realmente personales, el único blanco lógico era él. Tal vez. Por fin cruzó el río Potomac y entró en la autopista George Washington. Quince minutos después estaba en el cuartel general de la CIA.

Detuvo su escarabajo frente al puesto de guardia. Un oficial de seguridad uniformado salió y le preguntó su nombre, a pesar de haber chequeado el número de la chapa del auto con una lista proporcionada por su computadora. Ryan le entregó su registro de conductor y el guardia estudió atentamente la fotografía y el rostro de Ryan antes de darle vía libre.

—Señor, la playa de estacionamiento para visitantes queda a la izquier
da...

—Gracias, ya he estado aquí antes.

— Muy bien, señor. —El guardia le indicó por señas que podía avanzar.

Los árboles estaban pelados. El cuartel general de la CIA se erigía detrás de la primera hilera de colinas que daban al valle del Potomac, dentro de lo que en una época fue selva lujuriosa. La mayoría de los árboles todavía existían, para impedir que la gente pudiera ver el edificio. Jack dobló a la izquierda en la primera calle y trepó la colina por un camino zigzagueante. La playa de estacionamiento para visitantes estaba atendida por un guardia, en este caso femenino, que le indicó dónde debía estacionar y que volvió a investigarlo antes de indicarle que se dirigiera a la entrada principal, coronada por un dosel. A su derecha se encontraba "la Burbuja" un teatro en forma de iglú que se conectaba por un túnel con el edificio principal. En una oportunidad Ryan había dado allí una conferencia, un trabajo sobre estrategia naval. El edificio de la CIA era una estructura de piedra blanca, de siete pisos de altura. O tal vez no fuese de piedra sino de cemento. Nunca lo había observado con demasiado detenimiento. En cuanto entró, tuvo la sensación de estar en un club. Alcanzó a distinguir ocho oficiales de seguridad, todos de civil, con las chaquetas desabrochadas para dar la impresión de que estaban armados. Lo que en realidad llevaban eran radios, pero Jack estaba convencido de que los hombres armados no debían de encontrarse muy lejos. En las paredes había cámaras cuyas imágenes se proyectaban en un salón central de monitoreo... que Ryan no sabía dónde se encontraba; en realidad las únicas partes del edificio que conocía eran las que conducían a ese cubículo que en una época consideró su oficina, de allí al baño de hombres, y la ruta a la cafetería. Había estado varias veces en el piso de arriba, pero siempre fue escoltado, porque su pase no lo autorizaba a transitar por ese nivel.

— ¡Doctor Ryan! —Se le aproximó un hombre. Le resultó vagamente familiar, pero no consiguió recordar su nombre.

—Soy Marty Cantor. Trabajo arriba.

Al estrecharle la mano, lo recordó. Cantor era el asistente ejecutivo del almirante Greer, un tipo educado en Yale. Le entregó a Jack un pase de seguridad.

— ¿No es necesario que pase por la sala de visitantes? —preguntó Jack, señalando hacia la izquierda.

— Ya está todo arreglado. Puede seguirme.

Cantor lo condujo hasta el primer control de seguridad. Sacó su tarjeta de pase de la cadena que llevaba alrededor del cuello y la introdujo en la ranura. Una pequeña verja a rayas amarillas y anaranjadas, como las de las playas de estacionamiento, se levantó para darle paso y volvió a bajar cuando Ryan introdujo su tarjeta en la ranura. Una computadora ubicada en el sótano chequeó el código electrónico de la tarjeta y le dio paso. La verja se volvió a levantar. Jack ya se sentía incómodo. Lo mismo que antes, pensó, tengo la sensación de estar en una cárcel... no; la seguridad de una cárcel no es nada comparada con la de este edificio. En ese lugar había algo que inmediatamente provocaba en Jack una sensación de paranoia.

Se colgó el pase alrededor del cuello. Le echó una rápida mirada. Tenía una fotografía en colores, tomada el año anterior, y un número, pero no figuraba su nombre. Ninguno de los pases de la CIA tenía nombre. Cantor se encaminó hacia la derecha con paso ágil y después dobló a la izquierda, hacia los ascensores. Ryan notó el quiosco donde se podía comprar una Coca. Estaba atendido por ciegos, otro detalle extrañamente siniestro de la CIA. Supuso que los ciegos debían de implicar un riesgo de seguridad menor, aunque se preguntó cómo se las arreglarían para llegar todos los días a su trabajo. El edificio estaba sorprendentemente ruinoso, los mosaicos nunca brillaban del todo, las paredes eran de un tono beige amarillento, y hasta los murales parecían de mala calidad. Mucha gente se sorprendía al comprobar que la Agencia gastaba tan poco en esas señales exteriores de importancia. El verano anterior Jack se enteró de que los que trabajaban allí se ufanaban y enorgullecían del aspecto ruinoso del edificio.

La gente caminaba por todas partes con anónimo apresuramiento. Caminaban con tanta rapidez dentro del edificio que en casi todos los rincones había espejos para evitar choques entre los que procedían de direcciones distintas... o para alertarlo a uno sobre la posibilidad de que hubiera alguien oculto y escuchando conversaciones.

¿Para qué viniste?

En el momento de entrar en el ascensor, Jack ahuyentó ese pensamiento. Cantor oprimió el botón`del séptimo piso. Al minuto siguiente la puerta se volvió a abrir dándoles paso a otro sucio y desprolijo corredor. En ese momento Ryan recordó vagamente el camino. Cantor dobló a la izquierda, después a la derecha mientras Ryan observaba a la gente que caminaba de aquí para allá a una velocidad tal que hubiera impresionado a un integrante del equipo olímpico de carreras. No pudo menos que esbozar una sonrisa, hasta que se dio cuenta de que ninguno de los demás sonreía. La Agencia Central de Inteligencia era un lugar muy serio.

Los ejecutivos de la CIA tenían su corredor privado éste alfombrado—que corría paralelo al corredor principal y conducía a las oficinas que daban hacia el este. Como siempre, había gente simplemente parada y mirando alrededor. Inspeccionaron a Ryan y examinaron su pase, pero no dieron muestras de la menor reacción, cosa que en sí misma a Jack le resultó una señal favorable. Cantor lo precedió hasta una puerta y la abrió.

El almirante James Greer estaba, como siempre, de civil, reclinado contra el alto respaldo de su sillón giratorio y estudiaba un inevitable legajo mientras bebía un inevitable café. Ryan nunca lo había visto haciendo otra cosa. Tenía alrededor de sesenta y cinco años y era un individuo alto, de aspecto patricio, cuyo tono de voz podía ser extremadamente cortante o rudo si lo deseaba. Hablaba con el acento de Maine y a pesar de toda su sofisticación Ryan sabía que era hijo de un campesino, que consiguió ingresar en la Academia Naval y que después vivió cuarenta años de uniforme, primero co

mo oficial de submarinos, después como especialista en inteligencia. Greer era uno de los hombres más inteligentes que Ryan había conocido en su vida. Y uno de los más tramposos. Jack estaba convencido de que ese anciano de pelo gris era capaz de leer los pensamientos ajenos. Sin duda eso formaba parte de los requerimientos necesarios para ser Director de Inteligencia de la CIA. Todos los informes y datos reunidos por espías y satélites y sólo Dios sabía por qué otros medios, iban a dar a su escritorio. Si Greer ignoraba algo, era porque no valía la pena saberlo. Levantó brevemente la mirada.

—Hola, doctor Ryan. —El almirante se levantó y se le acercó. —Veo que has llegado con toda puntualidad.

— Sí, señor. Recordé lo lento que se me hacía el viaje el año pasado.

Sin necesidad de que nadie se lo pidiera, Marty Cantor fue a buscar café para todos y se instalaron alrededor de una mesita ratona. Jack recordó que una de las cosas positivas de Greer era que siempre ofrecía un café excelente.

¿Qué tal anda el brazo, hijo? —preguntó el almirante.

—Casi normal, señor. Sin embargo es un verdadero barómetro que me anuncia las lluvias. Dicen que con el tiempo se me pasará, pero es como la artritis.

—¿Y cómo está tu familia?
A este hombre no se le escapa un solo detalle, pensó Jack. Pero él también tenía algunos ases en la manga.
—En este momento mi familia está un poco tensa, señor. Anoche le conté las noticias a Cathy. No la hicieron demasiado feliz, pero claro, a mí tampoco. Vayamos al grano, almirante.
—Bueno, exactamente, ¿qué podemos hacer por ti? —En ese instante Greer cambió de tono. Dejó de ser el anciano agradable para convertirse en el oficial profesional de inteligencia.
—Señor, sé que es mucho pedir, pero me gustaría ver todo lo que tenga la Agencia sobre esos tipos del ULA.
—No tenemos demasiado —bufó Cantor—. Esos tipos cubren sus huellas como verdaderos profesionales. Tienen dinero a montones... ésa es una deducción, por supuesto, pero debe de ser cierto.
—¿De dónde reciben los informes que poseen?
Cantor miró a Greer, quien asintió.
—Doctor, antes de seguir adelante tenemos que hablar sobre clasificación.
—Claro —contestó Ryan, resignado—. ¿Qué tengo que firmar?
—Nos encargaremos de eso antes de que se vaya. Le mostraremos prácticamente todo lo que tenemos. Pero lo que usted tiene que saber desde ya es que ese material está clasificado con el código SI.
—Bueno, no me sorprende suspiró Ryan. El Código de Inteligencia Especial era un nivel de clasificación más estricto que el de Alto Secreto. Para poder tener acceso a las informaciones, había que ser individualmente investigado y los informes se identificaban por medio de una palabra en código especial. Hasta esa palabra en código era secreta. Sólo en dos oportunidades anteriores había tenido Ryan posibilidad de conocer informes de esa categoría. Pero ahora me los van a poner todos frente a los ojos, pensó mientras miraba a Cantor. Greer realmente debe de querer que vuelva para estar dispuesto a abrir me una puerta como ésta.
—Repito la pregunta. ¿De dónde proceden esos informes?
—Algunos nos los proporcionan los británicos... es decir, el PIRA por intermedio de los británicos. Hay material nuevo que hemos recibido de los italianos...
—¿Los italianos? —Durante un instante Ryan se sorprendió, hasta comprender lo que eso implicaba. ¡Ah sí! ellos tienen una cantidad de gente en de las dunas, ¿no?
—La semana pasada un italiano identificó a tu amigo, Sean Miller, bajaba de cierto barco que, milagrosamente, se encontraba en el canal de la Mancha el día de Navidad —dijo Greer.
—¿Pero no sabemos dónde está?
Se encaminó hacia el sur, junto con un número indeterminado de colegas. —Cantor sonrió. —Por supuesto que todo el país está situado al sur del Mediterráneo, así que eso no nos sirve de mucho.
—El FBI tiene todos los informes que nosotros poseemos, y los británicos también —aseguró Greer—. No es demasiado, pero tenemos un equipo de gente estudiándolos.
—Gracias por permitirme echar una mirada, almirante.
—No lo hacemos por espíritu caritativo —señaló el almirante. — Tengo la esperanza de que encuentres algo útil. Y además esto también tiene un precio. Si quieres, antes de que termine el día serás empleado de la Agencia. Hasta podemos hacer los arreglos necesarios para que se te conceda un permiso federal de portación de armas.
— Cómo sabía que...
— Mi trabajo consiste en saber, hijito. —El anciano le sonrió. Ryan no pensaba que su situación fuese nada divertida, pero concedió al almirante los puntos que acababa de ganar.
—¿Cuándo puedo empezar?
—¿Cómo anda su agenda?
—La puedo manejar —aseguró Jack con cautela. Puedo venir el martes a la mañana y tal vez un día completo por semana, además de dos medios días. Por la mañana. Casi todas mis

clases son a la tarde. Pronto empiezan las vacaciones semestrales y entonces podré darles una semana completa.
—Me parece bien. Puedes arreglar los detalles con Marty. Ahora te aconsejo que vayas a llenar la papelería. Me alegro de volver a verte, Jack.
Jack volvió a estrecharle la mano.
—Gracias, señor.
Recién después que la puerta se cerró Greer volvió a sentarse detrás de
su escritorio. Esperó algunos instantes para que Ryan y Cantor se alejaran del corredor. Después se encaminó a la oficina de la esquina que pertenecía al director de la Central de Inteligencia.
— ¿Y? —preguntó el juez Arthur Moore.
— Lo tenemos —informó Greer.
¿Cómo va el procedimiento de investigación?
—Está limpio. Hace algunos años fue demasiado listo al realizar sus negocios con acciones, pero, diablos, se supone que es inteligente.
¿Nada ilegal? —preguntó el juez Moore. La Agencia no quería gente que pudiera ser investigada por la Comisión de Control de Acciones y Valores. Greer negó con la cabeza.
— No. Simplemente fue muy inteligente.
Perfecto. Pero que aparte de ese asunto de los terroristas no vea nada hasta que hayan terminado de investigarlo.
—Muy bien, Arthur.
—Y no tengo directores comisionados para que se encarguen de reclutar agentes —señaló el director.
—Te estás tomando esto demasiado a pecho. ¿Una botella de whisky hace un agujero tan grande en tu cuenta bancaria?
El juez largó la carcajada. El día después de que Miller fue liberado por sus compañeros, Greer le hizo esa apuesta caballeresca. A Moore no le gustaba perder en nada —antes de ser jurista fue abogado defensor— pero le gustaba comprobar que su director comisionado era capaz de hacer pronósticos acertados.
También haré que Cantor le consiga un permiso para portar armas agregó Greer.
¿Estás seguro de que eso es una buena idea?
Creo que sí.

¿Así que entonces está decidido? —preguntó Miller en voz baja.
O'Donnell observó cuidadosamente a su joven colaborador, con clara conciencia de los motivos que lo habían llevado a forjar el plan. Tuvo que admitir para sus adentros que el plan era bueno. Hasta poseía elementos brillantes por lo audaz. Pero Sean permitió que sus sentimientos personales influyeran en su buen juicio. Eso no era tan bueno.
Se volvió hacia la ventanilla. La campiña francesa estaba a oscuras, a mil metros de distancia del avión. Gente pacífica dormía en sus hogares, segura y a salvo. El avión estaba casi vacío. Un poco más atrás dormitaba la azafata y nadie podía oír lo que decían. El chillido de las turbinas impediría el funcionamiento de cualquier artefacto electrónico y ellos habían tenido sumo cuidado en cubrir sus rastros. Primero el vuelo a Bucarest, de allí a Praga, después a París y ahora el regreso a Irlanda con los pasaportes sólo sellados por la aduana francesa. O'Donnell era un hombre cuidadoso hasta el punto de que llevaba anotaciones sobre sus reuniones ficticias de negocios realizadas en Francia. Estaba convencido de que pasarían por la aduana con toda facilidad. Era tarde y los empleados del control de pasaportes regresaban a sus hogares en cuanto llegaba ese vuelo.
Sean tenía un pasaporte completamente nuevo, con los sellos correspondientes, por supuesto. En la actualidad sus ojos era más pardos, por cortesía de una compañía de lentes de contacto; había cambiado el color de su cabello y su peinado y una barba prolijamente recortada

modificaba la forma de su rostro. Sean odiaba la barba porque le picaba. O'Donnell sonrió en la oscuridad. Bueno, tendría que acostumbrarse.
Sean no volvió a hablar. Se recostó contra el respaldo del asiento y simuló estar enfrascado en la lectura de una revista que encontró en el bolsillo del asiento delantero. A su jefe le resultó gratificante esa simulada paciencia. El joven había pasado un nuevo período de entrenamiento para refrescar sus conocimientos. Rebajó su exceso de peso, volvió a adquirir habilidad en el manejo de armas, conferenció con oficiales de inteligencia de otras naciones de blancos, y superó las críticas acerca del frustrado operativo de Londres. Esos "amigos" se negaron a reconocer la existencia del factor suerte, y señalaron que para asegurar el éxito del procedimiento habría hecho falta otro automóvil con hombres. Y, a través de todo eso, Sean mantuvo su actitud pacífica y escuchó con atención. Ahora esperaba con paciencia la decisión con respecto al operativo que había propuesto. Tal vez había aprendido algo en esa cárcel inglesa.
—Sí.

Ryan firmó el formulario en el que acusaba recibo del carrito lleno de informes. Estaba nuevamente instalado en el cubículo que el verano anterior denominaba su oficina, un cuarto sin ventanas, del tamaño de un placard, ubicado en el tercer piso del cuartel general de la CIA. Su escritorio era el de menor tamaño y se fabricaba en carpinterías de las cárceles federales, y la silla giratoria era barata. La elegancia de la CIA.
El mensajero colocó los documentos en una esquina del escritorio y se retiró con el carrito. Jack puso manos a la obra. Compro una taza de café en el quiosco del corredor, le agregó el frasquito de crema y dos sobres de azúcar y, siguiendo una de sus inveteradas costumbres, lo revolvió con un lápiz. Era un hábito que a Cathy le resultaba odioso.
La pila de documentos tenía como veinte centímetros de altura. Los informes estaban encerrados en grandes sobres, cada uno de los cuales tenía estampado un código numérico. Las primeras carpetas que sacó estaban ribeteadas con colorado para darles un aspecto importante: las claves visuales estaban ideadas para ser notadas, para que se destacaran a primera vista. Esas carpetas tenían que ser encerradas todas las noches en archivos especiales, jamás podían quedar sobre un escritorio donde pudiera verlas alguna
persona no autorizada. Los papeles que había dentro estaban sujetos con clips y numerados. La tapa de la primera carpeta tenía la correspondiente palabra en código prolijamente escrita a máquina en una etiqueta: FIDELIDAD. Ryan sabía que los nombres en código eran asignados al azar por una computadora y se preguntó cuántas carpetas y códigos habría, y si el diccionario del idioma inglés que residía en la memoria de la computadora habría quedado seriamente reducido por la eliminación de palabras para las millares de carpetas secretas que se guardaban en el edificio. Vaciló un instante antes de abrirla, como si al hacerlo se comprometiera irrevocablemente a convertirse en empleado de la CIA; como si ya no hubiese dado el primer paso...
¡Basta! se dijo, y abrió la carpeta. Era el primer informe oficial de la CIA sobre el ULA y apenas tenía un año de antigüedad.
"Ejército de Liberación de Ulster" se leía en el título. "Génesis de una anomalía."
"Anomalía". Ryan recordó que esa era la palabra que había utilizado Murray. La primera frase del informe declaraba con total honestidad que la información contenida en las siguientes treinta páginas escritas a un solo espacio, eran más bien especulaciones que hechos concretos y se basaban principalmente en datos aportados por integrantes convictos del PIRA; específicamente sobre las negaciones que ellos realizaban. Ese operativo no fue nuestro, declaraban algunos de ellos después de ser capturados por otro atentado. Ryan frunció el entrecejo. No era exactamente la evidencia más confiable. Sin embargo los dos hombres que redactaron el informe habían realizado un soberbio trabajo de referencias recíprocas. La historia más inconcebible, recibida de cuatro fuentes distintas, se convertía en algo distinto. Eso resultaba

especialmente cierto debido a que, técnicamente hablando, el PIRA era un equipo de profesionales. Por sus propias investigaciones realizadas el año anterior, Jack sabía que el Ala Provisional del Ejército Republicano Irlandés estaba soberbiamente organizada, siguiendo los clásicos lineamientos de células. Era como cualquier otra agencia de inteligencia. Con excepción de un puñado de máximos dirigentes, las especificaciones de un operativo en particular estaban compartimentadas; sólo las conocían aquellos que realmente debían conocerlas. "Necesidad de saber" era la frase clave de cualquier agencia de inteligencia.

Por lo tanto, si los detalles de un operativo son ampliamente conocidos, argumentaba el informe, sólo puede deberse a que no se trata de un operativo del PIRA. De otro modo, no habrían conocido ni comentado los detalles, ni siquiera entre ellos mismos. Jack consideró que esa era una lógica retorcida, aunque sin embargo bastante convincente. La teoría se tenía en pie por cuanto los operativos del principal rival del PIRA, el menos organizado Ejército Nacional de Liberación Irlandesa, la pandilla que había matado a Lord Louis Mountbatten, pudieron ser identificados de esa manera. Muchas veces la rivalidad existente entre el PIRA y el INLA llegó a extremos peligrosos, aunque el último, con su falta de unidad interna y su organización poco profesional, era mucho menos eficaz.

Apenas hacía un año que el ULA había surgido de las sombras para adquirir un perfil más concreto. Durante el primer año de sus operativos los británicos creyeron que se trataba de un Grupo Especial de Acción del PIRA, una escuadrilla de choque de los Provisionales, teoría que quedó en la nada cuando un integrante del PIRA capturado negó indignado toda complicidad en lo que finalmente resultó un asesinato cometido por el ULA. Los autores del informe examinaron después una serie de operativos que sospechaban habían sido realizados por el ULA, basándose en modelos operacionales. Ryan pudo comprobar que esos modelos eran reales. Para empezar, en promedio, involucraban a más gente que los operativos del PIRA.

Eso es interesante... Ryan salió del cuarto y se encaminó hacia el quiosco donde compró un atado de cigarrillos. En menos de un minuto estaba de vuelta en la oficina, luchando con la cerradura cifrada de la puerta.

Más gente por operativo. Ryan prendió uno de sus cigarrillos de bajo contenido de nicotina. Eso constituía una violación a los procedimientos ordinarios de seguridad. A más gente involucrada en un operativo, mayor riesgo de fracaso. ¿Qué significaba eso? Ryan examinó tres operativos distintos.

Después de diez minutos de estudio, la cosa le resultó clara. El ULA era una organización de tipo más militar que el PIRA. En lugar de los grupos pequeños e independientes, típicos de los terroristas urbanos, el ULA se organizaba dentro de las líneas militares más clásicas. El PIRA muchas veces dependía de un único asesino cowboy y con menos frecuencia, de grupos especiales de acción. Existían muchos casos que Ryan conocía donde un "cazador designado" —según la terminología popular dentro de la CIA el año anterior— tenía su propia arma especial y permanecía apostado a menudo durante días, como un cazador de venados, al acecho para matar a una víctima determinada. Pero el ULA era distinto. Para empezar, por lo general no atacaban blancos individuales. Por lo visto se apoyaban en un equipo de reconocimiento y en un equipo de asalto que trabajaban en estrecha cooperación. Los términos claves allí eran "por lo visto" ya que, una vez más, eso era algo inferido a base de escasas evidencias. Cuando llevaban a cabo algo por lo general huían con facilidad. Planeamiento y recursos.

Clásicas líneas militares. Eso implicaba una gran confianza del ULA en su gente.., y en su seguridad. Jack empezó a tomar notas. Los hechos reales que contenía el informe eran escasos contó seis— pero el análisis resultaba interesante. El ULA mostraba un alto grado de profesionalismo en el planeamiento y la ejecución de los operativos, mucho más que el PIRA, a pesar de que ellos también eran eficientes. En lugar de poseer un pequeño número de operadores realmente inteligentes, por lo visto todos los integrantes de la pequeña organización eran expertos en armas. Esa uniformidad resultaba interesante.

¿Entrenamiento militar? anotó Ryan. ¿Hasta qué punto es bueno? ¿Dónde lo

Librodot

adquieren? ¿Por intermedio de qué fuentes? Leyó el informe siguiente. Estaba fechado algunos meses después de "Génesis" y mostraba un mayor grado de interés institucional. Siete meses antes la CIA había empezado a estudiar más de cerca al ULA. Justo después de que yo me fui de acá, notó Jack. Coincidencia.

Ese informe se refería a Kevin O'Donnell, el individuo que se sospechaba era líder del ULA. Lo primero que Ryan vio fue una fotografía, tomada durante una reunión de la inteligencia británica. El hombre en cuestión era bastante alto, pero aparte de eso, del montón. La fotografía estaba fechada varios años antes, y el próximo informe que Jack leyó establecía que O'Donnell se había hecho cirugía estética para modificar sus rasgos faciales. De todos modos, Jack estudió la fotografía. Había sido tomada durante el funeral de uno de los integrantes del PIRA, asesinado por el Regimiento de Defensa de Ulster. El rostro era solemne y se le notaba una expresión dura en la mirada. Jack se preguntó hasta qué punto podía sacar conclusiones a base de una instantánea de alguien que asistía al funeral de un camarada, así que hizo a un lado la fotografía y se dedicó a leer la biografía de O'Donnell.

Provenía de un familia obrera. Su padre había sido camionero. La madre murió cuando él tenía nueve años. Escuelas católicas, por supuesto. Sus calificaciones demostraban que era inteligente. Se graduó en Ciencias Políticas en la Universidad, con honores. Siguió todos los cursos de marxismo que se ofrecían en la institución y se vió involucrado en los movimientos de derechos civiles de fines de la década de los 60 y principios de los 70. Eso despertó el interés del RUC y de las agencias de inteligencia británicas. Entonces, después de graduarse, desapareció de circulación durante un año, y reapareció en 1972 después del fiasco del Domingo Sangriento, cuando los paracaidistas británicos se descontrolaron y abrieron fuego contra la multitud de manifestantes, matando catorce, ninguno de los cuales estaba armado.

—Allí hay una coincidencia —murmuró Ryan, hablando solo. Los paracaidistas seguían afirmando que alguien de entre la multitud les disparó y que ellos simplemente abrieron fuego en defensa propia. Un informe oficial del gobierno, redactado por los británicos respaldaba esa versión._ por supuesto, ¿qué otra cosa iban a decir? Ryan se encogió de hombros. Tal vez hasta fuera cierto. El peor error cometido por los ingleses fue enviar tropas a Irlanda del Norte. Lo que necesitaban no era un ejército de ocupación, sino una buena fuerza policial que restableciera la ley y el orden. Pero entonces, con el RUC descontrolado y secundado por los matones del BEspecial, no les quedó alternativa. Así que enviaron soldados a enfrentar una situación para la que no habían sido adiestrados... y que eran individuos vulnerables a la provocación.

Ante eso, Ryan paró sus antenas.

Doctor en ciencias políticas, granules conocimientos de marxismo. O'Donnell desapareció del mapa y reapareció alrededor de un año después casi enseguida del desastre del Domingo Sangriento, y al poco tiempo fue identificado por un informante como jefe de Seguridad Interna del PIRA. No ganó ese cargo a base de sus estudios universitarios. Necesariamente tuvo que trabajar para merecerlo. El terrorismo, como cualquier otra profesión tenía su aprendizaje. De alguna manera ese Kevin Joseph O'Donnell había conquistado su fama. ¿Cómo lo lograste? ¿Habrás sido uno de los tipos que encabezó las provocaciones? Y de ser así, ¿dónde aprendiste a hacerlo? ¿Ese año de tu desaparición tiene algo que ver con el asunto? ¿Fuiste entrenado en tácticas de terrorismo urbano... tal vez en Crimea...?

Demasiada coincidencia, se repitió Jack. La idea del entrenamiento soviético para los integrantes más duros del PIRA y del INLA había sido objeto de tantas especulaciones que perdió credibilidad. Además no tenía por qué ser algo tan drástico. Ellos mismos podían haber trazado sus tácticas, o haberlas aprendido en libros. Había cantidad de libros sobre la manera de convertirse en guerrillero urbano. Jack había leído varios.

Se salteó algunos informes hasta llegar a la segunda desaparición de O'Donnell. Aquí, para variar, los informes de las fuentes británicas eran bastante completos. O'Donnell fue notablemente eficaz como jefe de Seguridad Interna. Casi la mitad de las personas que mató realmente habían sido informantes de una especie o de otra, lo cual no era un porcentaje

despreciable en esa clase de actividades. Al final del informe encontró un par de páginas nuevas y leyó los datos reunidos por David Ashley algunos meses antes en Dublín... Se dejó llevar un poco... O'Donnell utilizó su cargo para eliminar Provos cuya postura política no estaba totalmente de acuerdo con la suya. Cuando eso se descubrió, desapareció por segunda vez. Una vez más el informe se basaba en especulaciones, pero coincidía con lo dicho por Murray en Londres. O'Donnell había ido a alguna parte.

Sin duda convenció a alguien de que financiara su naciente organización, proporcionándole entrenamiento y apoyo. Su naciente organización, pensó Ryan. ¿De dónde habría surgido? Un lapso de dos años separaba la desaparición de O'Donnell del primer operativo positivamente identificado como realizado por el ULA. Dos años completos. La inteligencia británica sugería una operación de cirugía plástica. ¿Dónde? ¿Y quién la habría pagado? No fue en un país atrasado del tercer mundo, se dijo Ryan. Se preguntó si Cathy podría interrogar a sus colegas del Hopkins acerca de la existencia de buenos cirujanos plásticos. Dos años para modificar su rostro, obtener respaldo financiero, establecer una base de operaciones, reclutar sus tropas y empezar a causar impacto... No está mal, pensó Ryan con involuntaria admiración. Todo en dos años.

Otro año antes de que el nombre de la organización empiece a conocerse... Ryan se volvió al oír que alguien metía una llave en la cerradura de la puerta de su oficina. Era Marty Cantor.

—Creí que habías dejado de fumar —dijo, señalando el cigarrillo encendido.

Ryan lo apagó.

— Mi mujer también lo cree. ¿Has visto todo este material?

—Sí —contestó Cantor—. El jefe me pidió que lo leyera durante el fin de semana. ¿Qué piensas?

— Pienso que este tipo O'Donnell es un hijo de puta formidable. Ha organizado y entrenado a su gente como si fuera un verdadero ejército. Son pocos, pero él los conoce a todos, uno por uno. Sus antecedentes ideológicos me convencen de que debe ser muy cuidadoso en el reclutamiento. Tiene un alto y poco común grado de confianza en su tropa. Es un animal político, pero sabe pensar y planificar como un soldado. ¿Quién lo entrenó?

—Nadie lo sabe —contestó Cantor—. Sin embargo, creo que ese es un factor que tal vez se sobrestime.

— Ya lo sé —convino Ryan—. Lo que estoy buscando es... creo que el sabor. Estoy tratando de percibir su manera de pensar. También sería agradable saber quién lo está apoyando económicamente. —Ryan hizo una pausa y le cruzó otra idea por la cabeza—. ¿Qué posibilidades hay de que tenga gente dentro del PIRA?

—¿Qué quieres decir?

— Huye como enloquecido cuando se entera de que los cabecillas del PIRA quieren su cabeza. Dos años después vuelve a la palestra con una organización propia. ¿De dónde sacó las tropas?

—Obviamente deben de ser camaradas del PIRA —afirmó Cantor. —Seguro.

—Jack asintió—. Gente que él sabía que era de confianza. Pero también sabemos que es un tipo de la contrainteligencia, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —Ese era un camino todavía inexplorado para Cantor.

— ¿Cuál es la principal amenaza para O'Donnell?

—Todo el mundo lo busca...

— ¿Quién quiere matarlo? —dijo Jack, replanteando la pregunta—. Los británicos no tienen pena capital... pero el PIRA sí.

—¿Y entonces?

—Si tú fueses O'Donnell, hubieras reclutado gente del PIRA y supieras que el PIRA tiene interés en exhibir tu cabeza como trofeo, ¿dejarías gente adentro para que te proporcionara informes?

—Me parece sensato —contestó Cantor, pensativo.

—Además, ¿cuál es el blanco político del ULA?

No lo sabemos.
—!No digas tonterías, Marty! —replicó Ryan—. La mayor parte de la información contenida en esos documentos proviene de gente de dentro de los Provos, ¿no es así? ¿Cómo diablos saben ellos lo que se propone hacer el ULA?
—Estás exagerando, Jack —advirtió Cantor—. Yo también he visto esos informes. Casi todos son negativos. Los Provos a los que se les arrancó a la fuerza la información dijeron principalmente que ciertos operativos no eran de ellos. Entonces inferimos que eran obra del ULA... evidencia completamente circunstancial. No creo que ese material sea tan claro como tú piensas.
—No, los dos tipos que redactaron este informe han llegado a la conclusión de que los operativos prácticamente tienen la marca de fábrica del ULA. Lo que el ULA tiene es un estilo propio, Marty. Eso es algo que podemos identificar, ¿no?
—Has construido un argumento circular —señaló Cantor—. O'Donnell viene de los Provos, por lo tanto debe de haber reclutado allí a su gente, por lo tanto debe de tener gente que le responda dentro de esa organización, etcétera. Tus argumentos básicos son lógicos, pero no olvides que se apoyan sobre fundamentos muy poco sólidos. ¿Y si en realidad el ULA fuese un grupo especial de acción de los Provisionales? ¿No crees que les debe de interesar tener algo así? —Cantor era un espléndido abogado del diablo, uno de los motivos por los que desempeñaba el cargo de asistente ejecutivo de Greer.
—Está bien, en eso hay algo de verdad —admitió Ryan—. Sin embargo, suponiendo que el ULA exista, todo lo que he dicho es sensato.
— Te concedo que es lógico. Pero no está probado.
— De modo que es la primera cosa lógica que tenemos con respecto a esos individuos. ¿Y eso qué más nos dice?
Cantor sonrió.
—Avísame cuando lo averigües.
—¿Puedo hablar con alguien acerca de todo esto?
¿Cómo quién? Simplemente quiero saberlo antes de decirte que no.
— El agregado legal norteamericano en Londres: Dan Murray —contestó
Ryan—. Se supone que él está autorizado a conocer todo este material, ¿no?
—Sí, y también trabaja con nuestra gente. Está bien, con él puedes hablar. La cosa quedará en familia.
—Gracias.

Cinco minutos después, Cantor estaba instalado frente al escritorio del almirante Greer.
—Decididamente sabe hacer las preguntas adecuadas.
— ¿Y qué es lo que se pregunta? —preguntó el almirante.
—Lo mismo que se han estado preguntando Emil Jacobs y su equipo: ¿qué se propone O'Donnell? ¿Ha conseguido infiltrar a su gente dentro del PIRA? Y en caso afirmativo, ¿por qué?
— ¿Y Jack qué dice?
—Lo mismo que Jacob y que la evaluación hecha por el FBI: por entrenamiento, O'Donnell es un experto en contrainteligencia. Los Provos quieren su cabeza, y la mejor manera de mantenerla pegada al cuello es que la gente de adentro le informe cuando se le acercan demasiado.
El almirante asintió para demostrar que estaba de acuerdo, después apartó la mirada durante un instante. Su instinto le advertía que eso era sólo parte de la respuesta. Tenía que haber más.
—¿Algo más?
—El asunto del entrenamiento. Jack todavía no ha leído todos esos informes. Creo que debemos darle más tiempo. Pero usted tiene razón, señor. Es inteligentísimo.

Murray levantó el tubo y oprimió el botón correspondiente sin prestarle mucha atención.
—¿Sí?
—¿Dan? Habla Jack Ryan —dijo su interlocutor.
—¿Cómo van las cosas, profesor?
—Nada mal. Hay algo que quiero conversar contigo.
— Adelante.
— Creo que el ULA debe de tener gente infiltrada en el PIRA.
—¿Qué? —Murray se irguió en su asiento.
—Oye, campeón, no puedo... —Miró el teléfono. La línea por la que hablaba estaba... —¿Qué diablos estás haciendo en una línea que no puede ser intervenida?
—Dicen que estoy de nuevo al servicio del gobierno —replicó Ryan, evasivo.
—Nadie me lo dijo.
—Bueno, ¿y qué te parece?
—Creo que es una posibilidad. Hace alrededor de tres meses a Jimmy se le ocurrió la misma idea. El Bureau coincide en que es sensata. No existen pruebas objetivas que apoyen la teoría, pero todo el mundo la cree lógica... es decir sería una cosa inteligente por parte de nuestro amigo Kevin, siempre que lograra llevarla a cabo. Recuerda, Jack, que el PIRA cuenta con una seguridad interna excelente.
—Me dijiste que casi todo lo que sabemos del ULA proviene de fuentes del PIRA. ¿Cómo consiguen los informes? —preguntó Ryan con rapidez.
—¿Qué? Me perdí.
—¿Cómo se entera el PIRA de lo que está haciendo el ULA?
— ¡Ah, bueno! Eso no lo sabemos. —Era algo que molestaba a Murray y a James Owens, pero los policías se enfrentan constantemente con fuentes de información anónimas.
—¿Y qué sentido tendría que estuvieran haciendo eso?
—¿Contándoles a los Provos lo que piensan hacer? No tenemos la menor idea. Si tienes alguna sugerencia la escucharé encantado.
— ¿Y si se tratara de reclutar nuevos integrantes para su organización? —preguntó Ryan.
—¿Por qué no piensas un poco lo que me acabas de decir? —contestó Murray enseguida. Ryan acababa de redescubrir la teoría de que la tierra era plana.
Hubo un momento de silencio.
¡Ah! Entonces él correría el riesgo de ser infiltrado por los Provisionales
!Muy bien, campeón! Si O'Donnell los tiene infiltrados como medida de seguridad para protegerse, ¿por qué invitar a integrantes del grupo que quiere su cabeza? Si uno quiere suicidarse, hay maneras más simples, Jack. —Murray no pudo menos que reír. Oyó que Ryan se desinflaba,
—Está bien. Supongo que me lo merezco. Gracias.
—Lamento haberte echado un balde de agua fría, pero hace alrededor de dos meses que desechamos esa idea.
—Pero al principio tiene que haber reclutado a su gente entre los Provisionales —objetó Ryan con tozudez. Se maldijo por haber sido tan lento, pero recordó que hacía años que Murray era experto en ese tema.
— Sí, estoy de acuerdo con eso, pero mantuvo la organización con muy poca gente. Cuanto más numerosa sea la organización, mayor es el riesgo de que sea infiltrada por los Provos... y que lo destruyan. Oye, ellos realmente se mueren por obtener la cabeza de O'Donnell —Murray se detuvo a tiempo: había estado a punto de revelar el trato que David Ashley hizo con el PIRA. La CIA todavía no estaba enterada de eso.
—¿Cómo está la familia? —preguntó, para cambiar de tema.
—Muy bien.
— Bill Shaw me dijo que la semana pasada habló contigo...

— Sí. Justamente por eso estoy aquí ahora. Has conseguido que ande todo el tiempo mirando por sobre el hombro, Dan. ¿Han encontrado alguna otra pista?
En ese momento le llegó el turno a Dan de desinflarse.
—Cuanto más lo pienso, más me parece que me preocupé sin motivo. No hay absolutamente ninguna evidencia, Jack. No fue más que una cuestión de instinto, ¿sabes? Como lo de las viejas. Lo siento. Creo que reaccioné exageradamente ante algo que dijo Jimmy. Espero no haberte preocupado demasiado.
—No te angusties —contestó Jack—. Bueno, tengo que cortar. Nos veremos.
—Sí. Adiós, Jack. —Murray colgó y volvió a enfrascarse en sus papeles.
Ryan hizo más o menos lo mismo. Tenía que irse antes de mediodía para poder llegar a su primera clase. El mensajero volvió con el carrito y se llevó las carpetas junto con las anotaciones de Jack, que, por supuesto, habían pasado a ser material clasificado. Pocos instantes después había abandonado el edificio sin dejar de pensar en los informes que acababa de leer.
Lo que Jack ignoraba era que en el nuevo anexo del cuartel general de la CIA se encontraba la oficina principal de Reconocimiento Nacional de Personas, una agencia conjunta de la CIA y la Fuerza Aérea que manejaba los datos obtenidos vía satélite y, en menor grado, los reconocimientos realizados por aviones desde gran altura.
La nueva generación de satélites utilizaba cámaras de televisión en lugar de películas fotográficas. En consecuencia podían ser utilizados casi continuamente en lugar de tomar fotografías únicamente al pasar sobre la Unión Soviética y sus satélites. Esto permitía reunir datos muy superiores sobre las tendencias y acontecimientos mundiales y había generado una cantidad de nuevos proyectos por parte de cientos de analistas... cosa que explicaba la construcción del anexo detrás del edificio original de la CIA.
La tarea de uno de los analistas se centraba en el estudio de los campamentos en los que se sospechaba que se entrenaban distintas organizaciones de terroristas. El proyecto todavía no había dado resultados suficientes como para merecer un tratamiento de mayor importancia aunque los datos y fotografías recibidos se remitían a la Fuerza de Combate Contra el Terrorismo. Esta, como era costumbre en los círculos gubernamentales, utilizaba las fotografías tomadas por los satélites. Los empleados, después de lanzar grandes exclamaciones por la claridad de las imágenes de las fotografías, recibían toda clase de informaciones sobre los nuevos artefactos que permitían que las cámaras obtuvieran imágenes perfectas prescindiendo de las condiciones climáticas. Entonces, a pesar de todas sus loas, notaban que en esas fotografías en realidad era imposible distinguir los números de la chapa de un auto._ y rápidamente las olvidaban, por lo que pasaran a ser sólo fotografías de campamentos donde se suponía que se entrenaban terroristas. La interpretación de fotografías siempre había sido un campo de trabajo muy reducido, sólo reservado a los expertos. El trabajo de análisis era demasiado técnico.
Y frecuentemente en eso residía la dificultad. El analista joven era más bien conocido como técnico. Recolectaba y cotejaba datos, pero realmente no los analizaba. Eso era trabajo para alguien más, y quedaría para el momento en que el proyecto estuviera terminado. En ese caso particular, los datos procesados denotaban energía infrarroja. Los campamentos que se examinaban diariamente —existían más de doscientos— se encontraban situados casi todos en desiertos. Eso constituía un notable golpe de buena suerte. Todo el mundo sabe que durante el día el calor produce un reflejo particular en los desiertos, pero casi todo el mundo ignora que durante la noche suele hacer mucho frío y en muchos casos hasta hiela. Así que el técnico intentaba determinar los campamentos que se encontraban habitados guiándose por el número de edificios calefaccionados durante las noches de frío. Esto se veía con claridad en el infrarrojo: brillantes manchas blancas sobre un fondo negro.
Una computadora archivaba las señales digitales recibidas del satélite. Los técnicos utilizaban un número en código para identificar los campamentos, anotaban el número de construcciones calefaccionadas de cada uno y pasaban los datos a un segundo archivo. El campamento

11518, ubicado a28°32'47" de latitud norte, 19°07'52" de longitud este, constaba de seis edificios, uno de los cuales era un garage, en el que se guardaban por lo menos dos vehículos. Aunque la construcción no estuviera calefaccionada, las marcas térmicas de dos motores de combustión interna radiaban claramente a través del techo de chapa de cinc. El técnico notó que sólo una de las otras cinco construcciones tenía encendida la calefacción. Al chequear descubrió que la semana anterior la calefacción había estado prendida en tres. La hoja de datos indicaba que la que en ese momento tenía encendida la calefacción se encontraba ocupada por un pequeño grupo encargado de la custodia y mantenimiento, constituido aproximadamente por cinco hombres. Evidentemente esa edificación tenía su propia cocina, porque una parte del edificio siempre estaba más caliente que la otra. Otro de los edificios era un comedor. Ese y los de los dormitorios en ese momento estaban desocupados. El técnico realizó las anotaciones correspondientes y la computadora las recogió en un gráfico cuya línea ascendente mostraba los momentos en que el campamento estaba ocupado y que descendía cuando se encontraba desierto. El técnico no tenía tiempo para chequear los detalles del gráfico y supuso, equivocadamente, que alguien más se encargaría de hacerlo.

— No olvide, teniente —recordó Breckenridge—. Respire hondo, suelte la mitad del aire y entonces oprima suavemente el gatillo.

La Browning automática de 9 mm. tenía una mira excelente. Ryan apuntó al blanco circular e hizo lo que acababa de indicarle Gunny. Lo hizo bien. La luz y la explosión del disparo prácticamente lo tomaron desprevenido. La automática lanzó la cápsula vacía y estaba lista para volver a disparar en el momento en que Ryan la bajó, después del retroceso provocado por el tiro. Repitió el procedimiento cuatro veces más. La pistola se abrió, con el cargador vacío, y Ryan la depositó. Después se sacó los protectores de sonido que cubrían sus orejas.

— Dos nueves y tres diez, dos de ellos en el anillo central —anunció Breckenridge—. No tan bien como la última vez.

—Tengo el brazo cansado —explicó Ryan. La pistola pesaba casi un kilo cien. El peso no parecía mucho hasta que uno tenía que sostenerla perfectamente inmóvil y con el brazo extendido durante una hora.

—Le conviene conseguir algunas pesas. Le endurecerán los músculos de la muñeca y del antebrazo. —Breckenridge colocó cinco balas dentro del cargador de la pistola de Ryan y apuntó hacia uno de los blancos.

Disparó los cinco tiros en menos de tres segundos. Ryan observó el blanco. Tenía cinco orificios dentro del círculo interior, amontonados como los pétalos de una flor.

— ¡Diablos! ¡Me había olvidado de lo divertida que podía ser una buena Browning! — Sacó el cargador y volvió a cargarlo. —La mira también es excelente.

—Ya lo noté —contestó Ryan sin convicción.

— No se sienta tan mal, teniente —aconsejó Breckenridge. Yo he estado haciendo esto desde que usted usaba pañales. —Cinco nuevos disparos y el centro del blanco desapareció.

— ¿Por qué estamos disparando contra blancos redondos? —preguntó Jack.

—Quiero que se acostumbre a la idea de ubicar sus tiros exactamente en el lugar al que los dirige —explicó Gunny—. Más adelante nos dedicaremos a las fiorituras. Por ahora trabajaremos sobre la habilidad básica. Hoy parece más tranquilo, teniente,

—Sí, bueno, hablé con el tipo del FBI que me hizo llegar la advertencia. Me confesó que tal vez haya exagerado... y a lo mejor yo también exageré. Breckenridge se encogió de hombros.

—Usted nunca ha estado en combate, teniente. Yo sí. Y allí uno aprende algo: la primera impresión por lo general es acertada. No lo olvide.

Jack asintió, a pesar de no creerlo. Ese día había logrado mucho. El vistazo que dio a los datos del ULA le indicó muchas cosas con respecto a la organización, pero no había ningún indicio de que alguna vez hubiera operado en América. El IRA Provisional tenía abundantes conexiones americanas, pero nadie creía que el ULA las tuviera. Ryan juzgaba que aun en el

caso de que se propusieran hacer algo en ese país, necesitarían conexiones. Cabía la posibilidad de que O'Donnell recurriera a alguno de sus anteriores amigos del PIRA, pero parecía poco probable. Era un hombre peligroso, pero sólo en su propia cancha. Y Norteamérica no era su cancha. Eso era lo que indicaban los informes. Jack no ignoraba que esa era una conclusión demasiado amplia para un solo día de trabajo. Seguiría indagando. Al paso que iba por lo visto su investigación demoraría por lo menos dos o tres semanas. Aunque no hiciera mucho más, quería estudiar la relación existente entre O'Donnell y los Provos. Lo mismo que evidentemente le sucedía a Murray, él tenía la sensación de que estaba sucediendo algo extraño y quería examinar los datos a fondo con la esperanza de poder desarrollar una teoría plausible. Estaba en deuda con la CIA por la cortesía con que lo habían tratado.

La tormenta era magnífica. Miller y O'Donnell estaban parados junto al ventanal y observaban los efectos del viento sobre el Atlántico, cuyas olas rompían contra la base del risco sobre el que se erigía su casa. El estallido de las olas proporcionaba las notas bajas, mientras el viento aullaba y silbaba a través de los árboles y las gotas de lluvia golpeaban rítmicamente contra la casa.

—No es un día para salir a navegar, Sean —dictaminó O'Donnell mientras bebía unos tragos de whisky.

—¿Cuándo viajan nuestros colegas a Norteamérica?

—Dentro de tres semanas. No queda demasiado tiempo. ¿Sigues decidido a hacerlo?

—No creo que debamos perder la oportunidad, Kevin —contestó Miller con voz inexpresiva.

—¿Tienes algún otro motivo? —preguntó O'Donnell. Decidió que era mejor hablar claramente.

—Considera las ramificaciones que tendrá. Los Provisionales viajan para proclamar su inocencia y...

—Sí, ya sé. Es una excelente oportunidad. Muy bien. ¿Cuándo quieres partir?

—El miércoles a la mañana. Debemos movemos con rapidez. Aun con los contactos que tenemos, la cosa no será fácil.

13 Visitantes

Los dos hombres se inclinaban sobre el mapa flanqueado por una serie de fotografías de ocho por diez.

—Aquí viene lo difícil —previno Alex—. En esto no te puedo ayudar.

—¿Cuál es el problema? —Sean lo veía con claridad, pero la pregunta le permitiría sopesar la capacidad de su nuevo socio. Hasta entonces nunca había trabajado con un negro, y aunque conocía a Alex y a otros integrantes de su grupo desde el año anterior, seguían siendo ilustres desconocidos, por lo menos desde un punto de vista operativo.

—Siempre sale por la puerta tres, ésta. Como ves esta calle se corta enseguida. Así que al salir tiene que seguir hacia el oeste o doblar rumbo al norte. Ha hecho ambas cosas. La calle es bastante ancha como para hacer el trabajo desde un auto, pero aquí se angosta y va hacia una dirección equivocada. Eso significa que el único lugar seguro se encuentra aquí, en la esquina. Hay semáforos aquí y aquí —Alex señaló los lugares—. Estas dos calles son estrechas y siempre hay autos estacionados a ambos lados. Este es un edificio de departamentos. Estas son casas: casas caras. Por extraño que parezca por aquí no andan demasiados peatones. Un hombre puede llegar a pasar inadvertido. Dos o más... lo dudo. —Meneó la cabeza. —Y es una zona de blancos. Un negro resultaría conspicuo. Tu hombre tiene que manejar esto solo, compañero, y tiene que andar a pie. Posiblemente el mejor lugar sea detrás de esta puerta, pero tendrá que estar en puntas de pie para que no se le escape el blanco.

—¿Y cómo huye? —preguntó Sean.

Librodot

—Puedo tener un auto estacionado detrás de esta esquina... o de esta. El tiempo no es problema. Podemos esperar todo el día hasta que llegue el momento indicado. Tenemos varias rutas de huida. Eso tampoco es problema. A la hora pico las calles son un mundo de autos. Eso en realidad nos beneficia. Los policías tendrán problemas en acudir al llamado y nosotros podemos utilizar un auto de aspecto ordinario y con chapa local. No los van a detener a todos. Escapar será fácil. El problema es el hombre. Tendrá que estar exactamente allí.
—¿Y por qué no atacarlo cuando esté en el auto, en un lugar distinto? Alex meneó la cabeza.
—Demasiado difícil. Los caminos se atascan por el tráfico y no resultan seguros y además sería muy probable que lo perdiéramos de vista. Tú has visto el tráfico que hay, Sean, y nunca regresa a su casa exactamente por el mismo camino. Si quieres que te dé mi opinión, deberías dividir el operativo y llevar a cabo una parte por vez.
—No —Miller estaba inamovible—. Lo haremos como yo quiero.
—Está bien, hombre, pero te digo que este tipo estará expuesto. Miller lo pensó durante un momento. Finalmente sonrió.
—Tengo justo el hombre que nos conviene.
—¿Y la otra parte?
Alex cambió el mapa.
—Es fácil. El blanco puede tomar cualquier camino, pero todos desembocan en este lugar, exactamente a las cinco menos cuarto. Durante las últimas dos semanas lo hemos verificado seis días y nunca ha habido una variación de más de cinco minutos. Haremos todo el trabajo aquí, cerca del puente. Esto lo puede manejar cualquiera. Hasta lo podemos ensayar.
—¿Cuándo?
—¿Te conviene esta tarde?
—Por supuesto. ¿Y la ruta de huida?
—Te la mostraremos. Ya que estamos podemos hacer un ensayo completo.
—Excelente. —Miller estaba satisfecho. Había sido complicado llegar hasta allí. No difícil, simplemente complicado y le exigió tomar cinco vuelos distintos. Sin embargo a la cosa no le faltó su ribete cómico. En ese momento Sean Miller viajaba con pasaporte inglés y el empleado de inmigración de Miami creyó que sin acento de Belfast era escocés. A él nunca se le había ocurrido que para un oído norteamericano no había mucha diferencia entre ambos. Si ese es el nivel de capacidad de los funcionarios norteamericanos, pensó, este operativo no va a ser difícil.
Ese mismo día harían el ensayo general. Si todo le parecía bien, mandaría llamar al equipo y lo ejecutarían en... cuatro días, juzgó. Las armas ya estaban en su lugar.

—¿Conclusiones? —preguntó Cantor.
Ryan tomó sesenta páginas de papel.
—Aquí tienes mi análisis, valga lo que valiere... aunque no creo que demasiado —admitió Jack—. No me topé con nada nuevo. Los análisis que ustedes ya tenían son bastante buenos, considerando la falta de evidencias concretas en que basarnos. El ULA es un grupo realmente retorcido. Por una parte sus operativos no parecen tener un propósito determinado y posible de discernir... pero son tan capaces... ¡Maldito sea! Son demasiado profesionales para estar operando sin un objetivo.
—Eso es bastante cierto —aprobó Cantor. Estaban en su oficina situada en el mismo corredor que la del director.
¿Pero encontraste algo nuevo?
—He hecho una lista de sus operativos tanto desde un punto de vista geográfico como de tiempo. Pero no pude encontrar ningún molde. Lo único que los distingue es el tipo de operativos y la ejecución, pero eso no significa nada. Les gustan los blancos de alto nivel, pero ¡carajo! ¿a qué terrorista no? Ese es el objetivo de todo terrorista, la caza mayor, ¿no es cierto? Casi siempre usan armas fabricadas en países del este, pero eso es típico de los

terroristas. Suponemos que están económicamente bien respaldados. Dada la naturaleza de su actividad eso resulta lógico, pero, una vez más, no contamos con ninguna evidencia sustancial que pueda confirmarlo.
"O'Donnell tiene verdadero talento para desaparecer, tanto personal como profesionalmente. Hay tres años durante los que no sabemos lo que hizo: uno antes de su aparición más o menos por la época del Domingo Sangriento y dos después de que los Provos trataron de sacarlo de en medio. Esos años son blancos completos. Hablé con mi mujer acerca del asunto de la cirugía plástica...
— ¿Qué? —la reacción de Cantor no fue favorable.
— Cathy ignora por qué me interesaba la información. Te pido un momento de respiro, Marty. Estoy casado con una cirujana, ¿recuerdas? Una de sus compañeras se dedica a la cirugía plástica y le pedí que le preguntara dónde podía uno conseguir que le hicieran una cara nueva. No hay demasiados lugares donde realmente lo hagan... cosa que me sorprendió. Resulta que algunos de los primeros trabajos fueron hechos en Moscú antes de la Segunda Guerra Mundial. Los médicos del Hopkins han estado en el Instituto —que tiene el nombre de un individuo que no recuerdo— y encontraron algunas cosas bastante extrañas en el lugar.
—¿Cómo qué? —preguntó Cantor.
—Como dos pisos que no se pueden visitar. Annette DiSalvi —la compañera de Cathy— estuvo allí hace dos años. A los dos pisos superiores del Instituto sólo se llega por ascensores especiales y las escaleras tienen verjas cerradas. Una cosa bien extraña por tratarse de un hospital. Me pareció una información realmente valiosa. Tal vez pueda resultarles útil a otros.
Cantor asintió. Sabía algunas cosas acerca de esa clínica pero eso de las puertas cerradas era una novedad. Pensó que era sorprendente la forma en que uno se topaba con nuevas informaciones, de una manera tan inocente. También se preguntó por qué habrían permitido la entrada a un equipo de cirujanos del John Hopkins. Tendría que verificar esos datos.
— Cathy dice que eso de "hacerse hacer una cara nueva" no es tan fácil como se supone. Casi todas las operaciones están destinadas a corregir daños ocasionados por un accidente: un choque automovilístico y cosas por el estilo. No se dedican tanto a modificar como a reparar. Aparte de las operaciones de nariz y liftings faciales, hay cantidad de trucos cosméticos que uno puede lograr ayudándose con un nuevo peinado y una barba. Los cirujanos pueden modificar mentones y pómulos bastante bien, pero si las operaciones se extienden demasiado a veces quedan cicatrices. Anne asegura que esa clínica de Moscú es buena, casi tan buena como el Hopkins y hasta comparable al UCLA: Muchos de los mejores cirujanos plásticos viven en California —explicó Jack—. De todos modos aquí no estamos hablando de una operación para borrar arrugas o de una modificación de nariz. Una cirugía facial extensa supone múltiples procedimientos y demora varios meses. Si O'Donnell desapareció durante dos años, gran parte de ese tiempo lo debe de haber pasado en el hospital.
—¡Ah! —Cantor comprendió adónde iba. ¿Entonces quiere decir que trabaja rápido?
Jack sonrió.
—A eso quería llegar. Desapareció durante dos años. Por lo menos debe de haber pasado seis meses de ese tiempo internado en un hospital. Así que en los dieciocho meses restantes reclutó su gente, instaló una base de operaciones, empezó a reunir informes de inteligencia y llevó a cabo su primer operativo.
—No está mal —dijo Cantor con aire pensativo.
—Sí. Así que tiene que haber reclutado gente de los Provos. Y ellos también tienen que haber aportado material. Apuesto a que sus operativos iniciales fueron cosas que el PIRA ya había considerado y que, por algún motivo u otro, dejó de lado. Por eso al principio los británicos pensaron que realmente formaban parte del PIRA.
—Dijiste que no habías encontrado nada importante —comentó Marty—. El análisis que acabas de hacer me parece muy inteligente.
—Quizá. Lo único que hice fue reordenar el material que ustedes ya tenían. En esto no hay nada nuevo y todavía sigo sin haber obtenido contestación a mis propias preguntas. No tengo

idea de lo que realmente se proponen. —Ryan pasó algunas hojas del manuscrito. En su voz se notaba la frustración. No estaba acostumbrado a fracasar. —Todavía seguimos sin saber de dónde han salido estos cretinos. Están tramando algo, pero, ¡maldito sea! no sé de qué se trata. ¿Conexiones norteamericanas?

—Ninguna... ninguna que conozcamos. Eso me hace sentir mucho mejor. No existen ni rastros de contactos con las organizaciones norteamericanas y hay muchos motivos para que no las tengan. O'Donnell es demasiado ingenioso para jugar con sus antiguos contactos del PIRA.

—Pero su reclutamiento,.. —objetó Cantor. Jack lo interrumpió.

—Me refiero a los contactos que haya tenido acá. Como jefe de seguridad interna debe de haber sabido quién es quién en Belfast y en Londonderry. Pero las conexiones norteamericanas con los Provisionales se realizaban por intermedio del Sinn Fein, el ala política de los Provos. Tendría que estar loco para confiar en ellos. Recuerda que hizo todo lo posible para reestructurar las tendencias políticas del grupo y fracasó.

— Está bien. Ya entiendo lo que me quieres decir. ¿Posibles conexiones con otros grupos?

Ryan meneó la cabeza.

—No hay evidencias. No apostaría a que no estén en contacto con algunos de los grupos europeos, y hasta con algunos de los islámicos, pero aquí no. O'Donnell es un tipo inteligente. Viajar hasta aquí implica complicarse demasiado: es cierto, no me tienen simpatía, eso está claro. Pero lo bueno es que el FBI tiene razón. Nos enfrentamos con profesionales. Yo no soy un blanco políticamente significativo. Atacarme no encierra ningún valor político, y ellos son animales políticos. —Jack se expresaba con tranquilidad y confianza.

—Gracias a Dios.

— ¿Estás enterado de que el PIRA —bueno, Sinn Fein— ha enviado una delegación que llega pasado mañana al país?

—¿Para qué?

—Los sucesos de Londres los perjudicaron en Boston y en Nueva York. Han negado como cien veces que estuvieran involucrados, así que viene un grupo que se quedará un par de semanas para convencer personalmente a las comunidades irlandesas.

—iAh, qué mentira! —gruñó Ryan—. ¿Por qué no les impiden la entrada al país a esos cretinos?

—No es tan sencillo. Los que vienen no figuran en la lista de personas sospechosas. Han estado aquí antes. Técnicamente están limpios. Vivimos en una democracia libre, Jack. ¿Recuerdas lo que dijo Oliver Wendell Holmes? "La constitución fue redactada para gente de puntos de vista fundamentalmente distintos"... o algo por el estilo. Para decirlo en pocas palabras: libertad de expresión.

Ryan no tuvo más remedio que sonreír. Desde un punto de vista externo, la gente de la CIA muchas veces parecía fascista, una amenaza para la libertad norteamericana, un grupo de intrigantes corruptos pero incompetentes, una cruza entre la mafia y los hermanos Marx. En realidad Ryan había descubierto que eran políticamente moderados: hasta más moderados que él. Por supuesto que si alguna vez se hacía pública la verdad, la prensa lo consideraría una siniestra artimaña. Hasta a él le resultaba extraño.

—Espero que los mantengan vigilados observó Jack.

— El FBI tendrá gente en todos los bares, entonando canciones irlandesas, bebiendo sus copas de whisky y sin perder de vista nada de lo que suceda. El Bureau es bastante bueno para eso. Ya casi han terminado con el contrabando de armas. Se ha corrido la voz: debe de haber media docena de personas entre rejas por sacar armas y explosivos del país.

—Me alegro. Así que ahora los maleantes usan Kalashnikovs o Armalites, fabricadas en Singapur.

— Eso no es responsabilidad nuestra —puntualizó Cantor.

—Bueno, esto es lo único que pude encontrar, Marty. A menos que recibas otros informes, no te puedo proporcionar otra cosa. —Jack arrojó su informe sobre las rodillas de Cantor.
—Lo leeré cuidadosamente y te llamaré. ¿Volverás a enseñar historia?
—Sí. —Ryan se puso de pie y tomó su chaqueta que colgaba del respaldo de la silla. Se detuvo.
—¿Y si en otra parte se presentara algún dato sobre estos tipos?
—Esto es lo único que puedes ver, Jack...
—¡Ya sé! Lo que te pregunto es: tal como está organizado este lugar, ¿cómo conectan los informes que se reciben en distintas secciones?
—Para eso contamos con equipos de supervisores y con computadoras —contestó Cantor. Aunque el sistema no siempre funciona...
—Si se llega a presentar algo nuevo...
—Ya hemos dado las órdenes necesarias —aseguró Cantor—. Tanto aquí como en el FBI. Si recibimos algún dato sobre esos tipos se te avisará enseguida.
—Me parece bien. —Antes de salir al corredor Ryan se aseguró de tener el pase bien a la vista. —Gracias, y por favor, agradécele al almirante en mi nombre. No tenían ninguna obligación de hacer esto. No me sentiría tan bien si alguien más me hubiese dicho lo que yo vi con mis propios ojos. Quedo en deuda con ustedes.
—Ya recibirás noticias nuestras —le prometió Cantor.
Ryan asintió y salió. Por supuesto que recibiría noticias de ellos. Volverían a hacerle el ofrecimiento y él volvería a rechazarlo: con gran renuencia, por supuesto. Se había esmerado por mostrarse humilde y amable con Cantor. En realidad creía que su informe de sesenta páginas era un muy buen trabajo en el que había organizado los datos que poseían sobre el ULA. Así quedaban a mano. En realidad Jack no creía deberle nada a nadie.

Caroline Muller Ryan, MD, FACS vivía una existencia muy estructurada. Le gustaba que fuera así. En cirugía siempre operaba con el mismo equipo de médicos, enfermeras y técnicos, que sabían cómo le gustaba trabajar, cómo le gustaba que estuviera ordenado el instrumental. Casi todos los cirujanos tenían sus peculiaridades y los oftalmólogos eran inusitadamente exigentes. Su equipo toleraba esas exigencias porque ella era una de las mejores cirujanas de su generación y, además, una de las más queribles. Pocas veces tenía mal humor, y se llevaba bien con las enfermeras con quienes a menudo las médicas tenían problemas. En ese momento su problema era el embarazo que la obligaba a limitar el tiempo en que podía permanecer expuesta a ciertos productos químicos que se utilizaban en el quirófano. Su vientre cada vez más abultado empezaba a modificar su postura frente a la mesa de operaciones... en realidad los cirujanos de ojos por lo general operan sentados, pero el principio era el mismo. Cathy Ryan cada vez tenía que estirar un poquito más los brazos y constantemente bromeaba sobre el tema.
Esos rasgos de carácter también marcaban su vida privada. Conducía su Porsche con mecánica precisión, cambiando de marcha en el momento exacto y doblando en las esquinas con la regularidad de un conductor de Fórmula Uno. Para Cathy Ryan, no era aburrido llevar a cabo las cosas de manera idéntica todas las veces, era una forma de perfección. También tocaba el piano así. Sissy Jackson, que era profesora y concertista de piano, en una oportunidad comentó que Cathy tocaba con demasiada perfección, que a sus interpretaciones les faltaba alma. Cathy aceptó el comentario y lo consideró un cumplido. Los cirujanos no firman sus obras: las llevan a cabo siempre a la perfección.
Por eso en ese momento estaba furiosa con la vida. Tener que tomar todos los días un camino distinto para ir a su trabajo era lo de menos: en realidad de alguna manera le resultaba una especie de desafío, dado que se había puesto como meta no permitir que eso afectara sus horarios. Ir o volver de su trabajo en auto nunca le tomaba más de cincuenta y siete minutos ni menos de cuarenta y nueve. Siempre pasaba a buscar a Sally exactamente a las cinco menos

cuarto. El hecho de tener que tomar caminos nuevos, principalmente dentro de Baltimore, amenazaba con modificar ese aspecto de su vida, pero no había demasiados problemas que un Porsche no pudiera resolver.

Ese día pensaba viajar por la Ruta Nacional 3 y después tomar un camino secundario para llegar a la Autopista Ritchie, a nueve kilómetros del Jardín de Infantes. Pudo alcanzar bien la luz verde y dobló en segunda, después rápidamente a tercera y a cuarta. El gruñido felino del motor de seis cilindros le llegaba atenuado, como si fuese un suave ronroneo. Cathy Ryan adoraba su Porsche. Nunca había manejado ningún otro auto aun después de casarse —por desgracia las camionetas eran útiles para hacer las compras y para salir a pasear en familia— y se preguntó qué haría cuando naciera su segundo hijo. Suspiró pensando que eso sería un problema. Decidió que dependía del lugar donde viviera la baby sitter. O tal vez lograra convencer a Jack de la necesidad de tomar una niñera. A ese respecto, su marido era poco evolucionado. Se resistió ante la idea de tomar una mucama por horas para ayudar en el trabajo de la casa, cosa que era una locura porque sabía que su marido era un hombre poco prolijo, de esos a quienes ni siquiera les gusta colgar su ropa. En algunos sentidos Jack era cómico. Sí, pensó Cathy, tomaremos una niñera. Después de todo, ahora Jack pertenece a la nobleza. Cathy sonrió. No le resultaría demasiado difícil hacerle cambiar de opinión. Jack era fácil de manejar. Pasó en tercera a un camión de recolección de residuos. Con el Porsche era fácil sortear escollos.

Dobló a la derecha y entró en la playa de estacionamiento del Jardín de Infantes con dos minutos de retraso. Detuvo el auto en el lugar acostumbrado. Al bajarse, cerró la puerta con llave, por supuesto. El Porsche tenía seis años de antigüedad pero estaba cuidadosamente mantenido. Fue el regalo que ella misma se hizo al terminar su internado en el Hopkins. La pintura no tenía un solo raspón y lo único que se notaba sobre el reluciente paragolpes era la autorización de estacionamiento del hospital.

—!Mamá! —exclamó Sally, saliendo a recibirla.

Cathy se inclinó para alzarla. Cada vez le resultaba más difícil inclinarse y más aún enderezarse con Sally colgada de su cuello. Esperaba que su hija no se sintiera amenazada por la llegada del bebé. Sabía que era una reacción común, pero ella ya le había explicado lo que sucedía, y a Sally no parecía disgustarle la idea de tener un hermano o una hermana.

—¿Y qué hizo hoy mi chiquita? —preguntó la doctora Ryan.

Sally luchó por soltarse y volver al piso, y levantó un dibujo que parecía la obra de una computadora. Era un trabajo abstracto en rojos y naranjas. Juntas, madre e hija entraron en la escuela a buscar el abrigo y la caja del almuerzo de Sally. Cathy le subió el cierre relámpago y le puso el gorro. Afuera había poco más de cero grados y no quería que su hija volviera a resfriarse. Desde el momento en que Cathy detuvo el auto hasta que volvió a acercarse a él de la mano de su hija, transcurrieron cinco minutos en total.

Ella realmente no se daba cuenta de lo rutinario que era su horario. Puso la llave en la cerradura, abrió la puerta del auto, hizo subir a Sally y le ajustó el cinturón de seguridad antes de volver a cerrar la puerta, echarle llave y rodear el auto para dirigirse al asiento del conductor.

Levantó rápidamente la mirada. Del otro lado de la Autopista Ritchie había un pequeño centro de compras que constaba de un supermercado, una tintorería, un videoclub y una ferretería. Frente al supermercado notó que de nuevo se hallaba estacionada una camioneta azul. La había visto en dos oportunidades durante la semana anterior. No le dio importancia. El supermercado era un lugar donde mucha gente se detenía regularmente en camino a su casa.

—Hola, Lady Ryan —dijo Miller, dentro de la camioneta. Las dos ventanillas de las puertas traseras —que a Miller le recordaban las del camión celular, cosa que le hizo sonreír— eran espejadas para que desde afuera no se pudiera ver el interior del vehículo. Alex estaba dentro del supermercado comprando un cajón de Coca Cola, cosa que había hecho regularmente durante las últimas dos semanas.

Miller consultó su reloj: Cathy había llegado a las cuatro y cuarenta y seis y se iba a las cuatro y cincuenta y dos. A su lado se encontraba un hombre, sacando fotografías. Miller alzó los largavistas. El Porsche verde resultaría fácil de distinguir y además tenía una chapa fuera de lo común. CRSRGN. Alex le había explicado que en Maryland las chapas podían responder a especificaciones individuales, y Sean se preguntó quién estaría usando ese código el año siguiente. Sin duda debía de haber otro cirujano con las iniciales CR.
Alex regresó y puso en marcha el motor. La camioneta salió de la playa de estacionamiento al mismo tiempo que el Porsche. Alex se dirigió a la autopista Ritchie, dobló en U y se encaminó al sur a toda velocidad, para no perder de vista al Porsche. Miller estaba sentado a su lado.
—Sigue este camino en dirección al sur hasta la ruta 50, cruza el puente del río Severn y después sale de la 50 y toma la ruta 2. Tenemos que atacarla antes de que haga eso. La seguiremos, saldremos por el mismo camino y cambiaremos de coche en el lugar que te indiqué. Es una pena —concluyó Alex—, estaba empezando a gustarme esta camioneta.
—Con lo que te pagamos podrás comprarte otra.
El negro sonrió.
—Sí, supongo que sí. Y con un tapizado mejor. —Dobló a la derecha para ingresar en la ruta 50. El tráfico era moderado y por momentos pesado. Alex explicó que eso era normal.
—No habrá problema en hacer el trabajo —le aseguró a Miller.
—¡Excelente! —se entusiasmó Miller—. Buen trabajo, Alex. A pesar de que hablas más de lo conveniente.

Cathy siempre conducía más despacio cuando Sally estaba en el auto. La chiquita estiró el cuello para mirar el tablero de instrumentos, mientras con una mano jugaba con la hebilla del cinturón de seguridad. Lo hacía siempre.
La madre ya estaba más relajada. Por lo general tardaba bastante en tranquilizarse después de un día dé duro trabajo... y los días livianos no eran muchos en el Instituto de Ojos Wilmer. No se trataba tanto de una cuestión de estrés. Ese día había realizado dos operaciones y tenía otras dos programadas para el día siguiente. Le encantaba su trabajo. Una cantidad de gente había recobrado la vista gracias a su capacidad profesional y la satisfacción que eso le proporcionaba era algo que no le resultaba fácil comunicar, ni siquiera a Jack. Y el precio que pagaba era que sus días raras veces eran fáciles. La precisión absoluta que exigía la cirugía oftálmica le impedía tomar café —no podía arriesgarse al más leve temblor de las manos que podía provocarle la cafeína— y le imponía un grado de concentración que pocas profesiones exigían. Había especialidades médicas más difíciles, pero no eran muchas. Ese era el motivo principal por el que le gustaba manejar su 911. Era como si con la velocidad, o por el hecho de tomar una curva cerrada en segunda, el auto absorbiera el exceso de energía de la conductora y lo esparciera por el ambiente. Casi siempre llegaba a su casa de buen humor. Y el de esa noche sería aun mejor porque le tocaba a Jack preparar la comida.
—¿Todo bien? —preguntó Alex, manteniendo rumbo al oeste, por la ruta 50, en dirección a Washington.
El individuo que viajaba atrás le pasó a Miller una tablilla con las nuevas verificaciones de horarios. En total había siete anotaciones, y, aparte de la última, todas estaban completas, incluyendo fotografías. Sean estudió los números. El blanco se movía de acuerdo a un horario que era siempre casi idéntico.
—¡Perfecto! —dictaminó después de un momento.
—No puedo precisarle el lugar exacto del atentado. El tráfico podría modificar un poco las cosas. Diría que deberíamos tratar de atacar en el lado este del puente.
—De acuerdo.
Cathy Ryan entró en su casa quince minutos después. Antes de sacarse el tapado, Cathy recibió el abrigo de su hija y lo colgó. Después ambas se dirigieron a la cocina donde se oía el

inconfundible barullo de un marido tratando de preparar la comida y de una audición de reportajes por televisión.
—¡Papito! ¡Mira lo que hice! —exclamó Sally en cuanto lo vio.
—¡Ah, qué maravilla! —Jack tomó el dibujo y lo estudió con gran cuidado. —Creo que merece ser colgado. —Colgaban todos. La galería de arte era la puerta de la heladera. Allí un sujetador magnético proporcionaba a las pinturas un lugar semipermanente. Sally no se daba cuenta de que todos los días había lugar para un nuevo cuadro, ni sabía que todos sus dibujos estaban cuidadosamente guardados en una caja, dentro del placard del vestíbulo.
—¡Hola, chiquita! —saludó Jack, besando a su mujer—. ¿Qué tal anduvo todo hoy?
— Tuve dos trasplantes de córnea. Bernie me asistió en el segundo. Mañana me espera una vitrectomía. De paso, Bernie te manda saludos.
— ¿Cómo está la hija? —preguntó Jack.
— No fue más que una apendicitis, la semana que viene andará corriendo por la casa —contestó Cathy, mientras miraba alrededor. Considerando el lío que Jack armaba en la cocina, muchas veces se preguntaba si valdría la pena pedirle que preparara la comida. Por lo visto estaba preparando un asado, aunque era imposible saberlo con seguridad. No porque Jack fuese mal cocinero —preparaba algunos platos riquísimos— sino que le espantaba lo desordenado que era. Jamás lavaba lo que ensuciaba. Cathy siempre mantenía inmaculados los cuchillos, tenedores y utensilios de cocina y alineaba todo en los cajones como si fueran instrumentos quirúrgicos. Jack, en cambio, los
guardaba en cualquier parte y después perdía muchísimo tiempo buscándolos.

Sally salió del cuarto y encontró un canal de televisión que no estaba propalando un noticiario.
—Buenas noticias —anunció Jack.
—¿Ah, sí?
—Hoy terminé en la CIA.
—¿Y por qué estás tan sonriente?
—Porque no encontré nada que me haga suponer que debemos preocuparnos. —Durante varios minutos Jack le explicó lo que sabía tratando de no mencionar el material clasificado,
—Nunca han operado aquí. Que se sepa, no tienen contactos en los Estados Unidos. Pero lo más importante es que para ellos no somos blancos que valgan la pena.
—¿Por qué?
—Porque no somos políticos. Ellos atacan soldados, policías, jueces, intendentes, gente así...
—Para no mencionar al príncipe heredero —observó Cathy.
—Sí, claro, pero nosotros tampoco somos príncipes, ¿verdad?
—¿Y qué estás tratando de decirme?
— Es un grupo que da miedo. Ese tipo Miller... bueno, ya hemos hablado de eso. Me sentiré un poco mejor cuando lo tengan de nuevo entre rejas. Pero son profesionales. No van a organizar un atentado a cuatro mil quinientos kilómetros de sus casas simplemente para vengarse.
Cathy le tomó la mano.
—¿Estás seguro?
—Todo lo seguro que se puede estar. Este asunto de la inteligencia no es como las matemáticas, pero uno llega a presentir cómo es el contrario, cómo le trabaja la cabeza. Los terroristas matan para establecer un principio político. Nosotros no somos presas políticas.
Cathy le sonrió con suavidad.
—¿Así que ahora me puedo tranquilizar?
—Creo que sí. Pero de todos modos no dejes de seguir vigilando el espejo retrovisor.
— Y supongo que no seguirás llevando esa arma a todas partes —dijo ella, esperanzada.

— Chiquita, me gusta tirar. Había olvidado lo divertida que puede ser una pistola. Voy a seguir practicando tiro en la Academia, pero no, no seguiré andando armado.
—¿Y la escopeta?
—Hasta ahora no ha dañado a nadie.
— Pero a mí no me gusta, Jack. Por lo menos guárdala descargada, ¿quieres? —y se encaminó al dormitorio para cambiarse.
—Está bien. —No era tan importante. Guardaría la caja de cartuchos junto a la escopeta, en el estante de arriba del placard. Allí estaban fuera del alcance de Sally. Hasta Cathy tendría que ponerse en puntas de pie para llegar. Allí estaría segura. Jack repasó todo lo que había hecho durante las últimas tres semanas y media, y decidió que, en realidad, habían valido la pena. El sistema de alarma en la casa no era una mala idea, y le gustaba su nueva Browning de 9 mm. Además estaba empezando a tirar bien. Si seguía practicando durante un año, tal vez hasta pudiera ganarle a Breckenridge.
Chequeó la comida que tenía en el horno. Faltaban otros diez minutos. Entonces subió el sonido del televisor. Transmitían un noticiario.
—Desde nuestra filial WGBH de Boston, aquí tenemos a Padraig ¿lo pronuncié bien?— O'Neil, representante del Sinn Fein y miembro electo del Parlamento británico. ¿Señor O'Neil que lo ha traído a Norteamérica?
—Igual que gran número de mis colegas, he visitado muchas veces los Estados Unidos para informar al pueblo norteamericano de la opresión que el gobierno británico inflige al pueblo de Irlanda, de la sistemática negativa a proporcionarle oportunidades económicas y a reconocerle sus derechos civiles, de la total abolición de los procesos judiciales, y de la continua brutalidad del ejército británico de ocupación para con el pueblo irlandés —expresó O'Neil en un tono tranquilo y razonable. No era la primera vez que lo hacía.
—El señor O'Neil —dijo un representante de la Embajada británica en Washington—, es el cabecilla político de la Rama Provisional del así llamado Ejército Republicano de Irlanda. Se trata de una organización terrorista que es ilegal tanto en Irlanda del Norte como en la República de Irlanda. Como siempre, su misión en los Estados Unidos consiste en recaudar fondos para que su organización pueda comprar armas y explosivos. Esta fuente de ingresos del IRA ha sido dañada por el cobarde atentado contra la familia real que tuvo lugar en Londres el año pasado y el motivo de su presencia aquí es persuadir a los norteamericanos de origen irlandés de que el IRA no tuvo parte en ese suceso.
—Señor O'Neil —dijo el locutor del programa—. ¿Cómo responde usted a eso?
El irlandés sonrió con aire bondadoso, mirando la cámara.
—Como de costumbre, el señor Bennett pasa por alto los legítimos intereses políticos que hay en juego. ¿A los católicos de Irlanda del Norte se les niegan oportunidades económicas y políticas? Sí. ¿Los procesos legales en Irlanda del Norte han sido subvertidos por el gobierno británico por motivos políticos? Sí. ¿Estamos más cerca de un acuerdo político que ponga fin a esta disputa que se remonta a 1969? No. Lamento decir que no. Si soy terrorista, ¿por qué se me ha permitido entrar en este país? Es cierto que soy integrante del Parlamento Británico, y que fui elegido por el pueblo de mi distrito parlamentario.
—Pero usted no ha ocupado su escaño en el Parlamento —objetó el periodista a cargo del programa.
—¿Para unirme así al gobierno que está matando a mis electores?
—¡Dios! —exclamó Ryan—. ¡Qué lío! —y apagó el televisor.

—¡Qué hombre tan razonable! —comentó Miller, instalado en la casa de Alex. Diles a tus amigos lo razonable que eres, Paddy. Y cuando llegues al bar esta noche, no te olvides de asegurarles a tus amigos que nunca has dañado a nadie que no sea un genuino opresor del pueblo irlandés. —Sean miró todo el programa y después llamó por larga distancia a un teléfono público situado frente a un bar de Dublín.

A la mañana siguiente —sólo cinco horas después en Irlanda— cuatro hombres abordaron un avión con destino a París. Prolijamente vestidos, tenían aspecto de jóvenes ejecutivos que viajaban, con poco equipaje, para asistir a una entrevista de negocios fuera del país. En el Aeropuerto Internacional Charles de Gaulle tomaron un vuelo a Caracas. De allí abordaron el avión de Eastern Airlines con destino a Atlanta y después otro vuelo de Eastern al Aeropuerto Nacional, a escasa distancia del monumento a Thomas Jefferson. Cuando llegaron, los cuatro estaban extenuados por el viaje y hartos de estar sentados en butacas de aviones. En el aeropuerto tomaron una limusina hasta un hotel local para dormir. A la mañana siguiente pagaron la cuenta del hotel y alguien pasó a buscarlos en auto.

14 Segundas oportunidades

Cathy Ryan tenía puesto el guardapolvo verde y se lavaba las manos en el lavabo de la sala vecina al quirófano. Tenía la banda elástica de la cintura colocada muy alto, por sobre la curva de su abdomen, y eso hacía que los pantalones le quedaran muy cortos. Una gorra verde le cubría el pelo, y se preguntó por qué se molestaría tanto en cepillárselo todas las mañanas. Cuando terminara de operar tendría el pelo igual al de la Medusa.
—Llegó la hora —se dijo en voz baja. Empujó la puerta con el codo, manteniendo las manos en alto, tal como lo hacían los actores en las películas. Bernice, la enfermera, la esperaba con los guantes de goma en los que Cathy metió las manos hasta que le calzaron hasta el codo. Debido a eso pocas veces podía lucir su anillo de compromiso, aunque la alianza no le causaba problemas.
—Gracias.
—¿Cómo está el futuro hijo? —preguntó Bernice. Ella tenía tres.
—En este momento está aprendiendo a trotar. —Cathy sonrió detrás de la máscara quirúrgica—. O tal vez esté levantando pesas.
—¡Qué lindo collar!
—Regalo de Navidad de Jack.
El doctor Terri Mitchell, el anestesista, conectó los distintos monitores y puso manos a la obra mientras los cirujanos observaban. Cathy dirigió una rápida mirada a los instrumentos, convencida de que LisaMarie siempre hacía las cosas bien. Era una de las mejores instrumentadoras del hospital y no se dignaba trabajar con cualquier cirujano.
—¿Todo listo, doctor? —preguntó Cathy al residente—. Muy bien, gente, veamos si podemos salvar la vista de esta señora. —Miró el reloj de la sala de operaciones. —Empezamos a las ocho y cuarenta y uno.

Miller armó la ametralladora con lentitud. Tenía tiempo de sobra. Esa sería su arma personal. Ya le gustaba. Era perfectamente equilibrada. La mira era fácil de utilizar y la ametralladora era bastante serena cuando se la disparaba. En definitiva, una excelente combinación de cualidades para un arma tan pequeña y mortífera. Le quitó el seguro y apretó el gatillo para familiarizarse con él. Calculó que pesaría alrededor de cinco kilos: perfecta, ni demasiado liviana ni demasiado pesada. Le colocó el cargador de treinta balas de 9 mm. Después la dobló y probó el gancho para colgarla debajo del sobretodo. Gracias a una modificación de la Uzi, esa ametralladora se podía llevar oculta. Probablemente en ese caso no fuera necesario, pero Miller preveía todas las contingencias. Era una lección aprendida a fuerza de golpes.
—¿Ned?
¿Sí, Sean? —Eamon Clark, conocido como Ned, desde su llegada al país no había cesado de revisar los mapas y las fotografías del lugar que le correspondería ocupar. Era uno de los

Librodot

asesinos más expertos de Irlanda y uno de los terroristas que el ULA había liberado de la prisión de Long Kesh el año anterior. Joven y buen mozo, Clark dedicó el día anterior a recorrer la Academia Naval, llevando su propia cámara y simulando fotografiar la estatua de Tecumseh... mientras examinaba cuidadosamente la puerta tres. Ryan subiría la colina en el auto proporcionándole apenas quince segundos para prepararse. Exigiría vigilancia, pero Ned tenía mucha paciencia. Además, conocían los horarios de la víctima. Su última clase de esa tarde terminaba a las tres y llegaría a la puerta a la hora prevista. En ese mismo momento Alex se encontraba en la calle King George, estacionando el auto que utilizarían para huir. Clark tenía recelos, pero se los guardó. Sean Miller había organizado la huida de la prisión que lo convirtió en un hombre libre. Este era su primer verdadero operativo con el ULA. Clark decidió que tenía con ellos una deuda de lealtad. Además, las medidas de seguridad de la Academia no lo habían impresionado. Ned Clark sabía que no era el hombre más inteligente de los que se encontraban en ese cuarto, pero a ellos les hacía falta un individuo capaz de trabajar por su cuenta y eso era algo que él sabía hacer. Lo había demostrado varias veces.

Frente a h casa había tres vehículos: el furgón y dos camionetas. El furgón se utilizaría en la segunda parte del operativo, y las camionetas los trasladarían a todos al aeropuerto una vez terminada la misión.

Miller se instaló en un sillón y repasó mentalmente el operativo. Como de costumbre. cerró los ojos y visualizó cada acontecimiento, después fue insertando variantes. ¿Y si el tráfico estuviera inusitadamente pesado? ¿Y si en cambio hubiera pocos autos en el camino? Y si...

Entró uno de los hombres de Alex y le entregó a Miller una Polaroid.

¿A la hora convenida? —preguntó Miller.

—Por supuesto, hombre.

La fotografía mostraba a Cathy Ryan llevando a su hija de la mano y entrando en... ¿cómo se llamaba ese lugar? Jardín de Infantes Pasos Gigantes. El nombre del instituto hizo sonreír a Miller. Ese día sin duda él daría un paso gigantesco. Volvió a reclinarse contra el respaldo y cerró los ojos, para asegurarse.

—Pero no hubo amenaza —objetó un estudiante.

—Correcto. Es decir, eso es algo que sabemos ahora ¿Pero qué impresión pudo haber tenido Spruance? El conocía la cantidad de barcos que poseía la flota japonesa. ¿Y si hubiesen navegado hacia el este, y si la orden de regresar nunca hubiera sido dada? —Jack señaló el diagrama que había dibujado en el pizarrón—. Habrían entrado en contacto más o menos a la hora cero trescientos. ¿Y quién cree que hubiera ganado esa batalla, señor?

—Pero él malogró su oportunidad de una buena incursión aérea el día siguiente —insistió el alumno.

¿Con qué? Analicemos las pérdidas en la Fuerza Aérea. Con todos los torpedos perdidos, ¿qué cantidad de bajas cree que les podría haber infligido? —preguntó Jack.

—Pero...

—Recuerde la canción de Kenny Rogers: uno tiene que saber cuándo alejarse y cuándo correr. Para el cazador ponerse nervioso al ver su presa es un inconveniente. Pero para un almirante que está al mando de una flota, puede ser un desastre. Spruance analizó sus informaciones, analizó su capacidad y decidió retirarse. Una consideración secundaria era... ¿qué?

—¿Cubrir Midway? —preguntó otro alumno.

—Exacto. ¿Y si hubieran seguido adelante con la invasión? Eso se realizó una vez en Newport y la invasión tuvo éxito. Por favor observen que esta es una manifestación de lógica abrumadora, basada en la realidad, pero era una posibilidad que Spruance no se podía dar el lujo de descartar. Su misión consistía en dañar una flota japonesa superior a la que él comandaba. En segundo lugar debía impedir la ocupación de Midway. El equilibrio que logra es una obra maestra de capacidad profesional... —Ryan hizo una pausa. ¿Qué era lo que

acababa de decir? Una manifestación de lógica abrumadora, basada en la realidad. Y no había llegado él a la conclusión lógica de que el ULA no... no, no, esa era una situación completamente distinta. Hizo un esfuerzo para desechar el pensamiento y siguió enseñando todo lo referente a la batalla de Midway. En ese momento había logrado motivar a sus alumnos y las ideas vibraban en el aula.

—¡Perfecto! —exclamó Cathy, bajándose la mascarilla quirúrgica. Se levantó del banco y estiró los brazos por encima de la cabeza.
—Buen trabajo, muchachos.
Se llevaron a la paciente a la sala de recuperación mientras LisaMarie hacía un chequeo final del instrumental. Cathy Ryan se quitó la mascarilla y se frotó la nariz. Después se llevó las manos al vientre. El pequeño no dejaba de patear.
—¿El jugador de fútbol? —preguntó Bernice.
—Debe de ser un zaguero. Sally no era tan activa. Creo que este es varón juzgó Cathy, a pesar de saber que una cosa no tenía nada que ver con la otra. Le encantaba que el bebé se moviera. Siempre era una señal positiva. Sonrió para sí ante el milagro y la magia de la maternidad. Allí, dentro de ella, había un nuevo ser humano esperando para nacer y, por lo visto, bastante impaciente. —Bueno. Tengo que hablar con la familia de la paciente.
Salió del quirófano y ni siquiera se molestó en quitarse el guardapolvo verde. Siempre resultaba más impactante presentarse vestida así. La sala de espera estaba a sólo algunos metros de distancia. La familia Jeffers —el padre y una de las hijas— esperaba sentada en el inevitable sofá, con la mirada fija en las inevitables revistas que no leían. En cuanto ella apareció, ambos se pusieron de pie de un salto. Cathy les dedicó su mejor sonrisa, que resultaba siempre la manera más rápida de trasmitir el mensaje.
—¿Todo bien? —preguntó el marido, cuya ansiedad se notaba de una manera casi física.
—Todo salió perfecto —aseguró Cathy—. No hubo ningún problema. Quedará espléndidamente.
—Entonces podrá...
—Una semana. En ese sentido debemos ser pacientes. Podrán verla dentro de una hora y media. Y ahora les propongo que vayan a comer algo. No tiene sentido que el paciente esté saludable y la familia agotada. Yo...
—Doctora Ryan —llamó una voz por el altoparlante—. Doctora Caroline Ryan.
—Un minuto, por favor —dijo Cathy, alejándose rumbo al office de las enfermeras donde tomó el teléfono—. Habla la doctora Ryan.
—Cathy, soy Gene de la sala de guardia. Acaba de llegar un caso de trauma ocular grave. Un negrito de diez años; se metió en una vidriera con bicicleta y todo —dijo la voz con tono de gran urgencia—. Tiene una laceración grave en el ojo izquierdo.
— Mándalo arriba, a la sala de operaciones número seis.
—Cathy colgó y volvió a dirigirse a la familia Jeffers.
—Tengo que volar porque acaba de entrar un caso de urgencia. Su esposa va a andar muy bien. Los veré mañana.
—Cathy se alejó rápidamente rumbo al quirófano.
—¡Arriba los corazones! La sala de guardia nos manda una emergencia. Un trauma ocular grave en un chico de diez años. —LisaMarie ya estaba preparando su instrumental. Cathy se acercó al teléfono de pared y marcó el número de la sala de descanso de cirujanos—. Habla Ryan desde Wilmer seis. ¿Dónde está Bernie?
— Lo buscaré.
Instantes después el médico tomó el teléfono.
—Habla el doctor Katz.—Bernie, estoy en el seis y me están subiendo un caso de trauma ocular grave. Gene Wood, de la sala de guardia, dice que es un caso difícil.
—Voy para allá.

Cathy Ryan se volvió.
—¿Terri?
—Todo listo —le aseguró el anestesista.
—Necesito dos minutos más —agregó LisaMarie.
Cathy salió del quirófano para volver a lavarse las manos. Antes de que empezara a hacerlo, Bernie Katz ya había llegado. Era un hombre desgarbado que apenas medía un par de centímetros más que Cathy Ryan, de pelo bastante largo y bigote estilo Bismarck. También era uno de los mejores cirujanos del Hopkins.
—Será mejor que dirijas esta operación —opinó Cathy—. Hace mucho que no me toca un caso de éstos.
—No hay problema. ¿Qué tal va tu embarazo?
—Bárbaro. —En ese momento se oyeron los agudos aullidos de una criatura presa de un dolor espantoso. Los médicos entraron en la sala de operaciones. Observaron desapasionadamente a los dos enfermeros que sujetaban al paciente a la mesa de operaciones. ¿Por qué no estabas en el colegio? se preguntó Cathy interiormente. El lado izquierdo del rostro del chico era un desastre. El equipo de cirugía plástica tendría que encargarse de eso después. Pero los ojos venían primero. El chico ya había hecho grandes esfuerzos por ser valiente, pero el dolor era excesivo. Terri le dió la primera medicación, mientras los dos enfermeros sujetaban el brazo del muchachito. Instantes después, Cathy y Bernie se inclinaron sobre el rostro del paciente.
—Malo —observó el doctor Katz. Miró a una de las enfermeras—. Tengo
otra operación programada para la una. Habrá que cancelarla. Esta demorará bastante.
—Yo estoy lista —anunció la instrumentadora.
—Dos minutos más —aconsejó el anestesista. Había que tener mucho cuidado al medicar a los chicos.
—Guantes —pidió Cathy. Un instante después, Bernie se los alcanzó.
—¿Cómo le sucedió?
—Estaba andando en bicicleta por la vereda de la calle Monument —explicó uno de los enfermeros—. Chocó contra algo, salió volando y atravesó la vidriera de una tienda.
—¿Y por qué no estaba en el colegió? —preguntó Cathy, volviendo a mirar el ojo izquierdo de la criatura. Vislumbró horas de trabajo y un desenlace incierto.
—Es el día del Presidente, doctora —comentó un enfermero.
—¡Ah! Es cierto. Miró a Bernie Katz. A pesar de la mascarilla se le notaba una mueca de preocupación.
—No sé, Cathy —estaba examinando el ojo a través de una lupa que llevaba sujeta a la cabeza. —Debe de haber sido un vidrio de mala calidad: hay una infinidad de astillas. Cuento cinco penetraciones. ¡Dios! Mira cómo se ha extendido ésa en la córnea. Empecemos.

El Chevy estacionó en uno de los garages del Hopkins. Desde allí el conductor gozaba de una vista perfecta de la puerta del hospital que conducía a la playa de estacionamiento reservada a los médicos. El garage estaba custodiado, por supuesto, pero constantemente entraban y salían automóviles y no era insólito que alguien esperara en el auto mientras otro visitaba a un familiar internado. Se reclinó contra el asiento y encendió un cigarrillo, mientra escuchaba la radio del auto.

Ryan colocó una tajada de roast beef en su pan y se sirvió té helado. El Club de Oficiales y de la Facultad tenía una manera poco común de cobrar: Jack colocó la bandeja en una balanza y el cajero le cobró de acuerdo al peso. Jack pagó sus dos dólares con diez centavos. No se podía decir que el precio del almuerzo fuese exorbitante, pero realmente se trataba de una manera muy extraña de fijar el costo. Se reunió con Robby Jackson en un reservado.
¡Ay, los lunes! —exclamó Ryan.

Librodot

—¿Por qué? Hoy yo puedo descansar. Estuve volando el sábado y el domingo.
—Creí que te gustaba.
—Y me encanta —afirmó Robby—. Pero los dos días terminé muy tarde y empecé al alba. Hoy pude dormir hasta las seis. Me hacían falta esas dos horas más de sueño. ¿Qué tal anda tu familia?
—Muy bien. Hoy Cathy tenía una operación importante: debía estar muy temprano en el hospital. Ese es el único problema de estar casado con una cirujana, siempre empiezan temprano. A veces es un poco duro para Sally.
—Sí: acostarse temprano y levantarse temprano... es preferible estar muerto —convino Robby—. ¿Qué tal va el embarazo?
—¡Bárbaro! —Jack sonrió—. El chiquito es de una actividad increíble. Nunca he comprendido cómo lo soportan las mujeres... me refiero a que el chico patee, se dé vuelta y cosas así. ¿Pero, por qué serán así todos los lunes?—preguntó Jack.

Alex y Sean Miller recorrieron por última vez la ruta 50. Tuvieron cuidado de mantener el auto a la velocidad permitida. Por alguna razón, ese día los automóviles de la policía del estado andaban por todos lados con el radar. Alex le aseguró a su colega que eso terminaría alrededor de las cuatro y media. A la hora pico el tráfico era demasiado intenso para que los patrulleros pudieran hacer cumplir las reglamentaciones. En la parte trasera del furgón iban otros dos hombres, cada uno empuñando un arma.
—Creo que más o menos aquí —dijo Miller.
—Sí, es el mejor lugar —convino Alex.
—Ruta de huida —Sean puso en marcha un cronómetro.
—Muy bien. —Alex tomó otro carril y mantuvo el rumbo hacia el oeste.
—Pero recuerda que esta noche será más lento.
Miller asintió, percibiendo que se le había formado ese nudo en la boca del estómago, típico de las horas anteriores a un operativo. Allí, instalado en el asiento delantero del furgón, repasó la totalidad del plan analizando cada contingencia que se podía presentar y observando que en algunas salidas de la autopista el tráfico se hacía más pesado. El camino era mucho mejor que los de Irlanda.
Una vez completado el ataque, llegarían en menos de diez minutos a los vehículos que los estarían esperando para huir. De acuerdo al horario prefijado, Ned Clark los estaría aguardando. Miller volvió a revisar mentalmente todo el plan, satisfecho de que, a pesar de haber sido forjado apresuradamente, parecía efectivo.

—Llega temprano —comentó Breckenridge.
—Sí, bueno... esta tarde tengo un par de alumnos que me pidieron que los recibiera para consultarme sobre los exámenes. ¿Hay algún problema? —Jack sacó la Browning del portafolios.
El sargento primero tomó una caja de balas de 9 mm.
—No. Ninguno.
Ryan se encaminó a la pista de tiro número 3 y sacó el arma de la pistolera. Ante todo expelió el cargador vacío. Después revisó el caño para asegurarse de que no estuviera obstruido. Por supuesto que sabía que el arma se encontraba en perfectas condiciones, pero Breckenridge establecía en el campo de tiro una serie de reglas de seguridad inviolables. Hasta el superintendente de la Academia tenía que respetarlas.
—Listo, Gunny.
—Creo que hoy ensayaremos fuego rápido. —El sargento primero colocó el blanco apropiado en el armero y el mecanismo automático lo ubicó a quince metros de distancia. Ryan cargó cinco balas en la pistola.

—Póngase las orejeras, teniente. —Breckenridge le arrojó los protectores de oídos y Ryan se los puso. Estaba listo para disparar. Apuntó con la pistola y esperó. Un instante después se encendió la luz del blanco. Jack levantó la pistola y apuntó cuidadosamente antes de apretar el gatillo. Las reglas del fuego rápido le concedían un segundo por tiro. Eso era más tiempo del que parecía. Demoró un poco en hacer el primer disparo, pero eso le sucedía prácticamente a todo el mundo. La pistola lanzó la cápsula vacía y Ryan la bajó para el próximo tiro, fijando toda su atención en el blanco y en la mira. Cuando contó hasta cinco, la pistola estaba vacía. Jack se quitó los protectores que le cubrían las orejas.
—Ya estamos llegando, teniente —dijo Breckenridge observando el blanco con el largavistas—. Todos están dentro del círculo negro: un nueve y cuatro dieces, uno de ellos en el centro. Otra vez.
Ryan recargó el arma, sonriente. Prácticamente había olvidado lo divertida que podía resultar una pistola. Era una habilidad puramente física, una habilidad masculina que proporcionaba el mismo placer que una pelota de golf bien lanzada. Tenía que controlar una máquina que lanzaba la bala hacia un destino preciso. Hacerlo requería coordinación entre ojos y mano. No era exactamente lo mismo que usar una escopeta o un rifle. La pistola era mucho más difícil que esas otras dos armas, y el hecho de dar en el blanco proporcionaba un placer subintelectual difícil de describir a quien no lo había experimentado. Los cinco disparos siguientes fueron todos dieces. Ensayó la postura de Weaver, que consistía en sostener el arma con ambas manos, y colocó cuatro de los cinco tiros en el círculo X, cuyo diámetro era un cincuenta por ciento menor que el del círculo de diez, y que se utilizaba para desempates en campeonatos.
—No está mal para un civil —dictaminó Breckenridge—. ¿Café?
—Gracias, Gunny. —Ryan aceptó la taza que le ofrecían.
— Quiero que se concentre un poquito más en el segundo tiro. Siempre dispara un poco a la derecha. Creo que se apura. —Ryan sabía que la diferencia era apenas de cuatro centímetros a una distancia de quince metros. Breckenridge era un perfeccionista. En ese momento se le ocurrió que el sargento primero y Cathy tenían personalidades muy parecidas: uno siempre estaba haciendo las cosas exactamente bien o completamente mal. No había términos medios. —Doctor, es una pena que lo hayan herido. Habría sido un excelente oficial, siempre que lo hubiese guiado un buen sargento... eso siempre es indispensable.

— Ryan es un muchacho bastante inteligente, ¿no es cierto? —Owens le devolvió el documento a Murray.
— Esto en realidad no es nada nuevo —admitió Dan—, pero por lo menos está bien organizado. Aquí está lo que buscabas.
— ¡Ah! ¿nuestros amigos en Boston? ¿Qué tal le va a Paddy O'Neil? —Eso era algo que enfurecía a Owens. Padraig O'Neil constituía un insulto al sistema parlamentario británico, un vocero del IRA Provisional. Sin embargo, a pesar de diez años de intentos, ni la Rama Antiterrorista de Owens, ni la Real Guardia Civil de Ulster habían logrado relacionarlo jamás con un acto ilegal.
—Como siempre: bebe mucha cerveza, conversa con muchísima gente y consigue pequeñas donaciones de dinero. —Murray bebió un sorbo de oporto. —Tenemos agentes que lo siguen a todas partes. El lo sabe, por supuesto. Si llegara aunque fuera a escupir en la calle, lo meteríamos en el primer avión y lo enviaríamos de regreso a Irlanda. Eso también lo sabe. No ha quebrantado una sola ley. Hasta su chofer es abstemio... Lamento tener que admitirlo, Jimmy, pero el tipo está limpio y se está anotando puntos.
—¡Ah, sí! ¡Ese Paddy es encantador! —Owens volvió una página y alzó la mirada—. Déjame volver a ver eso que hizo tu amigo Ryan.
—Creo que mañana te llegará una copia.
Owens lanzó un gruñido mientras estudiaba el sumario, en la parte trasera del documento.

— ¡Aquí está!... ¡Dios mío!
—¿Qué? —Murray se inclinó ansiosamente hacia adelante.
—¡El nexo, el maldito nexo! ¡Está aquí!
— ¿De qué estás hablando, Jimmy? Yo, personalmente, he leído eso dos veces.
— "El hecho de que los integrantes del ULA por lo visto proceden casi en su totalidad de los elementos "extremistas" del PIRA —leyó Owens en voz alta—, debe de tener un significado, más allá de lo establecido por las evidencias existentes. Debido a que han sido reclutados así, deben existir algunos "infiltrados" que todavía militan en el PIRA, sirviendo de fuentes de información a su organización actual. Por lo tanto esa información aparte de su evidente valor de contrainteligencia, puede ser de naturaleza "operativa". Operativa —repitió Owens en voz baja—. Siempre hemos supuesto que O'Donnell simplemente intentaba protegerse... pero es posible que esté jugando una partida completamente distinta.
—Sigo sin entenderte, Jimmy. —Murray depositó su copa y frunció el entrecejo. ¡Ah! ¡Maureen Dwyer! Nunca te tragaste esa denuncia, ¿verdad?
Owens estaba pensando en otro caso, pero el comentario de Murray estalló como una bomba frente a sus ojos. Durante un momento el detective se quedó mirando fijo a su colega norteamericano mientras por su cabeza pasaba una multitud de ideas.
—¿Pero por qué? —preguntó Murray—. ¿Qué ganan con eso?
Pueden desconcertar a los dirigentes, inhibir los operativos.
—¿Pero en qué beneficia eso al ULA en un sentido material? O'Donnell es demasiado profesional para perjudicar por gusto a sus antiguos amigos. El INLA podría actuar así, porque no son más que un puñado de imbéciles. El ULA es demasiado sofisticado para meterse en esas tonterías.
—Sí. Acabamos de saltar un muro para toparnos con otro. Sin embargo hemos dejado un muro atrás. Y hay una serie de preguntas que podemos hacerle a la señorita Dwyer, ¿no es cierto?
—Bueno, es una idea que habrá que meditar. El ULA tiene infiltrados en el PIRA y a veces te suministran información para hacer quedar mal a los Provos. —Murray meneó la cabeza. ¿Acabo de decir que un grupo terrorista está tratando de hacer quedar mal al otro? —¿Tienes las evidencias suficientes para respaldar esa conjetura?
—Puedo nombrarte tres casos sucedidos en el último año en los que informaciones anónimas nos permitieron apoderarnos de Provos que encabezaban nuestra lista. Y en ninguno de los tres casos nos pudimos enterar de dónde provenía la información.
—Pero si los Provos lo sospechan... no, borra eso. De todos modos ellos quieren la cabeza de O'Donnell porque necesitan vengarse por toda la gente de la organización que él les hizo perder. Muy bien: desconcertar a los dirigentes del PIRA puede ser un objetivo en sí mismo... siempre que O'Donnell estuviera tratando de reclutar nuevos integrantes para su organización. Pero ya has descartado esa posibilidad.
Owens maldijo en voz baja. Siempre afirmaba que la investigación criminal era lo mismo que tratar de armar un rompecabezas en el que faltaban piezas cuya forma uno desconocía. Pero decirles eso a sus subordinados no era lo mismo que experimentarlo en carne propia. ¡Si sólo tuviesen a Sean Miller en su poder! Tal vez para ese momento ya hubieran podido sonsacarle algo. Su intuición le decía que entre toda la hojarasca que iba descartando había un hecho pequeño y crucial que completaría el cuadro. Su razón le decía que, sin ese hecho, todo lo que pensara no sería más que una simple especulación. Pero no podía sacarse un pensamiento de la mente:
—Dan, si tú quisieras perjudicar políticamente a los líderes de los Provisionales, ¿cómo y dónde lo harías?

— ¿Hola? Habla el doctor Ryan.

Librodot

— Soy Bernice Wilson, del John Hopkins. Su esposa me pidió que le avisara que se le ha presentado una operación de urgencia y que llegará a su casa con media hora de retraso.
— Muy bien, gracias. —Jack colgó el tubo. Reanudó la conversación acerca de las pruebas escritas con sus dos alumnos. Su reloj de escritorio marcaba las cuatro de la tarde. Bueno, no tenía ningún apuro, ¿verdad?
En el portón tres cambió la guadia. El guardia civil se llamaba Bob Riggs. Era un marino retirado, de más de cincuenta años, cuya abundante barriga, fruto de su gusto por la cerveza, le impedía mirarse los zapatos. El frío le hacía mal y pasaba el mayor tiempo posible dentro de la casilla de guardia. No alcanzó a ver a un hombre de alrededor de treinta años que se acercó desde la esquina de enfrente y desapareció en un portal. Tampoco lo vio el sargento de Marina Tom Cummings, que enseguida de relevar al guardia anterior se enfrascó en el chequeo de algunos papeles. La guardia de la Academia era un puesto interesante para el joven suboficial de la Marina. Había una serie de bares excelentes en el vecindario, y una cantidad de mujeres sin compromiso con quienes entablar relaciones, pero llegado el caso el trabajo en Annapolis era muy aburrido y Cummings era lo suficientemente joven como para desear un poco de acción. Había sido un típico lunes. El guarda anterior hizo tres boletas por mal estacionamiento. Cummings ya bostezaba de aburrimiento.
A escasa distancia, una anciana se aproximaba a la entrada de la casa de departamentos. Se sorprendió al ver allí a un joven buen mozo, y al revolver la cartera para buscar la llave dejó caer la bolsa de compras.
—¿Puedo ayudarla? —preguntó él, amablemente. Tenía un acento raro, pero a la señora le pareció bondadoso. Le sostuvo la bolsa mientras ella abría la puerta.
—Me temo que he llegado un poquito temprano... tengo una cita con mi novia, ¿sabe? —explicó con una encantadora sonrisa—. Siento haberlo sobresaltado, señora... pero trataba de guarecerme del viento tan frío.
—¿Le gustaría esperar en el vestíbulo? —ofreció ella.
— Le agradezco muchísimo, señora, pero no. Correría el riesgo de no verla y en realidad le confieso que quería darle una sorpresa. Adiós. —La mano que tenía metida en el bolsillo en ese momento soltó el mango del cuchillo.
El sargento Cummings terminó de revisar los papeles y salió de la casilla de guardia. Por primera vez notó la presencia del hombre en el portal, juzgó que debía de estar esperando a alguien y tratando de resguardarse del viento frío del norte. Parecía bastante sensato. El sargento consultó su reloj. Eran las cuatro y cuarto.

—Bueno, creo que terminamos —dijo Bernie Katz.
—!Y lo logramos! —agregó Cathy Ryan. Todos los presentes en el quirófano sonreían. Habían trabajado cinco horas, pero el ojo del muchachito volvía a estar debidamente. Posiblemente necesitara otra operación, y sin duda tendría que usar anteojos durante el resto de su vida, pero eso era mejor que tener un solo ojo.
— No estuvo mal, Cathy, considerando que hace más de cuatro meses que no te enfrentabas con una operación así. Este chico tendrá dos ojos. ¿Quieres decírselo a la familia? Yo tengo que ir al baño.
La madre del chico esperaba exactamente en el mismo lugar que antes ocupaba la familia Jeffers, con la misma expresión de ansiedad en el rostro. Junto a ella había alguien con una cámara fotográfica.
—Salvamos el ojo —anunció Cathy enseguida. En cuanto ella se sentó junto a la mujer, el fotógrafo —que dijo ser enviado del Baltimore Sun— les tomó varias fotografías. Durante algunos minutos la cirujana le explicó a la madre los procedimientos que habían seguido, mientras trataba de tranquilizarla. No era tarea fácil, pero Cathy tenía mucha práctica.

Por fin llegó alguien del Servicio Social y Cathy pudo encaminarse al vestuario. Se sacó el guardapolvo y los pantalones verdes que arrojó en el canasto de la ropa sucia. Bernie Katz estaba sentado en un banco, frotándose el cuello.

—A mí también me convendría un buen masaje —observó Cathy. Se quedó allí parada, en su ropa interior de Gucci y se desperezó. Katz se volvió para admirarla.

— Tu embarazo está muy adelantado, Cath. ¿Te duele la espalda?

—La tengo tiesa. Lo mismo que cuando la esperaba a Sally. Mira para otro lado, doctor. Recuerda que eres un hombre casado.

—¿Qué culpa tengo de que las mujeres embarazadas me parezcan muy sexy?

— Me alegra darte esa impresión, porque te aseguro que en este momento me siento cualquier cosa menos sexy. —Se dejó caer en el banco junto a su ropero. —Nunca pensé que tendríamos éxito en ese caso, Bernie.

—Tuvimos suerte —admitió Katz—. Afortunadamente nuestro buen Dios cuida a los tontos, a los borrachos y a los niños. Por lo menos, a veces.

Cathy abrió la puerta de su ropero. Se miró en el espejo que colgaba del lado de adentro y notó que su pelo realmente parecía el de la Medusa. Le hizo una mueca a su imagen.

— Necesito otra vacación.

— Pero si acabas de regresar —observó Katz.

—!Es cierto! —resopló la doctora Ryan. Se puso los pantalones y descolgó su blusa.

— Y cuando ese feto decida convertirse en un bebé, te tocará otra. Cathy se estaba poniendo la chaqueta.

— Bernie, si fueras ginecólogo, tus pacientes te matarían por hablar de esa manera.

—Lo cual sería una enorme pérdida para la medicina —contestó Katz.

Cathy lanzó una carcajada.

—Buen trabajo, Bern. Dale un beso a Annie de mi parte.

— Muy bien. Y tú tómalo con calma, o le diré a Madge North que te ponga en vereda.

— Tengo hora para verla el viernes, Bernie. Dice que estoy espléndidamente. —Cathy salió como una tromba. Se despidió con la mano de las enfermeras y las volvió a felicitar por el soberbio trabajo que habían hecho en la sala de operaciones. Después llamó el ascensor. Ya tenía las llaves del auto en la mano.

El Porsche verde la esperaba. Cathy abrió la puerta y antes de instalarse al volante tiró su cartera al asiento trasero. El motor de seis cilindros se puso en marcha al instante. Cathy lo calentó durante un minuto, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad y quitaba el freno de mano. El ronroneo del motor rebotó contra las paredes de cemento del garage. Cuando la aguja que marcaba la temperatura empezó a moverse, ella puso marcha atrás. Instantes después puso la palanca de cambios en primera y avanzó rumbo a Broadway. Chequeó la hora en el reloj del tablero e hizo una mueca: para peor, camino a su casa tenía que detenerse en el supermercado. Bueno, por suerte tenía su 911 para ganar parte del tiempo perdido.

— El blanco se ha puesto en marcha —anunció por radio una voz tres pisos más arriba. Un intermediario le pasó por teléfono el mensaje a Alex al aguantadero.

—!Ya era hora! —gruñó Miller, minutos después. —¿Por qué mierda se habrá retrasado? — La última hora le había resultado enfurecedora. Primero treinta minutos de espera, en la confianza de que ella saliera del hospital con puntualidad, después otros treinta minutos por el retraso de su víctima. Se dijo interiormente que debía tranquilizarse. Ella tenía que pasar por el jardín de infantes para buscar a su hija.

— Es cirujana. Eso sucede, hombre —dijo Alex—. En marcha. Salió primero la pickup, seguida por el furgón. A los treinta minutos exactos el Ford estaría frente al jardín de infantes.

— Debe de estar esperando a alguna chica bonita —dijo Riggs al volver a entrar en la casilla de guardia.

—¿Sigue allí? —Cummings se sorprendió. Tres semanas antes Breckenridge había advertido a la guardia sobre la posibilidad de un atentado contra el doctor Ryan. Cummings sabía que el profesor de historia siempre salía por esa puerta... sin embargo ese día se había retrasado. El sargento advirtió que la luz de la oficina de Ryan seguía prendida. A pesar de que su tarea era aburrida, Cummings se la tomaba muy en serio. Tres meses en Beirut le habían enseñado todo lo que podía necesitar saber sobre su profesión. Salió de la casilla y se apostó del otro lado del camino.

Desde allí observó la salida de los autos. Casi todos eran conducidos por civiles, pero los tripulados por oficiales de la Marina eran saludados con la venia. El viento era cada vez más frío. Cummings se golpeaba ostensiblemente las manos, una contra la otra, mientras caminaba de aquí para allá. Nunca miró hacia el edificio de departamentos; en ningún momento dejó entrever que sabía que había alguien allí. Estaba cada vez más oscuro y de todos modos resultaba difícil ver al hombre. Pero allí había alguien.

— !Qué velocidad! —comentó el individuo de la pickup. Observó su reloj. Había recorrido el trayecto en cinco minutos menos que lo habitual. Maldición, pensó, debe de ser agradable uno de esos autitos. Chequeó la chapa: CRSRGN. Sí era el suyo. Tomó la radio.

— Hola, mamá, estoy en casa —dijo.

— !Ya era hora! —contestó una voz de hombre. El furgón estaba a un ki
lómetro de distancia, estacionado en Joyce Lane, al oeste de la autopista Ritchie.

Menos de dos minutos después vio salir a la señora del jardín de infantes. Estaba apurada.

—En marcha.

—Está bien —fue la respuesta.

—Vamos Sally, que es tarde. Abróchate el cinturón. —Cathy Ryan odiaba llegar tarde. Volvió a poner en marcha el motor. Hacía más de un mes que no llegaba tan tarde a su casa, pero si se apuraba, aún podía llegar antes que Jack.

El tráfico estaba en su peor momento, pero el Porsche era pequeño, rápido y ágil. Al minuto de arrancar ya marchaba a cien kilómetros, zigzagueando entre los autos como si fuera un corredor en Daytona.

A pesar de todos los preparativos, Alex estuvo a punto de perderla. Un pesado camión con acoplado trepaba laboriosamente la colina por el carril derecho, cuando a su lado apareció la inconfundible silueta del Porsche. Alex arrancó y entró como una flecha en la ruta, obligando al camión a clavar los frenos a la vez que le tocaba bocina. Alex no miró hacia atrás. Miller abandonó el asiento junto al conductor y pasó a la parte trasera del furgón, donde se apostó junto a la ventanilla de la puerta corrediza.

—¡Vaya! ¡Qué apurada está hoy esa señora!

—¿podrás alcanzarla? —preguntó Miller.

Por toda respuesta, Alex simplemente sonrió.

—Ya verás.

—¡Maldición! ¡Mira ese Porsche! —El agente de Primera Clase Sam Waverly conducía el J30, un patrullero de la Policía Estatal que había estado trabajando con el radar en la ruta 50. Junto con Larry Fontana, del J19, regresaban al cuartel de policía de Annapolis después de un largo día de trabajo cuando vieron el auto sport verde en la rampa de la autopista Ritchie. El patrullero circulaba a alrededor de cien kilómetros por hora, un privilegio que sólo se les concedía a los oficiales de policía, cuyos autos no tenían chapa identificatoria. Por eso, tanto ellos como las pistolas de radar eran imposibles de identificar hasta que era demasiado tarde. Por lo general trabajaban de a dos, y se turnaban, uno se hacía cargo del radar y el otro

esperaba en el auto a medio kilómetros de distancia, para detener a los infractores y hacerles la boleta:
—¡Allá va otro! —dijo Fontana por la radio. Un furgón entró en el carril izquierdo de la autopista obligando al conductor de un Pontiac a clavar los frenos. ¡Tenemos que alcanzarlos!
—Ambos oficiales eran jóvenes y aunque, a pesar de lo que afirmaba la leyenda, la policía estatal no les daba comisión por las boletas que hicieran, todo el mundo sabía que una de las maneras seguras de lograr un ascenso consistía en detener a los infractores. Con eso también lograban que en las rutas el tránsito fuera más seguro, cosa que en definitiva era la misión que tenían los patrulleros. A ninguno de los dos oficiales les gustaba entregar citaciones por exceso de velocidad, pero les gustaba mucho menos tener que asistir a víctimas de accidentes graves.
—Muy bien, tengo al Porsche.
—A ti siempre te toca el más divertido —comentó Fontana. Había logrado echarle una rápida mirada a la conductora.
Era mucho más difícil de lo que uno podía imaginar. Ante todo tenían que medir la velocidad de los vehículos, para saber hasta qué punto era grave la contravención —a mayor velocidad mayor multa, por supuesto— después tenían que alcanzar al infractor e iluminarlo con los faros para obligarlo a detenerse a un costado del camino. Y tanto el Porsche como el furgón les llevaban como ciento cincuenta metros de distancia.

Cathy volvió a mirar el reloj. Había conseguido ganar casi diez minutos del tiempo que habitualmente demoraba en ese trayecto. Después miró el espejo retrovisor para asegurarse de que no la seguía ningún patrullero. No quería que le hicieran un boleta. Pero no vio nada que se pareciera a un automóvil policial; sólo autos y camiones comunes. Al acercarse al puente Seven River tuvo que aminorar la velocidad por culpa del embotellamiento de vehículos. Dudó ante la posibilidad de tomar el carril izquierdo, pero decidió no hacerlo. A veces resultaba difícil volver al carril derecho a tiempo para tomar la salida a la ruta 2. A su lado, Sally estiraba el cuello, como siempre para ver la ruta y jugueteaba con la hebilla del cinturón de seguridad. Pero esa vez Cathy no la corrigió y concentró toda su atención en el tráfico. Levantó el pie del acelerador.
Miller soltó el seguro de la puerta trasera del furgón y la corrió algunos centímetros. Cuando se arrodilló y quitó el seguro del arma, otro hombre se hizo cargo de la puerta.

El patrullero Waverly notó con amargura que ya no podía hacerle una boleta por exceso de velocidad. Había aminorado la marcha antes de que él pudiera establecer la velocidad que llevaba. Se encontraba a setenta metros de distancia. Sin embargo Fontana estaba en condiciones de hacerle una boleta al conductor del furgón por haber cambiado de carril, no estaba mal castigar por lo menos a uno de los dos infractores. Waverly miró por el espejo retrovisor. El J19 lo estaba alcanzando y pronto estaría a la par con su J30. Notó algo raro en ese furgón azul... como si la puerta lateral no estuviera en la posición correcta.

— ¡Ahora! —gritó Alex.
Cathy Ryan notó que un furgón la encerraba por el lado izquierdo. Le dirigió una mirada indiferente, justo a tiempo para ver que la puerta del furgón se deslizaba hacia atrás. Vio un hombre arrodillado que sostenía algo en los brazos. En ese instante, con un estremecimiento, comprendió lo que sucedía. Un segundo antes de ver el relámpago blanco, clavó el pie en el freno.

— ¡Qué! —Waverly acababa de ver una blanca lengua de fuego que surgía del costado del furgón. El parabrisas del Porsche se nubló, se astilló, el auto se inclinó, volvió a enderezarse y después chocó contra la pared de cemento del puente a más de setenta y cinco kilómetros por hora. Instantáneamente, los autos que avanzaban por ambos carriles, clavaron los frenos. El furgón continuó la marcha.
—Larry, hubo disparos... dispararon desde el furgón. ¡Le dieron al Porsche! —Waverly encendió sus faros reglamentarios y frenó. El patrullero patinó hacia la derecha y estuvo a punto de chocar contra el destrozado Porsche. —¡Detén el furgón! ¡Detén el furgón!
—En eso estoy —contestó Fontana. De repente se dio cuenta de que la llamarada que había visto sólo podía significar la existencia de una ametralladora.
— ¡Carajo! —exclamó por lo bajo.
Waverly fijó su atención en el Porsche. Del motor salía humo.
—J30, Annapolis, informo disparos —aparentemente de arma automática— y un accidente de tránsito al oeste de la ruta 50, sobre el puente del Severn River. Por lo visto es grave. J19 persigue al otro vehículo. Permanezcan en linea.
—Escuchamos —le constestaron. Qué diablos...
Waverly se apoderó de un tirón de su extinguidor de incendios y recorrió corriendo los cuatro metros y medio que lo separaban del auto accidentado. Por todas partes se veían trozos de vidrios y de metal. Gracias a Dios el motor no se había incendiado. Enseguida revisó el interior del auto.
—¡Dios mío! —exclamó mientras corría de regreso a su patrullero—. J30, Annapolis. Llamen a los bomberos. Oficial requiere respuesta de helicóptero. Grave accidente. Dos víctimas: una mujer blanca, adulta y una criatura blanca de sexo femenino, repito, se ha producido un grave accidente en la ruta 50 al oeste del puente de Severn River. Hubo disparos desde otro vehículo. Oficial requiere asistencia. —Trató de hablar con frialdad. Y por el momento decidió no encender los faros.. ¡Mierda!
—¿Le diste? —preguntó Alex.
Miller respiraba pesadamente. No estaba seguro. No estaba seguro del resultado de sus disparos. El Porsche disminuyó la velocidad justo en el momento en que apretaba el gatillo, pero alcanzó a ver que el auto chocaba contra el puente y se elevaba por el aire como un juguete. Estaba seguro de que no podrían salir con vida de un accidente así.
—Sí.
—Bueno, entonces volemos. —Alex no permitía que sus emociones interfirieran con su trabajo. Ese operativo significaba armas y dinero para su movimiento. Lo lamentaba por la mujer y la criatura, pero él no tenía la culpa de que se hubieran granjeado enemigos peligrosos.

El oficial de guardia de Annapolis ya se había comunicado por radio con el helicóptero de la policía estatal. En ese momento un Jet Ranger II levantaba vuelo después de haber cargado combustible en el Aeropuerto Internacional de BaltimoreWashington.
—Comprendido —replicó el piloto del helicóptero, doblando hacia el sur e imprimiendo la máxima velocidad a la máquina.
El médico practicante se inclinó para modificar la frecuencia del radiofaro de respuesta, a fin de que los controladores del tráfico aéreo supieran que el helicóptero cumplía una misión médica de emergencia.
—Patrullero J30, nos dirigimos hacia su posición, ETA cuatro minutos.
Waverly no respondió. Con ayuda de dos civiles, intentaba romper el vidrio de la ventanilla del Porsche. Tanto la conductora como la pasajera se encontraban inconscientes y todo el interior del automóvil estaba lleno de sangre. Probablemente haya sido bonita, pensó Waverly, mirando a la conductora, pero en ese momento tenía la cabeza bañada en sangre. La niñita estaba tirada como una muñeca rota, parte en el asiento y parte sobre el piso. Waverly

tenía la sensación de que se le había petrificado el estómago, y el corazón le latía desenfrenadamente. Otra criatura muerta, pensó. ¡Por favor, Dios, que no muera otra criatura!

—Patrullero 2, Annapolis —oyó que llamaba el operador de la radio policial.
Annapolis, Patrullero 2, ¿dónde se encuentra?
—Nos encontramos sobre la plaza Mayo, en dirección al norte. Copié los llamados que hicieron. Tengo a bordo al gobernador y al fiscal general. ¿Podemos ayudar? Cambio.
El radiooperador tomó una rápida decisión. El Patrullero 1 llegaría en tres minutos a la escena del accidente. J19 necesitaba apoyo urgente. Ese era un verdadero golpe de suerte. Ya se había comunicado con seis vehículos estatales que circulaban por la zona y con otros tres del departamento de policía del Condado de Anne Arundel en Edgewater.
—Patrullero 2, póngase en contacto con J19.

—Aquí Patrullero 2. J19, por favor comunique locación precisa —dijo una voz por la radio de Fontana.
—Me encuentro en la ruta 50, hacia el oeste, acabo de pasar Rowe Boulevard. Persigo un furgón oscuro. J30 y yo observamos que de este vehículo surgía fuego de armas automáticas, repito: fuego de armas automáticas. Necesito ayuda.

Resultó fácil de identificar. El sargento que piloteaba el patrullero 2 vió que el otro helicóptero volaba en círculos sobre el lugar del accidente, hacia el este, y por la ruta 50 casi no circulaban autos desde allí hasta Rowe Boulevard. El automóvil policial y el furgón iban detrás del tráfico en movimiento.
—¿Qué sucede? —preguntó el gobernador desde el asiento trasero. El practicante se lo explicó mientras el piloto proseguía su búsqueda de... ¡allí!
Muy bien...
—J19, habla el Patrullero 2, los tengo dentro de mi campo visual, a usted y al furgón. —El helicóptero perdió altura hasta encontrarse a ciento cincuenta metros.
—Patrullero 2, Annapolis, los tengo. Un furgón negro o tal vez azul oscuro que circula por la ruta 50 rumbo al oeste, perseguido por un automóvil sin chapas identificatorias.

Alex estaba intrigado por ese auto. No tenía chapas, pero era un modelo poco costoso, pintado de un color poco llamativo. ¡Aja!
—¡Nos sigue un patrullero! —gritó. Uno de los secuaces de Miller miró por la ventanilla. Nadie ignoraba lo que eran los automóviles sin chapa. —Libérate de él —refunfuñó Alex.

Fontana se mantenía a cuarenta y cinco metros del furgón. Consideraba que esa distancia era suficiente para mantenerse fuera de peligro. El policía oía continuas conversaciones radiales a medida que nuevas unidades iban anunciando que respondían al llamado de la central. La distracción que le produjo escuchar esas conversaciones impidió que viera a tiempo que la puerta del furgón se abría de par en par. Al darse cuenta, Fontana clavó los frenos.
Miller también se encargó de ése. En cuanto la puerta se abrió, bajó la ametralladora e hizo diez disparos contra el patrullero. El automóvil de la policía se bamboleó cuando el conductor trató de frenar, presa del pánico, y enseguida volcó sobre el camino. Miller estaba tan excitado que ni siquiera alcanzó a sonreír, aunque interiormente no cabía en sí de júbilo. La puerta se volvió a cerrar en el momento en que Alex cambió de carril.

Antes de darse cuenta de que el parabrisas estaba hecho trizas, Fontana sintió que la bala golpeaba contra su pecho. Bajó el brazo derecho e hizo girar el auto hacia la derecha con demasiada rapidez. Las ruedas traseras detenidas provocaron una patinada, uno de los neumáticos reventó, y el automóvil volcó. Mientras el techo del auto se abollaba, Fontana observó fascinado que el mundo giraba alrededor. Igual que la mayoría de los policías, nunca se molestaba en colocarse el cinturón de seguridad, y aterrizó sobre el cuello. Y el automóvil destrozado se lo fracturó. No tenía importancia. El auto que venía detrás chocó contra el patrullero terminando la obra iniciada por la ametralladora de Miller.

— ¡Mierda! —exclamó el piloto del Patrullero2 Patrullero 2, Annapolis, J19 ha tenido un accidente muy serio en la 50 oeste, cerca de la salida a la ruta 2. ¿Dónde demonios están los otros coches?
— Patrullero2, comunique condiciones de J19.
—¡Está muerto, hombre! ¡Yo sigo volando sobre ese maldito furgón! ¿Dónde demonios están esos automóviles de apoyo?
—Patrullero2, le advertimos que once autos convergen hacia allí. Ya se ha instalado una barricada sobre la 50, a la altura de South Haven Road. Hay tres autos circulando rumbo al oeste, por la 50, un kilómetro detrás de usted y dos más con rumbo al este que se aproximan a la salida de la autopista general.
— Enterado. Yo sigo sobrevolando el furgón —contestó el piloto.

¡Vamos, Alex! —gritó Miller.
—Ya casi hemos llegado, hombre —contestó el negro tomando el carril derecho para salir de la autopista. Un kilómetro y medio después vió las luces intermitentes, azules y coloradas, de dos automóviles policiales que se le aproximaban por el este, pero desde allí no tenían entrada a la autopista. ¡Mala suerte, cerdos! El atentado contra el Porsche no lo hacía demasiado feliz, pero un policía muerto siempre era algo agradable.
—¡Allá vamos!

—Annapolis, Patrullero2 —llamó el piloto—, el furgón sale de la ruta 50 en dirección al norte.
El radiooperador tardó un instante en registrar la información.
—¡Oh, no! —Impartió una rápida orden. Los patrulleros que se dirigían al este redujeron la velocidad, y después aceleraron por la franja de pasto que dividía las dos manos de la autopista. La mano contraria se encontraba bloqueada por otro accidente, y la franja de pasto era despareja. Uno de los patrulleros se empantanó en el barro mientras el otro consiguió subir al pavimento y aceleró de contramano hacia la salida.

Alex cruzó West Street y se encaminó hacia el norte, donde el tráfico era liviano. Alcanzó a ver un patrullero atrapado en el embotellamiento de West Street a ciento cincuenta metros a la derecha. A pesar de sus luces y de la sirena no conseguía avanzar. ¡Demasiado tarde, cerdo! Avanzó otros ciento cincuenta metros y dobló a la izquierda.

El sargento del aire, Patrullero2 empezó a lanzar maldiciones, sin reparar en la presencia del gobernador y del fiscal general que viajaban en el asiento trasero. Mientras él lo observaba, el furgón entró en una playa de estacionamiento y se encaminó a su parte central. Mientras tanto, tres de los patrulleros que lo perseguían salieron de West Street.

—¡Hijo de puta! —Aferró los controles y se zambulló hacia la playa de estacionamiento.

Alex estacionó en la playa y detuvo el motor del furgón. Los pasajeros estaban preparados y abrieron las puertas en cuanto el vehículo se detuvo. Se encaminaron con lentitud y aire normal a la entrada del centro comercial. El conductor miró hacia arriba, sorprendido, al oír el lloriqueo del motor del helicóptero, que permanecía quieto, como a treinta metros de altura por sobre el lugar en que ellos se encontraban. Después de sujetarse el sombrero, Alex lo saludó con la mano. Enseguida traspuso la puerta del centro comercial.

El piloto del helicóptero miró al practicante, instalado a su izquierda, que aferraba con furia el revólver .357 que colgaba de la pistolera sujeta a su hombro. El piloto, en cambio, necesitaba sus dos manos para manejar los controles.

— Se han ido —anunció el practicante en voz baja.

— ¿Qué quiere decir con eso de que se han ido? —preguntó furioso el fiscal general.

En tierra, dos automóviles patrulleros frenaron abruptamente junto a la entrada del centro comercial. Pero del otro lado de esas puertas había alrededor de tres mil personas haciendo compras, y la policía ni siquiera conocía el aspecto de los criminales. Los oficiales se quedaron allí, empuñando las armas, sin saber qué hacer.

Alex y sus secuaces estaban en una sala de descanso para el público. Dos integrantes de su organización los esperaban allí, con bolsas de compras. Cada uno de los que bajó del furgón recibió una chaqueta nueva. Se separaron de a dos y entraron en la galería comercial, encaminándose hacia la salida del lado oeste. Se tomaron su tiempo. No había ningún motivo para que se apuraran.

—¡Nos saludó con la mano! —exclamó indignado el gobernador—. ¡Hagan algo!

—¿Qué? —preguntó el piloto—. ¿Qué quiere que hagamos? ¿A quién vamos a detener? Se han ido; para el caso en este momento podrían estar en California.

El gobernador era lento para captar la situación, aunque más rápido que el fiscal general, que todavía seguía hablando en murmullos ya al borde de las lágrimas. Lo que comenzó como una reunión política de rutina, en Salisbury, en la costa este de Maryland, había terminado en una excitante persecución, pero con un final muy poco feliz. Había visto matar a uno de sus patrulleros frente a sus propios ojos y ni él ni su gente podían hacer nada al respecto. Por fin el gobernador comenzó a lanzar maldiciones. El lenguaje que utilizó habría escandalizado a sus electores.

El Patrullero1 estaba posado sobre el puente del río Severn, con la hélice girando velozmente para poder mantenerse en el aire por sobre las barreras de cemento. El practicante, el oficial Waverly, y un civil que resultó ser bombero voluntario, estaban cargando a las dos víctimas del accidente en camillas especiales para subirlas al helicóptero. El otro automovilista que los había ayudado estaba parado junto al automóvil policial en un charco formado por su propio vómito. En ese momento se acercaba un camión de bomberos, y otros dos patrulleros se preparaban para dirigir el tráfico una vez que despegara el helicóptero. Por lo menos seis kilómetros de la ruta habían sido afectados por el taponamiento de vehículos. Mientras se aprestaban a poner en marcha el tráfico se enteraron por la radio de lo sucedido al J19 y su conductor. Los oficiales de policía intercambiaron miradas, pero no dijeron una sola palabra. Eso vendría después.

Por ser el primer patrullero presente en la escena del accidente, Waverly tomó la cartera de la conductora y empezó a buscar sus documentos de identidad. Tendría que llenar una cantidad

de papeles y que notificar a los parientes de la víctima. Lo primero que vio dentro de la cartera fue un pintura infantil. Levantó la vista en el momento en que la camilla que transportaba a la niñita era cargada en el helicóptero. Detrás subió el practicante, y menos de treinta segundo después Waverly sintió en la cara el impacto de las piedritas y la tierra levantados por la hélice del helicóptero que se ponía en movimiento. Lo observó remontar vuelo y elevó una plegaria por esa chiquita que había pintado algo que parecía una vaca azul. Tengo que reanudar mi trabajo, se dijo. Dentro de la cartera encontró una libretita de direcciones colorada. Chequeó el registro de conductor para conocer el nombre de la víctima y después buscó en la libretita bajo la misma letra del apellido. Allí encontró anotado a un tal "Jack", pero sin apellido y al lado habían un número de teléfono con la aclaración de "trabajo". Probablemente fuese el número del marido. Alguien tendría que llamarlo.

— Tráfico Aérero Baltimore, éste es Patrullero1 en función de emergencia médica, viajando rumbo a Baltimore.
— Recibido, Patrullero1, tiene vía libre para acercamiento directo, entre a la izquierda de curso trescuatrosiete y mantenga la altitud actual —respondió el control de vuelos del aeropuerto Internacional BaltimoreWashington. Las emergencias médicas tenían prioridad incondicional.
— Sala de Guardia de Hopkins, habla Patrullero1, me propongo aterrizar. Tengo a bordo una criatura blanca de sexo femenino víctima de un accidente.
— Patrullero1, Hopkins. Diríjase a University. Aquí no nos quedan camas.
— Entendido. University, Patrullero1. Reitero mensaje.
—Patrullero1, aquí University. Recibimos mensaje. Lo esperamos. —Entendido. ETA cinco minutos. Fuera.

—Gunny, habla Cummings de la puerta tres —dijo el sargento por teléfono

¿Qué pasa, sargento? —preguntó Breckenridge.
—Desde hace cuarenta y cinco minutos hay un tipo parado en la esquina de la vereda de enfrente. Tengo la sensación de que hay algo raro, ¿sabe? No está en terrenos de la Academia, pero me parece algo sospechoso.
— ¿Llamó a la policía? —preguntó Breckenridge.
—¿Para qué? —contestó Cummings con gran sentido común—. Por lo que yo sé ni siquiera ha escupido en el piso.
— Muy bien, voy para allá. —Breckenridge se puso de pie. De todos modos estaba aburrido. El sargento primero se puso la gorra y salió del edificio, cruzando el campus hacia el norte. Tardó cinco minutos en llegar, durante los cuales saludó a seis oficiales y a cierto número de alumnos. No le gustaba el frío. Nunca lo padeció durante su infancia, en una granja de Mississippi. Pero pronto llegaría la primavera. Puso especial cuidado en adoptar una actitud despreocupada a medida que se acercaba a la puerta tres.
Encontró a Cummings parado junto a la puerta, en el interior de la casilla de guardia. Cummings era un excelente sargento joven. Tenía todo el aspecto de los suboficiales modernos. Breckenridge seguía el estilo clásico de John Wayne, con anchas espaldas y cuerpo imponente. En cambio Cummings era un muchacho negro, un corredor al estilo de Frank Shorter. Ese muchacho podía correr todo el día, algo que Gunny nunca fue capaz de hacer. Pero por sobre todo, Cummings tenía verdadera vocación. Comprendía perfectamente lo que era y significaba el Cuerpo de Infantes de Marina. Breckenridge había adoptado al jovencito, a quien tenía bajo su ala protectora y a quien impartía importantes lecciones diarias. El sargento primero no ignoraba que pronto pasaría a formar parte del pasado del regimiento. Cummings representaba el futuro.

—Hola, Gunny —lo saludó el sargento.
—¿El tipo sigue en el portal?
—Ha estado allí desde poco más de las cuatro. Y no vive en ese edificio. —Cummings hizo una pausa. Después de todo no era más que un sargento del montón y estaba hablando con un hombre a quien hasta los generales se dirigían con respeto. —Simplemente me parece raro.
—Bueno, le concederemos unos pocos minutos más.

— ¡Dios, cómo me revienta calificar los exámenes!
—Bueno, entonces no te ensañes con los alumnos —dijo Robby lanzando una risita.
—¿Se supone que debo imitarte a ti? —preguntó Ryan.
— Yo enseño una materia díficil y técnica. Tengo que tomar exámenes.
—¡Ah, los ingenieros! Es una lástima que no sepan leer y escribir tan bien como multiplicar.
— Hoy debes de haber bebido té de cicuta, Jack.
— Sí, bueno... —sonó el teléfono y Jack levantó el tubo—. Habla el doctor Ryan. Sí... ¿quién? —Cambio su expresión. En la voz se notó que estaba a la defensiva.
—Sí, así es. —Robby notó que su amigo quedaba como petrificado.
—¿Está seguro? ¿Y ahóra dónde están? Está bien... ah, sí, gracias... yo... este... le agradezco... —Jack se quedó mirando fijo el teléfono.
¿Qué pasa, Jack? —preguntó Robby.
Tardó algunos minutos en contestar.
—Era la policía. Ha habido un accidente.
—¿Dónde están? —preguntó Robby de inmediato.
—Las llevaron en helicóptero... las llevaron a Baltimore. —Jack se puso de pié tembloroso. Tengo que ir enseguida. —Miró a su amigo.
—Dios, Robby...
Jackson se puso de pie de un salto.
—Vamos; te llevaré.
—No... yo...
— Cállate, Jack. Manejaré yo. —Robby tomó su abrigo y le arrojó a Jack el suyo. —¡Muévete, muchacho!
— Las llevaron en helicóptero...
— ¿Adónde? ¿Adónde, Jack?
— University.
—Trata de tranquilizarte. —Robby lo tomó del brazo. —Tienes que recobrar la calma. —El aviador condujo a su amigo hasta la planta baja y luego hasta su Corvette colorado que estaba estacionado a corta distancia.

— Sigue allí —informó el guardia de civil al volver a la casilla.
—Muy bien —dijo Beckenridge, poniéndose de pie. Miró la pistolera que colgaba en un rincón, pero decidió salir sin ella. —Les diré lo que vamos a hacer.
Desde el primer momento a Ned Clark no le gustó la misión. Sean estaba demasiado ansioso por llevar a cabo ese asunto. Pero él no protestó. Sean había planeado la huida que lo convirtió en un hombre libre. Además, Ned Clark era leal a la Causa. Pero allí se encontraba expuesto y eso tampoco le gustaba. Su informante le había asegurado que a los guardias de la Academia eran negligentes, y él mismo acababa de comprobar que no estaban armados. Tampoco tenían ninguna autoridad fuera de los límites de la escuela.
Pero la espera se prolongaba demasiado. Su víctima ya llevaba treinta minutos de retraso. Ned no fumaba y no hizo nada que pudiera denunciar su presencia; además no sería fácil verlo. El portal de la vieja casa de departamentos no tenía luz... la noche anterior, uno de los hombres de Alex se había encargado de ese detalle.

Habría que cancelar esto, se dijo Clark. Pero no quería hacerlo. No quería fallarle a Sean. Vio que un par de hombres salían de la Academia. Malditos marinos en trajes domingueros. ¡Sin sus armas tenían un aspecto tan precioso, tan vulnerable!
—Así que el capitán dijo —contaba uno de ellos— ¡saque a esa basura de mi helicóptero! — El otro lanzó una carcajada.
—¡Qué maravilla!
—¿Te gustaría tomar una cerveza? —preguntó enseguida el otro. Cruzaron la calle, encaminándose hacia donde él se encontraba.
—Por supuesto, Gunny. ¿Tú invitas?
—Es mi turno, ¿no? Pero tengo que ir a buscar dinero. —El más grandote metió la mano en el bolsillo para buscar un manojo de llaves y se volvió hacia Clark.
—Discúlpeme, señor, ¿puedo ayudarlo en algo? —Sacó la mano del bolsillo, pero sin llaves.
Clark reaccionó enseguida, pero no con suficiente rapidez. Empezó a mover la mano derecha que tenía metida dentro del sobretodo, pero Breckenridge se la aferró con la fuerza de una prensa.
—Le pregunté si podía ayudarlo en algo, señor —dijo con amabilidad el sargento primero. — ¿Qué tiene en esa mano? —Clark trató de moverse, pero el grandote lo incrustó contra la pared de ladrillos.
"¡Cuidado, amigo! —advirtió Breckenridge.
Cummings empezó a revisarlo y percibió la forma metálica de una pistola.
—Un arma —informó lacónicamente.
—Será mejor que no se le dispare —anunció Gunny, apoyando el brazo izquierdo contra el cuello de Clark. —Entreguésela a mi compañero, hijito, y con muchísimo cuidado.
Clark estaba sorprendido por su propia estupidez al haber permitido que se le acercaran tanto. Trató de volver la cabeza para observar el extremo de la calle, pero el hombre que lo esperaba en el auto se encontraba a la vuelta de la esquina. Antes de que pudiera pensar en hacer algo, el negro lo había desarmado y le revisaba los bolsillos. De uno de ellos Cummings sacó el cuchillo.
—Háblame —dijo Breckenridge. Clark no dijo nada, y entonces el brazo que lo sujetaba presionó su cuello con fuerza. Por favor, le pido que me hable, señor.
—¡Sáqueme esas malditas manos de encima! ¿Quién se cree que es?
—¿De dónde viene, muchacho? —Breckenridge no necesitó que le contestaran a esa pregunta. Obligó a Clark a sacar la mano del bolsillo y se la retorció detrás de la espalda. — Muy bien, hijo, usted va a cruzar ese portón de ahí enfrente y se va a sentar y a portarse como un chico bueno mientras llamamos a la policía. Si nos crea problemas, le arrancaré este brazo y se lo meteré en el culo. Vamos, muchacho.
El conductor que esperaba a Clark estaba parado en la esquina. Vio lo que sucedía y volvió al auto. Dos minutos después se encontraba a varias cuadras de distancia.
Cummings aseguró las esposas del sospechoso a una silla mientras Beckenridge establecía que no llevaba ningún documento de identidad... aparte de una pistola automática que constituía suficiente identificación. Primero llamó a su capitán, y después al destacamento de policía de Annapolis. Allí empezaba la cosa pero, aunque Gunny lo ignorara, no acabaría allí.

15 Shock y trauma

Si Jack alguna vez hubiera dudado de que Robby Jackson realmente fuese un piloto de aviones de caza, ese trayecto lo habría convencido. El juguete personal de Jackson era un Chevrolet Corvette de dos años de antigüedad, de color rojo, y lo manejaba con la convicción de ser personalmente invencible. El aviador salió como una tromba por el portón oeste de la

Academia, en dirección al Boulevard Rowe. Enseguida percibió que en la ruta 50 había un enorme embotellamiento de tráfico y dobló hacia el este. A los pocos instantes cruzaba el puente del río Severn. Jack estaba demasiado enfrascado en sus pensamientos para percibir nada de lo que lo rodeaba, pero del otro lado del camino Robby vio los restos de un Porsche. A Jackson se le heló la sangre en las venas. Hizo a un lado sus negros pensamientos y se concentró en el manejo del coche, que en ese momento avanzaba a ciento veinte kilómetros por hora. Había demasiados policías del otro lado del camino para que se preocupara por la posibilidad de que le hicieran una boleta. Instantes después tomó la salida a la Autopista Ritchie y dobló hacia el norte, rumbo a Baltimore. A esa hora pico el tráfico era muy intenso, aunque casi todos los coches circulaban en dirección contraria a la que él llevaba. Eso le proporcionó la posibilidad de aprovechar algunas brechas.
Sentado a su derecha, Jack mantenía la mirada fija hacia adelante, sin ver nada de lo que lo rodeaba. Consiguió hacer una mueca cuando Robby metió el auto entre dos camiones que avanzaban en la misma dirección, y logró adelantárseles casi rozándolos. Los gritos indignados de los camioneros se fueron perdiendo detrás de la veloz Corvette y Jack volvió a sumirse en sus pensamientos.

Breckenridge permitió que Mike Peters, su capitán, manejara el asunto. El sargento primero lo consideraba un oficial bastante capaz, que tenía el necesario sentido común de permitir que sus suboficiales se hicieran cargo de muchos asuntos. El capitán llegó al puesto de guardia dos minutos antes que la policía de Annapolis, el tiempo suficiente para que Breckenridge y Cummings lo pusieran al tanto de lo sucedido.
¿Qué sucede, señores? —preguntó el oficial de policía recién llegado. El capitán Peters le indicó por señas a Breckenridge que lo explicara.
—Señor: el sargento Cummings, aquí presente, observó que este individuo permanecía parado en la esquina de la vereda de enfrente. No parecía un vecino del lugar, así que no lo perdimos de vista. Por fin, Cummings y yo cruzamos la calle y le preguntamos si podíamos serle útiles. El trató de sacar esto. —Gunny alzó la pistola con mucho cuidado, para no borrar las impresiones digitales— y además tenía este cuchillo en el bolsillo. Portar un arma oculta constituye una violación a la ley local, así que Cummings y yo procedimos a arrestarlo y lo llamamos a usted. Este individuo no lleva documentos de identidad y se niega a hablar.
—¿Qué clase de arma es ésa? —preguntó el policía.
—Una FM de nueve milímetros —contestó Breckenridge—. Es idéntica a la Browning HiPower, pero con diferente marca, y tiene cargador de trece tiros. El arma estaba cargada y tenía una bala en la recámara. No tenía puesto el seguro. En cambio el cuchillo es una porquería. Un cuchillo punk.
El policía no pudo menos que sonreír. Conocía a Breckenridge porque era profesor de tiro de su unidad.
— ¿Me puede decir su nombre, por favor? —preguntó el policía a Eamon Clark. El "sospechoso" simplemente se quedó mirándolo. —Señor, usted tiene una serie de derechos constitucionales que yo procederé a leerle, pero la ley no le permite ocultar su identidad. Tiene que decirme cómo se llama.
El policía miró fijo a Clark durante un minuto. Por fin se encogió de hombros y sacó una tarjeta.
—Señor, usted tiene derecho de permanecer en silencio... —Leyó la letanía contenida en la tarjeta—. ¿Comprende los derechos que le asisten?
Pero Clark seguía sin hablar. El policía empezaba a irritarse. Miró a los otros tres hombres que había en la habitación.
— ¿Señores, están dispuestos a atestiguar de que yo le leí sus derechos a este individuo?

Librodot

—Sí, señor, decididamente lo haremos contestó el capitán Peters. —Si me permite, le haré una sugerencia, oficial —intervinó Breckenridge—. Convendría que chequeara a este muchacho con el FBI.
—¿Por qué?
Tiene una extraña manera de hablar —explicó el sargento primero—. No es norteamericano.
¡Ah, qué bien! Dos locos en un mismo día.
—¿Qué quiere decir? —preguntó Breckenridge.
—Hace un rato le dispararon con ametralladora a un auto que circulaba por la 50, por lo visto por un asunto de drogas. Minutos después el mismo grupo mató a un patrullero. Y los maleantes consiguieron huir. —El policía se inclinó para mirar a Clark en la cara. —Será mejor que empiece a hablar, señor. Esta noche los policías de esta ciudad están de muy mal humor. Lo que trato de decirle, hombre, es que no tenemos ganas de soportar mierdas innecesarias. ¿Me ha comprendido?
Clark no comprendía. En Irlanda, portar un arma oculta era un crimen grave. En Norteamérica no debía de serlo tanto, considerando la cantidad de gente que poseía revólveres. Si él hubiera dicho que esperaba a alguien y que tenía un arma porque temía que lo asaltaran, podría haberse alejado de allí antes de que procedieran a identificarlo. En cambio, con su actitud intransigente sólo conseguía enfurecer al policía hasta el punto de que llevara a cabo un procedimiento de identificación completo antes de que fuera procesado.
El capitán Peters y el sargento primero Breckenridge intercambiaron una mirada significativa.
— Oficial —dijo el capitán—, le aconsejo sinceramente que verifique la identidad de este individuo con el FBI. Hace algunas semanas nosotros... este... recibimos una especie de advertencia extraoficial sobre la posibilidad de actividades terroristas. Este caso está dentro de su jurisdicción, puesto que el hombre ha sido arrestado en la ciudad, pero...
— Seguiré su consejo, capitán —contestó el policía, Después de meditar algunos instantes, llegó a la conclusión de que en eso había algo más que lo aparente.
—Si ustedes me acompañan a la comisaría, nos encargaremos de averiguar la verdadera identidad de este mister X.

Ryan entró corriendo en el ShockTrauma Center y se identificó en el mostrador de recepción, cuya encargada lo dirigió a una sala de espera donde le aseguró que se lo mantendría informado de cualquier novedad que se produjera. Ese repentino cambio de acción a inacción desorientó terriblemente a Jack. Durante algunos minutos se quedó parado a la entrada de la sala de espera, con la mente en blanco y luchando por aprehender la situación. Cuando Robby llegó, después de estacionar el auto, encontró a su amigo sentado en un viejo sillón tapizado de tela vinílica, leyendo distraídamente un folleto cuyo papel rígido se había suavizado por el manoseo de innumerables padres, esposas, maridos y amigos de los pacientes que habían pasado por ese edificio.
El folleto explicaba, en prosa burocrática, que los Servicios Médicos del Instituto de Emergencias de Maryland constituían la primera y mejor organización de su nivel y que se dedicaban exclusivamente a proporcionar los cuidados más sofisticados a las víctimas de accidentes. Ryan ya lo sabía. John Hopkins manejaba la recién inaugurada unidad pediátrica y proporcionaba gran parte de los cirujanos para las emergencias oftálmicas. Durante su residencia Cathy había pasado bastante tiempo en eso, dos meses muy intensos que se alegró de dejar atrás. Jack se preguntó si en ese momento la estaría atendiendo algún colega conocido. ¿La reconocería? ¿Tenía eso alguna importancia?
El ShockTrauma Center fue el sueño de un agresivo, brillante y muy arrogante cirujano cardiólogo quien se abrió camino a través de un laberinto de imperios burocráticos para crear esa sala de atención digna del siglo XXI.
Llegó a ser un éxito sorprendente y legendario, ShockTrauma era el líder en tecnología médica de emergencias. Y congregaba a los cirujanos jóvenes más talentosos del mundo.

¿Pero serán lo suficientemente capaces? se preguntó Ryan.
Esperando perdió toda noción del tiempo, temeroso de mirar su reloj, sin animarse a especular sobre el significado del paso del tiempo. Solo, completamente solo en su mundo circunscripto reflexionó que Dios le había concedido una mujer a quien amaba y una hija a quien valoraba más que a su propia vida; que su primer deber de esposo y padre consistía en protegerlas de un mundo muchas veces hostil; que había fracasado; que, debido a eso, en ese momento las vidas de ambas estaban en manos de extraños. Ahora todos sus conocimientos y su capacidad eran inútiles. Lo que sentía era más que impotencia, y una zona maligna de su mente repetía una y otra vez esos pensamientos que lo hacían contraerse y retroceder para hundirse cada vez más en una insensibilidad catatónica, se quedó horas con la vista clavada en el piso, después en la pared, incapaz de rezar, a pesar de que su alma se lo suplicaba como una manera de llenar su vacío interior.
Jackson permaneció sentado junto a su amigo, silencioso, sumido en su propio mundo interior. Como aviador naval había visto desaparecer a muchos amigos íntimos debido a un error trivial o a una falla mecánica... o sin motivo aparente alguno. Menos de un año antes sintió que la mano helada de la muerte se apoyaba sobre su propio hombro. Pero eso no significaba un peligro para un hombre maduro que había elegido libremente una profesión peligrosa. En ese momento, las que estaban en juego eran las vidas de una joven esposa y de una criatura inocente. No sabía qué decir, no podía ofrecerle nada a su amigo, salvo su presencia, el simple acto de quedarse allí sentado, y aunque Jack no lo demostraba, Robby estaba seguro de que sabía que su amigo estaba cerca de él.
Después de dos horas de espera, Jackson se levantó en silencio para llamar a su esposa y para hacer algunas discretas averiguaciones en el mostrador. Después de revisar algunos papeles, la recepcionista identificó a las accidentadas como: persona de sexo femenino, rubia, alrededor de cuarenta años, heridas en la cabeza, y persona de sexo femenino, rubia, alrededor de cuatro años, hundimiento de tórax. El piloto estuvo tentado de agredir a la recepcionista por su frialdad, pero gracias a su disciplina pudo alejarse sin decir una sola palabra. Instantes después se reunió con Ryan y ambos siguieron mirando la pared mientras el tiempo transcurría. Afuera empezó a llover, una lluvia fría y helada que era la imagen perfecta de lo que ambos sentían.

El agente especial Shaw entraba en su casa de Cherry Chase en el momento en que sonó el teléfono. Contestó su hija adolescente quien enseguida le tendió el tubo. Esa clase de llamados no eran nada fuera de lo común.
— Habla Shaw.
—Señor Shaw, soy Nick Capitano, de la policía de Annapolis. Tenemos en custodia a un individuo con pistola y cuchillo, pero sin documentos de identidad. Se niega a hablar, pero hace un rato conversó con un par de marinos que aseguran que tiene un acento peculiar.
Ah, así que tiene acento. ¿Qué tipo de acento? —preguntó Shaw.
— Posiblemente irlandés —contestó Capitano—. Fue detenido justo frente a la puerta tres de la Academia Naval de los Estados Unidos. Aquí hay un marino que asegura que allí trabaja un profesor de apellido Ryan quien recibió una especie de advertencia de la Oficina de Antiterrorismo.
Qué diablos...
— ¿Ya han identificado al sospechoso?
— No, señor. La policía local simplemente le tomó las impresiones digitales y enviaron una copia de las impresiones y de la fotografía del individuo al Bureau. El sospechoso se niega a pronunciar una palabra. Simplemente está decidido a no hablar, señor.
—Está bien. —Shaw se quedó un instante pensativo. Adiós a la cena. —Dentro de media hora estaré de regreso en mi oficina. Que me envíen una copia de la fotografía y de las impresiones digitales. Usted quédese allí, y que alguien encuentre al doctor Ryan y se quede con él.

Librodot

— Entendido.
Shaw cortó y llamó a su oficina en el Bureau.
— Soy Dave, Bill. Llama a Londres y dile a Dan Murray que quiero que esté en su oficina dentro de media hora. Es posible que por aquí esté sucediendo algo.
—Adiós, papá —dijo la hija. Shaw ni siquiera había tenido tiempo de sacarse el sobretodo.
Veintisiete minutos después se encontraba sentado frente a su escritorio. Primero llamó a Annapolis para hablar con Nick Capitano.
— ¿Alguna novedad?
— No, señor. Los agentes de seguridad de Annapolis no pueden encontrar a ese individuo Ryan. Su coche sigue estacionado en terrenos de la Academia y lo están buscando. Le he pedido a la policía del condado de Anne Arundel que manden un patrullero a su casa, por si volvió en algún otro auto.., tal vez el suyo esté descompuesto o algo así. En este momento aquí el ambiente está bastante enloquecido. Más o menos a la misma hora en que detuvieron a ese desconocido, sucedió algo disparatado. Justo en las afueras de la ciudad hicieron volcar un auto a disparos de ametralladora.
—¿Y qué diablos fue eso?
—La policía estatal está manejando el asunto. A nosotros no nos llamaron —explicó Capitano.
—!Mande enseguida un hombre para allá! —exclamó Shaw. En ese momento entró una secretaria y le alcanzó un sobre. Dentro había dos copias de las fotografías del sospechoso. De frente y de perfil.
—¡Espere! —La secretaria se detuvo antes de que la puerta se cerrara—. Quiero que manden una copia de esto a Londres en el acto.
Sí, señor.
Enseguida, Shaw se comunicó con la embajada de Londres. —Acababa de dormirme —contestó una voz después del primer timbrazo.
—Hola, Dan. Y yo me quedé sin cenar. Es un mundo difícil. Acabo de mandarte una fotografía. —Shaw le explicó a Murray lo sucedido.

— ¡Dios mío! —exclamó Murray—. ¿Dónde está Ryan?
— No lo sabemos. Tal vez simplemente dando vueltas por allí. Su coche sigue estacionado en Annapolis... en la Academia. La gente de seguridad lo está buscando. Debe de estar bien, Dan. Si no me equivoco, ese tipo que detuvieron posiblemente lo estaba esperando.
La fotografía de Earnon Clark ya estaba en la embajada. La unidad de comunicaciones del Bureau trabajaba en la misma red de satélite utilizada por los servicios de inteligencia. En realidad los Agentes de Comunicaciones de la embajada eran empleados de la Agencia Nacional de Seguridad, que nunca dormía. La fotografía llegó con un encabezamiento que destacaba que debía gozar de prioridad absoluta, y un mensajero la llevó directamente a la oficina del agregado legal. Pero la puerta estaba cerrada. Murray tuvo que depositar el tubo sobre el escritorio para levantarse a abrirla.
— Aquí estoy de nuevo —dijo Dan. Abrió el sobre. La fotografía había sufrido un poco al haber sido retransmitida dos veces por medios electrónicos, pero era reconocible. Me resulta familiar. No puedo decirte como se llama, pero es un pistolero.
—¿Puedes identificarlo rápido?
—Llamaré enseguida a Jimmy Owens. ¿Estás en tu oficina? —Sí —contestó Shaw.
—Te volveré a llamar. —Murray no recordaba de memoria el número de la casa particular de Owens y tuvo que buscarlo en la guía.
—¿Sí?
— Hola, Jimmy, soy Dan. —En ese momento la voz de Murray era más jovial. Tengo algo para ti.
Pero Owens todavía no lo sabía.

—¿Sabes qué hora es?
—Nuestra gente tiene en custodia a un tipo que tal vez te interese.
—¿Quién es? —preguntó Owens.
— Tengo su fotografía pero no conozco su nombre. Lo arrestaron en Annapolis, frente a la Academia Naval.
— ¿Ryan...?
— Tal vez. —Eso era algo que preocupaba a Murray.
—Encuéntrate conmigo en el Yard —propuso Owens.
—Ya salgo. —Murray bajó, encaminándose a su coche.
A Owens le resultó más fácil. Su casa estaba permanentemente custodiada por un par de detectives armados en un patrullero. Lo único que tenía que hacer era salir a la calle y hacerles una seña y el Land Rover se acercaba a su puerta. Llegó cinco minutos antes que Murray. Cuando el agente del FBI entró, Owens ya había tomado una taza de té. Sirvió otras dos.
—¿Te resulta familiar este tipo? —El agente del FBI le pasó la fotografía. Owens abrió los ojos, asombrado.
Ned Clark —dijo, en un suspiro—. ¿Dices que está en Norteamérica?
— Me resultaba familiar. Lo detuvieron en Annapolis.
— Este es uno de los tipos que huyó de Long Kesh, un individuo con muy malos antecedentes, entre ellos, varios crímenes. Gracias, señor Murray.
— Agradéceselo a los marinos. —Murray bebió la taza de té. Realmente la necesitaba. —¿Puedo hacer un llamado? —Al instante estaba nuevamente en comunicación con el cuartel general del FBI. Owens pudo escuchar la conversación por el parlante del intercomunicador.
—Bill, el sospechoso es un tal Ned Clark, un asesino convicto que el año pasado huyó de la cárcel. Anteriormente fue uno de los pistoleros más bravos de los Provos.
—Tengo malas noticias, Dan —contestó Shaw—. Por lo visto se ha producido un atentado contra la familia de Ryan. La policía estatal está investigando lo que parece un ataque con ametralladora contra un automóvil de una tal doctora Caroline Ryan. Los sospechosos viajaban en un furgón y huyeron después de matar a un patrullero.
— ¿Y dónde está Jack Ryan? —preguntó Murray.
— Todavía no lo sabemos. Lo vieron salir de la Academia Naval en el auto de un amigo. En este momento los patrulleros están buscando ese auto.
— ¿Y qué pasa con su familia? —Esa vez la pregunta la hizo Owens.
— Las llevaron en helicóptero al Centro ShockTrauma de Baltimore. Se le ha recomendado a la policía local que no pierda de vista ese lugar, pero de todos modos allí siempre hay custodia. En cuanto encontremos a Ryan le pondremos guardaespaldas. Muy bien, con respecto a ese tipo Clark, mañana a la mañana ya lo tendré bajo custodia federal. Supongo que el señor Owens lo quiere de vuelta en Inglaterra.
— Sí. —Owens se apoyó contra el respaldo de su sillón. Ahora él tendría que hacer un llamado. Como sucedía tantas veces en la tarea policial, las buenas noticias iban acompañadas de malas noticias.

—¿Señor Ryan? —Probablemente fuese un médico. Lucía una especie de túnica de papel rosado y calzaba, extrañas botas rosadas sobre algo que probablemente fueran zapatillas. La túnica estaba manchada de sangre. Ryan calculó que no tendría mucho más de treinta años. Su rostro era moreno y parecía muy cansado. Sobre el bolsillo tenía una tarjeta de identificación que anunciaba: DOCTOR BARRY SHAPIRO, JEFE INTERINO DE CIRUGÍA. Ryan trató de ponerse de pie, pero las piernas no lo sostenían. El médico le indicó que se quedara sentado. Se le acercó con lentitud y se dejó caer en un sillón junto al de Ryan.
¿Qué noticias me traerá? pensó Ryan. Interiormente aullaba de ganas de obtener información y al mismo tiempo tenía terror de enterarse de lo que le había sucedido a su familia.

Librodot

—Soy Barry Shapiro. He estado trabajando en su hija. —Hablaba con rapidez. —Su esposa está fuera de peligro. Se hirió y tenía el brazo izquierdo fracturado y lacerado y una herida cortante en la cabeza. Cuando el practicante del helicóptero vio esa herida —la cabeza sangra muchísimo—, la trajo aquí por precaución. Le hicimos una serie de tests completos de cerebro y está perfectamente bien. Recibió un golpe fuerte, pero sin mayores consecuencias. No tiene que preocuparse. Estará perfectamente bien.
—Está embarazada, doc...
— Sí, lo sabemos. —Shapiro sonrió—. Con eso no hay problema. El embarazo no ha sido afectado.
— Es cirujana. ¿Sufrirá alguna incapacidad profesional?
— ¿Ah, sí? No lo sabía. No nos preocupamos demasiado por la identidad de los pacientes —explicó Shapiro—. No, no tendrá ningún problema. El daño que ha sufrido en el brazo es importante, pero curable. Cicatrizará completamente.
Ryan asintió, temeroso de hacer la pregunta siguiente. El médico hizo una pausa antes de continuar hablando. ¿Ahora vendrán las malas noticias?
— Su hijita está muy grave.
Jack casi se asfixió con su propia respiración. La puntada que tenía en la boca del estómago se suavizó un poquito. Por lo menos está viva. ¡Sally está viva!
— Parece que no tenía puesto el cinturón de seguridad. Cuando el auto chocó, la arrojó hacia adelante con mucha fuerza. —Jack asintió. A Sally le gustaba jugar con la hebilla del cinturón de seguridad... ¡y nosotros lo considerábamos una gracia! se recordó con amargura. —Bien, se ha fracturado la tibia en ambas piernas, además del fémur izquierdo. Tiene rotas todas las costillas del costado izquierdo, además de cinco del costado derecho; un típico hundimiento de tórax. No puede respirar por sí misma, pero está en pulmotor; eso se encuentra bajo control. Llegó con extensos daños y hemorragias internas, con graves lesiones en el hígado, el bazo y el intestino grueso. Justo después de llegar tuvo un paro cardíaco, posiblemente por la gran pérdida de sangre. Conseguimos volverla a la vida y enseguida empezamos a reponerle la sangre perdida. Ese problema también ha quedado atrás.
El doctor Kinter y yo hemos estado trabajando en ella por lo menos durante las últimas cinco horas. Tuvimos que quitarle el bazo... está bien, uno puede vivir sin bazo. —Shapiro no aclaró que el bazo jugaba una parte importante en la defensa del organismo contra. las infecciones. —El hígado fue gravemente afectado por el accidente, lo mismo que la arteria principal que conduce la sangre a ese órgano. Tuvimos que quitarle alrededor de una cuarta parte del hígado —con lo que una vez más no hay problema— y creo que solucionamos el daño sufrido por la artería, y creo que esa reparación será duradera. El hígado es un órgano importante. Tiene enorme relación con la formación de la sangre y con el equilibrio bioquímico del cuerpo. Sin eso es imposible vivir. Si el hígado se mantiene en funcionamiento... es probable que su chiquita sobreviva. Los daños del intestino fueron fáciles de reparar. Le quitamos alrededor de treinta centímetros. Tiene las piernas inmovilizadas. Las repararemos más adelante. Las costillas... bueno eso es un asunto doloroso pero no una amenaza para la existencia. Y el golpe de la cabeza es relativamente poco importante. Creo que el impacto mayor lo sufrió el pecho. Tiene una concusión pero no hay señales de derrame. —Shapiro se pasó las manos por la abundante barba.
"Toda la cuestión gira en torno al funcionamiento del hígado. Si el hígado sigue funcionando, ella probablemente se recobrará por completo. Estamos vigilando estrechamente la composición química de la sangre de su hija y sabremos algo en... oh... más o menos ocho o nueve horas.
—¿Y hasta entonces nada? —el rostro de Ryan era una máscara de dolor. Volvió a sentir esa fuerte puntada en la boca del estómago. Todavía es posible que muera...
—Señor Ryan —dijo Shapiro con lentitud—, yo sé lo que está sufriendo. Si no fuera porque el helicóptero trajo a su chiquita enseguida, bueno, en este momento yo le estaría comunicando su muerte. Si hubieran tardado cinco minutos más en traerla —y quizá ni

siquiera tanto tal vez en este momento no viviría. Pero está viva y le prometo que haremos todo lo que esté en nuestras manos para que siga estándolo. Y nadie en el mundo podría hacer por ella más de lo que podemos hacer nosotros. Mi equipo de médicos y enfermeras es el mejor de su tipo en el mundo... y punto. No hay otro que se le acerque siquiera. Si existe una manera de salvarla, la encontraremos.
—Pero no agregó: Y si no la hay, no podremos hacerlo.
¿Puedo verlas?
—No. —Shapiro meneó la cabeza—. En este momento ambas están en terapia intensiva. Mantenemos ese lugar tan estéril como un quirófano. La menor infección puede ser mortal para un paciente en ese estado. Lo lamento, pero sería demasiado peligroso para ellas. Mi gente las vigila constantemente. Hay una enfermera —una enfermera con experiencia en traumas—constantemente al lado de cada una de ellas durante las veinticuatro horas del día, y un equipo de médicos y enfermeras a nueve metros de distancia.
—Está bien. —Ryan apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. ¿Ocho horas más? Pero no tienes opción. Tendrás que esperar. Tienes que hacer lo que ellos digan. —Está bien.
Shapiro se fue y Jackson salió detrás de él, consiguiendo alcanzarlo junto a los ascensores.
¿Doctor, no es posible que Jack vea a su hijita? Ella...
—Completamente imposible. Shapiro se dejó caer contra la pared y exhaló con fuerza. —Mire, en este momento esa chiquita... a propósito, ¿cómo se llama?
— Sally.
— Muy bien, en este momento está acostada, completamente desnuda con tubos de suero en ambos brazos y en una pierna. Tiene la cabeza parcialmente afeitada. Está conectada a media docena de monitores y respira gracias a un respirador Engstrom. Tiene las piernas vendadas.., lo único que se ve de ella es una enorme herida que le corre desde la cadera hasta la parte superior de la cabeza. —Shapiro miró al piloto. Estaba demasiado cansado para demostrar emoción. —Mire: cabe la posibilidad de que muera. Yo no lo creo, pero no hay forma de estar seguros. Cuando ha sido afectado el hígado, es imposible saberlo hasta que empiezan a llegar los análisis de sangre. ¿Y si llegara a morir, a usted le gustaría que su amigo la viera así? ¿Le gustaría que la recordara así durante el resto de su vida?
—Supongo que no —dijo Jackson en voz baja, sorprendido al descubrir cuánto deseaba que esa chiquita viviera. Su mujer no podía tener hijos, y de alguna manera habían llegado a considerar a Sally como hija propia.
;Qué posibilidades tiene?
— No soy jugador y no me gustan los porcentajes. En un caso como éste los números no significan nada. Lo siento, pero o consigue sobrevivir o no lo consigue. Mire, todo eso que le dije a... ¿Dijo que se llama Jack? bueno todo eso no fue fantasía. La chiquita no podría estar en un lugar mejor. —Shapiro clavó los ojos en el pecho de Jackson. Extendió la mano y tocó una de las alas doradas. ¿Usted es piloto?
—Sí. De aviones de caza.
—¿Phantoms?
—No, F14, Tomcat.
—Yo vuelo. —Shapiró sonrió. Fui cirujano de la Fuerza Aérea. El año pasado compré un planeador. Es agradable y pacífico estar allá arriba. Vuelo cada vez que me puedo escapar de este manicomio. Alli no hay teléfonos, ni barullo. Sólo las nubes y yo. —El médico no hablaba tanto con Jackson como consigo mismo. Robby apoyó una mano sobre el brazo del cirujano.
—Doctor, le diré una cosa:... si usted salva a esa chiquita le conseguiré un vuelo en cualquier pájaro que quiera. Alguna vez voló en un T38?
—¿Qué es eso? —Shapiro estaba demasiado cansado para recordar que los había visto.
—Un pequeño avión supersónico de entrenamiento. Dos asientos, controles duales y un sueño de maleable. Puedo ponerle un uniforme de aviador y llevarlo conmigo sin problemas. ¿Alguna vez rompió la barrera del sonido?

— No. ¿Se pueden hacer acrobacias? —Shapiro sonrió como un chiquilín, cansado.
—Por supuesto, doctor. —Jackson también sonrió convencido de que podía hacer tantas piruetas que le haría perder el apetito a cualquiera.
—Le tomo la palabra. Nosotros nos esmeramos lo mismo con todos los pacientes, pero de todos modos le tomo la palabra. Vigile a su amigo. Parece muy conmovido. Es normal. Estas cosas son más duras para la familia que para las propias víctimas. Si no se sobrepone, avísele a la recepcionista. Tenemos un psiquiatra que se especializa en... él las llama "las otras víctimas". —Otra de las ideas novedosas de ShockTrauma era la de ese médico que se especializaba en ayudar a los familiares y amigos de las víctimas.
— El brazo de Cathy. Es cirujana oftalmóloga y trabaja mucho y bien, ¿sabe? ¿Está seguro de que no habrá problemas con eso?
Shapiro meneó la cabeza.
— Es una rotura del húmero, nada del otro mundo. La bala entró y salió limpiamente. En realidad tuvo mucha suerte.
En el momento en que llegaba el ascensor, Robby aferró el brazo del médico.
—¿Bala?
—¿Ne se lo dije? Dios, debo de estar más cansado de lo que pensaba. Sí, fue una herida de bala, pero muy limpia. Diablos, ojalá todas fueran tan limpias. Una bala de nueve milímetros, o tal vez de treinta y ocho.., más o menos de ese calibre. Tengo que volver a trabajar. —El médico entró en el ascensor.
—¡Mierda! —exclamó Jackson, dirigiéndose a la pared. Se volvió al oír hablar a un hombre con acento inglés. En realidad eran dos y la recepcionista les indicó que se dirigieran a la sala de espera. Robby entró tras ellos.
El más alto se acercó a Ryan y le habló.
—¿Sir John?
Ryan levantó la vista. ¿Sir John?, pensó Robby. El inglés se paró en posición de firme y siguió diciendo:
— Me llamo Geoffrey Bennet. Soy encargado de negocios de la Embajada Británica. —Sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó a Ryan—. Su Majestad me ha indicado que le entregue esto en propia mano y que espere su respuesta.
Jack parpadeó varias veces y después abrió el sobre, del que extrajo un papel amarillo. El cablegrama era breve, bondadoso y directo. ¿Qué hora es allá? se preguntó Ryan. ¿Dos de la mañana? ¿Tres? Algo así. Eso significaba que probablemente la habrían despertado para darle la noticia y que a ella le importó lo suficiente como para enviar un mensaje personal. Y esperaba una respuesta.
¿Qué tal?
Ryan cerró los ojos y se dijo que era hora de volver al mundo de los vivos. Demasiado extenuado para verter las lágrimas que tenía necesidad de derramar, tragó varias veces con fuerza y se pasó la mano por la cara antes de ponerse de pie.
—Por favor trasmítale a Su Majestad que le agradezco muchísimo su preocupación. Se supone que mi esposa se recuperará completamente, pero mi hija se encuentra en estado crítico y no sabremos a qué atenernos hasta dentro de ocho o nueve horas. Por favor dígale a Su Majestad que... que me emociona profundamente su preocupación, y que todos nosotros valoramos muchísimo su amistad.
—Gracias, Sir John —Bennett tomaba algunas notas—. Enviaré inmediatamente su respuesta por cable. Y si no tiene objeciones, un integrante del personal de la embajada se quedará aquí, con usted. —Jack asintió, intrigado, y Bennet salió.
Robby escuchó la conversación con las cejas alzadas y mil preguntas sin expresar. ¿Quién sería ese tipo? Se presentó como Edward Wayson, y se sentó en el rincón, frente a la puerta. Miró a Jackson. Los ojos de ambos se encontraron brevemente y cada uno evaluó al otro. Wayson tenía ojos fríos e indiferentes y una pequeña sonrisa en las comisuras de los labios. Robby lo estudió más detalladamente. Se le notaba un leve bulto debajo del brazo izquierdo.

Wayson simuló enfrascarse en la lectura de una novela que sostenía con la mano izquierda pero su mirada se volvía a la puerta a cada instante, y mantenía la mano derecha desocupada y apoyada sobre las rodillas. ¡Ah! concluyó Robby: un guardaespaldas, o por lo menos un oficial de seguridad. Así que de eso se trata. Al comprender la situación Jackson se estremeció. Flexionó las manos mientras consideraba qué clase de persona sería capaz de intentar matar deliberadamente a una mujer y su hijita.

Cinco minutos después llegaron por fin tres oficiales de la policía del estado. Conversaron con Ryan durante diez minutos. Jackson observó con interés y notó que el rostro de su amigo se ponía pálido de furia mientras tartamudeaba contestando numerosas preguntas. Wayson no miraba, pero oyó todo lo que se decía.

— Tenías razón, Jimmy —dijo Murray. Estaba parado junto a la ventana observando el tránsito que pasaba por la esquina de Broadway y Victoria.

— En Boston, a Paddy O'Neil le gusta decir lo maravillosos que son los muchachos del Sinn Fein —especuló Owens—. Y nuestro amigo O'Donnell decidió ponerlo en apuros. Era imposible que nosotros lo adivináramos, Dan. Una posibilidad de sospecha no es una evidencia, y tú lo sabes. No teníamos fundamentos para hacerles una advertencia más seria de la que les hiciste. Y no olvides que les advertiste, Dan.

—Sally es una chiquita preciosa. Antes de partir me dio un abrazo y un beso,

Murray volvió a consultar su reloj y le restó cinco horas. —Jimmy, hay momentos en que... Hace quince años arrestamos a ese.., a esa persona que perseguía criaturas, varoncitos. Yo lo interrogué. Cantó como un canario, reo podía estar más feliz consigo mismo. Confesó ser el autor de seis violaciones, y me dio todos los detalles con una enorme sonrisa. Fue justo después que la Corte Suprema canceló la sentencia de muerte, así que sabía que podría vivir hasta la ancianidad. No te imaginas lo cerca que estuve de... —se detuvo un momento antes de seguir hablando—. Algunas veces somos demasiado malditamente civilizados.

—Dan, la alternativa es ser iguales que ellos.

—Sé que eso es verdad, Jimmy, pero justamente en este momento no me gusta.

Cuando Barry Shapiro volvió a mirar su reloj, eran las cinco de la mañana. Con razón estoy tan cansado, pensó. Hace veinte horas que trabajo, Estoy demasiado viejo para esto. Era uno de los mayores del hospital. Se suponía que debía ser más prudente.

La primera señal era quedarse demasiado tiempo en el hospital, asumir una excesiva responsabilidad personal, tomar demasiado interés en pacientes que en definitiva no eran ni más ni menos que trozos de carne heridos y rotos. Algunos morían. A pesar de su gran capacidad, de lo refinado de su técnica, de los decididos esfuerzos de su equipo, algunos siempre morían. Y cuando uno se cansaba hasta ese punto, no podía dormir. Las heridas, y lo que era peor, los rostros de los pacientes estaban demasiado frescos en la memoria, lo perseguían a uno y le impedían olvidarlos. Los médicos necesitan dormir más que la mayoría de los hombres. La persistente pérdida de sueño es la última y más peligrosa advertencia. Eso era cuando uno tenía que irse... o arriesgarse a un colapso nervioso, cosa que sucedía con demasiada frecuencia entre el personal de ShockTrauma.

Era la broma institucional más sombría: los pacientes llegaban con los cuerpos rotos y casi siempre volvían a sus casas enteros; pero los médicos y enfermeras que llegaban con las mayores energías y los más altos ideales a menudo se iban con el espíritu quebrado. La mayor de las ironías de su profesión era que el éxito engendraba expectativas de un éxito mayor; que el fracaso en esa, la más exigente de las disciplinas médicas, podía causar casi tantos daños al facultativo como al paciente. Shapiro era lo suficientemente cínico como para percibir el humor de la situación.

El cirujano releyó el informe que acababa de entregar la unidad de análisis de sangre y se la entregó a la enfermera de Sally. Ella la abrochó a la historia clínica de la criatura y se volvió a sentar a su lado, acariciándole el pelo que sobresalía de la máscara de oxígeno.

El padre está abajo. Consiga que alguien la releve y vaya a contarle las novedades. Yo subo a fumar un cigarrillo. Shapiro salió, se puso el sobretodo y buscó en los bolsillos un atado de cigarrillos.
Cruzó el vestíbulo rumbo a la escalera de incendias, después subió los seis pisos que lo separaban de la azotea. Dios, pensó. Dios querido, que cansado estoy! El techo era plano, cubierto de brea y guijarros. Aquí y allá se elevaban las antenas de la red de comunicaciones de la institución y una serie de condensadores de aire acondicionado. Shapiro encendió un cigarrillo, maldiciéndose por su falta de fuerza de voluntad para vencer ese hábito malsano. Pero pensó que, a diferencia de la mayoría de sus colegas, nunca percibía los efectos nocivos del tabaco. Casi todos sus pacientes eran demasiado jóvenes para haber contraído enfermedades crónicas. Sus enfermedades eran el resultado de los milagros de la técnica moderna: automóviles, motocicletas, armas de fuego y maquinarias industriales.
Shapiro caminó hasta el borde del techo, apoyó el pie sobre el parapeto como si se tratara de la barra de un bar, y exhaló humo en el aire matinal. Después estiró sus cansados brazos y su cuello. La lluvia de la noche anterior había limpiado el cielo quitándole su habitual polución, y en la oscuridad que precedía al alba alcanzaba a ver las estrellas. Para Shapiro, la muerte era una enemiga personal.
—¡Hija de puta! —exclamó en susurros—. Lo dijo para sí mismo. Se lo dijo a la muerte misma. Lo dijo sin un destinatario determinado—.!Hija de puta! ¡Esta vez no! ¡A ésta no la tendrás! ¡Esta volverá a su casa! —Arrojó el cigarrillo lejos y observó la caída de la brasa anaranjada hasta que aterrizó sobre la calle reluciente y desierta. Se volvió hacia la escalera. Ya era hora de que durmiera un poco.

16 Objetivos y patriotas

Como casi todos los oficiales profesionales, el comandante Robby Jackson le profesaba poco afecto a la prensa. La ironía del asunto era que Jack intentó muchas veces convencerlo de que su punto de vista era equivocado, que para la conservación de la democracia norteamericana la prensa era tan importante como la Marina. Y ahora, mientras él observaba, los periodistas hostigaban a su amigo con preguntas que eran alternativamente inútiles o personalmente entrometidas. ¿Por qué necesitaba enterarse todo el mundo de lo que Jack sentía con respecto al estado de su hija? ¿Qué podía sentir cualquier persona normal que tuviera a su hijita al borde de la muerte... necesitaban que se les explicara ese sentimiento? ¿Cómo iba a saber Jack quien era el autor del disparo... si lo ignoraba la policía, cómo lo iba a saber él?
—¿Y usted cómo se llama? —le preguntó una por fin a Robby. Él le proporcionó su nombre y su rango pero no su número de serie.
—¿Y qué está haciendo aquí? —insistió la mujer.
—Jack y yo somos amigos. Lo traje en mi coche. —!Pedazo de imbécil! ¿Y qué piensa de todo esto?
—¿Qué quiere que piense? Si la que está arriba fuese la hija de un amigo suyo, ¿qué mierda pensaría usted? —contestó el piloto indignado. —¿Sabe quién lo hizo?
— Yo me gano la vida piloteando aviones. No soy policía. Pregúnteselo ellos.
—La policía se niega a hablar.
Robby esbozó una pequeña sonrisa.
— Bueno, un punto a favor de los representantes de la ley. Señora, ¿pequé no dejan en paz a ese hombre? Si usted estuviera pasando lo que está pasando él, ¿le parece que le gustaría estar rodeada de media docena de desconocidos haciéndole esa clase de preguntas? Ese que está ahí es un ser humano, ¿sabe? Y es amigo mío, y no me gusta lo que ustedes le están haciendo.

Mire, comandante, sabemos que su mujer y su hija fueron atacadas por terroristas.
—¿Quién lo dijo? preguntó Jackson.
—¿Y quién va a hacer una cosa así? ¿Cree que somos imbéciles? —Robby no contestó a eso. Si lo que pensamos es cierto, este es el primer atentado perpetrado por terroristas extranjeros en suelo norteamericano... y es noticia. Es importante. La gente tiene derecho de saber lo que sucedió y por qué —explicó la reportera en un tono razonable.
Tiene razón, admitió Robby a regañadientes para sus adentros. No le gustaba, pero la mujer tenía razón. Maldición!
—Tal vez se sienta mejor si le digo que yo también tengo una criatura de esa edad. Mi hijo es varón la periodista realmente parecía comprensiva. Jackson trató de encontrar algo desagradable en la mujer. —Contésteme una pregunta: si tuviera la oportunidad de hacerle un reportaje a la gente que cometió este atentado, ¿lo haría?
—Es mi trabajo, necesitamos saber de dónde vienen.
—En el lugar de donde proceden, señora, matan a la gente por puro placer. Es parte del juego. —Robby recordó algunos informes de inteligencia que tuvo oportunidad de leer cuando estuvo en Medio Oriente. —Hace alrededor de dos años... pero usted nunca se enteró de esto por mí, ¿de acuerdo?
—Información extraoficial —dijo ella solemnemente,
—Yo estaba en un portaaviones en las afueras de Beirut, ¿sabe? Teníamos informes de inteligencia y fotografías— de europeos que llegaban al país para matar gente. Eran casi todos jóvenes posiblemente de buenas familias.. quiero decir, a juzgar por su forma de vestirse. Esto no es un invento, es absolutamente real, yo mismo vi esas malditas fotografías. Se unieron a algunos de esos locos, consiguieron armas y empezaron a los tiros; le disparaban a cualquiera, por, simple diversión. Disparaban hacia la calle desde azoteas de hoteles y edificios de oficinas. Con un rifle, uno puede dar en el blanco a novecientos metros de distancia. Si algo se mueve. !Bum!, lo destrozan con disparos de armas automáticas. Después tuvieron que volver a sus países. ¡Mataban gente para divertirse! Tal vez, al madurar, algunos llegaron a ser verdaderos terroristas, no lo sé. Era algo enfermante, una de esas cosas que uno nunca olvida. Y ese es el tipo de gente del que estamos hablando ahora, ¿sabe?
"Yo no doy un centavo por el punto de vista de ellos, señora. Cuando era chico, en Alabama, tuvimos problemas con gente parecida, esos hijos de puta del Klan. Tampoco doy un centavo por el punto de vista de ellos. Tenían únicamente algo bueno: eran idiotas. Los terroristas que andan por ahí ahora son mucho más eficaces. Tal vez eso los haga aparecer más legítimos a sus ojos, pero no a los míos.
—Eso que usted cuenta de Beirut nunca se publicó en los diarios —comentó la periodista.
—Sé con seguridad que un periodista los vio. Tal vez pensó que nadie lo creería. A no ser por las fotos, ni siquiera sé si yo mismo lo habría creído Pero vi esas fotografías. Le doy mi palabra, señora.
—¿Qué clase de fotografías eran?
—Eso no se lo puedo decir... pero eran lo suficientemente claras como para distinguir sus rostros resplandecientes y juveniles. —Las fotos habían sido tomadas por las flotas aéreas de reconocimiento de los Estados Unidos y de Israel.
—¿Y qué haría usted acerca de esto?
—Si se pudiera juntar a todos esos cretinos en un mismo lugar, creo que nosotros y los marinos podríamos pensar en algo —contestó Robby, expresando un deseo compartido por todos los soldados profesionales del mundo—. Hasta podríamos llegar invitarlos a todos ustedes, los periodistas, al velorio. ¿Quiénes diablos son esos —En ese momento entraban otras dos personas en la habitación.
El cansancio de Jack era tal que no estaba totalmente coherente. La noticia de que Sally estaba fuera de un peligro inmediato fue como si le sacaran un peso gigantesco de los hombros, y estaba esperando que le permitieran ver su mujer, a quien pronto sacarían de terapia intensiva. A pocos metros de distancia, Wayson, el oficial de seguridad británico, observaba la escena

con un desprecio evidente hasta se negaba a dar su nombre a los periodista que se 1e preguntaban. Los agentes de la policía estatal no podían mantener alejada a la prensa, aunque el personal del hospital se negó rotundamente a dejar entrar al equipo de televisión en el edificio. La pregunta que los hombres de prensa repetían una y otra vez era: ¿Quién lo hizo? A pesar de que creía saberlo, Jack afirmaba ignorarlo. Posiblemente los autores del atentado fuesen los terroristas por lo que él había decidido no preocuparse más.

Pudo haber sido peor, se dijo. Por lo menos ahora parecía probable que Sally siguiera viva para el fin de semana.

—¿Señor Ryan? —preguntó uno de los recién llegados.

—¿Sí? ,Jack estaba demasiado extenuado para levantar la vista. En ese momento seguía despierto gracias a las descargas de adrenalina de su organismo. Pero tenía los nervios tan destrozados que, por más que lo necesitara, le resultaría imposible dormir.

—Soy el agente especial Ed Donoho, de la oficina del FBI de Boston. Me
acompaña una persona que quiere decirle algo.

Nadie dijo jamás que Paddy O'Neil fuera tonto, pensó Donoho. En cuanto
el noticiero de las once difundió la noticia, el hombre del Sinn Fein le preguntó a su "escolta" del FBI si se le permitiría volar a Baltimore. Donoho no estaba en condiciones de negarle ese derecho y lo convencieron de que lo acompañara personalmente en el primer vuelo que salía para Baltimore.

—Señor Ryan —dijo O'Neil con un tono de voz que destilaba comprensión—, entiendo que el estado de su hijita ha mejorado. Espero que mis oraciones hayan tenido algo que ver con eso y...

Ryan tardó diez segundo en reconocer el rostro que había visto varios días antes por televisión. Lo miró fijo y abrió lentamente la boca. Por algún motivo no oyó lo que el hombre le estaba diciendo. Las palabras llegaron a sus oídos como si hubiesen sido pronunciadas en un idioma desconocido, su cerebro no consiguió unirlas para formar frases coherentes. Lo único que veía era el cuello del hombre, a noventa centímetros de distancia. Sólo a noventa centímetros, le decía su cerebro.

—¡Ayay! —exclamó Robby desde el otro extremo de la habitación. Se puso de pie al ver que su amigo se ponía colorado como un tomate. Dos segundos después la cara de Ryan estaba pálida como el cuello de su camisa blanca. Jack deslizó los pies hacia atrás, y se inclinó hacia adelante en el sofá.

Robby empujó al agente del FBI para abrirse paso, mientras Ryan saltaba del sofá, con las manos extendidas para aferrar el cuello de O'Neil. Jackson golpeó con el hombro el pecho de su amigo y lo abrazó con fuerza tratando de empujarlo hacia atrás, mientras tres fotógrafos registraban la escena. Jack no emitió el menor sonido, pero Robby sabia exactamente lo que su amigo quería hacer. Jackson tenía más fuerza, de manera que consiguió empujar a Ryan y arrojarlo sobre el sofá. Se volvió con rapidez.

— ¡Saque de aquí a ese hijo de puta antes de que lo mate! —Jackson era
algunos centímetros más bajo que el irlandés, pero su furia era apenas menor que la de Ryan.

—¡Saque de acá a ese terrorista cretino!

— ¡Oficial! —El agente especial Donoho señaló al policía que se encontraba en el cuarto, quién aferró a O'Neil y lo sacó del cuarto en un instante. Por algún motivo los periodistas lo siguieron, mientras O'Neil protestaba su inocencia.

—¿Se ha vuelto loco? le gruñó Jackson al agente del FBI.

— Cálmese, comandante. Yo estoy con ustedes, ¿de acuerdo? Pero cálmese.

Jackson se sentó junto a Ryan quien respiraba como caballo que acaba de correr una carrera. Mantenía la mirada clavada en el piso. Donoho se sentó del otro lado.

—Señor Ryan no pude evitar que O'Neil viniera. Lo siento, pero eso es algo que no podemos hacer. Quería decirle... diablos, durante todo el viaje no hizo más que repetir que su organización no tenía nada que ver con esto; que para ellos significaba un desastre. Supongo que quería expresarle cuánto lo sentía.

—El agente se odió por haber dicho eso, a pesar de que era la verdad.
Y se odió aún más porque durante la última semana casi había empezado a tomarle simpatía a Paddy O'Neil. El vocero del Sinn Fein era un individuo encantador, un hombre que tenía el don de exponer su punto de vista de una manera razonable. Ed Donoho se preguntó por qué le habrían encomendado ese trabajo. ¿Qué les costaba haber elegido a un descendiente de italianos? Conocía la respuesta, por supuesto, pero el hecho de que existiera un motivo no quería decir que a él le gustara. —Me encargaré de que no vuelva a molestarlo.
—Hágalo —recomendó Robby.
—Donoho regresó al vestíbulo y no le sorprendió ver a O'Neil repitiendo su perorata a los periodistas. El señor Ryan está angustiado, decía, como lo estaría cualquier hombre en esas circunstancias. La primera vez que vio a O'Neil, la semana anterior, le provocó una sensación de disgusto. Después empezó a admirar su capacidad y su encanto. Pero en ese momento, la reacción que tuvo Donoho ante las palabras del irlandés fue de odio. Se le ocurrió una idea. Se preguntó si el Bureau la aprobaría y decidió que valía la pena correr el riesgo. Ante todo el agente se acercó a un policía estatal y se aseguró de que O'Neil no pudiera volver a acercarse a Ryan. Después habló brevemente con un fotógrafo. Juntos fueron en busca de un médico.
No, absolutamente no —contestó el cirujano ante el primer pedido.
— Oiga, doctor —dijo el fotógrafo—. Mi mujer está embarazada de nuestro primer hijo. Si con eso podemos ayudar a ese tipo, creo que hay que hacerlo. Esa fotografía no va a llegar a los diarios. Le doy mi palabra, doctor.
— Creo que lo ayudará —agregó el agente del FBI—. Realmente lo creo.
Diez minutos después Donoho y el fotógrafo se quitaron los guardapolvos médicos. El agente del FBI tomó la película y se la metió en el bolsillo. Antes de llevar a O'Neil de regreso al aeropuerto hizo una llamada al cuartel general de Washington y dos agentes se dirigieron en auto a la casa de Ryan en Peregrine Cliff. El sistema de alarma no les significó ningún problema.

Ya hacía más de veinticuatro horas que Jack no dormía. Si hubiese podido pensar en el asunto se habría maravillado al comprender que seguía despierto y funcionando, aunque esa última observación habría sido materia de discusión con cualquiera que lo viera caminar. Se había quedado solo. Robby había ido a atender un asunto que Jack no conseguía recordar.
Pero de todos modos habría estado solo. Veinte minutos antes Cathy fue trasladada al edificio principal del hospital y Jack pudo verla. Recorrió los corredores relucientes como un hombre que se dirigía a su ejecución. Al doblar una esquina comprendió en qué habitación debía estar su mujer. Junto a una puerta montaban guardia un par de agentes. Lo observaban acercarse y él los miró a los ojos, buscando alguna señal que le indicara que ellos sabían que todo eso había sido culpa suya, que su mujer y su hija estuvieron al borde de la muerte porque él decidió que ya no había motivos para preocuparse. Hasta entonces Jack jamás había experimentado un fracaso, y el gusto amargo que le dejaba en la boca lo hacía creer que todo el mundo lo miraba con el mismo desprecio que él sentía por sí mismo.
¡Te crees tan estúpidamente inteligente!
Tuvo la sensación de que no era él quien se aproximaba a la puerta, sino que la puerta se le acercaba, inmensa y amenazante. Detrás de esa puerta estaba la mujer a quien amaba. La mujer que estuvo a un tris de morir a causa de la confianza que él se tenía. ¿Qué le diría Cathy? ¿Se animaría él a averiguarlo? Jack se quedó parado un instante frente a la puerta. Los policías trataban de no mirarlo. Tal vez les inspire compasión, pensó Jack, pero él sabía que no la merecía. La manija de la puerta se le incrustó en la mano como un metal frío y acusador. Entró en el cuarto.
Cathy estaba acostada en una cama angosta. Tenía el brazo enyesado. Un enorme moretón rojo le cubría el lado derecho del rostro y tenía la mitad de la frente vendada. Sus ojos estaban abiertos pero parecían casi sin vida, y miraba fijo un televisor apagado. Jack se le acercó

como en un sueño. Una enfermera había colocado una silla junto a la cama. Jack se sentó y tomó la mano de su mujer mientras trataba de pensar en algo que pudiera decirle a su esposa a quien le había fallado. Cathy volvió el rostro hacia él. Tenía grandes ojeras y los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento, Jack —susurró.

—¿Qué?

—Yo sabía que Sally estaba jugueteando con el cinturón de seguridad, pero no hice nada porque estaba apurada... y entonces apareció ese furgón y no tuve tiempo de... si me hubiera ocupado de que estuviera sujeta, en este momento Sally estaría bien... pero estaba apurada —terminó diciendo, y miró para otro lado—. ¡Lo siento tanto, Jack!

¡Dios mío! ¡Cree que ella tiene la culpa!... Y ahora, ¿qué le digo?

—Sally va a estar bien, chiquita —consiguió decir, estupefacto por lo que acababa de oír. Se llevó la mano de Cathy a la cara y la besó—. Y tú también te curarás. Ahora eso es lo único que importa.

—Pero... —Cathy seguía mirando la pared opuesta.

—No hay "pero" que valga.

Ella volvió el rostro. Trató de sonreír, pero las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Hablé con el doctor Ellingstone del Hopkins, pasó por aquí y vio a Sally. Dice... dice que sanará. Asegura que Shapiro le salvó la vida.

—Ya lo sé.

—Yo ni siquiera la he visto... recuerdo que vi el puente, y después recién desperté hace dos horas, y... ¡oh, Jack! —La mano de Cathy se cerró sobre la de Jack como si fuera una zarpa. El se inclinó para besarla, pero antes de que los labios de ambos se encontraran, los dos empezaron a llorar.

—Está bien, Cathy —dijo Jack, y empezó a pensar que realmente estaba bien, o que por lo menos lo estaría más adelante. Su mundo no se había derrumbado, por lo menos no del todo.

Pero el mundo de otro se acabará, se prometió Jack. Fue un pensamiento silencioso y distante, nacido de la parte de su mente que ya pensaba en el futuro, mientras sus ojos sólo veían el presente. Al ver que su mujer derramaba lágrimas provocadas por otro, sintió que en su interior nacía una furia fría y supo que sólo la muerte de ese otro podría calmarla.

Lavado por sus propias lágrimas, el tiempo de la aflicción ya estaba llegando a su fin. Aunque todavía no hubiera sucedido, el intelecto de Ryan ya estaba empezando a pensar en el momento en que sus emociones descansaran... por lo menos la mayoría. Quedaría una. El la controlaría, pero la emoción también lo controlaría a él. No volvería a sentirse un hombre entero hasta purgarse de eso.

Uno sólo puede llorar durante cierto tiempo; es como si cada lágrima se llevara consigo un trozo de emoción. Cathy fue la primera en parar. Con la mano enjugó las lágrimas de su marido. Y en ese momento consiguió sonreír. Jack no se había afeitado. Acariciarlo, era como frotar papel de lija.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media —contestó Jack sin necesidad de consultar su reloj.

— Necesitas dormir, Jack —dijo ella—. Tú también debes mantenerte sano.

Sí —Jack se frotó los ojos.

—Hola, Cathy —dijo Robby, entrando—. He venido a llevarme a tu marido.

— Me alegro.

—Hemos tomado un cuarto en el Holliday Inn, en la calle Lombard.

—¿Hemos? Robby, tú no,..

—Cállate la boca, Jack —lo silenció Robby—. ¿Cómo estás, Cathy?

—Tengo un dolor de cabeza increíble.

—Me alegra verte sonreír —comentó Robby con suavidad—. Sissy vendrá después del almuerzo. ¿Quieres que te traiga algo?

—Por ahora no. Gracias, Rob.

—Pórtate bien, doctora. —Robby tomó el brazo de Jack y lo obligó a ponerse de pie—. Te lo traeré de vuelta más tarde.
Veinte minutos después Jack y Robby entraban en el cuarto del motel. Jackson sacó del bolsillo un frasco de píldoras.
—Dijo el doctor que tomaras una de éstas.
— Yo no tomo sedantes.
—Pero vas a tomar una de éstas, muchacho. Es una espléndida pildorita amarilla. No se trata de un pedido, Jack, es una orden. Necesitas dormir. Aquí tienes. —Robby le alcanzó el frasco y no le quitó los ojos de encima hasta que Jack tragó una píldora. A los diez minutos, Ryan estaba dormido. Antes de instalarse en la otra cama, Jackson se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada. El piloto soñó que veía a los autores del atentado. Estaban en un avión. Cuatro veces disparó un misil contra la máquina y observó que los cuerpos de los terroristas surgían por el agujero para que él pudiera destrozarlos con su cañón antes de que cayeran al mar.

El Club de los patriotas era un bar situado frente a la estación Broadway y uno de los reductos de los irlandeses del sur de Boston. Su nombre se remontaba, no a los revolucionarios de 1770, sino más bien a la imagen que el dueño tenía de sí mismo, John Donoho había servido en la primera división de la Marina durante la amarga retirada de Chosin Reservoir. A pesar de haber sido herido dos veces, nunca abandonó su escuadrón en la larga y helada marcha rumbo al puerto de Hungnam. Todavía rengueaba un poco a causa de los cuatro dedos del pie derecho que perdió por congelamiento. Estaba más orgulloso de eso que de sus varias condecoraciones, encuadradas detrás del bar, bajo una bandera de la Marina. Cualquiera que entrara en el bar vistiendo un uniforme de la Marina siempre recibía una copa gratis, acompañada por un par de historias acerca de lo que era la institución en los viejos tiempos, cuando el cabo retirado John Donoho servía en ella a la edad de dieciocho años.
También era irlandés de alma. Todos los años viajaba en avión a la tierra de sus mayores para sacar brillo a sus raíces y a su acento y para probar las mejores variedades de whisky que, por algún motivo u otro, nunca se exportaban a Norteamérica en cantidades suficientes. Donoho también trataba de mantenerse al corriente de lo que sucedía en el norte, "los Seis Condados", como él los llamaba, y para no perder su conexión espiritual con los rebeldes que luchaban valerosamente para liberar a su pueblo del yugo británico. En su bar se habían recolectado muchos dólares para ayudar a los del norte, y también se habían levantado muchas copas para brindar por ellos y por la Causa.
— ¡Hola, Johnny! —exclamó Paddy O'Neil desde la puerta.
— ¡Muy buenas noches a ti, Paddy! —Donoho ya estaba sirviendo una cerveza cuando vio que su sobrino entraba detrás de O'Neil. Eddie era el único hijo de su difunto hermano, un buen muchacho, educado en Notre Dame, donde jugó en el equipo de fútbol antes de militar en el FBI. El FBI no sería tan bueno como la Marina, pero el tío John sabía que económicamente rendía mucho más. Le habían comentado que Eddie seguía a O'Neil a todas partes, pero le resultó triste comprobar que era cierto. El dueño del bar quería creer que era para proteger a Paddy de algún asesino británico.
John y Padddy bebieron una cerveza juntos antes de que el irlandés se reuniera con un pequeño grupo que lo esperaba en la habitación trasera. Eddie se quedó solo en un extremo del bar, donde bebió una taza de café mientras vigilaba todo lo que sucedía en el local. Diez minutos después O'Neil se encaminó hacia el cuarto trasero para pronunciar su charla. Entonces Donoho se acercó a saludar a su sobrino.
— ¡Hola, tío John! —lo saludó Eddie.
— ¿Ya has fijado fecha? —preguntó el tío simulando un acento irlandés, cosa que hacía siempre que O'Neil anduviera por los alrededores. —Tal vez sea en septiembre —contestó el joven.

Librodot

—¿Y qué diría tu padre si supiera que has estado viviendo con esa chica durante casi un año? ¿Y qué dirían los buenos padres de Notre Dame?
—Probablemente lo mismo que te dirían a ti si supieran que estás recaudando dinero para los terroristas —contestó el joven agente. Estaba harto de que le dijeran cómo tenía que vivir su vida.
—En mi bar no permito que nadie diga eso. —Él también había oído antes ese comentario.
—Eso es lo que hace O'Neil, tío John.
—Ellos luchan por la libertad. Ya sé que de vez en cuando quebrantan algunas leyes, pero las leyes inglesas no son asunto mío... ni tuyo —contestó John Donoho con firmeza.
—¿Tú miras televisión? —Esa pregunta no necesitaba respuesta. En la pared opuesta había una amplia pantalla de televisión que se utilizaba para ver partidos de fútbol y de béisbol. —Quiero mostrarte un par de fotografías.
Colocó la primera de ellas sobre el bar.
—Esta es una chiquita llamada Sally Ryan. Vive en Annapolis. El tío tomó la fotografía y sonrió.
—Me recuerda a mi Kathleen cuando era chiquita.
—Su padre es profesor de la Academia Naval, y antes fue infante de Marina. Estudió en la Universidad de Boston. Es hijo de un policía.
—Por lo visto debe de ser un buen irlandés. ¿Es amigo tuyo?
—No exactamente —contestó Eddie—. Paddy y yo lo conocimos hace unas horas. Y así había quedado su hija. —Eddie colocó una segunda fotografía de Sally sobre el bar.
—¡Jesús, Maria y José! No era fácil adivinar que debajo de toda la parafernalia médica hubiera una criatura. Sus pies sobresalían de pesados vendajes. Dentro de la boca tenía un caño de plástico de alrededor de dos centímetros y medio de diámetro, y las partes visibles de su cuerpo formaban una masa terriblemente descolorida.
—Y ella tuvo suerte, tío John. La madre de la chiquita también estaba en el hospital. —Colocó otras dos fotos sobre el bar.
—¿Qué les sucedió? ¿Tuvieron un accidente automovilístico? ¿Qué me estás mostrando? —preguntó John Donoho. Realmente no entendía a qué venía todo eso.
—La madre es cirujana, y aunque no se nota en las fotografías, está embarazada. El auto que conducía fue atacado ayer con fuego de ametralladora, justo en las afueras de Annapolis, Maryland. Unos minutos después mataron a un gente de la policía estatal. —Colocó otra fotografía sobre el bar.
—¡Qué! ¿Y quién lo hizo? —preguntó el tío.
—Aquí está el padre de Sally, Jack Ryan. —Era la misma fotografía utilizada por los diarios de Londres: la graduación de Jack en Quantico. Eddie sabía que su tío siempre veía con orgullo el uniforme azul de los Infantes de Marina.
—Yo lo he visto antes en alguna parte...
—Sí. Hace unos meses impidió un atentado terrorista en Londres. Por lo visto ofendió tanto a los terroristas que cruzaron el Atlántico para atacarlo a él y a su familia. El Bureau está trabajando en el asunto.
—Pero, ¿quién lo hizo?
Eddie depositó la última fotografía sobre el bar. Mostraba a Ryan estirando los brazos y con las manos a menos de treinta centímetros del cuello de Paddy O'Neil, mientras un negro lo sostenía.
—¿Y ese negro quién es?
—¡Maldito sea, tío John! ¡Ese hombre es un piloto de aviones de caza de la Marina!
—¡Ah! —Por un instante John quedó avergonzado. No le gustaban los negros, aunque cuando entraba alguno en su bar, si lucía el uniforme de la Marina también recibía su primera copa a cargo de la casa. Se decía que los que usaban uniforme eran distintos. John Donoho siempre afirmaba que cualquiera que sirviera a la bandera como lo había hecho él, tenía que ser buena persona. Recordó que los cazas de la Marina habían apoyado a su batallón durante la retirada,

manteniendo a raya a los chinos con cohetes y napalm. Bueno, a lo mejor este también era distinto. Durante algunos instantes miró fijo la fotografía. ¿Así que dices que Paddy tuvo algo que ver con esto?

—Hace años que te repito a quienes representa ese cretino. Si no me crees, tal vez te interese preguntárselo al señor Ryan. Ya es bastante terrible que O'Neil escupa sobre nuestro país cada vez que viene. Pero ayer sus compinches estuvieron a punto de asesinar a toda esta familia. Capturamos a uno de ellos. Lo apresaron dos guardias de la Academia Naval, mientras esperaba la salida de Ryan para matarlo. Se llama Eamon Clark y sabemos que hace un tiempo trabajaba para el Ala Provisional del IRA... lo sabemos, tío John, es un asesino convicto. Lo apresaron con un arma cargada en el bolsillo. ¿Sigues pensando que son buenos tipos? ¡Maldito sea! ¡Ahora atacan a ciudadanos norteamericanos! Y si no me crees a mí, ¡créele a esto! —Eddie Donoho volvió a acomodar las fotografías sobre el bar. —Ayer casi murieron esta chiquita, su madre y una criatura que ni siquiera ha nacido. Pero el patrullero murió, dejando a su esposa y a un hijito. Ese amigo tuyo que está hablando en el salón de atrás, recáuda el dinero para comprar armas, y está en contacto con la gente que hizo esto.

—¿Pero por qué?

—Como te dije, el padre de esta chiquita impidió que se cometiera un asesinato en Londres. Supongo que los autores fracasados quisieron vengarse de él... aunque no lo atacaron solamente a él sino a toda su familia —explicó lentamente el agente.

— Pero la chiquita no...

— ¡Maldito sea! —Eddie volvió a impacientarse—. ¡Justamente por eso se llaman terroristas! —Estaba venciendo la incredulidad de su tío. No había dudas de que su mensaje estaba llegando a destino.

—¿Estás seguro de que Paddy está relacionado con esto?

—Por lo que sabemos, nunca ha empuñado un arma. Pero es el vocero de la organización, viaja a este país y recauda dinero para que ellos puedan cometer atrocidades como ésta en su país. Nunca se ensucia las manos con sangre. Es demasiado vivo. Pero para esto les sirve con total seguridad. Y ahora han empezado a actuar aquí. —El agente Donoho no ignoraba que el hecho de recaudar fondos era secundario, que lo más importante eran los motivos psicológicos por los que O'Neil viajaba a los Estados Unidos, pero no tenía tiempo de entrar en ese tema con detalles. Miró a su tío que seguía con la vista clavada en las fotografías de la chiquita. Su rostro reflejaba la confusión que siempre acompaña a un pensamiento completamente nuevo.

—¿Estás seguro? ¿Realmente seguro?

—Tío John, en este momento tenemos más de treinta agentes trabajando en ese caso, aparte del personal de la policía. Por supuesto que estamos seguros. Y te garantizo que los apresaremos. El director ha dado órdenes terminantes en este asunto. Queremos ponerles las manos encima. Cueste lo que costare, nos apoderaremos de esos cretinos. —Edward Michael Donoho, hijo, hablaba con fría determinación.

John Donoho miró a su sobrino, y por primera vez vio en él a un hombre. El cargo de Eddie en el FBI era una fuente de orgullo para la familia, pero por fin John supo por qué.

Ya no era un chico. Era un hombre con empleo al que tomaba con absoluta seriedad.

Mas que las fotografías, fue eso lo que lo decidió . John debía creer lo que se le había dicho.

El dueño del Club de los patriotas se puso de pie y caminó muy erguido hacia la puerta que separaba el local de la habitación posterior. Su sobrino lo siguió.

—Pero nuestros muchachos luchan con valentía —estaba diciendo O'Neil a los quince hombres reunidos en la habitación—. Cada día en que luchan... ¿vienes a reunirte con nosotros, Johnny?

—¡Fuera! —exclamó Donoho sin levantar la voz.

—¿Qué...? No comprendo, John —contestó O'Neil, realmente intrigado.

—Debes creer que soy un imbécil. Tal vez lo haya sido. Vete. Hablaba con más convicción y había desaparecido el acento irlandés—. Vete de mi club y no vuelvas nunca.

—Pero, Johnny... ¿de qué estás hablando?
Donoho aferró al hombre por el cuello y lo levantó de la silla. O'Neil siguió protestando mientras lo llevaba a los empujones a la puerta de entrada. Eddie Donoho saludó a su tío con la mano mientras seguía a la calle al irlandés que se encontraba bajo su custodia.
—¿A qué se debió eso? —preguntó uno de los hombres que escuchaban la perorata de O'Neil.
Otro, un periodista del Boston Globe, empezó a tomar notas cuando el dueño del bar contó lo que acababa de saber.
Hasta ese momento nadie había implicado a un determinado grupo terrorista, y en realidad tampoco lo había hecho el agente especial Donoho. En ese sentido había seguido las instrucciones cuidadosamente impartidas por Washington. Pero, traducidos por el tío John y por un periodista, los hechos fueron levemente tergiversados —cosa que no sorprendió a nadie— y a las pocas horas la agencia AP informaba que el ataque sufrido por Jack Ryan y su familia era obra del Ala Provisional del Ejército Republicano Irlandés.
La misión de Sean Miller en Norteamérica había sido totalmente cumplida gracias a una agencia del gobierno de los Estados Unidos.

Miller y sus secuaces ya estaban de regreso en su país. Lo mismo que muchos otros que se dedicaban a ese mismo tipo de actividades, Sean reflexionó sobre el valor de los veloces viajes aéreos. En ese caso particular regresaron a su país vía México, de allí a las Antillas Holandesas, luego al aeropuerto internacional Schiphol y por fin volaron a Irlanda. Todo lo que uno necesitaba era poseer los documentos necesarios y un poco de dinero. Los documentos en cuestión ya habían sido destruidos y el dinero era imposible de rastrear. Estaba sentado frente al escritorio de Kevin O'Donnell, bebiendo agua para compensar la deshidratación que producen normalmente los viajes aéreos.
¿Y qué le sucedió a Eamon? —Una de las reglas de la ULA era que jamás se hicieran llamados telefónicos de ultramar, ni siquiera a la casa particular del jefe de la organización.
EI hombre de Alex dice que lo detuvieron —Miller se encogió de hombros. —Fue un riesgo que consideré que valía la pena correr. Elegí a Ned para ese trabajo porque él sabe muy poco acerca de nosotros. Sabía que O'Donnell tenía que estar de acuerdo con eso. Clark era uno de los hombres nuevos de la organización y entró más bien por accidente que por haber sido reclutado. Había viajado al sur siguiendo a un amigo. O'Donnell consideró que les sería de utilidad, porque en sus filas no contaban con ningún asesino solitario con experiencia. Pero Clark era imbécil. Sus motivaciones derivaban de emociones más que de la ideología. En realidad era un típico matón del PIRA, útil en los mismos casos en que podía ser útil un perro entrenado, reflexionó Kevin. Conocía pocos nombres y caras dentro de la organización. Y había cometido el peor de los pecados: fracasar. La única característica que redimía a Clark era su lealtad casi canina. No la había
quebrantado en la cárcel de Long Kesh, y posiblemente también la mantuviera en ese momento. Carecía de imaginación.
—Muy bien —dijo Kevin O'Donnell después de un momento de reflexión. Clark sería recordado como un mártir y ganaría mayor respeto en el fracaso que el que hubiera conseguido ganar con el éxito.
—¿Y el resto?
—Perfecto. Vi morir a la mujer y a la hija y la gente de Alex nos sacó de allí con toda limpieza. Miller sonrió y se sirvió un poco de whisky para complementar los vasos de agua que había bebido.
—No han muerto, Sean —lo corrigió O'Donnell.
—¿Qué? —Menos de tres horas después del atentado Miller ya se encontraba en un avión y desde ese momento no leyó los diarios ni escuchó los noticiosos. Oyó la explicación de su jefe sumido en un silencio incrédulo.

Librodot

—Pero no importa concluyó O'Donnell. Enseguida explicó por qué lo decía. La historia de la agencia AP que tuvo su origen en el Boston Globe, había sido recogida por el Irish Times de Dublín. —Después de todo fue un buen plan, Sean. A pesar de todo lo que salió mal, la misión ha quedado cumplida.
Sean no se permitió reaccionar. Había fracaso en dos operativos seguidos. Antes del fiasco de Londres, reo sabía lo que era el fracaso. Consideró que era una pura cuestión de suerte, nada más. Pero dos fracasos seguidos no se podían achacar a la mala suerte. Sabía que Kevin no toleraría el tercer fracaso. El joven terrorista respiró hondo y se dijo que debía ser objetivo. Había pensado en Ryan como un blanco personal, y no político. Ese fue su primer error. A pesar de que Kevin no se lo dijo, perder a Ned fue otro error grave. Miller revisó su plan, repensando cada aspecto del operativo. Atentar sólo contra la mujer y la criatura hubiese sido una obra de matones, y él jamás había estado de acuerdo con esas cosas; no era profesional, Sin embargo atentar contra Ryan mismo hubiese producido idéntico impacto político, que era lo que se pretendía lograr con el operativo. El resto de la familia era... había sido necesario. De manera que sus objetivos eran lógicos, pero...
—Debí haberme tomado más tiempo en este asunto —dijo por fin—. Traté de ser demasiado dramático. Tal vez debimos haber esperado.
—Sí —coincidió su jefe, contento de ver que Sean reconocía sus errores.

—Puedes contar con toda la ayuda que necesites —prometió Owens—. Lo sabes de memoria, Dan.
—Sí. Bueno, este asunto ha atraído el interés de algunas personas de alto nivel. —Murray tenía en la mano un cablegrama del director Emil Jacobs mismo—. Bueno, era sólo una cuestión de tiempo. Tarde o temprano tenía que suceder. Y si no enjaulamos a esos hijos de puta volverá a suceder, pensó. El ULA acaba de demostrar que los terroristas pueden operar en los Estados Unidos. El impacto emocional provocado por el acontecimiento sorprendió a Murray. Como profesional en ese campo, sabía que era sólo por una cuestión de suerte que no había sucedido antes. Los grupos terroristas ineptos del país habían colocado algunas bombas y asesinado a una reducida cantidad de personas, pero el Bureau tuvo un éxito considerable al desmantelar esas organizaciones. Ninguna de ellas consiguió jamás demasiado apoyo extranjero. Pero eso también había cambiado. El piloto del helicóptero reconoció en uno de los terroristas a un negro, y no había muchos negros en Irlanda.
Era un juego totalmente nuevo, y a pesar de toda su experiencia en el FBI, a Murray le preocupaba la posibilidad de que el Bureau no lo supiera manejar. El director Jacobs tenía razón en un sentido: esa misión era prioridad uno. Bill Shaw se encargaría personalmente de dirigir el caso, y Murray sabía que era una de las mejores inteligencias de la organización. Los treinta agentes inicialmente asignados al caso se triplicarían en los próximos días y después se volverían a triplicar. La única manera de impedir que eso vol
viera a suceder era demostrar que Norteamérica era un lugar demasiado peligroso para los terroristas. En el fondo de su corazón, Murray sabía que eso era imposible. Ningún lugar era demasiado peligroso y decididamente menos tratándose de una democracia.
Pero el Bureau contaba con recursos formidables y no sería la única agencia involucrada.

17 Recriminaciones y decisiones

Ryan despertó para encontrar a Robby metiéndole una taza de calé bajo la nariz. Esa vez Jack habla conseguido dormir sin soñar, y el descanso obró milagros en él.

Librodot

—Sissy estuvo en el hospital. Dice que, considerando lo que ha pasado, Cathy tiene buen aspecto. Ya está todo arreglado para que puedas ver a Sally. Estará dormida, pero podrás verla.
¿Dónde está?
Sissy? Ha salido a hacer algunas compras.
—Necesito una buena afeitada.
—Yo también Sissy nos traerá todo lo que necesitamos. Pero antes debes comer algo.
—Estoy en deuda contigo, muchacho —dijo Jack, levantándose.
—¡No seas pesado, Jack! Como diría mi padre, ¿para qué crees que nos ha puesto Dios en este mundo? !Y ahora, come! —ordenó Robby.
Jack cayó en la cuenta de que hacía mucho que no probaba bocado y en cuanto tomó conciencia de eso, empezó a tener hambre. En el término de cinco minutos devoró dos huevos, panceta cuatro tostadas y dos tazas de café.
—Es una vergüenza que aquí no tengan avena comentó Robby. Alguien llamó a la puerta. El piloto la abrió. Sissy entró como una ráfaga con la bolsa de compras en una mano y el portafolio de Jack en la otra.
—Te aconsejo que te refresques, Jack —recomendó Sissy—. Cathy tiene mejor aspecto que tú.
—Eso no tiene nada de raro —contestó Jack... y notó sorprendido que acababa de hablar en tono alegre. Sissy se lo había inspirado.
Se encaminó al baño y abrió la ducha. Cuando salió, Robby ya se había afeitado, dejando la máquina de afeitar y la crema sobre al lavatorio. Jack se afeitó enseguida y después se colocó trocitos de papel higiénico sobre las gotas de sangre que le habían quedado en la cara. También encontró un cepillo de dientes nuevo esperándolo y salió del baño sintiéndose un ser humano.
—Gracias, chicos —dijo.
—Esta noche te llevaré a tu casa —anunció Robby—. Mañana tengo que dar clase. Pero tú no. Ya lo arreglé con el departamento.
—Muy bien.
Sissy partió rumbo a su casa. Jack y Robby fueron a pie al hospital. Estaban dentro del horario de visitas y pudieron subir directamente a la habitación de Cathy.
—¡Bueno! ¡Allí llega nuestro héroe! —El que hablaba era Joe Muller, el padre de Cathy. Era un hombre bajo y morocho; el pelo rubio y la tez clara de Cathy eran heredados de su madre, ya muerta. Ex vicepresidente de Merril Lynch, Muller se había iniciado como corredor de Bolsa, lo mismo que Ryan. Al principio forjó grandes planes para Jack y nunca pudo perdonarle que hubiera abandonado el negocio. Muller era un hombre apasionado que tenía plena conciencia de su importancia dentro de la comunidad financiera. Hacía más de tres años que él y Jack prácticamente no se hablaban. Y Jack no creía que esa situación pudiera cambiar.
— Papá —dijo Cathy—, eso es innecesario.
—Hola, Joe —saludó Jack tendiéndole la mano. Pero allí quedó, tendida, sin que su suegro se la estrechara. Robby se excusó y salió y Jack se acercó a besar a su mujer—. Se te ve mejor, chiquita.
— ¿Qué tienes que decir en tu descargo? —preguntó Muller.
—Ayer arrestaron al tipo que pretendía matarme. Lo tiene el FBI —contestó Jack, poniendo gran cuidado en lo que decía. Se sorprendió al comprobar que podía hablar con tanta calma. De alguna manera todo eso parecía un asunto sin importancia, comparado con lo de su mujer y su hija.
—Supongo que sabrás que todo es culpa tuya —Muller había estado ensayando su discurso durante horas.
— Ya sé. —Jack le concedió ese punto, pero se preguntó cuánto más sería capaz de soportar.

—Papá... —empezó a decir Cathy.
—Tú no te metas en esto —le dijo Muller, con un tono demasiado agresivo para el gusto de Jack.
—A mí puede decirme lo que quiera, pero no le hable a ella de mal modo —advirtió.
—Ah, así que quieres protegerla, ¿no? ¿Y dónde mierda estabas ayer a la tarde?
—Estaba en mi oficina, lo mismo que usted.
—Tuviste que meter la nariz en lo que no te importaba, ¿no es cierto? Tuviste que jugar al héroe y casi lograste que asesinaran a tu familia. —Muller seguía recitando el discurso que tenía preparado.
—Mire, señor Muller Jack ya se había repetido muchas veces todo eso. El mismo podía autocastigarse. Pero no iba a aceptar que lo hiciera su suegro. —A menos que usted conozca una empresa que fabrique una máquina del tiempo, eso es algo que ya no podemos modificar, ¿no? Lo único que podemos hacer ahora es ayudar a las autoridades a encontrar a los culpables.
— ¡Maldito sea! ¿Por qué no pensaste en todo esto antes?
— ¡Ya basta, papá! —exclamó Cathy, uniéndose a la conversación.
—¡Cállate! ¡Esto es entre nosotros dos!
— Si vuelve a gritarle, señor, lo va a lamentar. Jack necesitaba que lo dejaran en paz. El día anterior no había protegido a su familia, pero a partir de ese momento lo haría.
—Tranquilízate, Jack. —Cathy no sabía que cada una de sus intervenciones empeoraba la situación, pero después de un momento, Jack lo comprendió. Muller, no.
— Te sientes un tipo realmente importante, ¿verdad?
— Sigue así, Joe, y es posible que lo descubras por ti mismo. Jack miró a su mujer y respiró hondo.
—Mire, si vino aquí para gritarme, me parece bien y lo puede hacer cuando estemos solos, ¿no? Pero esa que está allí es su hija y tal vez lo necesite también a usted.
—Se volvió hacia Cathy—. Si me precisa, estaré afuera.
Ryan abandonó el cuarto. Todavía había dos policías montando guardia junto a la puerta y otro en el office de las enfermeras. Jack se recordó que un patrullero había perdido la vida y que Cathy era lo más parecido a un testigo con que ellos contaban. Por fin estaba segura. Robby lo saludó con la mano desde el otro extremo del vestíbulo.
—Instálate aquí, muchacho —sugirió el piloto.
—Tiene verdadero talento para sacarme de quicio —dijo Jack, después de volver a respirar hondo.
—Ya sé que es un cretino, pero casi perdió a su hija. Trata de recordarlo. No solucionarás nada desahogando en él tu furia.
—Tal vez sí —dijo Jack sonriendo, mientras lo pensaba—. Y tú que eres, ¿filósofo?
— Soy un predicador, Jack. No te puedes imaginar las cosas que oía cuando la gente iba a casa a conversar con mi padre. No es que el padre de Cathy esté tan enfurecido contigo, sino que está aterrorizado por lo que estuvo a punto de suceder —explicó.
—A mí me pasa lo mismo, amigo —afirmó Jack.
— Pero tú has tenido más tiempo para digerir el asunto.
—Sí. —Jack se quedó un instante en silencio—. Pero a pesar de todo no me gusta ese hijo de puta.
—Te dio a Cathy. Eso ya es algo.
— ¿Estás seguro de que no te equivocaste de trabajo? ¿No serías un buen capellán?
— Yo soy la voz de la cordura en un mundo caótico. No se puede ser razonable cuando uno está fuera de sí. Por eso entrenamos a la gente para quesea profesional. Si quieres conseguir algo, las emociones no ayudan. Ya estás a mano con ese tipo, ¿verdad?
—Sí. Si él hubiera salido con la suya, estaría viviendo en el condado de Westchester, tomando el tren todos los días y... ¡qué asco! —Jack meneó la cabeza. —Pero todavía me enfurece.

Librodot

Justo en ese momento, Muller salió del cuarto. Durante algunos instantes miró alrededor, y al ver a Jack se le acercó.
—No te separes de mí —suplicó Ryan a su amigo.
—¡Casi mataste a mi hijita! —El humor de Joe no había mejorado.
Jack no contestó. Se había dicho eso mil veces interiormente, y recién estaba empezando a considerar la posibilidad de que él también fuese una víctima.
—Usted tiene un punto de vista equivocado, señor Muller —dijo Robby.
—¿Y quién mierda es usted?
—Un amigo —contestó Robby. El y Joe eran más o menos de la misma altura pero el piloto tenía veinte años menos, La mirada que le dirigió al corredor de Bolsa le comunicó eso con bastante claridad. A la voz de la razón no le gustaba que le chillaran. Joe Muller tenía la particularidad de irritar a la gente. En Wall Street lo hacía impunemente y eso lo llevaba a suponer que podía hacerlo donde se le diera la gana. Era un hombre que no había aprendido que su poder tenía limitaciones.
—No podemos modificar lo que ha sucedido —dijo Jack. Pero podemos trabajar para que no vuelva a suceder.
— ¡Si tú hubieras hecho lo que yo quería, esto no habría sucedido!
— Si hubiera hecho lo que usted quería, estaría trabajando a su lado todos los días, transportando cifras de dinero de la columna A a la columna B y simulando que es importante, como lo hacen todos los inútiles de Wall Street... odiando mi trabajo y convirtiéndome en otro de los infelices del mundo de las finanzas. Yo demostré que lo podía hacer tan bien como usted, pero me hice un capital y ahora puedo trabajar en algo que me gusta. Por lo menos estamos tratando de convertir el mundo en un lugar mejor, en lugar de tratar de apoderarnos de él por medio de influencias y de compras. Yo no tengo la culpa de que usted no lo entienda. Cathy y yo estamos haciendo lo que nos gusta.
—Lo que a ti te gusta —contestó Muller de mal modo, rechazando el concepto de que ganar dinero no era intrínsecamente válido. —Así que quieren aspirar a convertir el mundo en un lugar mejor, ¿eh?
— Sí, porque voy a ayudar a apresar a los cretinos que hicieron esto.
—¿Y cómo va a lograr eso un profesor de historia punk?
—Eso es algo que no le puedo decir, Joe.
El corredor de Bolsa lanzó una maldición y se alejó. Bueno, allí van nuestras posibilidades de reconciliación, se dijo Jack. Hubiese deseado que la cosa fuera distinta. De vez en cuando su enemistad con Joe Muller le resultaba difícil a Cathy.
—¿Piensas volver a la Agencia, Jack? —preguntó Robby.
—Sí.
Ryan estuvo veinte minutos con su esposa, el tiempo suficiente para que ella le contara lo que le había dicho a la policía y para asegurarse de que realmente se sentía mejor. Cuando salió del cuarto, Cathy dormitaba. Enseguida, Jack cruzó la calle y entró en el Centro de ShockTrauma.
Al ponerse el guardapolvo, recordó la única vez que lo había hecho antes, la noche del nacimiento de Sally. Una enfermera lo condujo a terapia intensiva y allí vio a su hijita por primera vez después de treinta y seis horas que le parecieron una eternidad. Fue una experiencia realmente espantosa. Si no le hubieran dicho con total claridad que las posibilidades de sobrevivencia de Sally eran buenas, posiblemente Jack no lo hubiese podido soportar. Esa figurita llena de heridas estaba inconsciente por efectos de las drogas y de los daños físicos recibidos. La observó y notó que el pulmotor respiraba por ella. La alimentaban por medio de tubos inyectados en sus venas. Un médico le explicó que por su aspecto lo lógico era pensar que estaba mucho peor de lo que realmente se encontraba. Dadas las circunstancias, el hígado le funcionaba bien. En tres o cuatro días más podrían enyesarle las piernas fracturadas.
—¿Quedará inválida? —preguntó Jack en voz baja.

—No, en ese sentido no hay motivos para preocuparse. Huesos infantiles... siempre decimos que si los trozos rotos están dentro de la misma habitación, cicatrizarán. No está tan mal como parece. En casos como éste, el problema es que pasen la primera hora.., en el caso de su hija más o menos las primeras doce horas. Una vez que conseguimos que los chicos superen la crisis inicial, cuando empieza a trabajar el organismo, se curan rápido. Dentro de un mes podrá llevársela a su casa. Y en dos meses andará correteando por todas partes como si nunca hubiera pasado nada. Por enloquecido que le parezca, es cierto. Nadie cicatriza como un chico. En este momento está grave, pero sanará. Oiga, yo estaba aquí cuando la trajeron.
—¿Cómo se llama usted?
—Rich Kinter. Barry Shapiro y yo nos encargamos de casi toda la cirugía que hubo que practicarle. Casi se nos murió... ¡Dios! ¡Qué cerca estuvo! Pero vencimos, ¿de acuerdo? Vencimos. Se la llevará a su casa.
—Gracias... pero esa no es más que una palabra, doctor. —Jack tartamudeó unas cuantas palabras más, sin saber qué decirle a esa gente que había salvado la vida de su hija.
Kinter meneó la cabeza.
—Tráigala alguna vez para que la veamos, y quedaremos a mano. Cada tantos meses organizamos una fiesta para ex pacientes. Señor Ryan, es imposible describir la emoción que sentimos cuando vemos que vuelven nuestros pequeños pacientes... que vuelven caminando. Para eso estamos aquí, hombre, para aseguramos de que regresen a buscar un trozo de torta y un vaso de jugo. Permítanos balancearla sobre nuestras rodillas cuando se haya curado.
—¡Trato hecho! —Ryan se preguntó cuánta gente estaría viva gracias a las personas que estaban en ese cuarto. Estaba convencido de que ese cirujano se enriquecería si pusiera un consultorio privado. Jack lo comprendía, comprendía por qué estaba allí, y sabía que a su suegro le resultaría incomprensible. Se quedó sentado algunos minutos junto a la cama de Sally, oyéndola respirar por medio del pulmotor y una serie de tubos de plástico. La enfermera a cargo del cuidado de su hija le sonrió por sobre la mascarilla. Antes de irse, besó la frente herida de Sally. En ese momento Jack se sentía mejor, mejor casi con respecto a todo. Pero quedaba algo pendiente. La gente que le había hecho eso a su chiquita.

—Tenía una inscripción acerca de sillas de ruedas —declaró la empleada de 7 Eleven—, pero el fulano que lo manejaba no parecía inválido ni nada de eso.
—¿Recuerda qué aspecto tenía? —El agente especial Nick Capitano y un oficial de la Policía del Estado de Maryland estaban entrevistando a la testigo.
—Sí. era tan negro como yo. Un tipo alto. Usaba anteojos de sol de esos espejados. Y además tenía barba. En la furgoneta siempre había por lo menos otro fulano, pero a esos nunca los vi de cerca, sólo sé que eran negros.
—¿Y cómo estaba vestido?
—Creo que con un par de vaqueros y una chaqueta de cuero marrón. ¿Sabe? Como los obreros de la construcción.
—¿Zapatos o botas? —preguntó el policía.
No me fijé —contestó la empleada después de pensarlo un momento.
—¿Usaba fantasías o alhajas, algún dibujo en la remera, le notó algo especial o diferente?
—No. no recuerdo nada especial.
—¿Y qué venía a hacer aquí?
—Siempre compraba media docena de Cocas, algunas veces también llevaba galletitas, pero lo que compraba siempre eran Cocas.
—¿Y cómo hablaba? ¿Con algún acento especial?
La empleada negó con la cabeza.
No, era un fulano coma cualquier otro, ¿sabe?
—¿Cree que lo reconocería si lo volviera a ver? —preguntó Capitano.
—Quizá, por aquí pasa mucha gente... muchos clientes y muchos desconocidos, ¿sabe?

¿Le molestaría revisar algunas fotografías? preguntó el agente,
—Tendría que pedirle permiso a mi jefe. Es decir, necesito el empleo, pero ustedes dicen que ese desgraciado trató de matar a una chiquita,.. sí, por supuesto, los ayudaré.
—Nosotros lo arreglaremos con su jefe —prometió el policía . No perderá días de sueldo por ayudarnos.
—!Guantes! —exclamó ella de repente, levantando la vista—. Me olvidé de decirles eso. Usaba guantes de trabajo. Creo que eran de cuero. —Guantes escribieron ambos investigadores en sus libretas.
—Gracias, señora. Esta noche la llamaremos. Mañana a la mañana pasará a buscarla un auto para que usted pueda ver esas fotografías —dijo el agente del FBI.
—¿Van a pasar a buscarme? —La empleada estaba sorprendida.
—¡Por supuesto! —En ese caso no iban a escatimar ningún detalle. El agente que pasara a buscarla seguiría sonsacándole durante el trayecto. Los dos investigadores se fueron. El oficial de policía iba al volante de su coche de la repartición, sin chapas identificatorias.
Capitano revisó sus anotaciones. No estaba mal por ser una primera entrevista. El, el policía y quince hombres más se habían pasado el día entrevistando gente en tiendas y negocios a lo largo de ocho kilómetros de la autopista Ritchie. Cuatro personas creían recordar la furgoneta, pero ésa era la primera que había visto a uno de sus ocupantes de cerca y que estaba en condiciones de proporcionarles una descripción. No sería mucho, pero era un principio. Ya conocían la identidad del autor de los disparos: Cathy Ryan había reconocido a Sean Miller... por lo menos creía haberlo reconocido, se corrigió el agente. Si efectivamente se trataba de Miller, en la actualidad usaba barba castaño oscuro y prolijamente recortada. Un dibujante trataría de reproducir su rostro.
Otros veinte agentes y detectives habían pasado el día en los tres aeropuertos locales, mostrando fotografías a todos los vendedores de pasajes y a los encargados de las verjas. Terminaron sin nada concreto, pero en ese momento no contaban con una descripción de Miller. Al día siguiente volverían a intentarlo. Habían programado una computadora para que hiciera un estudio de los vuelos internacionales que combinaban con vuelos a Irlanda, y de los vuelos de cabotaje que se conectaban con los internacionales. Capitano se alegraba de no tener que correr con eso. Demoraría semanas y con cada hora que transcurría disminuían las posibilidades de que algún empleado de un aeropuerto proporcionara una descripción de los terroristas.
La furgoneta fue identificada por el sistema de computación del FBI. Había sido robada hacía un mes en la ciudad de Nueva York, vuelta a pintar —por un profesional, a juzgar por el aspecto— y tenía chapas nuevas. La verdad es que tenía varios juegos de chapas, porque las que lucía el día anterior eran robadas de la furgoneta de un sanatorio de Hagerstown, Maryland, a ciento cincuenta kilómetros de distancia. Todo indicaba que el crimen había sido un trabajo profesional del principio al fin. Cambiar de vehículos en el centro comercial fue un final brillante para un operativo perfectamente planeado y ejecutado. Capitano y el policía lograron sofocar la admiración que sentían, pero tenían que juzgar con objetividad a la gente a quien perseguían. No eran pistoleros comunes. Eran profesionales en todo el perverso sentido de la palabra.
—¿Supone que ellos mismos robaron la furgoneta? —le preguntó Capitano al policía.
El investigador de la policía estatal lanzó un gruñido.
—Existe una organización en Pennsylvania que las roba a lo largo de todo el noroeste, las pinta, las retapiza y las vende. Ustedes mismos los andan buscando, ¿recuerda?
—He oído hablar de esa investigación, aunque no tengo nada que ver con ella. Pero, casualmente, creo que lo hicieron ellos mismos. ¿Para qué arriesgarse estableciendo una conexión con otra gente?
—Sí, claro aceptó a regañadientes el investigador policial. La furgoneta ya había sido revisada por expertos forenses. No encontramos una sola impresión digital. El vehículo había sido limpiado hasta en sus menores detalles. Los técnicos no pudieron encontrar nada que los

condujera a los criminales. En esos momentos en Washington estaban analizando las fibras del tapizado del piso y la tierra que tenía depositada, pero esas eran las pistas que sólo daban resultado por televisión. Si esa gente fue lo suficientemente viva como para limpiar a fondo la furgoneta, sin duda lo sería también para quemar la ropa que había usado. Sin embargo se investigaban todos los detalles, porque hasta la gente más inteligente comete errores.
—¿Ya tuvieron noticias del departamento de balística? —preguntó el policía, doblando por el Boulevard Rowe.
—El informe debe de estar esperándonos. —Habían encontrado casi veinte cápsulas servidas de nueve milímetros que correspondían a las dos balas recuperadas en el Porsche y a la que luego de atravesar el pecho del patrullero Fontana se incrustó en el respaldo del asiento del auto destrozado. Ésas habían ido directamente al laboratorio del FBI en Washington para ser analizadas. Las pruebas les demostrarían que el arma era una ametralladora, cosa que ya sabían, pero tal vez les aclarara de qué tipo, lo que todavía ignoraban. Las balas eran de fabricación belga, de la Fábrica Nacional de Lieja. Tal vez fuera posible identificar el número de serie, pero la Fábrica Nacional producía por año millones de balas que eran vendidas y revendidas por todo el mundo, por lo que la pista parecía poco promisoria. Muchas veces algunas partidas de balas simplemente desaparecían a causa de una contabilidad descuidada —o creativa—.
— ¿Se sabe cuántos grupos de negros han establecido contacto con esa gente del ULA?
—Ninguno —contestó Capitano—. Eso es algo que tendremos que establecer.
— Muy bien!

Al llegar a su casa, Ryan se encontró con un automóvil sin chapas y con un patrullero estacionados en el camino de entrada. La entrevista que le hizo el FBI no fue larga. No tardó en convencerlos de que realmente no sabía nada acerca del atentado.
—¿Tienen alguna idea con respecto a la identidad de los asesinos? —pre
guntó por fin.
—Estamos investigando en los aeropuertos —contestó el agente—. Pero si esos tipos son tan inteligentes como parecen, deben de haberse ido hace mucho.
—No cabe duda de que son inteligentes acotó Ryan con amargura—.
¿Y qué pasa con el que capturaron?
Está haciendo la perfecta imitación de una almeja. Por supuesto que ya tiene un abogado que le aconseja que no abra la boca. Siempre hacen lo mismo.
—¿Y de dónde salió ese abogado?
—De la oficina del defensor público. Recuerde que es una norma. Si uno retiene a un sospechoso durante un tiempo, tiene que tener un abogado. No creo que tenga demasiada importancia. Es posible que ese tipo tampoco hable con el abogado. Lo tenemos detenido por violación de la ley estatal de portación de armas y por transgredir las leyes federales de inmigración. Lo devolveremos al Reino Unido en cuanto se haya terminado el papeleo. Tal vez dentro de aproximadamente dos semanas. Depende de las objeciones que ponga el abogado. El agente cerró su libreta de anotaciones.— Nunca se sabe, a lo mejor empieza a hablar, pero no se puede contar con eso. De todos lo ingleses dicen que nu es demasiado inteligente. Es la versión irlandesa del encapuchado callejero, muy hábil con las armas, pero lento de entendederas.
—¿Pero si es poco inteligente, cómo...?
¿Cómo es tan capaz en lo que hace? ¿Usted cree que es necesario ser inteligente para matar a alguien? Clark tiene una personalidad psicótica. Prácticamente carece de sentimientos. Hay gente así. No considera que los que la rodean son verdaderos seres humanos. Los ve como objetos, y dado que sólo son objetos lo que les pueda suceder no tiene la menor importancia.

Una vez conocí a un tipo que había dado muerte a cuatro personas... y por lo que vi, sin siquiera pestañear; pero lloró como un chico cuando le dijimos que su gato había muerto. Esa gente ni siquiera comprende por qué se la manda a la cárcel, realmente no alcanza a comprenderlo —concluyó—. Y esos son los que aterrorizan

—No —contestó Ryan—. Los que aterrorizan son los que tienen cerebro, los que creen en lo que hacen.

—Todavía no me he topado con ninguno —admitió el agente.

—Yo sí. —Jack lo acompañó ala puerta y lo miró alejarse. La casa estaba desierta. Era un lugar silencioso sin los correteos de Sally, sin el sonido del televisor y sin la voz de Cathy conversando acerca de sus amigos del Hopkins. Durante varios minutos Jack vagó por la casa sin rumbo determinado, como si esperara encontrar a alguien. No quería sentarse, porque de alguna manera, eso equivalía a admitir que estaba solo, Se encaminó a la cocina y empezó a prepararse una copa, pero antes de terminar tiró toda la bebida en la pileta. No tenía ganas de emborracharse. Era mejor que mantuviera la mente clara. Por fin levantó el tubo y marcó un número.

—¿Sí? —contestó una voz.

—Almirante, habla Jack Ryan.

—Me dijeron que tu hijita está fuera de peligro —dijo James Greer—. Me alegro, hijo.

Gracias, señor. ¿La Agencia está involucrada en este asunto?

—Estamos hablando por una línea no inviolable, Jack —contestó el almirante.

—Quiero trabajar con ustedes —afirmó Ryan.

—Te espero mañana a la mañana.

Ryan colgó y fue a buscar su portafolio. Lo abrió y sacó una pistola automática Browning. La dejó sobre la mesa de la cocina y fue a buscar su escopeta y el equipo para limpiarla, Pasó la hora siguiente limpiando y engrasando, primero la pistola y después la escopeta. Cuando se dio por satisfecho, las cargó.

A la mañana siguiente, a las cinco, partió rumbo a Langley. Había conseguido dormir cuatro horas y después cumplió con el ritual del desayuno. Al llegar al edificio de la CIA se dio cuenta de que cada vez que llamaba, a cualquier hora que fuera, el almirante Greer se encontraba allí. Bueno, se dijo, esa es una cosa de la que puedo estar seguro. Un oficial de seguridad lo escoltó hasta el séptimo piso.

—Buen día, señor —saludó Jack al entrar en la habitación.

—Tienes mejor aspecto de lo que esperaba —dijo el Director.

—Supongo que eso es ilusorio, pero no voy a resolver mi problema escondiéndome en un rincón, ¿verdad? ¿Podemos hablar sobre lo que está sucediendo?

—Tus amigos irlandeses han recibido mucha atención. El Presidente ha pedido personalmente que se tomen cartas en el asunto. Hasta ahora no nos había sucedido que terroristas internacionales empezaran a llevar a cabo sus juegos en nuestro país... por lo menos nunca hicieron nada que llegara a los diarios —dijo Greer crípticamente. Ahora este es un caso de absoluta prioridad. Estamos poniendo a mucha gente a trabajar en el asunto.

—Quiero ser uno de ellos —dijo Ryan con sencillez.

—Si te crees capaz de participar en un operativo...

—Ya sé que no estoy hecho para eso.

Greer le sonrió.

—Me alegro de que lo veas con claridad, hijo. Ya sabía que eras inteligente. ¿Entonces en qué nos quieres ayudar?

—Usted y yo sabemos que esos malhechores forman parte de una red.

Las informaciones que usted me permitió ver fueron bastante limitadas. Obviamente tratarán de cotejar las informaciones que tienen sobre todos los grupos, en busca de una pista que los conduzca al ULA. Tal vez yo los pueda ayudar.

—¿Y tus clases?

—Puedo estar acá fuera del horario de clases. Por el momento en casa no hay mucho que me retenga.
— No es conveniente utilizar gente que está personalmente involucrada en una investigación —señaló Greer.
Este no es el FBI, señor. Yo no estaré haciendo trabajo de campo. Usted mismo me lo acaba de decir. Ya sé que usted quiere que yo vuelva a la CIA en una forma permanente, almirante. Y si realmente quiere que trabaje aquí, permítame empezar haciendo algo que es importante para los dos. —Jack hizo una pausa, buscando otro argumento—. Y si no soy lo suficientemente capaz, es mejor saberlo ya.
— A algunas personas no les va a gustar esto.
—A mí me están sucediendo cosas que tampoco me gustan demasiado, señor, y no tengo más remedio que sobrellevarlas. Si no puedo luchar de alguna manera contra esa gente, más me vale quedarme en casa. Usted es la única posibilidad que tengo de hacer algo para proteger a mi familia, señor.
Greer se volvió para llenar su taza de café en la máquina que tenía detrás del escritorio. En cuanto lo conoció le tomó simpatía a Jack. A pesar de no ser arrogante, era un muchacho acostumbrado a salir con la suya. Ese era un punto a su favor: sabía lo que quería pero no imponía sus deseos. Tampoco era una persona movida por las ambiciones, otro punto a su favor. Y, finalmente, poseía un enorme talento innato que podía ser formado, entrenado y dirigido. Greer siempre andaba en busca de gente talentosa. El almirante se volvió a mirarlo.
—Muy bien, ya pasas a formar parte del equipo. Marty es el encargado de coordinar la información. Trabajarás directamente con él. Espero que no hables en sueños, hijo, porque vas a ver material con el que ni siquiera te permitiremos soñar.
—Señor, hay una sola cosa con la que voy a soñar.

Había sido un mes muy ocupado para Dennis Cooley. La muerte de un conde en East Anglia, obligó a sus herederos a vender una inmensa colección de libros para pagar el impuesto a la herencia y Cooley había utilizado casi todo el efectivo que tenía para comprar no menos de veintiún volúmenes. Pero valió la pena: entre ellos había una primera edición muy rara de las obras de teatro de Marlowe. Para mejor, el difunto conde siempre cuidó con esmero sus tesoros. Los libros habían sido congelados varias veces para exterminar los insectos que podían dañar esas valiosísimas reliquias del pasado. El Marlowe se encontraba en un estado notablemente bueno, a pesar de tener la tapa manchada, cosa que desalentó a una cantidad de posibles compradores menos perspicaces que él. Cooley estaba inclinado sobre su escritorio leyendo el primer acto de El Judío de Malta, cuando sonó la campanilla.
—¿Ese es el ejemplar del que oí hablar? —preguntó enseguida el visitante.
—Ciertamente. —Cooley sonrió para ocultar su sorpresa. Hacía un tiempo que no veía a esa persona y le molestaba ligeramente que hubiera vuelto tan pronto. —Impreso en 1633, cuarenta años después de la muerte de Marlowe. Es uno de los escasos ejemplares existentes de la primera impresión de la obra.
—¿Es realmente auténtico?
—Por supuesto —contestó Cooley, un poco molesto por la pregunta—. Además de mi propia y humilde experiencia, fue autenticado por Sir Edmund Grey del Museo Británico.
—Con eso no se puede discutir —convino el cliente.
—Me temo que todavía no he decidido a qué precio lo voy a vender. ¿Por qué ha venido.
—El precio no es problema. Comprendo que usted pueda querer disfrutarlo personalmente. pero debo tenerlo.
Eso le explicó a Cooley por qué había ido. Se inclinó para observar el libro por sobre el hombro del librero—. ¡Magnífico! —exclamó, metiendo un sobrecito en el bolsillo de Cooley.
—Tal vez podamos llegar a un acuerdo. Dentro de algunas semanas, quizá.

—Miró por la ventana. En la acera de enfrente, un hombre se entretenía mirando la vidriera de una joyería. Después de un instante, se enderezó y se alejó.
—Antes que eso, por favor —insistió el cliente.
Cooley suspiró.
—Venga a verme la semana que viene y tal vez entonces podamos hablar del asunto. No olvide que tengo otros clientes.
—Pero espero que ninguno más importante que yo.
Cooley pestañeó dos veces.
Muy bien.
Geoffrey Watkins continuó revisando la librería durante algunos instantes. Seleccionó un ejemplar de Keats, también procedente de la biblioteca del conde, y antes de irse lo compró por seiscientas libras. Al salir no notó la presencia de una jovencita frente al puesto de venta de diarios, y nunca hubiera podido sospechar que otra lo esperaba en el extremo opuesto de la arcada. La que lo siguió estaba vestida tan llamativamente que nadie podía dejar de verla. Caminó tras él durante dos cuadras y siguió su camino cuando Watkins cruzó la calle. Pero en la vereda de Green Park lo esperaba otro oficial de policía.
Esa noche llegaron a Scotland Yard los informes de las vigilancias realizadas durante el día, y, como siempre, fueron alimentadas en una computadora. El operativo que se estaba realizando era una acción conjunta entre la Policía Metropolitana y el Servicio de Seguridad, conocido en una época como MI15. A diferencia del FBI norteamericano, la gente del "Cinco" no tenía autoridad para arrestar a los sospechosos, y debía trabajar en conjunto con la policía para concluir un caso. El matrimonio resultante no era completamente feliz. Significaba que James Owens tenía que trabajar hombro a hombro con David Ashley. Owens coincidía enteramente en la definición de su colega del FBI cuando afirmaba que Ashley era un "cretino arrogante".
—¡Pautas, pautas, pautas! —exclamó Ashley sorbiendo su té, mientras leía los informes. Habían confeccionado una lista de treinta y nueve personas que tenían o podían haber tenido informaciones tanto del atentado del Mall como en la transferencia de Miller a la isla de Whight. Uno de ellos había pasado la información. Los vigilaban a todos. Hasta ese momento había descubierto a un homosexual, a dos hombres y una mujer que vivían aventuras poco edificantes y a un hombre que disfrutaba viendo películas pornográficas en los cines de Sobo. Los informes financieros y los hábitos de vida de los presuntos sospechosos no mostraban ningún aspecto particularmente interesante. Estaba el informe habitual de hobbies, gustos por determinados tipos de obra de teatro y programas de televisión. Varios de ellos tenían muchísimos amigos. Otros eran solitarios. Los investigadores se mostraban agradecidos ante esa gente triste y sola, porque debían investigar también a los amigos de los demás, y eso les exigía una enorme cantidad de tiempo. Owens consideraba que el procedimiento era necesario, pero bastante desagradable. Equivalía a espiar por el agujero de la cerradura. A veces, las grabaciones de conversaciones teléfonicas, particularmente entre amantes, lo hacían estremecer. Owens era un individuo que apreciaba la necesidad individual de privacidad. No existía vida humana capaz de salir limpia cuando estaba sujeta a ese tipo de escrutinio. Pero se decía que la vida de una de esas personas tal vez demostraba su culpabilidad, y ese era el sentido del procedimiento.
—Veo que esta tarde el señor Watkins visitó una librería especializada en la venta de ejemplares raros —notó Owens al leer su propio resumen de los informes.
—Sí. Colecciona libros. Y yo también —contestó Ashley—. Yo mismo he estado un par de veces en esa librería. Hace poco se vendió la biblioteca de un conde. Tal vez Cooley haya adquirido algunos ejemplares que le interesen a Watkins. —El oficial de seguridad se recordó interiormente que él también tendría que pasar por la librería—. Estuvo allí diez minutos, habló con Dennis...
—¿Lo conoce? —preguntó Owens, levantando la mirada.

Es uno de los mejores comerciantes del ramo —afirmó Ashley. —Creo que hace dos años, para Navidad, le compré un Bronté para regalárselo a mi mujer. Es un gordito insignificante, pero sabe bastante. Así que Geoffrey conversó con él durante diez minutos, adquirió un libro y salió. Me pregunto qué le habrá comprado. —Ashley se frotó los ojos. Hacía tiempo que trabajaba catorce horas por día.
—Es la primera vez en varias semanas que Watkins ve a una persona distinta —recalcó Owens. Lo pensó durante un instante. Había pistas más firmes que esa y él contaba con poco personal.

—¿Así que podemos negociar sobre la base de ese asunto de la inmigración? preguntó el defensor de pobres y ausentes.
—No, de ninguna manera —contestó Bill Shaw desde el lado opuesto de la mesa. ¿Cree que vamos a concederle asilo político?
—Pero usted no nos está ofreciendo nada —observó el abogado—. Estoy seguro de poder echar por tierra ese cargo por portación de armas y usted no podrá probar eso de la conspiración.
—Está bien, abogado. Si eso lo hace feliz, podríamos dejarlo en libertad, regalarle un pasaje en avión y hasta ofrecerle una escolta para regresar a Inglaterra.
—A una cárcel de máxima seguridad. Usted no me da elementos para llegar a ningún acuerdo.
—Si él aceptara los cargos de portación de armas y conspiración, y si nos ayudara, podría pasar unos años en una cárcel mucho más agradable. Pero está muy equivocado si cree que vamos a permitir que un asesino convicto salga caminando tan campante. ¿Quién cree que soy?
—Se sorprendería si lo supiera respondió crípticamente el abogado defensor.
—¿Ah, sí? Estoy dispuesto a apostar que el prisionero tampoco le ha dicho nada a usted dijo el agente en un desafío al abogado a quien observó cuidadosamente. Bill Shaw también era abogado, aunque dedicaba sus conocimientos legales a la seguridad de la sociedad en lugar de trabajar para poner criminales en libertad.
—Las conversaciones entre abogado y cliente son secretas. —Hacía exactamente dos años y medio que el joven letrado practicaba su profesión. Su conocimiento del trabajo se limitaba a mantener a la policía alejada de sus defendidos. Al principio le alegró que Clark no hubiera hablado con la policía ni con el FBI, pero se sorprendió al comprobar que también se negaba a hablar con él. Después de todo, tal vez pudiera llegar a un arreglo, a pesar de lo que acababa de decir ese tipo del FBI. Esperó la reacción del agente, pero este no hizo más que mirarlo con ojos inexpresivos. El abogado defensor debió confesarse que había fracasado. Bueno, de todos modos ese caso no tenía demasiadas posibilidades.
—Eso es lo que yo pensaba —dijo Shaw, poniéndose de pie—. Dígale a su cliente que a menos que hable antes de pasado mañana, lo meteremos en un avión rumbo a Inglaterra donde terminará de cumplir una condena perpetua. No deje de decírselo. Si decide hablar después de haber llegado a su destino mandaremos gente a entrevistarlo y tomarle declaraciones. Dicen que allá la cerveza es excelente, y no me importaría hacer el viaje para comprobarlo
—Lo único que el Bureau podía hacer con respecto a Clark era atemorizarlo. La misión en que había participado perjudicó a los Provos y a ese jovencito tonto de Ned podría no gustarle la recepción que le esperaba. Estará más seguro en una cárcel de los Estados Unidos que en una británica, pero Shaw dudaba de que él lo comprendiera. Y en todo caso, tampoco se creía que eso lo incitaría a hablar. Tal vez después que llegara Inglaterra podría arreglar algo.
El caso no andaba bien, aunque él nunca esperó otra cosa. En ese tipo de atentados
la verdad se descubría inmediatamente o se demoraban meses o años en llegar al fondo del asunto. La gente que perseguían y eran demasiado inteligente como para haber dejado pistas evidentes.. El y sus hombreatendrían que trabajar día a día y hora ahora para hallarlas. Pero

eso entraba dentro de la definición clásica del trabajo de investigación de la policía. Shaw lo sabía mejor que nadie: era autor de un texto policíaco.

18 Luces

Ashley entró en la librería a las cuatro de la tarde. Como verdadero bibliófilo, se detuvo a la entrada para apreciar el aroma del lugar.
—¿Está el señor Cooley? —le preguntó a la empleada.
—No, señor —contestó Beatrix—. Ha viajado al extranjero por asuntos de negocios. ¿Puedo ayudarlo en algo?
— Sí. Supe que han hecho algunas nuevas adquisiciones.
—!Ah, sí! ¿Ha oído hablar de la primera edición del Marlowe? —Beatrix era notablemente parecida a un ratón. Su pelo era exactamente del tono de marrón indicado, y siempre estaba mal peinada. Tenía el rostro hinchado, Ashley ignoraba si por exceso de comida o de bebida. Gruesos lentes ocultaban sus ojos. Se vestía de una manera que condecía exactamente con la librería: todo lo que usaba era viejo o estaba fuera de moda. Ashley recordó haber comprado allí el ejemplar de Bronté para regalárselo á su mujer, y se preguntó si esas dos hermanas tristes y solitarias se habrían parecido a esa muchacha. Era realmente una pena. Con un poquito de esfuerzo Beatrix podría haber sido atractiva.
— ¿Un Marlowe? —preguntó Ashley—. ¿Y primera edición, dijo?
—Sí, señor. De la colección del difunto conde de Crundale. Como sabrá, las obras teatrales de Marlowe no se imprimieron hasta cuarenta años después de su muerte. —Siguió hablando, y exhibió conocimientos insospechados dado su aspecto. Ashley la escuchaba con atención. El ratón conocía a fondo su negocio.
—¿Cómo encuentran esas cosas? —preguntó Ashley cuando ella finalizó su discurso.
Beatrix sonrió.
—El señor Dennis las huele. Siempre anda viajando, y trabaja con otros comerciantes, con abogados y con personas así. Hoy por ejemplo está en Irlanda. Es sorprendente la cantidad de libros que consigue comprar allá. Esa gente horrenda tiene las colecciones más maravillosas.
—A Beatrix no le gustaban los irlandeses.
—Sin duda —comentó David Ashley. No reaccionó en absoluto ante la noticia que le acababan de dar. Por lo menos no reaccionó físicamente, pero se le encendió una lucecita en el cerebro. —Bueno esa es una de las contribuciones que nos hacen nuestros amigos del otro lado del charco. Unos cuántos escritores excelentes, y whisky.
—Y colocadores de bombas —comentó Beatrix—. A mí no me haría ninguna gracia ir tan a menudo a Irlanda.
—Yo veraneo allí bastante seguido. La pesca es maravillosa.
—Eso es lo que pensaba Lord Louis Mountbatten —observó la empleada.
—¿Y Dennis va muy seguido?
—Por lo menos una vez por mes.
—Bueno, con respecto a ese Marlowe... ¿puedo verlo? —preguntó
Ashley con un entusiasmo que no era completamente fingido.
—Por supuesto. Sacó el volumen de un estante y lo abrió con infinito
cuidado—. Como ve, aunque la tapa está bastante deteriorada, las páginas se
encuentran notablemente bien conservadas.
Ashley se inclinó sobre el libro, recorriendo la página con la mirada.
—Sí, están muy bien conservadas. ¿Cuánto vale el ejemplar?
—El señor Dennis todavía no le ha puesto precio. Sin embargo, entiendo que hay otro cliente sumamente interesado en comprarlo.

—¿Sabe quién es?
—No, señor, lo ignoro, y de cualquier manera no hubiera podido revelarle su nombre. Respetamos el secreto de nuestros clientes —recalcó Beatrix con mucha formalidad.
—Me parece bien. Es lo que corresponde —aprobó Ashley—. ¿Y cuándo regresa el señor Cooley? Yo también quiero hablarle sobre este ejemplar.
—Llega mañana a la tarde.
¿Y usted también estará aquí? —preguntó Ashley con una sonrisa encantadora.
—No, estaré en mi otro empleo.
—¡Qué pena! Bueno, muchísimas gracias por haberme mostrado esto.
—Ashley se encaminó hacia la puerta.
—Fue un placer, señor.
El oficial de seguridad salió de la arcada y dobló a la derecha. Esperó que pasara el grueso del tránsito de la tarde antes de cruzar la calle. Decidió caminar hasta Scotland Yard en lugar de tomar un taxi, bajó la colina por St. James Street, dobló a la izquierda para rodear el palacio y después tomó Marlborough Road hasta el Mali.
Sucedió allí mismo, pensó. El auto que lo esperaba para huir dobló por acá y
desapareció. La emboscada tuvo lugar a apenas noventa metros de distancia de donde estoy parado en este momento. Durante algunos momentos se quedó mi
rando los alrededores y recordando.
La personalidad de los oficiales de seguridad es muy parecida a lo largo de todo el mundo. No creen en coincidencias, aunque sí en accidentes. En lo que se refiere a su trabajo no tienen ni un atisbo de sentido del humor. Este es el resultado de saber que sólo la gente más confiable tiene posibilidades de convertirse en traidora; antes de traicionar a su país, deben traicionar a las personas que confían en ella. Oculto bajo el encanto que desplegaba,
Ashley era un hombre que, por sobre todas las cosas del mundo, odiaba a los traidores; sospechaba de todos y no confiaba en nadie.
Diez minutos después, llegaba a Scotland Yard y tomaba el ascensor para dirigirse a la oficina de James Owens.
—Ese tipo Cooley —dijo al entrar.
—¿Cooley? —durante un momento Owens se sintió intrigado—. Ah, el librero a quien Watkins visitó ayer. ¿Era allí donde estaba?
—Es una librería chica pero excelente. Hoy el propietario viajó a Irlanda. Ante la noticia, el comandante Owens asintió pensativo. Lo que antes carecía de importancia, acababa de ser modificado con una palabra. Ashley le contó todo lo que había sabido. Todavía no era una verdadera pista, pero merecía ser investigada. Ninguno de los dos dijo una sola palabra acerca de la importancia que podría tener: habían investigado infinidad de caminos que los llevaron a un punto muerto. Y hasta esos puntos muertos habían sido in
vestigados en todos sus detalles. La investigación no se había estancado. Todavía tenía personal en la calle, acumulando información... que para el caso no les era absolutamente nada útil. Y esto no era más que algo nuevo; pero por el momento resultaba suficiente.

Eran las once de la mañana en Langley. Ryan no participaba de las reuniones entre la gente de la CIA y la del FBI, quienes coordinaban las informaciones sobre el caso. Marty Cantor le había explicado que tal vez al FBI le resultara incómodo que él estuviera presente. A Jack no le importaba no asistir. Después del almuerzo le harían llegar el resumen de las informaciones y por el momento eso le bastaba. Cantor le entregaría las informaciones obtenidas por el FBI y además le resumiría los pensamientos y las ideas de los jefes de la investigación. Eso a Ryan no le entusiasmaba. Prefería analizar los datos desnudos. Su punto de vista externo y sin prejuicios ya había dado resultados antes y podía darlos ahora... por lo menos eso era lo que esperaba.

El mundo maravilloso de los terroristas internacionales, le dijo Murray frente al Old Bailey. Jack no lo consideraba tan maravilloso, pero se trataba de un mundo bastante completo, incluyendo lo que los griegos y los romanos consideraban que era el mundo civilizado. En ese momento él estaba repasando datos suministrados por satélites. El informe que estudiaba contenía no menos de dieciséis mapas. Además de ciudades y caminos, había pequeños triángulos que marcaban lugares en cuatro países, en los que se sospechabala existencia de campamentos de entrenamiento terrorista. Esos lugares eran fotografiados casi a diario por los satélites que giraban en órbita alrededor del globo. Concentró su atención en los mapas de Libia. Contaban con el informe de un agente italiano, quien afirmaba que Sean Miller había sido visto bajando a tierra en el puerto de Bengazi. El barco del que bajó estaba registrado en Chipre y pertenecía a una red de corporaciones suficientemente compleja como para carecer de importancia, sobre todo porque el barco había sido alquilado por otra red similar. Un destructor norteamericano fotografió ese barco en un encuentro aparentemente fortuito en los estrechos de Sicilia. La nave era vieja pero estaba sorprendentemente bien mantenida, y dotada de modernos equipos de radar y de radio. Se la utilizaba habitualmente para unir puertos de Europa Oriental con Libia y Siria, y se sabía que transportaba armamentos y equipos militares procedentes del bloque oriental con destino a estados del Mediterráneo. Esos datos ya habían sido separados para su posterior utilización.

Ryan se enteró de que la CIA y la Oficina de Reconocimiento Nacional estaban observando una serie de campamentos situados en el desierto de Africa del Norte. Un simple diagrama acompañaba las fotos fechadas de cada uno de ellos y Ryan buscaba un campamento cuya actividad aparente hubiera cambiado a partir del día en que el barco en que viajaba Miller había anclado en Bengazi. Se desilusionó al descubrir que eso había sucedido en cuatro campamentos. Se sabía que uno era utilizado por el Ala Provisional del IRA, dato obtenido en el interrogatorio de un terrorista convicto. Los otros tres eran desconocidos. Aparte del personal de mantenimiento, proporcionado por las fuerzas armadas de Libia, las fotografías identificaban a los habitantes como europeos, a juzgar por el tono claro de la piel, pero eso era todo. A Jack lo desilusionó comprobar que en las fotografías resultaba imposible reconocer un rostro: sólo el tono de la piel, y si el sol estaba en el ángulo indicado, el color del pelo. También se reconocían las marcas de los vehículos, pero no los números de las patentes. Extrañamente la claridad de las fotografías era mayor cuando habían sido tomadas de noche. El aire frío nocturno era menos turbio y no interfería con la imagen tanto como el calor diurno.

Las fotografías que ocupaban su atención correspondían a los campamentos 11504, 11518 y 11520, que eran casi idénticos; sólo los distinguía la distancia entre choza y choza.

Jack dedicó una hora a estudiar las fotografías y llegó a la conclusión de que ese milagro de la tecnología moderna le indicaba cualquier cantidad de detalles técnicos, ninguno de los cuales era útil para sus propósitos. Los dirigentes de esos campamentos tenían la cautela necesaria de mantener ocultos a sus hombres durante las horas en que pasaban por allí los satélites... con excepción de uno que presumiblemente no estaba capacitado para sacar fotografías. Pero aun entonces, la gente visible casi nunca era la misma y por lo tanto la capacidad ocupada de los campamentos era un asunto puramente estimativo, cosa terriblemente frustrante.

Ryan se echó hacia atrás y encendió otro cigarrillo con bajo contenido de nicotina. Había llegado a otro punto muerto. Le hacía acordar a uno de esos juegos de computación que a veces practicaba en su casa cuando se cansaba de escribir. Los análisis de inteligencia a menudo se parecían a esos juegos. Uno tenía que deducir cosas sin llegar a saber jamás qué era lo que estaba deduciendo.

Dos de los presuntos probables campamentos del ULA se encontraban a sesenta kilómetros del que reconocidamente pertenecía al IRA. A menos de una hora de viaje en auto, pensó Jack. ¡Si lo supieran! En ese caso sin duda los Provos eliminarían a los del ULA, que era lo que evidentemente deseaban hacer. Existían indicios de que los británicos pensaban lo mismo. Jack se preguntó qué pensaría Owens del asunto, y llegó a la conclusión de que posiblemente

no estuviera enterado. Resultaba soprendente que ahora él tuviera información de la que carecían algunos participantes más expertos. Volvió a mirar las fotografías.
Una, tomada una semana después de que Miller fuera visto en Bengazi, mostraba un automóvil que parecía un Toyota Land Cruiser, alejándose del 11518. Ryan se preguntó hacia dónde se dirigía. Anotó la fecha y la hora en la parte inferior de la fotografía y chequeó el diagrama. Diez minutos después encontró el mismo auto, al día siguiente, en el campamento 11509, un reducto del PIRA ubicado a sesenta kilómetros del 11518.
Jack se contuvo para no dejarse llevar por el entusiasmo: el 11518 podía pertenecer a la facción del ejército rojo de Alemania Occidental, a las Brigadas Rojas italianas o a cualquier otra organización que mantuviera lazos amistosos con el PIRA. A pesar de todo, hizo algunas anotaciones. Eran datos, informaciones que valía la pena constatar.
Enseguida pasó a chequear el gráfico de ocupación de ese campamento, que mostraba el número de edificios ocupados por la noche y que se remontaba a los dos años anteriores. Lo comparó con una lista de los operativos conocidos del ULA... y al principio no descubrió nada. Las épocas en que aumentaba el número de edificios ocupados no correspondían con las actividades conocidas de la organización... pero notó que existían ciertos patrones.
¿Qué clase de patrones? se preguntó. Más o menos cada tres meses ocupaban una vivienda más. Prescindiendo del número de personas que vivían en el campamento, durante tres días habilitaban otra choza. Ryan lanzó una maldición al comprobar que la pauta no se mantenía estrictamente. Dos veces, en el término de dos años, el número de las chozas habitadas no se modificó. ¿ Y eso qué significa?
—De todos modos estás en un laberinto —murmuró Ryan en voz baja. Reconocer los patrones no era su fuerte. Salió de la oficina en busca de una Coca, pero más que nada para refrescar sus pensamientos.
Tomó los gráficos de ocupación de los tres campamentos de origen desconocido para comparar los respectivos niveles de actividad. Los otros dos campamentos no mostraban pautas reconocibles, a diferencia del 18. Dedicó una hora a memorizar los gráficos de los tres campamentos, debido a que en la CIA estaba prohibido sacar fotocopias. Después volvió a examinar las fotografías. En una de las fotografías del 11520 vio una muchacha. Por lo menos había una persona con un traje de baño de dos piezas. Jack clavó la mirada en la fotografía durante algunos instantes, y después la alejó, disgustado. Se había convertido en un mirón; trataba de discernir la figura de una chica que posiblemente fuese terrorista. Los campamentos 04 y 18 no poseían ninguna atracción parecida y se preguntó qué conclusiones podía sacar al respecto, hasta que recordó que sólo uno de los satélites sacaba fotografías diurnas en las que aparecían seres humanos. Decidió que necesitaba saber con qué frecuencia pasaba determinado satélite sobre un mismo lugar.
—No estás llegando a ninguna parte —se dijo en voz alta.
—Tampoco llegan los demás —contestó Marty Cantor. Ryan se volvió.
—¿Cómo entraste? —preguntó.
—Diré una cosa a tu favor, Jack: cuando te concentras, realmente te concentras. Hace cinco minutos que estoy aquí parado. —Cantor sonrió—. Me encanta que trabajes con tanta intensidad, amigo, pero creo que se te va la mano.
—Sobreviviré.
—Si tú lo dices... —contestó Cantor, dubitativo—. ¿Te gusta nuestro álbum de fotos?
—Los que se dedican exclusivamente a esto deben de volverse locos.
—A algunos les sucede —concedió Cantor.
—Tal vez tenga algo que valga la pena constatar —dijo Jack y explicó sus sospechas sobre el campamento 18.
—No está mal. De paso, te diré que el 20 puede ser de Action Directe, el grupo francés que descubrieron hace poco. El Servicio de Inteligencia Francés lo sospecha.

Librodot

—¡Ah! Quizás eso explique una de las fotografías. —Ryan la buscó. —Gracias a Dios que Iván no sabe lo que hace ese pájaro —comento Cantor asintiendo—. ¡Ummm! Tal vez con esto podamos averiguar su identidad.
—¿Cómo? —preguntó Jack—. No se le alcanza a ver la cara.
—Pero sí el largo del pelo. También se nota el tamaño de su pecho.
—Cantor esbozó una sonrisa de oreja a oreja.
—¿Qué?
—Los tipos que se dedican a fotointerpretación son... bueno, muy técnicos. Para poder identificar a una chica por estas fotografías debe tener pechos de taza C... por lo menos eso es lo que me explicaron en una oportunidad. No hablo en broma, Jack. Alguien descubrió que se puede identificar a la gente a base de la combinación de una serie de factores como color y largo de pelo, y tamaño del busto. En ActionDirecte militan muchas mujeres. Es posible que nuestros colegas franceses encuentren esto interesante. —Pero se abstuvo de agregar: Siempre que estén dispuestos a llegar a un trato con nosotros.
—¿Y qué pasa con el 18?
—No sé. En realidad nunca hemos tratado de identificar ese campamento. Pero ese asunto del auto me parece un punto negativo.
—No olvides que nuestros amigos del ULA tienen infiltrados a los Provos —recordó Jack,
—Siguen pensando en eso, ¿eh? Muy bien, es algo que merece ser considerado —concedió Cantor—. ¿Y qué hay de ese patrón del que me hablaste?
—Todavía no tengo nada nuevo —admitió Jack.
—Veamos este gráfico.
Jack lo extendió.
— Casi siempre, cada tres meses, crece el número de habitantes.
Durante algunos instantes, Cantor miró el gráfico con el entrecejo fruncido. Después observó las fotografías. En las fechas indicadas había solamente una tomada con luz de día. En cada uno de los campamentos había algo que parecía un campo de tiro. En la foto que seleccionó Cantor se veían tres hombres parados allí.
— Es posible que hayas dado con algo, Jack.
—¿Qué? —Ryan había mirado la fotografía sin sacar ninguna conclusión.
—¿Cuál es el rasgo distintivo del ULA?
— Su profesionalismo —contestó Ryan.
—En el último informe que nos enviaste afirmabas que tenían una organización más militar que la de otros grupos, ¿recuerdas? Por lo que sabemos, cada uno de ellos es hábil en el manejo de las armas.
—¿Y?
— ¡Piensa! —Ryan lo miró sin entender—. Entrenamiento periódico de repaso, ¿quizás?
— ¡Ah! No se me ocurrió pensar en eso. ¿Pero cómo es posible que nadie haya...?
—¿Sabes cuántas fotografías tomadas por satélites pasan por acá? No puedo darte el número exacto, pero no te equivocarías al suponer que son miles por mes. Calcula que el examen de cada una exige un mínimo de cinco minutos. Estamos principalmente interesados en los rusos: silos misilísticos, fábricas, movimientos de tropas, parques de tanques... todo eso. Y a eso se dedica casi toda la gente que tiene talento analítico, y aun así no se pueden mantener al día con todo lo que entra. Y los tipos a quienes les hemos encargado este material son técnicos, no analistas. —Cantor hizo una pausa—. El campamento 18 parece lo suficientemente interesante como para que tratemos de encontrar una forma de investigarlo, a ver quién vive realmente allí. No está mal.

—Has violado las normas de seguridad —dijo Kevin O'Donnell a guisa de saludo. Lo anunció en voz muy baja para que ninguno de los clientes del ruidoso bar pudiera oírlo.
—Tal vez esto valga la pena —contestó Cooley—. ¿Instrucciones?

—¿Cuando regresas?
—Mañana a la mañana. Tomo el primer avión.
O'Donnell asintió terminando de beber su copa. Salió del bar y se encaminó directamente a su auto. Veinte minutos después estaba en su casa. A los diez minutos, sus jefes de operaciones y de inteligencia se encontraban en su estudio.
— ¿Sean, te gustó trabajar con la organización de Alex?
— Son iguales a nosotros: pocos pero profesionales. Alex es un técnico excelente, pero muy arrogante. No ha tenido demasiado entrenamiento formal. Es inteligente, muy inteligente. Y, como dicen allá, está hambriento. Quiere destacarse.
—Bueno, es posible que el verano que viene se le presente la oportunidad. —O'Donnell se detuvo para levantar en alto la carta que Cooley acababa de entregarle—. Parece que el verano que viene Su Alteza Real visitará Norteamérica. Casi el noventa por ciento de las obras de Leonardo da Vinci pertenecen a la familia real y las van a enviar a los Estados Unidos para recaudar fondos para ciertas obras de caridad. La muestra será inaugurada por el Príncipe de Gales en Washington el primero de agosto. Esto no será anunciado hasta el mes de julio, pero aquí tengo el itinerario, incluyendo las medidas de seguridad. Todavía no se ha decidido si Su Alteza será acompañado por su bella esposa, pero nosotros actuaremos suponiendo que así será.
— ¿Y la criatura? —preguntó Miller.
—Sospecho que no viajará, pero también daremos margen a esa posibilidad. —Entregó la carta a Joseph McKenney. El jefe de inteligencia del ULA estudió los datos.
—Durante los actos oficiales, las medidas de seguridad serán estrictísimas. Los norteamericanos han sufrido una serie de incidentes de los que han aprendido —aseguró McKenney. Pero si deciden seguir adelante con este plan...
— Sí acotó O'Donnell—. Quiero que ustedes dos trabajen juntos en esto. Nos queda tiempo más que suficiente y lo utilizaremos bien. —Volvió a tomar la carta y la releyó antes de entregársela a Miller. En cuanto ellos abandonaron la habitación, escribió las instrucciones para su agente en Londres.
A la mañana siguiente, Cooley vio a su contacto en el aeropuerto y entró en la cafetería. A pesar de ser un viajero experimentado, había llegado temprano. Bebió una taza de café mientras esperaba que anunciaran su vuelo. En cuanto terminó salió de la cafetería, En ese momento entraba su contacto. Ambos hombres se rozaron y así pasó el mensaje, como se enseña en todas las escuelas de espías del mundo.
—Verdaderamente viaja mucho —observó Ashley. En menos de una hora los detectives de Owens habían localizado al agente de viajes del librero y obtuvieron una lista de sus desplazamientos durante los últimos tres años. Otros dos estaban confeccionando una biografía del hombre. Era un trabajo estrictamente rutinario. Owens y sus hombres tenían demasiada experiencia para que una pista les provocara un entusiasmo excesivo. El entusiasmo frecuentemente interfería con la objetividad. El auto de Cooley —estacionado en el aeropuerto de Gatwick— tenía demasiado kilometraje recorrido para sus años de existencia, cosa que el dueño explicaba por su necesidad de viajar para comprar libros. Esos eran los datos obtenidos en dieciocho horas. Esperarían pacientemente hasta conseguir otros.
—¿Con qué frecuencia viaja a Irlanda?
—Bastante seguido, pero no hay que olvidar que comercia con libros escritos en inglés, y somos los únicos dos países europeos de habla inglesa, ¿no? —Ashley también sabía controlar su entusiasmo.
—¿Y Norteamérica? —preguntó Owens.
— Por lo visto va una vez por año. Sospecho que asiste a una feria del libro. Pero puedo constatarlo.
— Ellos también hablan inglés.
Ashley sonrió.

Librodot

— Shakespeare no vivió ni publicó allí. No hay muchos ejemplos de ediciones norteamericanas lo suficientemente antiguas como para entusiasmar a una persona como Cooley. Lo que quizá podría hacer es comprar libros nuestros que hayan llegado a esas playas, pero me parece más probable que ande en busca de compradores. No, Irlanda le proporciona una coartada maravillosa, perdón, si es que de eso se trata. Mis propios proveedores, Samuel Pickett e hijos, también viájan a menudo a Irlanda... pero creo que no tanto como Cooley.
—Tal vez saquemos algo en limpio de sus datos biográficos —comentó Owens.
—Es la esperanza que nos queda. —Ashley buscaba la luz del extremo del túnel, pero lo único que encontraba era la continuación del túnel.

—Está bien, Jack —aseguró Cathy.
El asintió. Ryan sabía que su mujer tenía razón. La enfermera no cabía en sí de alegría cuando les dio la noticia en cuanto llegaron. Sally se recobraba rápidamente, como era de esperar en una chiquita tan saludable. Ya había comenzado el proceso de cicatrización.
Sin embargo había una diferencia entre el conocimiento de la mente y el conocimiento del corazón. Ese día Sally estaba despierta. Por supuesto, con la cánula del respirador en la boca no podía hablar, pero los murmullos que pronunció sólo podían significar: Me duele. A pesar de saber que sanaría, los daños sufridos por su hijita no le parecían menos horrendos. En todo caso le parecían peores en ese momento, porque de vez en cuando Sally estaba consciente. Con el tiempo el dolor desaparecería... pero en ese momento su chiquita sufría. Posiblemente Cathy pudiera consolarse pensando que sólo los vivos pueden sentir dolor, que era una señal positiva a pesar de lo molesto que podía ser. Pero eso no consolaba a Jack. Se quedaron con Sally hasta que volvió a quedarse dormida. Jack condujo a su mujer fuera de la habitación.
—¿Cómo estás? —le preguntó.
—Mejor. Mañana a la noche podrás llevarme a casa.
Jack meneó la cabeza. No había pensado en eso. Qué imbécil, se dijo. De alguna manera supuso que Cathy se quedaría allí, cerca de Sally.
—Sin ti la casa parece vacía, mi amor —dijo por fin.
—Estará vacía sin ella —contestó su mujer, y de nuevo empezó a llorar.
Enterró la cabeza en el hombro de su marido—. Y es tan chiquita...
—Sí —Jack pensó en la cara de Sally, en sus ojitos azules rodeados de un mar de lastimaduras, y en el dolor. —Mejorará, querida, y no quiero volver a oírte decir "fue culpa mía".
—¡Pero lo fue!
—No es cierto. ¿Sabes la suerte que tengo al conservarlas vivas a las dos? Hoy pude ver el informe del FBI. Si no hubieras clavado los frenos cuando lo hiciste, estarían muertas. —Se suponía que la frenada de Cathy hizo que Miller errara el tiro por escasos centímetros. Los forenses declaraban que por lo menos dos balas pasaron a milímetros de la cabeza de Cathy. Jack podía cerrar los ojos y recitar el informe palabra por palabra. —Gracias a esa actitud inteligente, salvaste su vida y la tuya.
Cathy tardó un momento en reaccionar.
—¿Cómo supiste eso?
—Por la CIA. Están cooperando con la policía. Pedí que me permitieran formar parte del equipo y me aceptaron.
— Pero... —Hay mucha gente trabajando en este caso, chiquita. Yo soy uno de ellos —explicó Jack en voz baja—. Ahora lo único que importa es encontrarlos. —Crees que...
— Sí, lo creo. Tarde o temprano.

Librodot

Por el momento Bill Shaw no tenía tantas esperanzas. La mejor pista potencial con que contaban era la identidad del negro que conducía la furgoneta. No se había suministrado esa información al periodismo. Tanto para la televisión como para los diarios, todos los sospechosos eran blancos. No se trataba de que el FBI hubiera mentido a la prensa, sino que permitió que sacaran falsas conclusiones sobre la base de los datos que les suministraron... cosa que sucedía con bastante frecuencia. Con eso posiblemente consiguieran que el sospechoso no se pusiera en guardia. La única persona que lo había visto de cerca era la empleada del supermercado. La mujer pasó varias horas revisando fotografías de negros sospechosos de pertenecer a grupos revolucionarios, y encontró tres individuos posibles. Dos estaban en la cárcel; uno por eI robo de un Banco, el otro por transportar explosivos de un estado a otro. El tercero hacía siete años que se había perdido de vista. Para el Bureau no era más que una fotografía. Lo conocían simplemente por su alias y no poseían sus impresiones digitales. Se había separado de sus compañeros anteriores —un acto inteligente ya que casi todos ellos habían sido arrestados y convictos por distintos crímenes— y simplemente desapareció. Shaw se dijo que posiblemente en ese momento se hubiera integrado a la sociedad, viviendo una vida normal en alguna parte y que sus actividades pasadas no fueran más que un recuerdo.

El agente volvió a revisar el archivo en el que el negro figuraba con el alias de "Constantine Duppens". Los informantes aseguraban que era un individuo bien hablado. Posiblemente educado. El informe establecía que a pesar de haber estado relacionado con el grupo vigilado por el Bureau, en realidad nunca lo integró. Jamás participó de un solo acto ilegal y se separó de la banda cuando los jefes empezaron a hablar de mantenerse mediante asaltos a Bancos y tráfico de drogas. Tal vez sea un *dilettante*, pensó Shaw, un estudiante con ideas liberales que al observar de cerca a uno de los grupos los reconoció por lo que eran... por lo que Shaw creía que eran: bobalicones ineficaces, vagos callejeros con rastros de ideas marxistas o pseudohitleristas.

Algunos grupos marginales ocasionalmente lograban colocar bombas en una u otra parte, pero esos casos eran tan raros, tan pocos, que el pueblo norteamericano apenas se enteraba de su existencia. Cuando un grupo asaltaba un Banco o robaba un auto blindado para mantenerse, el público recordaba que para robar un Banco no era necesario estar políticamente motivado; bastaba con la codicia. De un pico de cincuenta y un incidentes terroristas perpetrados en 1952, el número de atentados fue reducido a siete en 1985. El Bureau había logrado desbaratar gran parte de esos grupos de aficionados evitando más de veinte atentados el año anterior gracias a una buena inteligencia seguida por una rápida acción. Fundamentalmente las pequeñas células de locos habían sido vencidas por su falta de profesionalismo.

En Norteamérica no existían los grupos terroristas ideológicamente motivados, por lo menos de acuerdo con los moldes europeos. Estaban los grupos de armenios cuyo principal objetivo consistía en asesinar diplomáticos turcos, y los que pregonaban la supremacía de los blancos en el noroeste, pero en ambos casos la única ideología era el odio... ya se tratara de turcos, negros, judíos o lo que fuese. Esos grupos eran nocivos, pero no realmente peligrosos para la sociedad porque no tenían objetivos políticos, Para ser realmente eficaces, los integrantes de tales grupos tenían que creer en algo que fuera más allá de la negatividad del odio. Por supuesto que los terroristas más peligrosos eran los idealistas, pero Norteamérica era un lugar donde difícilmente se llegaban a ver los beneficios del marxismo o del nazismo. En un lugar donde hasta las familias humildes tenían televisor color, ¿qué atractivo podía ejercer el colectivismo? En un país donde no existía la distinción de clases, ¿a qué grupo podía uno odiar con verdadera convicción? Y así la mayor parte de los pequeños grupos encontraban que eran peces guerrilleros que nadaban no en un mar de campesinos sino en un mar de apatía. Ni uno solo de esos grupos había podido superar ese factor antes de ser destruido por el Bureau... y, como corolario, su destrucción sólo lograba aparecer en algunos centímetros de la página once de los diarios, que ni siquiera imprimían sus desafiantes manifiestos. Los editores no los consideraban noticia. De alguna manera ese era el final perfecto para un juicio contra terroristas.

Pero en ese sentido, el FBI era víctima de su propio éxito. Habían cumplido tan bien su misión, que el público no se preocupaba por la posibilidad de que hubiera actividades terroristas en el país. Hasta el caso Ryan, como se lo denominaba en ese momento, sólo se consideraba un crimen desagradable y no el precursor de algo nuevo en los Estados Unidos. Para Shaw era ambas cosas. Como política institucional, el FBI consideraba que el terrorismo era un crimen y que ninguna dimensión política podía otorgar a los perpetradores cierta perversa respetabilidad. La importancia de esta distinción no era puramente semántica. Ya que por su naturaleza los terroristas atacaban los fundamentos de la sociedad civilizada, el hecho de concederles la menor brizna de respetabilidad equivalía a redactar una carta de suicidio para la sociedad, que era el blanco que se proponían. Sin embargo el Bureau reconocía que éstos no eran simples criminales que andaban en busca de dinero. El objetivo que perseguían era mucho más peligroso. Por ese motivo, crímenes que de otra manera hubieran sido del dominio de los departamentos de policía locales, eran inmediatamente girados al gobierno federal.
Shaw volvió a estudiar la fotografía de "Constantine Duppens". Era demasiado esperar que una empleada de comercio recordara un rostro determinado entre los miles que veía cada día, y menos que lo recordara con la suficiente claridad como para reconocerlo en una fotografía que podía tener años de antigüedad. Decididamente la mujer había tratado de ayudar y se comprometió a no comentar con nadie lo que había hecho. Tenían una descripción de la ropa usada por el sospechoso —que casi seguramente habría sido quemada— y de la furgoneta, que ya tenían en su poder. En ese momento no se encontraba lejos de la oficina de Shaw y la estaban desmantelando, pieza por pieza. Los expertos forenses habían identificado el tipo de arma utilizada. Por el momento, eso era todo lo que tenían. Lo único que el inspector Bill Shaw podía hacer era esperar que alguno de sus hombres apareciera con una novedad. Un informante pago podía llegar a oír algo, tal vez se presentara un nuevo testigo o quizás el equipo de forenses descubriera algo
inesperado en la furgoneta. Shaw se dijo que debía ser paciente. A pesar de sus veintidós años en el FBI, la paciencia era una virtud que todavía le costaba ejercer.

—Ah, me estaba empezando a gustar tu barba —dijo un compañero de trabajo.
—La maldita me picaba demasiado. —Alexander Constantine Dobbens
había regresado a su empleo—. Prácticamente no hacía más que rascarme la cara.
—Sí, en una época a mí me pasaba lo mismo —convino su compañero de cuarto—. Cuando uno es joven es distinto.
—¡Habla por ti, abuelito! —exclamó Dobbens riendo—. Eres un viejo pavo casado. No porque tú estes encadenado tengo que ponerme yo también la soga al cuello.
—Tendrías que sentar cabeza, Alex.
—El mundo está lleno de cosas interesantes y yo todavía no las he experimentado todas. —Pero bastantes. Era ingeniero y trabajaba en la Compañía de Gas y Electricidad de Baltimore y por lo general cumplía el turno de la noche. Su empleo lo obligaba a viajar gran parte del tiempo, revisando equipos y supervisando cuadrillas de tendido de líneas. Alex era un tipo popular a quien no le importaba ensuciarse las manos, y que realmente disfrutaba del trabajo físico que muchos ingenieros eran demasiado orgullosos para llevar a cabo. El mismo se denominaba hombre del pueblo. Su postura gremial resultaba irritativa para la gerencia de la compañía, pero era un excelente ingeniero, y el hecho de que fuese negro tampoco era contraproducente. Un buen ingeniero, popular entre sus empleados y que además fuese negro era una adquisición. Había reclutado trabajadores entre las minorías, pero pese a todo obtuvo no menos de una docena de buenos obreros para la compañía. Los antecedentes de algunos eran poco claros, pero Alex logró encaminarlos por la buena senda.
Por lo general sus noches de trabajo eran tranquilas y Alex compraba la primera edición del Baltimore Sun. El caso Ryan ya no ocupaba las primeras planas, sino que había sido relegado a la sección de noticias locales. Leyó que el FBI y la policía estatal seguían investigando el

caso. Todavía le resultaba sorprendente que la mujer y la chiquita hubieran sobrevivido, testimonio de la eficacia de los cinturones de seguridad. Bueno, decidió, me alegro. Matar a una chiquita y a una mujer embarazada no era precisamente un motivo de orgullo. Un patrullero había perdido la vida y eso le bastaba. Sin embargo le seguía molestando que la policía se hubiera apoderado de ese chico Clark. Le dije a ese imbécil de mierda que allí el tipo estaría demasiado expuesto, pero no, él quería liquidar a toda la familia al mismo tiempo. Alex no ignoraba los motivos, pero consideraba que se trataba de un caso donde el celo superaba el realismo. Esos malditos profesionales de ciencias políticas que creen que si uno lo desea con bastante vehemencia consigue que suceda lo que quiere. Los ingenieros sabían que eso no era cierto.

A Dobbens lo consolaba que todos los sospechosos fueran blancos. Cometió el error de saludar al helicóptero. En la actividad revolucionaria, las bravuconadas estaban de más. Era una lección que debía aprender, aunque en ese caso no hubiera perjudicado a nadie. Los guantes y el sombrero impidieron que esos cerdos obtuvieran una descripción de su persona. Lo realmente extraño era que, a pesar de todos los inconvenientes el operativo resultó un éxito. Ese imbécil del IRA, O algo, había sido echado de Boston con la cola entre las piernas. Por lo menos el operativo resultó políticamente eficaz. Y esa era la verdadera medida del éxito.

Desde su punto de vista, el éxito significaba alcanzar la fama. El y sus hombres habían proporcionado asistencia experta a un grupo revolucionario reconocido. Ahora podía recurrir a sus amigos africanos para que le proporcionaran fondos. Desde el punto de vista de Alex no eran africanos, pero a ellos les gustaba que se los llamara así. Había manera de dañar a Norteamérica, de llamar la atención como no lo había logrado jamás ningún grupo revolucionario. ¿Y si, por ejemplo, él consiguiera provocar un apagón en quince estados al mismo tiempo? Alex Dobbens sabía cómo hacerlo. Los revolucionarios tenían que encontrar la forma de golpear a la gente en el lugar donde vivían ¿y qué mejor que hacerlos dudar de algo que daban por sentado? Si pudiera demostrarles que el gobierno corrupto ni siquiera era capaz de ser confiable manteniendo encendidas sus luces, ¿qué dudas no podría provocar después en el pueblo? Norteamérica es una sociedad de objetos, pensó. ¿Y si esos objetos dejaran de funcionar? Entonces, ¿qué pensaría la gente? No conocía la respuesta a esa pregunta, pero sabía que en ese caso algo tendría que cambiar, y lo que él buscaba era el cambio.

19 Pruebas y pasar de grados

—Es un pato viejo —observó Owens. El expediente era el resultado de tres semanas de trabajo.

Dennis Cooley era nativo de Belfast, pertenecía a una familia católica de clase media a pesar de que sus difuntos padres no eran practicantes, cosa realmente extraña en una región donde la religión define tanto la vida como la muerte. Dennis asistió a la iglesia —una necesidad en quien ha sido educado en la escuela parroquial— hasta su ingreso en la universidad, fecha a partir de la cual abandonó toda práctica religiosa. No tenía ningún antecedente criminal. Ninguno. Durante su época de estudiante universitario cultivó la amistad de algunos grupos activistas, a los que nunca se unió, sin duda por preferir dedicar su tiempo a sus estudios literarios. Se graduó con las más altas calificaciones. Algunos cursos sobre marxismo, otros sobre economía, siempre con profesores cuyas tendencias eran de centro izquierda. El comandante Owens bufó. Esos personajes también pululaban en la Facultad de Ciencias Económicas de Londres, ¿no?

Librodot

La única constancia que existía acerca de él era que pagaba impuestos. Trabajó en la librería de su padre, y desde el punto de vista de la policía simplemente no existía. Ese era el problema de la tarea policial: sólo reparaba en los criminales. Algunas discretas averiguaciones, realizadas en Belfast no dieron ningún resultado. La librería era visitada por toda clase de gente, hasta por soldadas británicos, llegados a la isla más o menos en la época en que Cooley se recibió. La vidriera del negocio fue rota un par de veces por grupos, protestantes, pero nunca sucedió un incidente más serio. El joven Dennis no se destacaba por frecuentar los bares locales, no pertenecía a ninguna organización religiosa ni a ninguna sociedad deportiva. "Siempre estaba leyendo algo", informó alguien a uno de los detectives. Esa sí que es una novedad, se dijo Owens. El dueño de una librería que lee...

Entonces sus padres murieron en un accidente automovilístico.

A Owens le sorprendió que hubiera muerto de una manera completamente normal. A un camión le fallaron los frenos y se estrelló contra el autito del matrimonio. Resultaba difícil recordar que en Ulster había gente que moría de muerte natural y que estaban tan muertos como los que volaban por los aires o eran alcanzados por las balas de los terroristas que merodeaban por la noche. Dennis Cooley recibió el monto del seguro de vida de sus padres y continuó manejando la librería después del tranquilo funeral realizado en la iglesia del pueblo. Algunos años después vendió la librería y se desplazó a Londres.

Las planillas impositivas demostraban que ganaba bien. Una inspección de su departamento demostró que vivía dentro de sus posibilidades económicas. Estaba bien conceptuado entre sus colegas. Beatrix, su única empleada, disfrutaba evidentemente trabajando para él. Cooley no tenía amigos, seguía sin frecuentar los bares del barrio —por lo visto ni siquiera bebía— vivía solo, no se le conocían preferencias sexuales y viajaba mucho por razones de negocios.

—Es un maldito cero a la izquierda —exclamó Owens.

—Sí —contestó Ashley—. Pero por lo menos esto explica dónde lo conoció Geoff: él era teniente en uno de los primeros regimientos que fueron enviados a Irlanda y probablemente haya visitado la librería un par de veces. Tú sabes lo conversador que es Geoff Watkins. Posiblemente hayan empezado a hablar sobre libros, no se me ocurre que hayan tenido otro tema de conversación, y dudo de que a Cooley le pudiera interesar otra cosa. ¿Y qué se sabe de los padres?

Ashley sonrió.

—Se los recuerda como los comunistas locales. Nada serio, aunque hasta el levantamiento húngaro de 1956 tuvieron ideas decididamente bolcheviques. Pero parece que lo de Hungría los desencantó. A partir de ese momento finalizaron sus actividades políticas, aunque siguieron expresándose abiertamente como izquierdistas. En realidad se los recuerda como gente muy agradable, aunque algo extraña. Evidentemente alentaban a los chicos para que leyeran: lo cual además les resultaba un buen negocio. Pagaban puntualmente sus cuentas. Aparte de eso, nada.

—¿Y esa chica, Beatrix?

—Se educó en nuestras escuelas estatales. No asistió a la universidad pero es autodidacta en literatura y en historia de las publicaciones. Vive con su anciano padre, un sargento retirado de la RAF. No hace vida social. Posiblemente pase las tardes viendo televisión y bebiendo Dubonnet. Les profesa una intensa antipatía a los irlandeses, pero no le molesta trabajar con el "señor Dennis" porque es experto en literatura. Como verás, allí no hay absolutamente nada.

—Así que tenemos un comerciante en libros raros, cuya familia era comunista pero que no mantiene lazos conocidos con ningún grupo terrorista —sintetizó Owens—. Estuvo en la Universidad más o menos en la misma época que nuestro amigo O'Donnell, ¿verdad?

—Sí, pero nadie recuerda si se conocieron. En realidad vivían a pocas cuadras de distancia, pero nadie recuerda si Kevin frecuentaba la librería. _Ashley se encogió de hombros—. No olvides que eso se remonta a una época en que O'Donnell no atraía la atención. Y si en ese momento hubo algo que hoy pudiera sernos útil, no quedó documentado. Cooley y O'Donnell fueron alumnos del mismo profesor de economía. Esa podría haber sido una pista útil, pero el

tipo murió hace dos años... de muerte natural. Sus alumnos se han diseminado a los cuatro vientos, así que todavía tenemos que encontrar a alguno que haya conocido a ambos.
Owens se encaminó a un rincón de la oficina para servirse una taza de té. Un tipo con antecedentes marxistas que asistió al mismo colegio y en la misma época que O'Donnell. A pesar de su absoluta falta de conexiones con un grupo terrorista, era una pista que valía la pena seguir. Si llegaban a descubrir algo que sugiriera que Cooley y O'Donnell se conocían, el librero sería el nexo probable entre Watkins y el ULA.
— Muy bien, David, ¿qué piensas hacer?
— Instalaremos micrófonos en la librería y en su casa, y grabaremos todas sus conversaciones telefónicas, por supuesto. Cuando viaje, tendrá un acompañante.
Owens asintió para demostrar su aprobación. Eso era más de lo que él podía legalmente hacer, pero el Servicio de Seguridad no operaba bajo las mismas reglamentaciones que la Policía Metropolitana.
— ¿Y harás vigilar la librería?
— No será fácil, considerando el lugar donde está ubicada. Sin embargo intentaremos que alguno de nuestros hombres consiga empleo en uno de los negocios vecinos.
— El de enfrente es una joyería, ¿no?
— Nicholas Reemer ehijos —asintió Ashley—. La atienden el dueño y dos empleados.
Owens lo pensó.
— Yo podría proporcionar un detective con experiencia en robos, alguien conocido en la plaza.

— Buenos días, Jack —saludó Cantor.
— Hola, Marty.
Hacía semanas que Ryan había abandonado el estudio de fotografías obtenidas vía satélite. En ese momento estaba empeñado en encontrar pautas dentro de la red del terrorismo. Literalmente millares de oficiales y agentes de la CIA, junto con los de otros servicios de inteligencia de Occidente, recorrían el mundo en busca de esa información. Muchos agentes enviaban informes sobre los encuentros más triviales, con la esperanza de estar proporcionando la Pieza Única de Información que conseguiría desbaratar algún
grupo terrorista y que les proporcionaría una sustancial recompensa. Como resultaba se recibían millares de comunicados, casi todos plagados de inútiles tonterías que eran difíciles de diferenciar del par de informaciones de auténtico valor, hasta ese momento Jack no había comprendido la magnitud del problema. Toda la gente que trabajaba en el asunto era talentosa, pero estaba sofocada por un mar de datos de inteligencia que era necesario clasificar, calificar y verificar antes de poder empezar a analizarlos a fondo. La dificultad de encontrar una organización era inversamente proporcional al tamaño de la misma, y algunos grupos apenas estaban compuestos por un puñado de personas... y en casos extremos, sólo por los integrantes de una familia.
—Marty —dijo Jack levantando la vista de los papeles que tenía sobre el escritorio—, esta es la imposibilidad más grande con que me he enfrentado en la vida.
—Tal vez tengas razón, pero he venido a felicitarte —contestó Cantor.
—¿Que?
—¿Recuerdas esa fotografía vía satélite de la chica en bikini? Los franceses creen haberla identificado: Francoise Theroux. Pelo oscuro y largo, una figura impactante, y se la creía fuera del país en el momento en que se tomó la fotografía. Eso confirma que el campamento pertenece a ActionDirecte.
—¿Y quién es la chica?
—Una asesina —contestó Marty. Entregó a Jack una fotografía tomada desde un plano más cercano. —Y asesina excelente. Se sospecha que ha matado a tres personas: dos políticos y un industrial, con una pistola y a quemarropa. Imagínate cómo actúa: tú eres un hombre de

mediana edad caminando por la calle; ves una muchacha bonita: ella te sonríe y tal vez te pida que le des tu dirección o algo así; te detienes y en menos que canta un gallo la tipa saca una pistola. Entonces, adiós, Charlie.
Jack miró la fotografía. La chica no parecía peligrosa; era la encarnación de las fantasías de todo hombre.
—Como decíamos en la universidad, no es la clase de chica que uno sacaría a patadas de la cama. Dios. ¿en qué mundo vivimos, Marty?
—Tú lo sabes mejor que yo. De todos modos, nos han pedido que sigamos vigilando el campamento. Si llegamos a verla de nuevo, los franceses quieren que les mandemos la foto inmediatamente.
—¿Piensan invadir el campamento para apoderarse de ella?
—No lo dijeron, pero no olvides que tienen tropas en Chad, más o menos
a seiscientos kilómetros de allí. Unidades aéreas con helicópteros. Jack le devolvió la fotografía.
¡Qué desperdicio!
—Ya lo creo. —Cantor se metió la fotografía en el bolsillo y cambió de tema.— ¿Y cómo anda tu trabajo?
—Hasta el momento tengo un enorme paquete de nada. La gente que trabaja permanentemente en esto...
—Sí, durante un tiempo trabajan las veinticuatro horas del día. Tenemos que obligarlos a parar, porque se agotan, No resultó demasiado útil computarizar los datos. Una vez ubicamos al jefe de un grupo en seis aeropuertos el mismo día, y sabemos que gran parte de los datos son erróneos, pero de vez en cuando recibimos alguno que vale la pena. En marzo, perdimos a ese tipo en las afueras de Beirut por treinta minutos. Treinta malditos minutos —informó Cantor—. Pero uno se acostumbra.
Treinta minutos, pensó Jack. Si yo hubiera salido de mi oficina treinta minutos antes, estaría muerto. ¿Cómo voy a acostumbrarme a eso?
—¿Y qué le habrían hecho?
—No le habríamos leído sus derechos constitucionales —contestó Cantor—. ¿Y has podido encontrar alguna conexión?
Ryan meneó la cabeza.
—¡El ULA es una organización tan endiabladamente pequeña! Tengo dieciséis posibles contactos entre el IRA y otros grupos. Algunos podrían ser nuestros hombres, ¿pero cómo saberlo? Los informes no contienen fotografías, las descripciones pueden pertenecer a cualquiera. Hasta cuando un miembro del IRA establece contacto con un grupo con el que se supone que no se tratan, —un grupo que realmente podría ser el ULA— sucede que, A: la información fácilmente puede ser errónea y B: ¡quizá sea la primera vez que establecen contacto con el IRA! Marty. ¿cómo diablos puede alguien sacar algo en limpio de esta montaña de estupideces?
Cantor sonrió, cosa poco común en él.
—La gente que buscamos no es tonta. Sabe lo que le sucedería si le llegamos a poner las manos encima. Y aunque no lo hiciéramos nosotros —que tal vez preferiríamos no hacerlo, siempre cabe la posibilidad de que les pasáramos el dato a los israelíes. Los terroristas son cretinos, desagradables y duros, pero no pueden enfrentarse con tropas auténticas, y lo saben.
"Esa es la parte frustrante del asunto. Mi cuñado es mayor del Ejército, forma parte de la Delta Force de Fort Bragg. Los he visto operar: En menos de dos minutos podrían apoderarse de ese campamento que acabas de ver en la fotografía, matar a todos y desaparecer antes de que se apagara el eco de los disparos. Son mortíferos y eficientes, pero sin la información adecuada no saben dónde deben ser mortíferos y eficientes. Lo mismo sucede con el trabajo de la policía. ¿Crees que la Mafia podría sobrevivir si la policía supiera dónde y cuándo piensan operar? ¿Cuántos robos de Bancos serían exitosos si el equipo de SAT estuviera esperando dentro? Pero uno tiene que saber dónde están los mafiosos. En el fondo todo

depende de la inteligencia, y la inteligencia se reduce a un puñado de burócratas desconocidos que se pasan la vida revisando todas estas estupideces. La gente que obtiene los datos de inteligencia nos los transmite, nosotros los procesamos y se los pasamos a los equipos operativos. La batalla también se libra aquí, Jack. Aquí, en este mismo edificio, y la libra un conjunto de hombres que todas las noches regresan a sus hogares.

Pero estamos perdiendo la batalla, pensó Jack. Estoy convencido de que no la vamos a ganar.

—¿Y qué tal le va al FBI? —preguntó.

— Nada nuevo. El negro... bueno es como si no existiera. Tienen una fotografía vetusta, de varios años de antigüedad, un alias pero ningún nombre verdadero, y una descripción de aproximadamente diez renglones que afirma que el tipo es lo suficientemente inteligente como para mantener la boca cerrada. El Bureau está chequeando a una cantidad de personas que anteriormente militaban en grupos radicalizados, y lo extraño es que la mayoría ha sentado cabeza. Pero hasta ahora tampoco ha conseguido ningún resultado en ese sentido.

— ¿Y qué hay de ese grupo que viajó a Libia hace dos años? —Habían viajado para encontrarse con los "elementos progresistas" de la comunidad del tercer mundo. Los ecos de ese acontecimiento todavía reverberaban dentro de la comunidad antiterrorista.

—Habrás notado que no tenemos fotografías de Bengazi, ¿verdad? Atraparon a nuestro agente... fue uno de esos accidentes horribles. A nosotros nos costó las fotografías y a él le costó la vida. Por suerte nunca supieron que trabajaba para nosotros. Conocemos algunos de los nombres de la gente que estuvo allí, pero no todos.

— ¿Y no quedó constancia en los pasaportes?

Cantor se apoyó contra el marco de la puerta.

— Digamos que el señor X voló a Europa... un norteamericano de vacaciones. Estamos hablando de cientos de miles de personas por mes. Al llegar a la otra orilla establece contacto con alguien y ellos lo conducen durante el resto del camino obviando los habituales controles de aduanas. Es fácil... ¡diablos! la Agencia lo hace a cada rato. Si contáramos con un nombre podríamos averiguar si se encontraba fuera del país en el momento indicado. Ese sería un punto de partida... pero no tenemos ese nombre.

— ¡No tenemos nada! —replicó Ryan.

—Estás equivocado. Tenemos todo eso —señaló los documentos que cubrían el escritorio de Ryan— y mucho más en los lugares desde donde se nos enviaron ésos. Allí, en algún lugar, está la respuesta.

—¿Realmente lo crees?

— Cada vez que descubrimos la verdad en uno de estos asuntos, comprobamos que durante meses habíamos tenido la información bajo la nariz. En este momento, dentro de esta pila de papeles hay una pista vital, Jack. Eso es casi una certeza estadística. Pero posiblemente haya doscientos o trescientos informes sobre tu escritorio, y sólo uno es importante.

—Yo no esperaba milagros, pero esperaba adelantar un poco —dijo Jack en voz baja, porque acababa de comprender la magnitud del problema.

— Y has hecho adelantos. Notaste algo que no había visto nadie más. Es probable que hayas encontrado a Francoise Theroux. Y ahora, si un agente francés llega a ver algo que pueda resultarnos útil, tal vez nos pase el dato.

Tú no lo sabrás, pero el negocio de la inteligencia se maneja igual que la antigua economía del trueque. Nosotros les damos y entonces ellos nos dan a nosotros, porque si no nunca volveremos a darles nada. Si este dato resulta, quedan en deuda con nosotros. Realmente quieren apoderarse de esa chica. Mató a un íntimo amigo del Presidente y él lo ha tomado como una cuestión personal.

"De todos modos has recibido la felicitación del almirante y de la plana mayor. De paso te cuento que el jefe dice que debes tomarlo con un poco de calma.

— Lo tomaré con calma cuando haya encontrado a esos cretinos —contestó Ryan.

— A veces no hay más remedio que bajar el ritmo. Tienes un pésimo aspecto. Estás cansado. La fatiga produce errores. Y a nosotros los errores no nos gustan. Basta de trabajar

hasta altas horas de la noche, Jack, y no sólo te lo digo yo, sino también Greer. A las seis debes irte de aquí. —Cantor se fue, negándole a Jack la oportunidad de oponerse.

Ryan se volvió hacia el escritorio, pero permaneció mirando fijo la pared durante varios instantes. Cantor tenía razón. Trabajaba hasta tan tarde que la mitad de las veces no podía manejar hasta Baltimore para ver cómo seguía su hija. Jack se consolaba pensando que Cathy estaba con ella todos los días y que muchas veces se quedaba a pasar la noche en el Hopkins para estar cerca de Sally. Cathy tiene su trabajo y yo tengo el mío.

Así que por lo menos conseguí hacer algo positivo, le dijo a la pared. Recordó que había sido un accidente, que Marty estableció la verdadera conexión; pero también era cierto que él hizo lo que se esperaba de un analista: encontrar algo extraño y presentárselo a un superior. Podía sentirse bien a ese respecto. Tal vez hubiera encontrado un terrorista, pero no el que a él le interesaba.

Es un comienzo. Su conciencia se preguntó qué harían los franceses si encontraban a esa chica bonita, y cómo se sentiría él si se enterara. Decidió que sería mucho mejor que los terroristas fuesen feos, pero bonitos o no, sus víctimas estaban igualmente muertas. Se prometió que no trataría de averiguar si la habían apresado. Volvió a sumergirse en la pila de informes, en busca de esa única información valedera. La gente a quien buscaba estaba en alguna parte de esa pila de papeles. Tenía que encontrarla.

—Hola, Alex —dijo Miller, entrando en el auto.

—¿Qué tal fue el viaje? —Dobbens notó que Miller aún conservaba la barba. Bueno, nadie había alcanzado a verlo. Esa vez había volado de Irlanda a México, cruzó la frontera y tomó un vuelo de cabotaje hasta Washington donde lo esperaba Alex.

—Los agentes de seguridad de la frontera de este país son una risa.

—¿Te hubiera hecho feliz que fuesen distintos? —preguntó Alex—.

Hablemos de negocios. —El tono abrupto del negro sorprendió a Miller. ¿Así que te has vuelto orgulloso, con un solo operativo en el buche? pensó Miller.

— Tenemos otro trabajo para ti —dijo en voz alta.

—Todavía no me han pagado el anterior, muchacho.

Miller le entregó una chequera.

— Cuenta numerada en un Banco de las Bahamas. Verás que la cifra es correcta.

Alex se metió la chequera en el bolsillo.

— Así me gusta. Muy bien, así que tenemos otro trabajo. Espero que no pretendas ir tan rápido como la vez pasada.

—Tenemos varios meses para planearlo —contestó Miller.

— Te escucho. —Durante diez minutos Alex atendió las explicaciones de Miller.

— ¿Te has vuelto loco? —preguntó Dobbens cuando Miller terminó.

— ¿Es difícil reunir la información que necesitamos?

— No es ese el problema, Sean. El problema es conseguir que tu gente entre y salga. Es algo que yo de ninguna manera puedo manejar.

— Ese es problema mío.

— ¡Carajo! Si mi gente está involucrada, también es problema mío. Si ese tipo Clark hubiera hablado cuando lo interrogaron, nos habría incendiado a todos, ¡incluyéndome!

—¿Pero no habló, verdad? Por eso lo elegimos.

—Mira me importa un bledo lo que hagas con tu gente. Pero me importa mucho lo que le sucede a la mía. El último jueguito en que participamos no salió del todo bien.

—El operativo fue políticamente válido, y lo sabes. Tal vez hayas olvidado que los objetivos son políticos. Y políticamente el operativo fue un éxito total.

—¡No necesito que me lo digas! —replicó Alex en su tono más intimidatorio. Miller era un tipejo orgulloso, pero Alex se creía capaz de ponerlo en su lugar—. Perdiste a uno de tus

hombres porque estabas jugando a un asunto personal... no profesional. Y sé lo que estás pensando. Fue la primera vez que nosotros participamos en un asunto importante, ¿verdad? Bueno, hijo, creo que demostramos que somos capaces, ¿no? Y desde el principio te advertí que tu hombre estaba demasiado expuesto. Si me hubieras escuchado no tendrías entre rejas a uno de los tuyos. Ya sé que tus antecedentes son bastantes impresionantes, pero esta cancha es mía y la conozco.

Miller sabía que no le quedaba más remedio que aceptar eso. Se mantuvo impasible.

Alex, si no estuviéramos conformes en algún sentido, no habríamos vuelto a recurrir a ti. —Tuvo ganas de agregar: ¡negro de mierda! —Y ahora, ¿puedes conseguir la información que necesitamos?

—Por supuesto, siempre que me paguen lo que corresponda. ¿Quieren que participemos en el operativo?

—Todavía no lo sabemos —contestó Miller con franqueza. Por supuesto que el único tema importante aquí es el dinero. ¡Malditos norteamericanos!

—Si quieren que participemos, tengo que intervenir en el planeamiento. Primero: quiero saber cómo van a entrar y salir del país. Tal vez yo tenga que irme con ustedes. Y si en este caso no sigues mis consejos, me mando mudar con mi gente.

—Es demasiado pronto para saberlo con seguridad, pero lo que esperamos arreglar es realmente muy simple...

Y Miller le contó cómo planeaban huir.

— ¿:Crees que podrán arreglar eso? —Por primera vez desde su llegada, Miller notó que Alex demostraba su aprobación. —Ingenioso. Realmente ingenioso. Y ahora hablemos del precio.

Sean anotó una cifra en un papel y se lo pasó.

—¿Te parece justo? —La gente interesada por el dinero era fácil de impresionarla

— Me encantaría tener cuenta en tu Banco, hermano.

—Si este operativo sale bien, la tendrás.

— ¿Lo dices en serio?

Miller asintió enfáticamente.

—Acceso directo. Posibilidades de entrenamiento. Ayuda en la obtención de pasaportes; todo. La habilidad que demostraste la última vez llamó la atención. A nuestros amigos les gusta la idea de una célula revolucionaria activa en Norteamérica. —Si realmente tienen ganas de hacer negocios contigo, es asunto de ellos.

— Bueno, ¿con cuánta rapidez puedes obtener la información?

—¿Te parece bien para fin de semana?

— ¿Lo puedes hacer tan rápido sin llamar la atención?

— Deja que yo me preocupe por eso —replicó Alex, sonriendo.

—¿Alguna novedad por allí? —preguntó Owens.

—No mucho —admitió Murray—. Tenemos una cantidad de evidencias de los forenses, pero sólo una testigo que pudo ver de cerca a un terrorista y ella no puede proporcionarnos la verdadera identidad del tipo.

—¿Los que ayudaron desde adentro?

—Justamente de ése te estaba hablando. Pero todavía no hay nada seguro. Tal vez hayan aprendido del ULA. Ningún manifiesto, ningún comunicado reclamando la autoría del atentado. La gente que tenemos infiltrada en otros grupos radicalizados —es decir, en los que todavía existen— están en fojas cero. Seguimos trabajando en el asunto y tenemos una enorme suma de dinero en la calle, pero hasta ahora no hemos conseguido nada. —Murray hizo una pausa—. Pero la situación cambiará. Bill Shaw es un genio, uno de los verdaderos cerebros del Bureau. Hace unos años lo pasaron de la contrainteligencia a terrorismo y ha hecho un trabajo realmente impresionante. Y por tu parte, ¿qué hay de nuevo?

—Todavía no puedo entrar en detalles —contestó Owens—. Pero es posible que tengamos una pequeña pista. En este momento estamos tratando de decidir si es o no verdadera. Esa es la buena noticia. La mala es que Su Alteza Real viaja a Norteamérica en el verano que viene. Hay varias personas informadas de su itinerario, incluyendo a seis de los sujetos que están en nuestra lista de posibles sospechosos.
—¿Cómo mierda permitiste que sucediera eso, Jimmy?
—Nadie me consultó, Dan —contestó Owens con amargura— En varios casos, si esas personas no hubiesen sido informadas, en el acto habrían sospechado que sucedía algo raro: uno simplemente no puede dejar de confiar de repente en la gente, ¿verdad? En cuanto al resto, fue simplemente un procedimiento de trámite. Alguno de los secretarios pasó la información a la lista habitual sin consultar con los agentes de seguridad. —Esa no era una historia nueva para ninguno de los dos.
— ¡Bárbaro! Entonces cancelen el viaje. Que cuando llegue el momento se enferme de gripe o algo así —sugirió Murray.
— Su Alteza se negaría. Se muestra inflexible con respecto al tema. No está dispuesto a permitir que una amenaza terrorista afecte su agenda. Murray gruñó.
—Hay que admirar la valentía del chico, pero...
—Completamente de acuerdo —interrumpió Owens. En realidad le chocaba que se refirieran a su próximo rey llamándolo "chico", pero hacía rato que se había acostumbrado a la forma de expresarse de los norteamericanos—. Pero eso no facilita nuestro trabajo.
—¿El plan del viaje es definitivo? —preguntó Murray.
—Varios puntos del itinerario son tentativos, por supuesto, pero otros son firmes como rocas. Nuestra gente de seguridad se reunirá con la de ustedes en Washington. Viaja la semana que viene.
—Bueno, te consta que recibirás toda la cooperación que necesites, tanto por parte del servicio secreto como del Bureau, la policía, todos. Lo cuidaremos bien —aseguró Murray—. Tanto él como su mujer son muy populares en los Estados Unidos. ¿También viajará el bebito?
—No. Pudimos convencerlo de que no lo lleve.
—Muy bien. Mañana llamaré a Washington y haré que empiecen a moverse. ¿Y qué pasa con nuestro amigo Ned Clark?
—Todavía nada. Evidentemente tus colegas le están haciendo pasar un mal rato, pero él es tan imbécil que no cede.
Murray asintió. Conocía ese tipo de individuos.

Bueno, querían que me fuera temprano, pensó Ryan. Decidió aceptar la invitación que había recibido para asistir a una conferencia en la Universidad de Georgetown. Desgraciadamente le resultó una desilusión. En cuanto el orador finalizó, Ryan se dirigió rápidamente a la recepción. Para llegar a tiempo se había salteado la cena. Se encontraron con una espléndida mesa de comidas frías, llenó su plato y se dirigió a un rincón tranquilo junto a los ascensores.
Cuando estaba terminando de comer, alguien le habló.
—Discúlpeme, doctor. —Ryan se volvió para toparse con un hombre más bajo que él, de tez rojiza, que lucía un traje de confección barata. Sus ojos azules resplandecían con expresión divertida. Hablaba con pronunciado acento extranjero—. ¿Le gustó la conferencia?
—Me pareció interesante —contestó Ryan, escapándose por la tangente.
— ¡Ah! Veo que los capitalistas son tan capaces de mentir como nosotros, los pobres socialistas. —El hombre tenía una risa alegre, pero Ryan decidió que en sus ojos brillaba una expresión que no era precisamente divertida. Esos ojos lo medían, jugaban con él una variante del partido en que participó en Inglaterra. Ryan le tomó una inmediata antipatía.
— ¿Nos conocemos?

— Sergev Platonov. —Se estrecharon las manos en cuanto Ryan pudo depositar su plato sobre una mesa. —Soy Tercer Secretario de la Embajada Soviética. Tal vez la fotografía mía que ha visto en Langley no me haga justicia.

Ryan trató de no demostrar excesiva sorpresa. Un ruso y sabe que estoy trabajando en la CIA. El título de tercer secretario bien podía significar que pertenecía a la KGB, tal vez fuera un especialista en inteligencia diplomática. Un oficial de inteligencia "legal" encubierto por un cargo diplomático.¿ Y ahora, qué hago? Para empezar sabía que al día siguiente tendría que redactar un informe para la CIA, explicando cómo se encontraron y de qué hablaron. Una hora de trabajo. Le costó seguir siendo amable con el individuo.

— Debe de haberse equivocado de persona, señor Platonov. Soy profesor de historia. Trabajo en la Academia Naval, en Annapolis. Fui invitado a la conferencia porque me recibí en esta universidad.

—No, no. —El ruso meneó la cabeza—. Lo reconocí por la fotografía de la contratapa de su libro. Verá; el verano pasado compré diez ejemplares de su libro.

— ¡No me diga! —Jack estaba sorprendido y no pudo ocultarlo—. Mi editor y yo se lo agradecemos, señor.

—Nuestro agregado naval quedó encantado con su libro, doctor Ryan. Cree que debe ser recomendado a la Academia Funze y creo que también a la Academia Naval Grechko de Leningrado. —Platonov se esmeraba en desplegar su considerable encanto, y aunque Ryan estaba sobre aviso... —Si quiere que le sea franco, yo lo leí por encima. Me pareció muy bien organizado y nuestro agregado naval aseguró que su análisis sobre la forma en que se adoptan decisiones en medio del fragor de la batalla es extremadamente certero.

—Bueno —Ryan trató de no sentirse excesivamente halagado, pero le resultó difícil. Frunze era la Academia soviética. La Academia Grechko era apenas un poco menos prestigiosa.

—Sergev Nikolay'ch, no es kulturny fomentar la vanidad de jóvenes autores indefensos —dijo una voz tonante y familiar. Se les había reunido el padre Timothy Riley, un sacerdote jesuita bajo y regordete quien encabezaba el departamento de historia de Georgetown en la época que Ryan se doctoró. Era un brillante intelectual con una serie de libros publicados, entre ellos dos obras sobre la historia del marxismo.

—¿Cómo anda tu familia, Jack?

—Cathy ya ha vuelto a su trabajo, padre. A Sally la han trasladado al Hopkins. Con un poco de suerte podremos llevarla a casa a principios de la semana que viene.

—¿Y su pequeña hijita se recuperará del todo? —preguntó Platonov—. Me enteré por los diarios del ataque que sufrió su familia.

—Sí, creemos que Sally se recuperará. Aparte de haber perdido el bazo, parece que no hay ningún daño permanente. Los médicos dicen que evoluciona muy bien, y ahora que está en el Hopkins, Cathy puede verla todos los días.—Ryan hablaba con más convicción de la que sentía. Sally había cambiado. Las heridas de sus piernas todavía no habían cicatrizado del todo, pero lo peor era que su alegre chiquita se había convertido en una criatura tristona. Acababa de aprender una lección que Ryan hubiera querido demorar por lo menos diez años: que el mundo es un lugar peligroso, a pesar de contar con un padre y una madre dedicados a cuidarla. Era una lección dura para la criatura, pero aún más dura para sus padres. Pero estaba viva, se dijo Jack. Con tiempo y amor uno se puede recuperar de todo, con excepción de la muerte.

—¡Qué cosa terrible! —Platonov meneó la cabeza en lo que parecía un gesto de auténtico disgusto. Me parece terrible que se ataque a inocentes sin motivo.

—Sin duda, Sergey —dijo Riley en el tono de voz severo que Ryan conocía tan bien. Cuando quería, la lengua del "padre Tim" era afilada como un serrucho. Me parece recordar que Lenin dijo que el propósito del terrorismo es aterrorizar y que en un revolucionario la compasión es tan reprensible como la cobardía en el campo de batalla.

—Esos eran tiempos duros, buen padre —contestó Platonov sin inmutarse. Mi país no tiene nada que ver con esos locos del IRA. A pesar que simulan serlo, esos no son revolucionarios.

No poseen ética revolucionaria. Lo que hacen es una locura. Las clases obreras deben aliarse para luchar juntas contra el enemigo común que los explota, en lugar de matarse unos a otros. Ambos bandos en conflicto son víctima de sus jefes que los azuzan para convertirlos en antagonistas, pero ellos no se dan cuenta y se matan como perros rabiosos. Esos no son revolucionarios, son bandidos - concluyó.

—Quizá, pero si alguna vez les llego a poner las manos encima les daré una buena lección de justicia revolucionaria - Por una vez era agradable poder demostrar abiertamente su odio.

—Ninguno de ustedes dos les profesa simpatía, ¿verdad? —Platonov acababa de lanzar un señuelo—. Después de todo, ambos son parientes de las víctimas del imperialismo británico. ¿Sus antepasados no vinieron a América huyendo de ese imperialismo?

El comentario tomó desprevenido a Ryan. Le pareció increíble que el ruso dijera eso, hasta que se dio cuenta de que estaba estudiándolo para observar su reacción.

—Tal vez seamos víctimas directas del imperialismo soviético —respondió Jack—. Esos dos individuos de Londres empuñaban rifles Kalashnikov. Y los que atacaron a mi mujer, también —mintió—. Y esos no se compran en la ferretería de la esquina. Aunque usted no quiera admitirlo, la mayoría de los terroristas irlandeses confiesan ser marxistas. Eso los convierte en aliados suyos, no míos, y me parece una coincidencia que además utilicen armas soviéticas.

—¿Sabe cuántos países fabrican armas de diseño soviético? Es triste pero inevitable que algunas caigan en manos equivocadas.

—En todo caso, la simpatía que me inspiran los fines de esos irlandeses está, digamos, limitada por las técnicas que utilizan. Es imposible construir un país civilizado sobre un cimiento de crímenes —concluyó Ryan—. A pesar de lo mucho que lo ha intentado algún pueblo.

—Sería maravilloso que el mundo evolucionara de una manera más pacífica —acotó Platonov, ignorando el comentario que implícitamente se refería a la Unión Soviética—. Pero la historia nos enseña que las naciones nacen con sangre, hasta la de ustedes. A medida que el país crece, madura y modifica su conducta. No es fácil, pero creo que todos valoramos la coexistencia pacífica. En cuanto a mí, doctor Ryan, comprendo sus sentimientos. Tengo dos hermosos hijos. En una época también tuvimos una hija, Nadia. Murió de leucemia hace mucho, a los siete años. Me consta que es duro contemplar el dolor de un hijo, pero usted es más afortunado que yo. Su hija vivirá. —El tono de su voz se suavizó. —Estamos en desacuerdo en muchos aspectos, pero ningún hombre puede no amar a sus hijos. Bueno — Platonov cambió hábilmente de tema.

—¿Qué le pareció la conferencia del profesor Hunter?

¿Cree que Norteamérica debe fomentar la contrarrevolución en los países socialistas de Europa?

—¿Por qué no se lo pregunta al Departamento de Estado? Yo no formo parte de ese mundo, ¿recuerda? Enseño historia naval. Pero si quiere que le dé una opinión personal, no veo cómo vamos a alentar la rebelión de un pueblo sin tener perspectivas de ayudarlos directamente cuando ese pueblo reaccione.

—¡Ah, muy bien! Usted comprende que nosotros debemos actuar para proteger de la agresión a nuestros hermanos socialistas.

Ryan comprobó que el ruso era hábil, pero él también tenía mucha práctica en esas lides.

—Ya no diría que alentar a un pueblo en la búsqueda de la libertad sea una forma de agresión, señor Platonov. Antes de ser profesor de historia fui corredor de Bolsa y eso no me convierte en un candidato que pueda simpatizar con sus puntos de vista políticos. Lo que estoy diciendo es que su país utilizó las armas para aplastar los sentimientos democráticos en Checoeslovaquia y Hungría. Alentar a un pueblo para que se vuelque al suicidio es inmoral y contraproducente.

— ¡Ah! ¿pero qué opina su gobierno? —preguntó el ruso, lanzando otra alegre carcajada.

—Soy historiador, no adivino. En esta ciudad todo el mundo trabaja para el Post. Pregúnteles a ellos.

— De todas maneras —continuó diciendo el ruso—, nuestro agregado naval tiene sumo interés en conocerlo para conversar sobre su libro. El 12 del mes que viene ofrecemos una recepción en la embajada. El buen padre asistirá y puede cuidar de su alma. ¿Podemos contar con su presencia y la de su esposa?

— Durante las próximas semanas pienso quedarme en casa con mi familia. Por un tiempo mi chiquita me necesitará a su lado. El diplomático no se dio por vencido.

—Sí, lo comprendo. ¿Alguna vez, quizá?

—Por supuesto, llámeme este verano. ¿Será posible que hable en serio?

— Excelente. Y ahora, si me lo permiten, deseo conversar con el profesor Hunter. —El diplomático se despidió de ellos con un apretón de manos y se acercó al grupo de historiadores que rodeaban al conferencista.

Ryan se volvió hacia el padre Riley que había escuchado la conversación en silencio, mientras bebía su champagne.

— Un tipo interesante, ese Sergey —comentó Riley—. Le encanta atacar a la gente para observar su reacción. Me pregunto si realmente creerá en su sistema o si juega simplemente para ganar puntos.

Pero Ryan tenía una pregunta más acuciante.

—¿Padre, qué diablos significó todo eso?

Riley lanzó una risita.

—Te estaba poniendo a prueba, Jack.

— ¿Por qué?

— No necesitas que conteste esa pregunta. Estás trabajando en la CIA, Si no me equivoco, el almirante Greer quiere que formes parte de su elenco personal. Marty Cantor ha aceptado un puesto en la Universidad de Texas para el año que viene y tú eres uno de los candidatos para ocupar su lugar. No sé si Sergey estará enterado de eso, pero posiblemente le pareciste la persona más promisoria del salón y quiso saber cómo eras. Sucede a cada rato.

— ¿El puesto de Cantor? Pero... ¡nadie me ha dicho nado!

— El mundo está lleno de sorpresas. Posiblemente todavía no hayan terminado de investigar a fondo tus antecedentes y hasta ese momento no te harán el ofrecimiento. Supongo que por ahora la información que te permiten ver es bastante limitada, ¿no?

—No puedo hablar de eso, padre. El sacerdote sonrió.

— Lo suponía. El trabajo que has hecho impresionó a la gente clave. Si no me equivoco, te consideran un excelente candidato para convertirse en campeón de los medio pesados. —Riley se sirvió otra copa de champagne. —Conozco a James Greer y creo que te irá haciendo entrar de a poquito.

— ¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Ryan, impresionado por lo que acababa de oír.

— ¿Jack, por qué crees que entraste en la CIA? ¿Quién crees que te consiguió la beca del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales? A esa gente también le gustó tu trabajo. Y entre lo que dijeron ellos y lo que dije yo, el verano pasado Marty consideró que valía la pena echarte una mirada y resultaste mejor de lo que todos esperábamos. En esta ciudad hay gente que respeta mi opinión.

— ¡Ah! —Ryan no pudo evitar una sonrisa. Había olvidado lo más importante acerca de la Compañía de Jesús; conocen a todo el mundo, y están prácticamente enterados de todo. Así empezaban las cosas. De vez en cuando un hombre necesitaba consejo y, ante la imposibilidad de consultar a la gente con quien trabajaba, lo conversaba con un sacerdote. Para eso, nadie más capaz que un jesuita, todos esmeradamente educados, versados en las leyes del mundo pero sin haber sido estropeados por la vida mundana. Y como todos los sacerdotes, sabían escuchar.

Cuando San Ignacio de Loyola fundó la orden, el ex soldado le marcó un camino; debían dedicarse a dos cosas: enviar misioneros por el mundo y edificar escuelas. Cumplieron extraordinariamente bien ambos mandatos. La influencia recibida durante los estudios nunca se borraba en los alumnos. En realidad no se trataba de maquiavelismo. En las escuelas y

universidades enseñaban filosofía, ética y teología —todos cursos obligatorios— para contrarrestar las bajas tendencias de los estudiantes y para aumentar su capacidad. Durante siglos, los jesuitas habían creado "hombres para los demás" manteniendo una especie de poder temporal invisible, con miras al bien común. La capacidad intelectual del padre Riley era ampliamente conocida y sus opiniones muy apreciadas no sólo por ser un académico distinguido sino por su autoridad moral como teólogo.

—No es fácil desconfiar de nosotros, Jack —explicó Riley con tono bondadoso—. ¿Te imaginas a uno de nosotros convertido a agente comunista? Bueno, ¿te interesaría el empleo?

—No sé. —Ryan se vio reflejado en el vidrio de la ventana. —Significaría estar más tiempo lejos de su familia. Esperamos otro hijo para el verano que viene, ¿sabe?

—Felicitaciones, es una buena noticia. Ya sé que eres un hombre de familia, Jack. El cargo te obligaría a algunos sacrificios, pero eres la persona indicada para desempeñarlo.

—¿Usted cree? —Hasta ahora no se puede decir que haya incendiado el mundo.

— Prefiero ver a gente como tú en la CIA y no a otros que conozco. Jack, eres inteligente. Sabes tomar decisiones, pero lo que es más importante: eres una buena persona. Sé que eres ambicioso, pero tienes sentido de la ética, de los valores. Y soy de los pocos que todavía creen que eso importa en el mundo, a pesar de lo fea que se ponga la situación.

— Y la situación está muy fea, padre —dijo Ryan después de un instante.

— ¿Crees que los encontrarás pronto? —Por ahora no... —Jack se frenó demasiado tarde.— ¡Qué hábil estuvo,padre!

—No fue esa mi intención —dijo el padre Tim con toda sinceridad—. El mundo sería mejor si esa gente no anduviera por la calle. Hay algo muy enfermo en su manera de pensar. Es difícil comprender que alguien hiera deliberadamente a una criatura.

—Padre, realmente no es necesario comprenderlos. Simplemente hay que saber dónde encontrarlos.

— Ese es trabajo de la policía, de los jueces y los jurados. Para eso tenemos leyes, Jack —recordó Riley con mucha suavidad.

Ryan de nuevo se volvió hacia la ventana. Examinó su propia imagen y se preguntó qué estaría viendo.

—Padre, usted es un hombre bondadoso, pero nunca ha tenido hijos. Tal vez yo pueda perdonar al que me ataque a mí, pero no a alguien que intente dañar a mi hijita. Si llego a encontrarlo... diablos, no lo encontraré. Pero le aseguro que me encantaría. —Era como si Jack estuviera hablando con su propia imagen reflejada en el vidrio. Y la imagen parecía contestarle: sí.

— El odio no es bueno. Puede hacerte mucho mal y lo lamentarás; puede cambiarte hasta el punto de convertirte en otra persona.

Ryan se volvió, pensando en el individuo a quien acababa de ver reflejado.

Tal vez ya me haya cambiado.

20 Datos

Era una grabación particularmente aburrida. Owens estaba acostumbrado a leer informes policiales, trascripciones de interrogatorios, y, lo peor de todo, documentos de inteligencia, pero esa grabación era aún más aburrida. Los micrófonos que los servicios de seguridad habían ocultado en la librería de Cooley eran lo suficientemente sensibles como para recoger el menor ruidito. El hecho de que Cooley canturreara constantemente hizo que Owens lamentara la sensibilidad de los micrófonos. El detective que tenía la misión de escuchar las grabaciones íntegras, incluyó varios minutos de ese sonido espantoso y desentonado para que

su comandante se enterara de lo que él había padecido. Por fin Owens oyó sonar la campanilla.
Después oyó el ruido de la puerta que se abría y se cerraba, luego el sonido de la silla giratoria de Cooley al ser arrastrada sobre el piso. Debe de tener una medita defectuosa, pensó Owens.
—¡Buenos días, señor! —era la voz de Cooley.
—Lo mismo digo —contestó el otro—. Bueno, ¿se ha decidido con respecto al Milton?
—Sí.
—Entonces, ¿cuánto cuesta?
Cooley no lo dijo en voz alta, pero Ashley le había advertido a Owens que el librero jamás mencionaba un precio con palabras. Entregaba a sus clientes
una ficha en la que figuraba la cifra. Debe de ser una forma de evitar los regateos, pensó Owens,
—Es bastante caro, ¿sabe? —observó la voz de Watkins.
—Podría sacar más, pero usted es uno de mis mejores clientes —contestó Cooley.
El suspiro resultó audible en la grabación. —Está bien, lo vale.
La transacción se llevó a cabo en el acto. Se oía el sonido de los billetes nuevos al ser contados.
—Tal vez pronto tenga una novedad procedente de una colección de Kerry —anunció Cooley.
,
—¿Ah, sí? —Había gran interés en el tono de la respuesta.
—Sí, una primera edición de Grandes Ilusiones, firmada por el autor. La vi durante mi último viaje. ¿Le interesaría?
—Firmada, ¿eh?
—Sí, señor. Comprendo que el período victoriano es mucho más reciente que la mayoría de sus adquisiciones, pero
—Por supuesto. Me gustaría verlo.
—Eso se puede combinar. Watkins se inclinó y —En este momento —informó Owens a Ashley—,nuestro hombre de la joyería dejó de verlo.
—Así que pudo haber pasado un mensaje.
—Posiblemente. —Owens apagó el grabador. El resto de la conversación no tenía importancia
—La última vez que estuvo en Irlanda, Cooley no fué a Kerry, estuvo todo el tiempo en Cork. Visitó a tres comerciantes en libros raros, pasó la noche en un hotel, y bebió unos cuantos tragos en el bar del barrio —informó Ashley.
—¿En un bar?
—Sí, en Irlanda bebe, pero en Londres no.
—¿Y se encontró con alguien en el bar?
--Es imposible saberlo. Nuestro hombre no estaba bastante cerca. Tenía orden de ser discreto e hizo muy bien que lo vieran. -- Ashley permaneció un instante en silencio, mientras trataba de recordar un detalle de la grabación.- Me parece que pagó el libro en efectivo.
—Así fue. Y está completamente fuera de sus costumbres habituales. Como casi todos nosotros para sus transacciones utiliza cheques o tarjetas de crédito, cosa que no hizo en este caso. En su cuenta bancaria no figura ningún cheque extendido a la orden de la librería de Cooley, aunque de vez en cuando retira importantes cantidades de efectivo. Pueden no coincidir con sus compras de libros.
-- !Que extraño! - Exclamó Ashley, pensando en voz alta - Todos...es decir, alguien debe saber que va a la librería.
--A los cheques hay que fecharlos - sugirió Owens.
--Tal vez - Ashley no estaba convencido pero había realizado tantas investigaciones que sabía que uno nunca obtenía todas las respuestas. Siempre quedaban algunos detalles colgados.- Anoche le eché otra mirada ala foja de servicio ed Geoff. ¿Sabías que cuando estuvo en Irlanda fueron asesinados cuatro de sus hombres?

--!Que! !Eso lo convierte en un excelente candidato para nuestra investigación! - A Owens no le pareció que esa fuera una buena noticia.
--Eso es lo que pensé - convino Ashley-.Hice que uno de nuestros hombres en Alemania se entrevistara con uno de los colegas de Watkins.En este momento el tipo es teniente coronel, pero en Irlanda estuvo al mando de un pelotón, en la misma compañía que Geoff. Dice que Watkins tomó muy mal el asunto y que no hacía más que vociferar, afirmando que estaban en un lugar equivocado y cumpliendo una misión equivocada, con lo cual perdían hombres. Eso modifica un poco las cosas, ¿no?
—Otro teniente con la solución del problema —bufó Owens.
—Sí: habría que mandarse a mudar y dejar que los malditos irlandeses arreglen sus propios asuntos. Ese no es exactamente un sentimiento poco común dentro del Ejército, ¿sabes?
El comandante Owens sabía que tampoco era un sentimiento poco común a lo largo del país.
—Aun así, no es una base bastante sólida como para considerarla un motivo, ¿no?
—Pero es mejor que nada.
—El policía lanzó un gruñido en señal de que estaba de acuerdo.
— ¿Qué más le dijo a tu hombre el teniente coronel?
—Evidentemente Geoff tuvo una estada bastante movida en la zona de Belfast. El y sus hombres vieron muchas cosas. Estaban allí cuando los católicos le dieron la bienvenida al Ejército y también estaban allí cuando la situación se invirtió. Fueron tiempos malos para todo el mundo.
— Sigue sin ser bastante. Tenemos a un ex subalterno que ahora se desempeña a nivel gubernamental a quien no le gustó estar en Irlanda del Norte. Ese mismo sujeto le compra libros de ediciones raras a un tipo que se crió en Irlanda y que ahora es propietario de una librería completamente legítima en el centro de Londres. Ya sabes lo que diría cualquier abogado: puras coincidencias. No tenemos nada que remotamente pueda considerarse una evidencia. Los antecedentes de estos dos individuos son lo suficientemente puros como para que se postulen a la categoría de santos.
—Pero esta es la gente que hemos estado buscando —insistió Ashley,
—Ya lo sé. —Owens fue el primer sorprendido al oírse decirlo por primera vez. Su profesionalismo le indicaba que eso era un error, pero sus instintos lo apoyaban. No era una sensación nueva para el comandante del C13, pero en cambio era algo que siempre lo inquietaba. Si su instinto estaba equivocado, significaba que buscaba a la gente equivocada en el lugar equivocado. Pero su instinto casi nunca se equivocaba. —Tú conoces las reglas del juego, y de acuerdo con esas reglas no tengo absolutamente nada, ni siquiera lo suficiente como para presentarme ante el comisionado. Me sacaría a patadas de la oficina y con toda la razón del mundo. No tenemos más que sospechas sin fundamentos.
—Durante algunos instantes los dos se miraron.
—Nunca quise ser policía —aseguró Ashley, sonriendo y meneando la cabeza.
—Yo tampoco seguí mi vocación. A los seis años quería ser maquinista, pero mi padre dijo que ya había bastantes empleados del ferrocarril en la familia. Así que entré en la policía. —Los dos rieron. No podían hacer otra cosa.
—Aumentaré la vigilancia sobre los viajes que haga Cooley al extranjero.
Creo que por tu parte no puedes hacer mucho más —dijo Ashley por fin. —Tenemos que esperar hasta que cometan un error. Tarde o temprano todos lo cometen.
—¿Sí, pero será lo suficientemente temprano? —Esa era la cuestión.

—Aquí están —dijo Alex.
—¿Cómo las conseguiste? —preguntó Miller sorprendido.
—Pura rutina, hombre. Las compañías eléctricas constantemente toman fotografías aéreas de su territorio. Nos ayudan a planificar el trabajo. Y aquí tienes un mapa topográfico. Ahí está

tu blanco, muchacho. —Alex le alcanzó una lupa. Era una fotografía en colores, tomada en un día de sol brillante. Hasta se distinguían las marcas de los autos.
— ¿Qué altura tiene el acantilado?
— La suficiente para que no te den ganas de caerte. Además, es peligroso. No sé de qué está hecho, pedregrullo o algo así, pero se desmenuza y hay que tener mucho cuidado. ¿Ves esa verja? El hombre sabe que debe mantenerse alejado del borde. Tenemos el mismo problema en nuestra planta de reactores de Calvert Cliff.
—Hay un solo camino de entrada —notó Miller.
—Y además es un callejón sin salida. Ese sí que es un problema. Aquí y aquí hay barrancos. Fíjate que el cable eléctrico cruza el terreno desde este otro camino. Por lo visto había un viejo sendero de granja que conectaba con este camino, pero dejaron que lo tapara la maleza. Ese nos será útil.
—¿Cómo? Si no se puede usar.
—Te lo diré después. El viernes, tú y yo iremos a pescar.
—¿Qué? —Miller lo miró sorprendido.
—Supongo que quieres ver personalmente el acantilado, verdad? Ade más hay pique. Me encanta pescar.

Breckenridge colocó las siluetas que servían de blanco. Las visitas de Jack eran menos frecuentes, y por lo general las hacía por la mañana, antes de sus clases. El incidente sucedido frente al portón de la Academia había convencido a Breckenridge y a los guardias de la importancia de sus puestos. Dos marinos y uno de los guardias civiles también estaban practicando su puntería. Ya no disparaban para conquistar puntos. Sabían que debían adiestrarse. Jack apretó el botón para acercar el blanco. Todos sus tiros se
arracimaban en el centro.
—Bastante bien, doctor —El sargento primero estaba parado a sus espaldas.— Ya puede participar en campeonatos. Creo que ganaría una medalla.
—No estoy haciendo esto por deporte, Gunny.
—¿Cuando vuelve la chiquita a su casa?
— El miércoles que viene. Espero.
— Me alegro. ¿Quién la va a cuidar?
— Cathy piensa tomarse unas semanas de licencia.
—Mi mujer preguntó si no necesitarían ayuda —dijo Breckenridge. Jack se volvió, sorprendido.
— Sissy —la esposa del comandante Jackson— va a estar en casa casi todo el tiempo. Por favor, agradézcale a su señora en nuestro nombre, Gunny. Me emociona su ofrecimiento.
—No exagere. ¿Algo nuevo con respecto a esos cretinos? —Las visitas diarias de Ryan a la CIA eran un secreto a voces.
—Todavía nada.

—Buenos días, Alex —dijo el superintendente—. Veo que estás trabajando fuera de hora. ¿Te puedo ser útil en algo? —Bert Griffin siempre llegaba temprano, pero pocas veces veía a Dobbens, quien regresaba a su casa a las siete de la mañana.

—He estado revisando las especificaciones de ese nuevo transformador Westinghouse.
—¿Qué pasa? ¿Tus noches de trabajo son aburridas? —preguntó Griffin sonriendo. Esa era una época tranquila para la compañía de electricidad. Por supuesto que las cosas eran distintas en verano, cuando todo el mundo ponía en marcha los aparatos de aire acondicionado. La primavera era la época del año en que surgían nuevas ideas.

Librodot

—Creo que estamos en condiciones de probarlo.
—Está bien —dijo Griffin—. Háblame del asunto.
—Lo principal, señor, es que me preocupan los viejos. Los problemas serán cada vez mayores cuando empecemos a retirar las unidades antiguas.
—Sí, ya sé. —Griffin levantó los ojos al cielo—. Alex, si consigues colocar y hacer funcionar esos aparatitos, me encargaré personalmente de conseguir que la compañía te adjudique un auto nuevo.
—Bueno, quiero hacer la prueba con uno. Westinghouse está dispuesta a prestarlo sin cargo.
—Este asunto me está empezando a gustar. ¿Solucionaron los problemas técnicos que tenían?
—Dicen que sí, aparte de algunas ocasionales fluctuaciones de voltaje. No saben con seguridad lo que las provoca y quieren poner los aparatos a Prueba.
—¿Las fluctuaciones son muy pronunciadas?
—Variables. —Alex sacó una libreta para leer sus anotaciones. —Parece que se trata de un problema ambiental. Por lo visto sólo sucede cuando varía con rapidez la temperatura del medio ambiente. Si realmente esa es la causa, no debe de ser difícil de solucionar.
Griffin lo pensó durante algunos instantes.
—Está bien. ¿Dónde quieres instalarlo?
—He elegido un lugar en el condado de Anne Arundel, al sur de Annapolis.
—Eso queda muy lejos. ¿Por qué allí?
—Se trata de una línea que muere en ese lugar. Si el transformador llegara a funcionar mal, no afectará a demasiadas casas. El otro factor es que una de mis escuadrillas está a sólo treinta kilómetros de distancia, y los he estado entrenando para trabajar con ese nuevo transformador.Instalaremos el instrumental de chequeo, y durante algunos meses haré que lo revisen diariamente. Sifunciona bien, podríamos hacer la orden de compra en otoño y empezar a instalarlos la primavera que viene.
—Está bien. ¿Exactamente dónde queda el lugar?
Dobbens desplegó el mapa sobre el escritorio de Griffins
—Aquí —dijo, señalando.
—Es un barrio de gente muy pudiente —comentó el superintendente con expresión de duda.
—!Vamos, jefe! —exclamó Alex—. ¿Qué sucedería si los diarios nos asusaran de hacer todos nuestros experimentos en los barrios pobres?
—Tienes razón. Adelante. ¿Cuándo estarás condiciones de instalarlos?
Westinghouse nos puede entregrar la unidad a fin de la semana que viene. En el término de tres días yo puedo tenerla instalada y funcionan Quiero que mi cuadrilla revise las líneas...en realidad, si no tiene enconveniente, pensaba yo mismo ir a instalarlo.
Griffin asintió en señal de aprobación.
—Eres el tipo de ingeniero que me gusta, hijo. Casi todos los que han ingresado últimamente en la compañía tienen miedo de ensuciarse las manos¿Me mantendrás informado?
—Sí, señor.
—Sigue así, Alex. Yo se lo haré saber a la gerencia
—Se lo agradezco mucho, señor Griffin.
Dobbens salió y se dirigió a su casa, al volante de Plymouth convertible de dos años de antiguedad. Cuando llegó, Sean Miller acababa de despertar y estaba bebiendo té y mirando televisión. Alex sepreguntó como era posible que alguien pudiera iniciar el día con una taza de té. Se preparó un café instantáneo.
—¿Y? —preguntó Miller.
—Ningún problema. —Alex sonrió, pero de repente se puso serio. Se le ocurrió que extrañaría su trabajo. Después de tanto hablar en la universidad acerca de la necesidad de proporcionar energía al Pueblo, al entrar a trabajar en la compañía de electricidad comprendió que eso era exactamente lo que hacía un ingeniero. De una extraña manera, que tal vez no fuese demasiado importante, estaba sirviendo al pueblo. Dobbens decidió que era un buen entrenamiento para lo que ambicionaba hacer en el futuro. Nunca perdería de vista que hasta

aquellos que servían con humildad, igualmente servían. Una importante lección para el futuro.
—Vamos. Hablaremos del asunto en el bote.

El miércoles fue un día especial. Jack no fue a trabajar y se encargó de transportar el oso mientras Cathy empujaba la silla de rueda de su hija. El oso era un regalo de los alumnos de la clase de historia, un monstruo enorme que pesaba treinta kilos y medía casi un metro y medio de altura. Un oficial de policía les abrió la puerta para que salieran del hospital. Era un día ventoso de marzo, pero la camioneta de la familia estaba estacionada justo frente a la puerta. Mientras Cathy agradecía a las enfermeras, Jack alzó a su hija. Instaló a Sally en el asiento junto al conductor y le aseguró cuidadosamente el cinturón de seguridad. El oso tendría que viajar en el asiento de atrás.
—¿Lista para volver a casa, Sally?
—Sí. —Su voz era tristona. Las enfermeras informaban que seguía llorando en sueños. Las piernas por fin se le habían cicatrizado completamente. De nuevo podía caminar; mal y vacilante, pero caminaba. Aparte de que le tuvieron que extirpar el bazo, estaba entera. Tenía el pelo cortado muy cortito, para disimular la parte de la cabeza que le habían afeitado. Pero el pelo le crecería rápidamente. Los cirujanos aseguraban que hasta las cicatrices se le irían borrando y los pediatras estaban convencidos de que en unos meses ya no tendría más pesadillas. Jack se volvió para acariciar la carita de su hija, que lo recompensó con una sonrisa. Pero no era la sonrisa que él estaba acostumbrado a ver. A pesar de que él también sonreía, interiormente Ryan de nuevo ardía de furia, pero reflexionó que ese no era el momento para esa clase de sentimientos. Sally necesitaba un padre, no un vengador.
—Te espera una sorpresa —anunció.
—¿Qué es? —preguntó Sally.
—Si te lo dijera no sería una sorpresa —señaló el padre.
— ¡Papá! —Por un instante volvió a ser la misma de antes.
—Espera y verás.
—¿De qué hablan? —preguntó Cathy, entrando en el auto.
—De la sorpresa.
—¿Qué sorpresa?
—¿Ves? —dijo Jack, dirigiéndose a su hija—. Mamita tampoco lo sabe.
— ¿Jack, qué es todo esto?
—La semana pasada estuve conversando con el doctor Schenk. —Fue lo único que Ryan quiso decir. Quitó el freno de mano y arrancó.
— Quiero mi oso —dijo Sally.
—Es demasiado grande para viajar en el asiento delantero, hija —contestó Cathy.
—Pero te puedes poner su sombrero. Él me dijo que te lo prestaba
—Jack le puso el sombrero.
—¿Les agradeciste el regalo a tus alumnos? —preguntó Cathy.
—¡Cómo no les voy a agradecer! —Jack sonrió—. Este año no aplazaré a ninguno. Pero no se lo cuentes a nadie. —Jack tenía fama de ser muy estricto. Pero posiblemente esa reputación no sobreviviera después de ese semestre. ¡A la mierda con los principios! se dijo. Sus alumnos habían llenado a Sally de regalos: flores, juguetes, rompecabezas y cartas que lograron entretener a su chiquita y que después circularon por la sala de pediatría alegrando los días de muchos niñitos enfermos. El oso fue la culminación de esa serie de regalos. Las enfermeras le comentaron a Cathy que el juguete le hizo muchísimo bien a la chiquita, que no se separaba de él. No iba a ser fácil superar ese regalo, pero Jack creía haber encontrado otro igualmente importante. En ese momento un amigo suyo, Skip Tyler, se estaba ocupando de los arreglos finales.
Jack manejaba lentamente, como si transportara un cargamento de huevos cascados. Estaba muerto de ganas de fumar un cigarrillo, hábito recientemente adquirido en la CIA, pero sabía

que no podría seguir fumando ahora que Cathy estaría en casa todo el tiempo. Evitó tomar la ruta seguida por Cathy el día en que.. cerró las manos con fuerza sobre el volante. Tenía que dejar de pensar constantemente en eso. Se le estaba convirtiendo en una obsesión, cosa que no beneficiaba a nadie.

El escenario había cambiado desde el... accidente. Los que en aquel momento eran árboles desnudos, ahora estaban llenos de brotes y de pequeñas hojitas verdes. Llegaba la primavera. En las granjas pastaban caballos y vacas, y también algunos terneros y potrillos. Sally apretó la nariz contra la ventanilla del auto para mirarlos. La vida se renueva como todos los años, pensó Ryan. Su familia volvió a estar completa y él la mantendría así. Por fin dobló por Falcon Nest Road. Notó que los camiones de la compañía de electricidad todavía seguían en el barrio y por un instante se preguntó qué estarían haciendo, mientras entraba en el sendero de su casa.

—¿Ha venido Skip? —preguntó Cathy.

—Parece que sí —contestó Jack, haciendo esfuerzos por no sonreír.

—Han vuelto —dijo Alex.

— Sí —contestó Louis. Ambos estaban trepados en la parte superior de un poste de electricidad, ostensiblemente tendiendo nuevas líneas para conectar el transformador experimental. —¿Sabes? Al día siguiente del trabajo vi en los diarios una fotografía de esa señora. Un chico chocó contra una vidriera con la bicicleta y se cortajeó toda la cara. Era un negrito, Alex. Y esa señora le salvó la vista.

— Lo recuerdo, Louis. —Alex alzó la cámara y sacó una serie de fotografias.

—Y además no me gusta andar jorobando con chicos, hombre —agregó Louis—. Un policía es otra cosa —señaló, a la defensiva. No necesito decir que también lo era el padre de la chica. Eso era trabajo. Lo mismo que a Alex, le quedaban algunos escrúpulos y lastimar niños era algo que no podía hacer sin una repugnancia interior.

—Tal vez hayamos tenido mucha suerte. —Objetivamente Alex sabía que para un revolucionario esa era una forma muy tonta de pensar. Los sentimentalismos no tenían cabida en su misión; interferían en su tarea y la prolongaban, causando más muertos. También sabía que el tabú que impedía dañar a los niños era parte de la programación genética de cualquier ser humano. Desde la época de Marx y Lenin, la humanidad había progresado en sabiduría. Así que siempre que le fuera posible, trataría de no dañar a los niños. Supuso que esa actitud le acarrearía además más adhesiones dentro de la comunidad que luchaba por liberar.

—Sí.

—¿Y qué has visto?

—Tienen una mucama.., negra, por supuesto. Una mujer muy buena moza; tiene un Chevy. Y en este momento hay otra persona en la casa. Un tipo blanco, grandote, que renguea.

—Está bien —Alex anotó lo de la mucama y le quitó importancia a la presencia del hombre. Posiblemente fuese un amigo de la familia.

—La policía —policía del estado— se da una vuelta cada dos horas como mínimo. Vigilan de cerca el lugar. En la casa hay una línea telefónica extra. Debe de comunicar con la compañía de seguridad que instaló la alarma. Así que tienen alarma y la policía anda a cada rato por aquí.

—Muy bien, mantén los ojos abiertos, pero que tu presencia no sea demasiado evidente.

—De acuerdo.

—¡Llegamos! —exclamó Ryan. Estacionó el auto, bajó y se acercó a la portezuela de Sally. Notó que la chiquita ya no jugueteaba con la hebilla del cinturón de seguridad. El mismo lo desabrochó y alzó a su hija para sacarla del auto. Sally se le colgó del cuello y por un instante la vida volvió a ser perfecta. Llevó a la chiquita hasta la puerta de entrada, rodeándole el cuerpito con ambos brazos.

— ¡Bienvenida! —Skip ya había abierto la puerta.

—¿Dónde está mi sorpresa? —preguntó Sally.
—¿Sorpresa? —preguntó Tyler, fingiendo asombro—. Yo no he visto ninguna sorpresa.
— ¡Papá! —Dirigió una mirada acusadora a su padre.
—Entren —invitó Tyler.
También estaba allí la señora Hackett. Había preparado el almuerzo para todos. Madre soltera de dos hijos, trabajaba mucho para mantenerlos .
Ryan bajó a su hijita y Sally se encaminó a la cocina. Skip Tyler y Jack la observaron avanzar con las piernitas tiesas.
—¡Dios! La rapidez con que se curan los chicos es sorprendente. —¿Cómo? —preguntó Jack, sorprendido.
—Una vez me rompí una pierna jugando a la pelota.., y te aseguro que no me curé con esa rapidez. Vamos. —Tyler le hizo una seña a Jack y se dirigió a la puerta. Primero fue a ver el oso de juguete que seguía en el auto—. Me habían dicho que era grande, ¡pero éste debe de haber jugado al fútbol!
Después se dirigieron a la arboleda, al norte de la casa. Allí, atada a un árbol, encontraron la sorpresa. Jack le quitó la cadena y lo alzó.
—Gracias por traerlo.
—De nada. Es una maravilla que la tengas de nuevo aquí.
Regresaron a la casa. Jack espió y comprobó que Sally ya estaba devorando un sandwich de manteca de maní.
—Sally... —dijo Jack. Su mujer lo estaba mirando con la boca abierta. La chiquita se volvió justo en el momento en que Jack depositaba el cachorro en el piso.
Era un Labrador negro, que acababa de ser separado de su madre. A la primera mirada el cachorrito supo quién era su dueña. Corrió por el piso, prácticamente de costado, moviendo frenéticamente la cola. Sally se tiró al suelo para abrazarlo. Al minuto el perro le estaba lamiendo la cara.
—Es demasiado chiquita para tener un cachorro —dictaminó Cathy.
—Está bien. Lo podemos devolver esta misma tarde —Jack recibió una mirada de indignación. La chiquita lanzó un chillido cuando el perrito empezó a masticarle el taco de un zapato. —Es demasiado chiquita para tener un petizo, pero no creo que lo sea para un cachorro.
—¡Tendrás que entrenarlo tú!
—No será difícil. Es de buena cría. Los Labradores son suaves y les encantan los chicos. Ya le he contratado a un entrenador.
— ¿Crecerá mucho?
—Bueno... tal vez llegue a pesar treinta y cinco kilos.
—¡Va a ser más grande que ella!
—Sí, y además les encanta nadar. Puede cuidarla cuando Sally esté bañandose en la pileta.
— No tenemos pileta.
—Empiezan dentro de tres semanas. —Jack volvió a sonreír—. El doctor Schenk también me dijo que la natación es una excelente terapia para la clase de heridas que tuvo Sally.
— Veo que has estado muy ocupado —observó Cathy. Sonreía.
—Estuve por comprar un gran danés, pero son demasiado grandes. —Jack se abstuvo de aclarar que su primera intención había sido comprar un perro lo suficientemente grande, fuerte y feroz como para arrancarle la cabeza a cualquiera que se acercara a su hijita, pero que su sentido común se lo impidió.
—Bueno, ahí tienes tu primera tarea —señaló Cathy. Jack buscó una toalla de papel para secar el lago que había sobre los mosaicos. Pero antes de que llegara a hacerlo, su hija casi lo estranguló con un abrazo. Jack tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse. Sally no hubiera comprendido por qué lloraba su papá. El mundo había vuelto a adquirir su forma verdadera. Ahora habrá que mantenerlo así.

—Mañana tendré las fotografías. Quise tomarlas antes de que los árboles se llenaran de hojas, porque entonces ya no se verá bien la casa desde el camino.
—¿Y qué sabes de la alarma?
Alex le leyó sus anotaciones.
—¿Cómo diablos conseguiste eso?
Dobbens lanzó una risita mientras se servía una cerveza.
—Es fácil. Si uno necesita datos sobre cualquier clase de alarma antirrobo, llama a la compañía que la instaló y se presenta como empleado de una compañía de seguros. Después hay que darles el número de la póliza —inventado por supuesto—, y ellos te facilitan toda la información que necesites. Ryan tiene un sistema perimetral con "llaves", que significa que la compañía tiene llaves de la casa. En algún lugar de la propiedad han instalado rayos infrarrojos. Posiblemente en el camino de entrada, entre los árboles. Ese tipo no es tonto, Sean.
— No importa.
— Está bien, simplemente te aviso. Otra cosa.
— ¿Sí?
— Esta vez nada de lastimar a la chiquita, y si lo podemos evitar, tampoco a la mujer.
—Eso no está en los planes —le aseguró Miller. ¡Maldito maricón! ¿Qué clase de revolucionario crees que eres? Pero no expresó sus pensamientos.
—Te lo advierto en nombre de mi gente —continuó Alex, diciendo sólo parte de la verdad—. Tienes que entender, Sean, que acá ven con malos ojos a los que dañan a los chicos. No es la imagen que queremos dar, ¿verdad?
—¿Y tú quieres participar en el trabajo?
Dobbens asintió.
— Quizá sea necesario.
—Creo que sería mejor evitarlo. Significaría tener que eliminar a toda la gente que les viera la cara.
¡Qué hijo de puta eres! pensó Dobbens, aunque lo que acababa de decir Miller era sensato. Los muertos no hablan.
—Muy bien. Ahora lo único que nos queda por hacer es encontrar una forma de que los oficiales de seguridad se relajen un poco —dijo el irlandés—. Preferiría evitar la fuerza bruta.
—He estado pensando en eso. —Alex hizo una pausa antes de seguir hablando. ¿Cómo triunfan los ejércitos?
—¿Qué quieres decir? —preguntó Miller.
—Me refiero a los grandes planes, a los que realmente dan resultado. Dan resultado porque uno les muestra a los demás lo que esperan ver, ¿no es cierto? Uno los hace caer en el engaño, pero tiene que ser un engaño realmente bueno. Tenemos que conseguir hacer correr que busquen una cosa equivocada en el lugar equivocado y ellos tienen que
hacer correr la voz.
—¿Y cómo lo logramos? —Se quedó pensando unos instantes—. ¡Ah!
Al rato Alex se retiró a su dormitorio y Miller quedó frente al televisor revisando su material. En definitiva había sido un viaje provechoso gente, el plan ya estaba empezando a tomar forma. Habría que utilizar mucha gente, pero eso era previsible.
Curiosamente, en ese momento el respeto que le inspiraba Alex había disminuido. Decididamente el hombre era competente, y hasta brillante... ¡pero ese sentimentalismo absurdo! No se trataba de que a Miller le entusiasmara la idea de dañar niños, pero si la revolución lo exigía era un precio que había que pagar. Además, llamaba la atención de la gente. Daba una pauta de la seriedad de la organización. Hasta que Alex superara esos escrúpulos, nunca sería un terrorista cabal. Pero ese no era problema de Miller. Mentalmente ya tenía planeada la primera parte del operativo. La segunda faceta
estaba bosquejada. En una oportunidad fracasó. Pero esta vez no, se prometió Miller.

Al día siguiente, Alex le entregó las fotografías y lo llevó en auto hasta la boca de una estación de subterráneo. Miller tomó el tren que lo conduciría al Aeropuerto Nacional donde abordaría el primero de los cuatro vuelos que lo llevarían de regreso a su país.
Pocos minutos antes de las once, Jack entró en el dormitorio de Sally. El perro —a quien su hija había bautizado Ernie— era una forma invisible en un rincón. Ese regalo era una de las cosas más inteligentes que había hecho en su vida. Sally estaba demasiado enamorada de Ernie para pensar en sus heridas, y corría detrás del cachorro a toda la velocidad que le permitían sus piernitas debilitadas. Eso bastaba para que el padre pasara por alto los zapatos masticados y los ocasionales errores con que el perrito estaba ensuciando la casa. En pocas semanas, Sally habría vuelto a la normalidad. Antes de salir, Jack le acomodó la ropa de la cama. Cuando llegó a su dormitorio, Cathy ya estaba acostada.
—¿Está bien?
—Dormida como un ángel —contestó Jack mientras se acostaba a su lado.
—¿Y Ernie?
—Está en alguna parte del cuarto.
Le oí golpear la pared con la cola.- La abrazó. Ya no era fácil acercársele. Le pasó una mano por el vientre y percibió la forma de su segundo hijo—. ¿Y el próximo; qué tal anda?
—Por fin se ha quedado quieto. ¡Dios, que actividad tiene! No lo despiertes.
A Jack se le ocurrió que era absurdo que los bebés pudieran despertar antes de nacer, pero no podía discutir con una médica.
— ¿Lo?
— Es lo que dice Madge.
— ¿Y qué dice de ti? —Le palpó las costillas. Se le notaban demasiado. Su mujer siempre había sido delgada, pero ahora su flacura era excesiva.
—Estoy recuperando peso —contestó Cathy—. No tienes por qué preocuparte. Todo anda bien.
— Me alegro. —La besó.
—¿Eso es lo único que voy a recibir? —oyó que preguntaba ella en la oscuridad.
— ¿Te crees capaz de recibir otra cosa?
— Jack: mañana no tengo que ir a trabajar.
— Pero yo sí —protestó él. Aunque enseguida descubrió que su corazón no opinaba lo mismo.

21 Planes

—Es concienzudo —observó O'Donnell. Miller había regresado con las fotografías aéreas, los mapas topográficos y las tomas de la casa de Ryan sacadas desde tierra y desde la bahía. Alex había agregado además las observaciones hechas por su gente y otros datos que podían llegar a ser de interés.
—Por desgracia permite que sus sentimientos personales interfieran con sus actividades —informó Miller con frialdad.
— ¿Y tú no, Sean? —preguntó O'Donnell.
— No volverá a suceder —prometió su subordinado.
—Me alegro. Lo importante de los errores es la lección que nos proporcionan. Así que repasemos los planes que propones.
Sean sacó otros dos mapas, y durante veinte minutos expuso sus ideas. Terminó explicando el plan de Dobbens para distraer la atención de las fuerzas del orden.
—Me gusta. —Se volvió hacia su jefe de inteligencia.
—¿Joseph?

Librodot

—Por supuesto que la oposición será formidable, pero el plan da para eso. Lo único que me preocupa es que para llevarlo a cabo prácticamente necesitaremos toda nuestra gente.
—No existe ninguna otra posibilidad aceptable —contestó Miller—. El problema no reside tanto en poder acercarse, sino en abandonar la zona después de haber cumplido la misión. Es fundamental atenernos al horario previsto.
—¿La oposición puede intentar alguna otra cosa? —preguntó O'Donnell.
—Creo que no —opinó McKenney—. Esas son las peores expectativas
posibles.
—Helicópteros —agregó Miller—. Casi frustraron el último operativo. Si
estamos preparados no serán problema, pero debemos estar preparados.
—Muy bien —dijo O'Donnell—. —¿Y la segunda parte del operativo?
—Obviamente debemos saber dónde estarán todas las víctimas —aclaró McKenney—. ¿Cuándo quieres que active a nuestra gente?
—Todavía no —contestó el comandante con aire pensativo—. Una vez más, se trata de una cuestión de tiempo y de horarios. ¿Sean?
—Creo que antes de movernos debemos esperar que la misión haya quedado totalmente cumplida.
—Sí, la última vez resultó una buena idea. ¿Cuánta gente necesitas para el operativo?
— Por lo menos quince personas. Creo que podemos confiar en que Alex aporte tres hombres entrenados, entre los que se incluye él. Pero no más. Opino que, en lo posible, debemos limitar su participación.
—De acuerdo —aprobó McKenney.
— ¿Y en cuanto a entrenamiento?
— El más intenso posible.
—¿A partir de cuándo?
— Un mes antes —contestó Miller—. Empezar con más anticipación se
ría un gasto inútil de recursos. Por el momento yo tengo mucho trabajo que hacer.

—Así que aquí están los planes —dijo Murray—. Ustedes pueden alojarlos en la embajada, o nosotros los instalaremos en Blair House, frente a la Casa Blanca.
—Con todo el respeto que me merecen sus agentes del Servicio Secreto... —El jefe del Grupo de Protección Diplomática no tuvo necesidad de seguir hablando. La seguridad de la Familia Real era responsabilidad suya y, dentro de lo posible, no estaba dispuesto a confiársela a extranjeros.
—Sí, comprendo. Además de la ayuda habitual de la policía, recibirán completo apoyo del Servicio Secreto, y de un par de agentes de enlace del FBI. Y finalmente tendremos dos grupos del equipo de rescate de rehenes en estado de alerta durante todo el tiempo en que ellos estén en el país, uno en Washington, y otro de refuerzo en Quantico.
—¿Cuánta gente está enterada? —preguntó Ashley.
—Han sido informados tanto el Servicio Secreto como el Bureau. Cuando llegue tu gente de avanzada, ya habrán estudiado a fondo casi todos los eventos. La policía local no será notificada hasta que sea necesario.
—¿Dijiste que la mayoría de los lugares han sido investigados, pero no todos? —preguntó Owens.
—¿Quieres que investiguemos ya los lugares que todavía no han sido anunciados?

—No. —El hombre del Grupo de Protección Diplomática meneó la cabeza—. Ya es bastante negativo que las apariciones públicas hayan tenido que darse a conocer con tanta anticipación. No olviden que el viaje todavía no ha sido oficialmente anunciado. Nuestra mejor defensa es el elemento sorpresa.

Owens miró a su colega pero no reaccionó. El Jefe del Grupo de Protección Diplomática figuraba en su lista de sospechosos y tenía órdenes de no permitir que nadie se enterara de los detalles de sus investigaciones. Owens consideraba inocente a ese funcionario, pero sus hombres habían descubierto algunas irregularidades en su vida personal, que de alguna manera habías pasado inadvertidas en ocasión de anteriores investigaciones. Hasta no tener la seguridad de que no era un candidato a ser sometido a chantaje, no se le haría saber que algunos de los posibles sospechosos ya estaban al tanto del itinerario.
El comandante del C13 dirigió una mirada irónica a Murray.
—Señores, considero que están exagerando, pero es asunto de ustedes —dijo el hombre del FBI al ponerse de pie—. ¿Sus agentes viajan mañana para allá?
—Así es.
—Muy bien. Chuck Avery, del servicio secreto, los recibirá en Dulles. Indíquenles que pidan todo lo que necesiten. Contarán con nuestra total cooperación. —Los observó salir. Owen regresó cinco minutos después.
—¿Qué pasa, Jimmy? —preguntó Murray, sin demostrar sorpresa.
—¿Tu gente sabe algo nuevo con respecto a los tipos que atacaron a Ryan?
—En las últimas dos semanas no hemos tenido ninguna novedad —admitió Murray—. ¿Y ustedes?
—Tenemos un posible nexo... quiero ser preciso: sospechamos que puede existir un nexo posible.
El hombre del FBI sonrió.
—Sí, ya sé lo que es eso. ¿De quién se trata?
Geoffrey Watkins. —Ante el anuncio, Murray reaccionó.
—¿El del servicio exterior? ¡Mierda! ¿Hay alguien más en la lista a quien yo conozca?
—El individuo con quien acabamos de hablar. La gente de Ashley descubrió que no le es enteramente fiel a su mujer.
—¿Le mete los cuernos con chicos o con chicas? —Murray había advertido un tono especial en la forma en que Owens le comunicó la noticia.
—¿Entonces quiere decir que él no está enterado, Jimmy?
—Ignora que el itinerario ha llegado a oídos de otra gente, posiblemente la gente que más nos podría perjudicar. Entre ellos está Watkins, pero también nuestro amigo del Grupo de Protección Diplomática.
—¡Ah, qué bien! Ha habido una filtración en los planes y no se lo puedes decir al jefe de seguridad porque puede estar implicado....
—No es probable, pero debemos tomar en cuenta la posibilidad. —Cancela el viaje, Jimmy. Aunque tengas que romperle una pierna al príncipe, ¡cancela ese maldito vaje!
—No podemos. Se niega. Antes de ayer hablé con Su Alteza y le expliqué el problema. Se niega a permitir que manejemos así su vida.
¿Y por qué me estás contando esto? —preguntó Murray después de levantar los ojos al cielo.
—Tengo que decírselo a alguien, Dan. No puedo hablarlo con mis subordinados, y entonces...
—Owens hizo un gesto de impotencia con las manos.
—Quieres que seamos nosotros los que cancelemos el viaje, ¿no? —preguntó Murray. Sabía que Owens no podía contestar a su pregunta. —Hablemos claramente. Quieres que nuestra gente esté alerta porque consideras probable que haya un atentado, y que uno de los presuntos héroes sea en realidad el villano de la obra.
—Correcto.
—Esto no hará muy feliz a nuestra gente.
—A mí tampoco me hace nada feliz, Dan —contestó Owens.
—Bueno, le dará a Bill Shaw algo más en qué pensar. —Se le ocurrió otra idea.
—Jimmy, la carnada que cuelga de tu anzuelo es demasiado valiosa. —Él ya lo sabe. Nuestra misión consiste en mantener alejados a los tiburones, ¿no?

Murray meneó la cabeza. La solución ideal sería encontrar una manera de cancelar el viaje y así pasarles de nuevo el problema a Owens y a Ashley. Eso significaba involucrar al Departamento de Estado. Y Murray sabía que a los muchachos de Foggy Bottom no les gustaría nada la idea. No era posible cancelar la invitación de un futuro jefe de Estado porque el FBI y el servicio secreto no estaban en condiciones de garantizar su seguridad: sabiendo que la protección del príncipe no era enteramente responsabilidad de los norteamericanos, dirían que esa actitud pondría en ridículo a las fuerzas de seguridad de los Estados Unidos.
—¿Qué tienes contra Watkins? —preguntó después de un momento. Owens resumió sus "evidencias".
— ¿Y eso es todo?
— Seguimos investigando, pero hasta ahora no tenemos nada más. Por supuesto que tal vez se trate de una coincidencia, pero...
—No, creo que debes de tener razón. —Murray tampoco creía en las coincidencias. —Pero yo no podría presentarme con eso ante un jurado de mi país. ¿Has pensado en la posibilidad de estropearle el pastel?
—¿Te refieres a modificar la agenda? Sí, lo pensamos. Pero, ¿qué ganaríamos? Podríamos modificar la agenda, esperar que Watkins fuera a la librería, y en ese momento arrestarlos a los dos: a él y a Cooley, siempre que pudiéramos confirmar que lo que sospechamos es cierto. Pero eso significaría cortar el único nexo que hemos tenido con el ULA, Dan. Por el momento estamos vigilando a Cooley lo más estrechamente posible. Sigue de viaje. Si pudiéramos descubrir con quién establece contacto, tal vez lograríamos hacer fracasar todo el operativo. Lo que sugieres es una posibilidad, pero no es la mejor. Todavía hay tiempo, ¿sabes? Nos quedan varios meses por delante antes de que sea necesario tomar una medida tan drástica.
Murray asintió, no tanto porque estuviera de acuerdo, sino porque comprendía a Owens. La posibilidad de identificar y destruir al grupo de O'Donnell tendría que ser una tentación para Scotland Yard. Meter a Cooley entre rejas significaría echarla por tierra. Y no era algo que pudieran hacer con tanta facilidad. Estaba seguro de que el Bureau pensaría igual.

— Quiero que me acompañes, Jack —indicó Marty Cantor—. Y nada de preguntas.
—¿Qué? —preguntó Jack, y recibió una mirada acusadora. —Está bien... está bien. —Tomó los expedientes que tenía sobre el escritorio y los colocó bajo llave. Después se puso la chaqueta. Cantor lo precedió hasta el ascensor. Al llegar al primer piso se dirigió al anexo del cuartel general. Una vez allí tuvieron que someterse a cinco diferentes inspecciones de seguridad. Para Ryan eso era un récord, y se preguntó si, para introducirlo en ese edificio, Cantor no habría tenido que reprogramar la computadora de controles. Después de diez minutos llegaron al cuarto piso y entraron en una oficina que sólo se identificaba por un número.
— Jack, este es JeanClaude, uno de nuestros colegas franceses. Jack estrechó la mano de un hombre que le llevaba como veinte años y en cuyo rostro había una perpetua expresión de ironía.
— ¿Y esto a qué se debe, Marty?
— Profesor Ryan —dijo JeanClaude—. Entiendo que usted es el hombre a quien debemos agradecer.
—¿Por qué...? —Ryan se detuvo. ¡Ah, ah! El francés lo condujo a un monitor de televisión.
—Jack esto es algo que nunca has visto —dijo Cantor cuando apareció una imagen en pantalla. Tenía que ser una grabación tomada vía satélite.
Ryan lo supo porque el ángulo de toma se iba modificando lentamente.
— ¿Cuándo? —preguntó.
—Anoche, alrededor de las tres de la madrugada.
— Correcto —aprobó Jean Claude, con los ojos clavados en la pantalla.

Ryan creyó reconocer el campamento 20. El de ActionDirecte. La distancia entre las chozas le resultaba familiar. La película mostraba que la calefacción estaba encendida en tres de ellas. La claridad de las señales de calor le informó que la temperatura reinante debía de ser de bajo cero. Al sur del campamento, detrás de una duna, había dos vehículos estacionados. Jack no alcanzó a discernir si se trataba de jeeps o de camiones pequeños. Al mirar más de cerca notó la presencia de pequeñas figuras en movimiento: hombres. Por la forma en que se movían: soldados. Contó ocho, divididos en dos grupos de cuatro. Cerca de una de las chozas se veía un reflejo brillante. Por lo visto allí había un hombre de pie. Tres de la mañana, la hora en que el funcionamiento corporal está en su nivel más bajo. Uno de los guardias del campamento fumaba, sin duda para tratar de mantenerse despierto. Ryan sabía que ese era un error. El resplandor del fósforo arruinaba su visión nocturna. Ah, bueno...

—Ahora —anunció JeanClaude.

Del lugar donde se encontraba uno de los ocho intrusos surgió un breve resplandor; resultaba extraño verlo y no oírlo. Ryan no supo con seguridad si fue por eso que el guardia se movió, pero el cigarrillo salió volando y fue a caer a un metro y medio de distancia, después de lo cual ambas imágenes permanecieron inmóviles. Acaban de matar a ese hombre, se dijo Ryan. ¡Dios mío! ¿Qué estoy viendo? Las ocho figuras se acercaron al campamento. Primero entraron en la choza de guardia... que seguía siendo la misma. Al instante volvieron a salir. Enseguida volvieron a dividirse en dos grupos de cuatro, y

cada grupo se dirigió a una de las chozas "iluminadas".

—¿Qué tropas son? —preguntó Jack.

—Paramilitares —contestó Jean Claude con sencillez.

Treinta segundos después reaparecieron algunos de los hombres. Después salió el resto... y Ryan notó que eran más de los que habían entrado. Dos parecían estar cargando con algo. Entonces entró algo más en pantalla. Fue un resplandor que borró las demás imágenes: un helicóptero cuyas máquinas resplandecían en infrarrojo en la película. La calidad de la imagen desmejoró y la cámara retrocedió en zoom. Entraron en pantalla otros dos helicópteros. Uno aterrizó cerca de los vehículos para cargar los jeeps. Una vez que ese helicóptero despegó, el otro comenzó a volar a baja altura, y durante varios kilómetros siguió las huellas de los vehículos, borrándolas con el viento que levantaban sus paletas. Cuando el satélite perdió contacto visual

con la escena, todo el mundo se había marchado. El operativo demoró menos de diez minutos.

—Rápido y limpio —dijo Marty en un susurro.

— ¿Se apoderaron de ella? —tuvo que preguntar Jack.

—Sí —contestó JeanClaude—. Y de cinco más, cuatro de ellos vivos. Los sacamos a todos, incluyendo a los guardias del campamento quienes, lamento decir, no sobrevivieron. —El francés acababa de expresar su pesar sólo por una cuestión de buena educación, pero en su rostro se notaban sus verdaderos sentimientos.

— ¿Alguno de sus hombres resultó herido? —preguntó Cantor. El francés meneó la cabeza con expresión divertida.

—No. Verá: estaban todos dormidos. Uno descansaba con la pistola junto a la cama y cometió el error de tratar de agarrarla.

—¿Así que los sacaron a todos, hasta a los guardias del campamento?

—Por supuesto. En este momento están todos en Chad. A los vivos se los interroga.

—¿Cómo consiguieron que el satélite filmara el procedimiento? —preguntó Jack.

Junto con la respuesta recibió un encogimiento de hombros típicamente galo.

—Una afortunada coincidencia.

¡Ya lo creo! pensó Jack. ¡Y vaya coincidencia! Acabo de presenciar la filmación de la muerte de tres o cuatro personas. Terroristas, se corrigió. Excepto los guardias que sólo ayudaban a los terroristas. La filmación no pudo ser accidental. Los franceses querían que nosotros supiéramos que realmente estaban decididos a contraatacar el terrorismo.

—¿Y por qué estoy aquí?

—Porque usted lo hizo posible —explicó JeanPaul—. Tengo el placer de expresarle el agradecimiento de mi país.
—¿Y qué le sucederá a la gente que han capturado? —quiso saber Jack.
—¿Sabe a cuántas personas han asesinado? Responderán por esos crímenes. Lo que les espera es justicia.
—Tú querías presenciar un éxito, Jack —dijo Cantor—. Acabas de hacerlo.
Ryan pensó en lo que acababa de ver. El hecho de que hubieran retirado los cuerpos de los guardias le indicaba cómo terminaría el operativo. Nadie sabría lo sucedido. Por supuesto, habría un par de orificios de bala y un par de manchas de sangre, pero ningún cuerpo. Los invasores literalmente habían cubierto sus huellas. El operativo era perfectamente "negable". No habían dejado atrás nada que pudiera señalar a los franceses. En ese sentido eI operativo quedaba perfectamente encubierto. Y después de tantos esfuerzos en ese sentido, no había motivos para sospechar que la gente de ActionDirecte llegara alguna vez a enfrentar a un jurado. No creo que se tomaran tanto trabajo para después tener que soportar la publicidad de un juicio, se dijo Ryan. Adiós, Franvoise Theroux...
Yo condené a muerte a esa gente, comprendió por fin. Esa única mujer bastaba para crearle cargos de conciencia. Recordó la fotografía de tipo policial que había visto de ella, y la imagen poco clara tomada por el satélite de una chica en bikini.
—Esa muchacha asesinó por lo menos a tres personas —recordó Cantor al ver la expresión de Jack.
—Profesor Ryan, esa mujer era una desalmada. No tenía sentimientos. No debe dejarse engañar por su rostro —aconsejó Jean Claude.N o todos pueden parecerse a Hitler.
Pero Ryan sabía que eso era sólo parte de la cuestión. El rostro de la muchacha simplemente le recordaba que la suya era una vida cuyo fin él había adelantado. Lo mismo que ella adelantó el fin de otros, se dijo Jack. Tuvo que admitirse que no tendría remordimientos si en lugar de la chica se encontrara a Sean Miller.
—Perdón —dijo—. Debo de tener una naturaleza romántica.
—¡Pero, por supuesto! —dijo el francés con generosidad—. Es lamentable, pero es esa gente quien ha hecho su eleccción, no usted, profesor. Usted ha ayudado a vengar la muerte de muchos inocentes y ha salvado la vida de una cantidad de personas a quienes ni siquiera conocerá nunca. Recibirá una carta formal de agradecimiento por la ayuda que nos ha prestado. La carta será secreta, por supuesto.
—Nos alegramos de haber podido ser útiles, coronel —aseguró Cantor.
Se despidieron con un apretón de manos y Marty volvió a conducir a Jack al edificio del cuartel general.
—Creo que en mi vida quiero volver a ver una cosa así —dijo Ryan en el corredor—. Me refiero a que no quiero verles la cara. Es decir.., diablos, ¡no sé lo que quiero decir! Tal vez sea simplemente... distinto cuando uno no está involucrado en el asunto, ¿sabes? Fue demasiado parecido a ver un partido de fútbol por televisión, sólo que no se trataba de un partido de fútbol. De todos modos, ¿quién era ese tipo?
—Jean Claude es el jefe del DGSE en Washington y antes fue agente de enlace. Recibimos la primera fotografía de la muchacha hace un día y medio. Ya tenían el operativo preparado y él lo puso en marcha en menos de seis horas. Una performance bárbara.
—Supongo que quiso impresionarnos. No los van a someter a juicio. ¿verdad?
—No. Dudo mucho de que esa gente regrese a Francia. ¿Recuerdas el problema que se les presentó la última vez que sometieron a juicio público a integrantes de ActionDirecte? Los jurados empezaron a recibir llamados amenazantes a medianoche y el caso se frustró. Tal vez no quieran volver a enfrentar un barullo semejante. —Cantor frunció el entrecejo. —Bueno, no es cosa nuestra. El sistema de ellos no es igual al nuestro. Lo único que hicimos fue pasarle información a un aliado.
—Una corte norteamericana diría que somos cómplices de un asesinato. —Posiblemente —admitió Cantor—. Personalmente prefiero el nombre que le dio JeanPaul.

—¿Entonces por qué renuncias en agosto? —preguntó Ryan. Cantor contestó sin mirarlo.
—Tal vez algún día lo sepas, Jack.
De regreso y a solas en su oficina, Jack no pudo sacarse de la cabeza lo que acababa de ver. A siete mil quinientos kilómetros de distancia, los agentes de DGSE estaban interrogando a esa muchacha. Si eso sucediera en una película, utilizarían técnicas brutales. Ryan ni siquiera quería enterarse de los métodos que utilizaban en la vida real. Se dijo que los integrantes de ActionDirecte lo tenían bien merecido. En primer lugar porque conscientemente habían elegido ser lo que eran. Segundo, porque el año anterior, al subvertir el sistema legal francés, proporcionaron a sus enemigos una excusa para pasar por alto las garantías constitucionales... ¿pero sería verdaderamente una excusa?
¿Qué habría opinado papá? se preguntó. Entonces lo asaltó otra duda. Levantó el tubo y marcó el número de la oficina de Marty.
Cantor.
—¿Por qué, Marty?
—¿Por qué qué, Jack?
—¿Por qué permitiste que viera eso?
—JeanClaude quería conocerte y también quería que comprobaras cómo habían utilizado el dato que les proporcionaste.
¡Esas son puras mentiras, Marty! Me permitiste ver una filmación realizada por el satélite... está bien, diferida, pero esencialmente es lo mismo. No creo que haya mucha gente autorizada para eso. Podrías haberle dicho que yo no estaba autorizado y asunto terminado.
—Está bien, has tenido tiempo para pensarlo. Dime a qué conclusión has llegado.
—No me gusta.
—¿Por qué? —preguntó Cantor.
—Fue quebrantar la ley.
—No las nuestras. Hace veinte minutos te dije que lo único que hicimos fue proporcionar información de inteligencia a un país extranjero amigo.
— Pero ellos la utilizaron para matar gente.
¿Y para qué crees que existe la inteligencia, Jack? ¿Qué crees que debieron hacer? No, antes contéstame otra pregunta. ¿Y si se hubiera tratado de extranjeros que hubiesen asesinado ciudadanos franceses en... en Liechtenstein digamos, para después retornar a su base?
— No es lo mismo. Eso más bien parece un... parece un acto de guerra: como matar a los guardias del campamento. A los que realmente buscaban era a sus propios conciudadanos, quienes cometieron crímenes en su propio país y que están sujetos a las leyes francesas.
—¿Y si se hubiese tratado de otro campamento? Si esos paracaidistas hubiesen hecho el trabajo para nosotros o para los británicos, atacando a nuestros amigos del ULA?
— ¡Eso es distinto! —exclamó Ryan. ¿Pero por qué? se preguntó enseguida. —Ese es un asunto personal. No puedes pretender que sienta lo mismo acerca de eso.
—¿Ah, no? —preguntó Cantor. Y cortó.
Ryan se quedó varios segundos mirando el tubo antes de colgarlo. ¿Qué estaría tratando de decirle Marty? Repasó mentalmente los acontecimientos tratando de arribar a una conclusión sensata.
¿Pero existía una conclusión sensata en todo eso? ¿Era sensato que los disidentes políticos se expresaran con bombas y ametralladoras? ¿Era sensato que las naciones pequeñas utilizaran el terrorismo como una especie de arma de guerra para modificar las políticas de países más poderosos? Ryan lanzó un gruñido. Eso dependía del bando en que uno militara... o por o menos había gente que opinaba así. ¿Sería eso algo completamente nuevo?
Sí y no. El terrorismo apoyado por un Estado en la forma de piratas de Berbería había sido la primera prueba sufrida por Estados Unidos como nación. El objetivo del enemigo era simplemente la codicia. Los Estados de Berbería exigían el pago de un tributo antes de conceder derecho de paso a las naves comerciales de bandera norteamericana, hasta que finalmente se llegó a la decisión de no seguir soportándolo. Preble condujo a la naciente In-

fantería de Marina de los Estados Unidos al Mediterráneo y puso punto final al asunto... no, puso fin a la tolerancia norteamericana, se corrigió Jack.

¡Dios, hasta sucedió en el mismo lugar! pensó Ryan. "A las playas de Trípoli", rezaba el himno de la Marina, lugar donde el teniente primero Presley O'Bannon atacó el fuerte de Derma. Jack se preguntó si ese lugar seguiría existiendo. El lugar tal vez no, pero el problema, sí.

La violencia no había cambiado. Lo que cambió fueron las reglas de juego entre las grandes naciones y los objetivos de sus enemigos. Doscientos años antes, cuando una nación pequeña ofendía a una mayor, los barcos y las tropas arreglaban el asunto. Pero las cosas ya no eran tan sencillas. En la actualidad los países pequeños contaban con arsenales de armas modernas que podían convertir a esas expediciones punitivas en algo demasiado costoso para sociedades que habían aprendido a preservar las vidas de sus jóvenes ciudadanos. Un regimiento ya no lograba solucionar los problemas, y movilizar todo un ejército no era tan simple. Sabiéndolo, los países pequeños podían infligir heridas por sí mismos, o para no correr riesgos, apoyar a otros para que lo hicieran en su lugar y en definitiva dirigir a su oponente en la dirección deseada. Ni siquiera había demasiado apuro. Los gastos de recursos eran tan pocos y tan distinto el valor acordado a las vidas humanas que se perdían y se tomaban, que conflictos como esos llegaban a durar años.

Lo novedoso no era la violencia, sino la seguridad de la nación que la llevaba a cabo o la apoyaba. Hasta que eso se modificara, la matanza no tendría fin.

De manera que, a nivel internacional, el terrorismo era una forma de guerra que ni siquiera exigía cortar las relaciones diplomáticas normales. Aun en la actualidad, Norteamérica misma tenía embajadas en algunas de esas naciones. Sin embargo, en los países de Occidente, el terrorismo era tratado como un crimen. Ryan recordó que hábía enfrentado a Miller en el Old Bayley y no en una corte marcial militar. Hasta pueden usar eso en contra de nosotros. Le resultó una conclusión sorprendente. Ellos pueden pelear en esa especie de guerra, pero nosotros no podemos reconocerla como tal sin renunciar a algo que nuestra sociedad necesita. Si tratamos a los terroristas como activistas políticamente motivados, les concedemos un honor que no merecen. Si los tratamos como soldados y les damos muerte en función de tales, los legitimizamos y, a la vez, violamos nuestra propias leyes. Ryan sabía que, aguzando un poco la imaginación, el crimen organizado podía ser considerado una forma de terrorismo. La única debilidad de los terroristas era que fuesen tan negativos. Se trataba de un movimiento político sin nada que ofrecer, aparte de la convicción de que la sociedad de la que procedían era injusta. En tanto el pueblo de esa sociedad sintiera lo contrario, los alejados de la sociedad eran los terroristas, y no la población en su totalidad. Los procedimientos democráticos que beneficiaban a los terroristas eran, a la vez, sus peores enemigos políticos. Entonces, para ellos, el primer objetivo tenía que consistir en eliminar esos procedimientos democráticos, convirtiendo justicia en injusticia para conseguir que los integrantes de la sociedad los miraran con simpatía.

La pura elegancia del concepto era sorprendente. Los terroristas podían luchar en una guerra y ser protegidos por los procedimientos democráticos de sus enemigos. En caso de que esos procedimientos fuesen obviados, los terroristas ganaban un apoyo político adicional, pero sin obviarlos resultaba extremadamente difícil vencer al terrorismo. Podían mantener a una sociedad como rehén contra sí misma y contra sus preceptos más importantes, desafiándola a cambiar. Podían circular por todos lados a su antojo, aprovechándose de la libertad que definía a un Estado democrático, y lograr todo el apoyo que necesitaban por parte de una nación o Estado con el que la sociedad a la que pertenecían no podía o no deseaba tratar.

La única solución era la cooperación internacional. Había que separar a los terroristas de sus puntos de apoyo. Librados a sus propios recursos, los terroristas se convertirían en poco más que una red de crimen organizado... Pero a pesar de toda la retórica que afirmaba lo contrario, a las democracias les resultaba más fácil enfrentar individualmente sus problemas domésticos que unirse y dar un golpe decisivo a quienes fomentaban esos problemas. ¿Habría cambiado

eso recientemente? La CIA había proporcionado datos a otro país, y como resultado se realizó una acción concreta. Por lo tanto lo que él había presenciado ese día significaba un paso en la dirección adecuada, aunque no fuese necesariamente el paso correcto. Ryan se dijo que acababa de ser testigo de una de las múltiples imperfecciones del mundo, pero que por lo menos estaba dirigida en la dirección correcta. Se había angustiado porque era un ser civilizado. Y ahora analizaba los hechos racionalmente como resultado de... ¿qué?

Cantor entró en la oficina del almirante Greer.
— ¿Y? —preguntó el director.
—Podemos clasificarlo con un 7, o tal vez con un 9. Depende de lo que aprenda de la experiencia.
¿Ataque de remordimientos de conciencia? —preguntó Greer.
— Sí.
— Ya es hora de que se entere de lo que es realmente este juego. Todo el mundo tiene que aprenderlo. Se quedará —vaticinó el director.
—Probablemente.

El agente que estaba de guardia en el mostrador notó la entrada de dos personas bastante mal vestidas. El mayor llevaba debajo del brazo algo envuelto en su campera de cuero. Eso atrajo inmediatamente toda la atención del agente. Con un gesto de la mano izquierda les indicó a los visitantes que se acercaran. La derecha la tenía ocupaba en otra parte.
—¿En qué puedo serle útil, señor?
— ¡Hola! —saludó el hombre—. Tengo algo para ustedes. —El individuo alzó la chaqueta y extrajo una ametralladora. Enseguida se enteró de que esa no era la mejor manera de llamar la atención de los agentes del FBI.
El agente le arrancó el arma de las manos y la arrojó sobre el escritorio, se puso de pie y sacó su revolver de servicio. Ya había oprimido el botón de alarma situado debajo del escritorio y otros dos agentes convergieron sobre ellos. El del mostrador notó inmediatamente que la ametralladora tenía el seguro puesto: no había peligro, además el arma no tenía cargador.
— ¡La encontré yo! —anunció el chico orgullosamente.
— ¿Qué? —preguntó uno de los agentes recién llegados.
—Y yo pensé que convenía traerla —agregó el padre de la criatura.
—¿Qué diablos? —exclamó el agente del mostrador.
— Revisémosla. —Enseguida llegó un supervisor desde el salón de vigilancia cuyas cámaras de TV monitoreaban la entrada. El agente del mostrador volvió a revisar el arma para constatar que no ofrecía peligro, y se la entregó.
Se trataba de una Uzi, la ametralladora israelí de 9 mm utilizada a lo largo de todo el mundo por su equilibrio, calidad y precisión. El metal estampado de aspecto barato (aunque no hay nada barato en las Uzi) estaba oxidado y del caño caían gotas de agua. El agente le quitó el seguro y observó el tambor. El arma había sido disparada y desde entonces no se había limpiado. Resultaba imposible asegurar cuánto tiempo hacía de eso, pero en el FBI no había demasiados casos pendientes en que se hubiera utilizado un arma de esas características.
—¿Dónde la encontraron, señor?
—En una cantera, como a cuarenta y cinco kilómetros de aquí —contestó el hombre.
—¡La encontré yo! —repitió el chico.
—Es cierto, la encontró él concedió el padre.— Supuse que este era el lugar donde debía entregarla.
—Y supuso bien, señor. ¿Quieren acompañarme por favor?

Librodot

El agente del mostrador les entregó pases de "visitantes" a ambos. Tanto él como los otros dos agentes que montaban guardia en la entrada volvieron a sus tareas preguntándose qué diablos sería todo eso.
Al llegar al último piso el grupo entró en una oficina donde la ametralladora provocó el sobresalto de una secretaria.
—¿Está Bill? —preguntó el agente.
—Sí, yo... —Tenía la mirada clavada en la Uzi.
El agente pasó a su lado, hizo señas a los visitantes de que lo siguieran y se encaminó a la oficina de Shaw. La puerta estaba abierta. Shaw conversaba con uno de sus subordinados. El agente especial Richard Aldea se dirigió directamente al escritorio de Shaw sobre el que depositó el arma.
—¡Dios Santo, Ritchie! —Shaw miró al agente y después observó el arma.
— ¿Qué es esto?
Bil1, estas dos personas acaban de llegar. Vinieron a entregarnos el arma. Pensé que te interesaría.
Shaw invitó a los visitantes a sentarse en el sofá. Llamó a otros dos agentes para que se les reunieran, y después a un integrante del laboratorio de balística. Mientras organizaba la reunión, la secretaria le sirvió un café al padre y una gaseosa al chico.
—¿Me pueden dar sus nombres, por favor?
— Soy Robert Newton y éste es mi hijo Leon.
—Sin que se lo pidieran su ministró su dirección y número de teléfono.
— ¿Y dónde encontraron el arma? —preguntó Shaw mientras su subordinado tomaba notas.
— En una cantera llamada Jones. Se la puedo indicar en un mapa.
—¿Y ustedes qué hacían allí?
— Yo estaba pescando y la encontré —les recordó León.
—Yo juntaba leña —acotó el padre.
—¿En esta época del año?
— Conviene más hacerlo en verano, cuando no hace frío —explicó razonablemente el señor Newton—. Además así la leña se seca un poco para el invierno. Soy obrero de la construcción. En este momento no hay mucho trabajo, así que salí a buscar un poco de leña. Como hoy no había clases llevé conmigo a mi hijo. A León le gusta pescar mientras yo corto la leña. En la cantera hay buen pique —agregó con un guiño.
— Ah, claro. —Shaw sonrió—. Alguna vez pescaste algo Leon?
— No, pero la vez pasada casi pesqué un bagre —contestó el chico.
—Bueno, ¿y qué pasó?
El señor Newton le hizo una seña a su hijo para que hablara.
—Se me enganchó el anzuelo en una cosa pesada, ¿sabe?, y entonces yo
tiré y tiré y tiré. Entonces se soltó y yo traté de levantarla con la caña pero no
pude. Así que llamé a mi papá.
—Y yo la arrastré a la orilla —explicó el señor Newton—. Cuando vi que era un arma casi me ensucio los calzoncillos. El anzuelo se había enganchado en el gatillo. Y a todo esto, ¿qué clase de arma es?
— Una Uzi. La mayoría se fabrica en Israel —dijo el experto en balística—. Ha estado por lo menos un mes en el agua.
Ante la noticia, Shaw y uno de los agentes intercambiaron una mirada.
—Me temo que la toqué demasiado —dijo Newton—. Espero no haber borrado ninguna impresión digital.
— Después de estar en el agua, no, señor Newton —contestó Shaw—. Y
dígame: ¿la trajo directamente aquí?
—Sí, recién la encontramos hace... —miró su reloj—, más o menos una hora y media. No tenía cargador.

—¿Usted está familiarizado con las armas? —preguntó el experto en balística.
— Estuve un año en Vietnam, en el regimiento del aire 173. Conozco bastante bien los M16. —Newman sonrió—. Aparte de eso antes solía cazar un poco; casi siempre aves y conejos.
—Háblenos de la cantera —pidió Shaw.
—Supongo que está ubicada más o menos a un kilómetro de la ruta. Hay muchos árboles. Allí voy a buscar la leña para la chimenea. En realidad no sé quién es el propietario. Van muchos autos. Usted sabe, es uno de esos lugares donde los adolescentes estacionan sus coches los sábados a la noche.
—¿Estando allí, alguna vez oyó disparos?
— No, salvo durante la temporada de caza. Hay ardillas, muchísimas ardillas. ¿Y qué piensa con respecto al arma? ¿Significa algo para usted?
—Es posible. Es el tipo de arma que se utilizó para asesinar a un oficial de la policía y...
— ¡Ah, sí! Esa señora de Annapolis y su hijita, ¿verdad? —Hizo una pausa. — !Maldición!
Shaw miró al chico. Debía de tener alrededor de nueve años, calculó el agente, y observaba con ojos inteligentes los objetos que colgaban de las paredes de la oficina de Shaw: los recuerdos de la multitud de casos que había logrado aclarar.
— Señor Newton, usted nos ha hecho un enorme favor.
—¿Ah, sí? —contestó Leon—. ¿Y qué van a hacer con el arma? El experto en balística sé encargó de responderle.
—Primero la limpiaremos y nos aseguraremos de que no es peligrosa. Después la dispararemos. —Miró a Shaw. —Le aconsejo que descarte cualquier otra clase de pruebas. La corrosión es enorme. El agua de esa cantera debe de ser químicamente activa. —Miró a León.— Si llegas a sacar algún pez, hijo, no vayas a comerlo a menos que tu padre te autorice.
—Está bien —le aseguró el chico.
—Quiero poner manos a la obra enseguida.
—¿Me deja mirar? —preguntó Leon—. Le prometo que no lo molestaré.
— Te propongo una cosa —dijo Shaw—. Yo quiero conversar un poco más con tu papá. ¿Te gustaría que uno de los agentes te llevara a conocer nuestro museo? Podrás ver cómo apresamos a todos los famosos pistolerosdel pasado. Si esperas afuera, vendrá alguien a buscarte.
— ¡Muy bien!
—No podemos hablar con nadie acerca de esto, ¿verdad? —preguntó Newton en cuanto salió su hijo.
—Así es, señor. —Hizo una pausa—. Eso es importante por dos motivos. En primer lugar porque no queremos que los asesinos sepan que tenemos el arma. Y le advierto que esto puede ser muy importante, señor Newton. En segundo lugar le rogamos que no hable para proteger a su familia. La gente involucrada en este asunto es muy peligrosa. Piense que intentaron matar a una mujer embarazada y a una chiquita de cuatro años.
Eso realmente atrajo la atención de Newton. A él, que tenía cinco hijos, tres de ellos mujeres, no le gustó nada lo que acababa de oír.
—Bueno, ¿alguna vez ha visto a alguien más en la cantera? —preguntó Shaw.
—¿Como quiénes?
—Cualquiera.
—Tal vez vayan a buscar leña tres o cuatro personas más. Sé cómo se llaman... me refiero a sus nombres de pila. Y, como ya le dije, los chicos jóvenes la utilizan como playa de estacionamiento. —Rió. —Una vez tuve que empujar un auto empantanado. Quiero decir que el camino no es demasiado bueno y ese chico se empantanó y... —La voz de Newton se fue apagando. Su expresión cambió—. Una vez... fue un martes... ese día no pude trabajar porque la grúa estaba rota, y no tenía muchas ganas de quedarme en casa sentado, ¿sabe? Así que salí

a cortar un poco de leña. Delante de mí iba un furgón. El barro les dio muchísimo trabajo. Tuve que esperar como diez minutos porque bloquearon el camino y no hacían más que patinar.
—¿Cómo era el furgón?
—Oscuro. De esos que tienen puerta corrediza... y tenía los vidrios tapados por algo oscuro, ¿sabe?
¡Bingo! exclamó interiormente Shaw.
—¿Alcanzó a ver al conductor o a alguno que viajaban adentro?
Newton permaneció un momento pensativo.
—Sí, era un negro. Estaba... sí, me acuerdo.. estaba a los gritos. Supongo que le aterraba la posibilidad de quedarse empantanado. Es decir, yo no alcanzaba a oírlo, pero por los movimientos de la boca no cabe duda de que gritaba. Tenía barba y una chaqueta de cuero como la que yo uso para ir a trabajar.
—¿Notó algo más con respecto al furgón?
—Creo que sonaba como si tuviera un motor V8 poderoso.
Shaw miró a sus hombres, que, tomaban notas de la conversación, de masiado excitados para sonreír.
—Según los diarios, todos los asesinos eran blancos recordó Newton.
—Los diarios no siempre son infalibles —aclaró Shaw.
—¿Quiere decir que ese cretino que mató al policía era negro? Eso a Newton no le gustó nada. El también lo era. —Y además trató de asesinar a esa familia... ¡Mierda!
—Señor Newton, esto es un secreto. ¿Me entiende? Usted no debe comentarlo con nadie... ni siquiera con su hijo. ¿Ese día Leon estaba con usted?
—No, estaba en el colegio.
—Muy bien. No hable con nadie. Es para protegerlos a usted y a su familia. Le repito que es gente muy peligrosa.
—Está bien. —Durante algunos instantes, Newton se quedó mirando el
escritorio. ¿Quiere decir que en este país hay tipos que andan por ahí con ametralladoras y matando gente? ¿Aquí? ¿No en el Líbano o en un lugar por el estilo, sino aquí?
—De eso se trata.
—Mire, hombre, yo no me pasé un año en Vietnam para que el lugar donde vivo esté invadido por esa mierda.
Varios pisos más abajo, dos expertos en armas examinaban cuidadosamente la Uzi. La desarmaron y aplicaron un pequeña aspiradora a cada una de sus partes, con la esperanza de encontrar fibras de paño similares a las del furgón. Después analizaron exhaustivamente cada una de las partes. La inmersión había dañado mucho los estampados, casi todos de acero blando. En cambio el acero más duro y anticorrosivo del caño y del cerrojo se encontraban en mejor estado. El jefe del laboratorio volvió a armarla. Se tomó su tiempo y aceitó cuidadosamente las piezas; por fin la accionó para asegurarse de que funcionaba bien.
Bueno, se dijo interiormente. Dejó el arma sobre la mesa con la recámara vacía. Después sacó un cargador Uzi de un gabinete, lo cargó con balas de 9 mm. Y se lo metió en el bolsillo.
Los visitantes siempre lo consideraban incongruente. Para disparar las armas, los técnicos por lo general se ponían delantales blancos de laboratorio, como los médicos. El jefe se colocó los protectores acústicos, y disparó una sola bala para asegurarse de que el arma verdaderamente funcionara. Funcionaba. Entonces apretó el gatillo y en pocos segundos vació el cargador, se lo sacó y, seguro de que el arma no entrañaba ningún peligro, se la entregó a su asistente.
—Me voy a lavar las manos. Quiero que examinen esas balas cuanto antes. —El jefe de balística era un individuo muy cuidadoso.
Cuando terminó de secarse las manos, lo esperaba una colección de veinte balas disparadas. La envoltura metálica de cada una mostraba las marcas características hechas por el caño de la ametralladora. Las marcas eran más o menos iguales en cada bala, pero no idénticas porque a medida que se calentaba el caño se iba expandiendo.

Del cajón de evidencias sacó una cajita. Recordó que la bala que tenía en la mano había atravesado de lado a lado el cuerpo de un oficial de policía. Reflexionó que parecía increíble que un objeto tan chiquito pudiera provocar una muerte; apenas pesaba unos gramos y el paso por el cuerpo de la víctima no la había deformado en lo más mínimo. Resultaba difícil no dejarse llevar por esos pensamientos. La colocó junto al microscopio y tomó una de las que acababa de disparar. Entonces se sacó los anteojos y se inclinó para mirar. Las balas eran... bastantes parecidas. Decididamente habían sido disparadas por la misma clase de arma... Sacó la segunda bala y la sustituyó por otra. Más parecida.., La siguiente se parecía aún más. Hizo rotar con cuidado esa bala y la comparó con la que ocasionó la muerte del patrullero.
—Son idénticas —dictaminó. —Se alejó del microscopio y otro de los técnicos se inclinó a mirar.
—Sí, idénticas. Ciento por ciento iguales —convino el técnico. El jefe ordenó a sus hombres que chequearan el resto de las balas y se encaminó al teléfono.
—Shaw.
—Se trata de la misma arma. Estamos ciento por ciento seguros. La comparé con la bala que mató al patrullero. En este momento están comparándola con las que encontramos en el Porsche.
— ¡Buen trabajo, Paul!
— Ya lo creo. Dentro de un rato iré a verte.
Shaw cortó y miró a sus subordinados.
— Señores, acababamos de encontrar una pista en el caso Ryan

22 Procedimientos

Esa noche Robert Newton acompañó a los agentes hasta la cantera. Al amanecer del día siguiente, un equipo completo de expertos revisaba el lugar, palmo a palmo. Un par de buzos se metió en el agua barrosa mientras diez agentes montaban guardia entre los árboles. Otro equipo localizó y entrevistó a los hombres que, como Newton, cortaban leña en la cantera. Otros hablaron con los habitantes de las granjas cercanas al camino que llevaba al bosque. Se sacaron muestras de la tierra para compararlas con las encontradas en el furgón. Las huellas fueron fotografiadas para proceder a su posterior análisis.
Los expertos en balística ya habían hecho otras pruebas con la Uzi. Las cápsulas servidas se compararon con las halladas en el furgón y en la escena del crimen y se comprobó que eran idénticas. En ese momento la relación entre el arma, el crimen y el furgón era indudable. El número de serie de la Uzi había sido confirmado por la fábrica de Singapore y se estaba efectuando una investigación para conocer el destino que tuvo al salir de la fábrica. En la computadora del Bureau figuraban todos los armeros del mundo.
El propósito del FBI era tomar una única información y desarrollarla aclarando un caso criminal completo. Pero no podían evitar ser vistos. Camino a su trabajo, Alex Dobbens pasaba todos los días cerca de la cantera. Notó que un par de vehículos entraba en la ruta desde el camino de tierra. Aunque ni el automóvil ni el furgón del laboratorio del FBI llevaban leyendas que los identificaran, sus chapas eran federales, y el ingeniero no necesitó ver nada más.
Dobbens no era un hombre nervioso. Su entrenamiento profesional le permitía considerar que el mundo era una colección de pequeños y discretos problemas cada uno de los cuales tenía una solución. Y si uno lograba solucionar varios problemas chicos, al mismo tiempo quedarían solucionados los grandes. El también era una persona cuidadosa. Cada cosa que hacía formaba parte de un plan más amplio. Aunque a su gente le costó comprenderlo, él era

Librodot

una persona exitosa y resultaba difícil discutir con el éxito. Y Dobbens tenía éxito en todo lo que se proponía. Así se había ganado el respeto y la obediencia de su gente.
Dobbens consideró que no era habitual que dos vehículos salieran al mismo tiempo por ese camino. Tampoco le pareció lógico que ambos tuvieran chapas oficiales. Por lo tanto tuvo que suponer que, de alguna manera, la policía se había enterado de que él utilizaba la cantera para prácticas de tiro.. ¿Pero cómo lo supieron? se preguntó. ¿Tal vez por la denuncia de algún cazador, uno de esos rústicos que iban allí a cazar ardillas y aves? ¿O por alguno de los que iban a buscar leña? ¿O tal vez uno de los chicos de las granjas veci
nas? ¿Hasta qué punto significaría eso un problema importante?
Sólo había llevado cuatro veces a su gente a hacer prácticas de tiro en la cantera, la última cuando llegó el irlandés. ¿Humor, qué puedo deducir de eso? se preguntó. Fue hace varias semanas. Siempre tiraban durante las horas de más tráfico, por lo general a la mañana. A pesar de hallarse tan lejos de la ciudad, por la mañana y a última hora de la tarde siempre circulaban muchos autos y camiones por la ruta. Por lo tanto no era probable que alguien los hubiera oído muy bien.
Cada vez que practicaron tiro, Alex se preocupó por recoger todas las cápsulas vacías y estaba seguro de no haber dejado ningún rastro, ni siquiera una colilla de cigarrillo que pudiera probar que habían estado allí. No podían evitar las huellas de los neumáticos, pero uno de los motivos que lo llevaron a elegir ese lugar fue que los fines de semana lo usaban los chicos para estacionar... había infinidad de huellas de neumáticos.
Recordó también que allí habían tirado el arma al agua, ¿pero quién iba a encontrarla? El lago tenía más de dos metros cuarenta de profundidad —estaba seguro porque lo había verificado— y era barroso y poco acogedor. Nadie iba a utilizarlo para nadar. Sólo arrojaron el arma que había sido disparada pero, por imposible que pareciera, tenía que suponer que la habían encontrado. Por el momento no importaba cómo. Bueno, ahora también tendremos que deshacernos de las otras, se dijo. No es difícil conseguir armas nuevas.
¿ Y qué puede averiguar la policía? se preguntó. Era versado en procedimientos policiales. Le parecía lógico conocer a su enemigo y había leído una serie de libros sobre técnicas de investigación, los que se utilizaban en las academias de entrenamiento de policías. El y su gente los habían estudiado con tanto cuidado como los policías novatos.
En el arma no podía haber impresiones digitales. El agua las habría borrado. El había manoseado y limpiado la Uzi, pero eso no le preocupaba. Se habían deshecho del furgón. Para empezar era robado y _ pusieron varios juegos de chapas distintas. Y las chapas estaban enterradas debajo de un poste de electricidad, en la zona de Anne Arundel. El furgón en sí fue ciudadosamente lavado. Limpiaron todo... la tierra de la cantera... eso le daba qué pensar. Pero de todas maneras el furgón los conduciría a un punto muerto. No había quedado nada que lo pudiera conectar con su grupo. ¿Habría hablado alguno de sus subordinados, tal vez alguien a quien le remordiera la conciencia por la chiquita que estuvo a punto de morir? Pero de ser así, esa tarde se habría despertado con una pistola y un policía enfrente. Así que quizá podría descartar esa posibilidad. Hablaría con su gente y le recordaría que no podía conversar con nadie acerca de lo que hacía.
¿Le habrían visto la cara? Alex volvió a enfurecerse por haber saludado al helicóptero. Pero en ese momento usaba sombrero, anteojos negros y tenía barba, todo lo cual había sido eliminado junto con los vaqueros, la chaqueta y los zapatos que usó ese día. Conservaba los guantes de trabajo, pero eran comunes, de esos que se compran en cualquier ferretería.
¡Entonces tíralos y cómprate otros, pedazo de imbécil! se dijo. Pero asegúrate de que sean del mismo color.
Volvió a repasar todos los hechos. Tal vez estuviera exagerando. La policía podía estar investigando cualquier otra cosa, pero era tonto correr riesgos innecesarios. Se liberaría de todo lo que hubiera usado en la cantera. Haría una lista completa de las posibles conexiones para eliminarlas todas. Nunca volverían a poner sus pies en ese sitio. Alex había establecido sus propias reglas, después de comprobar lo catastrófico que resultaba no tenerlas. Los grupos

radicalizados con los que confraternizó durante sus días de universitario desaparecieron debido a la arrogancia y la estupidez, por subestimar la capacidad de sus enemigos. Fundamentalmente, desaparecieron por no ser dignos de tener éxito. La victoria es alcanzada sólo por los que están preparados para lograrla y aceptarla, pensó. Hasta llegó a felicitarse por haber descubierto la presencia de la policía en la cantera. De todos modos ya conocía otro lugar prometedor para realizar las prácticas de tiro.

—Erik Martens —suspiró Ryan—. Nos volveremos a encontrar.

Todas las informaciones obtenidas por el FBI habían sido enviadas a la CIA a pocas horas de haberlas recibido. La Uzi recobrada era fabricada en Singapore en una planta que también realizaba una versión del rifle M16 utilizado por Ryan en la Infantería de Marina, así como otra serie de armas militares, tanto del este como del oeste, para venderlas a países del tercer mundo... o a otros interesados. Por su trabajo del verano anterior, Ryan sabía que existían varias fábricas de ese tipo así como muchos gobiernos para quienes la legalidad de un comerciante en armas sólo dependía del crédito que les otorgara.

Tal era el caso del señor Martens, un individuo sumamente competente en su ramo, un hombre con notables conexiones. En una oportunidad Martens trabajó para la CIA respaldando a los rebeldes de Angola, hasta que la compañía pudo establecer un agente más regular. Su principal habilidad, sin embargo, consistía en poder abastecer a los gobiernos sudafricanos. El hombre poseía su propio Jet, de alcance intercontinental. Para estar seguro de poder volar en él a cualquier parte que deseara, Martens obtuvo armamentos para una serie de países de Africa negra y hasta misiles para la Argentina. Podía viajar a cualquier lugar del mundo y siempre encontraría algún gobierno que estaba en deuda con él. El tipo hubiera sido una sensación en Wall Street o en cualquier otro centro bursátil del mundo, pensó Ryan sonriendo. Era capaz de hacer negocios con cualquiera y vendía armas con la misma facilidad con que la gente de Chicago vendía trigo.

El fue quien recibió las Uzi de Singapore. Todo el mundo estaba enamorado de las Uzi. Hasta los checos intentaron copiarla, pero sin mucho éxito comercial. Los israelíes las vendían por millares a fuerzas militares y de seguridad y siempre —o casi siempre— de acuerdo a las reglas establecidas por los Estados Unidos. Ryan leyó que un número considerable había llegado a Africa del Sur, hasta que el embargo lo hizo bastante más difícil. ¿Será por eso que permitieron que otros las fabricaran bajo licencia? se preguntó Ryan. Que otro ampliara el mercado mientras ellos se embolsaban las ganancias...

El envío fue de cinco mil unidades... cerca de dos millones de dólares, a
precio mayorista. No demasiado en realidad, lo suficiente para equipar las fuerzas policiales de una ciudad o un regimiento de paracaidistas, según fuera la tendencia del gobierno comprador. Lo suficientemente grande como para proporcionar una jugosa ganancia al señor Martens, y lo suficientemente pequeña como para no llamar demasiado la atención. Un camión lleno...¿o tal vez dos? se preguntó Ryan.

Eso fue lo que me dijo Sir Basil Charleston en la comida, recordó Ryan. Usted no le prestó bastante atención a ese sudafricano... Así que los británicos creen que Martens comercia con los terroristas... ¿directamente? No, su gobierno no lo toleraría. Probablemente no lo toleraría, se corrigió Ryan. Las armas tal vez encontraran un camino para llegar al Congreso Nacional Africano, lo cual no sería una noticia agradable para el gobierno al que estaban destinadas a destruir. Así que Ryan tenía que encontrar un intermediario. Demoró treinta minutos en conseguir ese archivo, tiempo que incluyó un llamado a Marty Cantor.

El archivo era un desastre. Martens tenía ocho agentes intermediarios conocidos, además de otros quince sospechosos... Por supuesto, uno o dos dentro de cada país con el que comerciaba. Ryan volvió a marcar el número de Cantor.

—¿Significa que nunca hemos tratado con Martens? —preguntó.

—Desde hace varios años. Nos introdujo algunas armas en Angola, pero no nos gustó su manera de manejar el asunto.
—¿En qué sentido?
—El hombre es un delincuente —contestó Marty—. Eso no es desusado en el negocio de los armamentos, pero tratamos de evitar a esa clase de individuos. En cuanto el Congreso anuló las restricciones, establecimos nuestras propias conexiones.
—Aquí tengo veintitrés nombres —dijo Ryan.
—Sí, conozco el archivo. Creímos que en noviembre estaba pasando armas a un grupo apoyado por los iraníes, pero resultó que no era cierto. Nos tomó un par de meses llegar a la conclusión de que era inocente. Habría sido mucho más fácil poder hablar con él.
—¿Y qué hay de los británicos? —preguntó Jack.
—Se topan con una pared —aclaró Marty—. Cada vez que tratan de hablar con él, algún viejo soldado afrikaner dice que no. En realidad no se los puede culpar, si Occidente los trata como parias, no hay duda de que tienen que actuar como parias. Y no hay que olvidar que los parias se mantienen unidos.
—Así que no sabemos lo que es necesario saber acerca de este tipo y no lo vamos a averiguar.
—No dije exactamente eso.
—¿Entonces enviaremos gente para investigar algunas cosas? —preguntó Ryan, esperanzado.
—Tampoco dije eso.
—¡Maldito sea, Marty!
—Jack, no estás autorizado a saber nada acerca de operativos de campo. Pero si no lo has notado, ninguno de los archivos que tuviste en tus manos te explica cómo nos llega la información.
Ryan lo había notado. No se mencionaba a los informantes, no se especificaban los lugares de encuentro y en ninguna parte se hablaba de los métodos utilizados para pasar la información.
—Está bien, ¿puedo suponer con seguridad que mediante algunos medios desconocidos recibiremos más datos sobre ese caballero?
— Puedes suponer con seguridad que estarnos considerando la posibilidad.
—Ese individuo quizá sea la mejor pista que tenemos —señaló Jack.
— Ya sé.
—Este material puede ser bastante frustrante, Marty —dijo Ryan desahogándose.
— ¡No me digas! —rió Cantor—. Espera hasta verte involucrado en algo realmente importante; perdón, pero sabes a qué me refiero. Cuando debas saber lo que la gente del Politburó realmente piensa acerca de algo, o hasta qué punto son poderosos y certeros sus misiles, o si tienen algún infiltrado en este edificio.
—Un problema por vez.
—Sí, debe de ser muy agradable tener que enfrentarse con un problema por vez.
—¿Cúándo puedo esperar recibir algo sobre Martens? —insistió Ryan.
—Cuando llegue lo sabrás —prometió Cantor—. ¡Hasta luego!
—¡Espléndido!
Jack dedicó el resto del día y parte del siguiente a estudiar la lista de personas con quienes Martens había realizado negocios. Le resultó un alivio tener que volver a dictar clases los dos días siguientes, a pesar de haber encontrado una conexión posible. Los motores Mercury encontrados en el Zodíaco y utilizados por el ULA, posiblemente hubieran sido comprados a un comerciante maltés con quien Martens había hecho algunos negocios.

La mejor noticia de la primavera fue que Ernie aprendía con rapidez. A las dos semanas de su llegada, el cachorro ya supo que tenía que hacer sus necesidades afuera, con lo cual Jack no volvió a oír los llamados de su hija "Papá, hay un problemita..." invariablemente seguidos por una pregunta de su mujer "¿Te estás divirtiendo, Jack?" En realidad hasta su esposa admitía que el perro se portaba bien. Sólo era posible separarlo de Sally, pegándole un fuerte tirón a la

correa. Dormía en la cama de la chiquita, con excepción de los momentos en que patrullaba la casa, cada tantas horas. Al principio resultaba un poco fastidioso ver al perro —o mejor dicho una masa negra, más oscura que la noche— a pocos centímetros del rostro de uno. Ernie parecía empeñado en informarles que todo estaba bien antes de volver al dormitorio de Sally donde dormitaría otro par de horas. Seguía siendo un cachorro de patas imposiblemente largas y grandotas y todavía le gustaba mascar todo lo que encontraba. Cuando eso incluyó la pierna de una de las muñecas preferidas de Sally, fue tal el reto que su dueña le dio, que Ernie terminó lamiéndole la cara en señal de contrición.

Por fin Sally había vuelto a la normalidad. Tal como vaticinaron los médicos, tenía las piernas completamente cicatrizadas y, como antes, corría por todas partes. Ese día se produciría su regreso al jardín de infantes. Su manera de pasar corriendo y volcar todos los vasos que hubiera sobre la mesa anunciaba que todo volvía a estar bien, y los padres se sentían tan felices que ni siquiera la retaban por sus modales poco refinados. Por su parte, Sally soportaba un número anormalmente grande de abrazos espontáneos, que ella en realidad no llegaba a comprender. Las pocas veces que mencionaba el atentado, se refería a él diciendo "esa vez que se rompió el auto". Cada tantas semanas todavía tenía que ver a sus médicos para que le hicieran una serie de tests que ella odiaba y temía, pero los chicos se adaptan mejor que sus padres a una realidad cambiante.

Uno de esos cambios era el que se había operado en su madre. En esa época el bebé por nacer crecía aceleradamente, resintiendo la pequeña estructura de Cathy. Todas las mañanas, después de ducharse, se miraba desnuda en el espejo de cuerpo entero que colgaba en el baño, y salía con una expresión que era a la vez de orgullo y de pesadumbre.

—Y cada día será peor —aseguró su marido, que salía a la vez de la ducha.

—Gracias, Jack. Realmente necesitaba esa palabra de aliento.

—¿Alcanzas a verte los pies? —preguntó él, sonriendo.

—No, pero los siento. —Los pies también se le estaban hinchando, lo mismo que los tobillos.

—¡A mí me parece que estás maravillosa, chiquita! —Jack se paró a sus espaldas y estiró los brazos para rodear el importante abdomen de su mujer. Apoyó la mejilla sobre la cabeza de Cathy—. Te amo.

— ¡Para ti es fácil decirlo! —Seguía mirándose al espejo. Jack vio el reflejo de su rostro, con una sonrisita en los labios. ¿Una invitación? Movió las manos hacia arriba para averiguarlo.

—¡Ay! ¡Me duele!

— Perdón. —Aflojó los brazos para que ella simplemente pudiera apoyarse en él—. Este... ¿Ha cambiado algo aquí?

—¿Tardaste tanto en darte cuenta? —Su sonrisa se amplió—. Es una pena que tenga que soportar esto para conseguirlo.

—¿Alguna vez me has oído una queja? Todo lo que se refiere a ti siempre me parece diez puntos. Supongo que el embarazo hace caer tu calificación a siete. Pero sólo en un aspecto —agregó.

—Has estado enseñando demasiado tiempo, profesor. —En ese momento ella sonreía abiertamente. Cathy se echó atrás, refregando la espalda contra el pecho velludo de su marido. Por algún motivo era algo que le encantaba hacer.

—Eres hermosa —dijo él—. Resplandeces.

—Bueno, resplandeciente y todo tengo que ir a trabajar, —Jack no retiró sus manos—. Me tengo que vestir, Jack.

— ¡Cómo los quiero! —Déjame que cuente las maneras... —murmuró él, con los labios apoyados contra el pelo húmedo de su mujer—. Uno... dos... tres...

—¡Ahora no, libertino!

—¿Por qué no? —Movía sus manos con mucha lentitud.

— Porque dentro de tres horas tengo que operar y tú debes ir a esa ciudad fantasma. — Sin embargo Cathy no se movió. No eran muchos los momentos en que podían estar solos.
—Hoy no voy a la ciudad fantasma. Me clavé con un seminario en la Academia. Me temo que el departamento está un poco disgustado conmigo. —Seguía mirando fijo el espejo. En ese momento ella tenía los ojos cerrados. A la mierda con el departamento...
—¡Dios, cómo te amo!
—Esta noche, Jack.
—¿Prometido?
—¿Me has tentado, no? Ahora yo... —Tomó las manos de su marido, las bajó y las apretó contra la piel tirante de su vientre.
El —el bebé era decididamente "él" por lo menos en las conversaciones de sus padres— estaba completamente despierto, giraba sobre sí mismo y pataleaba, empujando ese túnel oscuro que era su mundo.
—¡Epa! —exclamó el padre. Las manos de Cathy estaban sobre las suyas y las movía constantemente para seguir las piruetas del bebé.
—¿Qué se siente? Ella echó la cabeza hacia atrás.
—Una sensación muy agradable, salvo cuando estoy tratando de dormirme o cuando me patea la vejiga.
—Sally era tan... ¿tan fuerte?
—Creo que no. —No le dijo que no se trataba de algo que se recordara en función de fuerza. Era simplemente la sensación de que el hijo de uno estaba vivo y sano, algo que ningún hombre podía llegar a comprender. Ni siquiera Jack. Cathy Ryan era una mujer orgullosa. Sabía que era una de las mejores cirujanas oftálmicas de plaza. Se sabía atractiva y se esmeraba en seguir siéndolo. Aun deformada como estaba por el embarazo, sabía que lo llevaba bien. Lo comprobaba por la reacción biológica de su marido, que en ese momento percibía en la parte inferior de la espalda. Pero más allá de eso sabía que era una mujer y que estaba logrando algo que Jack no podía hacer y tampoco entender por completo. Bueno, se dijo, Jack hace cosas que yo tampoco comprendo demasiado. —Tengo que vestirme.
—Está bien. —Jack le besó la nuca. Se tomó su tiempo. Tendría que durarle hasta esa tarde.
—He llegado a once —dijo, retrocediendo.
—¿Once qué? —preguntó ella, volviéndose a mirarlo.
—Estoy contando las maneras. —Jack lanzó una carcajada.
—¡Tonto! —Le arrojó el corpiño.
—¿Nada más que once?
—Es temprano. Mi cerebro todavía no funciona demasiado bien.
—Noto que no tienes bastante corriente sanguínea. —Pensó que lo gracioso era que Jack no se consideraba demasiado buen mozo. A ella le encantaba su mandíbula fuerte, y sus ojos bondadosos y llenos de amor. Le miró las cicatrices del hombro y recordó el horror que le provocó ver que él se zambullía en el peligro, y después el orgullo que sintió por lo que Jack había hecho. Sabía que, como resultado directo, Sally estuvo a un tris de morir, pero Jack de ninguna manera pudo preverlo. También ella tenía parte de la culpa, y se prometió que nunca más permitiría que su hija jugueteara con el cinturón de seguridad. Cada uno de ellos pagó un precio por el giro que habían tomado sus vidas. Lo mismo que ella, Sally estaba casi totalmente recuperada. Pero no era así en el caso de su marido, quien, mientras ella dormía, tuvo que afrontar despierto toda esa tortura.
Cuando sucedió, yo por lo menos recibí la bendición de estar inconsciente Jack tuvo que vivir cada momento del drama. Y todavía está pagándolo, pensó. Ahora tiene dos trabajos, anda siempre concentrado y con el entrecejo fruncido, preocupado por algo que ni siquiera puede mencionar. Ella no sabía exactamente lo que él hacía, pero estaba segura de que todavía no había finalizado su trabajo.
Inesperadamente, la profesión médica le había hecho creer en el destino. La gente simplemente tenía una hora marcada. Si esa hora no había llegado, la casualidad o un buen

cirujano podían salvarle la vida, pero cuando le llegaba la hora, todos los genios del mundo serían incapaces de posponerla. Caroline Ryan sabía que ese era un modo de pensar extraño en un médico, y equilibraba esa creencia con la certidumbre profesional de que ella era el instrumento que frustraría la fuerza que regía el mundo; pero había elegido una especialidad en la que la vida y la muerte raramente estaban en juego. Sólo que ella lo sabía. Una de sus amigas íntimas se había especializado en oncología pediátrica: el tratamiento de niños afectados de cáncer. Era una especialidad que clamaba por los mejores médicos y aunque se sintió tentada de dedicarse a eso, supo que le resultaría intolerable. ¿Cómo llevar una criatura en las entrañas mientras presenciaba la muerte de otros chicos? ¿Cómo crear una vida si era incapaz de impedir la pérdida de otras? Su fe en el destino jamás le habría impedido desesperar y ante el temor del daño psicológico que esa especialidad podía causarle, eligió otra que era exigente en un sentido distinto.

Sabía que Jack tenía el coraje suficiente para enfrentar el sufrimiento moral. Eso también tenía su precio. La angustia que de vez en cuando notaba en su marido, sólo se podía deber a ese factor. Estaba convencida de que su trabajo en la CIA, del que jamás hablaba, estaba dirigido a encontrar y matar a los que la habían atacado. Cathy sentía que era necesario, y que no iba a llorar por aquellos que estuvieron a punto de dar muerte a su hijita, pero era una tarea que ella, como médica, no podía contemplar personalmente. Obviamente tampoco era fácil para su hombre. Hacía apenas unos días tenía que haber sucedido algo. Jack luchaba con lo que fuera, sin poder conversarlo ni compartirlo con nadie, mientras trataba de mantener a salvo el resto de su mundo, amando a su familia mientras trabajaba para... ¿causar la muerte a otros? No debía de resultarle fácil. Su marido era un hombre genuinamente bueno, en muchos sentidos el hombre ideal... por lo menos para mí, pensó. Se enamoró de ella a primera vista y Cathy recordaba paso a paso su noviazgo. Recordaba su torpe —y retrospectivamente graciosa— propuesta de matrimonio, el terror que se pintó en sus ojos cuando ella vaciló antes de contestarle, como si se sintiera indigno de su amor... ¡qué tonto! Pero lo que recordaba con más claridad era la expresión de su rostro cuando nació Sally. Ese hombre que había vuelto la espalda a la ley de la selva que era el mundo de las inversiones, —ese mundo que desde la muerte de su madre había convertido a su padre en un hombre infeliz— para dedicarse a enseñar a la juventud, ahora se encontraba atrapado en algo que no le gustaba. Pero Cathy sabía que lo hacía lo mejor posible, y le constaba lo capaz que era en su trabajo. Cathy deseó poder compartir todo eso con su marido, lo mismo que él compartía con ella la depresión que sentía después de una operación frustrada. Tanto como ella lo necesitó a él algunas dolorosas semanas antes, ahora Jack la necesitaba a ella. Y ella no podía ayudarlo... ¿o tal vez sí?

—Sé que hay algo que te angustia. ¿Puedo ayudarte?

—Es que no puedo hablar del asunto —contestó Jack mientras se anudaba la corbata—. Hice lo que tenía que hacer, pero no es algo de lo que uno puede enorgullecerse.

—La gente que...

—No, no se trata de ellos. Si fueran ellos... —Se volvió para enfrentar a su mujer—. Si fueran ellos yo sería todo sonrisas. Hay una pista. El FBI... no debería decirte esto, pero no saldrá de este cuarto: encontraron el arma.

Puede ser importante, pero todavía no estamos seguros. En cuanto a 1o otro... bueno no puedo hablar de eso. Lo siento, ojalá pudiera contártelo.

—¿No habrás hecho nada malo? —Ante esa pregunta la expresión de Jack cambió.

—No. Lo he pensado durante los últimos días. ¿Recuerdas la vez que tuviste que extirparle el ojo a esa señora? Era necesario, pero a pesar de todo te hizo sentir muy mal. Me pasa lo mismo. —Miró el espejo. Es más o menos la misma cosa.

—Jack: te amo y creo en ti. Sé que harás lo que corresponda.

—Me alegro, chiquita, porque a veces yo no estoy tan seguro. —Le tendió los brazos y ella corrió hacia él. En una base militar francesa de Chad otra joven estaba experimentando algo

Librodot

muy distinto de ese abrazo lleno de amor, pensó Jack. ¿De quién es la culpa? Estoy seguro de una cosa: ella no se pa rece a mi mujer. No es esta chica mía.
Sintió el cuerpo de Cathy contra el suyo, volvió a percibir los movimien tos del bebé, y por fin estuvo seguro. Debía proteger a su esposa, y junto con, ella a todas las demás mujeres y a todos los niños, y a toda la gente que era juzgada por los terroristas como unas simples abstracciones. Porque no eran abstracciones, eran seres de carne y hueso. En cambio los terroristas se habían apartado de la comunidad civilizada y era necesario apresarlos de una otra manera. Si podemos lograrlo con medios civilizados, mejor... pero en caso, contrario debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance, guiándonos por nuestras conciencias para no llegar a extremos. Creía poder confiar en su conciencia. La tenía en sus brazos Jack besó suavemente a su mujer en la mejilla.
— Gracias. Son doce.

Quedaban dos semanas de clases antes de los exámenes finales. Otra clase de jovencitos que se graduaban para unirse a la flota y a la Infantería de Marina. El campus quedó casi en silencio, cuando los graduados se dirigieron a sus casas para pasar unas breves vacaciones antes de iniciar el crucero con la flota. Durante una semana Ryan estuvo incongruentemente atrapado por su verdadero trabajo, terminando con una imponente montaña papeles. En ese momento ni el departamento de historia de la Academia, ni la CIA estaban contentos con él. Su intento de servir a dos maestros no había sido un éxito. Comprendió que, en cierta medida, ambos trabajos habían sufrido, y supo que tendría que elegir. Era una decisión que conscientemente intentaba evitar, mientras alrededor se apilaban las pruebas de que era necesaria.
— ¡Eh, Jack! —Robby se le acercó de uniforme.
— Siéntate, comandante. ¿Cómo andan los vuelos?
No tengo quejas —dijo Jackson, sentándose—. Bueno, amigo, por fin he vuelto a la rutina. Tuve que simular una batalla en un A4, en la que desempeñaba la parte del agresor, y te aseguro que le arruiné el día a mi colega. ¡Fue una mala avilla! —Sonrió como león que observa una manada de antílopes heridos.
—¿Cuándo partes?
Tengo que presentarme el 5 de agosto. Supongo que saldremos de aquí el 10.
—Pero antes tú y Sissy tienen que ir a comer a casa. —Consultó el calendario—, El treinta es viernes. ¿Te parece bien a las siete?
—Comprendido, señor.
—¿Y qué va a hacer Sissy allá?
—Bueno, en Norfolk hay una pequeña orquesta sinfónica. Aparte de dar clases, Sissy va a ser la segunda solista de piano.
—No sé si estarás enterado de que allí hay un centro de fecundación invitro. Después de todo, tal vez, puedan tener un chico.
—Sí, Cathy lo comentó con Sissy. Lo estamos pensando pero... bueno, Sissy ha sufrido muchas desilusiones, ¿sabes?
—¿Quieres que Cathy le hable más sobre el asunto? Robby lo pensó.
—Sí, ella sabe cómo hacerlo. ¿Y qué tal anda el embarazo?
—Está protestando mucho por su figura —comentó Jack con una risita—. ¿Porqué será que nunca comprenden lo bonitas que se ponen cuando están embarazadas?
—Sí, —Robby sonrió, al tiempo que se preguntaba si alguna vez vería así a Sissy. Jack se sintió culpable por haber tocado un tema tan doloroso y empezó a hablar de otra cosa.
—A propósito, ¿qué pasa con todos los barcos. esta mañana vi una cantidad en el muelle.
—¡Están anclados, tonto! Están reemplazando los pilotes de la estación naval que cruza el río. Se calcula que el trabajo demorará dos meses. Los anteriores se pudrieron o algo así, Nada del otro mundo. Se calcula que los trabajos estarán terminados el año que viene antes del

comienzo de las clases. Aunque a mí ya no me importará. Para entonces, muchacho, estaré pasando mis mañanas a veinticinco mil pies, que es donde me corresponde estar: ¿Y tú qué harás?
—¿Qué quieres decir?
—Bueno, tendrás que elegir. ¿Estarás aquí o en Langley? Ryan miró por la ventana.
—Maldito si lo sé, Rob. Tenemos un bebé en camino y una infinidad de cosas en qué pensar.
—¿Todavía no los han encontrado? Ryan negó con la cabeza.
—Creímos tener una pista, pero no resultó. Esos tipos son profesionales, Robby.
Jackson reaccionó con sorprendente apasionamiento.
—!No digas tonterías, hombre! Los profesionales no dañan a los niños. Mira: si tienen ganas de pegarle un tiro a un soldado o a un policía, está policía, está bien, lo comprendo; no es correcto pero lo comprendo, ¿sabes? Además de estar entrenados, los soldados y los policías están armados para repeler el ataque, Así que están parejos: sorpresa por un lado acción por el otro, y eso hace que sea un juego limpio. Pero los que atacan a civiles no son más que asesinos callejeros, Jack. Tal vez sean inteligentes, ¡pero te aseguro que no son profesionales! Los profesionales tienen pelotas.
Jack meneó la cabeza. Robby estaba equivocado pero él no sabía cómo convencerlo de que no tenía razón. Su código era el de los guerreros que debían vivir de acuerdo a las reglas de la civilización. Regla número uno: No dañar deliberadamente a los indefensos. Ya era bastante terrible que eso sucediera accidentalmente. Pero intentarlo de adrede era cobarde y despreciable, aquellos que lo hacían sólo merecían la muerte.
—Están practicando un juego maldito, Jack —siguió diciendo el piloto. Hasta existe una canción sobre el tema. La escuché en Riordan's, el día de San Patricio "He conocido a todos mis héroes y quise imitarlos/ Para probar mi habilidad en los juegos patrióticos" Algo así. —Jackson meneó la cabeza con expresión de disgusto—. La guerra no es un juego, es una profesión Ellos juegan a sus jueguitos, se llaman patriotas y salen a matar criaturas ¡Cretinos! Jack, afuera, con la flota,cuando piloteo mi Tomcat estamos jugando
nuestros juegos con los rusos. No hay muertos, porque los jugadores de ambos bandos son profesionales. A mi los rusos no me gustan mucho, pero los muchachos que pilotean los Osos saben lo que hacen. Nosotros también sabemos lo que hacemos, y cada bando respeta al otro. Existen reglas, y las seguimos. Se supone que así debe ser.
El mundo no es tan simple, Robby —dijo jack en voz baja.
—!Maldito sea! ¡Pero debería serlo! Jack se sorprendió al notar cuánto angustiaba el asunto a su amigo.— Diles a esos tipos de la CIA que los encuentren, que después alguien dé la orden y yo me encargaré de ellos.
—Las dos últimas veces que hicimos eso perdimos gente —objetó Ryan
— Correremos el riesgo. Para eso nos pagan, Jack.
— Muy bien, pero antes de que te arriesgues tanto queremos tenerte a comer en casa.
Jackson sonrió avergonzado.
—Prometo no llevar el teleteatro conmigo. ¿De etiqueta?
¿Robby, cuándo me has visto de etiqueta?

—Y le dije que no era de etiqueta. —dijo Jack después.
—Me alegro —contestó Cathy.
—Estaba seguro de que opinarías lo mismo. —Miró a su mujer, iluminada por la luz de la luna.-- Eres realmente bonita, ¿sabes?
—Me lo dices todo el tiempo...
--No te muevas. Quédate donde estás. —Le pasó la mano por las piernas.
—¿Por qué?
—Dijiste que por un tiempo será la última vez. No quiero que acabe todavía.
—La próxima vez podrás estar encima —prometió Cathy.

—Valdrá la pena esperar ese momento, aunque no estarás tan preciosa como ahora.
—En este momento no me siento nada preciosa.
—Cathy, estás hablando con un experto —informó su marido—. Soy la única persona de esta casa que puede dar una opinión desapasionada sobre la belleza de cualquier mujer, viva o muerta, y yo aseguro que eres hermosa. Fin de la discusión.
Cathy Ryan hizo su propia apreciación. Tenía el vientre desfigurado, los pechos hinchados y doloridos, los pies y los tobillos con edemas, y, debido a la posición en que se encontraba, se le estaban acalambrando las piernas.
—Jack, eres un tonto.
—Nunca me escucha! —dijo Jack, dirigiéndose al cielo raso.
—Son simplemente las secreciones químicas —explicó ella—. Las mujeres embarazadas tienen un olor distinto que de alguna manera debe excitar tus fantasías.
— ¿Y entonces por qué te encuentro preciosa si tengo la nariz tapada? ¡Contéstame ésa!
Ella se inclinó para enredar sus dedos en el vello del pecho de Jack. Él empezó a retorcerse. Le hacía cosquillas.
—El amor es ciego.
— Cuando te beso, siempre tengo los ojos bien abiertos.
— ¡Eso sí que no lo sabía!
— Ya sé. —Jack rió.— Tú siempre cierras los ojos. Tal vez tu amor sea ciego, pero el mío no lo es. —Le pasó la punta de los dedos por el vientre. Todavía estaba pegajoso por el aceite que se ponía para humectarse la piel. Con la punta de los dedos trazó círculos sobre esa superficie suave y tersa.
— Pareces salido de una película de la década del 30.
—Cathy empezó a retorcerse.— ¡No sigas!
—Errol Flyn nunca hacía esto en las películas —comentó sin dejar de acariciarla.
—En esa época había censores.
—Arruina programas. ¡Hay personas tan aburridas! —Las manos ampliaron sus horizontes. La próxima meta era la base del cuello. Quedaba lejos pero bien valía el esfuerzo. Cathy se estremecía—. Pero por otra parte, yo...
—Mmmmmm
—Era lo que pensaba.
— ¡Ay! ¡Ha vuelto a despertarse!
Jack lo sintió casi al mismo tiempo que su mujer. El... ella... se estaba dando vuelta. Jack se preguntó cómo podría hacer eso un bebé sin agarrarse de ninguna parte, pero las pruebas eran claras, con sus manos percibió que el bulto cambiaba de posición. El bulto era la cabeza de su hijo... o el extremo opuesto. Se movía. Estaba vivo. Esperando el momento de nacer. Levantó la mirada y vio que su mujer le sonreía sabiendo lo que él sentía.
— Eres hermosa y te amo muchísimo. Te guste o no. —Jack se sorprendió al descubrir que tenía lágrimas en los ojos. Pero se sorprendió más aún ante lo que sucedió enseguida.
— Yo también te amo, Jack... ¿de nuevo?
Tal vez después de todo, esa no haya sido la última vez por un tiempo...

23 Movimientos

—Anoche recibimos esto. —Las prioridades habían cambiado bastante en la CIA. Ryan lo notaba. El individuo que revisaba las fotografías con él estaba encaneciendo, usaba anteojos sin marco y corbata de moñito. No hubiera parecido fuera de lugar que tuviera ligas en las mangas. Marty se quedó en e rincón y mantuvo la boca cerrada.
- -Suponemos que se trata de uno de esos tres campamentos, ¿verdad?

—Sí, los otros han sido identificados —asintió Ryan.
— Eso es lo que dice usted, hijo —recalcó el hombre, lanzando un bufido. —Muy bien, estos dos están activos; éste desde la semana pasada y el otro desde hace dos días.
—¿Y el 20, el campamento de Action-Directe? —preguntó Cantor.
— Sigue cerrado desde que lo invadieron los franceses. Vi la grabación del operativo. —El hombre sonrió, admirado—. De todos modos aquí tienen.
Era una de las pocas fotografías tomadas con luz de día y hasta en colores. En el campo de tiro, adyacente al campamento se alineaban seis hombres. El ángulo de la toma impedía ver si los individuos empuñaban armas.
—¿Entrenamiento de tiro? —preguntó Ryan cautelosamente.
— Sí, si no deben de estar orinando junto a los números. —Era una muestra de humor.
— Espere un minuto; usted dijo que éstas llegaron anoche.
--Observe el ángulo del sol —contestó el hombre.
—¡Ah! Las tomaron a primera hora de la mañana.
—Alrededor de medianoche, hora de Washington. Muy bien —observó el hombre. Aficionados, pensó. !Todo el mundo se cree capaz de leer una fotografía de reconocimiento!
—No se alcanzan a ver las armas. ¿Pero ve esos puntitos de luz? Puede ser el reflejo del sol sobre las cápsulas vacías. Muy bien, aquí tenemos seis personas. Probablemente europeos del Norte, a juzgar por la palidez de la piel. Mire, este está quemado por el sol, ¿le nota el brazo un poco rosado? Por el corte de pelo y el tipo de vestimentas parecen todos hombres. Muy bien, ahora la pregunta es: ¿quiénes mierda son?
— No pertenecen a ActionDirecte —aventuró Marty.
— ¿Cómo lo sabes? —preguntó Ryan.
— Porque los que capturaron ya no están en este mundo. Los juzgó un tribunal militar y fueron ejecutados hace dos semanas.
—¡Dios! —Ryan volvió la cabeza—. Hubiera preferido no saberlo, Marty.
—Los que quisieron tuvieron un sacerdote para que los consolara. Me parece que en eso nuestros colegas estuvieron muy decentes. —Hizo una pausa antes de continuar hablando.—Parece que bajo circunstancias muy especiales la ley francesa autoriza esa clase de juicios. Así que a pesar de lo que nosotros creímos, todo fue hecho legalmente. ¿Te sientes mejor?
—Un poco —admitió Ryan después de reflexionar un instante. Tal vez a los terroristas no les hubiera resultado demasiado diferente, pero por lo menos se habían observado las formalidades de la ley, y ese era uno de los significados de la palabra "civilización".
— Bien. Además antes de morir, varios cantaron como canarios. Los franceses lograron encarcelar otros dos en las afueras de París —cosa que todavía no ha sido publicada por los diarios—, y también confiscaron un granero lleno de armas y explosivos. Tal vez el movimiento no haya sido completamente desbaratado, pero ha sufrido un grave revés.
— ¡Qué bien! —aprobó el de la corbata de moñito—. ¿Y este es el tipo que los descubrió?
— Sí, porque le gusta mirar tetas desde cuatrocientos cincuenta kilómetros de distancia —contestó Cantor.
—¿Y cómo no lo notó nadie antes? —Ryan habría preferido que el trabajo hubiera sido realizado por otro.
— Porque en mi sección no hay bastante gente. Acabo de recibir autorización para contratar diez más. Ya los he elegido. Son gente que sale de la Fuerza Aérea. Profesionales.
—Bueno, ¿y con respecto al otro campamento?
— Aquí tiene. —Presentó una nueva foto—. Es más o menos lo mismo. Tenemos dos personas visibles...
—Una es mujer —dijo Ryan enseguida.
—Tiene el pelo largo hasta los hombros —agregó el experto en fotografías—, pero eso no necesariamente quiere decir que sea mujer. —Jack lo pensó, observando el aire y la postura de la persona.

— Si supiésemos que se trata de una mujer, ¿qué nos diría eso? —le preguntó a Marty.
— Dímelo tú.
— No tenemos indicaciones de que en el ULA militen mujeres, pero en tu PIRA, sí. Este es el campamento en que... ¿recuerdas ese jeep que viajaba de uno al otro y que después vimos estacionado en este campamento? —Ryan hizo una pausa. Oh, qué diablos,.. Tomó la fotografía de los seis individuos en el campo de tiro. —Es éste.
—¿Y en qué se basa? —preguntó el de la corbata de moñito.
—Digamos que en un fuerte presentimiento —contestó Jack.
— ¡Qué bien! La próxima vez que vaya al hipódromo lo llevaré conmigo para que me indique los caballos ganadores. Oiga, lo concreto de estas fotografías es que lo único que tenemos es lo que se ve. Si uno deduce más de lo que ve, termina cometiendo errores. Grandes errores. Aquí solo tenemos seis personas alineadas, probablemente disparando armas. Y eso es todo.
—¿Algo más? —preguntó Cantor.
—El satélite volverá a pasar esta noche, aproximadamente a las veintitrés hora local. A la tarde, según nuestro horario. Les haré llegar las fotografías en cuanto lleguen.
—Muy bien. Gracias dijo Cantor. El hombre salió.
—Supongo que a las personas como ésa se las llama empíricas —observó Ryan después de un momento.
Cantor lanzó una risita.
—Algo así. Está con nosotros desde que teníamos el U2 sobrevolando Rusia. Es verdaderamente un experto. Lo importante es que nunca afirma estar seguro de algo hasta que está realmente seguro. Y lo que dijo es cierto, uno puede llegar a sacar demasiadas conclusiones sobre la base de esas fotografías.
—Claro, pero supongo que estarás de acuerdo conmigo.
—Sí. —Cantor se instaló en una silla junto a la de Ryan y examinó la fotografía con una lupa. Los seis hombres alineados en la pista de tiro no se distinguían con demasiada claridad. A pesar de ser tan temprano, el aire caliente que se elevaba del desierto había estropeado la claridad de la imagen. La cámara del satélite tenía una gran velocidad de obturación —en realidad los fotorreceptores eran totalmente electrónicos— y eso anulaba la mayor parte de la distorsión, pero en la práctica sólo contaban con una fotografía mal enfocada que mostraba seis hombres en fila. Se podía deducir la ropa que usaban: camisas de manga corta y pantalones largos, y también el color del pelo. El brillo de la muñeca de uno de los hombres parecía indicar un brazalete o una pulsera o un reloj. El rostro de otro era demasiado oscuro —en comparación con su brazo muy pálido— y eso posiblemente indicara que usaba una barba corta... En este momento Miller tiene barba, recordó Ryan.
—¡Maldición! Si esta fotografía fuese un poquito más clara...
—Sí contestó Marty—. Pero lo que estás viendo es el resultado de treinta años de trabajo y de sólo Dios sabe cuánto dinero. En los climas fríos las fotografías son mejores, pero nunca se alcanza a reconocer un rostro.
Es éste, Marty. Es este campamento. Tenemos que obtener algún elemento que lo confirme, o por lo menos que lo confirme en parte.
—Me temo que no tenemos nada. Nuestros colegas franceses interrogaron a sus prisioneros. Les contestaron que los campamentos están completamente aislados unos de otros. Cuando los grupos se encuentran, casi siempre es en terreno neutral. Ni siquiera sabían con seguridad que hubía otro campamento allí.
—¡Eso nos indica algo!
—¿El asunto del auto? Puede haber sido alguien del Ejército, ¿sabes? tal vez el tipo que inspecciona a los guardias. No necesariamente tuvo que ser un terrorista el que se trasladó de este campamento al de los Provisionales. En realidad hay una cantidad de razones para creer que no lo era. Me parece sensato que los campamentos estén aislados entre sí. Esa gente sabe lo importante que es la seguridad, y el operativo francés se lo debe de haber recordado.

Ryan no había pensado en eso. La invasión del campamento de Action-Directe necesariamente tuvo que ejercer una influencia sobre los demás.
—¿Quiere decir que nosotros mismos nos pegamos un tiro en el pie?
—No, enviamos un mensaje que valía la pena enviar. Por lo que sabemos, nadie está enterado de lo que realmente sucedió allí. Tenemos motivos para creer que lo que el resto de los terroristas sospecha es que un grupo rival se tomó una revancha... no olvides que no todos esos grupos se tiene afecto mutuo. Así que, en todo caso, hemos creado desconfianza entre los mismos grupos y con sus anfitriones. Eso podría lograr que se filtrara alguna información, pero tardaremos en obtenerla.
—De todos modos, ahora que sabemos que posiblemente este sea el campamento que buscamos, ¿qué vamos a hacer?
Estamos trabajando en el asunto. No te puedo decir más.
—Está bien. —Ryan señaló su escritorio—. ¿Quieres una taza de café Marty?
En el rostro de Cantor se pintó una expresión curiosa.
—No, no voy a tomar café por un tiempo.
Cantor se abstuvo de comunicar que habían planeado un importante operativo. Era típico que muy pocos de los participantes realmente supiera que estaba sucediendo. Un grupo de batalla de la Marina, con asiento el portaaviones Saratoga, se prepara para hacerse a la mar rumbo al Mediterraneo y a los pocos días pasaría al norte del golfo de Sidra. Como de costumbre, la formación sería seguida por un AGI soviético —un jabeguero dedicado a reunir inteligencia electrónica en lugar de peces— desde donde notificaría a los libios. En plena noche, cuando el portaaviones estuviera rectamente al norte de Trípoli e iniciara sus operativos de vuelos nocturnos un agente francés interrumpiría el suministro eléctrico de algunas estaciona de radar. Se esperaba que eso produjera considerable excitación, aunque el comandante del portaaviones no supiera que estaba haciendo algo fuera de lo común. Se esperaba que el mismo equipo de comandos franceses, responsable de la invasión del campamento 20 lograría también introducirse en el campamento 18. Marty no estaba autorizado para comentar el asunto con Ryan, pero el hecho de que los franceses estuvieran dispuestos a cooperar hasta tal punto, demostraba que ActionDirecte había sufrido un grave reves.
A pesar de no ser precisamente el primer ejemplo de cooperación internacional, era uno de los tres operativos exitosos hasta ese momento. La CIA había ayudado a vengar el asesinato de un amigo del Presidente de Francia. Y a pesar de las diferencias que pudieran existir entre ambos países, las deudas de honor debían ser saldadas en su totalidad. El operativo se realizaría a los cuatro días. Con un poco de suerte, el grupo terrorista que tuvo la temeridad de cometer asesinatos dentro de los Estados Unidos y del Reino Unido. recibiría su merecido por intermedio de las tropas de una tercera nación. De tener éxito, el precedente señalaría un nuevo y valioso giro en la lucha contra el terrorismo.

Dennis Cooley estaba trabajando en su contabilidad. Era temprano. La librería todavía no había sido abierta al público, y era la hora ideal para que él pusiera sus cuentas en orden. No le daba demasiado trabajo. Su negocio no realizaba muchas ventas. Empezó a tararear, ignorante de la molestia que su costumbre le causaba al hombre que escuchaba la grabación. De repente, dejó de tararear y alzó la cabeza. ¿Qué pasaba...?
Prácticamente se levantó de un salto en cuanto olió el humo ácido. Durante varios segundos examinó con la mirada la habitación, antes de levantar la vista. El humo surgía de la boca de luz del cielo raso. Corrió al interruptor de luz y lo apagó. De la pared surgió una llamarada azul y Cooley recibió un poderoso shock eléctrico que le dejó el brazo entumecido. Con sorpresa se miró el brazo, flexionó los dedos y observó el humo, que por lo visto estaba desapareciendo. No esperó que se apagara solo. En el cuarto trasero tenía un extinguidor de incendios. Lo buscó, regresó y lo puso en funcionamiento, apuntando a la perilla de la luz. Ya no había humo. Enseguida se paró en una silla para acercarse a la boca del cielo raso, pero el

Librodot

humo casi había desaparecido. Sin embargo el olor persistía. Cooley permaneció parado en la silla durante más de un minuto, con las piernas temblorosas, el extinguidor en la mano y pensando qué debía hacer. ¿Llamar a los bomberos? Pero no había fuego... ¿verdad? Todos sus valiosos libros... Había aprendido muchas cosas en la vida, pero nunca a apagar incendios. Respiraba pesadamente y se encontraba al borde del pánico, hasta que decidió que no había motivo para angustiarse así. Se volvió a mirar a tres personas que lo observaban a través de la vidriera con expresión de curiosidad.

Esbozó una sonrisa avergonzada, bajó el extinguidor y les hizo un gesto de cómica impotencia. La luz estaba apagada. Ya no había humo. El fuego, si de fuego se trataba, había desaparecido. Llamaría al electricista del edificio. Cooley abrió la puerta para explicar el problema a los dueños de comercios vecinos. Uno de ellos comentó que los cables eléctricos de la Arcada eran tremendamente viejos, Era algo que a Cooley nunca se le había ocurrido pensar. La electricidad era la electricidad. Uno oprimía el interruptor y la luz se encendía y eso era todo. Le enfurecía que algo tan confiable ya no lo fuera.

Minutos después llamó al administrador del edificio, quien le prometió en viar un electricista en menos de media hora.

El hombre llegó a los cuarenta minutos, disculpándose por haber sido
demorado por el tráfico. Se detuvo un momento para admirar los estantes llenos de libros.

—A juzgar por el olor, se debe de haber quemado un cable —comentó
Tuvo suerte señor. Por lo general en estos casos se produce un incendio.

—¿Es muy difícil de arreglar?

—Supongo que habrá que cambiar los cables. Es algo que debió hacerse
hace años. Esta casa es muy antigua... y bueno, los cables eléctricos son más viejos que yo... y eso es mucho decir. —Sonrió.

Cooley le mostró donde estaba la caja de fusibles, en el cuarto trasero, y el electricista puso manos a la obra. Dennis no tenía ganas de prender la lámpara del escritorio, así que se quedó en penumbras mientras el hombre trabajaba.

El electricista apagó la llave maestra y examinó los tapones. Todavía tenían la etiqueta de la inspección original, y cuando les quitó el polvo leyó la fecha: 1919. El hombre meneó la cabeza, asombrado. ¡Casi setenta años! Tuvo que retirar algunos objetos para dejar libre la pared y se sorprendió al en contrar una zona recién revocada. Era un lugar como cualquier otro para empezar el trabajo. No quería dañar la pared más de lo necesario. Armado de un martillo y un cortafierro rompió el revoque y encontró un cable...

Pero no es el que corresponde, pensó. Tenía aislamiento plástico y no de gutapercha, que era lo que usaba en tiempos de su abuelo. Tampoco tenía
sentido que corriera por allí. ¡Qué extraño! pensó. Tironeó el cable. Se soltó con facilidad.

— ¿Señor Cooley? —llamó. A los pocos instantes apareció el dueño de la librería. — ¿Usted sabe qué es esto?

—¡Maldito sea! —exclamó el detective apostado en el cuarto de arriba

¡Maldito sea! —Se volvió a su compañero, con una expresión angustiada en el rostro. ¡Llama al comandante Owens!

— Jamás he visto nada como esto. —Le cortó un extremo y se lo entregó. El electricista no comprendió por qué Cooley se había puesto tan pálido,

Cooley tampoco había visto nada igual, pero sabía de qué se trataba. En el extremo del cable no había nada, era sólo el lugar donde terminaba la aislación, sin el tapón de cobre que generalmente tienen los circuitos eléctricos. Pero allí se ocultaba un micrófono de alta sensibilidad. Después de algunos instantes el dueño de la librería recobró su compostura, a pesar de que habló con voz algo temblorosa.

—Yo tampoco tengo la menor idea de lo que es. Siga con su trabajo.

—Sí, señor. —El electricista continuó la búsqueda del cable eléctrico. Cooley se acercó al teléfono y marcó un número.

—¿Hola?

—¿Beatrix?
—Buen día, señor Dennis. ¿Cómo ha amanecido?
—¿Puede venir a la librería? Se me ha presentado una pequeña emergencia.
—Salgo enseguida. Llegaré dentro de quince minutos.
—Gracias Beatrix. Usted es un amor agregó antes de cortar. En ese momento el cerebro de Cooley trabajaba a la velocidad del sonido. Ni en la librería ni en su casa había nada que lo pudiera incriminar. Volvió a levantar el tubo y vaciló. En esas circunstancias tenía instrucciones de marcar un número que había memorizado.., pero si había micrófonos en la oficina y tanto el teléfono de allí como el de su casa estaban intervenidos ... Cooley transpiraba a pesar del frío. Hizo un esfuerzo por relajarse. Nunca había mantenido una conversación comprometedora por ninguno de los dos teléfonos, ¿verdad? A pesar de su experiencia y su disciplina, Cooley nunca había enfrentado el peligro y empezaba a sentir pánico. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para centrar su atención en los procedimientos operativos, en todo lo aprendido y practicado durante años. Se dijo que nunca se había desviado de las normas impuestas. Ni una sola vez. De eso estaba seguro. Cuando dejó de temblar, oyó que sonaba el timbre.
Era Beatrix. Cooley tomó su sobretodo.
—¿Volverá más tarde?
No estoy seguro. La llamaré. —Salió enseguida, dejando intrigada a su empleada.

Tardaron diez minutos en localizar a James Owens que viajaba en su automóvil, al sur de Londres. El comandante inmediatamente dio órdenes de seguir a Cooley y de arrestarlo en caso de que intentara salir del país. Dos hombres ya vigilaban el coche del librero y estaban listos para seguirlo. Otros dos fueron enviados a la arcada, pero llegaron justo cuando Cooley salía y estaban en la vereda opuesta. Uno de ellos saltó del auto y lo siguió, suponiendo que doblaría por Berkeley Street, rumbo a lo de su agente de viajes. Pero en lugar de ello, Cooley se metió en el subterráneo, tomando desprevenido al detective, quien enseguida corrió hacia la entrada de la vereda opuesta, donde él se encontraba. La multitud de pasajeros virtualmente le impidió distinguir a su presa. En menos de un minuto el detective tuvo la seguridad de que Cooley había tomado un tren al que él ni siquiera se pudo acercar. El librero había escapado.
El detective volvió corriendo a la calle y alertó por radio a la policía del aeropuerto de Heathrow donde terminaba esa línea de subterráneos. A menos que manejara su propio coche, Cooley siempre viajaba por vía aérea. El policía también pidió al cuartel general que enviaran coches patrulleros a todas las bocas de las estaciones de subterráneos de la línea de Piccadilly. Tal como le aconsejaron durante el entrenamiento, Cooley bajó en la estación siguiente y tomó un taxi hasta la estación Waterloo. Desde allí hizo un llamado telefónico.
—Cincocincodosnueve —contestó una voz.
—Ah, perdóneme. Estaba tratando de comunicarme con el seisseistrescero. Perdón. —La persona que se encontraba del otro lado de la línea vaciló.
—Ah. Está bien —aseguró la voz, aunque por el tono parecía estar todo menos bien.

Cooley cortó y se encaminó hacia un tren. Tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar por sobre el hombro.
—Habla Geoffrey Watkins —dijo, al levantar el tubo.
—Ah, perdóneme —le contestó una voz—. Estaba tratando de hablar con el señor Titus. ¿Hablo con el seisdosnueveuno? —Todos los contactos quedan cancelados hasta nuevo aviso, le indicó el número en clave. Ignoramos si usted está en peligro. De ser posible se le avisará.
—No. Está hablando con el seisdosunonueve —contestó. Entendido. Watkins cortó y miró por la ventana. Tenía el estómago pesado, como si hubiera comido una bola de plomo. Tragó dos veces, después tomó su taza de té. Durante el resto de la mañana le resultó difícil

Librodot

concentrarse en los papeles del Foreign Office que estaba estudiando. Para tranquilizarse, con el almuerzo tuvo que beber dos copas fuertes.
A mediodía Cooley estaba en Dover, a bordo del ferry que hacía el cruce del canal. Ya más tranquilo, se encontraba completamente alerta. Se instaló en un asiento de la esquina de la cubierta superior, y miró por sobre el diario que tenía en la mano, para ver si alguien lo vigilaba. Había estado a punto de tornar el aliscafo hasta Calais, pero a último momento cambió de idea. Tenía bastante efectivo para abordar el ferry que hacía el recorrido Dover-Dunkerque, pero no le alcanzaba para pagar el pasaje del aliscafo que era más caro, y no quería dejar pruebas escritas de su huida. De todos modos el viaje no duraba más que dos horas y cuarto. Una vez en Francia tomaría un tren a París y después iniciaría los vuelos. Por primera vez en muchas horas empezó a sentirse seguro. Hasta entonces jamás había experimentado un miedo semejante. El odio tranquilo que abrigó durante años lo consumía como un ácido. Lo habían obligado a huir. Lo habían espiado... ¡a él! Gracias a todo su entrenamiento, a las precauciones que nunca dejó de lado y a su capacidad profesional, Cooley nunca pensó seriamente en la posibilidad de ser descubierto. Se consideraba demasiado hábil. Lo enfurecía haberse equivocado y por primera vez en su vida deseaba contestar personalmente el golpe. Había perdido su librería y con ella todos sus libros tan amados, ¡y eso también le había sido quitado por los malditos británicos! Dobló el diario cuidadosamente y lo apoyó sobre sus rodillas mientras el ferry entraba en el canal, plácido bajo el sol de verano. Fijó una mirada inexpresiva en el agua, con la tranquilidad de un hombre que contempla. su jardín, mientras interiormente fantaseaba con imágenes de sangre y de muerte.

Jamás habían visto a Owens tan furioso. Vigilar a Cooley había sido un asunto fácil, rutinario._ pero eso no es una excusa, les dijo a sus hombres. Ese gordito de aspecto inofensivo había huido de sus perseguidores con inusitada habilidad, como si hubiera sido entrenado en el mismo Centro de Moscú. En todos los aeropuertos internacionales de Inglaterra había agentes exhibiendo fotografías del librero y, en el caso de que utilizara alguna tarjeta de crédito para comprar un pasaje, las computadoras lo notificarían inmediatamente a Scotland Yard. Pero Owens tenía la desagradable impresión de que el hombre ya se encontraba fuera del país. El comandante del C13 despidió a sus subordinados.
Ashley estaba en la habitación y también su gente había sido tomada por sorpresa. El y Owens compartieron una mirada de enojo y resignación.
Un detective había dejado la grabación de una llamada recibida por Geoffrey Watkins poco menos de una hora después de la desaparición de Cooley. Ashley la colocó en el grabador. Duraba sólo veinte segundos. Y el que hablaba no era Cooley. De haber sido así habrían arrestado a Watkins en el acto. A pesar de todos los esfuerzos realizados todavía no tenían la mínima evidencia contra Geoffrey Watkins.
—En el edificio vive un señor Titus. El que hablaba hasta dio el número correcto. Bien pudo ser una comunicación equivocada.
— Pero estoy seguro de que no lo era.
—Así se hacen esas cosas, ¿sabes? Tienen mensajes preparados de antemano que parecen completamente inofensivos. El que entrenó a estos tipos sabía lo que hacía. ¿Y qué hay con respecto a la librería?
— Esa chica Beatrix no sabe absolutamente nada. Tenemos gente revisando el lugar, pero hasta el momento, aparte de esos malditos libros, no han encontrado nada. Lo mismo sucedió en su departamento. —Owens se puso de pie y habló en un tono desanimado. —Un electricista... Meses de trabajo frustrados porque el tipo se equivocó de cable.
—Ya lo encontraremos. No pudo haber tenido mucho dinero encima. Llegará el momento en que tendrá que usar su tarjeta de crédito.

—Ya debe de estar fuera del país. Y no me digas que no. Si es lo suficientemente inteligente para hacer lo que sabemos que hizo...
—Sí. —Ashley asintió a su pesar. —No siempre se puede ganar, James.
—¡Pero eso no es un consuelo! —exclamó Owens, enojado—. Esos cretinos se han adelantado a todos nuestros pasos. El comisionado me va a preguntar por qué no pudimos aprehenderlo, y no sé qué le voy a contestar. —Bueno, y entonces, ¿cuál es el próximo paso?
—Por lo menos lo conocemos físicamente. Compartimos con los norteamericanos todo lo que sabemos, todo. Esta tarde tengo una reunión con Murray. Me dio a entender que hay algo en marcha de lo que no puede hablar, sin duda algún operativo de la CIA.
— De acuerdo. ¿Pero será aquí o allá?
—Allá. —Owens hizo una pausa. —Me estoy hartando de este lugar.
—Comandante le aconsejo que compare sus éxitos con sus fracasos —dijo Ashley—. Desde hace años en esta repartición no ha habido nadie mejor que usted.
Ante el comentario, Owens sólo dejó escapar un gruñido. Le constaba que era cierto. Bajo su mando, el C13 había ejecutado golpes exitosos contra los Provisionales. Pero en su trabajo, como en tantos otros, lo que los superiores preguntaban era: ¿Qué ha logrado hoy? Ayer era historia antigua.
— El hombre que sospechábamos era el contacto de Watkins ha huido —anunció tres horas después.
—¿Qué sucedió? —A medida que iba escuchando la explicación, Murray entrecerró los ojos y meneó tristemente la cabeza. —Hace un tiempo a nosotros nos pasó algo parecido comentó cuando Owens terminó su relato—. Un oficial de la CIA, traidor. Lo vigilábamos estrechamente y la cosa se convirtió en una cómoda rutina, hasta que de repente: ¡paf! Burló a los agentes que lo vigilaban. Una semana después apareció en Moscú. Esas cosas pasan, Jimmy.
—A mí no —contestó Owens, furioso—. Por lo menos hasta ahora.
—¿Qué aspecto tiene? —Owens le pasó una serie de fotografías que Murray estudió cuidadosamente. —Parece un ratón, ¿verdad? Casi enteramente calvo. —Después de algunos segundos de meditación, el hombre del FBI tomó el teléfono y marcó un número. —¿Fred? Soy Dan. ¿Quieres venir un minuto a mi oficina?
El hombre llegó a los pocos instantes. Murray no lo presentó como integrante de la CIA y Owens no hizo preguntas. No fue necesario. Había entregado dos copias de cada fotografía.
Fred las tomó y las estudió.
—¿Quién se supone que es?
Owens se lo explicó brevemente.
—Posiblemente ya se encuentre fuera del país —terminó diciendo. —Bueno, si lo llegamos a atrapar en algunas de nuestras redes, se lo haremos saber —prometió Fred antes de abandonar la habitación.
—¿Estás enterado de que lo están haciendo? —preguntó Owens.
—No. Pero sé que están en algo. El Bureau y la CIA han unido fuerzas, pero compartimentadas, y por el momento no es necesario que yo sepa lo que se proponen.
— ¿Ustedes participaron en la incursión del campamento de ActionDirecte?
—No sé de qué me estás hablando —mintió Murray. ¿Cómo diablos te habrás enterado de eso, Jimmy?
—Ya me parecía —contestó Owens. ¡Malditas medidas de seguridad! —Dan, estamos preocupados por la seguridad personal de...
Murray alzó las manos como para frenarlo.
—Ya sé, ya sé. Y tienen toda la razón del mundo. Ustedes tendrían que estar informados de todo. Hablaré personalmente con el director. Llamó el teléfono. Era para Owens.
—¿Sí? —El comandante del C13 escuchó unos instantes antes de cortar—. Gracias. —Un suspiro. —Dan, decididamente está en el continente. Hace tres horas utilizó su tarjeta de crédito para sacar un boleto de tren para viajar de Dunkerque a París.

—¿Y los franceses no lo arrestaron?
—Demasiado tarde. El tren llegó a París hace veinte minutos. Ahora lo hemos perdido por completo. Además no tenemos ningún cargo concreto que nos permita arrestarlo, ¿no?
—Watkins ha sido advertido.
—A menos que ese realmente haya sido un número equivocado, cosa que dudo, ¡pero vaya uno a tratar de probarlo en una corte!
— Sí. —El único instinto que comprendían los jueces era el propio.
— ¡Y no me vengas a decir que no se puede ganar siempre! ¡Para eso me pagan! —Owens bajó la mirada y la clavó en la alfombra; después volvió a levantarla. —Te pido que me perdones lo que acabo de decir.
— No te preocupes —hizo un ademán como quitándole importancia—. No es la primera vez que pasas malos ratos. Y yo tampoco. Es parte de nuestro trabajo. En momentos como éste, lo que necesitamos es una cerveza. Bajemos y te invito con una.
—¿Y cuándo llamarás a tu director?
— En Norteamérica es la hora del almuerzo. Esperaremos unas horas.

Ese día Ryan almorzó con Cantor en la cafetería de la CIA. Podría haber sido el comedor de cualquier otro edificio del gobierno. La comida era igualmente mala. Ryan decidió probar las lasañas, pero Marty pidió ensalada de frutas y torta. A Jack le pareció una dieta extraña hasta que lo vio tomar una tableta antes de empezar a comer. Enseguida bebió un vaso de leche.
— ¿Úlceras, Marty?
—¿Por qué lo dices?
—Mi mujer es médica, ¿recuerdas? Acabas de tomar un Tagamet. Eso es para las úlceras.
— Después de un tiempo este lugar te angustia —explicó Cantor—. El año pasado me empezó a doler el estómago, y desde entonces no he mejorado. En mi familia, tarde o temprano, todo el mundo ha terminado con úlceras. Supongo que es una cuestión de genes. Los remedios me alivian un poco, pero el médico dice que debo trabajar en un lugar menos estresante. —Bufó.
— Trabajas demasiadas horas por día —observó Ryan.
— De todos modos, a mi mujer le ofrecieron una cátedra en la Universidad de Texas... es matemática. Y para endulzar el asunto también me ofrecieron a mí un cargo en el Departamento de Ciencias Políticas. Además, me pagan más que acá. Hace doce años que trabajo aquí —dijo en voz baja—. Es mucho tiempo.
— ¿Y por qué te sientes tan mal? Enseñar es maravilloso, A mí me encanta y estoy convencido de que serás un excelente profesor. Hasta podrás seguir los partidos de un buen equipo de fútbol.
— Sí, bueno, mi mujer ya está allá y yo salgo dentro de unas semanas. Voy a extrañar este lugar.
— Lo superarás. Imagina la maravilla de poder entrar en un edificio sin que una computadora te tenga que dar permiso. Yo renuncié a mi primer empleo.
—Pero el mío es importante. —Marty bebió más leche—. ¿Y tú qué piensas hacer?
— Pregúntamelo después de que nazca mi hijo. —Ryan no tenía ganas de hablar del tema.
— La Agencia necesita personas como tú, Jack. Tienes una enorme percepción de las cosas. No piensas ni actúas como un burócrata. Dices lo que piensas. No todos los que trabajan en este edificio son así, y por eso te aprecia el almirante.
—Diablos, no he hablado con él desde que...
— Pero está perfectamente enterado de lo que estás haciendo —Cantor sonrió.
—¡Ah! —Ryan comprendió. —Así que es eso.
— Ajá. El viejo realmente quiere conservarte, Jack. Creo que todavía no has comprendido lo importante que fue la conclusión que sacaste de esa foto, ¿no?

—Lo único que hice fue mostrártela, Marty —protestó Ryan—. Realmente fuiste tú el que hizo la conexión.

— Pero tú hiciste lo indicado, exactamente lo que se supone que debe hacer un analista. Fue una deducción mucho más inteligente de lo que crees. Tienes un don para este tipo de trabajo. Y si tú no lo percibes, yo sí. —Cantor miró el plato de lasañas e hizo una mueca. ¿Cómo era posible que alguien comiera ese veneno grasoso? —Dentro de dos años estarás preparado para ocupar mi lugar.

— Crucemos un puente por vez, Marty. —Y lo dejaron allí. Una hora después Ryan estaba de regreso en su oficina. Entró Cantor. —¿Otra charla instructiva? —preguntó Jack sonriente.

— Tenemos la fotografía de un individuo que se sospecha pertenece al ULA. Fue tomada hace apenas una semana y hace un par de horas que la recibimos de Londres.

— Dénnis Cooley. —Ryan la examinó y largó una carcajada. —¡Qué tipo insípido! ¿Cómo es la cosa?

Cantor se lo explicó.

—Qué mala suerte la de los ingleses, pero tal vez sea una suerte para nosotros. Vuelve a mirar la fotografía y dime qué tiene de importante.

— Supongo que te refieres a... a que es casi totalmente calvo. ¡Ah! Lo podemos identificar si se llega a presentar en uno de los campamentos. Ninguno de los otros es calvo.

— Exactamente. Y el jefe acaba de autorizarme a confiarte algo. Hemos preparado un operativo en el campamento18.

— ¿Qué clase de operativo?

—Parecido al que viste hace un tiempo. ¿Te sigue remordiendo la conciencia?

—No, en realidad, no. —Me molesta que no me moleste, pensó Ryan. Tal vez debería molestarme... —Cuando de esos tipos se trata nada me remuerde la conciencia. ¿Cuándo?

—No te lo puedo decir, pero pronto.

— ¿Y por qué me lo avisas, Marty? No es demasiado sutil. ¿Hasta tal punto quiere retenerme el almirante?

— Saca tus propias conclusiones.

Una hora después se presentó el experto en fotografías. Otro satélite había pasado sobre el campamento a las 22:08, hora local. La imagen mostraba a ocho personas paradas en línea frente al campo de tiro Brillantes lenguas de fuego marcaban dos de las formas. Disparaban por la noche y en ese momento eran por lo menos ocho.

—¿Qué pasó? —preguntó O'Donnell. Se acababa de encontrar con el librero en el aeropuerto. Le habían avisado que Cooley huía, pero hasta ese momento no sabía por qué.

— Pusieron un micrófono en la librería.

—¿Estás seguro? —preguntó O'Donnell.

Cooley se lo entregó. Hacía treinta horas que lo tenía en el bolsillo. O'Donnell estacionó el Toyota Land Cruiser para examinarlo.

—Marconi los fabrica para uso de agencias de espionaje. Son sumamente sensibles. ¿Cuánto tiempo crees que puede haber estado en la librería? Cooley no recordaba que nadie hubiese entrado solo en el cuarto trasero.

—No tengo la menor idea.

O'Donnell volvió a poner en marcha el vehículo, rumbo al desierto. Durante un kilómetro y medio permaneció en silencio, meditando. Algo había salido mal, ¿pero qué...?

—¿Alguna vez notaste que te seguían?

—Jamás.

—¿Siempre estuviste atento, Dennis? —Cooley vaciló y O'Donnell aceptó eso como respuesta. —¿Dennis, alguna vez quebrantaste las reglas... aunque fuera en algún detalle?

—No, Kevin, por supuesto que no. No puede ser que... por amor de Dios, Kevin, hace semanas que no me pongo en contacto con Watkins.
— Desde tu último viaje a Cork. —O'Donnell entrecerró los ojos para protegerlos del resplandor.
— Sí, es cierto. Pero en esa oportunidad me hiciste vigilar por un agente de seguridad... ¿me seguía alguien?
— De ser así debe de haber sido un tipo muy inteligente y nunca pudo acercarse demasiado... Por supuesto que la otra posibilidad que O'Donnell estaba considerando era que Cooley pudiera haberse convertido en un traidor. Pero si así fuera no hubiera venido acá, ¿no? pensó el jefe del ULA. Me conoce a mí, sabe dónde vivo, conoce a McKenney, conoce a Sean Miller, está enterado de lo de la flota pesquera de Dundalk. O'Donnell se dio cuenta de que Cooley sabía mucho. No, si fuese traidor, no estaría allí. Cooley transpiraba a pesar del aire acondicionado del auto. Dennis no tenía pelotas para arriesgar así su vida. Eso era claro.
—Y entonces, Dennis, ¿qué vamos a hacer contigo?
El corazón de Cooley latió apresuradamente, pero contestó con tono firmeza
Quiero participar del próximo operativo.
— ¿Cómo? —preguntó O'Donnell, volviendo la cabeza con asombro. —¡Esos malditos ingleses! ¡Me persiguieron, Kevin!
—Ese es un riesgo que corremos todos, ¿sabes?
— Hablo en serio —insistió Cooley.
No nos vendría mal contar con otro hombre...
— ¿Estás en buen estado físico?
— Lo estaré.
El jefe se decidió.
—Entonces, puedes empezar esta misma tarde.
—¿Y de qué se trata?
O'Donnell se lo explicó.

—Por lo visto su presentimiento era correcto, doctor Ryan —dijo al día siguiente el hombre de la corbata de moñito.
Estaba parado frente a una de las chozas, un hombrecito regordete con una cabeza totalmente calva y sudorosa en la que se reflejaban los rayos del sol. El 18 era el campamento que buscaban.
—Excelente —observó Cantor—. Nuestros amigos ingleses realmente se han apuntado un poroto. Gracias —dijo dirigiéndose al experto en fotografías.
—¿Cuándo se hará el operativo? —preguntó Ryan después de que el hombre se fue.
—Pasado mañana a primera hora. Creo que aquí serán las ocho de la noche.
—¿Me permitirán mirar? ¿Puedo verlo en directo, en el momento en que suceda?
—Quizás.
—No es un secreto fácil de guardar.
— Es lo que sucede casi siempre con los que son importantes —confirmó Cantor—. Pero...
—Sí, ya sé. —Ryan se puso el sobretodo. —Dile al almirante que estoy en deuda con él.
Camino a su casa, Ryan pensó en lo que podría estar sucediendo. Se dio cuenta de que sus expectativas no eran muy distintas a las que sentía antes de... ¿Navidad? No, esa no era la manera correcta de considerar la cuestión. Pensó cómo se habría sentido su padre antes de efectuar un arresto importante que llegaba después de una larga investigación. Era algo que nunca se le había ocurrido preguntarle. Entonces hizo lo único que pudo. Se olvidó del asunto, tal como se suponía que debía olvidar todo lo que veía en Langley.
Cuando llegó, había un auto desconocido estacionado justo frente a la casa, cerca de la pileta de natación que ya estaba casi terminada. Notó que tenía chapa del cuerpo diplomático. Al

entrar encontró a su mujer conversando con tres individuos. Reconoció a uno de ellos, pero no pudo recordar su nombre.

— Hola, doctor Ryan. Soy Geoffrey Bennett de la Embajada Británica. Nos conocimos en...

— Sí, lo recuerdo. ¿En qué podemos serle útiles?

—Dentro de pocas semanas Sus Altezas Reales visitarán los Estados Unidos. Entiendo que durante su estada en Londres usted los invitó a su casa, y ellos quieren saber si la invitación sigue en pie.

— ¿Está bromeando?

—No bromean, Jack, y yo ya contesté que sí —le informó su esposa. Hasta Ernie movía la cola, expectante.

— Por supuesto. Le pido por favor que les transmita que nos sentiremos honrados al recibirlos. ¿Se quedarán a pasar la noche en casa?

—Posiblemente no. Tenían esperanzas de poder venir al anochecer.

— A comer. ¡Perfecto! ¿Qué día?

— El viernes 30 de julio.

— ¡Hecho!

— Excelente. Espero que no le molestará que nuestros agentes de seguridad, junto con oficiales del servicio secreto de su país, realicen una revisión de seguridad durante la semana que viene.

— ¿Tengo que estar en casa en ese momento?

—Me puedo encargar yo, Jack. Recuerda que en este momento estoy de licencia.

—¡Claro! —aprobó Bennett—. ¿Cuándo está prevista la llegada del bebé?

— Durante la primera semana de agosto... y eso puede ser un problema comprendió de repente Cathy.

—Si llegara a suceder algo inesperado, puede tener la seguridad de que Sus Altezas lo comprenderán. Otra cosa: este es un asunto privado y no forma parte de los acontecimientos públicos del viaje. Debemos pedirles que lo mantengan en completo secreto.

—Por supuesto. Es lógico —contestó Ryan.

— ¿Ya que van a venir a comer, hay algo en particular que no conviene que sirvamos? —preguntó Cathy.

— ¿En qué sentido? —quiso saber Bennett.

Bueno, por ejemplo algunas personas son alérgicas al pescado, por ejemplo.

—¡Ah! Comprendo. No, no creo que haya nada que no puedan comer.

—Muy bien, la comida típica de los Ryan —anunció Jack—. Yo... este... ¡oh!

—¿Qué pasa? —preguntó Bennett.

—Que esa noche tenemos invitados.

¡Ah! —Cathy asintió—. Robby y Sissy.

— ¿No pueden cancelar la invitación?

Se trata de una comida de despedida. Robby es piloto naval, colega mío en la Academia, y lo transfieren a la flota. ¿Cree que a ellos les molestará?

—Doctor Ryan, Su Alteza...

— Su Alteza es un buen tipo. Y Robby también. Estaba en el hospital, esa noche en que nos conocimos. No puedo cancelar su invitación, señor Bennett. Es un amigo. Y estoy convencido de que congeniará con Su Alteza. En un tiempo él también fue piloto, ¿no?

— Bueno, sí, pero...

—¿Recuerda esa noche en el hospital? Sin el apoyo de Robby tal vez no habría podido superar la situación. Mire, este tipo es comandante de la Marina de los Estados Unidos y sucede que vuela un caza de cuarenta millones de dólares. No implica riesgos en cuanto a seguridad. Su mujer es concertista de piano. —Ryan notó que no había convencido al diplomático. —Señor Bennet, le sugiero que haga investigar a Rob, y que le pregunte a Su Alteza si no tiene inconveniente en compartir la mesa con ellos.

—¿Y si se opone?
— No se opondrá. Lo conozco. Tal vez sea un tipo mucho mejor de lo que ustedes creen —observó Jack. ¡Qué se va a oponer, tonto! Los que tendrán un ataque son los agentes de seguridad!
—Bueno —contestó Bennett ya sin argumentos—. No puedo culparlo por su lealtad, doctor. Haré llegar la consulta a Su Alteza. Pero debo insistir en que no le diga una sola palabra al comandante Jackson.
— Le doy mi palabra. —Jack tuvo ganas de reír. Estaba impaciente por ver la cara que pondría Robby al encontrarse frente a frente con el príncipe.
— Pico de contracciones —dijo Jack esa noche. Estaban practicando ejercicios de respiración en preparación para el parto. Su mujer empezó a jadear. Jack sabía que se trataba de un asunto serio, pero simplemente parecía ridículo. Chequeó su reloj digital. —Fin de las contracciones. Respiraciones profundas. Supongo que bifes a la parrilla, papas asadas y choclos frescos con una rica ensalada.
Es una comida demasiado sencilla —protestó Cathy.
— En todos los lugares adonde van la gente les debe de infligir comida francesa. Alguien tiene que ofrecerles una comida norteamericana decente. Te consta que yo hago unos bifes a la parrilla deliciosos, y tu ensalada de espinaca es famosa.
—Está bien —Cathy largó la carcajada. Reír ya le estaba empezando a resultar incómodo. —De todos modos si me quedo parada un rato junto a la cocina me dan náuseas.
—Debe de ser duro estar embarazada.
Deberías experimentarlo —sugirió ella.
Pero el marido continuó diciendo:
—En realidad es lo único difícil que les toca a las mujeres.
— ¡Qué! —A Cathy casi se le saltaban los ojos de las órbitas.
— Piensa en la historia. ¿Quién tiene que salir a matar a los búfalos?.El hombre. ¿Quién tiene que arrastrar al búfalo muerto hasta su casa? El hombre. ¿Quién tiene que ahuyentar los osos? El hombre. Nosotros nos encargamos de todo el trabajo duro. Yo todas las noches me encargo de sacar la basura. ¿Y alguna vez has oído que me queje? —Ella de nuevo reía. Jack había percibido perfectamente el estado de ánimo de su mujer. No quería que la compadecieran. Era demasiado orgullosa.
—Te pegaría un golpe en la cabeza, pero no tiene sentido que rompa un palo perfectamente bueno en una cabeza inútil.
— Además, la última vez yo estuve presente, y no me pareció nada del otro mundo.
—¡Si me pudiera mover, Jack, te aseguro que te mataría por lo que acabas de decir!
Ryan se le acercó.
— No, no creo que me quieras matar. En cambio quiero que te imagines algo.
¿Qué?
—La cara que pondrá Robby cuando llegue a comer. Voy a modificarle un poquito el horario.
— Apuesto a que Sissy manejará la situación mejor que él.
— ¿Cuánto quieres apostar? —Veinte.
—Trato hecho. —Miró su reloj. —Empiezan las contracciones. Respiración profunda. —Un minuto después Jack se sorprendió al comprobar que respiraba igual que su mujer. Eso hizo que los dos empezaran a reír de nuevo.

24 Éxitos y fracasos

El día del raid no hubo nuevas fotografías del campamento 18. A la hora del paso del satélite estalló una tormenta de arena en la zona y las cámaras no lograron sacar fotografías. Después,

de almorzar le avisaron a Ryan que ese día se produciría la incursión y Jack se pasó la tarde inquieto y expectante. Un cuidadoso análisis de las fotografías existentes le demostró que en el campamento había entre doce y dieciocho personas, aparte de los guardias. Si el número máximo fuese correcto y las estimaciones oficiales del número de integrantes del ULA no fuesen erróneas, significaría que en ese momento el campamento albergaba a un cincuenta por ciento de sus miembros. Eso preocupó un poco a Ryan. Si los franceses sólo enviaban a ocho paracaidistas... pero después recordó su propia experiencia en la Infantería de Marina. Arribarían al objetivo a las tres de la mañana. El elemento sorpresa estaría de parte de ellos. Tendrían sus armas cargadas y listas... apuntando a gente dormida. En lo militar, el elemento sorpresa en manos de un comando especial, era el equivalente a un tornado en Kansas. Nada se le podía oponer.

Ya deben de estar en los helicópteros, pensó Ryan. Recordó su propia experiencia en esos pájaros tan frágiles. Allí estarán, con todo el equipo empacado, con las armas preparadas, y a pesar de todo son tan vulnerables como un bebé en el útero materno. Se preguntó qué clase de hombres serían y comprendió que no debían de ser demasiado diferentes de los marinos con quienes él había servido: todos voluntarios, doblemente voluntarios porque también para ser paracaidista era necesario ser voluntario. Habían optado por tercera vez para formar parte de un equipo antiterrorista. En parte lo habrían hecho para ganar un sobresueldo, y en parte por el orgullo que siempre provocaba integrar una fuerza pequeña y muy especial, porque sin duda sabían que esa era una misión que valía la pena cumplir. Todos los soldados profesionales despreciaban unánimemente a los terroristas y debían soñar con la posibilidad de enfrentarse a ellos en una batalla; en los verdaderos profesionales todavía subsistía el concepto del campo del honor. Era el lugar donde se tomaba la última decisión a base de habilidad y coraje, a base de la virilidad misma y ese era el concepto que marcaba a los soldados profesionales como románticos, personas que realmente creían en las reglas.

Debían de estar nerviosos en el helicóptero. Unos inquietos y avergonzados de su inquietud. Otros se pavonearían afilando sus cuchillos. Algunos bromearían en voz baja. Los oficiales y sargentos permanecerían sentados en silencio, dando el ejemplo y repasando los planes. Y todos mirarían alrededor y, en silencio, odiarían estar atrapados dentro de ese helicóptero. Por un momento, Jack estuvo allí, con ellos.

—Buena suerte, muchachos —susurró, dirigiéndose a la pared—. Bonne chance.

Las horas transcurrieron lentamente. Ryan tuvo la impresión de que el minutero de su reloj se negaba a moverse y le resultaba imposible concentrarse en su trabajo. Volvió a revisar las fotografías del campamento, contó las figuras humanas, examinó el terreno para poder prever cómo se llevaría a cabo el acercamiento final. Se preguntó si los soldados tendrían órdenes de apresar a los terroristas con vida. Era un asunto que lo tenía indeciso. Desde una perspectiva legal no creía que tuviese importancia. Si el terrorismo era la manifestación moderna de la piratería, —y la analogía le parecía bastante lógica— el ULA era presa justa para las fuerzas armadas de cualquier país. Por otra parte, si los tomaban con vida, podrían juzgarlos y exhibirlos. El impacto psicológico sobre los demás grupos sería beneficioso. En caso de que no lograra infundirles el temor de Dios, por lo menos les resultaría un toque de atención. Les atemorizaría saber que no estaban a salvo ni siquiera en el refugio más remoto y aparentemente más seguro. Tal vez algunos de sus integrantes se apartaran, y quizás uno o dos llegaran a hablar. No era necesario poseer demasiada información de inteligencia para apestillarlos. Lo imprescindible era saber dónde estaban, y nada más. Con ese conocimiento se podía volcar sobre ellos toda la fuerza de una nación moderna y, a pesar de su arrogancia y su brutalidad, los terroristas no podrían oponerse a ella.

Marty entró en la oficina.

— ¿Listo?

—¡Diablos, sí!

— ¿Cenaste?

— No. Tal vez más tarde.

Librodot

— Sí. —Se dirigieron juntos al anexo. Los corredores estaban prácticamente desiertos. Casi todos los empleados de la CIA trabajaban dentro del, horario habitual de oficina. A las cinco se iban a sus casas a comer y ver televisión.

— Bueno, Jack, vas a ver en vivo lo que suceda. Recuerda que no lo puedes comentar con nadie. —A Jack le pareció que Marty tenía aspecto de cansado.

—Marty, si este operativo tiene éxito, le diré a mi mujer que el ULA ya no existe. Tiene derecho a saberlo.

— Lo comprendo. Bueno, siempre que no sepa cómo los dejamos fuera de combate.

— Ni siquiera le interesará —le aseguró Jack en el momento en que entraban en la habitación donde se encontraba el monitor de TV. Allí estaba de nuevo Jean Claude.

—Buenas tardes señor Cantor, profesor Ryan —los saludó el francés.

—¿Cómo va el operativo?

— En este momento tienen que guardar silencio radial —contestó el coronel.

—Lo que no entiendo es cómo se animan a repetir dos veces la misma táctica —dijo Ryan.

— Es riesgoso. Pero armamos una cortina de humo —contestó crípticamente Jean Claude. —Además en este momento tienen toda su atención puesta en el portaaviones.

—El Saratoga —explicó Marty—. Dos escuadrones de cazas y tres de bombarderos, además de crear interferencias en el radar. En este momento se encuentran patrullando la "Línea de la Muerte". De acuerdo con nuestros espías electrónicos, los libios se están volviendo monos. ¡Y, bueno!

—El satélite entra en radio dentro de veinticuatro minutos —informó un técnico—. Reina buen tiempo. Las fotografías deberían ser excelentes.

Ryan se moría de ganas de fumar un cigarrillo. Le hubiera hecho más llevadera la espera, pero cada vez que Cathy olía tabaco en su aliento tenían una discusión. En ese momento las fuerzas invasoras debían de estar arrastrándose a lo largo de los mil metros finales. Era un ejercicio que Ryan había practicado. Siempre terminaban con las manos y las rodillas sangrando y con las lastimaduras llenas de arena. Resultaba increíblemente cansador, y mucho más difícil conociendo la presencia de soldados armados en el objetivo. Era necesario avanzar cuando miraban para otro lado y mantener un silencio absoluto.

En ese momento todos miraban fijo la pantalla del televisor, apagada, y cada uno de ellos imaginaba lo que estaría sucediendo.

La pantalla se encendió. Apareció una señal de prueba que hacía años que Ryan no veía.

—Recibiendo la señal —indicó el técnico.

Entonces apareció la imagen. El ángulo de toma mostraba apenas una parte del campamento. No se alcanzaba a ver movimiento alguno. El técnico frunció el entrecejo y amplió el radio de visión. Nada. Ní siquiera los helicópteros.

El ángulo de toma cambiaba lentamente y costaba creer que el satélite avanzara a más de veintisiete mil kilómetros por hora. Por fin pudieron ver todos los edificios. Ryan parpadeó. Sólo en uno se notaba un reflejo infrarrojo. Una sola choza —la de los guardias— tenía prendidas las estufas. ¿Qué significaría eso? Se han ido... no queda nadie... y tampoco están las fuerzas de asalto.

Ryan dijo en voz alta lo que los demás se negaban a expresar. —Algo ha salido mal.

— ¿Cuándo nos podrán decir lo que ha sucedido? —preguntó Cantor. —Durante varias horas no pueden romper el silencio.

Transcurrieron otras dos horas. Las pasaron en la oficina de Marty. Les enviaron comida. Jean Claude no hacía ningún comentario, pero su desilusión era evidente. Cantor ni siquiera probó un bocado. Sonó el teléfono. El francés lo atendió y habló en su idioma. La conversación duró cuatro o cinco minutos. JeanClaude colgó y se volvió hacia ellos.

— A cien kilómetros del campamento, las fuerzas de asalto se toparon con una unidad del Ejército, por lo visto una unidad mecanizada que realizaba ejercicios. Fue inesperado. Los helicópteros volaban a poca altura y se encontraron con ellos de repente. El Ejército abrió fuego contra los helicópteros. Se perdió el factor sorpresa y tuvieron que regresar a la base. —

Jean Claude no tuvo que explicar que, en el mejor de los casos, los operativos como ése tenían éxito el cincuenta por ciento de las veces.
—Me lo temía. —Jack clavó la mirada en el piso. No necesitaba que le dijeran que era imposible repetir la misión. Ya habían corrido un grave riesgo al tratar de atacar dos veces en la misma forma. No habría un tercer intento. —¿Y su gente está a salvo?
—Sí, dañaron uno de los helicópteros, pero consiguió regresar a su base. No hubo bajas.
—Por favor coronel, agradézcale a su gente el intento. —Cantor se excusó y se metió en su baño privado. Vomitó. Sus úlceras sangraban de nuevo. Trató de pararse pero se sintió mareado. Cayó contra la puerta golpeándose la cabeza con fuerza.
Al oír el ruido, Jack fue a ver qué sucedía. Le costó abrir la puerta, pero por fin lo logró y vio a Marty tendido en el piso. Su primera reacción fue pedirle a Jean Claude que llamara un médico, pero se contuvo porque ni siquiera él sabía como hacerlo desde ese edificio. Ayudó a Marty a ponerse de pie, lo condujo de regreso a la oficina y lo instaló en un sillón.
—¿Qué le pasa?
— Acaba de vomitar sangre. —Ryan decidió mandar todo al diablo y marcó el número de la oficina del almirante.
— Marty se acaba de desplomar. Necesitamos un médico.
— Yo me encargaré. Dentro de dos minutos estaré allí —contestó el almirante.
Jack volvió al baño a buscar un vaso de agua y un poco de papel higiénico, que usó para limpiar la boca de Cantor. Después le ofreció el vaso. —Enjuágate la boca.
— Estoy bien —protestó Cantor.
— No digas tonterías —contestó Ryan—. ¡Qué imbecilidad! Has estado trabajando hasta cualquier hora de la noche, tratando de terminar con todo antes de irte, ¿verdad?
—Tengo que... tengo que hacerlo.
—Lo que tienes que hacer, Marty es salir de aquí de una vez antes de que este lugar termine de carcomerte.
Cantor volvió a hacer arcadas.
No bromeabas, Marty, pensó Jack. Aquí también se lucha en esta guerra y tú eres uno de los heridos. A ti te importaba tanto como a mí que esa misión tuviera éxito.
—¡Qué diablos! —exclamó Greer al entrar en el cuarto. Hasta estaba un poco despeinado.
—Las úlceras —explicó Jack—. Vomitó sangre.
—¡Dios mío, Marty! —exclamó el almirante.
Ryan ignoraba que había una sala de guardia médica en Langley. Minutos después llegó un practicante. Examinó rápidamente a Cantor y enseguida, con la ayuda de uno de los guardias, lo cargó en una silla de ruedas. Se lo llevaron, mientras los tres hombres que quedaban en el cuarto se miraban en silencio.
— ¿Las úlceras son mortales? —preguntó Jack a su mujer esa noche.
— ¿Qué edad tiene el paciente? —inquirió ella. Cathy lo pensó algunas instantes. —No es imposible que muera, pero tampoco es habitual. ¿Es alguien de tu trabajo?
—Mi supervisor en Langley. Ha estado tomando Tagamet, pero esta tarde tuvo un vómito de sangre.
—Es probable que haya suspendido el medicamento. Ese es el problema. Uno receta un remedio, y en cuanto el paciente se empieza a sentir mejor, lo suspende. Y eso se da aun en la gente inteligente —acotó Cathy—. ¿El trabajo que hacen es tan estresante?
— Supongo que para él, sí.
— ¡Ah, qué bien! Pero no te preocupes, probablemente saldrá a flote. Hoy en día en realidad hay que hacer muchos desarreglos para estar grave a causa de úlceras. ¿Estás seguro de querer seguir trabajando allí?
— No. Ellos quieren que siga en forma permanente, pero no estoy dispuesto a decidirlo hasta que tú pierdas un poquito de peso.
— Cuando empiece con los dolores del parto, te recomiendo que no estés lejos.
—Estaré a tu lado cuando me necesites.

—Estuvieron a punto de atraparlos —aseguró Murray.
— Los mismos que invadieron el campamento de ActionDirecte, ¿eh? Sí, he oído que esa fue una misión muy bien dirigida. ¿Qué pasó? —preguntó Owens.
— Cien kilómetros antes de llegar, el grupo de asalto fue visto y tuvieron que regresar a la base. Pero al reexaminar las fotografías, hemos llegado a la conclusión de que es probable que nuestros amigos ya se hubieran ido.
— ¡Maravilloso! Veo que persiste nuestra buena suerte, ¿Se te ocurre adónde pueden haber ido?
Murray lanzó un gruñido.
—Tengo las mismas presunciones que tú, Jimmy.
— Por supuesto. —Miró por la ventana. Pronto amanecería. —Bueno, investigamos al jefe del Grupo de Defensa Diplomática y nos aseguramos de que es inocente, así que le contamos toda la historia.
— ¿Y cómo lo tomó?
—Enseguida ofreció su renuncia, pero el comisionado y yo lo convencimos de que la retirara. Todos tenemos nuestras pequeñas fallas —dijo Owens con generosidad—. Y es un tipo excelente en su trabajo. Te alegrará saber que su reacción fue idéntica a la tuya. Propuso decir que Su Alteza se había caído de uno de sus caballos de polo, rompiéndose una pierna. Pero por favor no lo repitas.
—Cuánto más fácil resulta proteger a los cobardes, ¿no? En cambio los valientes nos complican la vida. ¿Sabes una cosa? Algún día será un buen rey. Siempre que viva lo suficiente —agregó Murray Es imposible no tenerle simpatía a ese chico, pensó. Y su esposa era dinamita. —Bueno, piafa que te sientas mejor, te aseguro que en Estados Unidos las medidas de seguridad serán estrictísimas. Las mismas que le proporcionamos al Presidente. Hasta intervendrán algunos de los mismos agentes.
¿Y se supone que eso me hará sentir mejor? se preguntó Owens, recordando lo cerca de la muerte que habían estado algunos presidentes frente a atentados de locos, para no mencionar a John F. Kennedy. Por supuesto que cabía la posibilidad de que el ULA hubiera vuelto a instalarse en Irlanda, pero su instinto le advertía que no era así. Murray era un gran amigo y también conocía y respetaba a los Agentes del Servicio Secreto con quienes habían forjado los planes de seguridad. Pero la seguridad de Sus Altezas era responsabilidad directa de Scotland Yard, y no le hacía gracia que, en parte, hubiera caído en otras manos. La última vez que un presidente norteamericano visitó el Reino Unido, Owens se sintió profesionalmente ofendido cuando el Servicio Secreto de los Estados Unidos trató de sacarlos de en medio a ellos. Ahora los entendía un poco más.

— ¿Cuanto piden de alquiler? —preguntó Dobbens.
— Cuatrocientos cincuenta por mes —contestó el de la inmobiliaria—. Amueblada.
— ¡Ajá! —Los muebles no eran precisamente impresionantes. Pero no hacía falta que lo fueran.
—¿Cuándo podría mudarse mi primo?
—¿No es para usted?
—No, es para mi primo. Trabaja en la misma empresa que yo —explicó Alex—. Es nuevo en la zona. Yo avalaré el pago del alquiler, por supuesto. ¿Me dijo que pedían tres meses de depósito?
—Sí. —Antes el agente había especificado que eran dos meses de depósito.
— ¿Puedo pagarlo en efectivo? —preguntó Dobbens.
— Por supuesto. Volvamos a la oficina para hacer los papeles.
— Estoy un poco apurado. ¿No tiene un formulario de contratos? El empleado asintió.

— Sí, lo podemos llenar acá mismo. —Se encaminó al coche y regresó con los papeles. Ignoraba que se estaba condenando a muerte porque ningún otro empleado de la oficina había visto la cara de ese hombre.
—Recibo mi correspondencia en una casilla de correos... la busco todas las mañanas en camino a mi trabajo. —Con eso solucionó el asunto de la dirección.
— ¿En qué trabaja?
— En el Laboratorio de Física Aplicada, soy ingeniero electrónico. Me temo no poder dar más detalles del asunto. Verá: recibo mucho trabajo del gobierno. —Alex se compadeció del hombre. Era bastante agradable y no lo apestillaba a preguntas, como hubieran hecho otros agentes inmobiliarios. Una lástima. Pero así es la vida.
— ¿Siempre paga en efectivo?
— Es una manera de no meterse en deudas que uno no puede pagar —contestó Alex con una risita.
—¿Puede firmar aquí, por favor?
—Por supuesto. —Alex firmó con su propia lapicera y con la mano izquierda, como había estado practicando. —Y aquí están los mil trescientos cincuenta —agregó, contando los billetes.
— ¡Qué transacción tan sencilla! —exclamó el de la inmobiliaria, entregándole las llaves y un recibo
—Sí. Gracias, señor. —Se estrecharon la mano—. Tal vez mi primo se mude la semana que viene, pero si no será la otra sin falta.
Los dos se encaminaron a sus coches. Alex anotó el número de la chapa del auto del agente de la inmobiliaria. Era su auto personal; no había utilizado el de la empresa. De todos modos Alex anotó la descripción del tipo para que su gente no fuera a matar una persona equivocada. Le alegró que no lo hubiese atendido una mujer. Sabía que tarde o temprano tendría que superar ese prejuicio, pero por el momento era un asunto que prefería evitar. Durante varias cuadras siguió al otro auto, después dobló y regresó a la casa.
No sería enteramente perfecta, pero se acercaba bastante. Tres dormitorios chicos. El comedor de diario, la cocina y el living room estaban bien. Y lo que era más importante: tenía garage y un amplio jardín. El lote estaba rodeado por un cerco y se encontraba en un barrio semi-rural de gente trabajadora, donde había una separación de alrededor de quince metros entre casa y casa. Sería un refugio perfecto.
Enseguida se dirigió al Aeropuerto Nacional de Washington donde abordó un avión a Miami. Allí tuvo tres horas de espera para tomar el avión hacia la ciudad de México. Miller lo esperaba en el hotel convenido.
—Hola, Sean.
— Hola, Alex. ¿Una copa?
—¿Qué tienes?
— Bueno, traje una botella de whisky decente, y si prefieres puedo servirte del de acá. La cerveza no es mala.
Alex se decidió por una cerveza. Ni siquiera se molestó en buscar un vaso
¿Y?
Dobbens se bebió la cerveza de un trago. Era una maravilla poder relajarse... relajarse totalmente. Eso de tener que simular permanentemente le ponía los nervios de punta.
—Esta mañana alquilé una casa totalmente amueblada. Es perfecta para lo que necesitamos. ¿Y tu gente?
—Están en camino. Llegarán en la fecha prevista.
Alex asintió con aire de aprobación y se sirvió otra cerveza. —Bueno, repasemos los planes del operativo.
—Con franqueza, Alex, tú inspiraste esto. —Abrió el portafolio para sacar una serie de mapas. Los colocó sobre la mesa ratona. Alex no sonrió. Miller estaba tratando de halagarlo, y a él no le gustaba que lo halagaran. Escuchó durante veinte minutos.

—No está mal, pero habrá que modificar algunas cosas.
—¿Qué? —preguntó Miller, enfurecido por el tono de Alex.
—Mira, hombre, por lo menos habrá quince oficiales de seguridad ubicados aquí —Alex señaló el lugar—. Y tendremos que deshacemos de ellos enseguida, ¿sabes? No hablo de policías callejeros. Estos tipos están entrenados y bien armados. Y tampoco son tontos. Si quieres que esto dé resultado, hombre, el primer golpe tiene que ser más rotundo. Tampoco estoy completamente de acuerdo con el cálculo del tiempo. Tendremos que ajustarlo, Sean.
—¡Pero los agentes de seguridad estarán en otro lado! —objetó Sean lo más desapasionadamente posible.
—¿Y quieres que anden correteando por ahí? ¡No, muchacho! Hay que dejarlos fuera de combate en los primeros diez segundos. Oye, piensa en ellos como en soldados. Este no es un trabajito así no más. Estamos hablando de un combate.
—Pero si la seguridad va a ser tan estrecha como tú dices...
—Yo me puedo encargar de eso, hombre. ¿No te das cuenta de lo que estoy haciendo? Puedo colocar a tus tiradores en el lugar indicado exactamente en el tiempo preciso.
—¿Y cómo mierda piensas hacerlo? —Miller ya no se podía contener había algo en Alex que lo irritaba.
—Es fácil, hombre. —Dobbens sonrió. Le encantaba demostrarle a ese pistolero como había que hacer las cosas. —Lo único que tenemos que hacer es...
—¿Y realmente crees que será así de sencillo? —preguntó Miller después de escuchar la explicación.
—Es fácil. Yo puedo redactar mis propias órdenes de trabajo, ¿recuerdas?
Miller volvió a luchar consigo mismo, y esta vez ganó. Se obligó a analizar desapasionadamente la idea de Alex. Le resultaba odioso tener que admitir que el plan era lógico. Ese aficionado negro le estaba dando instrucciones sobre la manera de manejar el operativo, y lo peor era que tenía razón.
—Mira, hombre, no sólo es mejor sino hasta más fácil. —Alex decidió moderarse. Hasta los blancos arrogantes necesitaban su orgullo. Ese tipo estaba acostumbrado a salir siempre con la suya. Era bastante inteligente, pero demasiado inflexible. Una vez que se le metía una idea en la cabeza, se negaba a cambiar un solo detalle. Jamás habría podido ser un buen ingeniero. ¿Recuerdas el último operativo que organizamos? Confía en mí, hombre. En ese caso tuve razón, ¿verdad?
A pesar de toda su experiencia técnica, Alex no era muy hábil para manejar a la gente. Su último comentario volvió a irritar a Miller, pero el irlandés respiró hondo y mantuvo la vista clavada en el mapa. Ahora comprendo por qué los yanquis les tienen tanta antipatía a los negros.
—Déjame pensarlo.
—Por supuesto. Te diré lo que haremos: yo dormiré un rato. Tú puedes quedarte estudiando el mapa todo lo que quieras.
—¿Quién más habrá, aparte de la gente de seguridad y las víctimas? Alex se desperezó.
—Tal vez se hagan llevar comida de afuera. Diablos, no sé. Supongo que estará la mucama. Me refiero a que uno no recibe a invitados tan importantes sin una sirvienta por lo menos, ¿no? A ella tampoco hay que lastimarla, hombre. Es una hermana, una negra buena moza. Y recuerda lo que te dije de la señora y la chiquita. Si no hay más remedio, supongo que sobreviviré, pero si los matas para divertirte, Sean, tendrás que responderme de sus muertes. Tratemos de mantener este asunto en un plano estrictamente profesional. Tienes tres víctimas políticas legítimas. Con eso basta. El resto es material negociable y las podemos utilizar para demostrar nuestra buena voluntad. Eso tal vez no sea importante para ti, muchacho, pero para mí, sí. ¿Comprendido?
—Está bien, Alex. —En ese momento Sean decidió que Alex no vería el fin de ese operativo. No le costaría mucho arreglarlo. Con su sentimentalismo absurdo, no era digno de ser

Librodot

revolucionario. Morirás la muerte de los valientes. Por lo menos te podremos convertir en mártir.
Dos horas después Miller tuvo que admitir que era una pena. El hombre tenía un don para organizar operativos.

A los agentes de seguridad se les hizo tan tarde, que Ryan llegó justo detrás de ellos. Eran tres, capitaneados por Chuck Avery, del servicio secreto.
—Perdón por la hora, pero tuvimos un inconveniente —se excusó Avery mientras estrechaba la mano del dueño de casa—. Estos son Bert Longley y Mike Keaton, dos de nuestros colegas ingleses.
—¡Hola, señor Longley! —saludó Cathy desde la puerta.
El hombre abrió los ojos, sorprendido.
—¡Dios mío! Tal vez debimos traer un médico. No sabía que su embarazo estaba tan adelantado.
— Bueno, este será inglés en parte —explicó Jack—. Pasen.
— El señor Longley arregló todo lo referente a nuestra escolta cuando tú estabas en el hospital —explicó Cathy—. Me alegro de volver a verlo.
—¿Cómo se siente? —preguntó Longley.
—Un poco cansada, pero bien.
—¿Han solucionado el problema de Robby? —preguntó Jack.
—Sí. Por favor disculpe al señor Bennett. Creo que él tomó sus instrucciones demasiado al pie de la letra. Tratándose de un oficial naval, no tenemos ningún problema. En realidad, Su Alteza tiene muchas ganas de conocerlo. ¿Bueno, podemos echar un vistazo por los alrededores?
— Si no tiene inconveniente, yo quiero ver ese acantilado —adelantó Avery.
— Síganme, señores. —Jack pasó por la puerta corrediza y salió a la terraza que daba a la bahía de Chesapeake.
— ¡Magnífico! —observó Longley.
— Lo único en que nos equivocamos fue en no separar el living del comedor, porque los planos estaban así y no encontramos una manera armoniosa de modificarlos. Pero estos ventanales tienen una buena vista, ¿verdad?
—Por supuesto, y además la ventaja de proporcionar buena visibilidad a nuestros hombres —observó Keaton, examinando los alrededores.
Sin mencionar que proporcionan un amplio campo de tiro, pensó Ryan.
—¿Cuánta gente traerán? —preguntó Jack.
— Lamentablemente eso es algo que no podemos contestar —contestó Longley.
—¿Más de veinte? —insistió Jack—. Quiero tener café y sandwiches preparados para ofrecerles. No se preocupen, ni siquiera he hablado de esto con Robby.
— Será más que suficiente que prepare café para veinte —aseguró Avery después de un instante de vacilación—. Los sandwiches no serán necesarios. —El hombre del Servicio Secreto pensó que su gente tomaría mucho café.
Bueno, veamos el acantilado —Jack bajó al pasto—. Tienen que tener mucho cuidado aquí, señores.
— ¿Es muy inestable? —preguntó Avery.
— Sally ha pasado el cerco dos veces y en ambas oportunidades recibió una paliza. El problema es la erosión. El acantilado es realmente blando: arenisca, creo, he tratado de fijarlo. La gente del departamento ecológico del estado me convenció de que plantara ese maldito kudzu y... ¡no sigan!
Keaton había pasado por encima del cerco.
— Hace dos años vi caer un trozo como de seis metros cuadrados. Por eso planté esas enredaderas. ¿No creerán que alguien va a trepar por ahí, no?

— Es una posibilidad —contestó Longley.
— No pensaría lo mismo si mirara el acantilado desde un bote. Además no soportaría el peso de un hombre que intentara treparlo. Podría subir una ardilla, pero eso es todo.
—¿Qué altura tiene? preguntó Avery.
— Doce metros acá, y casi quince allá. La enredadera kudzu ha empeorado las cosas. Es casi imposible matar ese yuyo maldito, pero si uno trata de agarrarlo, lo espera la sorpresa del siglo. Les repito: si quieren investigar el acantilado, háganlo desde un bote —insistió Ryan.
— Lo haremos —decidió Avery.
— El camino de entrada debe de tener cerca de trescientos metros —calculó Keaton.
— Contando las curvas son algo más de cuatrocientos, Pavimentarlo me salió carísimo.
—¿Y qué me dice de la gente que está trabajando en la pileta de natación? —Esa vez fue Longley el de la pregunta.
— Se supone que el miércoles que viene estará terminada.
Avery y Keaton se encaminaron hacia el lado norte de la casa. Allí, a veinte metros había árboles y una inacabable maraña de zarzas. Ryan había plantado una larga hilera de arbustos que dividía el jardín de esa zona. A Sally tampoco le estaba permitido entrar allí.
—Esto parece bastante seguro —dictaminó Avery. Entre el camino y los árboles hay doscientos metros de terreno abierto y después otra zona descampada entre la pileta y la casa.
— Así es. —Ryan lanzó una risita—. Pueden ubicar la ametralladora pesada en la línea de árboles y los morteros cerca de la pileta.
— Doctor Ryan, nosotros estamos tomando este asunto con mucha seriedad —señaló Longley.
— No me cabe duda. Pero la visita del príncipe no tendrá estado público, ¿verdad? No pueden... —Jack se detuvo en seco. No le gustó la expresión de sus visitantes.
— Siempre es necesario suponer que el otro bando sabe lo que vamos a hacer.
—¡Ah! —¿Será eso todo, o habrá algo más? Sabía que no ganaría nada con
preguntar—. Bueno, hablando como ex infante de Marina, no me gustaría intentar algo en este lugar. Conozco el entrenamiento que reciben ustedes.
—Hacemos lo que podemos —contestó Avery, sin dejar de mirar alrededor. Gracias a la forma en que el camino de entrada corría por entre los árboles, él podría utilizar su furgón de comunicaciones para bloquear completamente el paso de vehículos. Se recordó que contarían con diez de sus hombres, seis ingleses, un tipo de enlace del Bureau y posiblemente dos o tres policías estatales encargados de controlar el tráfico en el camino. Además del revólver de servicio, cada uno de sus hombres estaría armado con una ametralladora. Hacían prácticas por lo menos una vez por semana.
Avery todavía no estaba satisfecho ante la posibilidad de que un grupo de terroristas anduviera suelto por allí. Pero todos los aeropuertos estaban vigilados y la policía había sido alertada. Allí dentro había un solo camino. Ni siquiera un pelotón de soldados podría entrar en el terreno de la casa sin hacer ruido y, por peligrosos que fuesen los terroristas, nunca habían luchado en una verdadera batalla campal. En este caso no estaban en Londres y las víctimas potenciales no andaban dando vueltas a ciegas custodiados por un solo guardia armado.
—Gracias, doctor Ryan. Examinaremos el acantilado desde la bahía. Si llega a ver un guardacostas, seremos nosotros.

El empleado salió de la inmobiliaria justo antes de las diez. Le tocaba cerrar la tienda. En el portafolio tenía un sobre con dinero, una boleta de depósito nocturno que dejaría en el Banco y algunos contratos que tenía que revisar a la mañana siguiente, antes de ir a la oficina. Colocó el portafolio a su lado, sobre el asiento, y puso en marcha el motor. Otro coche se detuvo detrás del suyo.
— ¿Puedo hablarle dos palabras? —preguntó una voz desde la oscuridad. Al volverse el empleado notó que se le acercaba alguien.

—Lo siento, pero acabo de cerrar. La oficina se abre a las... —De repente se enfrentó con una pistola.
—Déme el dinero, hombre. No pierda la calma y no le pasará nada —dijo el pistolero. No tenía sentido aterrorizar al tipo. Tal vez hiciera alguna locura.
— Pero no tengo...
— El portafolio y la billetera. Despacito y sin líos y estará en su casa dentro de media hora.
Ante todo el hombre sacó su billetera. Tuvo que hacer tres intentos antes de lograr desabrochar el bolsillo de la cadera y le temblaban las manos al alcanzarle la billetera al pistolero. Después le pasó el portafolio.
— No son más que cheques... no hay efectivo.
— Eso es lo que dicen todos. Acuéstese en el asiento y cuente hasta cien. Si no levanta la cabeza hasta terminar de contar, no le pasará nada. Cuente en voz alta, para que lo pueda oír.
—A ver, el corazón está más o menos aquí... Introdujo por la ventana el brazo con que empuñaba el arma. El hombre alcanzó a contar hasta siete. El ruido del disparo pasó inadvertido, no sólo a causa del silenciador, sino por haber sido hecho dentro del automóvil. El cuerpo del empleado se estremeció varias veces, pero no lo suficiente como para exigir un tiro de gracia. El pistolero abrió la portezuela, subió el vidrio de la ventanilla y apagó el motor y las luces antes de volver a su coche. Arrancó y avanzó dentro de los límites de la velocidad permitida. Diez minutos después arrojó el portafolio y la billetera vacíos en el tacho de basura de un supermercado. Volvió a la ruta y viró hacia la dirección opuesta. Resultaba peligroso quedarse con el arma, pero tendría que deshacerse de ella con más cuidado. El pistolero volvió a estacionar el auto en su lugar —pertenecía a una familia que estaba de vacaciones— y caminó dos cuadras en busca del suyo. Como siempre, Alex tenía razón, pensó. Si uno lo planea todo, piensa en todos los detalles y, lo que es más importante, no deja ninguna evidencia a su paso, puede matar toda la gente que le dé la gana. ¡Ah!, recordó, y algo más: nunca hay que hablar del asunto.

— ¡Hola, Ernie! —exclamó Jack en voz baja. El perro era una mancha oscura sobre la alfombra clara del living. Eran las cuatro de la mañana. Al oír el ruido, Ernie había salido del cuarto de Sally para ver de qué se trataba. Una virtud de los perros era que nunca dormían tan profundamente como los seres humanos. Durante algunos, minutos Ernie lo miró agitando alegremente la cola, hasta que sintió una picazón entre las orejas. Entonces se rascó y enseguida regresó al cuarto de Sally.
Están por volver, ¿no es cierto? le preguntó Jack a la noche. Se levantó y se acercó a la ventana. Era una noche clara. Alcanzaba a ver las luces de los barcos en la bahía Chesapeake.
Le resultaba increíble haber sido tan lento para comprenderlo. Tal tez debido a que la actividad en el campamento 18 casi coincidía con las pautas que repetidamente había intentado desentrañar. Era casi el momento indicado para que se presentaran a realizar sus prácticas habituales. Pero era igualmente posible que estuvieran entrenándose para llevar a cabo un operativo de importancia. Como por ejemplo aquí mismo...
— ¡Dios mío! Estabas demasiado cerca del problema, Jack —susurró. Desde hacía dos semanas el viaje de los príncipes era de dominio público y e ULA ya había demostrado que era capaz de operar en los Estados Unidos. ¡ Y estamos trayendo las víctimas ideales a nuestra propia casa! ¡Qué barbaridad Jack! Retrospectivamente resultaba increíble que él hubiese confirmado 1a invitación sin suponer siquiera... y el día anterior, cuando estuvo la gente de seguridad, ¡hasta se permitió hacer bromas! ¡Pedazo de imbécil!
Repasó las medidas de seguridad propuestas, recordando todo lo aprendido en la Infantería de Marina. Como problema de guerra abstracto, su casa era un objetivo difícil. No era posible hacer nada desde el este: el acantilado constituía un obstáculo más peligroso que un campo minado. Al norte y al sur los bosques eran tan espesos y enmarañados que hasta los comandos

mejor entrenados encontrarían difícil superarlos sin hacer un barullo espantoso... ¡y sin la menor duda eso era algo que no podían practicar en un desierto sin un solo árbol! Así que tendrían que acercarse por el oeste. ¿Cuánta gente dijo Avery que tendrían...? Bueno, no lo dijo pero tengo la impresión de que serán alrededor de veinte. Veinte agentes de seguridad, armados y entrenados.

Si parto de la base de que los del ULA son tan inteligentes como parece....y que ésta es una visita que no figura en la agenda oficial, algo privado... No es probable que vengan acá... y aunque así fuera... deberíamos estar a salvo, ¿no?

Pero esas tres palabras eran algo cuyo significado había cambiado definitivamente. Estar a salvo. Ya no era real.

Jack se encaminó hacia el ala de la casa donde estaban los dormitorios. Sally dormía con Ernie hecho un ovillo a los pies de la cama. Cuando Jack entró en el cuarto, el perro levantó la cabeza como preguntando: ¿Qué quieres?

Su hijita estaba acostada y en paz, soñando el sueño de los niños mientras su padre se enfrentaba con la pesadilla que todavía se cernía sobre la familia, esa pesadilla que durante algunas horas se permitió olvidar. Antes de salir del cuarto estiró la ropa de cama y palmeó al perro en la cabeza.

Se preguntó cómo se las arreglarían los personajes de la vida pública. Ellos convivían permanentemente con la pesadilla. Recordó haber felicitado al príncipe por no permitir que esa amenaza dominara su existencia: ¡Bien hecho, viejo! ¡Eso les enseñará! ¡No hay que tener miedo! Pero la cosa era muy distinta cuando uno mismo y su familia eran las presuntas víctimas. En esos casos uno ponía cara de valiente, seguía las instrucciones recibidas y se preguntaba si en cada auto que pasaba por la calle no se ocultaría un hombre empuñando una ametralladora, empeñado en convertir la muerte en una especial declaración política. Durante el día, mientras uno tenía trabajo, era posible no pensar en el asunto, pero de noche, cuando la mente empieza a divagar y comienzan los sueños...

El dualismo era increíble. Uno no podía vivir pensando en el asunto, pero tampoco podía olvidarlo. Era imposible permitir que el miedo dominara la existencia, pero tampoco se podía caer en una sensación de seguridad. El fatalismo tal vez habría sido una ayuda, pero Ryan siempre se vanaglorió de ser el dueño de su propio destino. Se negaba a admitir que la verdad fuese otra. Quería golpear, si no a los terroristas, por lo menos al destino; pero ambos estaban fuera de su alcance, lo mismo que esos barcos cuyas luces desfilaban a kilómetros de distancia de su ventana. La seguridad de su familia había estado casi asegurada...

¡Estuvimos tan cerca! pensó, en una especie de grito solitario y silencioso. Casi lo lograron. Casi ganaron esa única batalla y ayudaron a otros a ganar la suya. El podía luchar, y estaba seguro de que donde más rendiría era trabajando exclusivamente detrás de un escritorio en Langley. No sería dueño de su destino, pero por lo menos desempeñaría un papel. Ya había desempeñado un papel. Aunque fue por accidente, resultó muy importante para Francoise Theroux, esa muchacha bonita y maligna, ya muerta. Así que ahora tomaba una decisión. La gente armada desempeñaría un papel, y el hombre detrás del escritorio desempeñaría el suyo. Extrañaría la Academia, extrañaría a esos jovencitos ansiosos y vehementes, pero era el precio que debía pagar por intervenir en el juego. Antes de volver a la cama Jack fue a buscar un vaso de agua.

— ¡Buen día, Jack! —dijo Robby acercándosele en la playa de estacionamiento de la Academia.

—¿Qué tal? ¿Ya están preparando las valijas?

Jackson asintió.

— Ya está casi todo embalado. Pero tengo que acostumbrarme a la idea de abandonar la Academia.

—Yo también.

— ¿Te vas? —preguntó Robby, sorprendido.
—Le dije al almirante Greer que quiero trabajar con ellos definitivamente.
— ¿El almirante...? ¡Ah, ese tipo de la CIA! Así que te decidiste. ¿Cómo lo tomaron en el departamento de Historia?
— Te puedo asegurar que lograron contener las lágrimas. El jefe no está demasiado contento con lo que he faltado este año. Así que por lo visto la comida será una despedida para los dos.
—¡Ah, claro! ¿Es este viernes, no?
— Sí. ¿Podrán estar en casa alrededor de las ocho y cuarto?
—Perfecto. Me dijiste que no era de etiqueta, ¿verdad?
— Así es. —Jack no pudo menos que sonreír. ¡Si supieras la sorpresa que te espera!

El VC-10 de la RAF aterrizó en la base Andrews de la Fuerza Aérea a las ocho de la noche. Los periodistas notaron insólitas medidas de seguridad: una compañía completa de policía del aire, además de los agentes del servicio secreto vestidos de civil. Se dijeron que en esa parte de la base, la seguridad siempre era estricta. El avión carreteó hasta el lugar exacto donde debía detenerse y enseguida colocaron una escalerilla junto a la puerta delantera.
Al pie de la escalerilla esperaban el embajador y funcionarios del Departamento de Estado. Desde el interior del avión, los agentes de seguridad miraron por las ventanas, en un último chequeo. Por fin Su Alteza hizo su aparición en la puerta, junto a su joven esposa, saludando con la mano a los espectadores distantes. A pesar de tener las piernas tiesas por el vuelo, el príncipe bajó la escalera con agilidad. Sobre la pista se saludaron una serie de militares de ambas naciones y la encargada de Protocolo del Departamento de Estado se inclinó en una reverencia, cosa que a la mañana siguiente acarrearía una reprimenda del árbitro de buenos modales del Washington Post. La nieta del comandante de la base, de seis años de edad, presentó a Su Alteza una docena de rosas color té. Relampaguearon los flashes y ambos personajes reales sonrieron obedientemente mirando las cámaras y se tomaron el tiempo necesario para decirles algo agradable a todos los que formaban fila para saludarlos. El príncipe le hizo una broma a un oficial naval que en una época fue su superior y la princesa hizo un comentario sobre el estado del tiempo. La esposa del embajador comentó que en Washington DC el clima era tan poco acogedor que en una época los cargos en esa ciudad se consideraban peligrosos. Los mosquitos conductores de malaria habían desaparecido, pero el clima no había cambiado demasiado. Por suerte en todas las casas había aire acondicionado. Los periodistas notaron el color, el estilo y el corte de la ropa de la princesa, sobre todo su "atrevido" sombrero. Ella exhibía la pose de una modelo profesional, mientras que por incongruente que fuese— el príncipe parecía un cowboy tejano, con una mano en el bolsillo y una tranquila sonrisa en el rostro. Los norteamericanos que no los conocían lo encontraron maravillosamente sencillo y, por supuesto, todos los hombres se enamoraron de la princesa.
Los agentes de seguridad no notaron nada de eso. Estaban de espaldas a los recién llegados, observando a la multitud con expresión seria, mientras interiormente cada uno de ellos rogaba: Por favor, Dios, que no suceda nada, mientras yo esté de guardia.
Por fin los príncipes subieron al Rolls Royce de la embajada y se formó el cortejo de autos. El aeropuerto tenía varias salidas y la que tomaron había sido elegida recién una hora antes. En ruta a la ciudad, se agregaron a la caravana dos Rolls Royce idénticos al de la embajada en modelo y color, cada uno con un auto escolta delante y otro atrás y un helicóptero que lo sobrevolaba. Si alguien se hubiera tomado el trabajo de contar las armas de fuego desplegadas, habría llegado a cien. La hora de llegada había sido calculada para permitir un rápido paso de la caravana a través de la ciudad, por lo que en veinticinco minutos llegaron a la puerta de la embajada. Instantes después Sus Altezas se encontraban a salvo dentro del edificio y por el momento la responsabilidad era de otros. La mayoría de los agentes de seguridad locales se dispersó regresando a sus hogares, pero diez hombres y mujeres per-

manecieron rodeando el edificio, casi todos ocultos en automóviles y furgones, mientras algunos policías uniformados recorrían los alrededores.

—Norteamérica —dijo O'Donnell—. La tierra prometida. —A las once las cadenas de televisión pusieron en el aire el videotape de la llegada de los reales visitantes.
—¿Qué crees que estarán haciendo en este momento? —preguntó Miller. —Tratando de descansar después del viaje, supongo —contestó el jefe—.
Aprovechando la noche para dormir. ¿Y? ¿Por aquí está todo listo?
— Sí, el aguantadero está preparado para mañana. Alex y su gente están listos y yo he repasado todos los cambios que hicimos en el plan.
—Por sugerencia de Alex, ¿no?
— Sí, y si ese cretino arrogante me llega a dar un solo consejo más... —No olvides que es uno de nuestros hermanos revolucionarios —O'Donnell asintió sonriendo—. Pero sé a qué te refieres.
—¿Dónde está Joe?
—En Belfast. Se hará cargo de la segunda fase del operativo.
—¿Han definido los horarios?
—Sí. Ambos comandantes de brigada y todo el consejo del Ejército. Deberíamos poder apoderarnos de todos... —O'Donnell explicó por fin la totalidad de su plan. Los agentes infiltrados de McKenney trabajaban en estrecha colaboración con los principales dirigentes del PIRA. A una orden de O'Donnell los asesinarían a todos, eliminando de un solo golpe a todos los dirigentes militares de los Provisionales. No quedaría nadie para dirigir la organización... excepto un hombre cuyo golpe maestro lo catapultaría a la respetabilidad con rango de los Provos. Mediante sus rehenes obtendría la libertad de todos los terroristas encarcelados, aunque tuviera que enviar al príncipe de Gales al Palacio de Buckingham por correo... un centímetro por vez. O'Donnell estaba convencido de eso. A pesar de todos los valientes y piadosos discursos de Whitehall, hacía cientos de años que un príncipe inglés no enfrentaba la muerte, y la idea del martirio era más propia de los terroristas que de los que tenían el poder. La presión del público se encargaría de ello. Se verían obligados a negociar para salvar la vida del heredero de la Corona. El enorme alcance de ese operativo proporcionaría nueva vida al Movimiento, y Kevin Joseph O'Donnell encabezaría una revolución renacida en sangre e intrepidez...

—¿Cambio de guardia, Jack? —observó Marty. Él también había empacado sus cosas. Un oficial de seguridad revisaría la caja antes de su partida.
—¿Cómo te sientes?
—Mejor, pero uno se cansa de pasar el día viendo televisión.
—¿Estás tomando todos tus remedios? —preguntó Ryan.
—Nunca me volveré a olvidar, mamá —contestó Marty.
—Veo que no hay ninguna novedad acerca de nuestros amigos.
—Sí. Se retiraron al agujero negro en que viven. El FBI está preocupado por la posibilidad de que estén en el país, por supuesto, pero no existe el menor indicio de eso. Por supuesto que tratando con esos bastardos, cada vez que alguien se ha sentido seguro recibió un mordisco en el traste. Sin embargo, creo que el único grupo que no ha sido puesto en estado de alerta es la Fuerza Delta. Si llegaran a estar aquí y mostraran un pelo a alguien, les caería el mundo encima —Cantor lanzó un gruñido. —Volveré el lunes y el martes. Todavía no necesitas despedirte. Que pases un buen fin de semana.
— Tú también. —Ryan salió con su nuevo pase colgado del cuello y con el saco sobre los hombros. Afuera hacía calor y su coche no tenía aire acondicionado.

Librodot

— Policía del Condado de Howard —dijo el sargento a cargo del mostrador—. ¿En qué puedo servirlo?
—Hablo con el 911, ¿verdad? —Era una voz de hombre. —Sí, señor. ¿Qué problema tiene?
—Este... bueno... usted sabe... mi mujer dice que no debería meterme, pero...
—¿Por favor me puede dar su nombre y número de teléfono?
— De ninguna manera... mire, en esa casa... este... la del fondo de la calle. Hay gente armada, ¿sabe? Con ametralladoras.
— ¡Repita eso! —El sargento entrecerró los ojos. —Ametralladoras... ¡se lo digo en serio! Vi una ametralladora M-60, como las del Ejército... usted sabe, las de calibre 30, pesadas para transportar, una verdadera y maldita ametralladora. Y también vi otras armas.
—¿Dónde?
El hombre empezó a hablar con rapidez.
— Green Cottage Lane once dieciséis. Más o menos hay... es decir, yo vi cuatro: un negro y tres blancos. Estaban bajando las armas de un furgón. Eran las tres de la mañana. Yo me había tenido que levantar para hacer pis y los vi por la ventana del baño, ¿sabe? La puerta del garage estaba abierta y la luz prendida, y los iluminó cuando pasaron llevando las armas. Estoy seguro de que era una M-60. Como la que yo tenía en el Ejército, ¿sabe? De todos modos eso es lo que vi, hombre. Si quiere hacer algo al respecto, es asunto suyo.
—El sargento oyó que cortaban la comunicación y se apresuró a llamar a su capitán.
—¿Qué pasa? —El sargento le leyó sus anotaciones—. ¿Una ametralladora? ¿M-60?
—Sí, es lo que dijo el que llamó: que era un calibre 30. Debe ser la M-60. Ese alerta que recibimos del FBI, capitán.
—Sí. —El capitán imaginó la promoción que lo esperaba, pero también imaginó a sus hombres empeñados en una batalla cuyos oponentes estaban mejor armados que ellos. — Mande un patrullero. Ordéneles que no se dejen ver y que no entren en acción. Voy a pedir un equipo de SWAT.
En menos de un minuto un patrullero se encaminaba a la zona. El oficial a cargo era un veterano de la policía estatal que tardó casi diez minutos en llegar al lugar indicado. Estacionó a una cuadra de distancia, detrás de un arbusto alto y pudo observar la casa sin dejarse ver. En ese momento la ametralladora que por lo general colgaba bajo el tablero del auto estaba en sus manos transpiradas. Cuatro minutos después llegó otro auto de la policía y se le unieron dos oficiales. Entonces tuvo la impresión de que llegaba el mundo entero. Primero un sargento, después un teniente, después dos capitanes y finalmente dos agentes de la oficina del FBI de Baltimore.
El agente del FBI se puso en comunicación radial con el cuartel general de Washington, pero dejó el operativo en manos de la policía local. La policía del estado tenía su propio equipo de SWAT, como casi todas las fuerzas locales, y pusieron manos a la obra con rapidez. La primera medida consistió en evacuar a los habitantes de las casas de la zona. Para alivio de todo el mundo, en todos los casos pudieron salir por las puertas traseras. La gente que iba saliendo de las casas era inmediatamente sometida a un interrogatorio. Sí, habían notado la presencia de gente en esa casa. Sí, eran casi todos blancos, pero habían visto por lo menos a un negro. No, no habían visto armas... en realidad apenas habían visto a esas personas. Una señora dijo que creía que tenían un furgón, pero de ser así generalmente lo mantenían dentro del garage. Las entrevistas continuaban cuando el equipo SWAT se hizo cargo del caso. Las casas del barrio eran todas del mismo estilo y diseño y los agentes revisaron una de ellas para conocer su distribución. Uno de los policías ubicó un fusil de mira telescópica en la casa de enfrente y utilizó la mira para examinar las ventanas de la casa de los presuntos pistoleros.
El equipo SWAT podría haber esperado, pero cuanto más tiempo transcurriera, mayores serían las probabilidades de alertar a sus presas. Se fueron acercando cuidadosa y lentamente, utilizando todas las posibilidades de ocultarse hasta que estuvieran a quince metros de la casa. Escrutaron las ventanas con mirada ansiosa para ver si había movimiento. La quietud era

total. ¿Estarían dormidos? El jefe del equipo fue el primero en entrar, cruzó el patio corriendo y se agazapó bajo una ventana. Colocó un micrófono auto adhesivo en el marco, escuchando con auriculares para ver si había gente dentro. El segundo en comando notó que su jefe ladeaba la cabeza en un gesto casi cómico, y enseguida dijo por radio para que todos sus hombres pudieran escuchar:
El televisor está encendido. No hay conversaciones... yo... percibo algo más, pero no se qué es. —Hizo señas para indicar a sus hombres que se acercaran, uno por vez, mientras él seguía agazapado bajo la ventana, con la pistola lista. Tres minutos después el equipo estaba preparado.
—Jefe de equipo —se oyó decir a una voz por la radio—. Habla el teniente Haber. Aquí tenemos a un jovencito que asegura que más o menos a las cinco menos cuarto salió de la casa un furgón a toda velocidad. Fue aproximadamente la hora en que la policía recibió la llamada.
El jefe de equipo hizo un gesto para acusar recibo del mensaje, y procedió como si no le importase en lo más mínimo. El equipo efectuó la maniobra de entrada forzosa. Dos disparos simultáneos de ametralladora hicieron volar las bisagras de la puerta lateral y antes de que ésta tocara el piso el jefe de equipo ya estaba dentro de la casa, empuñando su arma en la cocina. Nada. Siguieron avanzando con movimientos que parecían los pasos
de un maligno ballet. El ejercicio íntegro tomó poco más de un minuto. Entonces comunicaron:
—El edificio es seguro.
El jefe del equipo salió del porche delantero, con la ametralladora apuntando el piso, y se sacó la máscara negra antes de indicar por señas a los demás que podían entrar. El teniente y el agente del FBI cruzaron la calle a la carrera.
—¿y?
—Les va a encantar —anunció el jefe del equipo—. Entren.
En el livingroom había un televisor de pantalla chica. El piso estaba cubierto de envases de hamburguesas y dentro de la pileta de la cocina encontraron alrededor de cincuenta tazas de cartón. El dormitorio principal, que era un poquito más grande que los otros dos, era la armería. Había una ametralladora M-60 de fabricación norteamericana, cajas de doscientas cincuenta balas, una docena de fusiles de asalto AK-47, tres de ellos desarmados y en proceso de limpieza, y un fusil con mira telescópica. Sobre la cómoda había una radio para interferir comunicaciones. Sus luces indicadoras se encendían y apagaban. Una de ellas estaba ubicada en la frecuencia de la policía del condado de Howard. A diferencia del FBI, la policía local no utilizaba circuitos radiales a prueba de interferencias. El agente del FBI se dirigió a su coche y habló por radio con Bill Shaw.
—Así que oyeron el llamado de la policía y volaron —dijo Shaw después de algunos instantes.
—Así parece. La policía ha irradiado una descripción del furgón. Se fueron con tanta rapidez que dejaron un montón de armas. Tal vez después de esto no se animen a actuar. ¿Algo nuevo por ahí?
—Negativo. —Shaw se encontraba en el centro de comando de emergencia del FBI. Estaba enterado del intento de los franceses de apoderarse de los terroristas en el campo de entrenamiento. Se han salvado dos veces por pura casualidad. —Muy bien, me pondré al habla con la policía. Los técnicos forenses van para allá. Quédate allí y coordina la actividad de la policía local, —Está bien. Fuera.

La gente de seguridad ya se estaba instalando. Notó que lo hacían discretamente. Los autos se encontraban junto a la pileta recién terminada y había un camión que evidentemente contenía material de comunicaciones. Jack contó ocho hombres visibles, dos de ellos armados con Uzis. Al estacionar el auto en el garage se encontró con Avery, que lo esperaba.
—Para variar tengo buenas noticias... es decir: buenas y malas.

—¿Qué? —preguntó Ryan.
—Alguien llamó a la policía para informar que había visto a una serie de personas con armas. Los patrulleros acudieron enseguida. Los sospechosos huyeron —habían interferido la radio de la policía— pero capturamos un puñado de armas. Parece que nuestros amigos tenían un aguantadero. Por desgracia para ellos, ya no lo tienen. Es posible que sigan huyendo. Sabemos qué vehículo usan, la policía local tiene esta zona completamente cercada y estamos rastrillando todo el estado. El gobernador hasta nos ha autorizado a utilizar los helicópteros de la Guardia Nacional para facilitar la búsqueda.
—¿Y dónde estaban?
—En Howard Country, una pequeña comunidad al sur de Columbia. Los perdimos por seis minutos, pero los hemos obligado a ponerse en movimiento y en campo abierto. Ahora es sólo una cuestión de tiempo.
—Espero que los policías tengan cuidado —dijo Ryan.
—Sí, señor.
—¿Y por aquí ha habido algún problema?
—No. Todo anda bien. Sus invitados deberían llegar alrededor de las ocho menos cuarto. ¿Qué han preparado para la comida? —preguntó Avery.
—Bueno, camino a casa acabo de comprar unos choclos frescos. Bifes a la parrilla, papas asadas y la ensalada de espinacas que es la especialidad de Cathy. Pensamos ofrecerles una buena comida norteamericana. —Jack abrió el baúl del auto y sacó una bolsa de choclos recién cortados.
Avery sonrió.
—Me está dando hambre.
—A las seis y media vendrá un proveedor. Fiambres y pan. No estoy dispuesto a permitir que ustedes trabajen tanto tiempo sin comer. Si tienen hambre no podrán mantenerse alertas.
— Ya veremos. Gracias.
—Mi padre era policía.
— ¡Ah! Quería decirle que probamos las luces de la zona de la pileta, pero no prenden.
— No me sorprende. Desde hace un par de días la electricidad es un de sastre. La compañía dice que han instalado un nuevo transformador y que tienen que ponerlo a punto, o algo así. —Ryan se encogió de hombros. —Evidentemente dañó la línea de la pileta, pero el resto de la instalación está bien.
¿Supongo que no pensará nadar, verdad?
— No, queríamos utilizar uno de los enchufes, pero tampoco tiene corriente.
— ¡Qué pena! Bueno, tengo algunas cosas que hacer.
Avery lo miró alejarse y repasó por última vez sus planes. Un par de patrulleros de la policía estarían estacionados a algunos cientos de metros para detener y revisar a cualquiera que pretendiera acercarse. El grueso de sus hombres cubriría el camino. Dos montarían guardia a cada lado del claro del bosque, a pesar de que la arboleda parecía muy poco hospitalaria y no invitaba a entrar... pero de todos modos la vigilarían. Eso en cuanto al primer grupo. El segundo estaría formado por seis hombres. Habría tres en la casa.
Los otros tres se apostarían en los alrededores de la pileta, uno de ellos dentro del camión, para encargarse de la radio.

La trampa para cazar autos que iban a más velocidad que la permitida era bien conocida por la gente del lugar. Todos los fines de semana uno o dos patrulleros se instalaban en esa parte de la ruta 70. Hasta hubo comentarios sobre el asunto en el diario local. Pero la gente de otros estados no los leía, por supuesto. El patrullero había estacionado su auto detrás de una loma, cosa que permitía que los autos que se dirigían a Pennsylvania pasaran como una exhalación justo frente a su pistola de radar. Los resultados eran tan buenos, que nunca se molestaba en

detener a los coches que circulaban a menos de cien, y por lo menos dos veces por noche multaba a individuos que viajaban a más de ciento veinte.
Permanezcan a la expectativa del paso de un furgón negro, marca y año de fabricación desconocidos, se les había ordenado por radio instantes antes. El patrullero estimaba que por lo menos debía de haber cinco mil camiones así en el estado de Maryland, y que en un viernes a la noche todos debían de estar circulando. Algún otro tendría que preocuparse por eso. Aproximarse con extrema precaución.
El coche se hamacó como bote en medio del oleaje cuando pasó un vehículo a toda velocidad. El radar marcaba ciento veinticinco. El patrullero puso en primera y empezó a seguirlo antes de notar que se trataba de un furgón negro. Aproximarse con extrema precaución... cautela... No especificaban el numero de chapa...
—Hagerstown, habla el once, Estoy siguiendo a un furgón negro que circulaba a más de ciento veinte. Me encuentro en la ruta 70 rumbo al oeste, a alrededor de cinco kilómetros al este de la salida treinta y cinco.
—Once: obtenga el número de chapa, pero no —repito: no intente arrestar. Anote el número, reduzca la velocidad y mantenga el contacto visual. Le enviaremos refuerzos.
—Entendido. Me estoy acercando. Maldición!
Pisó a fondo el acelerador y observó el cuentakilómetros que marcaba ciento treinta y cinco. Le pareció que el furgón había reducido un poco la velocidad. En ese momento se encontraba a doscientos metros de distancia. Entrecerró los ojos. Alcanzaba a ver la chapa, pero no distinguía los números. Siguió acortando la distancia, aunque a menos velocidad. Cuando sólo se encontraba a cincuenta metros de distancia pudo distinguir los números. Levantaba el micrófono para dictarlos, en el momento en que se abrió la puerta trasera del furgón.
En un instante comprendió lo que sucedía. ¡Así mataron a Larry Fontana! Clavó los frenos y trató de torcer el volante, pero el cable del micrófono se le enganchó en el brazo. El policía apretó los dientes y se deslizó hacia abajo para protegerse detrás del tablero mientras el auto reducía su velocidad, y entonces en ese momento percibió una lengua de fuego blanco que lo golpeaba directamente. En cuanto comprendió de qué se trataba, oyó el ruido producido por el impacto de las balas. Uno de los neumáticos reventó y el radiador estalló, llenando el aire con una lluvia de humo y agua. Otros disparos dieron en el lado derecho del capó y el patrullero se zambulló debajo del volante mientras el auto rebotaba de aquí para allá sobre el neumático desinflado. Entonces el ruido cesó. El policía alzó la cabeza y vio el furgón a cien metros de distancia, acelerando hacia la parte superior de la colina. Trató de llamar a sus superiores por radio, pero no funcionaba. Después comprobó que dos de las balas habían atravesado la batería del auto que en ese momento derramaba su ácido sobre el pavimento. Permaneció allí varios minutos, preguntándose por qué seguiría con vida, hasta que se le acercó otro patrullero.
El agente temblaba tanto que tuvo que sostener con ambas manos el micrófono de su colega.
—¡Hagerstown! ¡El cretino ametralló mi coche! Es un furgón Ford, me parece que del año 84, chapa Nancy dos dos nueve uno, visto por última vez en la ruta 70, con rumbo oeste, al este de la salida treinta y cin... cinco.
— ¿Te hirieron?
— Negativo, pero el auto está desdestrozado. ¡Me tiraron con una maldita ametralladora!
Eso realmente puso las cosas en marcha.
El FBI fue nuevamente notificado y todos los helicópteros policiales disponibles convergieron sobre la zona de Hagerstown. Por primera vez estaban tripulados por hombres que empuñaban armas automáticas. En Annapolis, el gobernador se preguntaba si debía utilizar la Guardia Nacional. Una compañía de infantería había sido puesta en estado de alerta, pero por el momento, limitó la participación de la Guardia Nacional al apoyo que pudiera prestar a los helicópteros de la policía estatal. La cacería se realizaba en el territorio montañoso del centro de Maryland. Por todas las radios y estaciones de televisión se advirtió al público que permaneciera atento. El Presidente pasaba el fin de semana en el campo, y eso era otra

complicación. Los infantes de Marina destacados en el vecino Camp David y en otras instalaciones altamente secretas, ubicadas en las sierras, colgaron sus habituales uniformes azules y sus cinturones con pistoleras. Los sustituyeron por fusiles 16 y uniformes de combate.

25 Encuentro

Llegaron exactamente a la hora indicada. Un par de automóviles de la policía estatal permaneció en el camino y otros tres, cargados de agentes de seguridad, siguieron al Rolls por el sendero de entrada a la casa de Ryan. El chofer, integrante de la fuerza de seguridad, detuvo el automóvil justo frente a la puerta y saltó para abrir la portezuela del auto. El primero en bajar fue Su Alteza, quien después tendió una mano a su esposa. Los agentes de seguridad ya pululaban por todas partes. El líder del contingente británico conferenció con Avery, y los hombres se dispersaron, rumbo a sus lugares preestablecidos. Mientras Jack bajaba los escalones para recibir a sus invitados, tuvo la impresión de que su casa acababa de ser invadida por un ejército armado.

— ¡Bienvenidos a Peregrine Cliff!

—¡Hola, Jack! —El príncipe le estrechó la mano. —Veo que está completamente recuperado.

—Y usted está espléndido, señor. —Se volvió hacia la princesa a quien en realidad no conocía—. Este es un gran placer, Alteza.

— Para nosotros también, doctor Ryan.

Los hizo entrar en la casa.

— ¿Qué tal el viaje, hasta ahora?

— Terriblemente caluroso —contestó el príncipe—. ¿En el verano siempre hace tanto calor acá?

—Hemos tenido dos semanas muy malas —contestó Jack. Pocas horas antes la temperatura había alcanzado los treinta y tres grados—. Anuncian que mañana refrescará.

Cathy los esperaba adentro, con Sally. A tan pocos días del parto, el calor le resultaba particularmente molesto. Estrechó las manos de sus invitados, pero Sally, que en Inglaterra había aprendido a hacer reverencias, les dedicó una, acompañada de risitas.

— ¿Y usted se siente bien? —preguntó Su Alteza a Cathy.

— Muy bien, si no fuera por el calor. ¡Gracias a Dios que tenemos aire acondicionado!

—¿Quiere conocer la casa? —preguntó Jack, conduciéndolos al livingcomedor.

—La vista es maravillosa —observó el príncipe.

—Muy bien, la primera regla es que en mi casa nadie usa chaqueta —anunció Jack.

—Excelente idea —aprobó el príncipe. Jack tomó su chaqueta y la colgó en el vestíbulo, después se sacó la suya. Cathy los invitó a sentarse. Sally se instaló al lado de su madre. A Cathy le resultaba casi imposible sentirse cómoda estando sentada.

—¿Cuánto le falta? —preguntó la princesa.

— Ocho días, pero por supuesto que tratándose del segundo puede ser en cualquier momento.

—Dentro de siete meses comprobaré eso personalmente.

—¿En serio? ¡Felicitaciones! —Las dos mujeres sonrieron ampliamente.

—Felicitaciones a usted también, señor —agregó Ryan.

— Gracias, Jack. ¿Cómo ha estado?

—¿Supongo que estará enterado del trabajo que estoy haciendo?

— Sí, me enteré anoche por nuestros agentes de seguridad. Me dijeron que localizó e identificó un campamento terrorista que después fue... neutralizado —contestó el príncipe en voz baja.

Ryan asintió con discreción.

Librodot

—Lamento no poder hablar del tema.
— Comprendido. ¿Y cómo evolucionó su hijita después de...?
—¿Sally? —dijo Jack, volviéndose—. ¿Cómo está mi chiquita?
— ¡Ya no soy chiquita! —respondió enojada.
— ¿Qué le parece?
— Me parece que ha tenido una suerte loca.
—Yo pediría un poquito más de suerte. ¿Supongo que estará enterado?
—Sí. —Hizo una pausa—. Espero que su gente sea cuidadosa. Jack coincidió con él pero se puso de pie al oír que llegaba un auto. Abrió la puerta de calle en el momento en que Robby y Sissy bajaban del automóvil. El camión de comunicaciones del servicio secreto retrocedió para bloquear el camino de entrada. Robby subió los escalones como tromba. —¿Qué pasa? ¿Quién ha venido? ¿El Presidente?
Jack notó que Cathy debía de haberles advertido algo. Sissy lucía un vestido azul, sencillo pero muy lindo, y Robby se había puesto corbata. ¡Qué pena!
— ¡Adelante! —invitó Jack con una sonrisa traviesa.
Robby vio a los dos hombres que montaban guardia junto a la pileta con los sacos desabrochados y miró intrigado a Jack, pero lo siguió. Al entrar en el living, el piloto quedó petrificado de sorpresa.
— El comandante Jackson, supongo —dijo Su Alteza, poniéndose de pie.
— ¡Te voy a matar, Jack! —susurró Robby. Y agregó en voz alta: —Mucho gusto, señor. Esta es Cecilia, mi esposa.
Como sucede siempre, inmediatamente se dividieron en un grupo de hombres y otro de mujeres.
—Entiendo que usted es aviador naval.
—Sí, señor. Estoy por regresar al escuadrón de la flota. Vuelo el F14 —Robby luchaba por mantener controlada su voz, Lo logró.
—Sí, el Tomcat. Yo he volado los Phantom. ¿Y usted?
—Cumplí ciento veinte horas de vuelo en Phantorn, señor. Mi escuadrón los cambió por Tomcat pocos meses después de mi ingreso. Recién me estaba acostumbrando a los Phantom cuando los retiraron. Yo, este... señor: ¿usted no es oficial naval también?
—Sí, comandante. Tengo el grado de capitán —contestó Su Alteza.
— Gracias, ahora sé cómo dirigirme a usted, capitán —dijo Robby con visible alivio—. ¿Le parece bien?
— Por supuesto. Le diré que resulta bastante incómodo que la gente se ponga tan estirada cuando está con uno. Pero hay excepciones. Por ejemplo este amigo suyo: hace algunos meses me curó de espanto.
Por fin Robby logró sonreír.
— Usted sabe cómo son los infantes de Marina, señor. Mucho blablabla y pocos sesos.
Jack se dio cuenta de que la reunión sería un éxito.
—¿Puedo ofrecerles una copa?
—Mañana tengo que volar, Jack —contestó Robby. Miró su reloj. —Doce horas antes no podemos tomar alcohol.
—¿Y realmente se lo toma tan en serio? —preguntó el príncipe.
—Ya lo creo, capitán, sobre todo considerando que el pájaro vale entre treinta y cuarenta millones. Si uno se tiene que estrellar, es preferible que no sea por culpa del alcohol. Ya tuve esa experiencia.
—¿Ah, sí? ¿Qué sucedió?
— Se me incendió un motor en pleno vuelo. Traté de volver, pero perdí presión hidraúlica a ocho kilómetros del portaaviones y no tuve más remedio que saltar. Con esa, fui eyectado dos veces, y le aseguro que me bastan y me sobran.
—Me lo imagino.

Robby empezó a contarle cómo había terminado su vida de piloto de pruebas. Allí estaban a diez mil... Jack se encaminó a la cocina para buscar té helado para todo el mundo, Se encontró con dos agentes de seguridad, un americano y un inglés.
—¿Todo bien? —preguntó Ryan.
—Sí. Parece que vieron a nuestros amigos cerca de Hagerstown. Atacaron a un patrullero y después huyeron. El policía está bien, por suerte le erraron. De todos modos, la última vez que fueron vistos iban hacia el oeste. —Eso parecía satisfacer especialmente al agente del servicio secreto. Jack miró por la ventana y vio a otro parado en la galería.
—¿Y están seguros de que eran ellos?—Era un furgón negro —explicó el agente—. La zona ha sido sellada.
Los atraparemos.
—Me alegro. —Jack levantó una bandeja llena de vasos.
Cuando llegó al living, Robby conversaba con el príncipe sobre algunos aspectos de la profesión de piloto.
—Así que si uno dispara el Fénix dentro del radio, el otro avión no puede evadirlo. El misil puede dar en el blanco con mucha mayor seguridad que cualquier piloto —concluyó Jackson.
—¡Ah, sí! Es como los Sparrow, ¿no?
—Sí, capitán, pero con un radio menor. —Los ojos de Robby relampaguearon—. ¿Alguna vez voló un Tomcat?
— No, ojalá pudiera.
— A decir verdad, no es nada del otro mundo. ¡Diablos! A cada rato llevamos civiles a dar una vuelta... claro que antes los investigan y todo eso, pero hasta hemos llevado actores de Hollywood. Volar con usted no debe de ser ningún problema. Es decir, no puede crear problemas de seguridad, ¿verdad? —Robby rió y aceptó un vaso de té—. Gracias Jack. Capitán, si usted tiene tiempo, yo tengo el pájaro.
—Me encantaría. En realidad nos queda un poco de tiempo libre...
— Entonces ni una palabra más —dijo Jackson.
—Veo que ustedes se llevan bien.
—Sin duda —contestó el príncipe—. Hace años que quería conocer un piloto de F14. Bueno, ¿usted asegura que esa cámara telescópica es realmente efectiva?
—¡Sí, señor! Y tampoco es nada del otro mundo. Consiste en una lente de diez ubicada en una pequeña cámara de televisión: Uno puede identificar el blanco a setenta y cinco kilómetros de distancia y es tiempo Fénix. Si uno maneja bien el asunto puede derribar al enemigo antes de que él sepa que uno se encuentra en el mismo condado, y esa es la idea, ¿verdad?
— ¿Así que tratan de evitar la lucha directa?
—Se refiere a MCA... Maniobras de Combate Aéreo, Jack —tradujo Robby a su ignorante amigo—. Eso cambiará fundamentalmente cuando recibamos las nuevas máquinas, capitán, pero sí, cuanto más lejos se pueda realizar el ataque mejor, ¿no? A veces uno no tiene más remedio que dejarse atrapar en la batalla, pero al hacerlo renuncia a la mayor de las ventajas. Nuestra misión consiste en derribar al enemigo lo más lejos posible del por
taaviones.
—¿Les gustaría conocer la casa? —preguntó Jack. Por lo visto sucedía siempre. Uno presentaba a dos amigos y al final quedaba excluido de la con versación.
—¿Cuánto hace que la edificaron, Jack?
—Nos mudamos pocos meses después de nacer Sally.
—La carpintería me parece espléndida. ¿Allá abajo está la biblioteca?
— Sí, señor. El diseño de la casa permitía que desde el living se viera la biblioteca. Sobre la biblioteca se hallaba el dormitorio principal, que en una de las paredes tenía un orificio rectangular por el que se veía el living. Sin embargo Jack lo había tapado con un cuadro que, montado sobre un riel, se podía correr. Después Jack los llevó a su biblioteca. A todos les gustó que la única ventana estuviera ubicada sobre el escritorio y que diera a la bahía.
—¿No tienen servicio, Jack?

—No, señor. Cathy habla de la posibilidad de contratar una niñera, pero todavía no me ha convencido. ¿Están todos listos para comer?
La respuesta fue entusiasta. Las papas ya estaban en el horno y Cathy estaba lista para preparar los choclos. Jack sacó los bifes de la heladera y llevó a los hombres al jardín.
—Esto le gustará, capitán. Jack prepara unos bifes bárbaros.
—El secreto está en el carbón —explicó Ryan. Tenía seis espléndidos bifes de costilla y una hamburguesa para Sally—. También es importante que la carne sea buena.
—El paisaje es espectacular —observó Su Alteza.
—Es agradable ver pasar los barcos —confirmó Jack—. Aunque esta noche no hay muchos.
—Deben de haber escuchado el pronóstico meteorológico —supuso Robby—. Anuncian que esta noche se desencadenará una fuerte tormenta eléctrica.
—No me enteré.
—Es la avanzada de ese frente frío. Como mañana vuelo, antes de salir para acá llamé al Instituto Meteorológico. Me informaron que, según el radar, la tormenta parece bastante feroz. Lluvia torrencial y fuertes ráfagas de viento. Se supone que se desencadenará alrededor de las diez.
—¿Esas tormentas son habituales por acá? —preguntó Su Alteza.
—Sí, capitán. Aquí no tenemos tornados como en el Mediooeste, pero los truenos ponen los pelos de punta. Hace dos años tuve que traer un pájaro desde Memphis durante una de esas tormentas, y no podía controlarlo. Son tormentas que dan miedo. En Pax están entrando en los hangares todos los aviones que pueden, y el resto quedará firmemente sujeto a la pista.
—Pero si refresca un poco, la tormenta valdrá la pena —comentó Jack mientras daba vuelta los bifes.
—De acuerdo. Pero será una simple tormenta eléctrica, capitán. Las verdaderamente grandes se producen tres o cuatro veces por año. Derriban algunos árboles, pero si uno no está volando o en un bote pequeño, no son peligrosas. En Alabama, con un anuncio de tormenta como este estaríamos sudando tinta por temor a los tornados. ¡Eso sí que da miedo!
—¿Ha visto alguno?
—Más de uno, capitán. Se producen casi siempre en primavera. Cuando yo tendría alrededor de diez años, vi uno que venía por el camino, levantó una casa como si fuera de juguete, y la dejó caer a medio kilómetro de distancia. Sin embargo son increíbles. Ese que le digo, ni siquiera movió la veleta de la iglesia de mi padre. Son así. Es algo que vale la pena ver... pero a la distancia.
— ¿Entonces las turbulencias son el peor peligro para los vuelos?
—Sí. Pero además está el agua. Conozco casos en los que los jets han absorbido tanta agua por las tomas de admisión, que se apagaron los motores. —Robby chasqueó los dedos.— Así. De repente uno está volando en un planeador. Decididamente no es agradable. Así que siempre que uno puede se
mantiene alejado.
— ¿Y cuándo no puede mantenerse alejado? —Una vez, capitán tuve que aterrizar en el portaaviones en medio de un tornado... y de noche. Nunca estuve tan cerca de mojarme los pantalones.
—Al recordarlo, se estremeció.
— Alteza, le agradezco que le haya sonsacado todo eso a Robby. Hace más de un año que lo conozco y jamás admitió haber estado ni un poquito nervioso allá arriba. —Jack sonrió.
—No quería estropear mi imagen —explicó Jackson—. A Jack hay que apoyarle una pistola en la cabeza para conseguir que suba a un avión y no quise aumentar su miedo.
Fue una gran cosa que la galería estuviera en sombras y que soplara una leve brisa del norte. Jack movía los bifes sobre el carbón. Había algunos barcos navegando en la bahía, pero casi todos parecían volver a puerto. Jack dio un salto cuando un jet de caza pasó aullando sobre el acantilado. Se volvió a tiempo para ver un avión pintado de blanco que volaba rumbo al sur.
—¿Robby, qué diablos pretenden? Hace dos semanas que están haciendo eso.

Jackson observó la doble cola del avión que se perdía en la neblina.
—Están probando unos engranajes nuevos en los F18. ¿Qué te molesta?
—¡El ruido! —contestó Jack volviendo a dar vuelta los bifes.
Robby lanzó una carcajada.
—¡Pero Jack eso no es ruido! Es el sonido de la libertad.
—No está mal, comandante —aprobó Su Alteza.
—¿Bueno, y qué les parecería el sonido de la comida? —preguntó Ryan.
Robby tomó la fuente en la que Jack colocó los bifes. Las ensaladas ya estaban en la mesa. Cathy preparaba una soberbia ensalada de espinacas con aderezo casero. Jack notó que Sissy servía los choclos y las papas y que se había puesto un delantal para protegerse el vestido. Distribuyó los bifes y colocó la hamburguesa de Sally sobre una rebanada de pan. Después sentó a su hija en una sillita alta. Lo único incómodo era que nadie bebía alcohol. Había comprado cuatro botellas de un vino tinto especial, para acompañar la carne, pero por lo visto esa noche todos estaban abstemios.
—Jack, la electricidad nos está jugando malas pasadas de nuevo —informó Cathy—. Por un momento creí que los choclos no se cocinarían.

El agente del servicio secreto permaneció parado en el centro del camino, y el furgón no tuvo más remedio que detenerse.
—¿Sí, agente? —preguntó el conductor.
—¿Qué está haciendo aquí? —el agente tenía el saco desabrochado. No se veía el arma., pero el conductor sabía que estaba allí. Contó otros seis hombres a diez metros de distancia y cuatro más a cierta distancia.
—Se lo acabo de explicar al policía dijo el conductor señalando hacia atrás. Los dos patrulleros de la policía estaban a sólo doscientos metros de distancia.
—¿Me lo puede repetir a mí, por favor?
—Hay un problema con el transformador del fondo del camino. Es decir, supongo que no tiene dudas de que este camión pertenece a la compañía de electricidad, ¿verdad?
—¿Puede esperar aquí, por favor?
—Yo no tengo inconveniente, hombre. —El conductor intercambió una mirada con el individuo sentado a su lado. El agente volvió con uno de sus compañeros que tenía una radio.
—¿Cuál es el problema?
El conductor suspiró pacientemente.
—Lo explico por tercera vez. Hay un problema con el transformador eléctrico del fondo del camino. ¿La gente de esta casa no se ha estado quejando de la electricidad?
—Sí —contestó Avery, el segundo hombre—. Yo también lo noté. ¿A qué se debe?
Contestó el hombre del asiento del acompañante.
—Soy Alex Dobbens, ingeniero. En esta línea tenemos un transformador experimental. En la caja hay un monitor que ha estado enviando señales extrañas, como si estuviera fallando. Hemos venido para averiguar qué pasa.
—¿Puedo ver su documento de identidad, por favor?
—Por supuesto. Alex bajó del camión y se acercó a los agentes. Les entregó su tarjeta de identificación de la empresa.
—¿Qué diablos sucede aquí?
—No puedo decírselo. —Avery examinó la tarjeta y la devolvió.
—¿Tiene una orden de trabajo?
Dobbens entregó el formulario correspondiente.
—Oiga, si quiere asegurarse, puede llamar al número que figura ahí arriba. Es el de la oficina operativa del cuartel general de la compañía en Baltimore. Pregunte por el señor Griffin.
Avery habló por radio con sus hombres para ordenarles que hicieran lo que Dobbens acababa de sugerir.

—¿Tiene inconveniente en que revisemos el camión?
—Por supuesto que no —contestó Dobbens. Precedió a los dos agentes hasta la puerta trasera del camión. Notó que había cuatro hombres vigilando de cerca los acontecimientos y que se encontraban muy separados y con las manos libres. Había otros diseminados por el jardín. Abrió la puerta corrediza e indicó a los agentes que subieran.
Los agentes vieron un montón de herramientas, cables y equipos de pruebas. Avery dejó la revisación en manos de su subordinado.
—¿Y necesariamente tiene que ir allí ahora?
—El transformador puede causar un apagón, hombre. Yo podría dejarlo como está, pero si se apagan las luces la gente del barrio puede angustiarse. La gente es así, ¿sabe? ¿Le importa si le pregunto quién es usted?
— Servicio Secreto —contestó Avery, mostrando su tarjeta de Identificación. Dobbens se sorprendió.
— ¡Dios! ¿Quiere decir que el Presidente está acá?
— No puedo contestarle —replicó Avery—. ¿Qué problema tiene el transformador? ¿No dijo que era nuevo?
—Sí, es un modelo experimental. Es posible que por eso tenga problemas. Por algún motivo parece que la unidad es sensible a la temperatura. Le hemos hecho varios ajustes, pero no conseguimos ponerlo a punto. Hace un par de meses que estoy trabajando en este proyecto. Por lo general mi gente se hace cargo de estas cosas, pero en este caso el jefe quiso que lo vigilara personalmente. —Se encogió de hombros. El proyecto es mío.
El otro agente bajó de la caja del camión y meneó la cabeza. Avery asintió. Enseguida se pudo en contacto con el camión de comunicaciones cuyos ocupantes habían telefoneado a la compañía en Baltimore donde confirmaron lo dicho por Dobbens.
—¿Quiere mandar a alguien a vigilarnos? —preguntó el ingeniero.
—No, está bien. ¿Cuánto tiempo les tomará? preguntó Avery.
—No tengo la menor idea, señor. Posiblemente sea algo sencillo, pero todavía no sabemos qué. A veces los problemas simples son los peores.
—Se avecina una tormenta. No me gustaría estar trepado a un poste entre relámpagos y truenos —confesó el agente.
—Sí. Bueno, pero mientras nos quedemos sentados aquí no solucionaremos nada. ¿Están satisfechos?
—Sí. Adelante.
—¿Realmente no me puede decir quién ha causado todo este despliegue?
Avery sonrió.
—Lo siento.
—Bueno, de todos modos yo no lo voté —acotó Dobbens riendo.
—¡Deténgase! —gritó el segundo agente.
—¿Qué pasa?
—El neumático delantero izquierdo —señaló el hombre.
—¡Maldito sea, Louis! —exclamó Dobbens, dirigiéndole un gruñido al conductor. En un sector de la cubierta se veía la banda de acero.
Pero jefe, no es culpa mía. Se suponía que esta mañana la iban a cambiar. Aquí tengo la orden.
—Está bien. Lo tomaremos con calma. —Dobbens miró al agente.
— Gracias, hombre.
—¿No lo pueden cambiar?
—No tenemos gato. Alguien lo robó. Ese es el problema de los camiones de las empresas. Siempre les falta algo. Pero no hay problema. Bueno, tenemos que arreglar ese transformador. Hasta la vista. Nos vemos. —Alex volvió a trepar al camión y los saludó con la mano mientras el vehículo arrancaba.
—¡Bien, Louis!

El conductor sonrió.
—Sí, me pareció que lo del neumático era un toque maestro. Conté catorce.
—Sí, y tres, más entre los árboles. Y supongo que habrá otros cuatro dentro de la casa. Pero esos no son problema nuestro. —Hizo una pausa para mirar las nubes que se amontonaban en el horizonte. —Espero que a Ed y a Willy les haya ido bien.
—Sí, les fue bien. Lo único que tuvieron que hacer fue acabar con uno de esos malditos patrulleros y cambiar de vehículo. Esos cerdos de acá están más tranquilos de lo que yo esperaba —observó Louis.
—¿Y por qué no? Creen que estamos en otra parte. —Alex abrió la caja de herramientas y sacó su transmisor. El agente lo había visto pero no lo cuestionó. Lo que no podía saber era que habían alterado la frecuencia. Por cierto que en el camión no había armas, pero a veces las radios podían ser más letales. Comunicó sus observaciones. Después sonrió. Los agentes ni siquiera les habían hecho preguntas acerca de las dos escaleras extensibles
que llevaban en el techo. Miró su reloj. El encuentro estaba previsto para noventa minutos después...

—El problema es que realmente no existe una manera civilizada de comer choclos —decidió Cathy—. Y ni hablar si se les pone manteca.
—Pero estaban riquísimos —comentó el príncipe—. ¿Los compró en alguna granja, Jack?
— Sí, esta tarde al volver del trabajo —confirmó Ryan—.
— Jack, Cathy, fue una comida maravillosa —dijo Su Alteza. Su esposa opinaba lo mismo.
— ¡Y además no hubo discursos! —Sí, supongo que todas esas formalidades llegan a ser cansadoras —comentó Robby, deseando formular una pregunta que no se animó a poner en palabras: ¿Cómo se siente cuando es príncipe?
— No sería tan aburrido si los discursos fuesen originales, ¡pero les aseguro que hace años que escucho el mismo! —confesó con ironía—. Perdóneme. No debo decir esas cosas, ni siquiera estando entre amigos.

El teléfono sonó en Quantico, Virginia. El equipo de rescate de Rehenes del FBI contaba con un edificio propio situado en un extremo de la larga hilera de pistas de tiro que se utilizaban como centro de entrenamiento del Bureau. Detrás se veía un DC4 sin motores, utilizado para practicar técnicas de asalto sobre aviones secuestrados. Colina abajo se encontraba la "Casa de los Rehenes" y otras instalaciones utilizadas a diario para que los integrantes del equipo se mantuvieran entrenados. El agente especial Gus Werner tomó el teléfono.
—Hola, Gus —saludó Bill Shaw.
—¿Todavía no los han encontrado? —preguntó Werner. Era un individuo de treinta y cinco años, bajo, pelirrojo y con un espeso bigote.
—No, pero quiero que formes un equipo de avanzada y que lo mandes en helicóptero. Si llega a suceder algo, posiblemente tengamos que movernos con rapidez.
—Me parece lógico. ¿Exactamante adónde tenemos que ir?
—Al cuartel de policía de Hagerstown. Los estarán esperando.
—Muy bien, llevaré seis hombres. Creo que podremos ponernos en marcha dentro de treinta o cuarenta minutos, en cuanto llegue el helicóptero. Si sucede algo antes, llámame.
—Por supuesto. Nos vemos. —Shaw cortó.
Werner alertó a la dotación del helicóptero. Después cruzó el edificio rumbo al aula del extremo opuesto. Los cuatro integrantes de su grupo de guardia esperaban, casi todos leyendo. Hacía varios días que se encontraban en estado de alerta, debido a eso habían incrementado un poco su rutina de entrenamiento, aunque también lo hacían para combatir el aburrimiento que les provocaba esperar algo que posiblemente no sucedería. Por la noche se dedicaban a

leer y a ver televisión. Usaban overoles parecidos a los de los mecánicos, pero con abundantes bolsillos y pantalones bolsudos. Además de ser expertos agentes de campo, casi todos eran veteranos de guerra o habían cumplido el servicio militar en épocas de paz y todos eran excelente tiradores.
—Muy bien, escuchen —dijo Werner—. En Hagerstown necesitan un grupo de avanzada. El helicóptero estará aquí dentro de media hora. —Advierten que se avecina una fuerte tormenta eléctrica —objetó uno. —Entonces será mejor que lleven sus píldoras contra el mareo —aconsejó Werner.
—¿Ya los encontraron? —preguntó otro.
—No, pero la gente se está poniendo un poquito nerviosa.
—De acuerdo. —La pregunta había sido hecho por un fusilero. Su arma ya estaba empacada en una caja forrada de espuma de goma. Las armas del grupo se encontraban preparadas dentro de una docena de bolsos. Los hombres se abotonaron las camisas. Ninguno estaba especialmente nervioso. El trabajo que realizaban exigía mucho más tiempo de espera que de acción. El equipo de Rescate de Rehenes tenía varios años de antigüedad, pero todavía no había logrado un solo rehén. En cambio sus integrantes eran utilizados principalmente como un equipo SWAT especial, se habían ganado una fama temible y a la vez poco conocida, salvo entre los defensores de la ley.

—¡Eh! —exclamó Robby—. ¡Ahí viene! Ese va a ser una maravilla. —En el término de diez minutos la suave brisa se había convertido en un vendaval que hacía resonar los altos techos de la casa.
—Era una noche oscura y tormentosa —citó Jack entre risitas. Se dirigió a la cocina. Tres agentes estaban preparando sandwiches para llevar a sus compañeros. —Espero que tengan impermeables.
—Estamos acostumbrados a mojarnos —le aseguró uno.
—Por lo menos la lluvia será tibia —opinó su colega británico—. Muchas gracias por el café y los sandwiches. —En la casa retumbó el primer rugido de un trueno lejano.
—No se vayan a parar debajo de ningún árbol —aconsejó Jack—. Porque los relámpagos y los rayos pueden arruinarles el día. —Volvió al comedor. Los comensales todavía conversaban sentados alrededor de la mesa. Robby había vuelto a sacar el tema de la aviación. En ese momento cambiaban ideas acerca de las catapultas.
— Uno nunca llega a acostumbrarse —decía—. En un par de segundos uno pasa de estar detenido a una velocidad de ciento cincuenta nudos.
—¿Y si algo llega a salir mal? —preguntó la princesa.
—En ese caso llegó la hora de nadar —contestó Robby.
—Señor Avery —chilló la radio portátil.
—Sí —contestó él.
—Washington en la línea.
—Está bien, dentro de un minuto estaré allí.
—Avery se encaminó hacia el camión de comunicaciones. Longley, el jefe del contingente británico, lo siguió. De todos modos, ambos habían dejado sus impermeables en el camión y en pocos minutos los necesitarían. A lo lejos alcanzaban a ver relámpagos que se acercaban con rapidez.
—¡Qué mal tiempo! —exclamó Longley.
—Tenía la esperanza que aquí no lloviera. —El viento los castigaba. Pasaron junto a dos hombres que llevaban un plato de sandwiches. Tras ellos trotaba un cachorro negro, con la esperanza de que dejaran caer alguno.
—Ese tipo Ryan es muy decente, ¿verdad?—Y tiene una hijita que es una maravilla. Al observar a los chicos, uno deduce cómo son los padres.
Llegaron al camión justo cuando empezaban a caer las primeras gotas.

El agente del servicio secreto se acercó a la radio.
—Aquí Avery.
—Chuck, soy Bill Shaw y te hablo desde el Bureau. Acabo de recibir un llamado de nuestros técnicos que están en esa casa de Howard County.
—Sí.
En el otro extremo de la línea Shaw estudiaba un mapa frunciendo el entrecejo.
— No encuentran una sola huella digital, Chuck. Tienen armas, tienen municiones, algunas de las armas estaban siendo limpiadas, pero no hay huellas digitales. Ni siquiera en los plásticos que envuelven las hamburguesas, hay algo que no encaja.
— ¿Y qué se sabe del furgón desde donde balearon al patrullero en Maryland?
—Nada, ni un maldito detalle. Es como si los pistoleros hubieran saltado a un agujero con furgón y todo.
Eso era todo lo que Shaw tenía que decir. Chuck Avery había sido agente del servicio secreto durante toda su vida de adulto, y por lo general estaba dedicado a la custodia del Presidente. Pensaba exclusivamente en términos de amenazas. Era una consecuencia inevitable en el tipo de trabajo que hacía. Cuidaba a gente a la que otras personas querían matar. Eso le había proporcionado una visión limitada y algo paranoica de la vida, Avery sopesó mentalmente la amenaza.
En este caso, el enemigo es extremadamente inteligente...
— Gracias por el dato, Bill. Mantendremos los ojos bien abiertos.
—Avery se puso el impermeable y tomó la radio. —Equipo uno, habla Avery. ¡Arriba los corazones! Reúnanse en la entrada. Es posible que tengamos otra amenaza. La explicación completa tendrá que esperar.
— ¿Qué pasa? preguntó Longley.
—En la casa no hay evidencias reales, la gente del laboratorio no encontró huellas digitales.
—No pueden haber tenido tiempo de limpiar todo antes de irse. Tal vez haya sido todo planeado para...
—Exactamente. Vamos a hablar con la tropa. En primer lugar voy a ampliar el perímetro. Después pediré refuerzos a la policía. —En ese momento la lluvia caía pesadamente sobre el techo del camión—. Creo que nos vamos a mojar.
— Quiero otros dos hombres en la casa —dijo Longley.
—De acuerdo, pero primero hablemos con nuestra gente. —Abrió la puerta corrediza y ambos retornaron al camino. Los agentes se reunieron en la intersección de la ruta y el camino de entrada. Estaban alertas, pero era difícil ver con la lluvia que les golpeaba el rostro y con el fuerte viento que arrastraba tierra desde el campo del otro lado del camino. Varios intentaban terminar sus sandwiches. Uno de los agentes contó a los presentes y notó que faltaba uno. Envió a su compañero a buscar a ese cuya radio evidentemente no funciohaba. Ernie lo siguió: ese agente le había dado medio sandwich.

—¿Quieren pasar al living? —invitó Cathy, señalando los sillones—. Me gustaría retirar los platos.
—Yo lo haré. Cathy —dijo Sissy Jackson—. Tú ve a sentarte.
—Se dirigió a la cocina y se puso el delantal. Todo el mundo se puso de pie. Robby fue al baño.

—¡Ahí vamos! —exclamó Alex, que se había hecho cargo del volante—. ¿Todos listos?
—¡Ya! —dijo O'Donnell. Lo mismo que Alex, quería estar al frente de sus tropas.— ¡Gracias a Dios por el tiempo!
—Sí —convino Alex. Encendió los faros largos. Vio dos grupos de agentes, parados a algunos metros de distancia.

Librodot

Las fuerzas de seguridad vieron las luces que se aproximaban, y como eran hombres entrenados, a pesar de conocer el furgón y saber lo que había estado sucediendo, lo mantuvieron vigilado. Treinta metros antes de llegar adonde ellos estaban, oyeron un estampido. Algunos agentes instintivamente llevaron la mano a la pistola, pero se detuvieron al ver que el neumático delantero izquierdo del camión acababa de reventar y que el conductor luchaba por mantener el dominio del vehículo. Se detuvo justo frente a la ruta. Hasta entonces, nadie había hecho comentarios sobre la presencia de escaleras. En ese momento tampoco notaron que faltaban. El conductor se bajó y miró la goma.
—¡Mierda!
A doscientos metros de distancia Avery vio el camión detenido en el camino y su instinto le advirtió del peligro. Empezó a correr.
La puerta del camión se corrió, revelando la presencia de cuatro individuos que empuñaban armas automáticas.
A pocos pasos de distancia, los agentes reaccionaron enseguida, pero era demasiado tarde. La puerta apenas se había movido cuando empezaron a disparar. Un silenciador cilíndrico colgaba del caño de las armas y sofocaba el ruido de los disparos, pero no las lenguas de fuego blanco que parecían suspendidas en la oscuridad. En el primer segundo cayeron cinco hombres. Los otros pistoleros se unieron a sus compañeros y el primer grupo de agentes cayó como fulminado sin haber tenido tiempo de contestar un solo disparo. Los terroristas saltaron del camión y enfrentaron al segundo grupo. Uno de los agentes del servicio secreto alzó su Uzi y disparó una corta andanada que mató a un terrorista que viajaba en la parte trasera del camión, pero otro lo derribó a él. En ese momento había otros dos guardias muertos, y los cuatro restantes se tiraron al piso e intentaron responder a los disparos.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Ryan. Era difícil distinguir el sonido, debido al ruido de la lluvia y los truenos. Todos volvieron la cabeza. Había un oficial de seguridad británico en la cocina y dos agentes del servicio secreto apostados en la galería, fuera del living Todos habían vuelto ya las cabezas y uno de ellos manoteaba su radio.

Avery había desenfundado su revólver de servicio. Como jefe del equipo no se molestó en portar otra arma que no fuera su Smith & W'esson .357 Magnum. De todos modos tenía la otra mano ocupada con la radio.
—¡Llamen a Washington para avisar que nos están atacando! ¡Necesitamos inmediatos refuerzos! Pistoleros desconocidos por el oeste. Hay agentes caídos, ¡necesitamos ayuda!

Alex se inclinó hacia atrás y sacó del camión un lanzacohetes RPG 7. Apenas alcanzaba a ver los dos patrulleros policiales estacionados en el camino, a doscientos metros de distancia. No veía a los policías pero tenían que estar allí. Elevó el arma hasta la altura exacta y oprimió el gatillo, agregando otro ruido atronador. El proyectil cayó a cierta distancia del blanco, pero la explosión arrojó fragmentos de metal al rojo vivo contra uno de los tanques de nafta. El tanque estalló, bañando en llamas a ambos autos.
—¡Maldición!
A espaldas de Alex, los pistoleros se habían desplegado y flanqueaban a los agentes del servicio secreto. Sólo uno de ellos seguía contestando los disparos. Alex notó que habían caído otros dos pistoleros del ULA pero el resto fue cercando al agente desde atrás y lo liquidaron con una andanada de disparos.
— ¡Oh, Dios! —Avery también lo había presenciado. Intercambió una mirada con Longley y cada uno supo lo que pensaba el otro. No se apoderarán de ellos; por lo menos mientras yo viva.

—Shaw —El circuito de radioteléfono crujía debido a la estática.
— Nos atacan. Han caído muchos de nuestros hombres. No sabemos cuántos son, pero por el ruido parecería que estuviéramos en medio de una guerra. ¡Necesitamos ayuda y la necesitamos enseguida!
—Está bien, esperen, estamos trabajando en el asunto. —Shaw impartió una serie de rápidas órdenes y en el tablero telefónico empezaron a encenderse luces. Los primeros llamados fueron dirigidos a las fuerzas policiales del estado y del condado. Enseguida se ordenó salir al equipo de Rescate de Rehenes, que permanecía en estado de alerta en Washington. Después Shaw miró la hora y llamó a Quantico por línea directa.
—En este momento está aterrizando el helicóptero —contestó Gus Werner —¿Saben dónde está ubicada la casa de Ryan? —preguntó Shaw.
—Sí, la tenemos marcada en el mapa. Allí es donde están nuestros huéspedes en este momento, ¿no?
—Los están atacando. ¿Cuánto tiempo tardarán en llegar?
—¿Cuál es la situación? —preguntó Werner. Después miró por la ventana y comprobó que sus hombres estaban cargando los armamentos en el helicóptero.
—No sabemos. Acabamos de enviar un grupo desde aquí, pero es posible que ustedes lleguen antes. El tipo encargado de las comunicaciones acaba de llamar, dice que los están atacando y que tienen bajas.
—Si llega a recibir alguna información adicional, hágamelo saber. Despegaremos dentro de dos minutos. —Werner corrió a unirse a sus hombres. Al llegar notó que ya habían sacado las armas de las bolsas. El helicóptero se elevó, rumbo a la tormenta.
Ryan notó la actividad que reinaba afuera, cuando el agente británico salió de la cocina para conferenciar brevemente con los del servicio secreto. En el momento en que volvía a entrar, una serie de fogonazos iluminó la terraza. Uno de los agentes se volvió y sacó el arma... después cayó hacia atrás. El vidrio a sus espaldas se hizo añicos. Los otros dos hombres se tiraron al piso. Uno se levantó para disparar y cayó junto a su compañero. El último entró en la casa y ordenó a los gritos que todo el mundo se tirara al piso. Jack apenas tuvo tiempo para horrorizarse cuando otro vidrio se hizo añicos y cayó el último agente de seguridad. Frente al vidrio roto aparecieron cuatro figuras armadas. Estaban vestidas de negro, excepto por las manchas de barro que tenían en los zapatos y en el pecho. Uno se sacó la máscara. Era Sean Miller.
Avery y Longley estaban solos, tendidos en medio del parque. El inglés vio que los hombres armados revisaban los cuerpos de los agentes caídos. Después se dividieron en dos grupos y empezaron a acercarse a la casa.
—Aquí estamos demasiado expuestos —dijo Longley—. Si queremos ser útiles tenemos que volver a los árboles.
—Ve tú primero. —Avery sostuvo su revólver con ambas manos y apuntó a una oscura figura que sólo se distinguía a la luz de los relámpagos. Todavía estaban como a cien metros de distancia, demasiado lejos para un tiro de revólver. El relámpago siguiente le indicó claramente el blanco y Avery disparó, pero erró y provocó una lluvia de disparos hacia el lugar donde él se encontraba. Esos disparos tampoco dieron en el blanco, pero el sonido de las balas que se estrellaban contra el pasto mojado era demasiado cercano. Entonces los pistoleros empezaron a disparar hacia otro lado. Tal vez hubieran visto a Longley corriendo hacia los árboles. Después de apuntar con cuidado, Avery hizo otro disparo y vio caer a un hombre, herido en una pierna. Esa vez los disparos de los terroristas fueron más certeros. El agente del servicio secretó disparó todos los tiros que le quedaban en el arma. Pensó que tal vez hubiera herido a otro... cuando todo se detuvo.
Longley llegó a los árboles y miró hacia atrás. A pesar de que los pistoleros se encontraban a cincuenta metros de distancia, Avery no se movía. El oficial de seguridad británico maldijo a gritos y reunió a los hombres que quedaban. El agente de enlace del FBI sólo tenía su revólver, los tres oficiales británicos sus pistolas automáticas y el único agente del servicio

secreto, una Uzi con dos cargadores completos. Aunque no tuvieran a quien proteger, no tenían ningún lugar adonde poder huir.

—Así que nos volvemos a encontrar —dijo Miller. Empuñaba una ametralladora Uzi y se inclinó para recoger otra que había pertenecido a uno de los guardias caídos. Detrás de él entraron otros cinco hombres. Se abrieron en semicírculo para cubrir a Ryan y sus invitados.
—¡Levántense!
Coloquen las manos donde las podamos ver.
Jack se puso de pie, con el príncipe a su lado. Enseguida se levantó Cathy, con Sally en brazos, y por fin la princesa. Los hombres se volvieron al oír que se abría la puerta de la cocina. Era Sissy Jackson, empeñada en que no se le cayeran los platos que tenía en la mano, a pesar de que un pistolero le aferraba el brazo. Pero dos platos se le cayeron al piso cuando el hombre le dió un empujón.
Tienen mucama, recordó Miller, al ver el vestido oscuro y el delantal que llevaba Sissy. Una negra buena moza. En ese momento sonrió. La vergüenza de sus misiones frustradas había quedado muy atrás. Tenía a todas sus víctimas frente a sí, y en la mano empuñaba el arma con que las podría matar.
—Párese allá con el resto —ordenó.
— Qué diablos...
— ¡Muévete, negra! —Otro pistolero, el más bajo de todos, la empujó para que se reuniera con los demás. Durante un instante Jack mantuvo los ojos clavados en él... ¿dónde lo habría visto antes?
— ¡Pedazo de porquería! —bramó Sissy, echando chispas por los ojos y sintiéndose ultrajada. Por un momento olvidó su temor para volverse a insultar al pistolero.
—Podría tener más cuidado en la elección de sus patrones —dijo Miller.
Le hizo un gesto con el arma.
—¡Muévase!
— ¿Qué piensa hacer? —preguntó Ryan.
— ¿Para qué estropearles la sorpresa?
A doce metros de distancia, Robby estaba en el lugar menos indicado de la casa para oír lo que sucedía. Se estaba lavando las manos, ignorando los truenos, cuando oyó los disparos en la galería. Jackson salió furtivamente del baño y miró hacia el livingroom, pero no consiguió ver nada. Pero con lo que oyó le bastó. Se volvió y subió al dormitorio principal. Su primer impulso fue llamar por teléfono a la policía, pero la línea estaba muerta. Entonces se quedó pensando qué otra cosa podía hacer. Eso no era como pilotear un avión de caza.
Jack tiene armas... ¿pero dónde diablos las guardará? El dormitorio estaba oscuro y no se animaba a prender la luz.
Afuera, la fila de pistoleros avanzaba hacia el bosque. Longley preparó a sus hombres para el enfrentamiento. Su servicio militar había quedado muy lejos en el pasado, y su trabajo de oficial de seguridad no lo preparaba para esas situaciones, pero hizo todo lo que pudo. Estaban bien protegidos entre los árboles, algunos con tronco suficientemente grueso como para detener las balas. Colocó a la izquierda la única arma automática con que contaba.
—FBI, habla Paturent River Approach. Squawk cuatro cero uno nueve. Cambio.
A bordo del helicóptero, el piloto hizo girar las ruedas del radiofaro de respuesta hasta que apareció el número de código correspondiente. Después leyó en el mapa las coordenadas del lugar hacia donde se dirigía. Conocía por fotografía aéreas el aspecto que tenía el lugar, pero las fotografías habían sido tomadas de día. Por la noche todo parecía distinto y además estaba el problema de controlar la nave. Volaba con un viento cruzado de cuarenta nudos y las condiciones del tiempo empeoraban minuto a minuto. En la parte de atrás, los hombres se ponían su ropa de camuflaje nocturno.

— Cuatro cero uno nueve, entre por la izquierda, dirigiéndose a cero dos cuatro. Mantenga su altura actual. Le advertimos que una tormenta eléctrica bastante fuerte se aproxima a su lugar de destino —dijo el controlador—. Le recomiendo que no supere los mil pies. Trataré de dirigirlo para que evite lo peor de la tormenta.
— Entendido. —El piloto hizo una mueca. Era evidente que más adelante las condiciones meteorológicas eran aun peores que lo esperado. Bajó el asiento todo lo posible, se ajustó con fuerza el cinturón y encendió los faros de tormenta. La única otra cosa que podía hacer era sudar, y eso le sucedía naturalmente.
—¡Ustedes, los de atrás! Ajústense bien los cinturones.

O'Donnell ordenó a sus hombres que se detuvieran. La línea de árboles se encontraba a cien metros de distancia, y sabía que allí había hombres armados. Un grupo se abrió hacia la izquierda y el otro a la derecha. Atacarían en forma escalonada; cada grupo alternativamente avanzaría y cubriría al otro. Todos sus hombres vestían de negro y llevaban ametralladoras, salvo uno que los seguía a cierta distancia. Se descubrió deseando haber llevado armamentos más pesados. Todavía les quedaba mucho por hacer, incluyendo el retiro de los cuerpos de los compañeros caídos. Había un muerto y dos heridos. Pero primero... levantó la radio para ordenar el avance de uno de sus escuadrones.
A la derecha de O'Donnell, el único agente del servicio secreto que quedaba con vida, apoyó el costado izquierdo contra un árbol y se llevó la Uzi al hombro. Para él y sus camaradas que se encontraban entre los árboles, no había retirada posible. Las negras miras metálicas eran difíciles de usar en la oscuridad y sus enemigos eran casi invisibles. Los relámpagos desempeñaron, una vez más, un papel, iluminando durante un instante el parque, el pasto verde y los hombres vestidos de negro. Seleccionó un blanco y disparó una andanada corta, pero erró. Ambos grupos de atacantes respondieron al fuego y el agente apretó los dientes con fuerza al oír el impacto de las balas contra el árbol. Todo el barrio pareció iluminado por el fuego de los disparos. El agente del servicio secreto volvió a asomarse y disparó. El grupo que se le acercaba directamente empezó a correr hacia su izquierda, rumbo a los arbustos. Pretendían flanquearlo... pero entonces reaparecieron disparando hacia los arbustos desde donde les contestaban el fuego. Ante eso, todo el mundo se sorprendió y de repente nadie pudo controlar la situación.
O'Donnell pensaba hacer avanzar a sus dos grupos a ambos lados del claro, pero inesperadamente se iniciaron los disparos desde los árboles y hacia el sur. Y uno de sus pelotones se encontraba expuesto y flanqueado desde dos posiciones. En un instante evaluó la nueva situación tácticamente y empezó a impartir órdenes.

Ryan observaba, mudo de furia. Los pistoleros sabían exactamente lo que hacían, y eso reducía sus opciones a cero. Había seis armas apuntándolos a él y a sus huéspedes y ninguna posibilidad de hacer algo para solucionarlo. A su derecha, Cathy aferraba a su hijita, y hasta Sally se mantenía en silencio. Ni Miller ni sus hombres hacían ningún ruido innecesario.
—Sean, habla Kevin —se oyó decir a una voz por la radio—. Nos hacen oposición desde la línea de árboles. ¿Ya te has apoderado de ellos?
—Sí, Kevin. La situación está bajo control.
—Aquí necesito ayuda.
—Ya vamos. —Miller se metió la radio en el bolsillo. Señaló a sus camaradas. —Ustedes tres, prepárenlos. Si se resisten, mátenlos a todos. Ustedes dos, síganme. —Los precedió a las puertas de vidrio y desaparecieron.
—¡Vamos! —Los tres pistoleros restantes se acababan de quitar las máscaras. Dos de ellos eran altos, más o menos de la misma estatura de Ryan, uno rubio y el otro morocho. El tercero era bajo y se estaba quedando calvo: te conozco, ¿pero de dónde? Ese era el más atemorizante. Tenía el rostro torcido por emociones que Ryan prefería desconocer. El rubio

Librodot

arrojó un atado de sogas al pelado. Al instante comprobaron que se trataba de una serie de trozos cortos, ya listos para atarlos.
¿Robby, dónde mierda estarás? Jack miró a Sissy quien, sin duda, estaba pensando lo mismo. Asintió imperceptiblemente, y en sus ojos todavía había esperanza. El pelado lo notó.
—No te preocupes —dijo—. Se te pagará. —Colocó su arma sobre la mesa del comedor y se adelantó mientras el rubio y el morocho retrocedían para cubrirlos a todos. Dennis Cooley ató las manos del príncipe antes que las de los demás.

¡Allí! Robby miró para arriba. Jack guardaba su escopeta en el estante más alto del placard, junto con una caja de cartuchos. Tuvo que ponerse en puntas de pie para alcanzarlas, y al hacerlo cayó al piso una pistola. Jackson se estremeció ante el ruido, pero levantó la pistola y se la metió en el cinturón. Después revisó la escopeta: había un cartucho en el caño. Muy bien. Se llenó de balas los bolsillos y regresó al dormitorio.
¿ Y ahora qué? Eso no era como volar su F14 con un radar que localizaba los blancos a cien kilómetros de distancia.
El cuadro... Para ver desde allí había que arrodillarse sobre la cama. ¡Porqué mierda habrá colocado Jack los muebles así! pensó el piloto, furioso. Apoyó la escopeta sobre la cama y usó ambas manos para correr el cuadro. Lo movió apenas unos centímetros, lo suficiente para ver el living. ¿Cuántos...? uno, dos... tres. ¿Habrá algún otro...? ¿ Y qué pasaría si llego a dejar alguno con vida? Mientras él miraba, ataron a Jack. El príncipe —el capitán como lo llamaba Robby— ya atado, estaba sentado, de espaldas al piloto. El pelado terminó de atar a Jack y lo empujó hacia el sofá. Jackson vio que enseguida le ponía la mano encima a su mujer.
—¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntó Sissy.
—¿Por qué no te callas la boca, negra? —contestó el terrorista.
Hasta Robby sabía que ese era un asunto muy poco importante para enfurecerlo; el problema era mucho más grave que los comentarios racistas de un imbécil, pero le ardió la sangre al ver que la mujer que amaba era manoseada por ese... ¡mierdita blanca!
Utiliza la cabeza, muchacho, le dijo una vocecita interior. Tómate tu tiempo. Tienes que hacerlo bien desde el principio. Cálmate.
Longley empezaba a abrigar esperanzas. Entre los árboles, a su izquierda, había amigos. Pensó que tal vez hubieran llegado desde la casa. Por lo menos uno de ellos tenía un arma automática y contó tres terroristas muertos... o por lo menos tendidos en el pasto e inmóviles. Había disparado cinco tiros y erró todos... la distancia era demasiado grande para una pistola y en la oscuridad... pero consiguió detener a los terroristas. Y pronto llegarían refuerzos. Tenían que llegar. El camión de comunicaciones estaba desierto pero el agente del FBI que tenía a su derecha había estado en él. Lo único que tenían que hacer era esperar, aguantar algunos minutos más...
—Veo destellos en tierra allá adelante —anunció el piloto. —Yo...
Un relámpago iluminó la casa durante un brevísimo instante. No se alcanzaba a ver gente, pero era la casa de Ryan y los destellos debían ser disparos. El helicóptero volaba por entre el viento y la lluvia, a medio kilómetro de distancia. Pero el piloto no alcanzaba a ver nada más. Tenía encendidas todas las luces y los relámpagos le mostraban una sorprendente colección de sectores azules y verdes.
—¡Dios! —exclamó Gus Werner por el intercomunicador—. ¿En qué nos estamos metiendo?
—En Vietnam hubieran dicho "un lugar caliente" —contestó el piloto con frialdad. Y entonces estaba tan asustado como ahora —agregó interiormente.
—Comuníqueme con Washington. —El copiloto buscó la frecuencia en la radio y le hizo señas al agente—. Habla Werner.
—Gus, soy Bill Shaw. ¿Dónde estás?
—Tenemos la casa a la vista y te aseguro que allí se libra una maldita batalla. ¿Estás en contacto con tu gente?

—Negativo, el contacto radial se ha interrumpido. Los refuerzos todavía tardarán treinta minutos en llegar. Tanto la policía del condado como la policía estatal están cerca, pero todavía no han llegado. La tormenta está derribando árboles por todas partes y el embotellamiento del tráfico es monstruoso. Tú eres el único que ha llegado a escena, Gus, y tendrás que actuar por tu cuenta.
La misión del Equipo de Rescate de Rehenes consistía en hacerse cargo de la situación, estabilizarla y rescatar a los rehenes... de ser posible pacíficamente, pero por la fuerza si resultaba necesario. No eran tropas de asalto sino agentes especiales del FBI. Y allí abajo había colegas de ellos.
—Nos preparamos para aterrizar. Avisa a la policía que hemos llegado. Trataremos de mantenerte informado.
De acuerdo. Ten cuidado, Gus.
— Aterriza —ordenó Werner al piloto.
— Muy bien. Primero daré una vuelta sobre la casa y después aterrizaré contra el viento. No podré depositarlos muy cerca de la casa. El viento es demasiado fuerte.
—Adelante. —Werner se volvió. Sus hombres ya estaban preparados. Cada uno de ellos empuñaba una pistola automática. Cinco, incluyéndolo a él, estaban armados con ametralladoras MP5. —Ya aterrizamos. Uno de los hombres levantó el pulgar con una expresión de optimismo que estaba lejos de sentir.
El helicóptero perdió altura, y de repente lo sacudió una ráfaga de viento. El piloto maniobró con decisión y consiguió tomar altura a escasos treinta metros de los árboles. En ese momento pudieron ver la casa de cerca. Sobrevolaron el extremo sur del claro, y todos pudieron evaluar de cerca la situación.
—Bueno, después de todo tal vez el espacio entre la casa y el risco sea suficiente —calculó el piloto. Aumentó la velocidad volando a favor del viento.
—¡Un helicóptero! —gritó alguien a la derecha de O'Donnell. El jefe levantó la mirada y lo vio: una forma espectral y un sonido palpitante. Era un riesgo para el que estaba preparado.
En las proximidades del camino, uno de sus hombres quitó la funda de un lanzamisiles Redeye, adquirido junto con el resto de los armamentos.

—No me queda más remedio que encender las luces de aterrizaje. No veo nada —informó el piloto por el intercomunicador. A medio kilómetro al oeste de la casa de Ryan hizo virar el helicóptero. Planeaba sobrevolar la casa; después aterrizaría a favor del viento. ¡Dios, pensó, esto es igual a Vietnam! Por los reflejos de los disparos que se veían en tierra, tuvo la impresión de que la casa se encontraba en poder de sus amigos. Encendió las luces de aterrizaje. Era un riesgo, pero no le quedaba más remedio que correrlo.
Gracias a Dios que vuelvo a ver, se dijo. La tierra era visible a través de una espesa cortina de lluvia. Se dio cuenta de que la tormenta empeoraba. Debía aterrizar a favor del viento. El hecho de volar en medio de la lluvia reducía su visibilidad a escasos metros. Pero por lo menos así alcanzaba a ver alrededor de doscientos... ¿qué diablos sería eso?
Vio a un hombre solitario parado en el centro del parque, apuntándoles con algo. El piloto maniobró los controles justo en el momento en que un destello colorado partía rumbo al helicóptero. Comprendió que sólo podía tratarse de un misil tierraaire. Los dos segundos siguientes se estiraron hasta convertirse en una hora mientras el misil pasaba a través de las paletas delrotor y desaparecía en lo alto. De inmediato volvió a accionar los controles, pero ya no había tiempo para recuperarse de la maniobra evasiva. El helicóptero se desplomó en un campo arado, a trescientos cincuenta metros de la casa de Ryan. No volvería a moverse hasta que un camión recogiera los despojos.
Milagrosamente sólo hubo dos heridos. Werner fue uno. Tenía la sensación de haber recibido un balazo en la espalda. El fusilero abrió la puerta de un tirón y saltó. Los demás lo siguieron, uno de ellos ayudando a Werner y otro dando saltitos por haberse dislocado un tobillo.

Librodot

Después le tocó el turno a la princesa. Era más alta que Cooley y logró dirigirle una mirada que encerraba mucho más que un simple desprecio.
El hombrecito la hizo girar con brusquedad —Tenemos grandes planes para usted — prometió, una vez que la hubo atado.
—¡Apuesto a que ni siquiera sabes cómo, basura! —lo agredió Sissy. Lo único que ganó fue una bofetada en la cara. Robby obsevaba, esperando el momento en que el rubio también estuviera a tiro. Por fin el hombre se acercó a los demás....

26 El sonido de la libertad

Los perdigones del cartucho que disparan las escopetas se esparcen radialmente a razón de dos centímetros y medio cada noventa centímetros de avance lineal. A través del ventanal se reflejó un relámpago y Ryan se estremeció al oír el trueno que lo siguió de inmediato, pero enseguida se dio cuenta de que había resonado con demasiada rapidez para tratarse de un trueno. El disparo pasó a noventa centímetros de su cabeza, y antes de que comprendiera lo sucedido, vio volar en pedazos la cabeza del rubio, mientras el cuerpo del terrorista caía hacia atrás yendo a dar contra una mesa ratona. En ese momento el morocho estaba mirando por la ventana y se volvió hacia su compañero sin comprender lo que había pasado. Miró frenéticamente alrededor y entonces apareció en su pecho un círculo rojo del tamaño de un disco de cuarenta y cinco revoluciones y fue arrojado contra la pared. El pelado estaba atando las manos de Cathy y demasiado ensimismado en su tarea. No se dio cuenta de que el primer estruendo había sido un disparo. Pero lo comprendió al oír el segundo... aunque demasiado tarde.
El príncipe saltó hacia él y lo golpeó con un hombro, derribándolo antes de caer también él al piso. Jack sorteó de un salto la mesa ratona y pateó salvajemente la cabeza del terrorista. Alcanzó a pegarle, pero perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Por un momento el pelado quedó atontado, pero enseguida sacudió la cabeza y se acercó a la mesa del comedor donde tenía su arma. Ryan también se puso de pie y se arrojó contra las piernas del terrorista. El príncipe había logrado levantarse. El bajito le tiró un puñetazo y trató de patear a Ryan pero se detuvo al ver el caño de una escopeta apoya
da contra su rostro.
—¡Quédate quieto, estúpido, o te volaré la cabeza!
Cathy ya se había quitado las sogas de las manos y desató a Jack. Ryan se acercó al rubio cuyo cadáver todavía se movía espasmódicamente. Seguíamanando sangre de lo que treinta segundos antes había sido un rostro y que en ese momento era una pesadilla irreal. Jack le quitó la Uzi de las manos y una carga completa. El príncipe hizo lo mismo con el morocho, cuyo cuerpo permanecía absolutamente inmóvil.
— Salgamos de aquí enseguida Robby —propuso Ryan.
— Apoyo la moción, Jack ¿pero adónde iremos? —Jackson empujó la cabeza del pelado contra el piso. Ante el caño de la escopeta Remington, el terrorista bizqueó en un gesto casi cómico. —Tal vez él sepa algo que nos pueda resultar útil. ¿Cómo pensaban huir, muchacho?
—No —fue todo lo que Cooley pudo susurrar. En ese momento comprendió que, después de todo, no era el hombre indicado para ese trabajo.
— ¡Ah! ¿con que esas tenemos? —dijo Jackson en voz baja y con tono furibundo. — Escúchame, bien: esa señora, a quien llamaste negra es mi esposa, muchacho, mi esposa. Te vi pegarle. De manera que tengo un motivo para matarte, ¿comprendes? —Robby esbozó una sonrisa malvada y corrió la escopeta hacia abajo hasta apoyarla sobre la ingle del petiso—. Pero no pienso matarte. Te haré algo mucho peor... Te convertiré en una damisela. —Robby apretó el caño de la escopeta contra la bragueta de Cooley. —Piensa con rapidez, muchacho.

Jack escuchaba a su amigo con sorpresa. Robby jamás hablaba así. Pero resultaba convincente. Jack estaba convencido de que cumpliría su amenaza.
Cooley también lo creyó.
— Lanchas... hay lanchas en la base del acantilado.
— ¡Eso ni siquiera es inteligente! Despídete de ellas, muchacho.
—Varió algunos centímetros el ángulo de la escopeta.
—¡Lanchas! ¡En la base del acantilado hay dos lanchas! También hay dos escaleras...
—¿Cuántos hombres montan guardia? —preguntó Jack.
— ¡Uno, nada más que uno!
Robby levantó la mirada.
— ¿Jack?
—Gente: propongo que robemos unas lanchas. Los disparos se están acercando. —Jack corrió al placard y sacó abrigos para todos. A Robby le entregó su vieja chaqueta de infante de Marina que tan odiosa le resultaba a Cathy. —Ponte esto. Esa camisa blanca es demasiado visible.
—Aquí tienes. —Robby le pasó la automática—. Yo tengo una caja de cartuchos para la escopeta. —Empezó a pasarlos a los bolsillos de su pantalón y de la chaqueta. Después se puso la última Uzi sobre el hombro. —Estamos dejando amigos atrás, Jack —dijo en voz baja.
A Jack eso tampoco le hacía gracia.
—Ya sé muchacho, pero si se apoderan de él, ganan, y esto no es un lugar para mujeres y niños.
—Está bien, el infante de Marina eres tú —contestó Robby asintiendo. Y eso fue todo.
—Salgamos de aquí. Pero antes yo echaré un rápido vistazo. Por ahora tú te harás cargo del pelado, Rob. Alteza, usted encárguese de las mujeres. —Jack se inclinó y aferró el cuello de Cooley—. Si llegas a causarnos un solo problema, eres hombre muerto. No andes con miramientos, Robby. Lo matas de un tiro y listo.
De acuerdo. —Jackson retrocedió sin dejar de apuntar al terrorista.
—¡Levántate despacio, cretino!
Jack los condujo a través de las puertas destrozadas. Los dos agentes muertos seguían tendidos en la galería y a Ryan le resultó odioso no poder hacer nada al respecto, pero en ese momento actuaba como bajo una especie de control automático que años antes le habían inculcado en la Infantería de Marina. Se encontraba en una situación de combate y todo lo aprendido y los ejercicios realizados volvían atropelladamente a su conciencia. Al minuto siguiente, esa cortina de agua que era la lluvia lo había empapado. Bajó las escaleras al trote y observó los alrededores de la casa.
Longley y sus hombres estaban demasiado ocupados por la amenaza que se cernía frente a ellos para notar lo que se aproximaba a sus espaldas. El oficial de seguridad británico efectuó cuatro disparos contra una figura de negro que se les acercaba y tuvo la satisfacción de comprobar que había dado en el blanco, antes de que un impacto lo arrojara contra un árbol. Rebotó contra el tronco y se volvió a medias a tiempo para ver que otra figura negra le apuntaba a tres metros de distancia. El arma volvió a disparar. Segundos después, en los árboles reinaba el silencio.
—¡Dios mío! —susurró el fusilero. Al correr agazapado, pasó junto a los cuerpos de cinco agentes, pero no tuvo tiempo de detenerse. Junto al observador de tiro, se dirigió rápidamente al arbusto siguiente. El fusilero activó su mira nocturna y observó la línea de árboles, como a doscientos metros de distancia. La imagen verdosa que recibió mostraba hombres vestidos de negro que se dirigían a la arboleda.
—Cuento once —dijo el observador de tiro.
—Sí.-- coincidió el fusilero. Su fusil estaba cargado con balas de calibre 308. Podía acertarle a un blanco móvil de siete centímetros y medio al primer disparo, y con todos los disparos desde ciento ochenta metros de distancia, pero por el momento su misión era de

reconocimiento; debía recabar información y comunicársela al jefe de equipo. Antes de poder actuar tenían que saber qué mierda estaba sucediendo, y hasta ese momento sólo sabían que la situación era caótica.

—Werner, habla Paulson. Cuento once hombres, aparentemente pistoleros, que "se mueven entre los árboles que nos separan de la casa. Por lo visto
empuñan armas automáticas livianas. —Movió el fusil. —Hay seis de ellos en el parque. Veo muchísimos agentes caídos... ¡Dios, espero que haya bastantes ambulancias en camino!

—¿Alcanzas a ver a alguno de los nuestros por los alrededores? —Negativo. Recomiendo que ustedes se acerquen por el otro lado. ¿Me puede mandar a alguien como refuerzo?

—Enseguida te mando uno. Cuando llegue, acérquense con cuidado. Tómate tu tiempo, Paulson.

—De acuerdo.

Hacia el sur, Werner y dos de sus hombres empezaron a avanzar por la línea de árboles. Los trajes camuflados que usaban habían sido diseñados por una computadora en distintos tonos de verde claro y apenas eran visibles, aun cuando los iluminaban los relámpagos.

Acababa de suceder algo. Jack vio un repentino reflejo de disparos y después, nada. A pesar de lo que le acababa de decir a Robby, no le gustaba alejarse de allí. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Allí afuera había un número desconocido de terroristas. Y eran sólo tres hombres armados para proteger a tres mujeres y una niña, y además, de espaldas al acantilado. Ryan lanzó una maldición y regresó a reunirse con los demás.

—Bueno, pelado, muéstrame el camino —ordenó, apretando el caño de la Uzi contra el pecho del terrorista.

—Aquí mismo. —El hombre señaló y Ryan volvió a maldecir.

Durante todo el tiempo que vivieron allí la única preocupación de Jack con respecto al acantilado era mantenerse alejado y que Sally no se acercara por temor de que se desmoronara. La vista desde la casa era realmente magnífica, pero había una zona muerta de novecientos metros que los terroristas aprovecharon para aproximarse. Y usaron escaleras para trepar... ¡por supuesto, para eso son las escaleras! Los emplazamientos estaban marcados tal como lo indicaban todos los manuales de campo del mundo: por estacas de madera cubiertas con vendas blancas para que fueran fácilmente visibles en la oscuridad.

—Muy bien, gente —dijo Ryan, mirando alrededor—. El pelado y yo abriremos la marcha. Después vendrá usted, Alteza, con las mujeres. Robby, tú quédate diez metros más atrás y cubre la retaguardia.

—Soy hábil en el manejo de armas livianas —comunicó el príncipe.

Jack meneó la cabeza enfáticamente.

—No, si se apoderan de usted, ganan. Si algo llegara a salir mal, confío en que se hará cargo del cuidado de mi mujer y de mi hija, señor. Si llega a pasar algo, diríjanse al sur. A más o menos medio kilómetro de distancia encontrarán un barranco. Caminen
tierra adentro y no se detengan hasta encontrar un camino. Creo que allí estarán a salvo
Robby, si se nos acerca alguien, bájalo de un tiro,¡bájalo de un tiro!

—Pero y si...

—¡No hay pero que valga! Cualquier cosa que se mueva es el enemigo, —Jack miró alrededor por última vez. Si tuviera cinco hombres entrenados, tal vez Breckenridge y otros cuatro, les podría tender una emboscada bárbara... y si los cerdos tuvieran alas... —Muy bien, pelado, tú bajas primero. Y si llegas a hacer un solo movimiento que nos perjudique te parto en dos a tiros. ¿Me crees?

—Sí.

—Entonces, ¡muévete!

Cooley se acercó a la escalera y empezó a bajar, con Ryan a pocos centímetros de distancia. Los escalones de aluminio estaban resbalosos por la lluvia, pero por lo menos el acantilado los protegía del viento. La escalera extensible —¿cómo diablos la habrán traído hasta acá? — se bamboleaba bajo el peso de ambos. Ryan trataba de vigilar al terrorista y a mitad de

camino resbaló. Arriba, el segundo grupo iniciaba el descenso. La princesa se había hecho cargo de Sally y bajaba con la chiquita colocada entre su cuerpo y la escalera, para impedir que cayera. Jack alcanzaba a oír los llorisqueos de su hija, pero no tuvo más remedio que ignorarlos. En ese momento en su ser ya no cabían la furia ni la lástima. Tenía una misión que cumplir y tenía que cumplirla bien desde el principio. Porque no habría una segunda oportunidad. Un relámpago reveló la presencia de dos lanchas, a cien metros hacia el norte. Ryan no supo si había alguien de guardia o no. Por fin llegaron a la
playa. Cooley avanzó unos pasos hacia el norte y Ryan saltó al piso, con la pistola lista.
Nos quedaremos quietos un minuto.
Enseguida llegó el príncipe, y después las mujeres. Por fin empezó a bajar Robby, cuya chaqueta de marino lo hacía invisible contra el cielo oscuro. Bajó con rapidez y también saltó los últimos escalones.
—Cuando empecé a bajar, llegaban a la casa. Tal vez esto les dé una lección. —Sacó los palos recubiertos de género blanco. Sin eso les resultaría más difícil encontrar las escaleras.
—¡Bien hecho, Rob! —Jack se volvió. Allí debían de estar las lanchas que la lluvia y la oscuridad les impedían ver. El pelado había asegurado que un solo hombre las custodiaba. ¿Ysi fuera mentira? se preguntó Ryan. ¿Este tipo estará dispuesto a morir por su causa? ¿Estará dispuesto a sacrificar su vida con tal de gritar una advertencia y conseguir que nos maten? ¿ Y qué diferencia hace? ¿Nos queda alguna elección? ¡No!
—¡Muévete, pelado! —Ryan le hizo un gesto con el arma. —Y recuerda quién morirá primero.
La marea estaba alta y el agua casi llegaba hasta la base del acantilado. Ryan seguía al terrorista a noventa centímetros de distancia y sentía la arena dura y húmeda bajo los pies. ¿A qué distancia estaremos? ¿A cien metros? ¡Nunca supuse que cien metros podían ser tan largos! reflexionó Ryan. Sus amigos se mantenían pegados al acantilado cubierto de kudzy. Eso los convertía en seres casi invisibles, pero si había un hombre de guardia junto a las lanchas, sin duda sabría que se le acercaba alguien.
¡Crak!
Los corazones de todos se detuvieron. Un rayo acababa de derribar un árbol que se erguía sobre el borde del acantilado, a menos de cien metros de distancia. Por un instante Jack volvió a ver las lanchas... y a un hombre de guardia en cada una.
—¿Así que uno solo, no? —murmuró Ryan. El pelado vaciló, después siguió caminando con las manos a los costados. En la oscuridad, Jack volvió a perder de vista las lanchas pero calculó que todos debían de tener la visión disminuida a causa de los relámpagos. Volvió a pensar en lo que acababa de ver. El hombre de la lancha más cercana estaba parado en el centro, empuñando un arma... que le exigía utilizar las dos manos. Ryan estaba enfurecido por la mentira del pelado. Pero comprendió que su reacción era absurda.
—¿Cuál es el santo y seña?
— No tenemos santo y seña —contestó Dennis Cooley, con voz temblorosa, mientras contemplaba la situación desde una perspectiva completamente distinta. Estaba entre dos fuegos, y ambos bandos sin duda estarían dispuestos a disparar. Cooley también pensaba con rapidez, tratando de encontrar una manera de revertir la situación.
¿Estará mintiendo? se preguntó Ryan. Pero ya no había tiempo de preocuparse por eso.
— !No te detengas! —ordenó. En ese momento reaparecieron las lanchas. Al principio fue sólo algo distinto en las sombras de la playa. Cinco metros después ya eran unas formas. La lluvia era tan torrencial que distorsionaba todo, pero Jack alcanzaba a distinguir un perfil rectangular y blanquecino. Calculó que estaban a cincuenta metros de distancia. Rezó para que a partir de ese momento no volviera a haber relámpagos porque si los iluminaban, los hombres de las lanchas podrían reconocer los rostros, y al ver que el pelado iba adelante...
¿Cómo voy a hacer esto...?
Uno puede ser policía o soldado, pero no ambas cosas. Esas palabras que alguna vez había oído, le indicaron lo que debía hacer.

Faltaban treinta y cinco metros. También en la playa había rocas, y Jack debía caminar con cuidado para no tropezar. Destornilló con la mano izquierda el voluminoso silenciador. Se lo metió en el cinturón. De alguna manera perjudicaba el equilibrio del arma.
Veinte metros. Ya alcanzaba a ver la lancha con claridad, tenia la proa redondeada y había otra idéntica más o menos a ciento ochenta metros. En la lancha más cercana decididamente había un hombre, parado en el centro y mirando directamente hacia donde ellos se encontraban. Jack presionó hacia adelante con el pulgar el botón selector de la Uzi, para fuego automático y aferró el arma con más fuerza. Desde la época en que se familiarizó brevemente con las ametralladoras, en Quantico, no había vuelto a disparar una Uzi. Era pequeña pero bien equilibrada, Las miras eran prácticamente inútiles en la oscuridad, y para lo que tenía que hacer...
Quince metros. Tienes que disparar la primera andanada con total puntería, Jack. Con una puntería perfecta...
Dio medio paso a la izquierda y se dejó caer sobre una rodilla. Alzó el arma, manteniendo la mira baja y apuntando a la izquierda del blanco antes de apretar el gatillo para disparar una andanada de cuatro tiros. En el momento de disparar el arma se movió hacia arriba y hacia la derecha. El hombre cayó instantáneamente y quedó fuera de su vista. Ryan quedó encandilado de nuevo, esta vez por los destellos de su propia arma. Al oír los disparos, el pelado se había zambullido al piso.
¡Vamos!—Ryan lo obligó a levantarse y lo empujó hacia adelante, pero en ese momento tropezó y al recuperar el equilibrio vio que el terrorista corría hacia la lancha... ¡donde había un hombre armado que se volvería contra todos ellos! El pelado gritaba algo que Ryan no alcanzaba a entender.
Jack estaba a punto de alcanzarlo, cuando Cooley llegó a la lancha...
Y murió. Justo en el momento en que el librero trepaba a la lancha, el de la otra embarcación disparó una larga andanada en su dirección. Ryan notó que Cooley caía dentro de la embarcación como una bolsa de papas. Pero ignoraba si había sido herido o no. Reflexionó que era exactamente igual a los ejercicios de Quantico: un caos total y el bando que cometía menos errores era el que ganaba.
—¡Suban a bordo! —Permaneció apuntando la Uzi hacia la otra lancha. No volvió la cabeza, pero sintió que sus amigos iban subiendo. A la luz de un relámpago, pudo ver al hombre a quien había matado: tres redondeles rojos en el pecho y los ojos y la boca completamente abiertos en una expresión de sorpresa. A su lado estaba tendido el pelado, con la cabeza horriblemente abierta. Entre los dos habían derramado una cantidad increíble de sangre sobre la cubierta de fibra sintética. Por fin llegó Robby, que subió a bordo de un salto. Una cabeza se asomó en la otra lancha y Ryan volvió a disparar.
—¡Robby, sácanos de acá de una vez! —Ryan gateó hasta la otra borda de la lancha, asegurándose de que todo el mundo mantuviera la cabeza gacha.
Jackson se instaló en el asiento del conductor y buscó la llave de arranque. El tablero era casi idéntico al de los autos, y las llaves estaban puestas. Las hizo girar y el motor tosió, volviendo a la vida, mientras desde la otra lancha les disparaban una andanada de tiros. Ryan oyó el ruido de las balas al golpear contra la fibra de vidrio. Robby apretó los dientes con fuerza pero no se movió y apretó el acelerador. Jack levantó el arma y volvió a disparar.
—¡Hombres en el acantilado! —gritó el príncipe.

O'Donnell reunió rápidamente a sus secuaces e impartió nuevas órdenes. Estaba seguro de que todos los agentes de seguridad habían muerto, pero ese helicóptero posiblemente habría aterrizado al oeste. Aunque era imposible saberlo con seguridad, no creía que el misil hubiera dado en el blanco. —Gracias por la ayuda, Sean. Eran más capaces de lo que yo creía. ¿Los tienes en la casa?
— Sí. Dejé allí a Dennis y a otros dos. Creo que deberíamos irnos.

—Tienes toda la razón del mundo —acotó Alex. Señaló hacia el oeste. —Creo que tendremos más compañía.

— Muy bien. Sean, ve a buscarlos y tráelos al acantilado. Miller reunió a sus dos hombres y corrió hasta la casa. Alex y su subordinado los siguieron. La puerta del frente estaba abierta. Los cinco entraron a la carrera, y se dirigieron al living donde se detuvieron, petrificados.

Paulson, su marcador de puntería y otro agente también corrían. Los condujo a lo largo de la línea de árboles hasta el lugar donde el camino doblaba, donde volvió a tirarse al piso, colocando el rifle a su lado. Ya se oían sirenas a la distancia y mientras buscaba terroristas por medio de la mira nocturna, se preguntó por qué diablos habría tardado tanto la policía. Alcanzó a distinguir unos hombres que corrían rodeando el lado norte de la casa.

—Aquí hay algo que anda mal —aventuró el fusilero.

—Sí —corroboró el marcador de puntería—. Estoy seguro de que no pensaban huir por el camino, ¿pero qué otra alternativa tienen?

—Será mejor que alguien lo averigüe —dijo Paulson, pensando en voz alta, y tomó la radio.

En el lado sur del parque, Werner avanzaba con dificultad, haciendo esfuerzos por ignorar el dolor que le provocaba la espalda. La radio volvió a llamar y él ordenó al equipo que avanzara con extrema precaución.

—Bueno, ¿dónde están, hombre? —preguntó Alex.

Miller miró alrededor, sin poder creer lo que veía. Dos de sus hombres yacían tendidos en el suelo: muertos. Sus armas habían desaparecido... y

también...

—¡Dónde mierda están! —repitió Alex.

—!Revisen la casa! —aulló Miller. El y Alex se quedaron en el living. El

negro lo miró furioso.

—¿Quiere decir que después de tanto trabajo tendré que soportar otro de tus fracasos?

Segundos después regresaron los tres hombres para informar que la casa se hallaba desierta. Miller ya había constatado la desaparición de las armas de sus hombres. Algo había salido mal. Sacó a su gente afuera.

Paulson había descubierto el nuevo punto de reunión de los terroristas y por fin podía ver a sus blancos. Contó doce, después se les reunieron otros que llegaban de la casa. A juzgar por los gestos que hacían, se encontraban en estado de gran confusión. Algunos conversaban, mientras otros simplemente se paseaban por allí esperando órdenes. Algunos parecían heridos, pero Paulson no podía saberlo con total seguridad.

—Se han ido —anunció Alex, antes de que Miller tuviera oportunidad de hablar.

O'Donnell no lo podía creer. Sean le explicó la situación con rapidez y tono vacilante, mientras Dobbens observaba.

—Este boludo lo malogró todo —dictaminó Dobbens.

Era simplemente demasiado. Miller se colgó a la espalda su propia Uzi y empuñó la que le había quitado a un agente del servicio secreto. La alzó con movimientos lentos y disparó contra el pecho de Dobbens a una distancia de apenas noventa centímetros. Louis contempló durante un segundo a su jefe caído, después trató de sacar su pistola, pero Miller fue más rápido.

—¡Qué demonios! —exclamó el marcador de puntería.

Paulson quitó el seguro del rifle y centró la mira en el tipo que acababa de disparar, matando a dos hombres... ¿pero a quiénes habría matado? Sólo podía disparar para salvar la vida de gente amiga, y no cabía duda de que los muertos eran pistoleros. Por lo que él veía, no había rehenes a quienes salvar. ¿Dónde diablos estarán? Un hombre que se encontraba en el borde del acantilado gritó algo y el resto corrió a reunírsele. En ese momento el fusilero estaba, en condiciones de elegir sus blancos, pero sin una identificación positiva no se animó a disparar.

— ¡Vamos, chiquito! —animó Jackson al motor, que todavía estaba frío y no carburaba bien. Puso marcha atrás. La lancha comenzó a moverse con lentitud, alejándose de la playa.

Ryan seguía apuntando a la otra lancha con la Uzi. El terrorista volvió a aparecer y Jack disparó tres tiros antes de que la ametralladora quedara descargada. Lanzó una maldición, cambió la carga y disparó una serie de andanadas para obligar al terrorista a mantener la cabeza gacha.

— ¡Hombres sobre el acantilado! —repitió el príncipe. Se había apoderado de una ametralladora y la mantenía apuntada, pero no disparó. Ignoraba quiénes eran esos hombres de allá arriba, y de todos modos la distancia que los separaba era demasiado grande. Después empezaron los tiros. Fueran quienes fuesen, disparaban contra la lancha. Ryan se volvió al oír las balas que golpeaban el agua, y dos resonaron contra el piso de la lancha. Sissy Jackson lanzó un grito y se aferró un pie, mientras el príncipe contestaba los disparos.

Robby había conseguido alejar la lancha alrededor de trescientos metros de la playa, y giró salvajemente el volante al tiempo que aceleraba. Cuando tiró del acelerador, el motor comenzó a toser de nuevo durante un momento angustioso, pero después volvió a funcionar y la lancha avanzó.

—Muy bien! —gritó—. ¿Jack, hacia dónde nos dirigimos? ¿Qué opinas de Annapolis?

—¡De acuerdo! —aprobó Ryan. Volvió a mirar la playa. Había hombres bajando la escalera. Algunos seguían disparando, pero erraban. Después notó que Sissy se aferraba el pie.

—¡Cathy! ¡Fíjese si hay un botiquín de primeros auxilios! —dijo Su Alteza. Acababa de inspeccionar la herida, pero se había movido a popa con la ametralladora lista. Debajo del asiento del piloto Jack vio una caja de plástico blanco y se apresuró a acercársela a su mujer.

—Rob, Sissy recibió un balazo en el pie —informó Jack.

—Estoy bien, Rob —agregó enseguida ella. Pero en la voz no se le notaba que estuviera bien.

— ¿Cómo te sientes, Sis? —preguntó Cathy, acercándose para revisarla.

—Duele, pero no es grave —contestó a través de los dientes apretados, e intentó sonreír.

—¿Estás segura de que estás bien, mi amor? —preguntó Robby.

— Por favor, vámonos, Robby —jadeó ella. Jack se acercó para mirar. La bala había entrado por la parte superior del pie y el zapato claro estaba bañado en sangre oscura. Miró alrededor para ver si había algún otro herido, pero aparte de estar aterrorizados, todos parecían bien.

—Comandante, ¿quiere que me haga cargo del timón? —preguntó el príncipe.

—Muy bien, capitán, acérquese. —Robby le cedió el control de la lancha.

Tiene que seguir el curso magnético cero tres seis. Vigílelo porque cuando nos alejemos de la protección del acantilado el mar estará picado y allá afuera hay mucho tráfico de barcos mercantes. —Ya se alcanzaba a ver el oleaje del mar erizado por las ráfagas de viento.

— De acuerdo. ¿Cómo sabré cuando hayamos llegado a Annapolis? —El príncipe se instaló detrás del timón y empezó a chequear los controles.

— En cuanto vea las luces del puente de la bahía, llámeme. Conozco el puerto. Yo entraré la lancha.

El príncipe asintió. En el momento de entrar en la zona de oleaje puso el motor a media velocidad mirando alternativamente el compás y el agua. Jackson se acercó a su esposa para ver cómo seguía. Sissy le hizo un gesto para que se alejara.

—¡Preocúpate por ellos!

Momentos después barrenaban sobre olas de un metro y medio de altura. La lancha tenía un casco de diecinueve pies y era de las preferidas por los pescadores para ser utilizadas en mar calmo. La proa roma no era demasiado apta para el oleaje, y entraba abundante agua, pero el parabrisas impedía que cayera sobre cubierta. Ryan nunca había navegado en una lancha como esa, pero las conocía de nombre. Estaban provistas de un motor de ciento cincuenta caballos de fuerza y una hélice movible. Tanto el fondo como los costados estaban rellenos de espuma para lograr una mayor flotación. Aunque estuviera llena de agua era imposible que se hundiera. Pero lo más importante era que la fibra de vidrio y la espuma posiblemente detuvieran las balas de una ametralladora. Jack volvió a observar, uno a uno, a sus compañeros de viaje. Su mujer se afanaba en curar a Sissy. La princesa se había hecho cargo de

Sally. Salvo él mismo, Robby y el príncipe, que se hallaba a cargo del timón, todos mantenían las cabezas bajas. Empezó a relajarse un poco. Ya se encontraban lejos y el destino estaba de nuevo en sus propias manos. Jack se prometió que eso no volvería a cambiar.
—Nos persiguen —dijo Robby mientras cargaba la ametralladora—. Están como a trescientos metros de distancia. Los vi a la luz de un relámpago, pero si sigue lloviendo así, es probable que nos pierdan.
—¿Qué visibilidad calculas que hay?
—Aparte de los relámpagos —Robby se encogió de hombros—, tal vez noventa metros como máximo. No estamos dejando una estela que ellos puedan seguir y no saben hacia dónde nos dirigimos. —Hizo una pausa.—¡Dios! ¡Ojalá tuviéramos una radio! Podríamos llamar a los guardacostas o a algunos otros, y tenderles una líndisima emboscada.
Jack se sentó en el piso de la lancha. Vio que su hija dormía en brazos de la princesa. ¡Qué felices son los chicos! reflexionó.
—Tenemos que darle gracias a Dios, comandante.
—¡Ya lo creo! Supongo que fue providencial que tuviera ganas de ir al baño.
Ryan lanzó un gruñido para demostrar que estaba de acuerdo.
—No sabía que fueras capaz de tirar con escopeta.
—Cuando era chico, el Klan tenía ese pequeño hobby: todos los martes se emborrachaban e incendiaban una iglesia de negros... simplemente para mantenernos en línea, ¿saben? Bueno una noche uno de los jefes decidió quemar la iglesia de mi papá. Recibimos un aviso... nos llamó el dueño de un bar; no todos los blancos son cretinos. De todos modos, papá y yo los estábamos esperando. No matamos a nadie pero debemos de haberlos asustado hasta el punto de que se pusieron blancos como las sábanas que los cubrían. Yo hice volar el radiador de uno de los autos. —Ante el recuerdo, Robby lanzó una risita—. Nunca volvieron. La policía no hizo ningún arresto, pero en nuestro pueblo fue la última vez que alguien intentó quemar una iglesia, así que supongo que aprendieron la lección. —Volvió a hacer una pausa. Después continuó con voz mucho más sobria. —Hoy he matado un hombre por primera vez, Jack. Es extraño no siento nada, absolutamente nada. —Ya lo sentirás mañana.
Robby miró a su amigo.
—Sí —contestó.
Ryan miró a popa, apretando la Uzi con fuerza. No se veía nada. El viento y el agua se mezclaban en una masa gris y amorfa y la lluvia impulsada por el viento le golpeaba la cara. La lancha subía y bajaba, cabalgando sobre las olas, y por un instante Jack se preguntó por qué no estaría mareado. Un relámpago volvió a iluminar los alrededores y él siguió sin ver nada, como si se encontraran bajo una cúpula gris y sobre un piso reluciente y desparejo.

Se habían ido. Después que el grupo de avanzada informó que todos los terroristas habían desaparecido por el acantilado, los hombres de Werner revisaron la casa donde no encontraron más que cadáveres. Ya había llegado otro grupo de rescate de rehenes, más de veinte policías, y una cantidad de bomberos y practicantes. Tres de los agentes del servicio secreto todavía estaban vivos, y también un terrorista a quien sus compañeros dejaron abandonado. Todos fueron transportados a hospitales. Por lo tanto los muertos eran diecisiete agentes de seguridad y cuatro terroristas de los que aparentemente dos habían sido ejecutados por sus propios camaradas.
Se metieron todos en una lancha y zarparon hacia allá —dijo Paulson—. Podría haber eliminado algunos, pero no había forma de saber quién era quién. —Había actuado correctamente. Uno no puede disparar sin saber quién será la víctima.
—¿Y ahora qué diablos hacemos? —La pregunta fue formulada por un capitán de la policía estatal. Era una pregunta retórica, dado que no tenía una respuesta inmediata.

¿Cree que las presuntas víctimas lograron escapar? —preguntó Paulson

No vi a nadie que pareciera amigo, y por la forma de actuar de los pistoleros... creo que algo les debe haber salido mal —dedujo—. En cierto sentido nos ha ido mal a todos.
Ya lo creo que nos ha ido mal, pensó Werner. Aquí se ha librado una maldita batalla. Hay veintitantos muertos y nadie a la vista.
—Supongamos que el príncipe, Ryan y su gente de alguna manera lograron escapar... no, mejor supongamos simplemente que los pistoleros huyeron en una lancha. Muy bien. ¿Hacia dónde irán? —preguntó Werner. —¿Sabe cuántos amarraderos hay por acá? —preguntó el capitán de policía—. Dios, hay infinidad de casas con muelles privados. ¡Centenares! ¡No será posible revisarlos todos!
—¡Bueno, pero algo tenemos que hacer! —respondió Werner de mal modo; el dolor de espalda aumentaba su furia. Se les acercó un cachorro negro. Parecía tan confundido como ellos.

—Creo que nos perdieron.
—Es posible —contestó Jackson. A la luz del último relámpago no habían visto nada—. La bahía es grande y la visibilidad casi nula, pero debido a la lluvia y la dirección del viento, ellos deben de ver más que nosotros. Tal vez tengan una visibilidad de alrededor de dieciocho metros. Lo suficiente para preocuparnos.
—¿Y si nos alejáramos hacia el este? —preguntó Jack.
—¿Rumbo al canal principal, por donde navegan los barcos de gran calado? Es viernes a la noche. Habrá un montón de barcos saliendo de Baltimore a diez o doce nudos y tan ciegos como nosotros. —Robby meneó la cabeza.
No, no. No hemos llegado hasta aquí para dejarnos atropellar por un viejo barco griego todo herrumbrado.
—Luces a proa —informó el príncipe.
—¡Estamos de vuelta en casa, Jack! —exclamó Robby, corriéndose hacia popa. A lo lejos titilaban las luces de los puentes mellizos de la bahía de Chesapeake. Jackson se hizo cargo del timón. Estaban todos empapados por la lluvia, y el viento los hacía temblar. Jackson hizo virar la lancha hacia el oeste. En ese momento empezaron a tener el viento de proa. Al pasar por el puerto de la ciudad de Annapolis, las olas empezaron a ser más moderadas. Pero todavía llovía a torrentes y Robby timoneaba casi de memoria.
—Las luces de la Academia Naval a lo largo de la avenida Sim's eran un reflejo opaco a través de la lluvia y Robby enfiló en dirección a ellas. Mientras luchaba con el viento, estuvo a un tris de llevarse por delante una boya. Al minuto siguiente alcanzaban a ver el perfil grisáceo de las lanchas patrulleras, ancladas junto al murallón costero mientras se renovaban sus amarras habituales, al otro lado del río. Robby se puso de pie para ver mejor, e introdujo la lancha entre un par de lanchones de entrenamiento. En realidad su intención era entrar en el amarradero de yates de la Academia, pero no pudo porque estaba demasiado lleno de embarcaciones, Por fin atracó junto al murallón.
—¡Aléjense de aquí! —gritó un marinero de impermeable y con una cubierta de plástico en su gorra blanca. —No pueden amarrar aquí.
—Soy el comandante Jackson, hijo —replicó Robby—. Trabajo aquí. Jack, encárgate del cabo de proa.
Jack se agachó bajo el parabrisas y se apoderó de la soga de nylon prolijamente enrollada. Robby aceleró el motor para atracar completamente contra el murallón. Jack saltó a tierra y ató el cabo. El príncipe hizo lo mismo a popa. Robby apagó el motor y subió a hablar con el marinero.
—¿Me reconoce, hijo?
El marinero le hizo la venia.
—Perdón, comandante, pero... —Iluminó la lancha con su linterna.—¡Dios mío!

Prácticamente lo único positivo que se podía comentar acerca de la lancha era que el agua había lavado gran parte de la sangre. El marinero se quedó con la boca abierta al ver dos cadáveres, tres mujeres y una de ellas aparentemente herida de bala y una criatura dormida. Después notó que Ryan llevaba una ametralladora colgada del cuello. Ese día de guardia aburrido y húmedo terminó para él.

—¿Tiene radio, marinero? —preguntó Robby. El muchacho la levantó y Jackson se la arrancó de las manos. Era una pequeña Motorola CC, como las que usaba la policía.-

—Sala de Guardia, habla el comandante Jackson.

—¿Comandante? Soy el sargento primero Breckenridge. No sabía que hoy estuviera de guardia, señor. ¿En qué puedo servirle?

Jackson respiró hondo.

Me alegro de que seas tú, Gunny. Escucha: alerta al comandante de turno. Después quiero que mandes marineros armados al murallon oeste del amarradero de yates, Inmediatamente. Tenemos grandes problemas, Gunny. !Así que muevete!

—¡Comprendido, señor! —Las órdenes habían sido dadas. Las preguntas podían esperar.

—¿Cómo se llama, hijo? preguntó enseguida Robby al marinero.

—¡Soy el cabo Green, señor!

—Muy bien, Green, ayúdeme a sacar a las mujeres de la lancha.

—_Robby estiró la mano. —Vamos, señoras.

Green saltó a la lancha y ante todo ayudó a desembarcar a Sissy, a Cathy y por fin a la princesa, que seguía manteniendo a Sally. Robby las ubicó a todas detrás del casco de las lanchas patrulleras.

—¿Y qué haremos con ellos, señor? —preguntó el cabo señalando los cadáveres.

—Eso puede esperar. ¡Suba, cabo!

Green dirigió una última mirada a los cadáveres.

—Supongo que sí —susurró. Ya se había abierto el impermeable para tener lista la pistola.

—¿Qué pasa aquí? preguntó una voz de mujer—. ¡Ah! ¡Es usted, comandante!

—¿Y usted, qué hace aquí, oficial? —preguntó Robby.

—Estoy de guardia y no quiero descuidar las lanchas, señor. El viento las puede convertir en astillas contra el murallón si no... —La primer oficial Mary Znamirowski miró a toda la gente que estaba en el muelle. Señor, qué diablos...

—Oficial, le sugiero que reúna a su gente y la ponga a salvo. No hay tiempo para explicaciones.

En ese momento llegó un camión. Se detuvo en la playa de estaciomiento, justo detrás de ellos. El conductor saltó al piso y se les acercó, seguido de tres hombres. Era Breckenridge. El sargento primero dirigió una rápida mirada a la mujer y enseguida se volvió hacia Jackson, para hacerle la pregunta favorita de la noche.

—¿Qué diablos está pasando, señor?

Robby señaló la lancha. Breckenridge la miró sorprendido.

—¡Cielo Santo!

—Estábamos comiendo en lo de Jack —explicó Robby—. Y aparecieron unos tipos a estropearnos la fiesta. Andaban detrás de él —Robby señaló al Príncipe de Gales quien se volvió y sonrió. Al reconocerlo, Breckenridge abrió los ojos con incredulidad. Durante un instante se quedó con la boca abierta pero en cuanto se recobró hizo lo que siempre hacen los marinos cuando no saben cómo reaccionar: la venia como lo exigía el manual. Robby continuó con su explicación: —Mataron a un puñado de agentes de seguridad. Nosotros tuvimos suerte. Pensaban huir en lanchas. Les robamos una y aquí estamos, pero allá afuera hay otra lancha llena de terroristas. Es posible que nos hayan seguido.

—¿Qué armas tienen? —preguntó Gunny.

—Como ésta, Gunny —contestó Ryan pasándole la Uzi.

El sargento primero asintió y se metió la mano en el bolsillo del sobretodo. Sacó una radio.

—Sala de Guardia. Habla Breckenridge. Tenemos un alerta rojo. Despierten a toda la tropa. Llamen al capitán Peters. Quiero un piquete de fusileros en el paredón del muelle en menos de cinco minutos. ¡Muévanse!
—Comprendido —le respondieron. ¡Alerta rojo!
—Que las mujeres se alejen de aquí —urgió Ryan.
—Todavía no, señor —replicó Breckenridge. Miró alrededor y con aire profesional hizo una evaluación. —Antes quiero contar con más personal de seguridad. Cabe la posibilidad de que nuestros amigos hayan desembarcado río arriba y que se dirijan hacia acá por tierra ... eso sería lo que habría hecho yo. Dentro de diez minutos tendré un escuadrón de fusileros revisando los alrededores. Siempre que mi gente no esté demasiado borracha —concluyó en voz baja, recordando a Ryan que era viernes a la noche, sábado a la madrugada más bien, y que en Annapolis había infinidad de bares—. Cummings y Foster, encárguense de las señoras. Mendoza, aborda una de esas lanchas y vigila el río. Ya han oído lo que dijo el comandante, ¡no se duerman!
Breckenridge caminó un rato por la costanera, chequeando los lugares donde la visibilidad era mayor y los que dominaban un radio de tiro más amplio. En sus manos, la Colt automática .45 parecía pequeña. Por su expresión se notaba que la situación no le gustaba nada y que seguiría hasta que tuviera más gente y los civiles estuvieran a buen recaudo Después observó a las mujeres.
—Por suerte ustedes, señoras, están bien. ¡Oh, perdón señora Jackson! La llevaremos enseguida a la sala de primeros auxilios.
—¿Existe alguna posibilidad de apagar las luces? —preguntó Ryan.
—Que yo sepa, no. A mí tampoco me gusta estar iluminado. Tranquilícese, teniente, tenemos mucho terreno abierto a nuestras espaldas, así que nadie va a poder llegar por ese camino. En cuanto haya organizado las cosas, llevaremos a las señoras al dispensario y les pondremos custodia. Todavía ustedes no están tan seguros como yo quisiera, pero ya lo lograremos. ¿Cómo consiguieron huir?
—Como dijo Robby, tuvimos suerte. Él bajó a dos con mi escopeta. Yo liquidé a otro en la lancha. Y el cuarto fue baleado por uno de sus propios compañeros. —Ryan se estremeció, esta vez no por el frío, el viento o la lluvia. —Por un rato la cosa fue aterrorizante.
— Ya lo creo. ¿Y esos tipos son capaces?
— ¿Los terroristas? Sí. Además tuvieron a su favor el factor sorpresa y eso cuenta.
—Ya les daremos su merecido.
—¡Allá afuera hay una lancha! —exclamó Mendoza desde una de las lanchas patrulleras.
—Bueno, muchachos —susurró el sargento primero aferrando con fuerza su .45—. Esperen un par de minutos hasta que tengamos armas en serio para recibirlos.
—Están entrando despacio —informó el marinero.
Ante todo, Breckenridge se aseguró de que las mujeres estuvieran a cubierto. Después ordenó a todos que se separaran y que cada uno eligiera un lugar abierto entre los botes amarrados.
—¡Y por amor de Dios mantengan agachadas esas malditas cabezas!
Ryan eligió un lugar. Los demás hicieron lo mismo, ubicándose a distancias que iban de tres a treinta metros entre uno y otro. Jack palpó con la mano el murallón de cemento. Estaba seguro de que detendría las balas. Los cuatro marineros de la sección guardacosta permanecieron con las mujeres, con un Infante de Marina a cada lado.
Breckenridge era el único que se movía, agazapado detrás del paredón. Se acercó a Ryan.
—Allí están, a setenta metros, navegando de izquierda a derecha. Están tratando de orientarse y de adivinar lo sucedido. Simplemente les pido que me den un par de minutos más, gente —susurró.
—Sí. —Ryan quitó el seguro a su arma, asomándose apenas por sobre el borde del murallón. La lancha era apenas un perfil, pero alcanzaba a oír el sonido del motor. Viraron hacia el lugar

donde Robby había amarrado la robada por ellos. Es el primer error verdadero que cometen, pensó Jack.
—¡Espléndido! —El sargento primero apuntó su automática, al amparo de la popa de un bote.
—Muy bien señores, ya que han decidido acercarse, ¡vengan de una vez!
Por Sims Drive se acercó otro camión. Llegó sin luces y estacionó junto al lugar donde se encontraban las mujeres. De la caja saltaron ocho hombres. Dos infantes de Marina corrieron a lo largo del murallón y entre dos de las lanchas amarradas los iluminó una luz. Partieron disparos de la lancha de los terroristas y ambos marinos cayeron. Las balas empezaron a estrellarse en las lanchas amarradas. Breckenridge se volvió y gritó:
—¡Fuego! —Estallaron los disparos. Ryan apuntó con cuidado y apretó el gatillo. La ametralladora disparó cuatro tiros y quedó descargada. Jack lanzó una maldición y se quedó mirando el arma como un tonto antes de recordar que en el cinturón tenía una pistola cargada. Sacó la Browning y disparó un solo tiro, pero se dio cuenta de que el blanco ya no se encontraba allí. El ruido del motor de la lancha se intensificó.
—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! Se están alejando. —Gritó Breckenridge—. ¿Hay alguien herido?
—Aquí —se oyó exclamar en la oscuridad, en el lugar donde se encontraban las mujeres.
Ryan siguió al sargento primero. Habían sido alcanzados dos infantes de Marina. Uno tenía una herida leve en un brazo y el otro había recibido un disparo en la cadera y gritaba como loco. Cathy ya lo estaba revisando.
—Mendoza: ¿qué sucede? —preguntó Breckenridge.
—Se están alejando... espere.., sí, navegan con rumbo al este.
—Mueva las manos, soldado —decía Cathy. El muchacho tenía una herida dolorosa, del lado izquierdo, justo debajo del cinturón. —Está bien, está bien, se curará. Duele, pero tiene remedio. —Breckenridge se apropió del rifle del soldado. Se lo arrojó al sargento Cummings.
—¿Quién se encuentra al comando, aquí? —preguntó el capitán Mike Peters.
—Supongo que yo —contestó Robby.
—Dios, Robby, ¿qué pasa?
—¿Qué crees que está pasando?
Llegó otro camión con otros seis infantes de Marina. Dirigieron una mirada a los heridos y se apostaron, fusiles en mano.
—Maldito sea, Robby... ¡señor! —gritó el capitán Peters.
—Terroristas. Trataron de atraparnos en lo de Jack. Intentaban apoderarse de... ¡bueno, mira!
—Buenas tardes, capitán —saludó el príncipe, después de asegurarse de que su mujer estaba bien—. ¿Herimos a alguno? No había visibilidad para apuntar bien. —En su tono se notaba una verdadera desilusión.
—No sabría decirle, señor —contestó Breckenridge—. Noté que algunos disparos se quedaron cortos y una bala de pistola no penetra en lanchas como esas. —Otra serie de relámpagos iluminó la zona.
—¡Los acabo de ver! ¡Se dirigen a la bahía! —gritó Mendoza.
—¡Maldición! —gruñó Breckenridge—. Ustedes cuatro lleven a las señoras al dispensario. —Se inclinó para ayudar a la princesa a ponerse de pie, mientras Robby alzaba a su esposa.
—¿No quiere pasarle la chiquita al soldado, señora? Las vamos a llevar al hospital para que se sequen.
Ryan notó que su mujer seguía tratando de auxiliar a uno de los infantes de Marina heridos; después clavó la mirada en una de las lanchas patrulleras.
—¿Robby?
—¿Sí, Jack?
—¿Esta lancha tienen radar?
Le contestó la oficial Znamirowski. —Todas tienen radar, señor.
Un infante de Marina abrió la puerta trasera del camión y ayudó a Jackson a cargar a su mujer.

—¿En qué estás pensando, Jack?
—¿Son veloces?
Dan alrededor de trece... no creo que sean bastante rápidas.
Desde el murallón, la oficial Znamirowski miró la lancha en la que habían huido los prisioneros.
—¡Con el tipo de mar que tenemos en este momento, apuesto lo que sea a
que puedo alcanzar a una de esas lanchitas! ¡Pero necesito que alguien se haga cargo del radar. En este momento no tengo operador en mi sección.
—Yo me puedo encargar —ofreció el príncipe. Estaba harto de ser el blanco de los terroristas y nadie le impediría participar en esa fase de la aventura. —En realidad sería un placer que me permitieran hacerlo.
—Robby, aquí eres el que manda —dijo Jack.
—Será legal? —preguntó el capitán Peters, acariciando su automática.
—Mire —dijo Ryan enseguida—, acabamos de ser atacados por extranjeros, encontrándonos en un lugar oficial del gobierno norteamericano: ese es un acto de guerra y en este caso no rige el posse commitatus. —Por lo menos no creo que rija, pensó.
—¿Se le ocurre una buena razón que nos impida perseguirlos?
Al capitán no se le ocurrió ninguna.
—Oficial Z, ¿tiene alguna lancha lista? —preguntó Jackson.
—Diablos, sí, podemos ir con la setenta y seis.
—¡Prepárela! Capitán Peters, necesitamos algunos infantes de Marina. —Sargento primero Breckenridge, asegure la zona y proporcione diez hombres.
El sargento primero había dejado a los oficiales para que discutieran tranquilos mientras él ayudaba a cargar a los civiles en el camión. Aferró el brazo de Cummings.
—Sargento, hágase cargo de los civiles, llévelos al hospital y póngales guardia. Su principal misión consiste en cuidar a esta gente, cuya seguridad es responsabilidad suya... y no se considere relevado hasta que yo personalmente lo releve, ¿entendió?
—Comprendido, Gunny.
Ryan ayudó a Cathy a subir al camión.
—Los vamos a seguir.
—Ya sé. Ten cuidado, Jack. Por favor.
—Me cuidaré, pero esta vez los vamos a atrapar, Chiquita - La besó, le notó una expresión extraña, algo que no era preocupación.- ¿Estas bién?
—No te preocupes. Cuídate mucho.
—Por supuesto, chiquita. Volveré. —Pero ellos no volverán. Jack se volvió para saltar a la lancha.
—Soy el oficial Znamirowski y estoy al mando de la embarcación —informó la mujer. Mary Znamirowski no parecía oficial pero la joven marina —¿se diría marina?— infundía respeto a sus subordinados.
A los pocos segundos se habían alejado de la costanera y de las otras lanchas.
—¡A toda máquina! —ordenó la oficial—. Curso uno tres cinco. —Se volvió.
—¿Qué indica el radar?
El príncipe estaba enfrascado en los controles de ese equipo que le resultaba tan poco familiar. Encontró el botón de desobstrucción de imagen y se inclinó a observar la pantalla.
—¡Ah! El blanco se encuentra en uno uno ocho, navegando a mil trescientos, curso nordeste, velocidad... alrededor de ocho nudos.
—Nos conviene bastante. Probablemente esté picado en la punta. ¿En qué consiste nuestra misión, comandante? —preguntó la oficial Znamirows.
—¿Podemos mantenernos a la par?
—¡Ellos dispararon contra mis lanchas! Podemos hacer lo que usted quiera, señor —contestó la oficial Z.—. Si quiere puedo darle trece nudos. Pero en este mar, dudo de que ellos puedan desarrollar más de diez.

—Muy bien, quiero seguirlos lo más cerca posible, pero sin que nos vean.
—De acuerdo. ¿Algo más?
—En cuanto al resto, estoy abierto a las ideas que me puedan sugerir —contestó Robby.
—¿No te parece que deberíamos ver hacia dónde se dirigen? —sugirió Jack—. Después podemos llamar a la caballería.
—Me parece sensato. Si trataran de desembarcar... ¡Dios! ¡soy piloto, no policía! —Robby tomó el micrófono de la radio. En el equipo figuraban las letras de llamada de la lancha: NAEF.— Estación Naval de Annapolis, habla Noviembre, Alfa, Eco, Foxtrot. Cambio. — Tuvo que repetir dos veces el llamado antes de que le respondieran.
—Annapolis, comuníqueme con el teléfono del superintendente.
—El superintendente acaba de llamarnos, señor. Permanezca en línea. —Siguieron algunos "clics" además de los habituales ruidos de estática.
—Soy el almirante Reynolds, ¿quién habla?
—El comadante Jackson, señor, a bordo de la lancha setenta y seis. Nos encontramos a una milla al sudeste de la Academia, en persecución de la lancha desde la que acaban de atacar nuestra costanera.
—¿Eso fue lo que sucedió? Muy bien, ¿quienes van a bordo?
—La oficial Znamirowski y la dotación de guardia, el capitán Peters y algunos infantes de Marina, el doctor Ryan y este... el capitán Gales, señor, de la Marina Real inglesa —contestó Robby.
—Ah, ¿así que está allí? Tengo al FBI en la otra línea. ¡Dios mío Robby! Muy bien, los civiles se encuentran custodiados en el hospital y tanto el FBI como la policía están en camino: Repita su ubicación y después declare sus intenciones.
—Señor, le seguimos la pista a la lancha que atacó el muelle. Tenemos la intención de mantenernos cerca y seguirla por medio del radar para determinar su destino. Después llamaremos a las agencias legales, señor —Robby sonrió por las palabras que había elegido.
—Mi próximo llamado será a la Guardia Costera de Baltimore, señor. Por el momento parece que se encaminan hacia allí.
—Comprendido. Muy bien, pueden seguir adelante con la misión, pero usted será responsable de la seguridad de nuestro huésped. No corra, repito,no corra ningún riesgo innecesario.
—De acuerdo, señor, no correremos ningún riesgo innecesario.
—Use la cabeza, comandante, e informe siempre que sea necesario.
Fuera.
—Bueno eso equivale a un voto de confianza —razonó Jackson en voz alta—. ¡Adelante!
—Timón quince grados a la izquierda —ordenó la oficial Z. rodeando Greenbury Point—. Nuevo rumbo cero dos cero.
—Blanco en cero uno cuatro, navegando a mil cuatrocientos, mantiene velocidad de ocho nudos. —Informó Su Alteza al contramaestre.— Tomaron una ruta más corta para rodear esa punta.
—No hay problema —aseguró la oficial Z. —A partir de este momento navegaremos siempre en aguas profundas.
—Oficial Z., ¿hay café a bordo?
— Hay una máquina en la cocina, señor, pero no tengo personal para que se encargue de prepararlo.
—Yo me ocupo —dijo Jack. Bajó a una pequeña cocina, y encontró la máquina de hacer café. La puso en funcionamiento y volvió a cubierta. Breckenridge estaba distribuyendo salvavidas a todos los tripulantes, lo que era una precaución sensata.
—Dentro de diez minutos estará listo el café —anunció Jack.
— Repita lo que acaba de decir, Guardia Costera —decía Robby junto al micrófono.
—Navío Eco Foxtrot, esta es la Guardia Costera de Baltimore, ¿oyen?
Cambio.
—Así está mejor.

—¿Puede explicarnos qué está sucediendo?
—Le estamos siguiendo el rastro a una lancha pequeña, de alrededor de veinte pies, con diez o más terroristas a bordo. —Suministró posición, curso y velocidad. —Acusen recibo de información.
— Comprendido. ¿Dice que se trata de embarcación llena de pistoleros armados con ametralladoras? ¿Es cierto eso? Cambio.
— Afirmativo, hijo. Ahora, basta de vueltas y vayamos al grano.
La voz adoptó un tono levemente quisquilloso.
—Comprendido. Tenemos una lancha cuarenta y uno a punto de zarpar del muelle y una de treinta y dos pies que la seguirá dentro de diez minutos.
Son lanchas pequeñas, para patrullar la costa. No están equipadas para luchar contra armas de fuego.
—Nosotros tenemos diez infantes de Marina a bordo —contestó Jackson—. ¿Necesitan asistencia?
—Diablos sí... afirmativo, Eco Foxtrot. Tengo a la policía y al FBI en las líneas telefónicas y ellos también se dirigen hacia acá.
—Está bien. Que la lancha cuarenta y uno nos llame en cuanto zarpe. Que esa lancha los ubique por el frente, mientras nosotros los seguimos. En cuanto podamos saber hacia dónde se dirigen, quiero que llame a la policía.
—Eso es fácil. Pero antes quiero poner algunas cosas en marcha aquí. No corte.
—Un barco —dijo el príncipe.
—Tiene que ser eso —convino Ryan—. Fue lo que hicieron cuando rescataron a ese cretino de Miller... Robby ¿no puedes conseguir que la Guardia Costera nos dé una lista de los barcos que están en el puerto?
Werner ya estaba en marcha, con los dos grupos de Rescate de Rehenes. Se preguntó qué habría salido mal —y bien— esa noche, pero eso se determinaría más adelante. Por el momento los integrantes de sus equipos, junto con elementos de la policía, se encaminaban hacia la Academia Naval para proteger a las personas que se suponía debían de haber rescatado. Otro grupo de sus hombres viajaba en un Chevy del FBI y en dos patrulleros rumbo a Baltimore. ¡Si sólo hubieran podido usar helicópteros! pensó, pero las condiciones climáticas eran pésimas y por una noche ya habían sufrido suficientes peripecias. Ahora volvían a convertirse en un equipo SWAT, un trabajo para el que estaban bien entrenados. Y a pesar de todo lo que había salido mal, en ese momento un numeroso grupo de terroristas huía al descubierto...
—Aquí está la lista de los barcos anclados en el puerto —informó por radio el teniente de la Guardia Costera—. Muchos, zarparon el viernes por la noche, de modo que la lista no es demasiado larga. Empezaré por los que se encuentran en la Terminal Dundalk de la Marina: Nissan Courier, registro japonés, transporta automóviles y camiones desde Yokohama; Wilheim Schórner, registrado en Alemania Occidental, un barco que transporta contenedores con carga general, desde Bremen, Constanza, registrado en Chipre, llegado de Valetta, Malta...
—¡Bingo! —exclamó Ryan.
...que zarpará dentro de aproximadamente cinco horas. George McReady, norteamericano, llegado con una carga de madera desde Portland, Oregón. Y ese es el último que tenemos.
—Déme más datos del Constanza —pidió Robby, mirando a Jack. —Llegó con lastre y cargó equipos agroindustriales y otras mercaderías.
Zarpa antes del amanecer y se supone que su destino es Valetta. —Probablemente ese sea nuestro candidato —dijo Jack en voz baja.
—Espere un momento, Guardia Costera. —Robby se volvió hacia Jack.
—¿Cómo lo sabes?
—No lo sé con seguridad, pero tengo elementos más que suficientes para suponerlo. Cuando esos cretinos rescataron a Miller el día de Navidad, es probable que hayan sido recogidos en

el Canal de la Mancha por un barco registrado en Chipre. Creemos que las armas se las suministra un traficante maltés que opera con un sudafricano, y muchos terroristas viajan a través de Malta. Los malteses no se ensucian las manos, pero se especializan en mirar para otro lado cuando la cifra que se les ofrece es conveniente. —Robby asintió y volvió a tomar el micrófono.

—Guardia Costera, ¿están en contacto con la policía local?

—Por supuesto.

—Entonces avísenles que creemos que los terroristas se dirigen al Constanza.

—Entendido. Haremos que nuestra lancha treinta y dos los vigile y llamaremos a la policía. ¡Pero no se dejen ver, Guardia Costera!

—Comprendido. Eso es algo que podemos manejar con facilidad. Manténganse en contacto... advertimos que nuestra lancha cuarenta y uno informa contacto de radar con ustedes y con la lancha de los terroristas, a la vuelta de Bodkin Point. ¿Es correcto? Cambio.

—¡Sí! —exclamó el guardamaestre después de consultar la carta de navegación.

—Afirmativo, Guardia Costera. Indíquele a la lancha cuarenta y uno que se mantenga a cuatrocientos cincuenta metros del blanco.

—Comprendido, cuatro cinco cero metros. Muy bien. Veremos si conseguimos que la policía se mueva. Manténganse en contacto.

—¡Los atrapamos! —pensó Ryan en voz alta.

—Este... teniente: mantenga las manos quietas, señor. —Era Breckenridge. Estiró el brazo y del cinturón de Ryan sacó la Browning automática. Jack se sorprendió al comprobar que se la había metido en el cinturón gatillada y sin seguro. Breckenridge solucionó el error de Jack y volvió a ponérsela en el cinturón. —Tratemos de mantenernos a salvo, señor. ¿De acuerdo? Porque si no puede llegar a perder algo importante.

Ryan asintió con expresión culpable.

—Gracias, Gunny.

—Alguien tiene que proteger a los tenientes. —Breckenridge se volvió.

—Bueno, soldados, ¡a no dormirse!

—¿Le encargó a alguien que cuidara al príncipe? —preguntó Jack. —Sí, antes de que me lo ordenara el almirante. —El sargento primero señaló a un cabo que, rifle en mano, estaba parado a corta distancia de Su Alteza, con órdenes de permanecer entre él y la línea de fuego.

Cinco minutos más tarde, tres patrulleros de la policía se dirigieron al muelle seis de la Terminal Marítima Dundaik. Los autos llegaron con las luces apagadas y fueron estacionados debajo de las grúas utilizadas para alzar los contenedores. Cinco oficiales se dirigieron en silencio a la planchada del Constanza. Un marinero de guardia los detuvo... o más bien lo intentó. La barrera idiomática impidió una correcta comunicación. De repente el marinero se encontró acompañando a los policías, con las manos esposadas a la

espalda. El mayor de los oficiales de policía, trepó tres escaleras y llegó al puente.

—¡Qué es esto!

—¿Y usted quién es? —preguntó el policía arma en mano.

—¡Soy el capitán de este barco! —declaró el capitán Nikolai Frenza.

—Bueno, capitán, yo soy el sargento William Powers, de la Policía del Estado de Maryland y debo hacerle algunas preguntas.

—¡En mi barco usted no tiene ninguna autoridad! —contestó Frenza.

Hablaba con un extraño acento mezcla de griego y de algún otro idioma. —Sólo hablaré con la Guardia Costera.

—Quiero que esto quede muy claro. —Powers acortó los cuatro metros y medio que lo separaban del capitán, sosteniendo firmemente en las manos

una Itaca calibre 12. —La tierra a la que usted está amarrado pertenece al estado de Maryland y esta arma demuestra que yo poseo toda la autoridad necesaria. Se nos ha avisado que una lancha llena de terroristas se dirige hacia aquí y se dice que han matado a un puñado de personas, incluyendo a tres patrulleros. —Apoyó el caño del arma contra el pecho de Frenza.

—Capitán:si llegan a venir a este barco, o si usted me sigue jorobando esta noche, le aseguro que tendrá una carga completa de problemas... ¿me entiende?
Powers notó que el hombre se achicaba. Era como si se estuviera marchitando. Así que la información es correcta. Bien.
"Le aconsejo que coopere, porque muy pronto habrá aquí más policías que los que usted ha visto en su vida entera. Es posible que necesite algún amigo, mister. Y si tiene algo que decirme, quiero oírlo ya mismo.
Frenza vaciló y constantemente dirigía la mirada a proa. Se encontraba frente a un profundo problema, un problema que no era cubierto por el adelanto recibido.
—Hay cuatro de ellos a bordo. Están adelante, a estribor, cerca de la proa. Nosotros ignorábamos...
— ¡Cállese! —Powers le hizo señas a un cabo, que sacó su radio portátil.
—¿Qué me dice de su tripulación?
— La tripulación está abajo, preparándose para zarpar.
— Sargento, la Guardia Costera informa que se encuentran a cuatro kilómetros y medio de distancia y que se encaminan hacia aquí.
—Está bien. —Powers sacó un par de esposas de su cinturón. En compañía de sus hombres esposó a los cuatro hombres que montaban guardia en el puente y los aseguró al timón. —Capitán, si usted o su gente hacen el menor ruido, volveré, los haré papilla y los diseminaré por todo el barco. Y le aseguro que no bromeo.
Powers bajó con sus hombres a la cubierta principal y se acercó a proa por la banda de babor. La superestructura del Constanza se encontraba toda a popa. Adelante, la cubierta estaba llena de contenedores del tamaño de la caja de un camión, y apilados de a tres y cuatro. Entre cada pila se había formado un pasillo de aproximadamente noventa centímetros de ancho, que permitió que los policías se acercaran a proa sin ver vistos. El sargento no tenía experiencia SWAT, pero todos sus hombres estaban armados con fusiles
y él poseía conocimientos rudimentarios de tácticas de infantería.
Era lo mismo que caminar al costado de un edificio, sólo que el piso era de acero oxidado. La lluvia era por fin menos torrencial, pero seguía resonando sobre el metal de los contenedores. Al pasar junto a la última pila, vieron que la bodega delantera del barco estaba abierta y que una grúa colgaba desde estribor. Powers se asomó y vio a dos hombres parados en un extremo de la cubierta. Parecían mirar hacia el sudeste, en dirección a la entrada del puerto. No existía una manera fácil de acercárseles. Entonces Powers y sus hombres se agazaparon y se dirigieron derecho a ellos. Habían recorrido la mitad del camino cuando uno de los terroristas se volvió.
— ¿Quiénes son ustedes?
— ¡Policía estatal! —Al notar el acento del que acababa de hablar, Powers levantó al arma, pero tropezó con una saliente de la cubierta y su primer disparo fue al aire. El hombre de la banda de estribor se les acercó empuñando una pistola y disparó, pero también erró. Entonces se parapetó detrás del contenedor. El cuarto policía se adelantó y disparó para cubrir a sus compañeros. Powers escuchó nerviosas conversaciones y el ruido de pies que se alejaban corriendo. Respiró hondo y también él corrió hacia estribor.
No había nadie a la vista. Vio una escalera que llevaba al agua y nada más, aparte de una radio que alguno había dejado caer.
—¡Mierda! —La situación táctica era espantosa. Cerca de ellos había criminales armados, pero fuera de su vista, y una lancha llena de pistoleros en camino. Envió a uno de sus hombres a la banda de babor para vigilar ese lado y ordenó a otro que se apostara a estribor con su fusil. Después se comunicó con tierra por radio y se enteró de que le llegarían refuerzos. Powers decidió arriesgarse. Conocía a Larry Fontana, ayudó a sacar su ataúd de la iglesia y maldito si iba a dejar pasar la posibilidad de apresar a sus asesinos.

Un patrullero policial había tomado la delantera. En ese momento el FBI se encontraba en el puente Francis Scott, cruzando por sobre el puerto de Baltimore. El paso siguiente consistía en pasar de la autopista a la Terminal Marítima. Un patrullero aseguró conocer un atajo, y encabezó la procesión de tres autos. En ese preciso momento, una lancha de veinte pies pasaba bajo el puente.

—El blanco se acerca por la derecha, por lo visto se dirige a un barco amarrado rumbo tres cinco dos —informó Su Alteza.

—Eso es —dijo Ryan—. Los tenemos.

—Oficial, acerquémonos un poco —ordenó Jackson.

—Podrían vernos, señor. La lluvia ha amainado un poco. Si se dirigen al norte podría acercarme por babor. Van hacia ese barco. ¿Usted quiere alcanzarlos justo cuando lleguen? —preguntó la oficial Z.

—Así es.

—Muy bien. Pondré a alguien en el reflector. Capitán Peters, usted querrá que sus infantes aborden la nave por estribor. Parece que hay acción allí —comentó la oficial Z. Los reglamentos de la Marina le prohibían servir en un barco de combate, pero ella ya había superado todo eso.

—Exactamente. —Peters impartió una orden y Breckenridge hizo formar a los infantes. Ryan se dirigió a la popa de la cubierta principal. Había tomado una decisión. Allá afuera estaba Sean Miller.

—Oigo una lancha —dijo en voz baja uno de los patrulleros.

—Sí. —Powers cargó su fusil. Miró hacia la popa. Había gente armada. Oyó pasos a sus espaldas: ¡más policías!

—¿Quién está al mando aquí? —preguntó un cabo.

—Yo —replicó Powers—. Usted quédese aquí. Y ustedes dos muévanse a popa. Si llegan a ver asomarse una cabeza detrás de un contenedor, ¡vuélenla de un tiro!

—¡Allá está! —Powers también la veía. Una lancha blanca de fibra de vidrio apareció como a cien metros de distancia y se acercaba lentamente a la escalerilla del barco.

—¡Dios! —Parecía llena de gente y le habían advertido que cada uno de los terroristas tenía un arma automática. Inconscientemente palpó la borda de acero del barco. Se preguntó si detendría las balas. En la actualidad la mayoría de los policías usaban un chaleco protector, pero Powers no. El sargento quitó el seguro de su fusil. Ya era hora.

La lancha se aproximó como un auto que entra en una playa de estacionamiento. El timonel la llevó hasta la escalerilla del barco y un tripulante la amarró. Dos hombres subieron a la pequeña plataforma inferior. Ayudaron a desembarcar a un compañero herido y enseguida lo ayudaron a trepar la escala metálica. Powers permitió que llegaran a medio camino.

¡Quietos. ¡Policía estatal! —El y dos de sus subordinados apuntaron sus fusiles contra la lancha. —¡Un solo movimiento y son hombres muertos! agregó. Y lo lamentó. Sonaba a frase de serie televisiva.

Vio cabezas que se alzaban para mirar hacia arriba, y bocas abiertas por la sorpresa. También se movieron unas cuantas manos, pero antes de que apareciera un arma, un reflector iluminó la lancha desde el mar.

Powers sintió un profundo agradecimiento. Vio que las cabezas de los terroristas giraban hacia la luz y después volvían a mirarlo a él. Ya podía ver las expresiones de esos hombres. Estaban atrapados y lo sabían.

—¡Atención! —La voz llegó a través del agua. Era una voz de mujer que hablaba por un megáfono. ¡Si alguien se mueve, tengo diez infantes de Marina listos para volarlos en pedazos!

Entonces se encendió otra luz.

— Este es el Servicio de Guardacostas de los Estados Unidos. ¡Están todos arrestados!

— ¿Qué se han creído! —gritó Powers—. Los atrapé yo! —Tardaron un minuto para establecer lo que sucedía para satisfacción de todos. La enorme y gris lancha patrullera de la

Marina se acercó a los terroristas, a Powers le resultó un alivio ver diez fusiles que apuntaban a sus prisioneros.

— Muy bien, arrojen las armas al piso y suban de a uno. —Volvió la cabeza espasmódicamente al escuchar un único disparo seguido por un par de descargas de fusil. El sargento hizo una mueca pero lo ignoró lo mejor posible y siguió apuntando su arma contra la lancha.

Llegaron los dos prisioneros, llevando a un tercero que estaba herido en el pecho. Powers les ordenó que se tendieran sobre la cubierta de cara al piso, delante de los contenedores. Los demás fueron subiendo de a uno. Cuando llegó el último había contado doce, entre ellos varios heridos. En la lancha quedaba un puñado de armas y lo que parecía un cadáver.

¡Eh, infantes de Marina! ¡Aquí nos hace falta una mano!

Fue todo el aliento que Ryan necesitaba. Estaba parado en la cubierta de la lancha patrullera y saltó a la de los terroristas. Resbaló y cayó. Breckenridge llegó inmediatamente detrás y observó el cadáver dejado por los terroristas. El hombre tenía un orificio de bala en la cabeza.

—Me pareció haber dado en el blanco con uno de los disparos. Adelante, teniente. —Señaló la escalerilla. Ryan la trepó, pistola en mano. A sus espaldas, el capitán Peters le decía algo a los gritos, pero a Ryan simplemente no le interesaba atenderlo.

—¡Cuidado! Por allí, entre los contenedores hay pistoleros advirtió Powers.

Jack rodeó las cajas metálicas y vio a los hombres tendidos de cara al piso, con las manos detrás de la nuca, custodiados por un par de policías. Al instante siguiente se les unieron seis infantes de Marina.

El capitán Peters subió al barco y se dirigió al sargento que estaba al mando.

—Tenemos por lo menos otros dos, y quizá cuatro, ocultos entre los contenedores —informó Powers.

—¿Necesita ayuda para obligarlos a salir?

—Sí, por favor. —Powers sonrió en la oscuridad. Reunió a todos sus hombres, dejando a Breckenridge y a tres infantes la tarea de custodiar a los prisioneros. Ryan también se quedó allí. Esperó que los demás se alejaran hacia la popa.

Entonces empezó a mirar las caras de los terroristas.

Miller también miraba, con la esperanza de encontrar una forma de huir. Volvió la cabeza hacia la izquierda y vio a Ryan que lo miraba fijo desde seis metros de distancia. Se reconocieron instantáneamente y Miller vio algo, una mirada que siempre había reservado para su propio uso.

Soy la muerte, le dijo el rostro de Ryan.

He venido a buscarte.

Ryan tuvo la sensación de que su cuerpo estaba hecho de hielo. Flexionó los dedos sobre el mango de la pistola mientras se acercaba lentamente a Miller, sin quitarle los ojos de encima. Todavía le parecía un animal, pero ya no un depredador suelto. Jack llegó a su lado y le dio un puntapié en una pierna. Sin decir una palabra le indicó con la pistola que se pusiera de pie. Uno no habla con víboras. Las mata.

—Teniente... —Breckenridge tardó un poco en llegar hasta ellos.

Jack empujó a Miller contra un contenedor, y le rodeó el cuello con un brazo. Saboreó la sensación de la garganta del hombre bajo su mano.

Este es el cretinito que casi mató a mi familia. Aunque él no lo supiera, tenía el rostro completamente inexpresivo.

Miller lo miró a los ojos y vio... nada. Por primera vez en su vida, Sean Miller supo lo que era el miedo. Enfrentó su propia muerte y recordó las lejanas lecciones de catecismo aprendidas en un colegio católico, recordó lo que le habían enseñado las religiosas, y tembló ante la posibilidad de que todo eso fuera cierto. Empezó a transpirar y le temblaron las manos, porque a pesar de su desprecio por la religión, lo aterrorizaba ese infierno eterno que sin duda lo aguardaba.

Ryan vio la mirada de Miller y supo interpretarla. Adiós, Sean, espero que te guste lo que vas a encontrar...

—¡Teniente!

Jack supo que tenía poco tiempo. Levantó la pistola y la metió dentro de la boca de Miller, mientras lo miraba fijo. Apretó el gatillo tal como le habían enseñado. Un apretón suave, para no saber en qué momento se dispararía el arma...

Pero no pasó nada, y una mano enorme descendió sobre la pistola.

—Ese hombre no lo vale, teniente, simplemente no lo vale. —Breckenridge retiró la mano y Ryan vio que la pistola no estaba gatillada. Debió haberla gatillado antes de intentar el disparo. —Piense, hijo.

El clima se había roto. Jack respiró hondo y tragó con fuerza dos veces. Lo que vio en ese momento de alguna manera era menos monstruoso que antes. El miedo había acercado a Miller la humanidad que antes le faltaba. Después de todo, ya no era un animal. Era un ser humano, un horrendo ejemplo de lo que puede suceder cuando un hombre pierde algo que todos los seres humanos necesitan. Miller jadeaba, y Ryan le sacó el arma de la boca. Miller hizo arcadas, pero no se pudo inclinar porque Ryan seguía sosteniéndolo por el cuello. Jack retrocedió y el hombre cayó sobre cubierta. El sargento primero apoyó la mano sobre el brazo derecho de Ryan obligándolo a bajar el arma.

—Ya sé que está pensando en lo que ese tipo le hizo a su hijita, pero el hombre no vale lo que usted hubiera tenido que sufrir. Yo podría haberle dicho a la policía que usted le disparó porque él trató de huir. Mis muchachos me habrían respaldado. Nunca tendría que afrontar un juicio, pero le habría hecho muchísimo mal, y eso no vale la pena, hijo. Usted no tiene mentalidad de asesino. —Breckenridge le hablaba con mucha suavidad. —Además, mire lo que consiguió hacerle. No sé lo que es eso que está ahí tirado, pero le ase
guro que ya no es un hombre.

Todavía incapaz de hablar, Jack asintió. Miller seguía tirado en el piso, con los ojos clavados en la cubierta, sin animarse a mirar a Ryan. Jack volvía a sentir su cuerpo; la sangre que le circulaba por las venas le indicó que estaba vivo y entero. He vencido, pensó mientras volvía a controlar sus emociones. He vencido. Lo he derrotado y al hacerlo no me he destruido. Aflojó la mano que sostenía la pistola.

— Gracias, Gunny. Si usted no hubiera...

— Si realmente hubiera estado decidido a matarlo, se habría acordado de gatillar el arma, teniente. Yo a usted hace mucho que lo tengo calado. —Breckenridge inclinó la cabeza como para dar más fuerza a sus palabras. —Y usted vaya a reunirse con sus compañeros —le ordenó a Miller, que lentamente le obedeció.

"Antes de que crean que han tenido suerte, quiero darles una noticia

—anunció dirigiéndose a los prisioneros—. Han cometido asesinatos en un país que tiene una cámara de gas. Aquí pueden morir todos. Piénsenlo. Les aconsejo que lo piensen.

Enseguida llegó el equipo de Rescate de Rehenes. Encontraron a los infantes de Marina y a los policías revisando la cubierta. Demoraron algunos minutos en constatar que no había nadie oculto entre los contenedores. Los otros cuatro terroristas del ULA se habían encaminado a popa y posiblemente se encontraran en la superestructura. Werner se hizo cargo del mando. Tenía un perímetro bien delimitado. Nadie iba a huir. Otro grupo de agentes del FBI se adelantó a buscar a los terroristas.

Llegaron a la escena tres móviles de noticieros de televisión, agregando sus luces a las que ya habían convertido la noche en día en el muelle. La policía los mantenía a raya, pero se propalaban audiciones en vivo a todas partes del mundo. En ese momento un comisario de la policía estaba leyendo un comunicado de prensa. Explicó a los periodistas que la situación estaba bajo control, gracias a un poco de buena suerte y abundante trabajo policíaco.

Para entonces, todos los terroristas de la lancha habían sido revisados y esposados. Los agentes les leyeron sus derechos constitucionales, mientras tres policías se dirigían a la lancha en busca de las armas y otras pruebas. Por fin el príncipe trepó la escalerilla, cuidadosamente

custodiado. Se acercó al lugar donde los terroristas estaban sentados. Los miró durante algo más de un minuto, pero no dijo una palabra. No hacía falta.
—Bueno, tenemos la proa vigilada. Aparentemente hay cuatro terroristas más. Por lo menos eso es lo que afirma la tripulación —dijo uno de los integrantes del grupo de Rescate de Rehenes—. Se ocultan abajo, en alguna parte. Tendremos que convencerlos de que salgan. No creo que nos cueste mucho y además tenemos todo el tiempo del mundo.
—¿Cómo bajamos del barco a estos tipos? —preguntó el sargento Powers.

—Todavía no lo hemos pensado, pero ante todo que se alejen los civiles. Y también los infantes de Marina. Gracias por la colaboración, capitán.
—Espero que nuestra venida no les haya complicado las cosas. El agente meneó la cabeza.
—Que yo sepa, no violaron ninguna ley. Y además ahora tenemos todas las evidencias necesarias.
—Muy bien, entonces nosotros volveremos a Annapolis.
—Perfecto. Irá a verlos un grupo de agentes para hacerles algunas preguntas. Por favor, agradézcale en nuestro nombre a la tripulación. —Sargento primero: ponga en marcha a la gente.
—Muy bien. Soldados, nos vamos —dijo Breckenridge. Dos minutos después todos se encontraban a bordo de la lancha patrullera y zarparon. La lluvia había cesado y un viento fresco terminaba por fin con la ola de calor que había azotado la zona. Los infantes de Marina aprovecharon la oportunidad para recostarse en las literas de la lancha. La oficial Znamirowski y su tripulación se encargaron de todo lo referente a la navegación. Ryan y el resto se reunieron en la cocina a beber el café que nadie había tocado hasta entonces.

—Ha sido un día largo —comentó Jackson, mirando su reloj—. Se supone que debo volar dentro de algunas horas. Bueno, pero eso era antes de que sucediera todo esto.
—Parece que finalmente hemos ganado el partido —observó el capitán Peters.

—No fue una victoria barata —dijo Ryan con la mirada clavada en el fondo de su taza.
—Las victorias nunca son baratas, señor —acotó Breckenridge después de algunos segundos.
La lancha navegaba a todo motor. Jackson tomó el teléfono y preguntó a qué se debía tanto apuro. Al oír la respuesta sonrió, pero no hizo ningún comentario.
Ryan sacudió la cabeza para despejarse y subió a cubierta. En el camino encontró sobre una mesa el paquete de cigarrillos de un marinero y robó uno. Se dirigió a la bovedilla. El puerto de Baltimore se perdía en el horizonte y la lancha viraba hacia el sur, rumbo a Annapolis, avanzando a trece nudos por hora, el equivalente a veintidós kilómetros, pero que navegando daba la sensación de gran velocidad. ¿Tenía razón Breckenridge? se preguntó con la mirada clavada en el cielo. Enseguida supo la respuesta. En cierto sentido, sí. No tengo pasta de asesino. Y tal vez tuviera razón en lo demás también. Realmente espero que así sea...
— ¿Cansado, Jack? —preguntó el príncipe, deteniéndose a su lado.
— Debería estarlo, pero supongo que todavía estoy demasiado tenso.
—Ya lo creo —contestó Su Alteza en voz baja—. Tuve ganas de preguntarle por qué. Cuando me acerqué a mirarlo quería...
— Sí. —Ryan inhaló la última bocanada de humo del cigarrillo y arrojó la colilla al agua. Pudo haberlo preguntado, pero no creo que la respuesta le hubiese aclarado nada,
— Y entonces, ¿cómo se supone que vamos a solucionar el problema? Solucionamos el problema, pensó Jack. Ya no volverán a atacar a mi familia. Pero esa no es la respuesta que usted está buscando, ¿verdad?
— Supongo que se trata de una cuestión de justicia. Si la gente cree en la sociedad, no violará sus reglas. El asunto consiste en lograr que crean. ¡Diablos, eso no siempre se logra! —Jack se volvió. —Pero usted haga todo lo posible y no se dé por vencido. Todo problema tiene solución, siempre que uno se empeñe bastante. Allá, ustedes tienen un sistema bastante

bueno. Lo que tienen que conseguir es que rija para todos y que inspire confianza. No es fácil, pero estoy convencido de que podrá lograrlo. Tarde o temprano la civilización siempre triunfa sobre la barbarie. —Creo que acabo de demostrarlo. —Por lo menos eso espero.
Durante algunos instantes el Príncipe de Gales se quedó mirando fijo la popa.
—Jack, usted es un buen hombre.
—Usted también, compañero. Justamente por eso ganaremos.
Era una escena macabra, aunque no despertó la piedad de ninguno de los presentes. El cuerpo de Geoffrey Watkins estaba tibio y su sangre seguía goteando del cielo raso. Cuando los fotógrafos terminaron su tarea, un detective le sacó el arma de las manos. El televisor seguía prendido y un noticiero continuaba informando sobre lo sucedido en los Estados Unidos. Todos los terroristas estaban presos. Eso debe de haberlo decidido a suicidarse, pensó Murray.
—¡Maldito imbécil! dijo Owens—. No teníamos ni un vestigio de prueba en su contra.
—Pero ahora sí las tenemos —contestó el detective que sostenía unas hojas de papel en las manos—. Esta es una señora carta, comandante. —Introdujo los papeles en un sobre plástico.
El sargento Bob Highland también se encontraba presente. Todavía estaba aprendiendo a caminar, con aparato ortopédico y un bastón, y miró el cuerpo del hombre cuyas informaciones casi convirtieron a sus hijos en huérfanos. Highland no dijo una sola palabra.
—Jimmy, has cerrado el caso —observó Murray.
—Pero no en la forma en que me hubiera gustado —contestó Owens—. Aunque supongo que en este momento el señor Watkins está respondiendo ante una autoridad superior.

Cuarenta minutos después la lancha llegó a Annapolis. Ryan se sorprendió al notar que la oficial Z. dejaba atrás la hilera de lanchas amarradas y seguía rumbo al muelle del hospital. Allí los esperaban un par de infantes de Marina, y todos, salvo la tripulación saltaron a tierra.
—Todo en orden informó a Breckenridge el sargento Cummings—. Ha llegado como un millón de policías, Gunny. Todo el mundo se encuentra perfectamente bien.
—Muy bien, te relevo de tu responsabilidad.
—¿Doctor Ryan quiere seguirme? Le aconsejo que se apure, señor —dijo el joven sargento. Y se adelantó al trote largo.
Fue una suerte que el sargento no corriera. Ryan tenía las piernas flojas por la fatiga y el sargento lo condujo colina arriba, rumbo al antiguo hospital de la Academia.
—¡Deténgase! —Un agente federal le quitó a Jack la pistola que llevaba en el cinto. —Si no le importa, yo le guardaré esto.
— Perdón —dijo Jack, avergonzado.
— Está bien. Puede pasar. —No había nadie a la vista. El sargento Cummings le hizo señas de que lo siguiera.
— ¿Dónde están todos?
— Señor, en este momento su esposa está en la sala de partos —contestó el sargento, sonriendo.
—¡Nadie me lo dijo! —exclamó Ryan alarmado.
— Ella nos pidió que no lo preocupáramos, señor. —Llegaron al piso de obstetricia. —Por allí, doctor —señaló el sargento—. Y no pierda la calma.
Jack corrió por el corredor. Un agente lo detuvo y le indicó que entrara en el vestuario, donde Ryan se quitó la ropa para ponerse el guardapolvo quirúrgico. Demoró unos instantes, porque estaba torpe por la fatiga. Se encaminó a la sala de espera donde encontró a todos sus amigos. Entonces el enfermero lo hizo entrar en la sala de partos.
—Hace muchísimo tiempo que no hago esto —comentaba en ese momento el médico.
—Hace varios años que tampoco estoy en esta situación —contestóCathy con tono de reproche—. Se supone que usted debe inspirar confianza a su paciente. —Entonces empezó a soplar de nuevo, luchando contra el impulso de empujar. Jack le tomó la mano.
—¡Hola, chiquita!

— Ha llegado con admirable puntualidad, —observó el médico.
— Hubiera sido mejor que llegaras cinco minutos antes. ¿Estás bien? —preguntó Cathy. Lo mismo que la vez anterior, tenía el rostro bañado en transpiración y parecía muy cansada. Pero estaba hermosa.
— Se acabó todo. Todo —repitió Jack—. Yo estoy muy bien, ¿y tú?
— La bolsa de agua se le rompió hace dos horas, y habría estado apurada si no fuera que todos estábamos esperando que usted volviera de su paseíto en lancha. Aparte de eso, todo anda bien —contestó el médico. Parecía mucho más nervioso que su paciente. —¿Está lista para empujar?
— ¡Sí!
Cathy apretó con fuerza la mano de Jack. Cerró los ojos y juntó fuerzas. Exhaló lentamente.
— Aquí está la cabeza. Todo bien. Un empujón más y asunto terminado —dijo el médico. Sus manos enguantadas estaban listas para recibir a la criatura.
Al ver aparecer el cuerpito del recién nacido, Jack se volvió. Desde donde él se encontraba alcanzó a ver el sexo de la criatura antes que el médico. El bebito ya había empezado a gritar, como corresponde a todos los bebés saludables. Y este también es el sonido de la libertad, pensó Jack.
—Varón —anunció John Patrick Ryan, padre, a su mujer, justo antes de besarla—. Te amo.
Un enfermero ayudó al médico a cortar el cordón umbilical y a envolver al recién nacido en una frazada blanca. Otro pequeño empujón de Cathy expelió la placenta.
—Hay un pequeño desgarrón —informó el médico. Antes de empezar a coser la herida aplicó un anestésico a la paciente.
—Sí, lo siento —dijo Cathy con una pequeña sonrisa—. ¿Está bien el bebé?
—A mí me parece perfecto —diagnosticó el enfermero— Debe de pesar cerca de cuatro kilos y está todo en su correspondiente lugar. Respira normalmente y tiene un coranzoncito maravilloso.
Jack alzó a su hijo, un pequeño paquetito de carne colorada con un absurdo botoncito por nariz.
—Bienvenido al mundo. Soy tu padre —dijo en voz baja. Y tu padre no es un asesino. Durante un instante acunó al recién nacido contra su pecho y recordó que realmente existía un Dios. Enseguida miró a su mujer.
—¿No quieres ver a tu hijo?
—Me temo que lo que le queda de madre no es gran cosa.
—A mí me parece espléndida. —Jack colocó a su hijo en los brazos de Cathy.
—¿Te sientes bien?
—Aparte de Sally, creo que aquí tengo todo lo que necesito en el mundo, Jack.
—¡Listo! —anunció el médico—. Es posible que como obstetra no sea gran cosa, pero mi puntada es fabulosa. —Levantó la mirada y se preguntó por qué no habría decidido ser ginecólogo. Debía de ser la especialidad más feliz de todas. Pero recordó que los horarios eran espantosos.
El enfermero llevó a John Patrick Ryan, hijo, a la nursery, donde por un tiempo sería el único bebé. Le proporcionaría algo que hacer a la gente de pediatría.
Jack notó que su mujer se estaba quedando dormida después de —consultó su reloj— un largo día de veintitrés horas. Necesitaba ese sueño. Él también lo necesitaba, pero no todavía. Besó de nuevo a Cathy antes de que un enfermero se llevara la camilla a la sala de recuperación. Le quedaba una cosa por hacer.
Se encaminó a la sala de espera para anunciar el nacimiento de su hijo, un apuesto jovencito que tendría dos pares de padrinos, muy distintos entre sí.

FIN